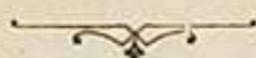




HISTORIA
DE
SAN VICENTE FERRER





SAN VICENTE FERRER
SEGÚN UN RETRATO CONTEMPORÁNEO

HISTORIA
DE
SAN VICENTE FERRER

POR EL

R. P. FR. H. FAGES

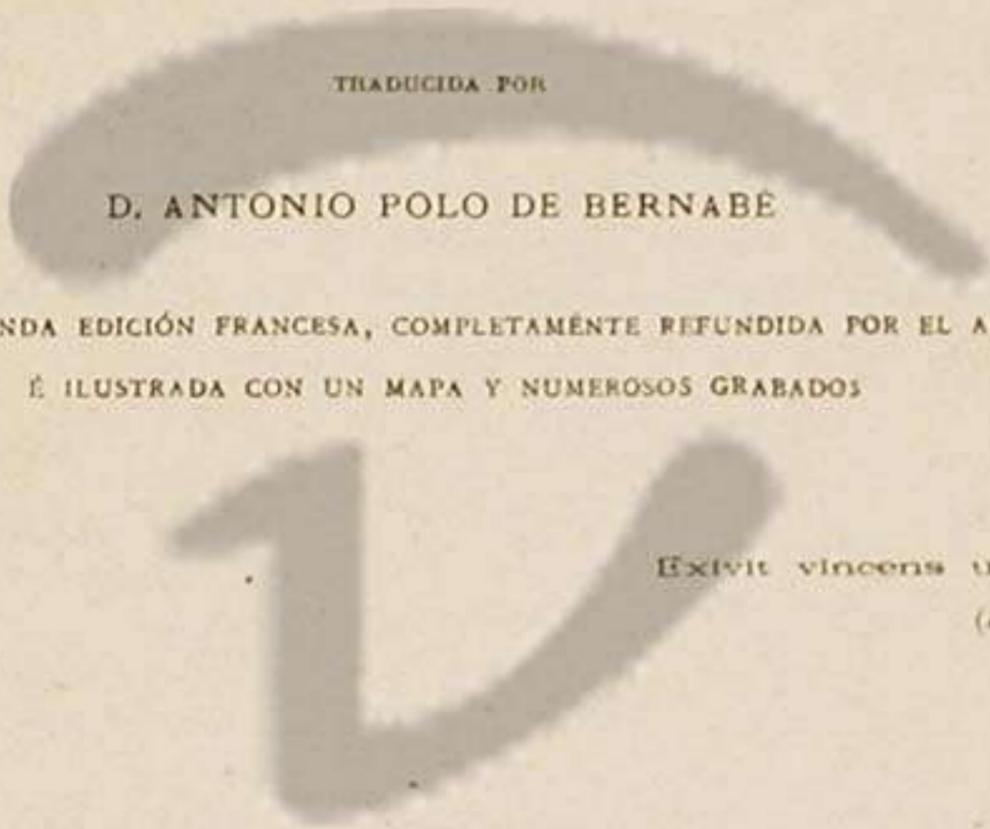
DE LA ORDEN DE PREDICADORES

TRADUCIDA POR

D. ANTONIO POLO DE BERNABÉ

DE LA SEGUNDA EDICIÓN FRANCESA, COMPLETAMENTE REFUNDIDA POR EL AUTOR

É ILUSTRADA CON UN MAPA Y NUMEROSOS GRABADOS


Exiuit vincens ut vinceret.
(AIOC.)

—————
TOMO PRIMERO
—————

A. GARCÍA, EDITOR

CONDE ALMODOVAR, 2. VALENCIA

—
1903



Biblioteca Valenciana

ES PROPIEDAD DEL EDITOR.

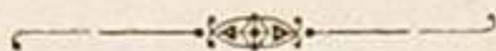
ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR

Al emprender la traducción de la HISTORIA DE SAN VICENTE FERRER, escrita en francés por el R. P. H. Fages, nos asaltaron dudas acerca del procedimiento que convendría seguir y método que debiera adoptarse con preferencia de los dos que se pueden emplear al verter de un idioma á otro una obra cualquiera. Consiste uno de ellos, como es sabido, en penetrarse del pensamiento del autor en cada capítulo, en cada párrafo, y expresarlo en el nuevo idioma en la forma que exigen las reglas gramaticales del mismo, más propia para que resulte aquélla correcta y elocuente. El segundo se reduce á trasladar al nuevo idioma no sólo el pensamiento, sino la forma en que lo expresa el autor, en tanto que esa forma no choque de frente y de una manera ostensible con las reglas á que está sujeto el nuevo lenguaje. El primero, que exige en el traductor unas dotes de que carecemos, puede considerarse más que traducción un *arreglo*, en el que la personalidad del traductor se sobrepone á la del autor, y, al variar la forma que éste dió á su pensamiento, se corre el peligro de alterarlo. En el segundo, conservando con ligeras variantes esa forma, aparece la idea, el pensamiento del autor tal como es, con sus mismos méritos ó defectos, no sólo en su esencia, sino en su expresión, quedando en primer término su personalidad y relegada al segundo la del traductor.

Este segundo método es el que nos ha parecido más conveniente adoptar y creemos que merecerá la aprobación de nuestros lectores. No hemos querido, al vestir la obra con ese ropaje nuevo, exponernos á que éste no se ajustara á su medida y apareciera ridículo; hemos preferido conservarle el suyo propio, con ligeros retoques y modificaciones exigidos por la diferencia de clima y de costumbres en el país en que ha de exhibirse.

De este modo puede apreciarse mejor el estilo del autor que, ligero unas veces, grave en general, poético en ocasiones, pero siempre culto y elevado, demuestra en él una viva imaginación, una actividad sin límites, una fe profunda y, sobre todo, un gran entusiasmo, una adoración por su Héroe, por nuestro glorioso Santo, muy simpático á todo corazón valenciano.

Respecto á las cartas y demás documentos que el autor inserta en el curso de la obra traducidos al francés, hemos procurado hacer su reversión al castellano copiándolos, siempre que nos ha sido posible, de los impresos ó manuscritos originales de donde fueron tomados por el P. Fages, expresando en tal caso su procedencia por notá al pie del texto. Tan sólo cuando no hemos logrado tener á la mano dichos originales, hemos traducido de nuevo al español el texto de los mismos publicado en francés, lo cual ha sucedido siempre que no anotamos la fuente ó texto de donde están tomados.





Aprobación

Los abajo firmados declaramos haber leído el libro titulado *Historia de San Vicente Ferrer*, nueva edición por el Padre Fages, de la Orden de los Hermanos Predicadores.

Nada hemos hallado en él por lo que no pueda permitirse su publicación. Al contrario, creemos que esta obra es resultado de investigaciones largas y concienzudas, y nos parece que en ella se contienen, además de la biografía completa de un grande hombre, que fué un gran Santo, datos instructivos acerca de muchos problemas históricos de interés general y especialmente sobre la muy compleja cuestión del Gran Cisma de Occidente.

Lovaina 7 Noviembre 1900.

Fr. Ant.º M. Dummermuth, S. Th. Mag.

Fr. Marc. M. De Munnynch, S. Th. Lect.

LICENCIA DE IMPRIMIR.

Paris 9 Noviembre 1900.

F. Reginalt Monpeurt,
Prov. de los Herms. Prech.

IMPRIMASE.

Paris 17 Noviembre 1900.

P. Fages, Vic. Gen.



PREFACIO

M. Paúl Meyer, director de la Escuela de Archivos, se expresa en estos términos en *Romania*, revista dedicada al estudio de las lenguas y literaturas romanas. (Abril 1881).

«Todos los biógrafos de Vicente Ferrer, desde Fr. Diego hasta el Rdo. P. Pradel, incluso el abate Bayle, son panegiristas que en gran parte no hacen más que parafrasear á Razzano y á los que es extraña la crítica. Por lo tanto, encomendada á un hombre práctico en las investigaciones históricas, la biografía de este raro personaje ganaría mucho en precisión y en interés, pudiendo seguir las huellas de Vicente Ferrer, recoger las noticias que acerca del célebre predicador se contienen en las crónicas locales y en los documentos de los archivos. Así se obtendrían testimonios de primera mano, con fechas de tiempo y lugar, más interesantes que la edificante narración de Razzano.»

Los eruditos, ya sean benévolos ú hostiles, judíos ó cristianos, quieranlo ó no, trabajan para Dios, como todo aquí en la tierra: las líneas que dejamos transcritas fueron origen de este libro.

Por otra parte, es natural que la continuación de los trabajos históricos, la investigación más detenida de las fuentes de los hechos, llamasen la atención sobre este «raro personaje», como dice M. Meyer.

Rorhbacher, después de afirmar el renacimiento universal que siguió al término del gran cisma, exclama: «¿Quién ha producido semejantes resultados? ¡No es un hombre, ni un rey, ni un pueblo!»—Se equivoca; es un hombre, el mismo que puso fin al gran cisma, Vicente Ferrer, y buena prueba de ello es el resumen que hace de su vida. Pero los errores de que está plagado este resumen demuestran también la necesidad de escribir la verdadera monografía de semejante hombre.

Para lograrlo le hemos seguido paso á paso por todos los caminos de Europa; hemos removido todas las cenizas, exhumado todos los recuerdos, copiado todos los documentos, interrogado todas las tradiciones; no sin hacer de ellas la debida selección y sin someterlas á la crítica. Así como el español desconfiado hace sonar sobre el tablero de mármol la moneda de oro que le entregan, hemos tenido que comprobar todas las afirmaciones, cercenar algunas veces las leyendas y hasta demoler sin compasión relaciones completas.

Pero el deber del historiador no se ciñe á las exigencias de la crítica. Se ha dicho que en la historia sólo las almas interesan. Viendo obrar al hombre, llegaremos hasta el alma.

Y no es sólo de un alma de lo que aquí se trata, sino de un Santo, es decir, de un hombre que ha terminado por sustituir á su flaqueza la fuerza de Dios. ¡Él me libre de temerle en mi obra! Verdad es que esta historia parece un reto constante á la razón humana; ¿qué remedio? basta escribirla con lealtad. Además, en

vano intentaría yo reducir á mi Héroe á las proporciones ordinarias. Después de recurrir á todas las afirmaciones, á todos los artificios del lenguaje, á todas las sorpresas, nos hallaremos siempre en presencia de una vida llena de prodigios; y al querer evitar ó esfumar lo sobrenatural, caeremos en dificultades é inconsecuencias más fuertes que los hechos sobrenaturales.

Y no es este su único atractivo.—Por la importancia de los acontecimientos en que tomó parte, por los problemas á que da origen su misión extraordinaria, por su vida misma, en la que se mezcla lo maravilloso, este Santo no tiene igual en la Historia.

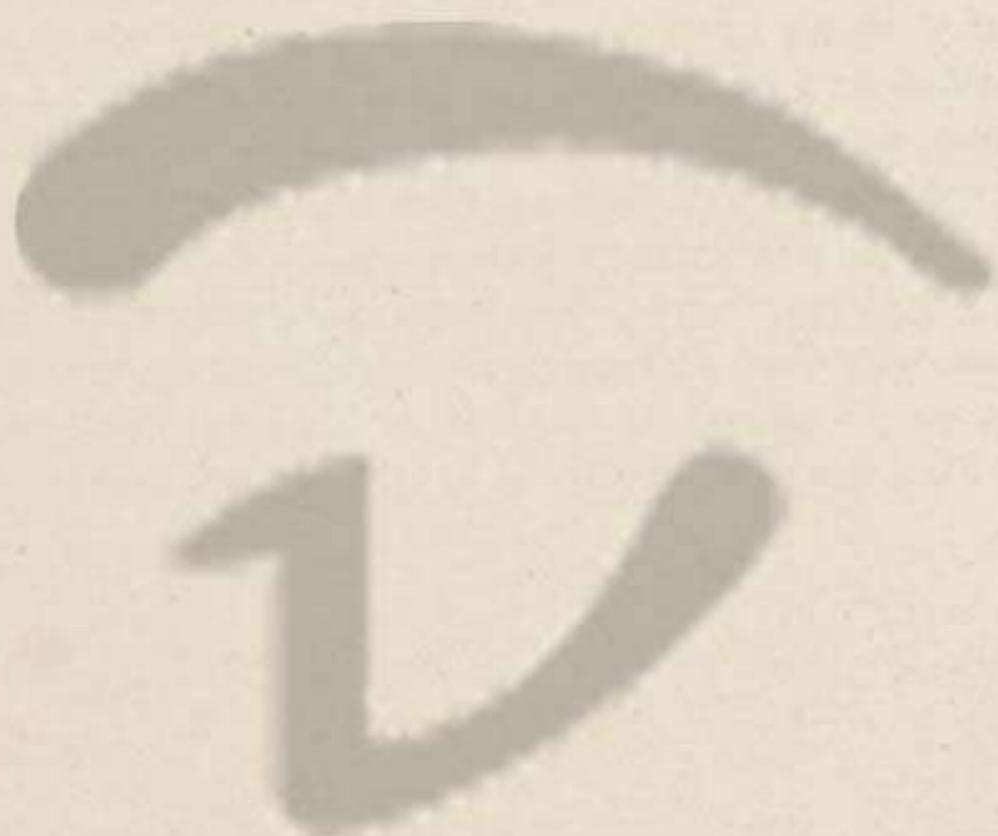
Él guió el movimiento de los pueblos en una época de gran transición en que parecía que la humanidad iba á cambiar de sitio el eje de sus destinos. Derecho como un faro en el apogeo de las edades creyentes, ilumina el pasado y más todavía el porvenir, dirige á nosotros su mirada, inaugura la gran corriente que nos arrebató y cierra la Edad Media.

Político eminente, creador de una de las más fecundas unidades nacionales, profeta del fin de los tiempos, llega oportunamente en un siglo en que todo está en litigio, en que las bases de la sociedad han sido derribadas, verdadera imagen del caos; en que, Prometeo impenitente, el espíritu humano no retrocede ante ninguna osadía, pareciendo complacerse en acelerar el cataclismo final.

En nuestra relación tendrá su parte la filosofía de la historia. Resistiendo á la sobreexcitación peculiar de las épocas de lucha, en las que el escritor no sabe si lo que tiene en la mano es una pluma ó una espada, nos proponemos restablecer la verdad, así en las ideas, como en los hechos. Se ha dicho con mucha razón: «Tenemos ideas sobre todo, pero no tenemos idea de nada.» Y de este modo haremos aplicación de este aforismo de un maestro: «Nadie tiene el derecho de legar á la posteridad el depósito de la historia tal como lo ha recibido.»

En la primera edición hemos seguido el sistema de las Notas y Apéndices, que permite apreciar á cada paso el crédito que merecen los hechos que se refieren. Este sistema tiene el inconveniente de retardar la marcha del relato, por lo cual nos hemos decidido á insertar separadamente los documentos y el *Cartulario*, que comprende principalmente acuerdos municipales y de la información canónica. A él añadiremos la riquísima Bibliografía referente al asunto.

Publicamos, formando parte integrante de esta nueva edición, las *Obras del Santo*, que son por orden de fechas: 1.º Dos *Tratados* inéditos de metafísica sobre la gran cuestión de los *Universales*, acerca de la cual estaban divididas las Escuelas en la Edad Media; materia un poco sutil para el común de los mortales, pero que miran con interés los dedicados á estos estudios.—2.º El *Tratado del Cisma*, manuscrito de la Biblioteca Nacional de París, inédito.—3.º El *Tratado contra los Judíos*, manuscrito de la Biblioteca Vaticana de Roma, inédito.—4.º Los *Sermones*, arsenal de predicaciones demasiado olvidado, clásico hasta el siglo XVII, en el que se han formado San Francisco de Sales, Bossuet, Bourdaloue y toda la brillante pléyade de nuestros oradores sagrados. Para abreviar, reproducimos los originales, en su mayor parte autógrafos.—5.º Finalmente, algunos opúsculos piadosos, especialmente el *Tratado de la Vida espiritual*, editado nuevamente, pero que publicamos tal como fué escrito.



PRIMERA PARTE

GÉNESIS. — APELACIÓN. — PRIMEROS TRABAJOS.

(1850-1899)





HISTORIA DE SAN VICENTE FERRER

CAPÍTULO PRIMERO

VALENCIA

Nombre.—Clima.—Armas.—Lengua.—Costumbres.—La «Virgen de los Desamparados».



VICENTE Ferrer nació en Valencia (España), capital del reino de este nombre.

Toda patria es bella, pero ¿quién cantará dignamente á Valencia, madre de los valientes y de los santos?

Valencia, la antigua *Edeta*, fué fundada por los Tirios en la época de la guerra de Troya, ó, según otra tradición, por corsarios griegos que, habiendo encontrado en estas costas un pueblo de valor indomable, la llamaron *Roma*, palabra que en su idioma significa *fuerza*: pero envidiosos luego los Romanos de que hubiese otra Roma, cuando no había más que un sol, le quitaron este nombre, sustituyéndole, no obstante, con el de Valencia, que recuerda el *valor* de sus habitantes. Por esto dice el historiador del rey Jaime el Conquistador, que desde su origen pudo Valencia competir, no sólo con Sagunto, sino hasta con la misma Roma, por su nombre y por sus hazañas. Sagunto, ciudad célebre en tiempo de los cartagineses, hoy día *Murviedro* (1), está situada á pocas leguas de Valencia. Ésta

(1) Sabido es que ha recobrado su antiguo nombre de Sagunto.

entró y se mantuvo en la órbita de Roma hasta que Junio Bruto, Cónsul en España, la entregó á los soldados que habían combatido á las órdenes del famoso Viriato, recibiendo entonces el nombre de *Valentia Edetanorum*.

Luego se la llamó *Valencia del Cid*, porque D. Rodrigo Diaz de Vivar, llamado el *Cid Campeador*, después de arrebatarla á los Moros en 1088, la gobernó durante once años é hizo en ella importantes reformas. Los Moros la recobraron y conservaron en su poder hasta que la conquistó definitivamente el rey Jaime I, el año 1238.

Valencia guarda como un talismán la bandera de este rey, llamado con razón *El Conquistador*. Sólo se la saca cuando la patria está en peligro: no se inclina ante nadie, ni ante nada; cuando ha de pasar se echan abajo los muros. Su emblema es un *rat-penat* (ratón alado, murciélago) sobre el Escudo de Aragón.

Este *rat-penat* ha sido interpretado de diversos modos.

Según unos, vió el rey la vispera de la batalla un murciélago posado sobre su tienda, lo que le pareció de buen agüero. Según otros, él fué el inventor de dicho emblema con esta divisa. *A quien vela todo se revela*: «A quien sabe velar todo se le descubre». Según otra opinión, solicitado cuando las desavenencias entre el Papa y el Emperador, para que se decidiera por uno ú otro, respondió enviando un murciélago, símbolo bien conocido de neutralidad.

Valencia está situada en el fondo de un golfo, sobre el río Turia. La retirada continua del mar la ha dejado alejada de éste, pero en otro tiempo llegaban por él hasta el pie de sus murallas las riquezas del mundo. Verdadero jardín de las Hespérides, la fertilidad de su suelo es incomparable. Bosques de naranjos le envían embriagadores perfumes de sus copas suavemente mecidas. Los hielos son desconocidos y la brisa del mar templá los calores del estío. La suavidad de su clima y la amable hospitalidad de sus habitantes han hecho decir á los extranjeros, que en ella olvidan á su patria. Su historiador Escolano se complace en relatar lo que acerca de ella han dicho muchos escritores de otros países; la lista de ellos es interminable y se agotan las palabras de elogio.

Todavía se habla en Valencia el dialecto catalán, conocido con el nombre de *Lemosin*, idioma que, hablado por Vicente Ferrer, tuvo el honor de ser entendido por todos los pueblos de Europa. Toma origen y nombre del país de Limoges (*Lemovices*) en donde se retiraron los españoles en tiempo de los Moros, y está compuesto del español primitivo y del francés de aquella época.—«De la unión de

estas dos lenguas, dice Escolano, nació tan gracioso, prestándose tan bien á la cortesía y á las graves máximas á la vez, que ningún otro puede expresar en menos palabras los pensamientos más profundos, conservando, por otra parte, una viva semejanza con el latín, del cual se deriva. Nuestros lemosinos son los primeros que idearon esos versos y esas rimas que emplean los romanceros, expresando de este modo en armoniosas consonancias las disonancias de sus pasiones.»

De tiempo antiguo se cultivan en Valencia las letras. Su Universidad, en cuyo desarrollo tanta parte tomó Vicente Ferrer, rivalizó desde un principio con la de Salamanca, cuyos privilegios disfrutaba.

Sus *fueros* ó libertades municipales fueron siempre respetados por los reyes, y su autonomía se conservó muy viva, unida á un gran amor á la madre patria.

Todo se hace en ella por medio de corporaciones ó cofradías, las cuales tienen todas por patrón á un Santo, esto es, la honradez heróica. La elección del patrón no ofrece dificultad, aun limitándose al calendario local: en el pórtico del venerado Santuario de Nuestra Señora de los Desamparados puede verse un gran cuadro en el que están reunidos todos los Santos y Bienhechores de Valencia, verdadero ejército que tiene por jefe natural *al glorioso San Vicente Ferrer*.

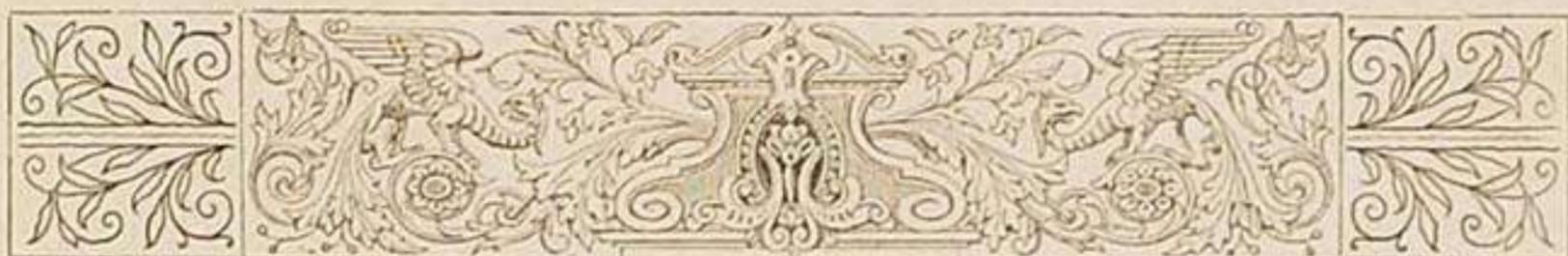
Este Santuario tiene un origen conmovedor. El P. Jofré Gilbert, de la Orden de la Merced, á quien veremos seguir las huellas de nuestro Santo, predicó en 1410 sobre la necesidad de ocuparse de los locos: fundóse un Hospital y una Cofradía aprobada por Benedito XIII (4 Marzo 1410). En 1416 quisieron los cofrades tener una imagen de la Virgen que llevara el nombre de *Nuestra Señora de los Inocentes*, y en 1436 el rey Fernando el Católico añadió: *y de los Desamparados*, palabras que vinieron á sustituir á las primeras.

Los valencianos creen que esta imagen, cuyo semblante es de una hermosura muy expresiva, les vino del cielo. La llaman la *cheperuda*; jorobada, efectivamente, dicen, á fuerza de inclinarse hácia los mortales. Venerada primero en un pequeño Oratorio adosado á la Catedral, se la erigió en 1652 el hermoso templo que hoy ocupa. Multiplicáronse los milagros y aumentó en proporción la devoción de los fieles. A los condenados á muerte se les permite rogar ante ella antes de ir al suplicio: un día, durante esta súplica suprema, la Virgen dió con el ramo que lleva en la mano cinco golpes sobre el cristal de su nicho: el *desamparado* era inocente y fué reconocido como tal.

En parte alguna es el culto católico tan hermoso, tan entusiasta, tan naturalmente sublime como en Valencia. Sus procesiones del *Corpus-Christi* no tienen rivales, y sólo Roma ofrecía más imponentes ceremonias en tiempo de la libertad de los papas.

¡Pais afortunado, ciertamente, si las luchas fratricidas no hubiesen ensangrentado con frecuencia una tierra tan propia para que vivan en ella seres dichosos!





CAPÍTULO II

LOS FERRER

Origen de la familia.—Dos ramas.—Los blasones.—El padre y la madre.—Los hermanos y las hermanas.—Trágica historia de Francisco Ferrer, Pedro y Bonifacio Ferrer.—Vida sobrenatural de nuestro Santo por lo que respecta á su familia.

Los Ferrer son oriundos de Inglaterra, llamada también en otro tiempo la isla de los Santos. La historia de los caballeros que tomaron parte en la conquista de Valencia cita á dos: Bernardo Ferrer, cuarto hijo de Guiller mó de *Ferrariis*, Conde de Derby, y Ausias Ferrer, lord de Escocia, que peleó en la comarca de Játiva, y que por medio de felices estratagemas se apoderó de esta plaza, muy fuerte entonces. Los dos fueron ennoblecidos, siendo sus armas parlantes, esto es, compuestas, según la etimología de su nombre, de barras de hierro ó de *herraduras* diversamente combinadas.

Los Ferrer llegaron á ser muy numerosos en Valencia; Ribera, autor de las Centurias de la Merced, hace mención de dieciocho que ingresaron en esta Orden. También honraron las carreras liberales, el comercio y la industria. Sólo los descendientes de Bernardo Ferrer siguieron figurando entre la nobleza, sin duda porque sólo ellos siguieron la carrera de las armas. Uno de ellos, Francisco Ferrer, defendió con tanto tesón la basilica de San Juan de Letrán, cuando el sitio de Roma por el Duque de Borbón en 1527, que Clemente VII mandó colgar en ella su escudo.

Nuestro Santo no pertenece á la nobleza propiamente dicha, pues en todos los documentos públicos se designa á los miembros de su familia con el nombre de *ciutadans*, ciudadanos, para distinguirlos de los *Caballeros* ó nobles. Sin embargo, sea por razón de su origen, sea por el derecho de tener escudo, se ha podido decir, sin incurrir en error, que era de una familia de calidad.

Permitaseme á este propósito llamarle *Ferrier* y no *Ferrer*, aunque sea *Ferrer* su verdadero apellido. Los Latinos le llaman *Ferrarius* ó *Ferrarius*; los italianos *Ferrero* ó *Ferrero*; la terminación *ie* es la que conviene á nuestro idioma. Además, yo no tengo derecho para cambiar un nombre adoptado ya por la Historia y por sus parientes establecidos en Francia. Se llamará, pues, Vicente Ferrier (1).

Su padre, Guillermo Ferrer, desempeñaba en Valencia el cargo de notario, que desde la conquista parece fué hereditario en la familia, pues en 1240 un Guillermo Ferrer fué el que extendió el contrato de boda del hijo de Abu-Zeit, último rey moro del país.

Por lo demás, era un cargo muy honroso. En la recopilación de las actas del *Consejo de Valencia* se lee que el notario Guillermo Ferrer prestó juramento el 25 de Diciembre de 1349 en calidad de *escribí de la Cort del Regent*, lo que extendía su jurisdicción á todo el reino.

Casó en 1340 con Constanza Miquel, hija de Guillermo Miquel y de Catalina Revert. La familia Miquel era oriunda de Gerona, en Cataluña. Tres hermanos Miquel tomaron parte en la conquista de Valencia y se establecieron en ella. Ennoblecida á su vez, ostentaba en su escudo un cuchillo de plata sobre fondo de oro, dividido por un muro, sobre el que un hombre armado, arrebató con la mano derecha una bandera mora y planta con la izquierda la bandera cristiana: hazaña que Pedro Miquel llevó á cabo en el fuerte de Muchamiel.

De este matrimonio nacieron ocho hijos, según nos dice el mismo San Vicente Ferrer en un sermón predicado en Ciudad-Real el 24 de Junio de 1411.

«Cuando tengáis de vuestro matrimonio un hijo ó una hija debéis, ante todo, dar gracias á Dios que se ha dignado daros un

(1) Nosotros le llamaremos Ferrer, apellido que, como el mismo autor reconoce, es verdaderamente el suyo, por más que sus parientes establecidos en Francia hayan adoptado el de Ferrier. (N. del T.)

fruto de vuestra unión para su divino servicio aquí en la tierra por la gracia y allá en la gloria. Dadle luego la bendición á vuestro hijo, á fin de que Dios le haga vivir santamente y llegue á alcanzar la dicha de los Ángeles.

»Así lo hacía en Valencia cierto padre de familia: cuando se aproximaba el alumbramiento de su mujer se iba á la iglesia y oraba de rodillas para que saliese felizmente del trance, hasta que uno de sus servidores iba á anunciarle el dichoso acontecimiento. Entraba entonces en su casa dando gracias á Dios por tan gran merced, y tomando en sus brazos á la débil criatura, llamaba sobre ella, bendiciéndola, los más preciados favores del cielo.

»Por este medio los ocho hijos que tuvo han vivido de manera que todos merecieron el paraíso, en el que residen, excepto tres, que sin duda lo alcanzarán también, pues su vida es la que hacen los escogidos.»

Cuando se hizo el proceso de su canonización abundaron los testimonios en favor de esta familia bendita, verdadero seminario de santos, como la llama un escritor antiguo.

Los hijos varones, por orden de nacimiento, fueron: Pedro, Vicente y Bonifacio.

Pedro unía la conciencia más escrupulosa á una rara habilidad comercial, de la cual dió pruebas en una compra de trigo que hizo en Sicilia para aprovisionar á Valencia, mereciendo que los regidores le dieran las gracias por su proceder en cartas llenas de elogios, que aun se conservan. Murió en 1404.

Bonifacio fué un jurisconsulto eminente, al que Valencia confió las comisiones más importantes y los cargos más honrosos. Casado primero, se hizo luego Cartujo á instigación de su hermano Vicente, y seis años después fué nombrado General de la Orden.

El papa Benedito XIII, que conocía el mérito de las personas, le profesaba gran estimación. Como embajador de este pontífice cerca de Carlos VI, contribuyó mucho á mantener á Francia bajo la obediencia Aviñonesa, y aunque quiso renunciar al generalato, el pontífice le mandó conservarlo.

Ha tenido su cronista, del cual tomaremos una breve monografía, cuya lectura interesará, seguramente, pues más de una vez hallaremos su nombre mezclado á la historia de su ilustre hermano.

De las hermanas de nuestro Santo sólo nos son conocidas tres: Constanza, Francisca é Inés; pero sabemos por el proceso de su canonización, que las otras tres pertenecían á la Tercera Orden de

San Francisco y guardaban su virginidad. Aun se conoce en Valencia la casa que habitaba Inés, *calle de la Xedrea*, y en la *Valencia Histórica*, del cronista Vicente Boix, dice claramente: *En esta calle murió una hermana de San Vicente Ferrer*. Sobrevivió quince años á su santo hermano, que la dirigía. Se refiere, que hallándose en su lecho de muerte, ya en la agonía, recobró de repente la palabra y dijo: «Acaba de aparecérseme mi hermano Vicente y me manda que vista el hábito que me dejó al morir, asegurándome que él mismo me introducirá en el paraíso.» Se hizo llevar el precioso vestido, tomó en la mano un cirio bendito, recitó el *Credo* y entregó dulcemente su alma á Dios.

Constanza, dos veces casada, vivió, no obstante, bajo la regla dominicana de la Orden Tercera. Habiendo enviudado de nuevo, consagró su vida á la asistencia de los Dominicos enfermos, y en su testamento legó una suma de cuatrocientos sueldos, que en aquella época era relativamente importante, para la continuación de su obra. Murió en 1435, un año después que su hermana Inés.

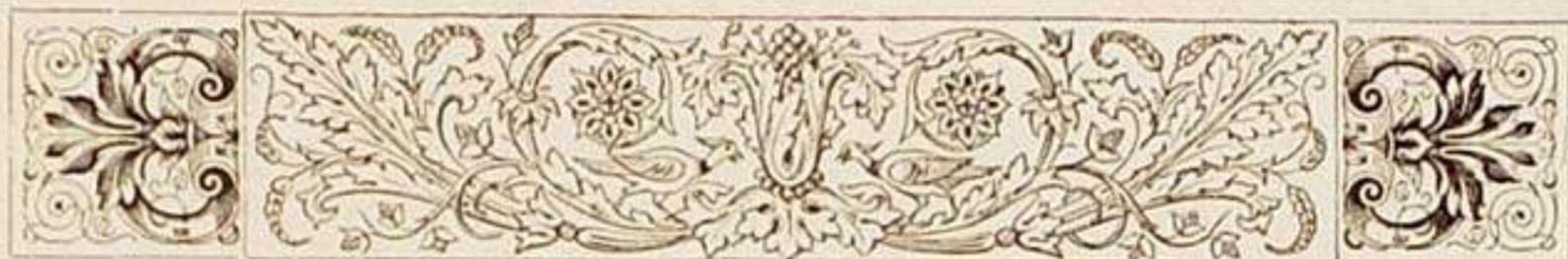
Al recuerdo de Francisca va unida una trágica historia que he hallado en la Biblioteca de Madrid, en forma de epopeya, mitad en verso, mitad en prosa, con este pomposo título: *El mayor de los prodigios y caso extraordinario: origen de las misas de San Vicente Ferrer*, por Francisco Redón Notario. Nuestras costumbres rechazan estos relatos. Baste saber, que á consecuencia de dramas sombríos en los que más que su propia voluntad, había tenido parte la malicia ajena, esta mujer padecía en el fuego en que se expia todo acto humano contrario á Dios. Un día que Vicente Ferrer celebraba la misa en el altar mayor del convento, se presentó á su vista un terrible espectáculo; una mujer que imploraba su piedad, víctima de uno de esos tormentos que describe Dante, tan teólogo como poeta. Habiéndola reconocido, dijo en sufragio de su alma las misas de San Gregorio, y poco después le fué revelada su libertad. Esta serie de misas, que tienen por origen una leyenda semejante, fué propagada por el Papa cuyo nombre lleva. La Iglesia las ha tenido siempre en mucho honor; y tengo á la vista una pastoral de la autoridad eclesiástica, fechada el 14 Enero 1849, que recomienda la devoción á las misas de San Gregorio, *apoyándose en el ejemplo de San Vicente Ferrer en las circunstancias referidas*.

El notario Guillermo Ferrer gozaba en Valencia de la mayor consideración, y su nombre figuró hasta el fin de sus días en las minutas de los asuntos más graves. En los *Archivos de nuestro convento*

se conservaban con piadoso respeto cuatro documentos que llevaban la firma de Guillermo Ferrer: «*Sig + num Guillermi Ferrarii, auctoritate regia Notarii publici per totam terram et dominationem illustrissimi Domini Regis Aragonum.*» Falleció en 1394, siguiéndole poco después al sepulcro la compañera de su vida. Estos dos afortunados esposos, enterrados primero en el panteón de la familia en el gran claustro del convento de Dominicos, fueron más tarde depositados solemnemente debajo del altar mayor de la capilla que Valencia erigió á su hijo después de su canonización.







CAPÍTULO III

EL NIÑO

Signos precursores.—Nacimiento.—Bautizo.—Patrón predestinado.—La pila y su cofradía.—Muñeco de alabastro.—Primicias taumatúrgicas.

(1350-1355).

EL niño en torno del cual brilla esa pléyade de almas bienaventuradas, fué el cuarto de la familia y el segundo de los varones, fruto bendito de un amor tranquilo y consolidado por la vida. «Los niños, ha dicho un pensador, se parecen á sus padres en sus cualidades íntimas.» Esto explica tal vez por qué no son casi nunca los mayores los elegidos de Dios. Los intereses humanos pueden estar acordes con los mayorazgos que establecía la antigua Ley, pero Dios mira sólo al corazón, según está escrito de un gran elegido suyo, David, el más joven de los hijos de Isaias.

El nacimiento del niño predestinado fué precedido de maravillosos presagios, siendo el primero de ellos uno de esos sueños misteriosos que representan tan gran papel en los dramas humanos, y aun en los designios de Dios, porque las Sagradas Escrituras nos ofrecen muchos ejemplos. Todos han reparado en el escudo de los Hermanos Predicadores, en ese perro que la madre del Santo Domingo vió en sueños «llevando una antorcha en la boca, y que se escapaba de su seno para abrasar toda la tierra.» «Ese soy yo, dirá un día Vicente Ferrer, impresionado por esos admirables resplandores, ese soy yo que voy á recorrer el mundo ladrando contra los lobos infernales é intimando á todos la penitencia.»

Guillermo Ferrer contaba que una noche le parecía escuchar el sermón de un Dominico muy conocido en Valencia, cuando el orador se interrumpió de repente y, dirigiéndose á él, le anunció que tendría un hijo que sería también Hermano Predicador y que alcanzaría tal renombre, que todos los pueblos de España y de las Galias le tributarían un culto semejante al que los primeros fieles tributaron á los Apóstoles. Debido á la movilidad de los sueños que se disipan como esos palacios que forman las nubes á la puesta del sol, le pareció que el auditorio se levantaba para dar gracias á Dios, y al hacerlo mismo el feliz padre, este movimiento le despertó, no sin que quedara su espíritu impresionado como por una advertencia del cielo.

La madre, cuyos embarazos habían sido hasta entonces muy penosos, observó que no sólo éste no le causaba molestia ni fatiga alguna, sino que sentía cierta alegría y fortaleza, que la impulsaba, por decirlo así, y la daba actividad. Tenía costumbre de dar mensualmente una medida de harina y 30 reales á una pobre mujer ciega, y en esta ocasión, después de llevarle su limosna, la rogó que pidiese á Dios le diera un parto feliz. La ciega acercó su cabeza al seno de la joven y le dijo: «Dios os concede esa gracia.» Pero he aquí que sus ojos se abren, é iluminando al mismo tiempo su espíritu con una luz profética, exclama: «¡Madre feliz!, ¡lo que lleváis en vuestro seno es un ángel que acaba de devolverme la vista!...»

Un autor compara amablemente este fruto de bendición con un rayo que no tiene peso, con una ligera nube que pronto cruzará el mundo, derramando sobre él el rocío de las divinas enseñanzas. San Luis Bertrán, también valenciano, llega á decir, que, como el divino Precursor, fué santificado antes de nacer.

Por aquel tiempo asolaba la Europa un terrible azote y todas las historias hablan de los estragos que hacia la peste negra. De la Scytia, en donde tuvo origen, atravesó el Mar Negro, y después de asolar la Grecia entró en Italia, precedida de violentos temblores de tierra. Las islas Baleares quedaron despobladas en un mes, pasando de allí á la Península y elevándose á trescientas el número de las personas que morían diariamente en Valencia en Mayo 1348, y otras tantas en Zaragoza. La provincia dominicana de Aragón perdió á la cabecera de los enfermos 512 religiosos de los 640 de que constaba. Entonces publicó el Papa Clemente VI el primer Jubileo semisecular. ¡Singular poder el de la Iglesia, que abre las puertas de la alegría en las épocas más calamitosas! Esto fué, en efecto, una verdadera resurrección.

Así es que, al principiar este nuevo año jubilar, *anno benignitatis Domini*, pudieron los ángeles repetir, sobre una cuna predestinada, su canto de Navidad: ¡Paz y alegría! acaba de nacer un salvador.— El año 1350 de la encarnación del Verbo, 2689 de la fundación de Valencia, 102 de su conquista por el rey Jaime I, preparado por las cristianas disposiciones de su familia, anunciado por prodigios, nació el 23 de Enero un niño al que Dios reservaba en su Iglesia un puesto eminente.

Esta fecha que adoptamos en la vida que vamos á reseñar, ha sido discutida. Cuando el labrador ve sazonar sus mieses bendice al sol: si le preguntáis la hora precisa en que el astro del día ha aparecido en el horizonte, os mirará con asombro. El sol nace, sube y sigue su carrera, derramando á torrentes la vida; él lo sabe y nada le importa lo demás. Así el mundo, disfrutando por largo tiempo los beneficios de este sol de las almas llamado Vicente Ferrer, no se ocupó de la fecha de su nacimiento más que de precisar ciertos detalles que la Historia, sin embargo, no puede pasar en silencio. Y esta es hoy la misión del historiador; remover durante muchos días el polvo de las bibliotecas con el solo objeto de consignar un número ó una frase en que apenas se fijará la mayor parte de los lectores.

Vicente Ferrer nació en 1350. Estudiado de cerca este punto de historia, aparece tan claro, que no se comprende cómo ha podido dar lugar á discusiones y mucho menos producir una verdadera confusión. La divergencia proviene de que, según Razzano, sin ninguna otra indicación, Vicente Ferrer tomó el hábito dominico el domingo 5 de Febrero. Se ha buscado en qué años el 5 de Febrero caía en domingo y unos han tomado el 1340, otros el 1346, decidiéndose los Bolandistas por el 1357, cuya opinión, como es natural, ha arrastrado á casi todos los historiadores. Pero en esta ocasión se han equivocado. Sin duda que un biógrafo que se olvida de consignar el año, afectando además, ó á lo menos dejando conocer en toda su obra la poca importancia que da á la cronología, no merecía que se le hiciese tanto honor. En el *Cartulario* dilucidaremos detenidamente esta cuestión, limitándonos aquí á una demostración sumaria.

En opinión del mismo Razzano, Vicente Ferrer nació en 1350, pues sólo esta fecha concuerda con el resto de su relato y especialmente con la edad á que dice que murió, esto es, setenta y un años. Vicente Ferrer murió, efectivamente, el 5 Abril de 1459.

Teniendo en cuenta que el año empezaba entonces el 25 de Marzo, y naciendo el 23 de Enero de 1349 (sistema antiguo) y falleciendo el 5 de Abril de 1419, ha vivido 70 años, dos meses y trece días: *Septuagesimum transcendens annum*, como traduce muy bien la Bula de canonización.

Sólo la fecha de 1350 está acorde con una multitud de circunstancias sobre las que llamaremos la atención en el curso de este relato, y especialmente con la serie de los capítulos generales. Desde 1368, año en que profesó Vicente Ferrer, de edad de 18, *edad en la que todos conciben*, hasta su apostolado, es decir, durante veinte años, se ocupan aquéllos de él, siguiendo un orden cronológico irrecusable. Los Bolandistas hicieron mal no tomando esto en cuenta.

Muchas veces ha hablado Vicente Ferrer de su edad: si hubiese nacido en 1357, se hubiese equivocado á menudo, especialmente en su carta acerca del juicio final dirigida á Benedito XIII en 1412, en la que hablando de sí mismo: «*Habens plus quam LX annos*, edad de más de sesenta años.» Tenía sesenta y dos.

Todos los escritores valencianos que figuran como críticos, Vidal y Micó, muy apreciado de M. Meyer; Escolano, cura de la parroquia en que fué bautizado Vicente Ferrer; los archiveros Sala, Falcó y Teixidor; el biógrafo Ximeno, que ha estudiado á fondo á los escritores que han visto la luz en su ciudad natal, se atienen á la fecha de 1350.

Los signos precursores de que hemos hablado habian conmovido bastante la opinión para que al anunciarse el feliz acontecimiento se reuniera el Consejo de la ciudad en sesión extraordinaria y acordara que el hijo de Guillermo Ferrer seria apadrinado en su bautizo por los Magistrados que tenian entonces el gobierno de la Ciudad, «los Padres de la Patria», á fin de que ésta fuera dos veces madre de tan glorioso hijo. No estaba entonces limitado el número de los padrinos, como lo fué luego por el Concilio de Trento, por lo que se designaron con aquel objeto tres regidores, que fueron, Ramón de Oblites, *Jurat en cap*, Guillermo de Espigol y Domingo Aragonés. Luego, en nombre del Senado, se ofreció á una de las nobles damas de la ciudad el honor de ser madrina, habiendo recaído la elección en D.^a Ramona d'Encarroz y Villaragut. De esta elección está aún orgullosa su descendencia, habiéndose conservado cuidadosamente en los archivos de la familia el suceso con su fecha: 23 Enero 1350.

Llegada la hora, los representantes de la ciudad, en traje de ceremonia, seguidos de la nobleza y numeroso pueblo, se trasladaron

á casa de los Ferrer y llevaron en procesión al niño á la iglesia de San Esteban, en donde debía ser bautizado. El cura En Perot Pertusa, revestido con las insignias de su dignidad, esperaba al cortejo á la puerta de la iglesia, que se habia adornado al objeto magníficamente. Se procedió al bautizo; pero cuando se trató de ponerle nombre al niño, cada padrino quiso tener este honor, de donde nació un conflicto, que amenazaba eternizarse, cuando el sacerdote, nuevo Zacarías, exclamó: «Dios habla por medio de su iglesia: que lleve el niño el nombre del Santo ilustre cuyo triunfo celebramos estos dias. Se llamará Vicente.»

Pocos santos, sobre todo en España, tenían entonces y tienen todavía un culto más extendido que el mártir San Vicente. Su fiesta cae el 22 Enero y el 23 se celebraba la traslación de sus reliquias, según puede verse en los Breviarios valencianos. Era natural de Huesca, cerca de Zaragoza. Hecho diácono por el obispo Valero, padeció el martirio en Valencia hácia el año 303, en esta misma parroquia de San Esteban y á pocos pasos de la iglesia en que se bautizaba á Vicente Ferrer. Aun se conserva el horno en que el Mártir fué arrojado vivo, respetándole las llamas, y en el que le hallaron rodeado de ángeles, habiéndose erigido sobre él un pequeño oratorio, en el que se ven unas estatuas representando la escena. En tiempo de los moros y especialmente en el reinado del califa Abd-el-Rahman, se desencadenó una terrible persecución contra las reliquias. Los Valencianos, dice Escolano, «llenos de devoción á un Santo que continuamente devolvía la vista á los ciegos, el oído á los sordos, el movimiento á los paralíticos, se embarcaron con sus venerados restos, y al llegar á Gibraltar abordaron á un promontorio llamado por los antiguos *Cabo Sacro* y por los modernos *Cabo San Vicente*, á causa del precioso depósito que le fué confiado.»

Era un Patrón providencial. Su nombre, que significa *Vencedor*, sonaba como clarín de victoria universal; así es que se aceptó con entusiasmo la idea del Cura. «Los Santos, dice San Ambrosio, son hombres que merecen recibir su nombre del mismo Dios.»

La Pila, fuente bautismal en que fué bautizado Vicente Ferrer, existe todavía, y consiste en una tina en forma de copa, de mármol negro y de una sola pieza. Detrás de ella, en un retablo ricamente adornado, hay un cuadro que representa el bautizo del Santo, en el que se ve á los regidores con el traje nacional, á la madrina teniendo al niño en brazos y al cura con estola y sobrepelliz que pregunta: «¿Com aurá nom? ¿qué nombre le ponéis?—*Vicente Ferrer*,» respon-

den todos los presentes. Es la reproducción natural de la unanimidad súbita que se manifestó en los que se hallaban presentes. Y si vais á Valencia durante las fiestas de San Vicente Ferrer, veréis en la iglesia de San Esteban un estrado sobre el que varias figuras, de tamaño natural, parece que representan una animada escena, la escena del bautizo.

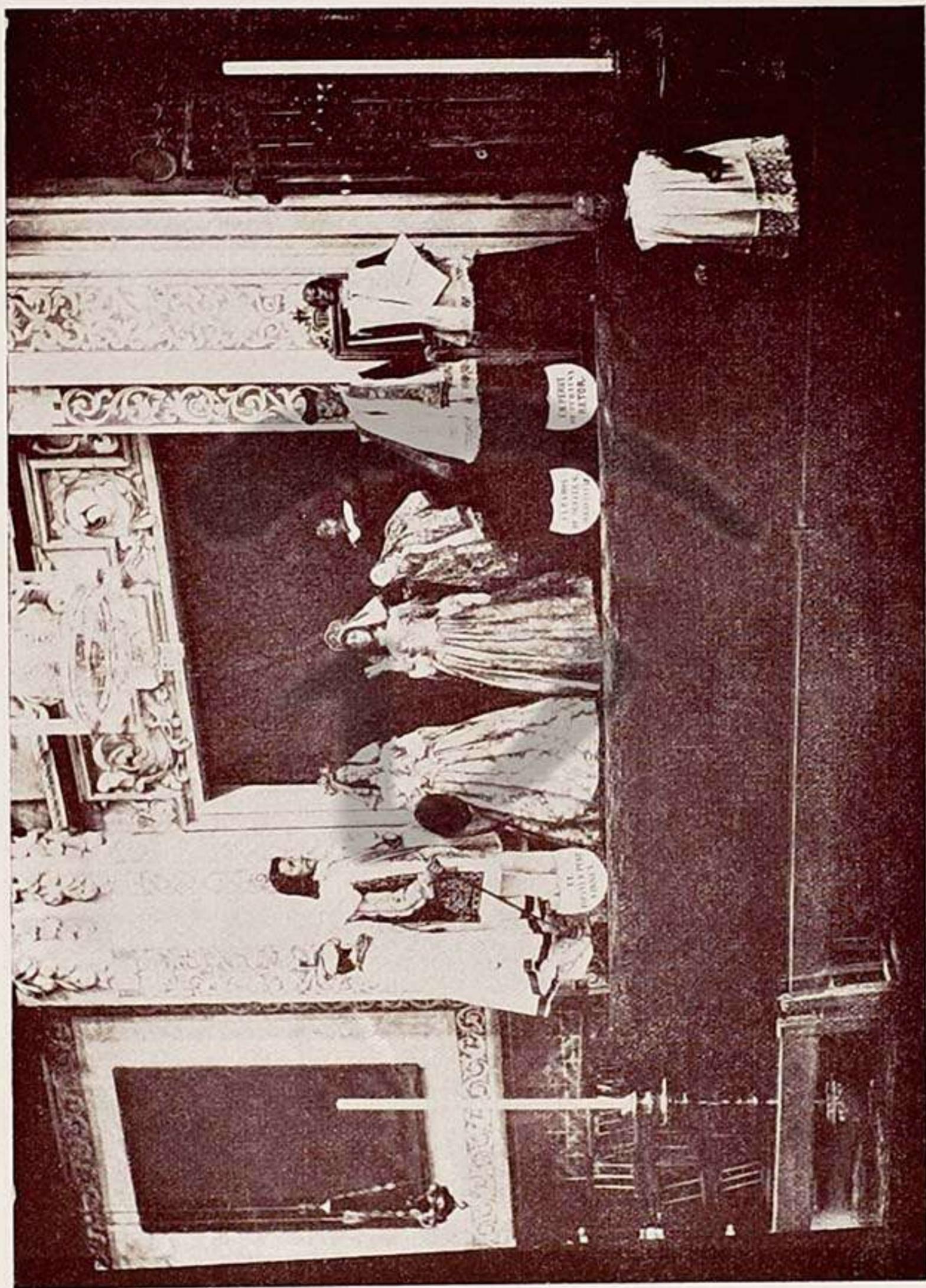
Muchas Cofradías se han honrado teniendo por patrono á *San Vicente Ferrer*, y por lugar de reunión algunos de los santuarios consagrados al mismo. Los Notarios escogieron la capilla de la pila bautismal, y su Cofradía, fundada por el venerable P. Anadón, del convento de Valencia, hácia el año 1460, se ha conservado hasta el día próspera y muy devota de su glorioso Patrón, siendo las fiestas que le dedican las más hermosas.

No tardaron los milagros en hacer célebre esta capilla: los *exvotos* se amontonaron en ella á tal punto, que no se podía dar un paso, hasta que una orden del obispo los hizo desaparecer de allí. Traslado aquí, dice Gavaldá, dominico, autor de una vida de San Vicente Ferrer publicada en 1682, lo que he leído en una acta ó memoria escrita por el notario Medina, testigo ocular del suceso. «El 20 de Noviembre de 1605 se celebraban en San Esteban las primeras vísperas de la Presentación de la Santa Virgen en la capilla fundada con este título por el *Cid*: el altar de la capilla de la Pila bautismal estaba magníficamente adornado: alguien quiso mover la pesada araña suspendida ante él, pero se rompió la cuerda, cayó ésta al suelo y la araña permaneció suspendida en el aire, hasta que por medio de unas escaleras se la bajó sin accidente alguno, en cuya operación se invirtió una media hora. Todos los que estaban en la iglesia atribuyeron este prodigio á la intervención de San Vicente Ferrer, extendiéndose una información del hecho por el oficial Casanova y consignándose en el libro *de las Provisiones de la Curia Eclesiástica de Valencia* el 22 del mismo mes.»

A los dos lados del altar hay dos imágenes, una de San Vicente Ferrer, otra de San Luis Bertrán, bautizado en la misma pila, en la que, por un privilegio especial, pueden ser bautizados los niños de todas las parroquias.

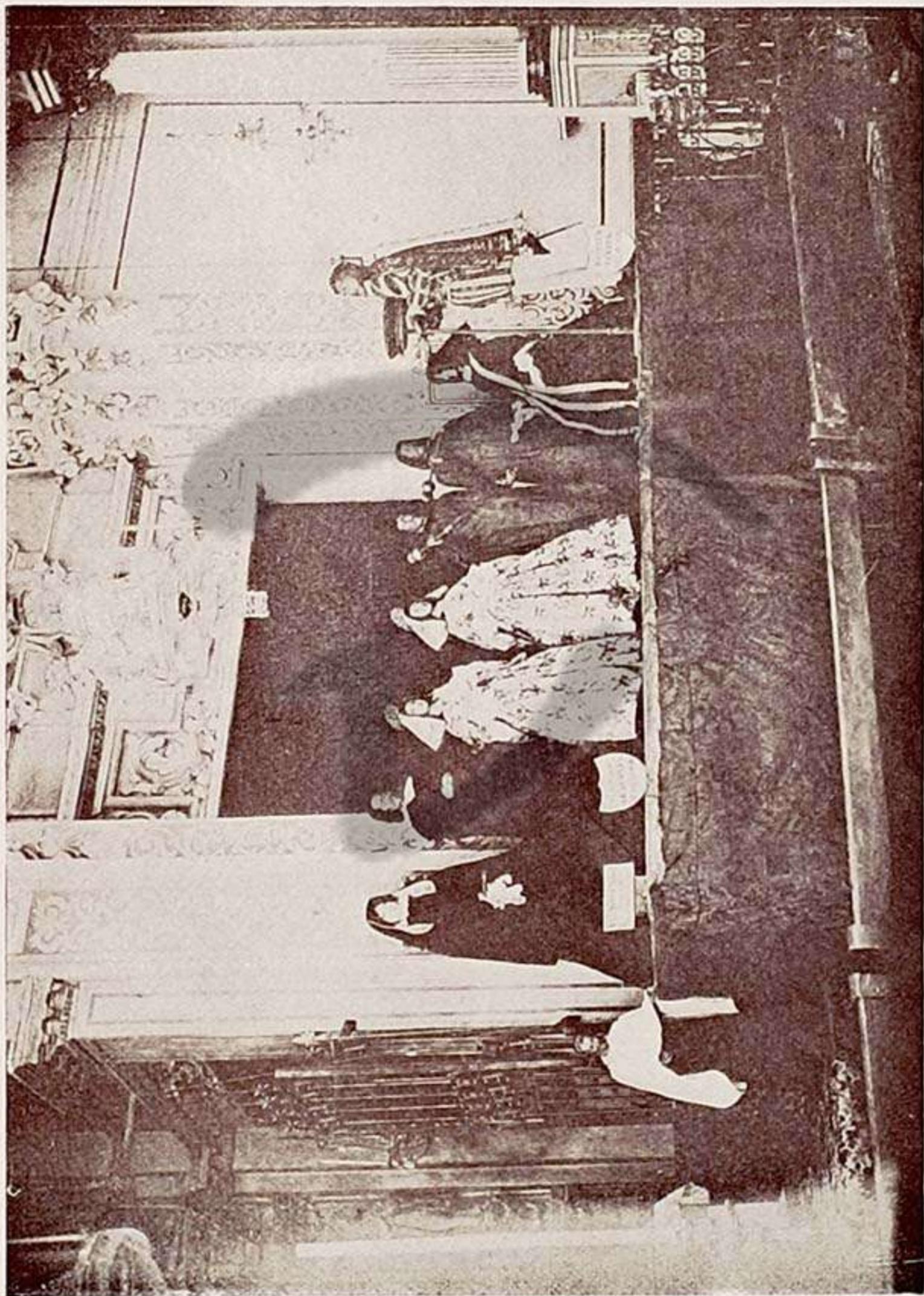
El deseo de adornar mejor este Santuario sugirió la idea de estos *bultos* ó estatuas movibles que representan á los personajes del bautizo. El arzobispo Andrés Mayoral prohibió un año la exhibición, á causa de los desórdenes ocurridos con tal motivo, orden dura, pero que fué obedecida; mas á fuerza de súplicas se alcanzó de la *Sala de*

VALENCIA



Figuras representando los personajes que intervinieron en la celebración del bautizo de SAN VICENTE FERRER.

VALENCIA



Figuras representando los personajes que intervinieron en la celebración del bautizo de SAN VICENTE FERRER.

Justicia un Decreto, fechado el 8 Enero de 1763, que permitió su restablecimiento.

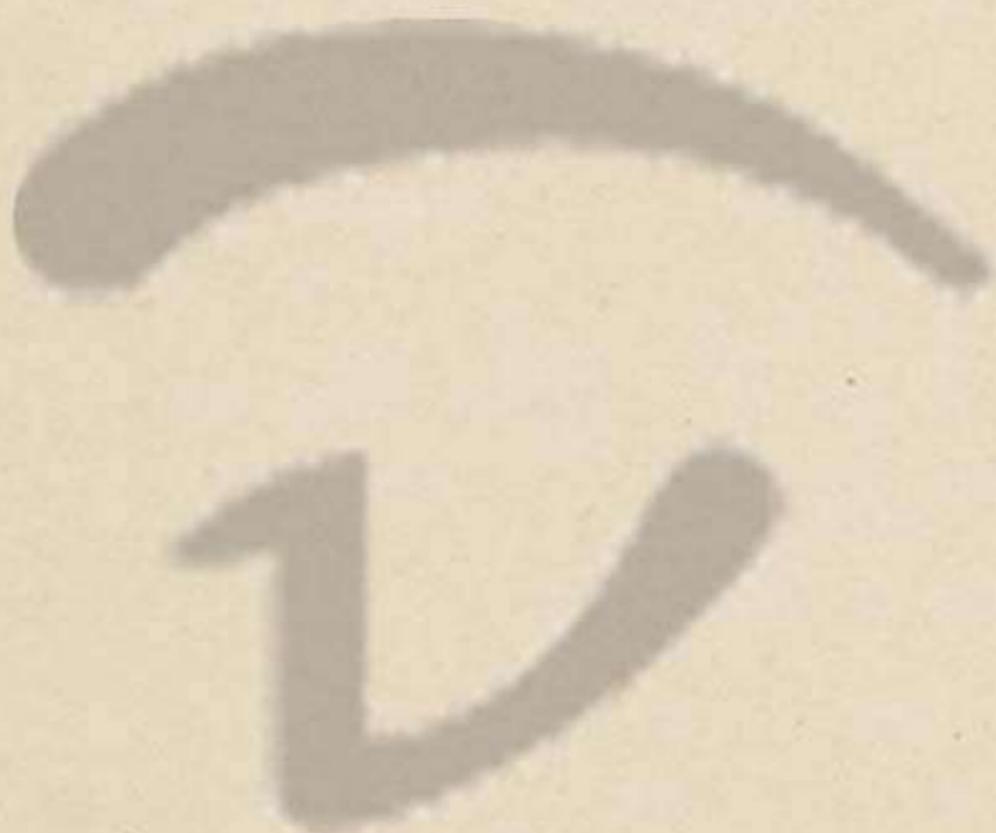
La ciudad entera siguió gustosa el ejemplo de sus Magistrados y todos iban á la cuna del niño como á un Santuario, admirando su dulce é inalterable tranquilidad. Efectivamente, como si no le hubiese alcanzado el pecado original, no tenia ninguno de los caprichos de los niños, ni hubo necesidad de emplear con él los cantos que se acostumbran para dormirles. La reina Leonor de Sicilia hizo que le llevaran á su Palacio. Casada esta Princesa nuevamente con el rey Pedro IV, habia llegado á Valencia el 25 Agosto de 1349, según consta en el *Manual de los Consejos de la Ciudad*.

De los biógrafos primitivos, que escribian bajo la crítica de sus conciudadanos, copio un episodio, que tal vez sea una leyenda, pero que no debe pasarse en silencio, porque es muy gracioso.

Hacia muchos meses que una sequia espantosa asolaba el país; la naturaleza parecia muerta; las plegarias públicas y privadas nada conseguían: Un dia en que la madre habia llorado mucho dirigiendo al cielo una ardorosa súplica, tomó á su hijo como pidiendo á la inocencia un poder que se pierde con ella. No lo hizo en vano; el niño, que apenas balbuceaba alguna palabra, dijo con una voz muy clara: «*Si queréis que llueva, llevadme en procesión.*» Sorprendida y gozosa corrió á participarlo á los regidores, y como les constaba su ilustrada piedad, se verificó la procesión, habló la fé y por la tarde se cubrió el cielo de espesas nubes que derramaron torrentes de agua, cesando la prolongada sequia.

Estos relatos, confirmados por las obras de arte, los monumentos varios, los panegíricos pronunciados cada año, tradición viviente, y los dramas que durante las fiestas del Santo renuevan su recuerdo á una multitud aumentada sin cesar y siempre insaciable de presenciarlos, están en armonia con toda la existencia del Apóstol Taumaturgo.—«Dios, dice Santo Tomás, acostumbra señalar á la atención de los hombres aquellas almas sobre las cuales tiene Él particulares miras.»







CAPÍTULO IV

EDUCACIÓN

Génesis del alma.—Miguel Garrigues.—Estudios.—Buenos sentimientos.—El criado Alexis Raffet.—Inclinación á la soledad.—Mortal imprudencia y resurrección del condiscipulo.

(1355-1367).

SENTADAS las premisas, seguirá su curso la lógica. Lo que en nuestra infancia, llena de calamidades, parece maravilloso, será el estado normal de esta infancia sin miserias. A la edad en que las facultades intelectuales duermen envueltas en las nieblas de una razón que se bosqueja, él pensaba, y por la noche adormecía en la plegaria su joven imaginación.

No podemos hacer más que delinear la génesis de esta alma: el trabajo de Dios en las almas jóvenes, acto de infinita delicadeza y de adorables preliminares, será una de nuestras sorpresas el día de las revelaciones.

Muy pronto trazó su vida con arreglo á la perfección cristiana. Cualquiera ofensa á la Majestad divina le producía una emoción extraordinaria, y un atractivo filial le impulsaba hácia los sacerdotes. El sacerdote atrae á toda alma que anhela ser pura, pero él buscaba al sacerdote, como se va en pos de aquel que ha de hablarnos de un sér amado.

Como todo corazón tierno, que no ha sentido aún la influencia del egoismo, amaba á los pobres, y muchas veces, contando con la caritativa complicidad de su familia, los llevaba á su casa y se complacía en servirles. Y si la desgracia alcanzaba á los que le rodeaban,

más dichoso que nosotros, impotentes con frecuencia para aliviar los sufrimientos ajenos, venía el milagro en ayuda de su buen deseo. Un amigo de su familia, llamado Miguel Garrigués, tenía un hijo que padecía una úlcera en el cuello que exhalaba un olor pestilente, y á instancias de este padre, el taumaturgo tocó la llaga, que se cerró en seguida, y á fin de que no se reprodujera, selló la cicatriz con un beso. En reconocimiento, el hijo del que tan milagrosamente había sido curado, hizo colocar en la fachada de su casa la imagen del nuevo santo, cuando Vicente Ferrer fué canonizado. Si todos los sitios, observa uno de sus biógrafos, en que Vicente Ferrer ha obrado prodigios se adornaran de este modo, la Europa entera sería un verdadero campo de trofeos elevados á su gloria. Esta imagen estuvo en aquel sitio hasta los atropellos revolucionarios de 1835, alumbrada día y noche por una lámpara. La casa de Garrigués está situada en la plaza *dels Ams*, que hoy lleva su nombre, y cuando se celebra la fiesta del Santo se levanta junto á ella un teatro-altar, en el que se representa el milagro, siendo un encanto ver revivir en toda su frescura sucesos sobre los cuales han pasado tantos siglos.

Pero hasta el mismo Edén tiene necesidad de cultivo. A los ocho años empezó Vicente Ferrer sus estudios bajo la dirección de los mejores maestros, estudiando gramática, humanidades y retórica. A los 14 años manejaba con habilidad la dialéctica su joven inteligencia, arma poderosa que asusta á nuestros espíritus degenerados. El Español, criado bajo el sol más hermoso del mundo, es precoz: y si es verdad que la aguja horada porque se apoya sólo en un punto, ¿qué tiene de extraño que un joven, dotado de una memoria feliz y de un talento penetrante, no distraído por alguna otra enseñanza supérflua, recorra en seis años el ciclo ordinario de los estudios?

Pero además, en este caso, contaba el alma con admirables impulsos. La piedad, estado amable, más que virtud aislada, lo vivificaba todo; la mortificación, que aleja lo que enerva, dejaba al espíritu toda su libertad; toda la exuberancia de la primavera afluía á la inteligencia. Como esas viñas bien podadas que al influjo de la savia echan en Abril pocos y vigorosos tallos de los que saldrán esos excelentes vinos, néctar de dulce perfume, así esta alma, apartada de toda aspiración mundana, se dilataba feliz y vigorosa bajo la acción del sol de justicia.

Un desarrollo armónico desenvolvía á la vez sus fuerzas físicas y sus facultades morales: era el casto adolescente cuya vista nos conmueve tan dulcemente: en su frente pura brillaba esa gracia más bella

que la misma belleza, según la expresión del poeta. Pero otra gracia, reflejo de Dios, inundaba su alma y reaparecía, sin él saberlo, en resplandores celestiales. Terminada la clase, se iba á la iglesia á beber la eterna sabiduría en su manantial inagotable, y edificaba en gran manera, dice un historiador, verle en este trayecto de la escuela á la iglesia, marchando modestamente, con los ojos bajos, y no faltaba quien á la vista de este niño, con aire de viejo, desechara sus pueriles pensamientos.

Por entonces se abría para él la ciencia teológica, la cual le hizo no sólo conocer, sino sentir á Dios, según la feliz expresión de Fenelon; esto es, se prendó de Él cada vez más. El Oficio de la Pasión, que recitaba cada día, inflamaba su odio al mal, causa primera de tales suplicios, y como se reconocía solidario de esta causa, atormentaba su cuerpo con ayunos precoces y se acostumbraba á sufrir las duras puntas del cilicio. Cuando más tarde, en las procesiones de penitentes, creadas ó regeneradas por él, permitió á los niños que se azotaran, se representaban á su espíritu estas valerosas primicias de su vida de mortificación.

Al mismo tiempo la devoción, florecencia del amor, germinaba en su corazón respecto á la Virgen, apoyo instintivo en las horas borrascosas de la adolescencia. Era para él una dicha oír pronunciar su nombre; todo predicador que hablaba de ella hablaba bien, porque siempre se habla bien cuando se elogia á nuestra madre. Reconocía serle deudor de esa austeridad nativa que hace que pasen inadvertidos los sentidos y permiten que el alma se fortalezca hasta el momento en que desaparece la ignorancia, envoltura ya inútil de una flor que va á abrirse. Así como Domingo, á quien pronto tomará por modelo y maestro, se iba, siendo adolescente, por veredas sombrías deshojando el rosal silvestre mientras recitaba el *Ave-Maria*, del mismo modo Vicente Ferrer preludiaba el *Angelus*, saludando á la Reina del cielo, cada vez que oía el sonido de una campana. Todos los corazones que aman tienen ocurrencias parecidas. Más adelante, cuando predique, empezará los sermones con la salutación del Angel, costumbre que luego se generalizó universalmente.

Era en su trato amable sin familiaridad, prudente y discreto; jamás discutía; jamás dió á sus padres el menor disgusto. Sabía ser bueno con sus inferiores, sin perder su dignidad, y reconocía de buen grado sus faltas. En las crónicas antiguas se refiere la siguiente anécdota: Habiendo oído blasfemar horriblemente á un criado, no pudo menos el joven de reprenderle, lo que excitó la ira del otro

hasta el punto de pegarle: «Amigo mio, le dijo con dulzura Vicente Ferrer, mucho te debo por haberme enseñado la prudencia que no he tenido al reprender á un hombre de más edad que yo, tratando de corregir á quien estaba fuera de sí. Por lo demás, no tengas cuidado, que nadie sabrá lo ocurrido.»

Cuando tomaba parte en los juegos de su edad, tenia esa gracia y ese atractivo que son fruto natural de una educación cristiana; pero le gustaba mucho más retirarse sólo á la orilla del mar. Bajo el limpio cielo, en la perfumada serenidad de las tardes del estio, escuchaba embriagado los mil ruidos que se elevan de la fecunda tierra, himno de vida y de amor al Creador. Allí, de rodillas como en un templo, su alma juvenil se abria por completo á ése Dios que habla por sus obras, y se abandonaba á esos éxtasis mudos que produce la contemplación de la naturaleza.

En estas ocasiones, todo amor de corazón se centuplica, prestando voz á la nube que pasa, al mar que gime, al aire que murmura. Hasta el silencio habla: de esa bóveda sombría tachonada de clavos de oro, baja no sé qué influencia sutil y penetrante que conmueve todo nuestro sér con sensaciones desconocidas.

Al retirarse de allí transfigurado, era cuando dirigia á sus amigos esos discursos, siempre elocuentes, porque nacen de una imaginación impresionada.

«¡Oh! amigos míos, ¡cuán bueno es para los hombres el Señor del cielo! Para que no nos seduzcan las cosas vulgares, ha colocado en el espléndido firmamento un atractivo permanente que muestra siempre á nuestra razón los bienes infinitos y los encantos inefables de la verdadera patria. ¡Cuán brillante es ese sol! ¡Cuán dulce la luz de la luna! ¡cómo brillan cual rubis esas estrellas! ¿Qué será, pues, la luz de Cristo, sol sin mancha? ¿Qué será la belleza de la Virgen, aurora purísima de la gracia? Si, allí estarán nuestras delicias, allí residirá la plenitud de la alegría, la seguridad de los goces.»

Otras veces reunia á sus compañeros en el huerto de los Padres Predicadores, y tomaba ocasión de los objetos más humildes para hablarles de Dios, como lo aconseja San Pablo.—«Amigos, mirad esta flor y pensad en el que la ha creado. Por inteligente que un hombre sea, ¿podría hacer otra igual? ¿Qué podría aquí el soberano más poderoso del mundo? ¿Quién le ha dado ese perfume y esas secretas virtudes? Infinita debe ser la sabiduría y la liberalidad de Dios, cuando así siembra bajo nuestros pasos obras maestras de vida. Si la creación y sus maravillas tienen tantos encantos, aunque

los colores que los embellecen no sean más que ilusión de nuestros sentidos; si esta flor, nacida hace una hora, es tan hermosa, ¿qué nos reserva la morada eterna? ¡Oh, amigos míos! ¡vayamos á Dios! Todo el valor de las criaturas está en el sacrificio que se puede hacer al Criador.»

Estos discursos, que los antiguos autores ponen en sus labios de adolescente, no tienen, sin duda, autenticidad alguna, pero los hace verosímiles la naturaleza misma de las cosas.

No hay virtud, por amable que sea, que no tenga en la tierra enemigos. Algunos jóvenes de su edad procuraban ridiculizarle, le desacreditaban y hasta le acusaban de hipócrita y falso. Así es el mundo.

Un día organizaron una perversa travesura. Reunidos en la puerta del Mar, por donde se sale á esos jardines de que Valencia está con razón orgullosa, esperaron á que el joven volviera de paseo con sus amigos, y en cuanto le vieron, uno de los cómplices dejóse caer de repente al suelo, mientras los demás prorrumpían en gritos y pedían socorro. Vicente Ferrer acudió el primero, y ellos le suplican irónicamente que ejerza su poder de taumaturgo. Sorprendido el joven, les dirige una mirada tranquila y luego les dice gravemente: «Ha querido hacerse el muerto para divertirnos, pero le ha salido mal la burla, porque está muerto de veras.»

Se había reunido mucha gente. Las risas, al pronto contenidas, estallaron por fin, y éstos aturdidos, no escasearon sus burlas y ultrajes al Santo. Seguros de su victoria, empujan con el pie á su compañero; pero, ¡oh terror! ven que permanece inmóvil, cadáver, pálido y con los ojos vidriosos. Las risas se truecan en lloros; las burlas en muestras de respeto; y con sus ruegos, esta vez sinceros, conjuran al Santo que devuelva la vida al desgraciado. Dios se dignó concederles esta gracia, que fué un rayo de luz para aquellos jóvenes insensatos.

En memoria de este prodigio se alzó una cruz junto á la puerta del Mar, que se conservó hasta 1835.

En esta fecha, para siempre funesta, se quitaron de las calles las imágenes por un decreto del Gobierno; se abrieron nuevas vías; se echó abajo la casa de Garrigues y se derribó la cruz de la puerta del Mar, como también el convento á cuyas paredes estaba adosada, convento de Trinitarios llamado *del Remedio*. El lugar que éste ocupaba se llama aún *Llano del Remedio*. Mi guía, que había visto la exclaustación de 1835, me enseñó el sitio preciso en que se alzaba

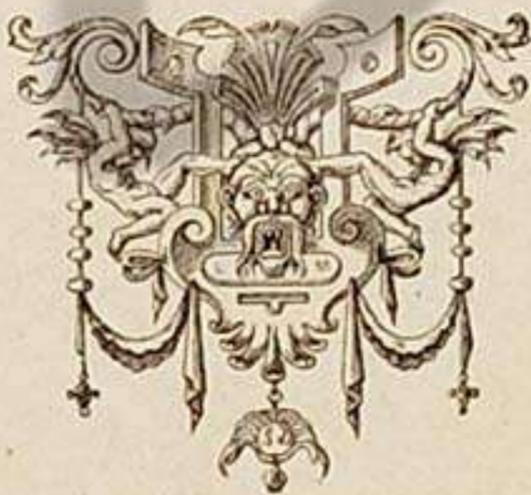
la cruz, á cuatro metros de la puerta; era de piedra granítica, sin inscripción alguna y se designaba con el nombre de Cruz del *Mozo* (muchacho).

Entre los cuadros que adornan los diferentes altares que se levantan durante las fiestas de San Vicente Ferrer, figura la resurrección del imprudente joven.

Captado ya el afecto de Valencia, cuando llegue la hora se entregará ésta confiada en manos de su santo hijo.

Por otra parte, el campo estaba preparado para las influencias decisivas; el estudio había producido sus obras; el estudio humano con sus alegrías, sus descubrimientos y ese tesoro legendario de trabajo que se iba acrecentando; el estudio divino con sus horizontes, sus resplandores, su dilatación.

En una palabra; esta alma estaba dispuesta; Dios podía hablar.



VALENCIA



Fachada de la casa natalicia del Santo convertida hoy en capilla pública.



CAPÍTULO V

CASA NATALICIA

La Cuna.—Los Gorreros.—Interrupción del Culto.—Intervención del Santo.—El rey resuelve la cuestión.—El Santuario.—La Imagen.—Episodio del zapatito.—La fuente y el retrato.—Museo taumatúrgico.

COMO el Patriarca de las antiguas promesas, va á dejar el lugar de su nacimiento por un país que luego «se le mostrará». No volverá á ver la casa en que nació, más que de paso, como un extraño. Las cunas y las auroras tienen un encanto que entornece: dejemos que se prolongue en nosotros esta agradable impresión y recorramos á placer tan bendito lugar, ya que, más afortunado que otros muchos recuerdos, ha sido respetado por el tiempo y por los hombres.

Casa natalicia: así se llama en Valencia la casa en que nació Vicente Ferrer.

Está situada en la calle del Mar, por donde se entra en la ciudad viniendo del Grao (el puerto): forma esquina; es de buena apariencia, y por una disposición inteligente se ha conservado el aspecto exterior de una habitación ordinaria, salvo un ligero frontispicio en el que hay una pequeña imagen del Santo. El interior está dividido en sentido de su longitud, en dos departamentos: uno es una bonita iglesia de estilo moderno; el otro lo constituyen la casa del capellán, el antiguo *corral* ó jardinillo y la sacristía.

A la muerte de los esposos Ferrer fué comprada la *Casa natalicia* por un ciudadano rico, llamado Antonio Martín, cuyo hijo la vendió

á Francisco Castellvi por cien libras valencianas, según escritura ante M. Guillem Tobia de 17 Abril 1496. Los Dominicos pensaron que no convenia dejarla por más tiempo en manos profanas y la adquirieron. Pero los gorreros, corporación entonces opulenta, quisieron tener la *Casa natalicia* de San Vicente Ferrer como capilla de su cofradía, y los Dominicos se la cedieron por 130 libras el 13 Marzo de 1498, según escritura ante M. Casanova, notario, pero con la obligación de erigir un santuario digno de su origen y de no venderla sin consentimiento de la Comunidad. Todo se realizó, según lo convenido, hasta que, á fines del siglo XVI, vino la deplorable moda de los sombreros, que arruinó por completo el comercio de gorros.

Poco amigo de estas novedades, todavía usa el pueblo en Valencia los gorros antiguos, que son de lana negra y parecidos á los que llevan los habitantes de la Baja Normandia. San Vicente Ferrer lo llevaba de niño, como todo el mundo, y lo lleva también en sus fiestas el actor encargado de representar al Santo. Es un tocado muy cómodo, tan útil en verano como en invierno, porque, como dice el refrán español: «Lo que defiende del frio, defiende del calor».

No pudiendo ya la Cofradía cumplir sus compromisos, vendió el venerado santuario á la ciudad, que lo abrió al culto, instalando en él un capellán y disponiendo que todos los años se celebrase solemnemente la fiesta de San Vicente Ferrer, y que diariamente dijese allí misa un dominico. Así consta en una escritura otorgada ante M. Jaime Benito Eximeno el 18 Septiembre de 1375.

El archivero más erudito de nuestro convento de Valencia, Teixidor, ha recogido *con amore* todo lo relativo á la *Casa natalicia*.

Copia detalladamente todos los acuerdos que la conciernen de los *magnífichs Jurats de la insigne Ciutat de Valencia*, que aquí serian ociosos. Pero justo es, como él indica, «que el que escriba de nuevo la Vida del Santo los mencione á lo menos, para que el mundo entero sepa el aprecio en que Valencia tenia y tiene aún á su glorioso hijo, que la ha dado tanta fama y hecho objeto de la envidia de todo el universo».

Estas ordenanzas están aún en vigor. La *Casa natalicia* tiene su capellán propio, dependiente del *Ayuntamiento* (Consejo municipal), y es el que va la vispera de la fiesta del *Corpus-Christi*, montado en una mula ricamente enjaezada, al frente de una lucida cabalgata, invitando al pueblo y á las autoridades á preparar dignamente la gran procesión. Desempeña sus funciones en la pequeña iglesia y á

menudo le piden los fieles que cante, á intención de uno ó de otro, los *Gozos de San Vicente*.

Valencia estaba orgullosa con las magnificencias de este culto, cuando en un Sinodo celebrado en 1578, el patriarca Juan de Ribera dió un decreto prohibiendo á todo sacerdote celebrar en los oratorios de las Cofradias los domingos y dias festivos, excepto el dia de la fiesta del patrón.

Esta orden cayó como un rayo. Los jurados dirigieron al Patriarca cartas y más cartas; pero la medida era demasiado reciente y la *Casa natalicia* demasiado pública, y el Patriarca no cedió. Sin embargo, permitió que se dirigieran al Nuncio: éste comprendió y dejó las cosas como estaban, y desde entonces pudo la insigne ciudad de Valencia honrar á su gusto la *casa natal* de su glorioso hijo.

Al principio de regir la nueva organización ocurrió un caso, raro, sin duda, pero al que da fuerza de verdad un documento público. Y no nos sorprende esta multitud de documentos públicos tratándose de hechos puramente religiosos, pues además de que en los siglos de fé todo lo que tenia relación con el culto de Dios ó de sus santos se consideraba del mayor interés, y no se ha demostrado que fuera sin razón, en el caso presente se trataba de una propiedad comunal.

Los gorreros habían cedido su capilla con gran sentimiento, y de ello no podía consolarse su último capellán Mosén Balderas, ferviente devoto de San Vicente Ferrer. Había costumbre de celebrar todos los años con la mayor pompa posible la canonización del Santo; pero el nuevo capellán, Mosén Gasca, hombre oficial, se contentó con cumplir el reglamento. No lo entendió así San Vicente Ferrer, y he aquí que en la noche del 28 al 29 de Junio de 1574 (Vicente Ferrer fué canonizado el 29 Junio de 1455) empiezan á repicar las campanas furiosamente por si solas. El capellán, asustado, despierta á Antonio Estopiña, cordelero, que tenía á su cargo el cuidado exterior de la capilla, y éste, sin titubear, va á referir el hecho al antiguo capellán. Al oirlo el buen sacerdote, exclamó con alegría: «Es que San Vicente pide su fiesta». Él se encargó de la misma á sus expensas durante cinco años, y la Corporación municipal, volviendo sobre su acuerdo después de detenido examen del caso, tomó á su cargo esta fiesta como las demás.

En 1614 el rey Felipe III quiso poner orden en los gastos de los Municipios y modificó notablemente el presupuesto de Valencia. Habiendo ocurrido dudas respecto á los fondos destinados á la *Casa natalicia*, respondió el rey lo siguiente:

«A mis queridos y fieles vasallos:

»Hemos leído vuestra carta del mes último referente á la limosna que acostumbra hacer esa ciudad á los Religiosos del Convento de Predicadores para la Misa que diariamente celebran en la Iglesia y Casa de San Vicente Ferrer, en la que preguntáis si la reforma mandada por nuestras cartas de Mayo 1612 sobre las limosnas de la ciudad, tenía aplicación á aquélla. No; nuestra real intención en dicha reforma no era comprender en ella dichas misas, y, por lo tanto, podéis continuar como hasta aquí.

»Tal es nuestra voluntad.

»Dado en Madrid el 21 Enero 1614.»

Cuando los Bretones, pueblo de marinos, y especialmente los de Vannes, iban á Valencia, no veían satisfecha su devoción, si no se llevaban todo lo que podían; pequeños trozos de la pila bautismal, tablas de las que servían al Santo de lecho, los objetos que le habían pertenecido, en términos, que en todas partes hubo que poner verjas. Entonces recurrieron á la tierra de la *Casa natalicia*. Un día cogió uno de ellos una paletada: «¿Y para qué queréis eso?, le preguntaron.—¿No sabéis, respondió, que en nuestro país esta tierra cura muchas enfermedades?»

Ahora bien. Vannes posee el cuerpo de San Vicente Ferrer y los valencianos van allí en busca de milagros. ¡Cambio conmovedor de beneficios entre esta tumba y esa cuna en favor de la pobre humanidad!

En la iglesia de la *Casa natalicia* ocupa el altar principal precisamente el lugar en que el Santo vino al mundo, y sobre ese altar hay una imagen muy antigua cuyo origen no deja de ofrecer interés.

Era aún niño Vicente Ferrer cuando un día oyó decir á su padre: «Ese ciprés en medio del jardín es, sin duda, muy hermoso y agradable en verano; pero ocupa mucho sitio y nada prospera á su sombra; es preciso arrancarlo.—No, dijo el niño, consévesele; aun crecerá y de su tronco podrá hacerse mi estatua cuando me canonicen.»

Esta proposición del niño fué atendida y se conservó el ciprés. Pero cuando los gorreros transformaron la casa en Santuario, hicieron construir un rico altar en el que había un nicho destinado á recibir una imagen monumental y, naturalmente, se empleó para ella el ciprés del *Corral*, sin pensar, por supuesto, en la profecía. Allí está aún la estatua, que representa al Santo de pie, de tamaño algo mayor que el natural. Examinada con atención, se ha observado que



Patio de la *Casa natalicia*.
Retrato y fuente milagrosa.

la madera despedía ese olor particular que el ciprés conserva indefinidamente; no hay duda que es de ciprés.

El *Corral de la Casa natalicia* es en el día una especie de pasadizo, en cuyo fondo hay una fuente abundante, á la que á toda hora acuden á beber infinidad de personas, peregrinos ó simples paseantes. Jamás se ha agotado, y en años de sequía toda Valencia ha acudido á proveerse de agua de este pozo providencial. ¿Bastaría esto para admitir como cierta la leyenda del zapatito?—Un día en que Vicente Ferrer, niño todavía, jugaba á la orilla del pozo, se le cayó en él un zapato; sin mostrar el menor disgusto, se arrodilló en el brocal del pozo, hace sobre él la señal de la cruz, cuyo poder había aprendido, y en seguida vióse subir el agua al alcance de su mano y pudo recoger el zapato «que ni aun se habia mojado».

Encima de la fuente hay un antiguo retrato suyo, que parece ser un regalo de despedida, pues una doble leyenda dice claramente: «A vosotros, mi familia, dejo mi retrato, y á los valencianos este pozo que jamás se agotará.» Este retrato de medio cuerpo, sobre tabla, está bien conservado. En él se fijó la Sociedad de Bellas Artes de Madrid cuando quiso reproducir las facciones de las grandes figuras que honran á España, eligiendo entre los Santos, á Teresa de Jesús y á Vicente Ferrer.

Las paredes del *Corral* están revestidas de esos hermosos azulejos que se encuentran por todas partes en los países ocupados mucho tiempo por los moros, los cuales representan diversos episodios de esa maravillosa epopeya que constituye la historia de nuestro Héroe. Entre ellos figura el del *Mocador*.—Un día que estaba predicando en la plaza del Mercado, en Valencia, exclamó de repente: «Una gran necesidad demanda pronto socorro.—¿En dónde?, pregunta el gentío.—Seguid á mi pañuelo.» Y el *Mocador*, impelido por un soplo milagroso, fué á posarse en la ventana de una buhardilla en la que morían de hambre unos cuantos niños. Aun se conserva una callejuela entre la calle de la *Tapinería* y la de la *Verónica*, llamada *Calle del Milagro de San Vicente*.

¿Qué es ese muñeco al que llevan como al Santo Sacramento en pos de una multitud llena de recogimiento, mientras cubren el cielo espesas nubes? Es él mismo que, balbuceando apenas algunas palabras, se comprometió á alcanzar el término de una sequía espantosa.

Allí he encontrado, naturalmente, el zapato recobrado, el niño predicador, la resurrección del condiscipulo, y, finalmente, la higuera precoz.—El día 7 Abril de 1698 fué una mujer embarazada á hacer sus

rezos á la *Casa natalicia*, y viendo al salir de la iglesia una higuera plantada en un rincón del *Corral*, tuvo capricho de comer higos (en Abril) y se los pidió al Santo, cuya fiesta se celebraba aquel día. El Santo los hizo brotar en el árbol, la mujer comió algunos y llevó los restantes al predicador que habia de pronunciar el sermón. «Éste me ha asegurado, dice el biógrafo valenciano de quien lo toma M. Meyer, haber visto con sus ojos los higos en manos de la buena mujer. El niño que llevaba en su seno fué Sacerdote y Vicario de la Parroquia de San Esteban y quiso contribuir con su dinero á adornar la *Casa natalicia*, cuando en 1734 se renovó á expensas de la ciudad.»

Todas estas pinturas se remontan á una época lejana, y, sin embargo, resisten la acción del tiempo. Están cubiertas de innumerables exvotos, ricos ó humildes y el conjunto forma un verdadero aunque pequeño Museo taumatúrgico.





CAPÍTULO VI

VOCACIÓN

**Manantial de río.—El Prior de los Dominicos.—Toma de hábito.—
El Orden religioso.—El Convento de Valencia.—El Joven beneficiado.—El Novicio.—Horas íntimas.—Madre cruel.—El Pobre misterioso.—Los dos mártires.**

LA vocación de los escogidos de Dios varía como los fenómenos de la naturaleza. Dios hace á veces brotar el agua espumosa en un desierto, en una árida roca, en medio de una triste llanura: fórmase un lago que se desborda y corre el agua haciendo nacer á lo lejos las verdes plantas y las flores; es un oasis en el camino que siguen las caravanas sedientas. El dominico Pedro de Verona, que llevaba en sus venas sangre inficionada por la herejía, firmó con esta misma sangre el *Credo* del cristiano y hoy le veneramos en los altares. San Pablo tuvo su camino de Damasco. Lo más común es que, al remontar el curso de un caudaloso río, se llegue á un manantial perdido en las nieves immaculadas del cielo. Así fué nuestro Héroe.

Cuando llegó el momento de fijar su vida, sus ricos dones naturales le abrían el camino de la gloria y de la fortuna; pero ya hacía tiempo que el amado adolescente había elegido en su corazón. Un día, después de una conversación tenida con sus padres á este propósito, les dijo: «Los bienes de la tierra no me atraen; haced sólo que con vuestra bendición pueda ir al claustro, al que me llama Dios.» El padre, que tenía siempre presente el sueño de que hemos hablado, accedió con gusto. La madre le bendijo también, no diré que sin pena, pues había deseado para su hijo, adornado de tales

dotes, los honores del mundo, ó por lo menos, de la carrera eclesiástica, toda vez que ya era poseedor de un Beneficio importante. Pronto experimentará esta madre un resto de debilidad humana que le obligue á nuevo sacrificio; pero, entretanto, Dios prosigue su obra.

El mismo Santo Domingo había querido, por una advertencia misteriosa, prevenir al Prior de los Dominicos que pronto recibiría á un personaje de calidad, y toda la Comunidad estaba muy preocupada con ello, cuando en la mañana del 2 Febrero de 1367, día de la Presentación de Nuestra Señora, se presentó como postulante el joven Vicente Ferrer. Comprendió en seguida el Prior el celeste enigma, y el postulante fué muy bien recibido por todos, vistiéndose tres días después el blanco hábito de los Hermanos Predicadores que durante un siglo había de honrar con gloria sin igual por todo el viejo mundo. Esto ocurrió el día de Santa Ágata, la valiente mártir, sobre cuya tumba se halló milagrosamente escrito este hermoso programa de vida: *Mentem sanctam spontaneam, Deo honorem et patrie liberationem.*

Dieciocho años contaba apenas Vicente Ferrer.—¿Pero quién se atreverá á lamentar su resolución? ¿Acaso la filosofía, con solas las luces de la razón, no cifra la suprema felicidad en la inteligencia y la contemplación de lo perfecto? Y cuando una alma ha sentido á Dios, cuando ha vislumbrado esa belleza de la que no son más que débiles destellos las flores, la luz, la juventud, ¿qué le daréis en cambio? ¿No comprendéis que en adelante ha de sentir la nostalgia de lo infinito?—Es curioso observar que el espíritu humano tiene estas intuiciones hasta en sus ensueños insanos: «Yo hubiera deseado, dice Musset, que existiese en alguna parte un templo consagrado al amor, para bautizarme en él y cubrirme con un traje diferente que nada me pudiese arrancar en lo sucesivo.» Santo Tomás dice, con razón, que la profesión religiosa equivale al bautismo.

El estado religioso se destaca con líneas muy marcadas sobre el fondo del Evangelio. Maravilloso teclado dispuesto por El que ha creado la armonía de los mundos, se adapta á toda la escala de las humanas aspiraciones; sus aplicaciones son infinitas y cada Orden tiene su carácter particular.

En la de los Hermanos Predicadores, la alternativa de la contemplación y de la actividad da á todos los resortes del ser una gran energía. La contemplación, al sumir el alma en los misterios divinos, la ilumina, la caldea, la dilata; y cuando, saturada de Dios, siente, por decirlo así, elevado su cuerpo por la ebullición del fuego interior,

VALENCIA



Fachada del convento de Santo Domingo
donde SAN VICENTE FERRER tomó el hábito de Dominicó.

se dirige á sus pobres hermanos para inundarles con esta luz, abarcarles con este amor, derramar en su corazón algunas gotas de esta felicidad, de la que ninguno de los bienes de la tierra puede dar idea. Y luego vuelve á sus sagradas profundidades á fortalecerse de nuevo en estas fuentes, á adquirir nuevo vigor y nuevos alientos, para esparcirlos otra vez sin agotarse jamás. La misión extraordinaria que Dios le había confiado no permitió á nuestro Santo esos descansos periódicos necesarios al Apóstol; pero suplió á ellos su heroísmo, continuando cada día hasta su última hora la vida del noviciado.

El Convento de Santo Domingo en Valencia fué fundado por el rey Jaime I, el mismo que tuvo la gloria de arrancar á España (1) del yugo de los musulmanes. Un día en que el desaliento se había apoderado de sus tropas, imploró la intervención del cielo é hizo voto de establecer una Orden, ya célebre, aunque sólo contaba algunos años de existencia. El cielo le escuchó y Valencia se rindió la víspera de San Miguel, Septiembre de 1278. — Así es como la historia de los monjes atraviesa como un río, para fecundarla, la historia de los pueblos.

Fiel á su promesa, promulgó el rey, el 11 Abril de 1239, la siguiente orden:—«Después de haber expuesto nuestra vida para propagar entre los pueblos gentiles el brillo del nombre cristiano, queremos emplear nuestra autoridad en hacer florecer en las ciudades conquistadas las nuevas plantas del árbol de Santo Domingo. En su consecuencia, Nos, por la gracia de Dios, rey de Aragón, de Mallorca y de Valencia, conde de Barcelona y de Urgel, señor de Montpellier, para bien de nuestra alma y la salvación de nuestros padres, otorgamos y concedemos por la presente á Nuestro Señor Dios, á la bienaventurada Virgen Maria su Madre, á Santo Domingo y á la Orden de Hermanos Predicadores, libre y franco, el terreno situado en Valencia frente á la puerta de los Templarios, á la orilla del Guadalaviar, hasta los molinos de Bertrand de Turolío, con el ángulo comprendido entre el Turia, los mencionados molinos y el jardín de Teulo; todo para construir allí una iglesia con las dependencias necesarias y todo lo que pueda ser útil á dicha Orden.

»Dado en Valencia el tercero de los idus de Abril del año 1239.»
—El rey puso la primera piedra.

(1) Aquí padece el autor un error histórico, pues sabido es, que si bien el rey Jaime I arrojó á los moros del Reino de Valencia, no fué él, sino los Reyes católicos los que se apoderaron de su último baluarte en España dos siglos y medio más tarde. Lo que indudablemente quiso decir el P. Fages fué que D. Jaime arrancó á Valencia del poder de los árabes. (N. del T.)

Valencia, sus jurados, su Consejo general, sus Alcaldes, vivieron siempre en la mejor inteligencia con el *Real Convento de Santo Domingo*; así es, que todas las obras escritas por los Religiosos están dedicadas á algún personaje importante y siempre era aceptado el homenaje con mucha gratitud.

Vicente Ferrer empezó en él su noviciado el 6 Febrero de 1367, siendo Prior el Padre Mateo de Benincassa. El archivero Teixidor menciona en su *Necrologia*, entre los Maestros de novicios, «al Padre Arnaldo Sarcedol, que tuvo la buena suerte de contar entre sus novicios al Hermano Vicente Ferrer.—«¡Dichoso, exclaman los autores antiguos, dichoso el Prior que le impuso el hábito! ¡Dichoso el que recibió su profesión! ¡Dichosos aquellos que más tarde le trazaron el camino!»—¡Dichoso, digo yo á mi vez, el que supo hacer á tantos dichosos!

A los siete años había recibido, como otros muchos niños, la tonsura clerical, cuya costumbre se ha conservado en algunas localidades hasta la mitad del pasado siglo. De este modo se consagraban á Dios los primeros actos de la razón, siguiendo la antigua Ley según la cual se le consagraban las primicias. Esto á nada comprometía; pero servía al niño como una especie de freno contra las alucinaciones de la adolescencia. Es probable que estos jóvenes tuvieran gustosos sus reuniones y de aquí saldrían los ensayos de sermones á que nos hemos referido.

Generalmente á esta tonsura iba unido un beneficio eclesiástico. El padre de Vicente Ferrer trató de reivindicar para su hijo el que fundó para su familia Ramón de Bothcenigh, primo hermano de su suegra Catalina Revert, adscrito á la capilla de San Gregorio, en la Catedral; pero como los títulos que le daban este derecho no parecían claros, se entabló un pleito cuyos autos se conservan en el Archivo Capitular de Valencia.

Habiéndosele negado la petición, compró Guillermo Ferrer el beneficio de la capilla de Santa Ana, en la parroquia de Santo Tomás, del cual tomó posesión el niño en el año 1361, á los once de edad, cuyo título se menciona en la relación de la visita oficial que hizo á esta iglesia el 12 Octubre de 1365 el obispo Vidal de Blanes. Sólo lo poseyó seis años, porque después de tres meses de noviciado en los Hermanos Predicadores, lo renunció en favor de su hermano Bonifacio. El diligente Vicente Boix, en su *Valencia Histórica*, artículo *Calle de Santo Tomás*, recuerda que en la iglesia de este nombre había un beneficio bajo la invocación de Santa Ana, que poseyó Vicente

Ferrer á los doce años, de 1361 á 1367, en cuya última fecha, teniendo dieciocho años, lo renunció en favor de su hermano Bonifacio para vestir el hábito de los Hermanos Predicadores.

Los jóvenes que en Valencia se preparan para el sacerdocio han tomado á Vicente Ferrer como protector en los años que cursan sus estudios, y llevan en las procesiones su imagen con las insignias de *Beneficiado*. Al mismo tiempo renunció también sin duda á su herencia paterna, entrando en la vida, libre de esa *impedimenta* que tanto embaraza á los verdaderos atletas.

Podrá parecer ocioso referir lo que este hombre hizo durante su noviciado, ansiosos como estamos de oír al apóstol, ver obrar al santo y brillar al taumaturgo: sin embargo, nunca repetiremos bastante que los ríos proceden de su manantial. Por otra parte, el relato será breve.

«Humildad sin ficción, oración sin tibieza, asiduidad sin fastidio, afabilidad verdadera.—Jamás una acción, una palabra de la que no pudiera dar estrecha cuenta.—Modesto en todo, siempre se mostraba bueno y amable.» *Humanum se exhibebat*, dice su primer biógrafo. Es ser eminentemente humano el hacer amar la vida y bendecir á Dios. Todos llevamos en nuestro espíritu un ideal confuso, como si el tipo perdido de la humanidad hubiese quedado en el fondo de nuestra alma en forma de vago recuerdo. No viéndole realizado en nosotros, le buscamos en los demás, y uno de los atractivos de la vida religiosa es precisamente la esperanza, muchas veces defraudada, de encontrar otros hombres en los que el hábito de las cosas superiores ha borrado las sombras que envuelven ese ideal. La presencia de Vicente Ferrer, su mirada, su palabra, inspiraban tranquilidad, alegría, fuerza.

Dicese que un religioso debe tender siempre á la perfección y que el noviciado es el aprendizaje de esta tendencia; así lo creyó él de todas veras y de todas veras lo realizó.

«La primera condición de una vida ejemplar, dice Lacordaire, es proponerse un objeto elevado.» El joven novicio estudió é imitó tan bien la vida del fundador de su Orden, que cuando más tarde pongamos al discípulo enfrente del maestro, no podremos distinguir al uno del otro.

La divisa que le acompañó por todas partes, y contra la cual nada habian de poder los cuidados de un ministerio que aniquila, ni los viajes casi continuos, ni el peso de la Iglesia y del mundo, fué la máxima: *Cella mihi cælum*. «Mi celda es el cielo». Al terminar sus ordinarios

ejercicios, allí encontraba de nuevo la página empezada, la palabra terminada en letras de oro que por obediencia había dejado sin concluir, la inspiración interrumpida que vuelve como un pájaro fiel; y el cambio de miradas con ese crucifijo y esas imágenes humildes, ¡pero tan expresivas! El preso acaba por tomar cariño á su calabozo y al patio entre cuyas losas ha nacido una triste florecilla: ¡quién podrá expresar el amor de un alma á la celda, en la que está segura de hallar de nuevo á Dios transformado en amante insaciable!

«Todo hombre hace su imagen», ha dicho alguno. Allí, entre esas cuatro paredes blanqueadas, detrás de esa puerta cerrada, se bosqueja, bajo las sabias heridas del divino escultor, ese mármol del cual debe salir la reproducción del mismo Dios. Ambos allí, el artista y el mármol, Dios y el alma, prendándose poco á poco uno del otro, proceden lentamente á esta *perfección* en una mutua y dulce inteligencia. Cuando se dé á luz esta obra maestra, hora más feliz que aquella en que en la antigua Grecia Phidias descubrió su Júpiter, podrá el mundo exclamar: «¡He aquí á Dios!»

Terminaba en el silencio y la tranquila alegría de su sacrificio el año de prueba, cuando por la parte que, sin duda, menos podía esperar, vino una nube á obscurecer su cielo. Cuando llegó la hora en que la obediencia iba tal vez á llevar muy lejos á este hijo querido, le estrechó su madre contra su pecho, queriendo gozar de él, absorber para ella sola esta gloria naciente y, en su maternal egoísmo, se atrevió á disputárselo á Dios.

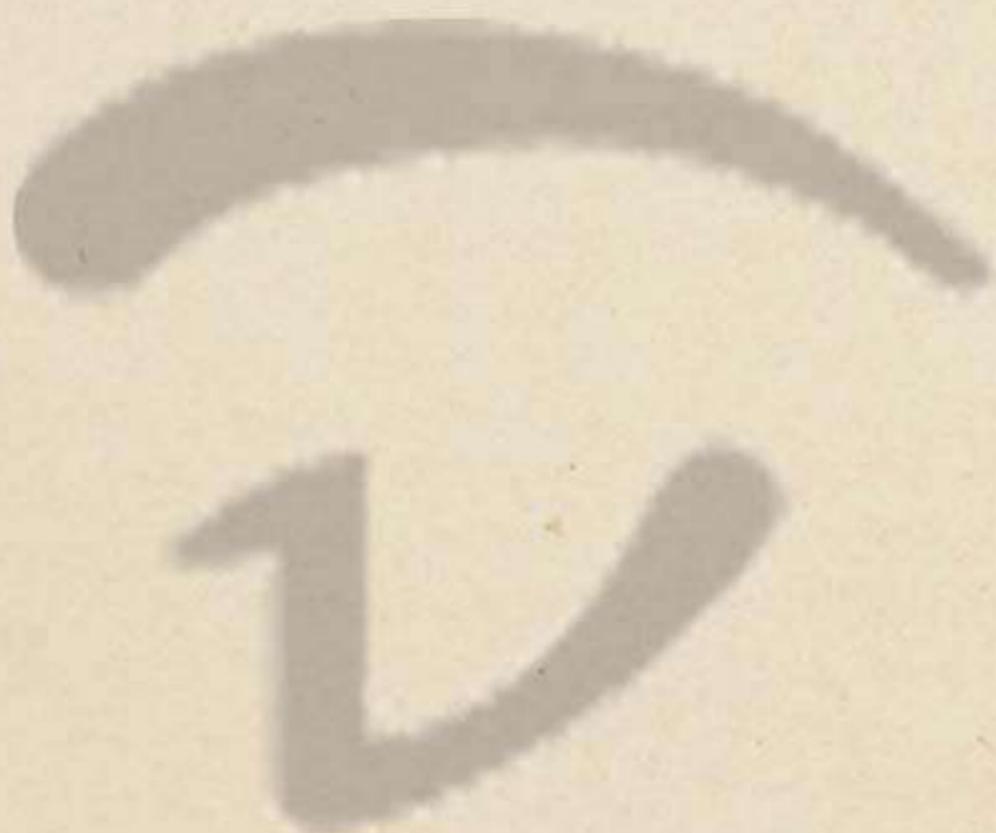
El joven novicio la vió un día llegar al convento anegada en llanto, sin que en largo rato pudiera expresarse más que con sus lágrimas, hasta que poco á poco se fijó su mirada dolorida en el adolescente, y éste comprendió el ruego mudo que en ella se encerraba. Entonces, en una de esas largas conversaciones formadas de tiernas súplicas y de dulces caricias, se desarrollaron los más seductores proyectos para el porvenir y todos los ensueños de una existencia feliz en el seno de la familia engrandecida, exponiéndose los planes formados de antemano, con esa precisión que nada olvida. El alma del joven quedó presa de una especie de sopor, como el que producen ciertos sutiles perfumes. Pero cuando se halló á solas con su crucifijo, sacudió esta peligrosa somnolencia y dijo: «¡Vos, Dios mio, Vos y siempre Vos!» Y sus lágrimas, corriendo mientras le dirigía una larga plegaria, terminaron su pensamiento.

Al día siguiente, su madre, gozosa con lo que creía haber conseguido, se sorprendió al ver su mirada dulce y limpida, pero en la

que se leía claramente una voluntad decidida. No engañan estas señales el ojo de una madre. Por lo demás, ni fueron menos tiernas las caricias del joven, ni menos sumisa su voz, ni menos afectuosas sus palabras. Pero la madre conoció que había sido vencida, y haciendo un esfuerzo para no sonrojarse, fuese á un rincón de la próxima iglesia á desahogar ante Dios su afligido corazón. Al salir del templo encontró á un pobre que, discretamente, le preguntó por qué lloraba: se entabló, sin ella apercibirse, la conversación entre ambos, y el pobre le recordó sus alegrías, sus temores, sus remordimientos, su reiterado sacrificio..... Y cuando, sorprendida, quiso darle una limosna, el pobre misterioso había desaparecido.

Llegado el día, hizo el joven novicio su profesión solemne con arreglo á ese rito enérgico y conciso de las profesiones Dominicas, tomado evidentemente de la Caballería. Puestas sus manos en las manos de su Señor, el vasallo pronuncia lentamente la fórmula del homenaje que le liga para siempre.—Nada le unia ya á la tierra: quedaba hecho el sacrificio sin pena alguna. Es una ley que sólo se realiza alegremente un acto heróico, cuando se está dispuesto siempre en su corazón á realizarlo: es la ley de los mártires.







CAPÍTULO VII

ENSEÑANZA Y PRIMEROS ALETAZOS

**Asignaciones varias.—Primeros trabajos.—Buques esperados.—
El famoso albañil de Barcelona.—Partida para Tolosa.—Prime-
ros pasos en Valencia.—Sol naciente.**

(1368-1378).

LA característica de los Santos representa á Vicente Ferrer con alas, atributo que conviene perfectamente á este hombre extraordinario, no sólo porque tuvo, como hemos visto, todas las cualidades del Ángel anunciado por San Juan en el Apocalipsis, sino también en razón á sus múltiples viajes por el mundo, tan rápidos para aquel tiempo, que verdaderamente parece que se le vea ir por el aire.

Terminado felizmente el año de prueba, profesó el 6 Febrero de 1368 en manos del mismo Prior que le vistió el hábito. Como hasta finalizar el año no había de recibir asignación, se le encargó en el mismo convento un curso de filosofía, al que fueron admitidos estudiantes extraños al convento, sin duda aquellos mismos á quienes él alentaba á practicar el bien.

El Capítulo celebrado en Tarragona el 8 Septiembre de 1368 le destinó como estudiante de Lógica al convento de Barcelona, no para aprender esta ciencia, en la cual era considerado como maestro, sino para que conociera los métodos Dominicos. En este convento de Barcelona, tan célebre desde la época de San Raimundo de Peña-



fort, había establecido la Orden Estudios generales, á los que sólo se enviaba un corto número de discípulos sobresalientes. En él estuvo Vicente Ferrer dos años, siendo luego enviado, por disposición del Capitulo celebrado en Valencia el 11 Junio de 1870, como *Lector* de Lógica al convento de Lérida, convento de Estudios de la Provincia de Aragón.

El año siguiente, el Capitulo celebrado en San Mateo confirmó este destino y en él instruyó á un notable discípulo, Fr. Pedro de Fonloup, que profesó con brillantez en el mismo convento, á quien el rey Martin de Aragón honró con su particular estimación, y que llegó á ser Provincial y gran Inquisidor del reino.

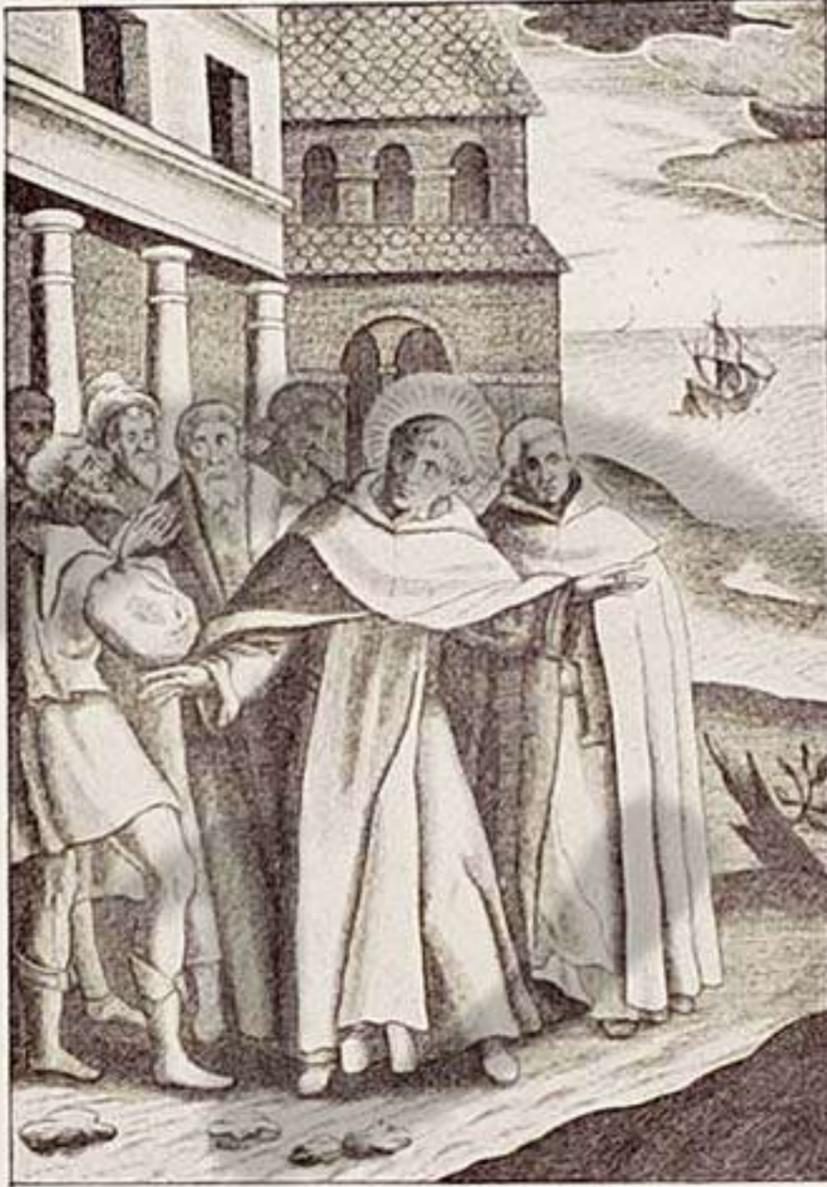
Dos tratados nos han quedado de Vicente Ferrer que, sin duda, resumen su enseñanza: *El Tratado de las Suposiciones dialécticas* y la *Unidad de lo Universal*, cuyos títulos indican bastante su naturaleza, y que publicamos en sus *Obras*.

Terminado el curso, el provincial Bernardo Ermengol le envió de nuevo al gran convento de Estudios generales de Barcelona para que estudiara á fondo las Sagradas Escrituras, según puede leerse en las actas del Capitulo de Zaragoza, celebrado el 8 de Septiembre de 1373. Durante estos tres años, no sólo estudió la Biblia y los comentarios de los doctores, sino que además aprendió el hebreo, de lo cual nos suministran pruebas irrecusables sus controversias con los Judíos.

El Capitulo del año siguiente, 1374, reunido en Pamplona, no hace mención de Vicente Ferrer, el cual permaneció en el convento de Santa Catalina, en Barcelona, sin cargo determinado; pero sabemos que en este año ensayó sus alas de apóstol.

Y aquí empieza la era de los prodigios. Vicente Ferrer sólo tenía veinticuatro años y no era más que diácono, á pesar de lo cual sus superiores le confiaban ya el ministerio de la predicación y Dios va á conferirle la misión de los profetas.

A consecuencia de varias malas cosechas se padecía en Barcelona una gran escasez, como nos lo prueba una carta del rey á Brancaleón Doria, rogándole que le enviara trigos de Cerdeña, de la que era gobernador (12 Agosto de 1374); y otras dos cartas dirigidas al Abad de Poblet y á los magistrados de Montblanch, fecha 6 de Noviembre de 1374, pidiéndoles con urgencia veinte cargas de trigo para la provisión de la real casa. Los Regidores de Mallorca, en donde también se sentía el hambre, habían ordenado apresar todos los buques cargados de trigo que pasaran á la vista de la isla, pirate-



Profecía de los buques en Barcelona,
según una estampa antigua.

ría de la que fueron víctimas algunos marinos valencianos y de la que se quejaron éstos al rey, el cual ordenó la restitución. La carta de éste lleva la fecha de 10 de Noviembre.

Como una desgracia jamás viene sola, no tardó en declararse la peste, por cuyo motivo el rey, que se hallaba entonces en Cervera, escribió á la reina Leonor, con fecha 24 de Noviembre, ordenándola que saliese inmediatamente de Barcelona.

Entre tanto se habian enviado varios buques á Flandes á cargar trigo, y se les esperaba con una impaciencia fácil de concebir; pero era el mes de Marzo, mes de las tormentas; el mar, embravecido, se estrellaba con furor en sus orillas, y pasaban días y días sin que cediera la tempestad.

Entonces intervino Vicente Ferrer, conmovido por la miseria pública, y organizó un domingo una procesión de rogativa, en la que tomaron parte 20.000 personas. Sus largas filas recorrieron la *plaza del Born*, que servía para las justas de los caballeros y las asambleas del pueblo, y allí predicó, dejando oír estas palabras: «Tranquilizaos; han terminado vuestros males; esta noche llegarán los buques que traen la abundancia.» Tan fuerte era el temporal, que la multitud quería destrozar al desgraciado profeta por impostor ó bufón.—En el convento fué mal recibido; sus hermanos le hablaron con aspereza, y el Prior le ordenó severamente que se abstuviese en lo sucesivo de toda especie de profecías. Humilde y tranquilo escuchó sin replicar y pasó el resto del día pidiendo á Dios que no desistiese de su buen propósito por la incredulidad de su pueblo.

Algunos tímidos creyentes, impresionados con el tono de sus palabras, subieron á Montjuich, desde donde se descubre la inmensidad del mar, y he aquí que, en un momento en que aclararon las nubes, vieron dibujarse en el horizonte unas blancas velas. Un cambio de viento apaciguó el mar, y las rosadas tintas del sol poniente, que llegaban por encima de la campiña, volvieron la paz á todos los espíritus.

Más movible que el viento y que las olas, dirigióse la multitud al convento de los Dominicos para aclamar al nuevo profeta, mientras Vicente Ferrer, encerrado en su celda, meditaba acerca de la inestabilidad de los sentimientos humanos, á los que, por otra parte, nada pidió jamás, ni aun justicia.

Esto no tiene duda y está corroborado á la vez por los documentos civiles y por los monumentos religiosos.—¡Que no pueda yo reproducir del mismo modo las tradiciones de viva voz!—Confieso

que no he comprendido bien á mi Héroe hasta que he oido hablar á un catalán convencido, uno de esos que, aislados ante el altar de Nuestra Señora del Mar, inmóviles de rodillas, con el cuerpo inclinado hácia adelante, fija su mirada en la Virgen, permanecen allí largas horas con un enorme cirio en la mano. Es preciso oírles, acompañando su relato de gestos expresivos y animándolo con los reflejos de sus negras pupilas, pronunciar, con la lentitud un poco enfática del idioma español, el nombre siempre venerado de San Vicente Ferrer.—¿Por qué he de pasar en silencio lo que fué como el aprendizaje de una vida de taumaturgo, esos milagros en los que está impresa esa fé juvenil que conmueve el corazón de Dios?—En su pensamiento, lo mismo que en el pensamiento del mismo Cristo, lo que llamamos milagro es un fruto natural de la Fé llevada á un grado suficiente, y en él la Fé estaba siempre en el grado preciso. Pido, pues, perdón por la leyenda del albañil de Barcelona.

Al volver una mañana de cierta obra de caridad pasó por delante de la cárcel que se estaba construyendo, á tiempo que, hundiéndose el andamio, arrastró consigo á un albañil. El blanco hábito atrajo sus miradas y gritó: «Hermano Vicente, salvadme.» Pero el hermano Vicente no tenía permiso para hacer milagros.—«Espera, dijo, que vaya á pedirlo.» Y corrió al convento.—«Id, le dijo el Prior algo enojado, el milagro ya se hizo.»—Volvió muy pensativo y dijo al obrero con alguna distracción: «Vaya, ya puedes bajar.» Y el albañil descendió como si llevara un paracaídas.—Por esto se encuentran en todas partes Cofradías de albañiles fundadas en honra de San Vicente Ferrer, y por eso se ven en muchas iglesias, por ejemplo en Verona, cuadros que representan escenas en alto grado conmovedoras que los cicerones no saben explicar.

Muchas ciudades, más numerosas que las que se disputan el nacimiento de Homero, pretenden haber sido teatro de este prodigio. Ya es Mallorca, ya Tolosa, ya Montpellier, ya un gran número de las de España y muy especialmente la Giralda de Sevilla, pretensiones que parecen confirmar de un modo suficiente la verdad del hecho. Yo creo que sólo pudo tener lugar en Barcelona, la cual lo reivindica para sí con energía, y me fundo en que en ninguna otra parte se encuentra rastro de divergencia alguna entre Vicente Ferrer y los superiores de los conventos. Aun después de realizarse la profecía, el Prior no pensó, sin duda, en revocar la orden dada, ó tal vez no lo hizo expresamente. Sea como quiera, Vicente Ferrer la tenía presente y obraba de conformidad con ella. Dios, que daba á

su Apóstol el sentido preciso de una misión extraordinaria, no le dispensaba de la lógica natural de los hechos, ni de esa amargura con que los hombres acostumbran corresponder á las ingenuidades del corazón. Por lo demás, no tardó en desaparecer esta pequeña nube, pues el Capítulo celebrado en Manresa el 27 Septiembre de 1375 le nombró Lector de ciencias naturales en este mismo convento de Barcelona.

Al finalizar este curso volvió á su ciudad natal, en donde le hallamos el 10 Septiembre de 1376, poniendo su firma al pie de un compromiso celebrado entre el convento de Valencia y los Curas de las parroquias, referente á derechos funerarios. El 22 Diciembre del mismo año firmó la sentencia de los árbitros, que lo fueron su hermano Bonifacio Ferrer y el archidiácono Bernardo Stampa, siendo el notario su propio padre Guillermo Ferrer. Este delicado asunto debía pasar por muchas peripecias, estando reservada á él su terminación.

El Capítulo de Calatayud (29 Septiembre de 1376), acordó enviarle á Tolosa como estudiante formal. Diez años antes, á pesar de todas las reivindicaciones y con acompañamiento de fiestas sin igual, recibió Tolosa el cuerpo de Santo Tomás de Aquino. Junto á este sagrado depósito habia fundado la Orden Dominica un centro de Estudios superiores, al que iban á tomar nuevo vigor, como en un manantial, hombres que habian ya enseñado con lucimiento y aun desempeñado importantes cargos. Hay que reparar en esta transición de maestro á estudiante: tales hechos demuestran á la vez el vigor de una institución y el mérito de sus individuos. Pero respecto á Vicente Ferrer podia haber un motivo particular. Se acordaban de Barcelona: sus milagros habian llamado la atención, y el taumaturgo era joven; pareció conveniente que volviera á los bancos de la escuela. ¿Se apercibió él del cambio? No me atreveria á asegurarlo. Con la misma tranquilidad volverá á entrar en su noviciado de Valencia. Se le observó con atención, sin embargo, para ver si el diablo de la vanidad maleaba á un hombre que tanto prometia; pero el diablo de la vanidad perdió su tiempo.

A principios de 1377 partió para Tolosa, en donde permaneció todo el año. Según el P. Antonio Brescia, su panegirista entusiasta, fué de Tolosa á Paris, y de allí á Roma, para recibir las honoríficas distinciones que merecieron sus talentos, entre ellas el titulo de *Doctor Parisiensis*. Esto es una exageración oratoria, porque en la lista de los doctores de la Sorbona no figura su nombre, y en ninguna

reseña capitular se habla de su envío á Roma, cosa, por otra parte, que tampoco se acostumbraba hacer en aquel tiempo.

Al terminar el año escolar volvió á Valencia, y durante diez años prodigó allí todos los tesoros de su corazón, dándole Dios la satisfacción de empezar por su patria el trabajo de regeneración social á que estaba llamado. Fué verdaderamente profeta en su país.

Grandes y pequeños acudían en busca de este joven que aun no tenia treinta años, pero en cuya frente hacia Dios brillar la aureola del taumaturgo y del santo.

«Cuando habia de predicar, dice el archivero Teixidor, olvidando su estilo habitual de critica, todas las gentes de las cercanias acudian á oírle, y ni uno solo de sus oyentes se volvia sin haber sentido algunos chispazos del fuego que inflamaba el corazón del Apóstol. Su reputación, su fama, la veneración que inspiraba, llegaron á tal punto, que en Valencia, en donde brillaban, sin embargo, personas distinguidas, no habia más que un religioso, un sabio, un santo, un solo servidor de Jesucristo, y era Vicente Ferrer.»

A la vista de estos destellos precoces, muchos amantes corazones se habian estremecido de alegría: su padre y su madre, que aun vivian, veian recompensado su sacrificio.





CAPÍTULO VIII

PRUEBA

El Crucifijo inclinado. — La Virgen que consuela. — El solitario del antiguo Egipto. — Inés Hernández. — Los falsos hermanos.

QUERO no es frecuente que un cielo tan puro permanezca mucho tiempo libre de tormentas. La dicha no es de larga duración para nadie, ni aun la dicha de dar Dios al mundo: el verdadero sentido de la vida es el dolor, desde que la imagen de Dios en la tierra es un Crucificado.

Para estar á la altura del apostolado, es decir, para dar á las almas el pan de luz que les conviene, es preciso haber pasado por toda la escala de las humanas aflicciones, haberlas vivido, como se dice en el dia. En la base, la lucha contra las seducciones vulgares; en la cumbre, esos sufrimientos sin nombre que el mismo Dios envia á aquellos que quiere que sean gala de la Ciudad celestial. Y cuanto más fuerte es el atleta, más ruda es la batalla; pero al mismo tiempo, cuando sale vencedor de ella, como su divino Maestro, el atleta puede mirar con desdén al enemigo.

Hemos visto á la madre de Vicente Ferrer, cruel como todos los egoismos, intentar detenerle en la via del sacrificio con la perspectiva de los goces del mundo; pero bastó una seria vocación para triunfar de esta prueba.

Mas, á sus treinta años, se encargó de dar la batalla aquel cuya ciega rabia tantas veces debia domar más tarde.

Hasta los estúpidos trastornos de 1835 se conservaron en el convento de Valencia dos objetos que se veneraban como las más pre-

ciadas reliquias. Uno de ellos era un Crucifijo cuyo Cristo se inclinaba desclavado en parte, sin que el visitante extranjero que lo contemplaba pudiera explicarse tal incuria.

Después de Maitines, esto es, á eso de las dos de la madrugada, no volvía Vicente Ferrer á su celda, sino que se quedaba orando, y, ya sea para mantener su fervor ó para distraer el sueño, hacia estaciones ante los altares de la iglesia ó las imágenes del claustro, semejantes á las de nuestros Via-Crucis.

Una atracción particular le llevaba con frecuencia á los pies de un Crucifijo, llamado Crucifijo de los Mártires, porque se destacaba sobre una estrella, en la que estaba representada la falange de mártires, cuya fiesta se celebra el 22 de Junio.—Una noche se absorbió tanto en la contemplación del Hombre-Dios fijo en la Cruz, que, alzando la voz, dijo: ¿Es posible, Señor, que hayáis sufrido tanto?—«Si, respondió la santa imagen, y mucho más todavía.» Luego se inclinó á medias y permaneció en esta posición.

Estos movimientos, estos diálogos de Cristo son frecuentes en la historia de la santidad y hay pocos monasterios célebres que no conserven algún testimonio de ellos. Se concibe que en ciertos momentos el alma, alucinada ante ese sangriento trofeo, tienda los brazos hácia la Víctima adorable, y que ésta, cediendo á su vez á una conmovedora familiaridad, anime por un instante la materia inerte.

El enemigo, que siempre trata de remedar á Dios, intentó producir análoga impresión en el espíritu de Vicente Ferrer, sabiendo, por otra parte, que su lectura favorita era la vida de esos fuertes luchadores que se llaman los Padres del desierto.

Una mañana se encontró el joven Religioso frente á un viejo ermitaño que iba, según dijo, á conversar con él acerca de asuntos espirituales. Era el viejo de aspecto venerable; tenía el semblante demacrado, la barba larga, blanca y desaliñada; cubriale un saco de basta tela, ceñido á la cintura por una cuerda; un rústico bastón serviale de apoyo; hablaba con una voz trémula y fluían sus palabras impregnadas de una unción meliflua... El tema de la conversación fué que Vicente Ferrer era demasiado joven para privarse así del sueño, y que debía moderarse en sus mortificaciones, como lo había hecho él, que, gracias á esa prudencia y habiendo gozado de todo en la vida, había alcanzado el mayor grado de perfección en la tierra, y, por consiguiente, de gloria en el cielo.—Sorprendido al pronto, conoció luego el Santo la ficción, y con un gesto imperioso envió al infierno al padre de la mentira.

No ignoro lo que arriesgo al referir estas cosas; pero también sé que Goethe habla de «pobres gentes que no creerían en el diablo aun cuando éste les sujetara por la garganta.» Y he leído en Voltaire este lacónico paralelismo: «¡Ni Satán, ni el Salvador!» Es decir, que sin *él* es imposible comprender la humanidad pasada, presente ó futura, como tampoco los designios de Dios, cuya encarnación es sin duda el eje central. Además, yo nada invento: todos estos relatos, todos sin excepción, se encuentran en Razzano, en Vidal y Micó, en Teixidor; yo no hago más que copiarlos.

Pero hay un fuego latente en las entrañas mismas de la humanidad, manantial á la vez de vida y de muerte, cómplice terrible que el enemigo tiene siempre en la plaza. En otra ocasión fué un negro de Abisinia el que, presentándose de improviso y en actitud agresiva, le amenazó con una guerra sin cuartel. Era una terrible flecha de Partho. Cuando á impulsos de las bofetadas de Satán quemán vuestros ojos lágrimas de rabia y se dice uno: mañana también y siempre, nace en el alma la horrible certidumbre de que se ha ido demasiado adelante y se ha tentado á Dios. Y no fué vana la amenaza, porque se recurrió á todo lo que puede producir la irritación de los nervios, la tensión del cerebro, las aprensiones y las lasitudes, hasta el punto que el pobre tentado tuvo miedo, y fué preciso que la Virgen, socorro infalible de toda alma que sufre, le devolviera su valor en un lenguaje inteligible para el oído mortal.—Esta Virgen era el otro objeto venerado en el convento de Valencia.

Las visiones desaparecen con la luz. Cuando Satán se apercibió de que no reportaba gran provecho, puso en su camino un peligro más real. Una joven noble y hermosa, llamada Inés Hernández, se había enamorado de él, y le seguía por todas partes, espiando todas las ocasiones y todos los pretextos. Él, llevado de su natural candor, no veía en tal conducta más que una devoción intempestiva, y la escuchaba con una calma que desconcertaba é inflamaba á la pobre ofuscada. Por fin, se apuraron los expedientes y el amor crecía, hasta el punto que el enemigo le hizo concebir la idea de fingir una enfermedad grave y llamar á Vicente Ferrer junto á su lecho de muerte.

Este corazón enfermo sostuvo primero una lucha violenta entre la pasión y el pudor cristiano; pero al fin venció la pasión.—«Sabed, le dijo, que me abraso por vos con un amor que nada puede calmar. He luchado un año entero, habiendo formado muchas veces el deseo de matarme. Quería descubriros esta pasión execrable, pero

siempre el recato natural y la aureola de inocencia que os rodea me cerraban los labios. Por fin, en mi culpable demencia, he recurrido á este medio para que sepáis lo que ya no se puede ocultar y que me matará si no os compadecéis de mí.»—El acento era sincero, la pasión verdadera; el trance no dejaba de ser difícil. Preciso era huir de él como se huye del fuego: el Santo respondió con modestia y se retiró.

Rechazada de este modo, la joven española pasó del amor á la rabia y resolvió perderle, á lo menos en su reputación. Pero Dios, que no se conforma con que se toque impunemente á sus Santos, intervino para justificarle.

Poseída de repente del maligno espíritu, se retorcia en terribles convulsiones, sin que los exorcismos ni los médicos lograsen calmarla, por lo que se acudió á la plegaria.—«Haced lo que queráis, dijo el diablo; yo no saldré de aquí mientras no me lo ordene el que ha salido incólume de en medio del fuego.»—Nadie comprendió una palabra, y acabaron por dirigirse á Vicente Ferrer, como al más sabio de la ciudad. Llamado por segunda vez, titubeó; pero temiendo que pareciera extraña su negativa cuando á nadie negaba su ayuda, se encomendó á Dios y fué á la casa.—«¡Helo ahí, dijo el diablo; ese es el que no se ha quemado en medio del fuego!»—Y lanzando un rugido de fiera, dejó á la infeliz medio muerta.—La verdad se mostró por sí misma.

Pero la perversidad humana favorece con frecuencia mejor los proyectos de Satán, que la malicia de éste. Una pasión contrariada, esa triste necesidad que experimentan ciertas almas de ver sufrir á los demás, la esclavitud misma del pecado: esto es más de lo que se necesita para causar mucho mal.

Introdujeron en la celda á una mujer de costumbres licenciosas, en la que el arte suplía á la pasión, pero la escena era la misma. Vicente Ferrer había huido de la mujer honrada y convirtió á la mujer perdida, la cual descubrió á los que le habían sugerido tan odioso complot, siendo éstos objeto del desprecio público.

Una prueba más penosa todavía tuvo que sufrir de parte de un falso hermano. Para librarse éste de las consecuencias de un suceso escandaloso, intentó despistar al público dando el nombre de Vicente Ferrer. Su hermano Bonifacio, que era entonces presidente del Consejo municipal, conmovido por los rumores que circulaban, resolvió averiguar la verdad á toda costa, disponiendo que se organizara una procesión á la que debían concurrir todas las Órdenes religiosas.—

«Vais, dijo á la acusadora, colocada en una de las ventanas de la Casa Ayuntamiento, á enseñarnos al sujeto contra quien habéis promovido la queja.»—Dejó pasar á Vicente Ferrer sin decir cosa alguna, y habiéndole llamado la atención sobre él:—«No, dijo, á ese ya le conozco; es un Santo. El otro es un viejo »

¿Y quién es capaz de decir lo que tuvo que sufrir de las malas lenguas, de la envidia de los vanidosos, de la susceptibilidad de los impotentes, él que combatía sin piedad á esas corrientes de egoísmo que entonces eran casi universales?

En el curso de esta Historia hallaremos otras muchas estratagemas, ya terribles, ya grotescas, empleadas contra Vicente Ferrer por el espíritu del mal.







CAPÍTULO IX

TRABAJOS EN VALENCIA

Vicente Ferrer, Prior.—Conferencias con Pedro de Luna.—Disensiones.—Confianza de los principales ciudadanos en Vicente Ferrer.—Curso de Teología en la Catedral.—Historia del esclavo moro.

(1379-1385).

QUAS pruebas no vinieron todas de una vez: los más graves suponen que era sacerdote; pero en la ocasión en que se ha detenido nuestra historia no era más que diácono. Por otra parte, no sirvieron más que para hacer mayor la aureola de santidad que brillaba en su frente. Su predicación entusiasmaba y producía ya abundantes frutos: mayores los prometía el porvenir, cuando estalló el gran cisma.—Esta fué para Vicente Ferrer la verdadera prueba; dos veces le llevó á las puertas del sepulcro, siendo en ambas necesario un milagro para salvarle.

Francia, Escocia y Castilla acababan de decidirse en favor del Papa de Aviñón Clemente VII; pero Aragón, y por consiguiente Valencia, que formaba parte de este reino, permanecía neutral. Clemente VII envió allí como legado á Pedro de Luna, hombre hábil entre los más y que precisamente se llamaba el Cardenal de Aragón. Había conocido á Vicente Ferrer, siendo Paborde del Capitulo en Valencia, y se sorprendió por su creciente reputación. Comprendiendo el partido que podía sacar de él, le hizo ir á Barcelona y le ordenó sacerdote, cosa, por otra parte, regular, teniendo el joven religioso treinta años.

Los dominicos de Valencia no tardaron en llamarle nombrándole Prior. Pedro de Luna, advertido de su marcha, no se opuso á ella y le dió sus instrucciones. De este modo permitió Dios, preparando los caminos á sus misteriosos designios, que ejerciese sobre el joven Prior ese influjo, gracias al cual le veremos mantener bajo su dudosa supremacia la mejor parte de Europa. Convencido, sin duda alguna, habló como hombre que profundamente lo estaba é hizo á los demás partícipes de su convicción.

Se adivina el recibimiento que tendria en Valencia Vicente Ferrer. Pero pronto turbó su alegría el cisma, origen de universal trastorno, verdadera serpiente de muchas cabezas. Todo ese priorato lleno de esperanzas se empleó en intentar la resolución de un problema insoluble. En vano trabajará toda su vida en resolverlo, pues, al fin, tendrá, como Alejandro, que cortar ese nudo gordiano con su palabra.

Siguiendo el impulso de su temperamento resuelto, cuando se trataba de cumplir un deber, desde las primeras desavenencias se dirigió á los jurados, presentó sus credenciales y apoyó con todas sus fuerzas á Clemente VII. Cuando le pedían que dejase intervenir al rey, respondía que se trataba de un asunto religioso y no político... Era joven. Los jurados insistieron; y procurando, hasta tener más amplios informes, mantener la balanza entre los dos pretendientes, escribieron al rey Pedro IV:

«A la muy alta Majestad de Nuestro Señor el Rey (1).

Señor muy excelente: Hace pocos días que el religioso Fr. Vicente Ferrer, Prior del Convento de predicadores de esta ciudad, que nuevamente, según decía, había venido de Barcelona, se nos presentó mostrándonos una carta que le había escrito el Cardenal de Aragón y que le acreditaba como á Legado de la Sede Apostólica sobre la instrucción de la segunda elección de Papa; así como también otra carta cerrada de dicho Cardenal dirigida al Consejo y á nosotros, rogándonos dicho Prior que, como él deseaba explicar estos asuntos largamente al Consejo, hiciéramos convocar y reunir éste en determinado día. Nosotros, antes de darle otra contestación, le preguntamos si traía acerca de esta pretensión carta vuestra, Señor. Respondiéronos que no; pero que esto no le parecía obstáculo por cuanto este asunto era espiritual y no temporal, ó semejantes pala-

(1) Traducimos directamente esta carta de la original valenciana, copiada por el P. Teixidor, y publicada textualmente por D. J. E. Serrano y Morales en la *Revista de Valencia*, Tomo II, página 41. (N. del T.)

bras. Considerando nosotros que ni por relación de nuestros mensajeros, que para este negocio y por vuestra orden habíamos enviado á vuestra Real presencia, ni por cartas vuestras, ni por otro conducto sabíamos ni podíamos saber que vos, Señor, tuvieseis ó tengáis formada opinión ni tomado parte en lo que se refiere á las dos elecciones de Papa, dijimos á dicho Prior que por nada haríamos lo que se nos pedía si juntamente con la pretensión no recibíamos carta vuestra de mandato ó de asentimiento, Señor, porque no queríamos ni queremos traspasar un punto de vuestra voluntad en estos negocios, sino conformar con ella la nuestra completamente, como es razón lo queramos; puesto que sois nuestro Señor natural y Príncipe muy católico y cristiano muy verdadero. Y con esto se separó de nosotros. A lo cual se ha seguido que como dicho Prior, según sabemos, en reuniones privadas explicase y sostuviese la última elección diciendo que por esta razón se proponía pasar á otros lugares de este reino, el Lugarteniente de Gobernador y nosotros, dudando si esto agradaría ó no á Vuestra Señoría, y considerando, principalmente, que en este año el Abad de Sistra, que está de parte de la primera elección de Papa y para instrucción de ella se halla en esta ciudad, se nos propuso hacer aquí alguna propaganda é inducción por su parte, haciendo venir á dicho Prior y á algunos frailes notables de su Convento y le dijimos: que cesase en tales gestiones, al menos en tanto que nosotros os consultásemos, y así lo otorgó el Prior. Así, Señor, como este hecho sea de gran responsabilidad para nosotros, y mayormente como ignoramos vuestra intención, suplicamos á Vuestra Real Magnificencia se digne y le plazca como merced mandarnos lo que sea de su agrado acerca de lo que debemos hacer ó consentir sobre estos asuntos, siquiera sea privada y secretamente, por carta ó de otra manera y revelarnos alguna cosa que convenga ó desee Vuestra Real Señoría. La cual Dios Nuestro Señor por su gracia conserve largo tiempo y le conceda la victoria sobre todos sus enemigos. Escrito en Valencia á XIX de Diciembre del año de la Natividad de Nuestro Señor MCCCLXXIX.

SEÑOR:

Vuestros humildes servidores los Jurados de Valencia, que besan la tierra ante vuestros pies, se encomiendan á vuestra merced y gracia.»

El rey contestó manteniendo como nunca la neutralidad; y en tan difícil coyuntura, Vicente Ferrer, respetando la opinión de los

demás, sin obrar contra lo que él pensaba, fué á enterar al Cardenal de Aragón del estado del asunto y dimitió su cargo. Tan cierto es, que los trastornos sociales paralizan los mejores deseos, hasta en los santos.

Con ello quedó libre para trabajar en los importantes negocios privados ó públicos que la confianza de sus conciudadanos puso en sus manos leales, y por su parte Valencia dió á entender que no le hacía responsable de las dificultades que el cisma hacía surgir por todas partes, haciéndole á su entrada una verdadera ovación.

Los Concejales daban prueba de prudencia prohibiendo las discusiones acerca del cisma. ¡Ay! ¡ya había bastantes discordias! Hacía tres siglos que las principales familias, enemistadas unas con otras, llenaban toda la comarca valenciana de atropellos y muertes violentas.

Escolano, que tanto se complace en ensalzar á su patria, dedica veinte páginas á condolerse de semejante estado de cosas. La intervención del poder público nada conseguía; se necesitaba la mediación de Vicente Ferrer, su gran elocuencia, sus milagros, la infinita dulzura de su voz de hermano y de amigo. Y todavía, tales raíces había echado el mal, que si hemos de dar crédito á uno de sus mejores biógrafos, al despedirse de su Valencia tan querida, le dirigió una dolorosa mirada y dijo como Escipión: «Patria ingrata, no tendrás mis cenizas».

No sin razón se pensó hallar un remedio en ese trabajo de la gracia á que se recurre ordinariamente en épocas de expiaciones universales, y los jurados pidieron á Vicente Ferrer que predicara la Cuaresma de 1381. Así se hizo, y todo marchaba bien, cuando se presentó un obstáculo imprevisto.

Los infantes de Aragón tenían su corte en Segorbe, y allí habían atraído al Santo, confiando á su prudencia sus más caros intereses. Allí, como guía de las almas primero, hizo reinar las virtudes privadas, base y garantía de las virtudes sociales. Y como las almas no tienen rango, ni edad, formáronse lazos que sólo la muerte pudo romper, lazos que honran más al príncipe que al vasallo, y que tanto favorecen á los pueblos. Consejero caritativo, amigo discreto, alivió hasta el último día el peso del gobierno, supo hacer decorosas las fiestas mundanas y, en la hora de la desgracia, poner á Dios entre los corazones destrozados y la desesperación.

Así es que sus reales amigos no se veían hartos de su presencia, y como le habían dejado partir con sentimiento, le pidieron que les consagrara á lo menos la Semana Santa. Los jurados de Valencia,

hombres de fe, comprendieron que una interrupción sería fatal á la obra empezada, y escribieron al infante Don Martín:

«Al muy poderoso Señor D. Martín, hijo de nuestro rey, y, por la gracia de Dios, Señor de la villa de Segorbe.—Poderosísimo Señor: Hemos sabido que Vuestra Alteza ha llamado á su presencia, en la ciudad de Segorbe, á Fr. Vicente Ferrer, para que predicase y se ocupase en otras obras eclesiásticas durante la próxima Semana Santa. Pero nos atrevemos á manifestar á Vuestra Alteza que, accediendo á los ruegos del Gobernador y á los nuestros, ha querido tomar á su cuidado ciertos negocios de reconciliación y otras cosas, para cuya terminación es favorable en gran manera este santo tiempo de Cuaresma; es, pues, muy conveniente la permanencia de Fr. Vicente en esta, porque si ahora no los lleva á buen fin, pasará sin duda la oportunidad y no podrán terminarse. Por lo tanto, suplicamos á Vuestra Alteza excuse á dicho religioso de la vuelta y le escriba para que permanezca aquí. Si place á Vuestra Alteza, aquí hay un gran número de religiosos eminentes que podrán reemplazarle. Vuestra Alteza nos hará con ello un señalado favor, en cambio del cual nos ofrecemos de nuevo á vuestro servicio. Escrita en Valencia el 1.º de Abril de 1380 (según el calendario actual, el 1381). *Los Jurados de Valencia que se recomiendan á vuestra gracia*» (1).

La influencia de Vicente Ferrer sobre sus conciudadanos en esta época se nos manifiesta por algunos documentos conservados en los archivos notariales. Según uno de ellos, D. Nicolás de Proxita, señor de Almenara, en su testamento otorgado el 6 Mayo de 1382 ante M. Jaime Desplá, nombró executor testamentario á Fr. *Vicente Ferrer*, en unión de los nobles Galcerán de Centelles y Jaime Escribá. Según otro, el 10 Julio de 1383, D. Pedro Boil, señor de Boil, antes de marchar á las Cortes generales que Pedro IV celebró en Monzón, otorgó su testamento ante M. Bartolomé Villalba y en él se inserta esta cláusula: «Nombramos ejecutores y depositarios de nuestra última voluntad á nuestro honorable amigo Fr. Vicente Ferrer, de la Orden de Predicadores, y á los nobles caballeros Pedro y Jofré Boil; á falta de los cuales nombramos al Prior del convento de los Hermanos Predicadores, cualquiera que sea.»

En 1345, el Obispo de Valencia, Ramón Gastón, había establecido una cátedra de teología en la misma Catedral para uso de los

(1) Traducida de la original valenciana copiada por el P. Teixidor. (N. del T.)

canónigos, curas y beneficiados de la ciudad, de la cual quiso que se encargaran los Dominicos por su saber y «porque, añadía, muchos de nuestros antecesores han vivido santamente y muerto en paz vistiendo el hábito de los Hermanos Predicadores.» Durante ochenta y ocho años estuvieron los Dominicos encargados de esta cátedra, en cuyo tiempo no se interrumpió la enseñanza, aunque era enteramente escolástica. Según una carta que los jurados de Valencia dirigian al Cardenal Pedro de Luna el 29 Junio de 1401, interesándose por el profesor Pedro Canals, no sólo asistian á las lecciones los clérigos más sobresalientes, sino también otras personas legas instruidas, notarios, médicos y de diferentes profesiones. *Quamplures doctores, baccalarii, canonici, medici, notarii, presbyteri, et alii, statuum diversorum ad ipsius celebre auditorium conveniunt omni die.*

Cuando el 21 Mayo de 1385 fué enviado como Lector de las Sentencias á los Estudios generales de Paris el titular de dicha cátedra Juan de Monzón, por disposición del Capitulo general celebrado en Dijon, el Obispo y el Cabildo pidieron que fuera nombrado en su lugar Vicente Ferrer, á lo cual accedieron gustosos sus superiores, entrando á desempeñar su cargo el 9 Diciembre del mismo año. Puede calcularse lo que sería entonces su auditorio. Como esta cátedra estaba poco retribuida (24 libras anuales), el Obispo Jaime de Aragón le agregó un beneficio.

Durante este curso tuvo lugar uno de esos hechos raros que, si no constara en documentos, se consideraria como parto de una imaginación crédula. Siguiendo los muros de la catedral por el lado del Miguelete, torre célebre con razón por sus proporciones tan bien estudiadas, que, á pesar de tener igual base que altura, parece esbelta y arrogante, á la izquierda de la calle, yendo hácia Nuestra Señora de *Los Desamparados*, se fija involuntariamente la vista en una casa irregular, pero de hermosa apariencia, la cual tiene en su parte superior una ventana de marco gótico, que contrasta con el resto de la fachada de estilo moderno. Esta ventana es la del cuarto que ocupaba Vicente Ferrer, el cual, por pertenecer dicha casa á su hermano Bonifacio, se alojaba en ella durante las Cuaresmas y su curso de teología, porque la hora avanzada á que terminaba sus tareas no le permitia ir al convento.

Copiamos la relación del suceso del valenciano Gavaldá.—«En la casa de Bonifacio Ferrer, contigua á la Catedral, enfrente del Miguelete, que después vino á ser propiedad de M. Artis, y en tiempo de este nuevo poseedor, dió Dios á conocer el respeto que se debía al

cuarto que ocupó algún tiempo el Maestro Vicente. Tenía el propietario una esclava tunecina, á la que el demonio atormentaba por la noche con visiones horribles, y aunque huía de un cuarto á otro de la casa, en todos ellos la perseguía el diablo. Una noche entró en la pieza que habia ocupado el Santo, y no viendo alli al enemigo, permaneci6 en ella. Sus compañeras informaron al amo de la falta de respeto que cometia durmiendo en aquel cuarto, de lo cual se excus6 la esclava diciendo que un sér diab6lico la perseguía por todas partes, intentando ahogarla y causándola espantosos terrores, y que sólo en este cuarto no se atrevia á entrar, aunque desde la puerta le hacia gestos horribles. Desde entonces se ha tenido este lugar en gran veneración, y el propietario orden6 que ardiese en él una lámpara durante la noche, disposición que confirm6 su hijo, siendo de desear que sus sucesores perseveren en esta devoción.»

Aun subsiste esta tradición, y el cuarto, escrupulosamente conservado con su vieja puerta de encina, su pavimento deteriorado y sus cerraduras de la Edad Media, ha sido transformado en capilla. Es un lugar consagrado, en el que he podido celebrar la misa. La casa (5, Calle del Miguelete) pertenece hoy á D. Vicente Calatayud y Abargues.







CAPÍTULO X

INTERMEDIO Y REANUDACIÓN DE LOS TRABAJOS EN VALENCIA

Vicente Ferrer en Segorbe.—La Cartuja de Val-de-Cristo.—Proceso difícil terminado.—Magisterio de Vicente Ferrer.—Difíciles conquistas.

(1386-1390).

Los cursos de teología se interrumpían en la Cuaresma á causa de las múltiples ocupaciones del clero, y el profesor se aprovechaba de esta interrupción para evangelizar el reino. Por eso le hallamos de nuevo en Segorbe en 1386, llamado por el infante D. Martin. Se conserva la correspondencia que en aquella época sostuvieron el Apóstol y el Príncipe, que respira cordialidad y respeto á la vez. En una de sus cartas decía Vicente Ferrer:

«Además, señor, podéis contar de seguro con mis sermones, como ya os he dicho. Puesto que sois tan benévolo conmigo, justo es que os reserve los frutos de mi jardín. Jamás he querido comunicarlos á otra persona; vos seréis el primero y tendré en ello un honor, dedicándoos la obra por medio de una carta que servirá de prefacio» (1).

Este libro de sermones no se compuso jamás, á pesar del buen deseo del autor, ó se ha perdido hasta el punto de no quedar rastro alguno de él. No puede ser la recopilación que se conserva en el colegio del Patriarca de Valencia, ni la de Perusa, ambas bastante posteriores y poco dignas de ser ofrecidas á una persona real, á

(1) Véase el Apéndice.

causa de las infinitas raspaduras que contienen, por más que sean muy preciosas para nosotros.

Vicente Ferrer permaneció en Segorbe, mucho tiempo relativamente, y allí predicó toda la Cuaresma de 1386, cuyo recuerdo han consignado los historiadores del país, hasta el punto de que no hace aún medio siglo todo traía allí á la memoria al Santo.

En el día, nuestro convento es una *venta* (posada): la iglesia, cuya bóveda se ha roto, sirve de cochera, habiéndose puesto en las capillas pesebres en el sitio que ocupaban los altares; y en lo alto, doloroso contraste, la cúpula artísticamente labrada. La incuria ha dejado deteriorar las riquezas del arte y desaparecer objetos preciosos, así es que una de las puertas de los empolvados y sucios archivos está hecha con dos telas cortadas torpemente, de las que una es un retrato de San Vicente Ferrer, que, á juzgar por la forma de la banderola, debe ser una pintura antigua. En la capilla de la *Sangre* hay otro cuadro que también le representa; éste mejor conservado, pero más moderno. Por fin, en la iglesia de San Roque hay adosado á la pared un púlpito viejo que se dice ser el de *San Vicente Ferrer*. En aquel mismo año, 1386, fundó el infante D. Martín la Cartuja de Val-de-Cristo, en la que residió Bonifacio Ferrer, que fué nombrado general de los Cartujos.

A una hora de Segorbe, junto á un árido monte que contrasta con la riqueza de la llanura, se hallan los restos de un magnífico monasterio, en el que descansan ignorados Bonifacio Ferrer y sus hermanos en religión. Allí se cometió en el silencio uno de esos actos odiosos y cobardes, propios de nuestra triste época, asesinando á unos pobres monjes, después de lo cual, las sectas tenebrosas, de las que habla partido el golpe, hicieron entender al gobierno que el medio mejor de impedir estos crímenes era suprimir los monjes y quemar los conventos. Y llegó el año 1835, frente á la España cristiana, hija de los monjes, á destruir por millares esas obras maestras y sembrar de ruinas el país más hermoso del mundo. La revolución justificó una vez más su definición: el conjunto de los crímenes que se pueden cometer sin valor.

Un hombre, que no era cristiano, pero que sabía ver y sentir, ha estigmatizado con su prosa magistral estas infamias.

«¿Qué hombres eran esos que levantaban tan magníficos edificios que no podrían superar las prodigalidades de los palacios de hadas? ¿Se ha perdido acaso su raza? ¿Acaso nosotros, que nos preciamos de civilizados, no seremos más que unos bárbaros decrepitos? España

ha perdido mucho de su carácter romántico con la supresión de los monjes, y no veo que haya ganado nada bajo otros puntos de vista. Edificios admirables, cuya pérdida será irreparable, y que habian sido conservados en la mayor integridad, van á desmoronarse, á hundirse, aumentando con sus ruinas las ruinas ya tan frecuentes en ese país desventurado: riquezas inauditas en estátuas, en cuadros ú objetos de arte de todas clases, se pierden sin que aprovechen á nadie. Me parece que podían haber imitado nuestra revolución bajo otro aspecto que su estúpido vandalismo. Mataos unos á otros por las ideas que creéis profesar, abonad con vuestros cuerpos los estériles campos asolados por la guerra, bien está; pero la piedra, el mármol y el bronce, tocados por el genio, son sagrados. Dentro de dos mil años se habrán olvidado vuestras discordias civiles, y el porvenir sólo sabrá que habéis sido un pueblo grande por algunos maravillosos restos encontrados en las excavaciones.» (Teófilo Gautier, Viaje por España).

Cinco años duraron los cursos públicos explicados por Vicente Ferrer al clero de Valencia, de 1385 á 1390, valiéndole el título de Maestro en teología, sin que sea posible fijar la fecha exacta, ni la manera cómo se le confirió. Los antiguos biógrafos afirman que fué á graduarse á Lérida, y sin prueba alguna asignan á este objeto un donativo del Consejo municipal. El archivero Teixidor observa con razón que el motivo era demasiado honroso para que dejara de mencionarse, como se había hecho en otros casos análogos, aparte de que Lérida, aunque Universidad real, no confería el título de *Maestro*, derecho que sólo pertenecía á la Universidad de Paris y aun en favor de los profesores que habian enseñado en ella. En los siglos XIII y XIV no tuvo otros graduados; pero en el curso del siglo XIV los Soberanos Pontífices empezaron á conferir este grado á algunos religiosos, habiendo multiplicado el cisma estas excepciones en ambas obediencias, de donde sacaremos la única explicación posible del caso presente.

Pedro de Luna, legado de Clemente VII en España, había chocado, como hemos visto, con la fría voluntad de Pedro IV el Ceremonioso. El instinto del gobierno había puesto en guardia á este príncipe contra las apremiantes instancias del Legado, llegando á hacer secuestrar los bienes de la Cámara apostólica, es decir, que ni el uno ni el otro de los dos pontífices pudieran cobrar las crecidas rentas que la Corte pontificia sacaba de España. Fué en vano que Vicente Ferrer le enviase su *Tratado del Cisma*, de que volveremos á tener ocasión de hablar: el rey mantuvo sus órdenes.

Pero cuando murió en 1387, el año mismo de la deliberación del Consejo de Valencia, no cabe duda que Pedro de Luna volvería á insistir cerca de Juan I, hijo y sucesor del rey difunto, y que pensaría de nuevo en Vicente Ferrer, como el hombre más capaz de secundarle eficazmente, y tal vez solicitara entonces del pontífice de Aviñón el magisterio para el joven Apóstol. Lo cierto es que Vicente Ferrer no tomó el título de Maestro en teología hasta 1388, y sólo á partir de esta fecha se le atribuye (formalidad que jamás olvidarán los españoles). Desde entonces, en todos los actos oficiales, al lado del nombre de Vicente Ferrer, se leerá el título de *Maestro en teología*. Por lo demás, jamás título alguno honorífico fué concedido más legitimamente: él dará á nuestro Héroe mayor autoridad para resolver un negocio muy delicado que hacia treinta años se hallaba en litigio.

Los que visitan los antiguos monasterios pueden observar que los claustros, las capillas y hasta el suelo de las iglesias, están cubiertos de losas sepulcrales. A muchos cristianos les gustaba en otro tiempo ser enterrados en estos reinos de la plegaria, bajo la mirada y el pensamiento de los que sólo se ocupan de la otra vida. Las parroquias percibían un derecho, como era de justicia, por esa clase de *concesiones*. Pero el tarifar este derecho no era cosa fácil.

En Valencia se había entablado un proceso desde 1360 entre los conventos y el clero parroquial, al que por el momento puso término un convenio autorizado por el notario Fenollosa el 28 Julio de 1377 y en el que había intervenido Vicente Ferrer. Diez años más tarde comenzaron de nuevo las discusiones, llegando hasta el Papa, por lo que Clemente VII dió en Aviñón un rescripto sometiendo á las partes á un arbitraje, elegido de común acuerdo por las mismas, cuyo árbitro fué en esta ocasión el Obispo de Valencia, D. Jaime de Aragón. Con fecha 23 Febrero de 1386 dió el Prelado su sentencia ante el notario M. Arnaldo Soler, sentencia que recusaron siete de los doce curas, sin que el título episcopal, ni la autoridad de su estirpe real, pues pertenecía á la familia reinante, fueran parte á vencer las dificultades que ofrecía una cuestión en que iban involucrados múltiples intereses y cuya solución comprometía el porvenir. Por lo demás, se presentaron objeciones muy meditadas, sin traza alguna de obstinación ó de violencia, observándose por una y otra parte la cortesía más respetuosa.

Sin embargo, había que poner un término. El 24 Diciembre de 1388 firmaron las dos partes un nuevo compromiso, autorizado por

M. Berenguer Deschamps, por el cual eligieron como árbitros á Pedro Pelegrin, cura de San Martín, y á Vicente Ferrer, obligándose á tener «por definitiva la sentencia, entendiendo que la decisión de los árbitros fuera absoluta y decisiva». Para mayor precaución designaron á dos sujetos muy versados en derecho, Jaime Rovira, notario, y Francisco Cortit, que debían preparar y revisar todas las piezas del litigio, como preparan los procesos nuestros abogados. Este primer contrato se celebró el 5 Enero de 1389, y el estudio preparatorio duró un mes.

Por último, el 1.º de Febrero dió Vicente Ferrer la sentencia, y decimos Vicente Ferrer, porque si bien nombra á su compañero Pedro Pelegrin, habla en nombre propio. Evidentemente estaban todos persuadidos de que era él el juez principal, y el Cura de San Martín sólo tenía el papel de testigo y asesor. Ambos árbitros habían sido aceptados por las partes *per modum unius*; el *unius* era Vicente Ferrer.

Después de recordar todos los procedimientos anteriores, los diferentes convenios celebrados entre las partes, y de una exhortación á la concordia expresada en un lenguaje muy elevado, formula su sentencia, que se hallará en el *Cartulario*. En substancia, decide, que ante todo debe respetarse la intención de las familias, pues nada hay más sagrado que lo que se relaciona con la tumba y que, á falta de intención manifiesta, debe prevalecer siempre el derecho del clero secular. Lo que la costumbre hace parroquial, debe quedar parroquial. Cuando se trate de algún miembro de las cofradías, hay que atenerse á las conveniencias. La catedral, madre y maestra de las demás iglesias, puede conservar sus derechos, aunque alguna vez hayan parecido demasiado abusivos. Pero reprueba y anula el odioso ostracismo, arrancado alguna vez á los obispos, que alejaba del púlpito ó del confesionario á los religiosos consagrados por vocación á este doble ministerio.

Todo esto es claro, preciso, enérgico y á la vez respetuoso, y se comprende que esta sentencia, tan impregnada de sabiduría y de espíritu sobrenatural, se haya impuesto á todos y haya sido religiosamente cumplida, habiendo quedado todos satisfechos, cosa rara en todos los litigios y casi inaudita en aquellos que han durado largo tiempo.

No puedo adherirme al parecer del archivero Teixidor, ordinariamente mejor informado, al afirmar que Vicente Ferrer no hizo más que publicar solemnemente la sentencia, pues obraba en virtud de poderes que le habían sido conferidos (*potestate sibi tradita*). Bien

claro dice el mismo: *ut de vultu Dei MEUM prodeat iudicium. Sedens in loco aperto more iudicis judicantis, procedo ad MEAM proferendam sententiam.* Y repite á menudo: *Pronuntio, sententio, arbitror, declaro; ó bien: non intendo,*—y finalmente: *Impono silentium sempiternum.* Las consideraciones morales no son, sin duda, de los dos abogados, cuyo papel, importante ciertamente, se manifiesta por las palabras: *ordinatione, ordinarunt.* El Arzobispo de Valencia, Santo Tomás de Villanueva, ordenó en su sinodo (Cap. XIX) que se cumpliera esta sentencia como de *San Vicente Ferrer*, dándole el título de verdadero juez.

Por un acuerdo del Consejo Municipal, fecha de 22 Octubre de 1387, se asignan á Vicente Ferrer doscientos florines de oro en recompensa de sus muchos, buenos y leales servicios y para terminar algunos negocios difíciles. El Consejo se extralimitaba en gran manera y á ciencia cierta de sus facultades, pues recientemente se había excusado de no dar más que veinte florines á otro Religioso, fundándose en que no podía disponer de mayor suma. Debía de tener para ello razones muy poderosas. Uno de esos negocios árdulos, y muy árdulos, era la reclusión de las mujeres de vida airada, que hasta entonces vagaban por la ciudad. En todas partes, pero sobre todo en Valencia, se ocupó de estas pobres criaturas, víctimas en su mayor parte de un arrebató pasajero y algunas veces de un odioso tráfico, siendo ésta una de sus dolorosas inquietudes, compadeciéndolas y deplorando ¡ay! los pecados que hacían cometer. El mismo se encargó de hablarles, y la historia registra estas difíciles victorias, como uno de sus mayores triunfos. Destináronse cantidades de los fondos públicos para dotar á buen número de estas mujeres, que se consideraron felices de trocar su existencia por una vida honrada.

«Desde 1383, dice el archivero Teixidor, había alcanzado del gobierno una orden prohibiendo que las mujeres públicas circularan por la ciudad, ni habitaran en casas particulares, sino que se les destinó un barrio situado cerca de la Puerta Nueva, cercado de pared. Durante la Semana Santa se las encerraba en la casa de arrepentidas y visitaban los monumentos del Jueves Santo acompañadas del *Justicia* y sus agentes, y durante estos días les daba la ciudad doce dineros en cada uno para su manutención. El Apóstol les dedicó la Semana Santa de 1389, y muchas se quedaron en aquel asilo llorando sus faltas, siendo tal el cambio que se operó en ellas, que varios jóvenes las pidieron en matrimonio. Pero como eran pobres, la ciudad les dió un socorro en dinero para vestirse decentemente y pagar los gastos parroquiales, encargando la distribución de

estos fondos á Vicente Ferrer, que las habia convertido.»—Y, en efecto, por un nuevo acuerdo de 15 Abril de 1390, se concedieron cien florines de oro para casar de una manera decorosa á las pecadoras convertidas por Fr. Vicente Ferrer.

Y he aquí al Consejo municipal de una gran ciudad que durante muchos años acordó y gastó el dinero de la comunidad siguiendo los consejos de un monje. No se dice que el estado de las cosas empeorara.







CAPÍTULO XI

VICENTE FERRER Y EL LEGADO DE ESPAÑA

Pedro de Luna en Valencia.—Cuarenta años.—Pablo de Burgos.—La cuestión de los judíos.—Aparición de San Cristóbal.—El Salto Crisma venido del cielo —Vicente Ferrer y los Judíos.

(1390-1391).

QUEN el mes de Agosto de este año, 1390, volvió á Valencia el Legado Pedro de Luna, por primera vez después de su elevacion al Cardenalato. No trató de arrostrar la animosidad de que ya tenia pruebas respecto al Pontífice de Aviñón; al contrario, dijo públicamente que sólo iba atraído por recuerdos personales á una ciudad en la que habia ejercido cargos eclesiásticos. No obstante, los jurados creyeron conveniente hacer constar, en las deliberaciones que tuvieron lugar á este propósito, que lo recibirían solamente á titulo honorífico, sin tratar asunto alguno relacionado con la legación. Tomada esta precaución, el martes 9 de Agosto acordaron ofrecerle, como regalo de bienvenida, una vajilla completa por valor de quinientos florines de oro.

Pero no era hombre el Legado que se contentaba con una deferencia platónica, y quiso realmente atraerse á los magistrados á pesar de la oposición del rey. Valencia estaba en el fondo ganada, porque sufría con la incertidumbre del poder espiritual y, sobre todo, porque Pedro de Luna tenia en su favor á Vicente Ferrer, cuyo ascendiente pesaba sobre todos. Así es que, para poder contar siem-

pre con tan eficaz apoyo, le llevó consigo en su Legación, verdadera correría diplomática á través de España.

En ella pudo adquirir el Apóstol preciosos elementos que le ayudaron para llegar á ser el hombre preponderante de su siglo; el conocimiento de los negocios, el manejo de las voluntades... Allí bosquejó su ministerio futuro, haciéndose cargo del estado de los espíritus, explorando las miserias morales, escuchando las aspiraciones secretas de las almas. Nos consta que, más que acompañarle, estaba á disposición del Legado, y aunque era su teólogo oficial, era antes que todo Hermano Predicador.

Vicente Ferrer tenía entonces cuarenta años; estaba, por lo tanto, en la plenitud de la vida. No habiendo perdido el tiempo, ni la gracia, habiéndose aprovechado de todas las lecciones de la existencia, constituía el tipo del hombre necesario y celestial de que habla Thanlère, el doctor iluminado. Hacia quince años que había profesado. Nada contribuye tanto á formar un espíritu elevado, como la enseñanza. «Si queréis saber, enseñad», dice la sabiduría de los pueblos, y aunque más tarde predicó sin duda por inspiración, no hubiera sido tan elocuente, tan brillante en sus deducciones, tan oportuno en la aplicación de los textos sagrados, si una larga enseñanza no hubiese dado á su talento una maravillosa flexibilidad. Todavía la vieja Europa se iluminará y se caldeará durante treinta años bajo la acción de este sol radiante y benéfico, y cuando se hundan todas las jerarquías, hasta la divina, él lo restaurará todo.

En Valladolid tuvo por oyente á un rabino, famoso en toda España, y al salir de un sermón sobre el Pentateuco confesó éste que era la primera vez que la ley de Moisés se le había presentado en toda su claridad. Convertido, como era lógico, tomó, al ser bautizado, el nombre de Pablo de Santa María, por ser de la misma tribu que la Virgen, llegó á ser obispo de Cartagena y después de Burgos, atrajo á Cristo á muchos de sus antiguos correligionarios, fué autor de obras apreciadas y murió cargado de años en 1435. Es conocido universalmente con el nombre de Pablo de Burgos. Fué siempre muy adicto á nuestro Santo, al cual rindió culto públicamente desde su muerte, seguro de que pronto sería canonizado, y del que tenía en su casa un hermoso retrato, que sirvió de modelo al que se hizo pintar para nuestro convento de Palencia.

Esta primera misión duró un año. Vicente Ferrer no siguió al Legado á la Corte de Aviñón, sino que se separó de él en Salamanca; pues así como estuvo siempre dispuesto á esparcir la luz y cumplir

humildes deberes, cuando se trató de recibir honores, renunció á ellos modestamente y volvió á tomar el camino de su ciudad nativa, atraído quizás por un secreto presentimiento. Preparábase un grave suceso relacionado con los judíos.

Se agitaba entonces la cuestión judía, como se agitará siempre periódicamente, pues eternos enemigos del nombre cristiano, sus exacciones y vejaciones provocarán siempre esas cóleras propias de los oprimidos. Los reyes de Francia, previsores, evitaban esas crisis, muchas veces sangrientas, sometiéndolos cada cincuenta años, próximamente; verdadero jubileo de justicia, del que no se quejaban mucho, porque hallaban en ello un vestigio de la ley mosaica. En España los gobiernos, siempre escasos de recursos, recurrian con frecuencia á su habilidad financiera, de lo que se siguió que toda la fortuna pública habia acabado por pasar á sus manos, y sabido es el uso que ellos hacen de esta fuerza. Comenzaba á pesar este odioso yugo, lo cual se mostraba por una sorda fermentación. Las Cortes generales dispusieron que se cerraran todas las noches los barrios judíos, y los regidores de Valencia, por decreto de 19 Febrero de 1390, sometieron la *judería* á una vigilancia especial.

«Habiendo sabido, dice la relación oficial extendida al siguiente día de la aparición por el escribano Bartolomé Villalor, que desde hace algunos días circulaba la noticia de juderías saqueadas en Castilla, ordenaron las autoridades á los oficiales de todas las categorías que disiparan los rumores esparcidos por los viajeros y mantuviesen á sus subordinados en el deber de caridad y recta apreciación de las cosas, aquietándolos y haciéndoles entender que los judíos, aunque infieles, tienen, no obstante, permiso de la Iglesia y de la potestad civil para habitar en las ciudades y pueblos, y que está prohibido por las leyes divinas y humanas hacerles daño alguno, de cualquier clase que sea. Que hicieran levantar horcas en las plazas públicas y cerca del barrio judío, á fin de inspirar á las gentes un terror saludable; que organizaran patrullas que rondasen día y noche alrededor de la Judería, y otras medidas que los judíos no podían menos de agradecer.»

Estaba situada la sinagoga en el lugar que después ocupó la iglesia de San Cristóbal y el convento de Agustinas, trasladado desde 1835 (1) fuera de las murallas, y habia en ella enterrada, sin

(1) Esta traslación no tuvo lugar hasta después de la revolución de 1868 en que fué destruído el convento de la calle del Mar. (N. del T.)

que nadie tuviera de ello noticia, una imagen del mártir San Cristóbal. Muchas veces habían oído los judíos en sus reuniones una voz amenazadora que decía: «¡Judíos!, salid de mi casa», hasta un día en que San Cristóbal se apareció en forma gigantesca en lo alto de la sinagoga, (1) y les anunció un castigo próximo, si no se marchaban.

Aquel mismo día, que era domingo, se les ocurrió á una cincuenta de muchachos hacer lo que hoy llamamos una manifestación, al principio sin importancia. Sin armas y llevando al frente una pequeña bandera y una cruz de caña, se dirigieron como en procesión hacia el barrio judío, en el que penetraron algunos diciendo que iba á llegar el Arzobispo de Sevilla para bautizarles. Los judíos, ya preocupados y dispuestos al pánico, como todos los culpables, creyeron que aquello era un principio de motin y cerraron las puertas. A los gritos de socorro que daban los muchachos, aumentó el tumulto, y como se hallaba inmediata una oficina de alistamiento de soldados para marchar á Sicilia, había una multitud de desocupados, vagabundos y extranjeros, que acudieron en tropel, con lo cual los judíos aun se atrincheraron más. Pronto se esparció por la ciudad el rumor de que estaban degollando á los muchachos, á cuyo rumor los jurados y demás autoridades, dejando la comida, acudieron al palacio del Duque de Montblanch, hermano del rey y teniente general, trasladándose todos juntos al barrio. El Duque mandó abrir la puerta, á fin de que el pueblo se apaciguase viendo salir á los muchachos sanos y salvos y para hacer entrar alguna fuerza armada que protegiese á los judíos; pero éstos no comprendieron sus intenciones y se negaron á abrir, escalando muchos de ellos las azoteas de las casas inmediatas y salvándose otros por las alcantarillas. Entonces aumentaron los gritos; el Duque y las autoridades se vieron impotentes, sobre todo cuando se expusieron á la vista de todos el cuerpo de un cristiano asesinado y el dedo que le habían cortado á otro; cedieron las puertas al empuje de la multitud, que iba creciendo por momentos, y en un instante fué invadido y saqueado el *Barrio* y muerto un centenar de judíos.

Aunque el suceso había ocurrido á pesar de las más acertadas precauciones, no dejaba de ser grave, y el rey, que había escrito á

(1) El erudito y laborioso archivero del convento de Santo Domingo, P. Teixidor, demuestra con argumentos á nuestro juicio irrefutables, que no hubo tal aparición, ni tales voces, ni cava de terreno, ni hallazgo de la imagen de San Cristóbal, y opina «que el motivo de haberse dedicado á San Cristóbal la sinagoga mayor de los judíos fué por especial providencia de Dios». (N. del T.)

los jurados previniéndoles, lo tomó á mal. Estos buenos jurados se excusaron lo mejor que pudieron, y escribieron varias cartas asegurando que se habian tomado todas las medidas que sugería la prudencia y haciendo ver la *consideración* que se tenía á los judíos. Por lo demás, se hizo justicia, se procesó á cien personas, las más culpables en el saqueo de la *judería*, se nombró una comisión para apreciar los daños causados, y se devolvió una gran cantidad de ropas, vajilla, plata y muebles, aunque quepa el dudar que fuese esto una *restitución*.

En cuanto á lo maravilloso, atenúese lo que se quiera, hay que convenir que tuvo una parte en este negocio. Los mismos judíos refirieron lo de las voces sorprendentes, se cavó el terreno y se encontró la imagen de San Cristóbal. Todo el mundo ha podido ver imágenes de este Santo, que se representa de talla gigantesca, llevando al hombro un niño, cuyo peso parece que le abrumba, y que es, en efecto, el Señor del mundo. Siempre ha sido popular, como eficaz protector contra el rayo y las tempestades (1).

La sinagoga fué solemnemente purificada y transformada en templo católico bajo la advocación de *San Cristóbal*, celebrándose en ella el culto por primera vez el 10 Julio de 1390, día de la fiesta del Santo. Para que no quedara duda alguna en los espíritus, permitió Dios que también interviniese el milagro en este día, pues las lámparas se encendieron por sí mismas, y además, como los judíos se hacían bautizar en masa, se agotó pronto el Santo Crisma; pero en seguida se llenaban los vasos por sí mismos. Muchas personas, á las que se aplicó el aceite de las lámparas que ardían ante la imagen, quedaron inmediatamente curadas de sus males.

Puestas de acuerdo las autoridades eclesiásticas y civiles, consideraron que estos acontecimientos tenían bastante importancia para imponerles una sanción pública y duradera, por lo que se instituyó una fiesta anual que los conmemorase, la cual se celebra el día 10 de Julio.

El 17 de Julio siguiente se envió al rey Juan I una relación detallada de los hechos, al mismo tiempo que en una carta muy discreta y muy moderada que los jurados de Valencia dirigieron al Consejo real se explican las cosas, dándoles su verdadero alcance, y terminando diciendo «que las visiones extraordinarias de los judíos y la multiplicación de los Santos Óleos les parecían un misterio divino, con-

(1) Véase el Apéndice.

firmado por la conversión de 7.000 israelitas.» «Aunque se critique ó se murmure, decían en otra carta, la conversión de tanta gente nos ha complacido en gran manera y confiamos que se salvarán, puesto que la virtud divina se ha mostrado por medio de todos estos prodigios. Esto no quita para que este sensible acontecimiento nos haya producido mucha pena.»

Tranquilizado al fin el rey Juan instituyó la iglesia de San Crisóbal en arciprestazgo. El 10 de Julio de 1891 se celebró en Valencia el quinto centenario de la consagración del templo y de la conversión de los judíos, y la imagen milagrosa, que se conserva en el convento de religiosas Agustinas, atrajo en peregrinación á una multitud de gente.

Vicente Ferrer no podía estar inactivo en estas graves circunstancias. Ayudado por los cristianos, un poco avergonzados por su atropello, se ocupó en recoger á los judíos que habían quedado sin hogar. Conocida la estimación que le profesaban el infante D. Martín y los magistrados, es de creer que éstos le pedirían ayuda y consejo, aunque por otra parte, bastaba su celo para obligarle á llevar á cabo tan noble empresa.

«Iba, dice el archivero Teixidor, por las iglesias en que se habían refugiado estos infelices, instruyéndoles, exhortándoles á pedir el bautismo, siendo su palabra el último medio de que se valía la divina misericordia para iluminar y rendir estos corazones duros y obstinados. Por este tiempo hubo otros motines contra los judíos, especialmente en Castilla, y si bien es posible que muchos de ellos se hicieran bautizar para librarse de la tormenta, la perseverancia en la Fé de los de Valencia fué una prueba de su sinceridad.» Conservaron un afecto particular á su bienhechor, leyéndose en los documentos antiguos la relación de los regalos y limosnas que hacían en su honor el día de su fiesta. Por mucho tiempo existió en Valencia una Cofradía, debidamente autorizada, que se titulaba de «los Neófitos convertidos por San Vicente Ferrer», la cual era tan rica y generosa, como puede juzgarse por el hecho de que el 13.º domingo después de la Trinidad en 1403, cuando los Dominicos celebraban su Capítulo general, dió para los gastos 200 florines.

Vicente Ferrer no creyó que debía contentarse con esto, sino que machacando el hierro, como suele decirse, cuando está caliente, recorrió el reino de Valencia, empleando todo su prestigio, para inducir á los judíos á que imitaran á sus hermanos de Valencia, logrando que lo hicieran diez mil.



ABOGADO CONTRA LA PESTE Y TEMPESTADES

Este esclarecido martir, de nación cananeo y gentil de nacimiento, convertido al catolicismo, fué uno de sus mas ardientes defensores hasta alcanzar la palma del martirio. En el año 1391, lo que fue iglesia del convento de señoras canónigas del G. P. S. Agustín, estaba destinado a Sinagoga, en donde los judíos enemigos de Jesús tenían sus reuniones; mas este Señor, todo misericordia hasta con sus mayores enemigos, tomó a S. Cristóbal por instrumento para su conversión. En las noches del 7, 8 y 9 de Julio del citado año, el invicto Martir, coloso por la gloria de su Dios, aterró a los judíos allí reunidos, diciéndoles: «Yo soy Cristóbal, indigno siervo de Jesucristo, a quien he llevado sobre mis débiles hombros; convertíos a El, y recital el bautismo, dejando este sitio y casa, pues este rey quiere se dedique a mi nombre, por cuyo motivo os prometo persecuciones grandes y demoler la casa sobre vosotros mismos.» Vueltos en el del terror que estas voces les causara, cavan en el sitio de donde se oían salir bajo lo que fué Presbiterio, y aparece la imagen de San Cristóbal, de palmo y media de alta, de una madera oscura, que ni ésta ni la del Niño, que es algo mas blanca, han podido clasificar los inteligentes. Divulgado el milagro por la ciudad, todo es alegría que se aumenta al ver presentarse a recibir el bautismo siete mil judíos. Purificada la Sinagoga, se coloca en ella a San Cristóbal, en la que ha estado recibiendo culto y dispensando beneficios a sus devotos hasta el año 1869, que fué demolida junto con el Convento, y actualmente se venera en San Antonio, antiguo convento de PP. Dominicos, y actualmente residencia de las señoras religiosas canónigas de S. Agustín.

Milagrosa imagen de San Cristóbal, hallada debajo de la Sinagoga de los Judíos en Valencia. Cuando la Sinagoga transformada en iglesia católica se la colocó sobre el altar y vino á ser el centro de una peregrinación muy concurrida. Desde 1869, en cuyo año fué demolida la iglesia, se ha conservado en el convento de religiosas Agustinas, inmediato á Valencia.

Esta relación debiera bastar, y bastaría en tiempos honrados; pero ¡ah!, no estamos en ese caso. Un español moderno, Danvila Collado, ha sacado de un libro escrito por un rabino esta frase de doble perfidia: «*Se hallaban ó habitaban en ella mil padres de familia: doscientos cincuenta fueron muertos, los otros buyeron á los montes.*—¿Veis aquí á los pilluelos escogiendo justamente *doscientos cincuenta padres de familia?* No es verdad que los otros huyeran á los montes, sino que permanecieron en la ciudad confundidos con la población cristiana (1). Ignoraba esto Collado ó no quiso saber que el libro que él prefiere á los testimonios de los honrados y cristianos magistrados ha salido de la misma librería alemana que ha publicado otras obras de los judíos Hardai Crescas y Josef Cohen, de los que el uno dice: «*¿Yo he oído contar y visto muchas de las cosas relativas á los desterrados de Castilla y Portugal y á los males causados por Fray Vicente?*... Y el otro: *En estos días hubo en España muchas persecuciones, porque el dominico Fray Vicente de Valencia excitaba la población contra los judíos.*»

¡Sea en buen hora! del mismo modo hablaba Castelar y los renegados de Francia. Como se comprende, con semejantes gentes es natural la infamia de 1835 y tantas otras, ¡ah! y la ruina de España. Es muy sensible hallar tales vilezas en el Boletín de la Academia de la Historia de Madrid.

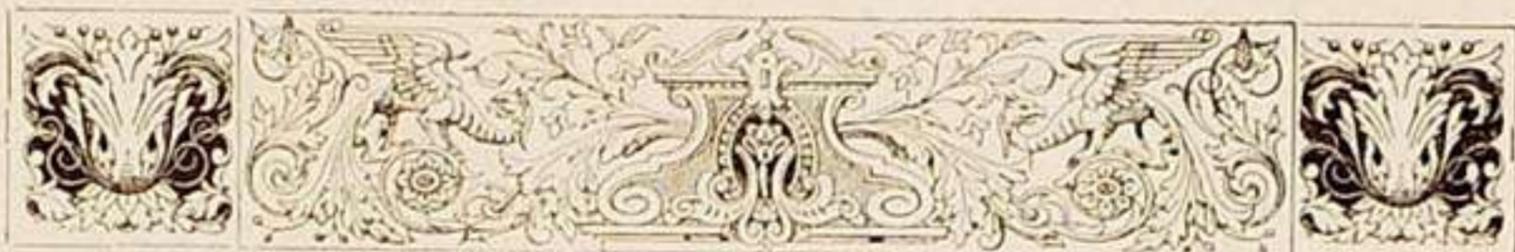
Pero hay otras versiones que tranquilizan el corazón é iluminan los entendimientos:—«Cuando locos de terror se refugiaban en las iglesias, arrojados de todas partes, amenazados de muerte, apareció un hombre que hacía oír su voz inspirada y contenía el furor del populo. Este hombre era el hermano Vicente Ferrer, que en estos momentos supremos, llevando en su frente la doble aureola del redentor y del apóstol, domaba la voluntad de los cristianos y obligaba á los judíos al reconocimiento.» (Amador de los Ríos.—Historia de los judíos en España).—¿Cuál está más conforme con el carácter del hombre y la lógica de los hechos? Pero hoy la impostura interesada es preferida, aun por los bautizados, á la lealtad concienzuda é imparcial.

(1) No necesitaba el Sr. Danvila recurrir al libro del rabino á que se refiere el autor para consignar la cifra de doscientos cincuenta muertos, cuando en la vida del Santo, escrita por el Padre Vidal y Micó, se lee: «Entró de tropel la gente amotinada y se enfureció contra los judíos, de suerte que mató más de 300.»

Y el capellán del rey D. Alonso, al referir el hecho en su Dietario, dice: «*sonch destroida é correguda la Judería de la Ciutat de Valencia per los Cristians de la dita Ciutat; é foren morts pus de CCC Juheus é Juhies, infants é infantes.*»

No veo, por lo tanto, motivo para las censuras y anatemas que el P. Fages lanza contra el Sr. Danvila, que más que abultar, ha atenuado el hecho, sin achacarlo á San Vicente. (N. del T.)





CAPÍTULO XII

VICENTE FERRER EN LOS HONORES

La reina Violante.—Curiosidad femenina.—Invisible y presente.—Curiosidad satisfecha.—Cardona.—Vicente Ferrer ante la Inquisición.—Pedro de Luna, convertido en Benedicto XIII, le llama á su lado.

(1391-1395).

ENTRETANTO, la reina Violante, esposa del rey Juan I, había oído al Apóstol en Salamanca, y prendada de este Predicador de elocuencia arrebatadora, le había hecho nombrar gran Limosnero de la Corte, confiándole su dirección personal. Este espinoso cargo puso más de una vez al Santo en situación difícil, porque la princesa, aunque de un talento superior, era irascible, imperiosa, insinuante, según las circunstancias, y además criada en el fausto de las cortes; así es, que se necesitaba toda la urbanidad, la prudencia, el tacto y á la vez la firmeza del director, para salir felizmente del paso. Pero pronto se conoció el cambio operado; el carácter de la reina fué menos brusco, se humillaba hasta pedir perdón á un vasallo y reinó la paz, pasando de la reina á todos los que la rodeaban.

No es aventurado el pensar que el viaje de la reina á Valencia y su larga permanencia en esta ciudad tuvieron por móvil, principal el deseo de volver á ver á Vicente Ferrer y, sobre todo, vivir bajo su dirección. Ella y el rey llegaron el sábado 23 Noviembre de 1392 por la tarde, pasaron la noche en el hospital extramuros de los *Clapers*, y «al día siguiente, poco después de amanecer, estando el día tranquilo y sereno, dice finamente el Manual de los Consejos,

hicieron su entrada en la ciudad». Prolongóse su permanencia en ella, por lo menos la de la reina, pues en el palacio real de Valencia dió á luz á su primer hijo el 23 Enero de 1394, estando el rey con frecuencia ausente con motivo de las turbulencias de Sicilia y de Cerdeña.

Pero Vicente Ferrer no sólo era un gran predicador, sino también y principalmente un santo, y habiendo empezado á circular el rumor de hechos maravillosos y hablarse de éxtasis, de visiones celestiales, de habitaciones alumbradas con luz sobrenatural, exaltóse la curiosidad femenina de la reina y á toda costa quiso ver á su confesor en su celda. No era difícil penetrar en el convento, porque ante los reyes desaparecen las barreras que impiden la entrada en ellos; pero una cosa es la clausura del convento y otra el santuario absolutamente inviolable de la celda.

No había que pensar en obtener directamente del Santo semejante permiso, conociendo ella por experiencia su voluntad inflexible bajo formas suaves. Pero la prohibición producía el efecto del aceite que se arroja sobre el fuego; así es, que de tal modo instó al Religioso que la acompañaba, que al llegar á la celda de Vicente Ferrer, llamó aquél á la puerta y la abrió. El Santo no se movió: todos le veían, excepto la reina que dirigía con insistencia sus miradas á todos lados, y creyendo el Religioso que estaba absorto en su plegaria, advirtió á Vicente Ferrer de la presencia real. Pero éste, serio y casi irritado, le dijo: «¿Ignoráis que está prohibido á las mujeres penetrar en nuestras celdas?» Sorprendida en gran manera de oírle, no viéndolo, exclamó la reina: «¿Padre, en dónde estáis?—Aquí estoy, le respondió, velado á vuestra vista: salid y sabed que Dios os hubiera castigado severamente, si no tuviera en cuenta que habéis obrado así á impulsos de una ligereza femenina.»

Preciso fué someterse; pero esto no sirvió más que para dar más fuerza al deseo, si bien procurando obrar con más cautela, y se dirigió al Prior. Este no creyó que debía rehusar esta impresión á almas tan bien preparadas, pues los relatos antiguos dicen que acompañaba á la reina una multitud de personas, y la avisó una tarde en que el Santo, absorto en la oración, había salido del mundo real. Acudió la noble penitente, y, sin duda, pidió á Dios que cerrase á su vez los ojos de su terrible confesor, porque en esta ocasión salió todo á pedir de boca. Entreabierta la puerta, dejó ver la celda llena de una claridad que deslumbraba, y al Santo orando rodeado de un nimbo luminoso, del que parecía ser el foco. Tan deslumbrá-

dos quedaron los ojos de la reina, que ésta retrocedió instintivamente, diciendo á sus servidores: «Marchemos; la santidad de este hombre es superior á lo que se dice.» Desde entonces, siguiendo su carácter extremado en todo, no le dirigia la palabra sin arrodillarse, como en presencia de un ángel.

Cuando llegó el momento de abandonar á Valencia, logró que Vicente Ferrer siguiese agregado á la Corte, pero con la condición de que podria entregarse libremente á su celo apostólico.

Según se desprende del proceso de canonización, marchó á Cataluña, en donde el conde de Cardona, uno de los señores más poderosos de aquel tiempo, le retuvo en sus dominios. Su fama atraía un gentío inmenso y su santidad impresionaba de tal modo al pueblo, que le cortaban sus vestidos para tener reliquias, y, efectivamente, estos retazos, verdaderas reliquias, curaban toda clase de males, según afirman los testigos.—*Ponebant dicta frustra super infirmos, et sic diversis languoribus curabantur.*

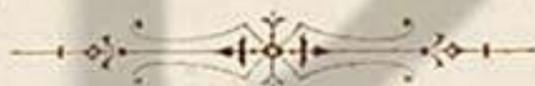
Por aquel tiempo, el diablo, preocupado con su virtud, le tendió uno de esos astutos lazos que bastan para sujetar á un hombre, acusándole de haber sostenido que Judas se arrepintió eficazmente. Realmente Judas se arrepintió: bien claro lo había demostrado cuando fué á buscar á los sacerdotes y arrojó en el templo los treinta dineros. Pero el error de doctrina era demasiado grosero, para que cayera en él este doctor del día anterior. Sin embargo, en vista de las conclusiones de Nicolás Eymerich, gran Inquisidor de Aragón, el Cardenal Aigrefenille comenzó el proceso; y no era ciertamente un negocio baladí en aquella época un proceso sobre punto de doctrina en el Tribunal de la Inquisición.

Felizmente Pedro de Luna acababa de suceder á Clemente VII, con el nombre de Benedicto XIII, y teniendo conocimiento del hecho, pidió el proceso y lo quemó, que es lo mejor que podia hacer. Pero más tarde se lo echaron en cara, acusándole á su vez de proteger la herejía, pues conservaba á su lado á un hereje tan peligroso, insinuándose que Vicente Ferrer se había refugiado en su Corte precisamente para evitar la persecución inquisitorial. Ya sabemos lo que hay sobre el particular y que esto no es más que tretas de abogados. ¡Dichoso Benedicto XIII, si no pudieran presentarse en su contra otras acusaciones más graves!

Por lo demás, nadie ha dado importancia á ésta, y como dice Raynald, «era una pura calumnia el atribuir semejante error á un Apóstol, cuya doctrina siempre fué irreprochable». El Inquisidor

general, sin dejar de cumplir los deberes de su cargo, siempre profesó gran estimación á Vicente Ferrer, y el mismo Dios se encargó de justificar sus servicios, pues mientras circulaba aquel falso rumor, brotaban sin medida los milagros de las manos y de los labios del acusado.

El nuevo Pontífice le mandó presentarse en su palacio de Aviñón, y, como dice su primer biógrafo, aquí termina su juventud, si bien tenía cuarenta y siete años. Verdad es que los santos tienen la juventud larga, esa juventud que Dios renueva cada día, esperando la eterna juventud celestial.





CAPÍTULO XIII

LA CELDA SANTA

La celda del monje.—El oratorio.—Descripción ingénuu.—La co-
fradía.—Visitantes ilustres.—Profanación.—Reparación parcial.

COMO Valencia no volverá á ver á su glorioso hijo, más que en calidad de Apóstol, como todo el mundo, conviene que hagamos una corta monografía de la celda que va á abandonar, como la hicimos de su cuna.

No se trata de su celda de novicio, situada en el piso superior del convento, sino de su celda de religioso, que era la primera á la izquierda, según se entraba en el *dormitorium* de la planta baja, es decir, en el corredor á lo largo del cual se alineaban las celdas. «Así lo quiso la Providencia, dice uno de sus biógrafos, para que los Religiosos pudiesen ver allí en compendio al entrar toda la perfección de su estado.» Contiguo á ella había un pequeño jardín y un pozo que por mucho tiempo fué milagroso. Llegó á convertirse al poco tiempo en un Oratorio, pero sin sufrir ninguna transformación notable, porque los Padres quisieron conservar las cosas intactas: la pobreza, las reducidas dimensiones, la mesa, las sillas; y que pudiesen besarse las paredes venerables, las pisadas del Santo, las huellas de sus lágrimas y la sangre de sus disciplinas. Sin embargo, se colocó un frontispicio, cuya ingénuu descripción copiamos del Cronista del convento.

«El frontispicio de este oratorio es grande y hermoso, dorado y pintado, lo que alegra la vista. La puerta tiene nueve palmos de alto y otro tanto de ancho y hay una reja que mandó fabricar el ilustre

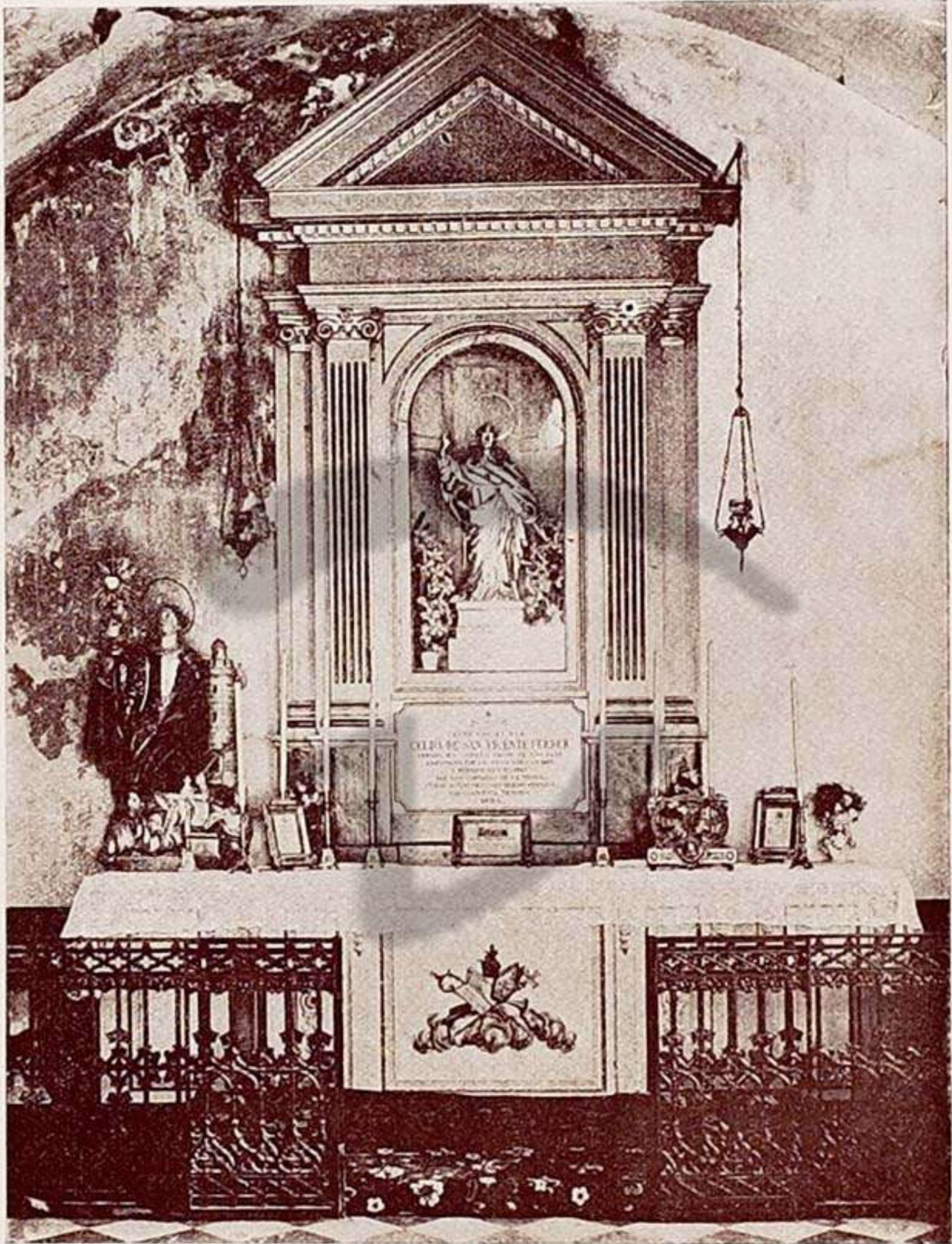
capitán Ramón Blanes en 1583. Las columnas son de piedra de *Ribarroja* (comarca próxima) muy preciosas. En la parte inferior está esculpido el escudo de la Orden; á la derecha está representado el P. Juan Micón; á la izquierda San Luis Bertrán, y encima de la puerta hay pintada una grande águila muy bien hecha. Digo esto porque los extranjeros la miran y parece que les complace. Encima del águila está el escudo de la ciudad, porque en 1597 dieron los jurados una cantidad para el Oratorio. En el medio, más arriba, una perfecta imagen de San Vicente Ferrer: á su derecha Benito XI, á su izquierda San Pio V. En medio de las dos columnas, á la derecha, Fr. Miguel Fabra, con una espada en la mano derecha como conquistador de la ciudad, y en la izquierda una iglesia como fundador del convento. A la izquierda, Fr. Miguel de Montemayor, Provincial reformador, con disciplina y un cuchillo en la cabeza como mártir de su celo. Y entre otras pinturas de maestros, se destaca Guillermo Ferrer, con venerables cabellos, haciendo la reverencia á su hijo, y Constanza Miquel.

»El interior está adornado de imágenes de madera, entre otras la de San Ildefonso, cuya fiesta se celebra el 23 de Enero, día en que nació nuestro Santo en 1350, *año de jubileo*; Santa Agata, cuya fiesta se celebra el 5 de Febrero, porque en este día y en este convento, con gran satisfacción suya, de sus padres y de todos los religiosos, tomó el hábito en el año 1367; las imágenes de los Apóstoles Pedro y Pablo, porque fué canonizado el día de su fiesta; y otras muchas imágenes representando á Nuestro Señor, la Virgen, los santos, los milagros de San Vicente Ferrer y hechos referentes á su historia.»

El Fr. Miguel Fabra á que se refiere esta ingénuo relación, merece una mención especial, por ser el que acompañaba al rey Jaime cuando éste conquistó á Valencia de los moros. Había recibido el hábito de manos de Santo Domingo, fué el fundador de nuestro convento de San Jaime en París, y siendo limosnero del ejército, era tan querido de los soldados y sabia infundirles tal arrojo, que los moros decían: «Los que han tomado á Valencia son Maria y Fray Miguel». Fué el primer Prior del convento de Valencia.

La celda estaba dividida en dos departamentos. En el primero, que es en el que recibía el Santo, se colocó un altar sobre el que había un tríptico, formado de sus imágenes predilectas: la Santísima Trinidad, Santo Tomás de Aquino y la Santa Virgen con el niño Jesús, la misma que le había consolado en sus penas de una manera

VALENCIA



Celda de SAN VICENTE FERRER en el exconvento de Padres Dominicos,
hoy Parque de Artillería.

especial, la cual llevaba esta inscripción: «Mientras nuestro bienaventurado Padre San Vicente Ferrer oraba ante esta imagen, recibió muchas revelaciones divinas, rodeando con frecuencia el cuadro una luz celestial y hablando la Virgen en algunas ocasiones.» En el pequeño departamento en que dormía se colocó su retrato, de tamaño natural, teniendo á sus pies á San Luis Bertrán en ademán de súplica.—En efecto, nombrado éste Prior en Mayo de 1575, dice su biógrafo, se negaba á aceptar el cargo, lloró y finalmente invocó á Vicente Ferrer: «Padre Vicente, mi patrón y mi abogado, ya sabéis mi inutilidad y cuán poco valgo, estando paralitico, ciego y sordo, enfermo en todos sentidos; me han elegido Prior, aceptad en mi lugar, yo seré vuestro sub-Prior y haré todo lo que me mandéis para el buen régimen del convento.» La imagen del Santo se inclinó, diciendo que le guiaría en todo, y así sucedió para mayor bien general.

Así como los Notarios tomaron *la Pila* en que fué bautizado Vicente Ferrer como asiento de su Cofradía, según hemos visto, así también se estableció otra en honor de la celda en la que había recibido el largo bautizo de la prueba. En 1552, viendo el P. Micón, capellán de este lugar bendito, el afán de los fieles por ir á orar en él, tuvo la idea de confiar á doce cristianos fervientes el cuidado de adornarle y conservarle con decoro, y pronto se disputó este honor la nobleza de España, siendo preciso aumentar el número, que se fijó en cuarenta y ocho.

Todos los primeros domingos de cada mes se celebraban oficios solemnes en la *Celda Santa*, estando encargado un socio por turno de disponerlo todo y mantener encendidas las lámparas que ardan ante las santas imágenes; «en una palabra, hacer de este sitio tan lleno de recuerdos un pequeño y delicioso paraíso». La Cofradía mandó hacer una estatua del Santo del ciprés plantado por el mismo en el jardín contiguo á la celda, y siguiendo una patética costumbre, observada después por todas las cofradías, cada cofrade la guardaba en su casa durante el mes en que tenía á su cargo el cuidado del santuario, «haciéndoles, dice un autor, *mil mercedes en sus casas.*» Bajo tan dichoso patronazgo estos hombres poderosos vivían en paz y hacían el bien, acordándose del mal que habían hecho sus antepasados, recompensando así como mejor podían á Vicente Ferrer el señalado favor de haber borrado sus afrentosos odios. Baste citar entre los nombres que por largo tiempo fueron terribles, el de los Centelles.

Clemente VIII aprobó por un primer breve la Cofradía en 1604, y por otro, dado en 1696, Inocencio XII la instituyó canónicamente y la enriqueció con muchos favores espirituales. En Septiembre de 1698 el Maestro general de la Orden la hizo participante de todas las gracias comunes á las Terceras Órdenes. Por una costumbre establecida desde su origen sólo forman parte de ella las principales familias; pero nada exclusivo contienen sus Constituciones, diciendo sólo «que serán admitidas en la Hermandad personas honradas, de conducta ejemplar y buenas costumbres».

Al volver de las Indias San Luis Bertrán fué nombrado capellán de la Cofradía, y en una de las varias pláticas fervorosas que dirigía á los cofrades, les dijo muchas veces que si persistían en su devoción, verían á la hora de la muerte como el Santo venía á buscar su alma, y con tal acento pronunció estas palabras, que las tomaron como una profecía. Y efectivamente, poco tiempo después cayó enfermo uno de ellos, se le apareció San Vicente Ferrer, el cual le animó eficazmente, y cuando sus hermanos entraron á verle, le hallaron llorando de alegría.

Un día que este mismo San Luis Bertrán y su amigo el bienaventurado Nicolás Factor, franciscano, estaban orando en esta celda, se les vió rodeados de una gran claridad; era que les visitaba su común amigo. En 1583 el P. Juan Vidarte, monje muy celoso, era sacristán de esta celda, la que cuidaba y adornaba con gran esmero y cariño, durmiendo en ella sobre el duro suelo. Habiendo caído en dicho año el domingo de Ramos el 5 de Abril, fué preciso trasladar la fiesta del Santo; pero por la noche cantaron los ángeles Maitines, á los que asistió el buen Religioso, revelándolo al tiempo de morir «para que sus hermanos tuviesen amor á la *Celda Santa del glorioso San Vicente Ferrer*». Otros muchos hechos con carácter de prodigiosos se realizaron en favor de los cofrades; pero no es extraño, porque estamos en pleno país de milagros, en donde se producen naturalmente.

Los más ilustres personajes se honraron visitando esta celda; cardenales, arzobispos, obispos, abades ó superiores de las Órdenes; ninguno de ellos llegaba á Valencia, que no pidiera el favor de celebrar en ella la misa; y el patriarca Juan de Ribera iba allí con frecuencia á fortalecer su ánimo, habiéndole concedido todas las indulgencias de que podía disponer. Antes de cerrar las Cortes de Monzón, entró en ella solemnemente con toda su corte Felipe II, rey de las Españas, el 26 Enero de 1586, y volvió el 12 Febrero, acompañado sólo de la

familia real, pudiendo entonces satisfacer más á su placer sus sentimientos religiosos. Cuando Felipe III se casó con Margarita de Austria fué á pedir al Santo su bendición y felices auspicios para su matrimonio, regalando un plato de oro con peso de quinientos escudos. En las dos veces que Felipe IV estuvo en Valencia mostró la mayor devoción á la *Santa Celda*, haciendo que le explicaran todos los detalles de ella y que le refirieran las maravillosas historias que hacían relación á la misma.

Es inútil citar otros nombres célebres, pero podemos hablar de los humildes. Los marinos bretones tenían en gran veneración esta celda y no entraban en ella sino descalzos y de rodillas, considerándose dichosos cuando podían llevarse alguna reliquia de ella.

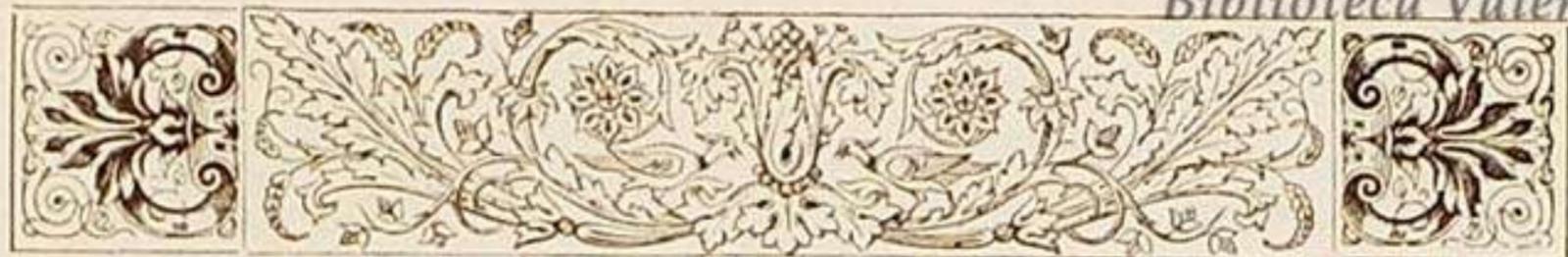
La *Celda Santa* ha tenido su cronista, el P. Luis de Blanes, cuyo libro está escrito con el corazón, respirándose en él el saludable perfume que manaba de la celda misma, pues todo en ella hablaba; las manchas de sangre en las paredes, el suelo impregnado de lágrimas y desgastado por las rodillas del Santo. Creía uno oír un eco de las voces celestiales y sentir en el aire el vuelo de los ángeles.

El convento de Santo Domingo en Valencia tenía cuatro celdas veneradas: la de San Luis Bertrán, que fué en América lo que Vicente Ferrer en la vieja Europa; la del venerable P. Juan Micón; la del venerable P. Amador, llamado el padre de los pobres, en cuyas manos se multiplicaron más de una vez los recursos milagrosamente; y, por último, la más antigua y más célebre, la de *San Vicente Ferrer*.

De todas estas cosas, descritas con especial cariño por los autores valencianos, nada queda, y el convento que San Vicente Ferrer hizo ilustre está convertido en cuartel. Desde 1835 la España cristiana deja pesar sobre su ejército esta maldición. ¡Pobre España!—¡Y cuál no sería mi dolorosa sorpresa, cuando queriendo ver á lo menos la celda de San Vicente Ferrer, honrada con tan augustas visitas del cielo y de la tierra, la vi convertida en cuadra, y en el sitio que ocupaba el altar los escrementos de los caballos! El individuo de la gloriosa Cofradía que me acompañaba y había sobrevivido á tal cambio, comprendió mi mirada. Hoy la celda profanada ha sido devuelta al culto, accediendo á las enérgicas reclamaciones que con este fin se formularon.







CAPÍTULO XIV

CISMA

Problema.—«Necesse est».—Orígenes del gran cisma.—Reglamento de los cónclaves.—Los Papas de Aviñón.—Roma predestinada.—Elección de Urbano VI.—El miedo.—Elección de Clemente VII.—El verdadero Papa.

SOBRE toda esta historia se cernería una sombra, si no se examinara con firmeza la cuestión del cisma y se fijara francamente la parte que en él tomó Vicente Ferrer. Destinado á ser la antorcha del mundo, en medio de estas tinieblas acumuladas, fué partidario decidido de los Papas de Aviñón, que la Iglesia Romana no cuenta entre sus Pontífices: fué el amigo y el confesor de Benedicto XIII, el más tenaz de todos ellos, y lo apoyó en todas partes con su influencia.—Aquí se presenta un problema, al que han dedicado muchas vigiliass buen número de inteligencias profundas y que dejan sin resolver los trabajos más concienzudos. Cierto es *a priori* que un estado de cosas contradictorias, que ha tenido por campeones, de una parte á Santa Catalina de Sena y de otra á Vicente Ferrer, debe imponer una gran reserva. Sin embargo, deduciré consecuencias, porque creo que es preciso hacerlo después de estudiada una cuestión; pero las deduciré respetando, como mi Héroe, la opinión de los demás, con arreglo al juicio personal subjetivo, si se quiere, que me habrán sugerido los hechos.

«Dios, dice San Agustín, Dueño y Señor universal, ha creado buenas todas las cosas, sin que dejara de prever que el mal debía salir del bien; pero ha creído más conforme á su omnipotente bondad obligar al mal á producir el bien, que el permitirle existir. Ha

ordenado, pues, la vida de los ángeles y de los hombres de manera que dé á conocer todo el poder de su libre albedrio primero, luego de su gracia y por último de su justicia.»

«Preciso es que haya escándalos», dice el Evangelio. Necesidad terrible que asombraba á Bossuet. Cristo nada ha ocultado á sus discípulos; ni las violencias, ni las seducciones, ni las falsas doctrinas, ni los falsos hermanos, ni la guerra interior y exterior. Y esta será por los siglos de los siglos la dolorosa historia de la Ciudad divina.

Pero jamás la ha amenazado un peligro mayor que cuando estalló el gran cisma de Occidente, pues entonces el enemigo se introdujo en la plaza; se dividió la ciudad. Escrito está que todo reino dividido perecerá: pero este aforismo divino, absoluto por lo que se refiere á nosotros, débiles mortales, no tiene aplicación á la Iglesia, obra de Dios; de ello es una prueba decisiva la grave crisis del gran cisma.

Nadie ignora que desde un principio correspondió al clero de Roma, convertido poco á poco en Colegio de Cardenales, la elección del Papa, esto es, del que puede libremente atar y desatar las conciencias. La elección por sí misma no confiere autoridad alguna, porque toda la autoridad procede del superior que da la institución. Aquí el superior es Dios, y el elegido queda invisiblemente instituido por Dios mismo, desde el momento que acepta la elección que se hace de su persona. Ocioso es observar que este poder, independiente del estado del alma, dura en tanto que el elegido desempeña el cargo y tiene capacidad de obrar. Pero se comprende que en los siglos de fé, semejante poder originara en momentos de duda las más empeñadas discusiones.

El gran cisma comenzó de hecho á la muerte de Gregorio XI en 1378; pero las causas que lo produjeron vienen de fecha anterior. Su prelude fué la prolongada vacante que un siglo antes precedió á la elección de Gregorio X. Unos hombres encargados de proveer al gobierno de la Iglesia, que no llegan á ponerse de acuerdo durante varios años, preparan el camino para las divisiones más funestas. Gregorio X, deseando evitar estas dilaciones, publicó una *Constitución* que sometía á los cardenales á un régimen cada día más severo hasta que terminara la elección. Los cardenales vieron en este acto de un Santo un ataque á su prudencia y alcanzaron su derogación de su sucesor Adriano V, viejo moribundo, que no llegó á ocupar la Sede, derogación que fué confirmada por el débil Juan XXI.

Entretanto no faltaron las advertencias de Dios. Pueblos y reyes perdían visiblemente el respeto debido á la Santa Sede. En muchos interregnos tuvieron lugar deplorables turbulencias. Por esta época cayeron de nuevo los Santos Lugares en poder de los infieles, y los Papas se vieron impotentes para reanimar el ardor de las cruzadas.

Otra causa preparó el gran cisma. Sabido es que unos Papas de origen francés, por amor á su patria, en opinión de algunos escritores, pero en realidad para huir de los desórdenes de que era teatro Roma, trasladaron á Aviñón la Sede Pontificia. Bertrán de Goth, arzobispo de Burdeos, elegido Papa con el nombre de Clemente V, se estableció en dicha ciudad en el mes de Abril de 1309. Tenía, sin embargo, la intención de volver á Roma, como que se limitó á pedir á los Dominicos que le hospedasen, y digase lo que se quiera, la instalación en Aviñón fué siempre provisional en el pensamiento de sus sucesores. Uno de ellos escribía á un obispo que le instaba, no se sabe por qué, para que estableciese su silla en Cahors: «¿Estáis loco? ¿Ignoráis que en este caso mi sucesor y yo seríamos obispos de Cahors y que el obispo de Roma sería Papa? Querámoslo ó no, Roma es la capital del mundo.—*Hactenus te nondum delirare cognoveram: an ignoras, inscie, hęc viá me et qui mihi succederint episcopos cadursenses fieri, illum vero qui Romę fuerit papam fore?—Velimus, nolimus enim, rerum caput Roma erit.*—Esto era una manera de expresarse, pues en ninguna parte que el Papa se encuentre pierde su carácter de Pontífice Romano, ó, si se quiere, Roma está donde está el Papa; pero el pensamiento no tiene por eso menos energía.

Pastor, Profesor en la Universidad de Inspruck, ha escrito una *Historia de los Papas* con datos recogidos en los archivos secretos del Vaticano, que recientemente se ha puesto á disposición del público. Aunque este libro favorece poco á Francia, se afirma en él que «la residencia en Aviñón no implicaba la decisión de no volver á Roma», á lo que «se opusieron los desórdenes que reinaban en Italia constantemente».

Por desgracia, y como consecuencia bastante natural, del hecho de las dos sillas, debía nacer la idea de dos pontífices. Además, este destierro no fué ventajoso para nadie. El cuerpo de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo está en Roma, la cual, si deja de ser la reina del mundo cristiano, no será nunca más que una capital secundaria y disputada. Su predestinación se impone á toda mirada atenta; los filósofos y los doctores, la historia y la poesía, están acordes en hacer de ella el centro del mundo. Dueña del universo cuando vino

Cristo, abrió naturalmente á la difusión del cristianismo las grandes vías por donde marchaban sus ejércitos.

Se comprende que orgullosa, con razón, del privilegio divino que sanciona su supremacía universal, haya deseado de todo corazón el regreso de sus pontífices; pero no quería comprender que en ella misma residia el obstáculo que se oponia á este regreso. Las disputas de los romanos habian hecho huir al Papa; sus violencias producirán el gran cisma.

A pesar de todo, Gregorio XI, atraído por Santa Catalina de Sena, murió en Roma en 1378. Inmediatamente el pueblo amenazó á los cardenales con jugarles una mala pasada, «cortarles en pedazos», dijeron éstos más tarde en su declaración, si no elegían á un romano ó á lo menos á un italiano.—*Fuerunt etiam Domini cardinales advisati per illos qui ab extra custodiebant, quod nisi statim, sine aliqua morosa deliberatione, eligerent Romanum vel Italicum, omnes Domini cardinales erant in periculo quod inciderentur per frustra (sic).*

Se abrió al fin el cónclave. El Sacro Colegio se componía entonces de veintitrés cardenales, de los que tomaron parte en la elección dieciséis: seis se habian quedado en Aviñón; uno, el cardenal de Amiens, presente en Roma, se abstuvo. Pedro de Luna era uno de los dieciséis. La elección recayó en Bartolomé Prignano, arzobispo de Bari, hombre de austeras costumbres, amable y digno, y que, como canciller en Aviñón, habia desempeñado con gran habilidad las funciones más delicadas. Tomó el nombre de Urbano VI.—8 Abril de 1378.

Ordinariamente, después de la elección, van los cardenales á felicitar al nuevo Papa y proceden con toda solemnidad á su instalación. Pero los electores de Urbano, que sólo habian hecho la mitad de lo que el pueblo deseaba, y que por otra parte no tenían un valor á toda prueba, titubearon en completar su obra.

La multitud, llevada de su impaciencia, habia forzado las puertas del cónclave, más bien por curiosidad de ver al nuevo Papa, que por maldad: los cardenales no lo entendieron así, y algunos, locos de terror, corrieron á encerrarse en el castillo de Santángelo, cuyas sólidas murallas eran un seguro para su cobardía. Dura es la palabra, pero hay que pronunciarla; de aquí provino el gran cisma. Para justificar el acto tan grave que pronto llevarán á cabo, sólo podrian los cardenales, á través de todos los circunloquios, invocar un motivo, siempre el mismo: el miedo, sentimiento tan poco noble en la ciudad de los Mártires.

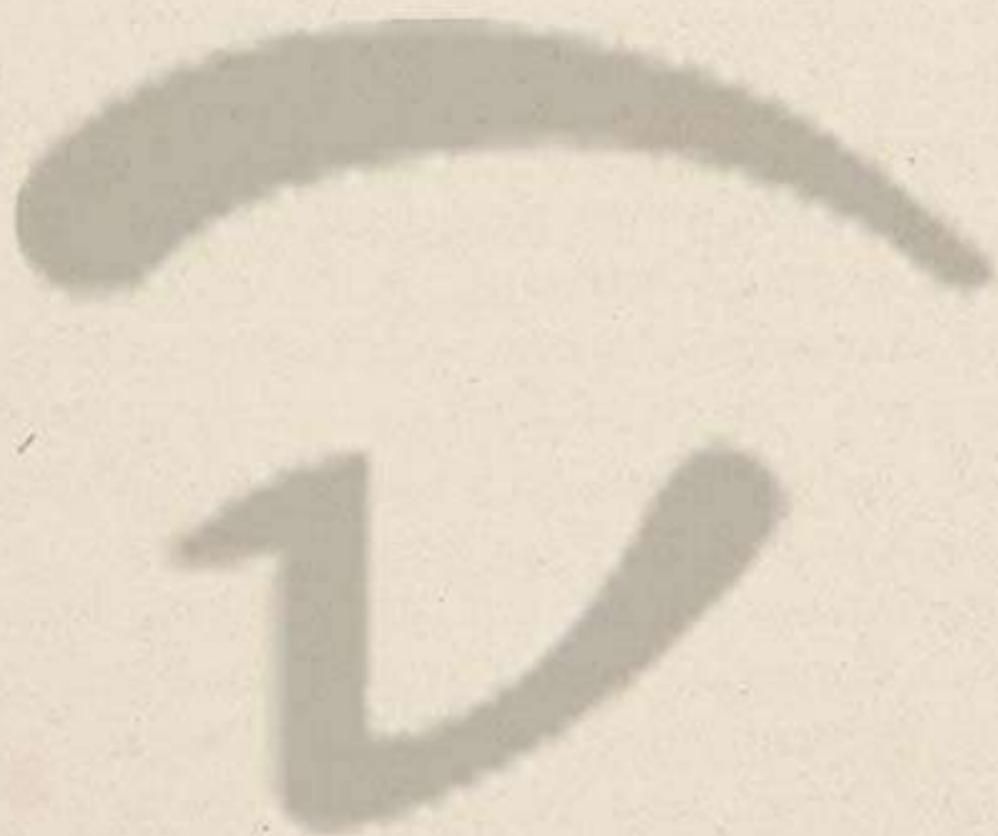
Impulsado por presentimientos siniestros, Gregorio XI había tomado todas las precauciones para hacer frente á la eventualidad de un cisma. De antemano había declarado válida la elección, aun hecha en condiciones anormales. Todo lo había previsto: la imposibilidad de guardar los plazos marcados, la necesidad de abandonar á Roma, un cónclave improvisado: lo que no había previsto era el miedo.

A pesar de todo, mediante el compromiso formal de los Síndicos de Roma de hacer aceptar la elección, se verificó la coronación y se notificó ésta oficialmente al Emperador y á toda la cristiandad. Pero Urbano, poco paciente por naturaleza, había tomado á mal estas dilaciones; de aquí que tratara con dureza á los que le habían dado la tiara, y habló, tal vez demasiado pronto, de reformas que alcanzaban en parte á todos. Se enardecieron los ánimos, y los descontentos dijeron, esta vez en voz alta, que no habiendo sido libre la elección, continuaba vacante la Santa Sede.

El Papa no quiso afrontar una oposición tan extraña, y se trasladó á Anagni, á donde se habían retirado los cardenales. Su proyecto era provocar amistosamente una nueva elección que hubiera disipado las dudas, conservándole la tiara, y este plan estaba á punto de realizarse, cuando una mujer intrigante, Juana de Nápoles, atrajo á sus Estados á los cardenales disidentes. Reuniéronse en Fondi, y pretendiendo ser la parte más sana del cónclave, eligieron Papa al cardenal Roberto de Génova, bajo el nombre de Clemente VII, 20 Septiembre de 1378.

Pronto se les unieron sus colegas, retractándose á su vez, excepto uno que murió poco después. A esto puso remedio Urbano VI, nombrando de un golpe veintinueve cardenales. Había empezado el gran cisma. Había dos Papas, uno de los cuales era legitimo, pues uno ú otro había sido elegido canónicamente, es decir, regularmente por aquellos que tenían el derecho de elección.—¿Cuál era el Papa legitimo?







CAPÍTULO XV

EL VERDADERO PAPA

Fuentes de la historia.—La elección.—Comedia sacrilega.—Estado de ánimo de los cardenales.—El tratado del cisma.—Carácter de Urbano VI.—Lógica humana.—Catalina de Sena y Vicente Ferrer.—La dialéctica.—La buena fe.

QUÉ estudio de los documentos ha dado por resultado formar en mi espíritu tres convicciones: 1.º Los cardenales eligieron á Bartolomé Prignano á causa de sus cualidades; 2.º le eligieron con intención de que fuera verdadero Papa; 3.º en el momento de la elección sólo él era prácticamente elegible.

Hoy están abiertas todas las puertas: he podido compulsar todos los documentos, especialmente los contrarios á Urbano VI; poseo la obra reciente del abate Gayet, decidido antiurbanista: nada ha quebrantado mi convicción.

He aquí el texto oficial de la elección: «Yo, obispo de Prineste, elijo pura y libremente al señor Bartolomé, arzobispo de Bari, con la formal intención de que sea verdadero Papa. En seguida, los cardenales, en número de más de las dos terceras partes, eligieron pura y simplemente al mismo arzobispo de Bari.»

En su declaración, obscuro resumen de los ataques ó más bien de las amenazas de que fué objeto el cónclave, los mismos cardenales disidentes afirman que eligieron al arzobispo de Bari porque creían que conocía á fondo los negocios y las personas, pero que la experiencia no confirmó estos pronósticos.

Escribieron á sus cofrades de Aviñón una carta *destinada precisamente á evitar cualquier error*, y, según la cual, es difícil no considerar

la elección de Urbano VI como válida y definitiva. «Iluminados, dicen, á lo menos así lo creemos, iluminados con los rayos del sol sin eclipse, hemos dado nuestros votos *libre y unánimemente* (palabra por palabra dirigido nuestros corazones) al arzobispo de Bari, prelado de un mérito sobresaliente; y animados de un mismo espíritu le hemos elevado á la Sede Apostólica.

Según la relación de Jaime de Leva, desinteresado en este asunto y que se contenta con exponer los hechos, los romanos rogaron con vivas instancias á los cardenales que eligieran un Papa decidido á fijar definitivamente la Santa Sede en Roma y les presentaron un cuadro lastimoso del estado deplorable en que se hallaban la Ciudad Eterna y el patrimonio de San Pedro. La elección de Urbano VI fué, pues, no sólo motivada, sino previamente discutida. Hubo prisa ó apremio, si se quiere, pero no presión, y menos opresión.

No podría sostenerse la hipótesis de una elección ficticia. El cardenal de los Ursinos propuso colocar la tiara en la cabeza de un Prelado Romano, presentarle al pueblo como elegido libremente y luego retirarse á cualquier parte para deliberar en libertad: los otros cardenales, el primero de ellos el cardenal de Limoges, respondieron al momento: «De ningún modo, señor de los Ursinos; no haremos lo que proponéis, porque no queremos engañar al pueblo, hacerle culpable de idolatría y perder nuestras almas. Queremos elegir un verdadero Papa y para nada nos preocupamos de los clamores populares.»

Debo decir, sin embargo, que esta comedia sacrilega se hubiese representado, á creer lo que dice *l'Avenio Ecclesiástica* de Suárez (Bib. Nat. Ms. Latin, n.º 8.975).—Relata poco más ó menos como todo el mundo la elección de Urbano VI, los clamores de los romanos y sus amenazas, si los cardenales no elegían á un romano ó por lo menos á un italiano: «*Alias vos omnes frustratim discerpemus*»,—es la gasconada de cortarlos en pedazos. Luego añade, que eligieron á Bartolomé Prignano, «*rati ipsum dimissurum pontificatum pacato tumultu, cum certior factus foret se non libere electum*»,—persuadidos de que dimitiría cuando, apaciguado el tumulto, supiera que no había sido elegido libremente.» Y un poco más adelante: «*qui licet simulate promotus, Urbanus tamen VI vocari voluit*».—«Aunque elegido por simulacro, no obstante, tomó el nombre de Urbano VI.»

¡Sería muy extraño!, á lo menos el *maniquí* debió ser advertido, si no consultado; pero no lo fué: bien sabían que no se hubiera prestado á semejante comedia; creyó formalmente que se había hecho

una elección pontificia. ¿A dónde iríamos á parar, gran Dios, si estas elecciones no fuesen serias? Realizado el acto, no dejaron los cardenales de acusarle de ambición, *dominandi libidine*; pero esto es bien baladí comparado con las consecuencias de semejante hipótesis.

El origen del gran cisma ha sido objeto de los más profundos estudios, especialmente en nuestra época y en todas las naciones. En nuestro país M. Noël Valois nada ha omitido, no sólo para fijar bien los hechos, sino para descubrir las impresiones, las intenciones, los estados de espíritu. Su trabajo «La Francia y el gran Cisma», en el que apenas se hace otra cosa que un análisis de los documentos, es, sin embargo, muy dramático y demuestra el partido que un buen escritor puede sacar de las fuentes de la Historia.

El espíritu queda convencido de que ni «el encuentro que al salir de la iglesia de Santa Cecilia tuvo el Cardenal de Glenadeve con unos transtiberinos que le intimaron, en términos poco respetuosos, que eligiese á un romano ó un italiano; ni las instancias de los *Bannerets* (oficiales municipales) dirigidas á los cardenales reunidos en la iglesia *Santa Maria nuova* para celebrar las exequias de Gregorio XI; ni las mujeres y chiquillos que gritaban que si no accedían á lo que pedía el pueblo, se les *cortaria en pedazos*; ni los tamboriles de los romañeses, ni algunos recelos particulares», son de tal naturaleza que obligaran á violentar un acto tan grave como la elección de un Papa.

Los cardenales se consideraban bastante seguros, pues los romanos habían jurado que protegerían el cónclave y los *Bannerets* habían hecho *pregonar* que sería castigado con la muerte el que alterase el orden público. Con esta seguridad rehusaron llamar á los terribles roturadores bretones acampados á algunas leguas de Roma y se negaron á salir de ella. Indudablemente atravesarían el populacho situado en la plaza de San Pedro, unos gotosos, otros ligeramente vestidos... debían oírse los *lazzis* de una multitud impaciente, pero la nota cómica fué la dominante.

Además, esto poco importa: sus disposiciones *anteriores* quedan completamente á descubierto bajo el hábil escalpelo de M. Noël Valois. El colegio estaba dividido: una contienda habida entre *Limosinos* y *Franceses* había aproximado á éstos á los italianos, de modo que sólo por este concepto, de los dieciséis cardenales, ocho eran partidarios de *un Italiano*; y ya se había pronunciado el nombre del arzobispo de Bari. Roberto de Génova (francés), decía en alta voz: «Por los Santos Evangelios, será Papa Bartolomé Prignano, ú otro

que no quiero nombrar.» Este otro era él mismo. Los dos lo fueron. El cardenal de Aragón, Pedro de Luna, de quien tendremos que ocuparnos demasiado, abrigaba en el fondo las mismas intenciones. «Sus reticencias equivalen á una confesión», dice M. Noël Valois. Por último, los mismos limosinos no diferían mucho de esta opinión: «¡Mgr. de Bari, excelente persona!», iba repitiendo Juan de Cros, cardenal de Limoges.

Cualquiera que se tome el trabajo de leer con atención las páginas 30 y 31 de M. Noël de Valois, en las que se contiene la nota: *Nunc vos testes estis quod per plures dies antequam aliqua metus illatio appareret, istum quem elegistis deliberastis eligere.* «No podéis negar que durante muchos días, antes de que hubiese motivo alguno de temor, habéis acordado elegir al que habéis elegido», deducirá que antes del cónclave Bartolomé Prignano era Papa en el ánimo de los electores. Y á tal punto es cierto, que se sabía en Nápoles por comunicaciones dirigidas al Procurador de la reina Juana. Según declara el B. Raimundo de Capua, dominico, Tomás Piedra decía al prior de la Minerva el 4 de Abril (Urbano VI fué elegido el 8):—«He conocido que casi todos los cardenales están de acuerdo para elegir á Mgr. de Bari.»

Los mismos antiurbanistas conceden que se imponía la elección de Urbano VI, pues los cardenales disidentes no podían pensar más que en un prelado extraño al Sacro Colegio. Su elección recayó muy acertadamente en un italiano eminente, al que una larga permanencia en Aviñón había familiarizado hacia tiempo con las costumbres francesas.

A pesar de la violenta intrusión de los romanos, conservaron en el cónclave bastante serenidad de ánimo para responder que obraban según la inspiración de Dios. Por otra parte, las verdaderas amenazas no tuvieron lugar hasta después del cónclave, y de ellas hablan en son de burla. M. Noël Valois, después de referir todas aquellas alarmas, concluye: «Parece que con ligeras excepciones los quince cardenales que han votado en favor del arzobispo de Bari han creído hacer una elección formal. No pensaron, según la expresión d' Aigrefenille, elegir al diablo para evitar la muerte, sino conciliar el interés de la Iglesia con las exigencias de los romanos.»

Cuando en la tarde del 8 de Abril, estando comiendo, alegres y risueños, preguntó uno de ellos á sus colegas: «¿Estamos todos acordes y opinamos lo mismo que esta mañana?—Si, si», contestaron. Pero habiendo aumentado el tumulto, instaron al anciano Tibaldeschi, cardenal de San Pedro, para que se presentara como

elegido para salvar la vida de todos, á lo cual se opuso con energía diciendo: «Yo no soy papa; lo es Mgr. de Bari». Entonces se produjo el desastre.

Prignano, que había aceptado, no sufría contradicción: hizo intimar á los miedosos del castillo de Santángelo que saliesen para proceder á su coronación, pero éstos se negaron: «Si es prudente, decían, le reelegiremos»: al fin enviaron sus poderes por escrito. Doce cardenales le instalaron en el trono y Pedro de Vergue pudo gritar al pueblo: «Os anuncio una grata noticia: tenéis un Papa y se llama Urbano VI.» No se pronunció una sola palabra referente á una reelección.—Todo lo que suceda en adelante es nulo y como si no hubiera tenido lugar.

Pastor no titubea en considerar á Urbano VI como legítimo Papa. «No se puede negar, dice, que esta elección revistió todas las formas legales.» «Si la validez de la elección es incontestable, observa M. Noël Valois, no lo es menos la elección del candidato, la cual recayó en un hombre que, en opinión de sus mismos adversarios, pasaba por bueno, prudente, elocuente, humilde, independiente, hábil en el manejo de los negocios, piadoso y dado á las mortificaciones.» No teniendo todos más que alabanzas para Bartolomé Prignano, y no entendiéndose entre sí, no es extraño que hácia él se inclinaran sus votos: *Ipsium tamquam eis magis notum et in facto curiæ expertum elegerunt.*»

Vicecanciller en la corte de Aviñón, se había acreditado Bartolomé Prignano de una prudencia, una bondad y una igualdad de carácter reconocidas por todos. Pero testigo por largo tiempo de los abusos que había traído consigo la permanencia provisional de la Santa Sede en dicha ciudad, creía que los príncipes de la Iglesia deseaban tanto como él poner fin á semejante estado de cosas. El desengaño súbito que experimentó le obligó á hablar como amo. Es preciso ser grande para saber obedecer.

Y ahora pregunto yo á mi vez: ¿Si Bartolomé Prignano, convertido en Urbano VI, hubiera sido afable y conciliador, sería verdadero Papa? ¿Hubiera alguien pensado en poner en duda su legitimidad?—No, ciertamente.—Pero el carácter de un hombre no invalida una elección. En cuanto á retroceder, no podía hacerlo sin sentar un precedente que, sobre todo en aquellas circunstancias, hubiera tenido las más graves consecuencias.

En resumen, los romanos han gritado, ha sonado la campana de San Pedro herida por el martillo, gentes sospechosas han violen-

tado más ó menos la puerta del cónclave; los cardenales han tenido miedo. Aunque se pretendía imponerles un romano, ellos han elegido á un italiano, poniendo á salvo su dignidad. Su elección, en otras circunstancias, no hubiera sido mejor: y no porque fuera poco cortés, ha dejado de ser en éstas la voz del pueblo la voz de Dios. Luego han dicho: «No hemos tenido libertad»; primero timidamente, después más fuerte, después se lo han figurado, y por fin han obrado en consecuencia. Todo eso es muy lamentable cuando se trata del gobierno de las almas.

Pero si el examen de los documentos contrarios á Urbano VI no quebranta mi convicción, he visto como ha formado la suya San Vicente Ferrer. «Creemos, dice, en la conciencia de cada cardenal, considerado aisladamente; pero ellos han asegurado unos á otros, bajo la fe del juramento, que habían experimentado la misma impresión de hechos perceptibles á los sentidos corporales, lo cual basta para dar valor al testimonio. *Unicuique creditur de sua propria conscientia, et de conscientia aliorum constat per dicta illorum, cum omnes ad invicem sibi ipsis medio juramento manifestaverunt. Item omnia de quibus testificantur percipiuntur sensu corporeo, quod sufficit.*» Además, el mismo Vicente Ferrer, por orden de Pedro de Luna, escribió después de 1380, según ya hemos dicho, un Tratado en regla del cisma ó más bien del Papa. Este Tratado, cuya existencia habían sospechado apenas los mejores biógrafos, se halla en la Biblioteca Nacional de París, y M. Noël pregunta cómo no se ha publicado jamás: nosotros le publicamos en el volumen de las *Obras*.

El tratado se ocupa de estos dos puntos: 1.º Nadie tiene derecho á permanecer neutral. La bicefalia ó gobierno con dos cabezas es un estado monstruoso; no hay más que un Papa verdadero. Los únicos que tienen derecho á indicarnos el verdadero Papa son los cardenales; éstos nos dicen que el verdadero Papa es Clemente VII; luego Clemente VII es el verdadero Papa. 2.º Todos los doctores convienen en que una elección hecha bajo el imperio de un temor capaz de influir en un hombre de carácter firme, es legalmente nula.

Este trabajo está dirigido al rey de Aragón Pedro IV, llamado el Ceremonioso, hombre poco fácil de convencer, y sólo me ha demostrado una cosa, la buena fe de su autor.—¿Quién ha dudado jamás de ella? Es cierto que para la validez de un acto se requiere que se realice en ciertas condiciones de libertad; pero la cuestión es saber si los cardenales eran de «un carácter firme», y luego si el temor que se apoderó de ellos procedía de una violencia real. Ellos han dicho

que *si*, pero es después de haber realizado actos perfectamente gratuitos que decían que *no*. Y además, su afirmación se presentó tres meses después de realizado el hecho.

Pero se concibe que al leer su declaración, almas nobles, cándidas, acostumbradas á obedecer, como la de San Vicente Ferrer, tuvieran fé en la palabra de estos viejos, principes de la Iglesia. Bonifacio Ferrer, en su carta á los que le contradecían, emplea este argumento: «Nosotros hemos obedecido á nuestros superiores, haced vosotros lo mismo y no os ocupéis de otra cosa.» Otros, en materia tan grave, insistieron en creer que el primer acto era válido, es decir, hicieron á los cardenales el honor de considerarles como hombres serios. De aquí que se establecieron dos corrientes. Se discutió de una y otra parte hasta lo infinito, y cuanto más se discutía más se dividían los dos campos, porque no tenían punto alguno común. Para entenderse, como para batirse, es preciso estar en contacto. El problema no podía ser resuelto por los contemporáneos, y por eso Gerson tachaba de temerarios á los que censuraban á los partidarios de una ú otra obediencia.

Santa Catalina de Sena, más próxima al origen del conflicto, tomó el partido de Urbano VI, y dirigió á los cardenales esta carta llena de vigor: «Bien sabéis que Urbano VI es el verdadero Papa, elegido regularmente, no por miedo, sino por inspiración divina, más que por vuestros votos. Vosotros mismos habéis anunciado que así era verdad, y ahora os retractáis como viles y despreciables caballeros. Habéis tenido miedo de vuestra sombra.» En otra carta, más severa todavía, les dice: «Si considero vuestro proceder, no encuentro en él nada que pueda haceros retroceder ante una mentira.»

El antiurbanista Gayet se ve obligado á confesar lo siguiente: «Por más vueltas que se dé á cuanto se ha dicho respecto al gran cisma, no se encuentra en él un solo rasgo que haga honor al carácter de los cardenales: ni una palabra de grandeza, de sacrificio en aras del deber.» Y el mismo nos dice por qué fueron á Fondi los tres cardenales que habían permanecido fieles: «Porque los otros les habían prometido la tiara y cada uno de ellos esperaba ser elegido.»

San Vicente Ferrer se declaró en favor de Clemente VII, y ante su decisión no hay más que bajar la cabeza. En efecto, no se puede presentar como argumento la debilidad humana. El Padre Celestial se había dignado enseñar á leer á Santa Catalina de Sena, y San Vicente Ferrer leía en las conciencias como en un libro abierto. Sin embargo, observemos que cuando él entró en escena habían creado

los hechos un orden de cosas casi regular. La cristiandad se había dividido en dos obediencias: las Iglesias particulares y las Órdenes religiosas habían seguido la opinión de las Naciones. Teniendo San Vicente Ferrer un superior legítimo en lo que se puede llamar su partido natal, no le alcanzaba ni responsabilidad, ni preocupación. Se sometió sin murmurar á los que para él representaban á Dios: conducta enteramente conforme con la humildad de un Santo. Apoyándose Dios ordinariamente en los datos naturales, como el injerto se une al tronco silvestre, podría á lo más tenerse en cuenta que Catalina era italiana, y Vicente Ferrer español; pero la verdadera razón es que los que gobernaban la Iglesia tenían necesidad de las rudas lecciones del gran cisma, y las almas rectas, numerosas en ambos partidos, debían poder apoyarse en autoridades indiscutibles. Catalina de Sena y Vicente Ferrer fueron en manos de Dios, los guías, los apoyos y los protectores de esta inocencia de las épocas borrascosas, que se llama la buena fé. Felizmente, por encima de las discusiones de partido, aun cuando es la Iglesia la que habla ó está en juego, hay verdades inmutables á cuya conservación debe y puede aferrarse el amor del bien.





CAPÍTULO XVI

PEDRO DE LUNA

Primeros errores de los dos Pontífices.—El cardenal de Aragón.—
Rasgos generales.—El eclipse de Luna.—Singulares escrúpulos.
—Juicios contradictorios.—Esfuerzos.—Vicente Ferrer campeón oficial.

PERO si los pueblos podían atender en paz á su salvación, las esferas elevadas, así políticas como religiosas, estaban profundamente conmovidas.

El primer antipapa, Clemente VII, recurrió, en perjuicio del clero, para defender su causa, á procedimientos á que el poder civil solía ya apelar con frecuencia. Ha podido decirse de él, abusando tristemente de uno de los más hermosos títulos de los Pontífices Romanos, que fué el servidor de todos los servidores de los príncipes franceses. De esta debilidad nacieron lo que se llama las libertades, ó por mejor decir, las servidumbres de la Iglesia Galicana.

Al Papa Urbano VI sucedió legítimamente Bonifacio IX. Honrado, desinteresado, afable, de una gran autoridad que se reflejaba en su hermoso semblante, firme y prudente, la penuria de su hacienda le impulsó á traficar con los bienes eclesiásticos, y la historia le echa en cara el no haber sabido defenderse contra la avaricia de su familia. Un pensador ha dicho: «La mayor parte de los hombres tienen una pequeña fibra que por falta de vigilancia les impide ser los bienhechores de la humanidad.» Pero el hombre en el que más especialmente debe fijarse nuestra atención, porque fué causa de que durara tanto el cisma, es Pedro de Luna, cardenal de Aragón, el más astuto, el más socarrón y el más tenaz de los hombres.

Legado en España, tomó, como hemos visto, á Vicente Ferrer por su teniente. La habilidad del uno y el ascendiente del otro conquistaron las Cortes de Aragón y de Castilla, que fueron con Francia los principales apoyos de la obediencia á la Silla de Aviñón; hasta el día en que este mismo ascendiente se empleará en sentido contrario y en que Vicente Ferrer hundirá á Pedro de Luna, Papa bajo el nombre de Benedicto XIII.

Algunas veces se han sacado horóscopos de los nombres tomados por los vicarios de J. C.: los Papas del cisma tienen nombres que parecen ser un soplo irónico de la Providencia. *Urbano* vió disputada su autoridad por haber perdido el sentido de la urbanidad: Clemente VII dió en varias ocasiones prueba de una crueldad inexorable: en fin, pocos hombres han recibido más maldiciones que este *Benedictus décimus tertius*.

D. Pedro Martínez de Luna nació en Aragón, en Illueca, cerca de Calatayud. Era de la antigua casa de Luna, que figura entre las primeras de España. Siguió sus estudios en Salamanca y abrazó la carrera militar, que abandonó pronto para emprender la de las letras y la Iglesia, cursando en Montpellier el Derecho canónico. Su talento no tardó en elevarle en España á los más altos cargos. Gregorio XI le hizo cardenal en 1375 y fué uno de los cuatro Legados enviados por Clemente VII para trabajar en la pacificación de la Iglesia, designándole naturalmente para España, su país natal.

Después del éxito alcanzado en Castilla se pensó utilizar su capacidad diplomática para reconciliar á las dos Cortes de Francia y de Inglaterra, y ya iba á pasar el estrecho y tal vez hubiera atraído á Inglaterra á la obediencia de la Sede de Aviñón, cuando Clemente VII le hizo quedar en el Continente. Algunos cardenales le acusaban ya de querer alcanzar la deposición de los dos Pontífices y hacerse elegir en su lugar. ¡Obscuro prefacio de un misterio que ha quedado impenetrable! Pronto rehusará con toda energía la dignidad de Soberano Pontífice y sus mismos acusadores le obligarán á aceptarla. En el interin volvió á su país, en donde le sorprendió la muerte de Clemente VII, 1394, rigiendo la diócesis de Tarragona.

Era de costumbres ejemplares: los procesos que se formaron en Constanza, tan duros para sus competidores, sólo formularon contra él el cargo de obstinación. En efecto, el fondo de su carácter era una voluntad de hierro. Amable y bondadoso, insinuante y perspicaz, en Roma, á donde fué acompañando á Gregorio XI, agradó tanto á los italianos, que pensaron en darle la tiara.

Fué uno de los primeros en felicitar á Urbano VI, diciendo que desde San Pedro no habia habido un Papa más auténtico. Fué el último que se declaró contra él, observando la corriente de las ideas; pero cuando creyó llegada la hora, fué el más intratable de todos. La manera como explicó el cisma al rey de Castilla da clara idea de las rarezas de este carácter indescifrable. No ha oído decir á nadie que pensara elegir á Urbano VI, sino á un Cardenal... Él no ha tenido miedo, y sin embargo, habia motivo para tenerlo... Él ha elegido libremente, pero... ¡Hábil debe ser el que descubra su intención! Parece que el latín se presta á estas sutilezas: «*Ipsemet et alii multi dixerunt quod illa electio non valebat: sed quum ipse eum nominavit, ipse nominavit eum intentione quod si per tempus quovis modo potuisset esse papa, ipse fuisset contentus.*» «La elección de Urbano VI era nula en su opinión y en la de otros muchos; sin embargo, él le habia dado su voto de manera que si llegaba á ser Papa Urbano, pudiera estar tranquilo.» Es el colmo de las restricciones mentales. Durante mucho tiempo protestó contra todo acomodamiento y luego cambió repentinamente de actitud. Gracias á este cambio de frente hábil, si no sincero, fué elegido, «en la esperanza, decían los cardenales, de una paz próxima con un hombre tan bien dispuesto».

Al morir Clemente VII, se dibujaban ya tan desastrosas las consecuencias del cisma, que se pregunta uno cómo los cardenales de Aviñón se atrevieron á elegir un nuevo Pontífice. El rey de Francia les dirigió una carta conmovedora, suplicándoles que tuviesen compasión de los males de la Iglesia, y ellos decidieron no abrirla hasta después de hecha la elección. Este expediente, que podría parecer un rasgo de independencia, sólo prueba la debilidad de carácter de los mismos: «Ellos creyeron, dice Fornery, haber satisfecho sus conciencias y todo lo que de ellos pudiera exigirse, firmando un escrito en el que se obligaba cada uno de ellos, por juramento, en el caso de que fuese elegido Papa, á tomar todas las medidas posibles para lograr la paz de la Iglesia, incluso la renuncia al papado, si se declaraba necesaria ó útil por la mayoría de los cardenales.» Fornery era Aviñonés, partidario de los papas de Aviñón.

Es digna de estudiarse en las antiguas Crónicas la elección de Benedicto XIII. Las conferencias preliminares iban á dar por resultado el conferir la tiara á un cardenal que no nombra la historia: «¡No, dijo, soy demasiado frágil! Si por casualidad fuera elegido, tal vez no me resolveria á ceder y no quiero verme en esa alternativa.»

Entonces Pedro de Luna tomó la palabra: «Eso no importa: si por casualidad me la dieran, renunciaría á ella en seguida con la misma facilidad con que me quito la capa.» Se habló de elegir á un Cartujo: «No, añadió el cardenal de Aragón, esos solitarios son algunas veces obstinados, muy aferrados á su opinión y demasiado escrupulosos, y éste no se resolvería á ceder.»—Obsérvese este escrúpulo que se presenta á propósito de la renuncia.

Todos los votos acabaron por inclinarse á él, pero resistió mucho. Jerónimo de Ochoa, su confesor, dice, que de doscientos años atrás no se había visto semejante repugnancia al Pontificado. «Esto no es de admirar, dice Zurita, después de los dieciséis años que había estado trabajando por la pacificación de la Iglesia.» Había firmado, como los demás, la declaración de renunciar al Pontificado, si así convenia al bien de la Iglesia. ¿Es que creyó que no había llegado aún este momento? ¿Quién conoce el fondo del corazón humano? Urbano VI y Clemente VII eran dudosos, el uno por la violencia ejercida sobre el cónclave, el otro porque fué elegido viviendo aquel á quien debía reemplazar: la elección de éste no adolecía de ninguno de esos defectos: los cardenales eran perfectamente libres y su predecesor había muerto. Pudo, por lo tanto, creerse más legitimo que los otros, hasta el día, sin embargo, en que el bien público le impuso la obligación de despojarse de su dignidad.

Fué coronado el 11 de Octubre de 1394.

Los juicios emitidos acerca de Pedro de Luna son contradictorios.

El biógrafo de Gregorio XI refiere, que al darle el Capelo le dijo este Pontifice en alta voz: «Tened cuidado con los eclipses de luna.» *Cave ne tua luna patiatur eclipsim.* En efecto, le habían prevenido en contra del espíritu paradógico del nuevo cardenal, el cual, decían, no siempre se atenia á la teoría.

Niem, historiador muy duro con frecuencia, dice, por el contrario, que le había conocido como profesor en Montpellier, y que Gregorio XI le nombró cardenal porque era generalmente estimado por su ciencia y sus virtudes. Zurita jamás le nombra sin recordar que era recomendable, más que por su ilustre origen, por su instrucción, su religiosidad y sus costumbres. San Antonino traza el siguiente retrato de este hombre extraordinario: «Benedicto XIII era notable como orador y como erudito, y por su gran corazón estaba á la altura de cualquiera hombre de su época. Las fuerzas físicas y la sonoridad de su voz igualaban á la elevación de su alma. Siendo casi octogenario,

defendió en Perpiñán, durante siete horas, la legitimidad de su Pontificado.» Blancas ha dicho de él: «que si hubiera sido Papa legitimo y en tiempos más prósperos, hubiera realizado grandes hechos con su grandeza de alma y su sabiduría.»

Otros escritores, aun entre los españoles, le juzgan severamente. «Su amor propio, dice Sancho, historiador de Alcañiz, le cegaba por completo y le sugería sin cesar nuevas razones, más ó menos especiosas, para afirmarse en su opinión.» El historiador de Calatayud, ciudad que cuenta á Pedro de Luna entre sus bienhechores y sus grandes hombres, se cree obligado á confesar que «si bien tenía todas las cualidades necesarias para ser un gran Pontífice, las esterilizaba con su inflexibilidad y su obstinación sin medida».

Fornery, notario y escribano de la Cámara Apostólica, autor de un libro titulado: *Del Condado Venesino y de la ciudad de Aviñón*, libro digno de la impresión, dice que: «Si Pedro de Luna hubiera sido nombrado Papa en cualquiera otra ocasión que la del cisma, hubiese honrado la Santa Sede. Tenía mucho talento, destreza, penetración y doctrina; su habilidad en el manejo de los negocios era conocida de todo el mundo; pero todas estas bellas cualidades sólo servían para hacer más deplorable la desgracia de la cristiandad.»

El aviñonés Suárez escribe á su vez estas palabras en un arranque de imparcialidad: *Tractu temporis a recto tramite devius, imperandi libidine delinitus, inani gloriola pertinacie, audacie, superbie, ambitionis et impietatis se portentum exhibuit*: «Alejado poco á poco del camino recto, la pasión de dominar y una fútil gloria le hicieron deslizar por una mala vía, hasta el punto de ser un prodigio (sic) de terquedad, de audacia, de orgullo y de impiedad.»

Para los Cartujos, lo mismo que para toda la Iglesia, hubo dos obediencias, y hasta en sus profundas soledades repercutían las turbulencias de la cristiandad. El que escribió los anales de la orden, aunque partidario suyo, no trata con cariño al Pontífice de Aviñón, antes bien le acusa de ser un obstáculo á la paz del mundo. «Cuando el Conciliábulo de Perpiñán, dice, temiendo que le abandonasen los Cartujos, como el resto de la cristiandad, procuró con vanas promesas captarse su benevolencia. Sus cartas al Capitulo general que se preparaba rebosan fingimiento y astucia.» *Eorum simplicem pietatem inanibus promissis tentavit, scriptis iterum ad instantia comitia litteris plenis dolo et simulatione*. Existe en Morella una especie de monólogo (*parlamentum*) en el que Benedicto XIII, de ochenta años de edad, con el vigor de estilo de un joven, se esfuerza en probar la validez de su

elección. Dice en él que oía continuamente una voz que le decía: *¡Clama, ne cesses! quasi tuba exalta vocem tuam!* «Vé, grita y grita más. Hinchá tu voz como la trompeta.» Una larga y enfática carta que dirigió á los jurados de Calatayud cuando fué elegido Pontífice no aclara este enigma. Los mismos resplandores de la muerte serán impotentes para descifrarlo.

Pedro de Luna era en las conversaciones particulares una persona que encantaba. Menos feliz en las discusiones públicas, sus discursos parecen ejercicios de acróbatas. Era entonces moda aplicar los textos sagrados de la manera más original posible, y abusaba de ella fatigando el espíritu, como fatiga la vista un reflejo excesivo.

Entre los manuscritos conservados en la biblioteca Barberini de Roma se halla la arenga de Pedro de Luna en favor del Papa Clemente VII, pronunciada en Santarem á presencia del rey de Portugal. Se expresa al principio con falsa modestia; achacando á la necesidad de improvisar la flojedad de su discurso. Pero su argumentación, verdadero *tour de force*, como pudiera hacerlo Pico de la Mirandola, desafía á la memoria más brillante. Dice que va á responder sobre estos tres puntos: *de casu, de zelo, de vero*. La Epístola del día le suministra el texto: *Vere scio quod non sit alius*. ¿El caso ocurrió como decimos?—Sí. *Vere scio*. ¿Hemos tenido rectas intenciones, ha sido mal fundado nuestro celo en este asunto?—No. *Quod non*. ¿El Papa Clemente ha sido elevado á la tiara con perfecto derecho?—Sin duda alguna. *Vere scio, quod non sit alius*. Y aduce textos en apoyo de cada proposición, de los cuales bastará citar el tercero, estrambótico juego de palabras sacado de Jonás (cap. X): *Scio enim quod tu Clemens es, scilicet verus papa*. Et (1 Paralipomenon): *zelo Clemens est Dominus*. Luego una confusión de pruebas ó mejor de argucias en que se pierde el entendimiento.

Alcanzado este efecto, entra en una argumentación sorprendente á fuerza de ser tonta. «Estoy sólo en vuestra presencia, dice, pero hablo de lo que he visto. *Quod vidimus*.—He visto á muchos hombres graves, serios (*in ore duorum vel trium stet omne verbum*) afirmar que han obrado bajo la impresión del temor. Pero estos hombres son cardenales, hay que darles crédito, pues en este caso sólo ellos pueden dar testimonio. Si rechazáis este testimonio, os metéis en un laberinto inextricable.»

Pero los teólogos del rey, que también eran retóricos, no se dieron por vencidos: «Tenemos, dijeron, un hecho positivo que habéis presenciado, y es la elección del Papa Urbano. Ahora bien,



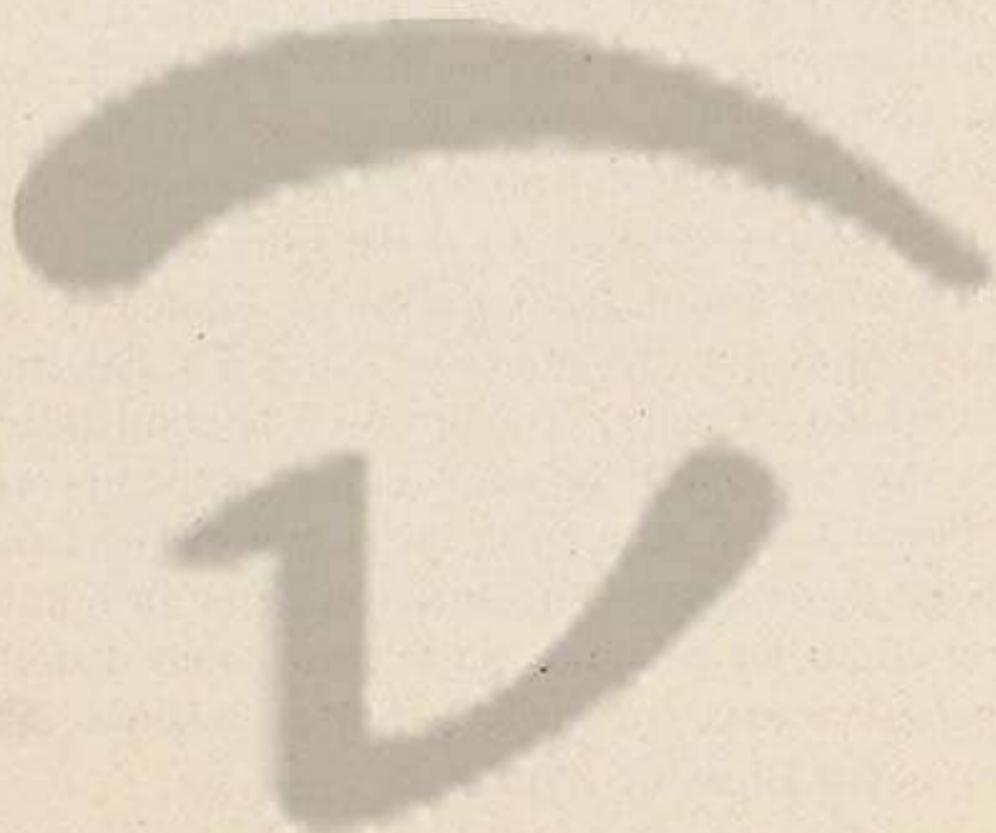
Benedict XIII

PEDRO DE LUNA,
Papa bajo el nombre de BENEDICTO XIII y su firma.

hombres consagrados á Dios y viejos próximos al sepulcro, deben ser por fuerza inaccesibles á las influencias humanas, sobre todo en un asunto tan grave. Nos habláis de vuestro miedo, sentimiento del que no puede ser juez la Iglesia: *De internis non judicat Ecclesia*. Pero, además, habéis dicho que el Papa elegido por vosotros debía la elección á sus méritos personales. Estos méritos subsisten; ¿por qué queréis desconocerlos á riesgo de introducir la confusión en la Iglesia? Decís que no erais libres: en tal caso debíais haberos abstenido de elegir. ¿Qué habéis hecho durante los dieciséis días que duró el Cónclave? Si elegisteis por temor, ¿por qué no lo habéis dicho antes? ¿Por qué recibisteis de él desde luego sacramentos y juramentos, si era el Antecristo, como decís ahora? ¿Y por qué también beneficios? ¿Y por qué habéis enviado á toda la cristiandad cartas de que podíais haber prescindido? Bajo ningún título se os puede creer. Podéis elegir, pero no está en vuestra mano rechazar al elegido cuando ha dejado de agradaros, aunque no sea más que por que, como Papa, está sobre vosotros. No se puede ser testigo y juez en un mismo negocio. Los cardenales no son más que promulgadores (*publicatoribus*): una vez han proclamado al Papa, termina su misión.»

Pedro de Luna no se rindió, salvo que en las siguientes sesiones encargó á Vicente Ferrer que defendiera su causa. La dialéctica, que estaba entonces en todo su vigor, se empleó en la contienda, como la fuerza de las armas se pone al servicio de los pretendientes ordinarios. Vicente Ferrer tomó parte en la lucha con esa sinceridad de carácter y ese vigor de expresión que hicieron de él un hombre tan potente en obras como en palabras. Su talento como dialéctico es incontestable, pero la causa era mala, y Portugal jamás fué muy celoso partidario de los Papas de Aviñón.







Uno de los primeros retratos de SAN VICENTE FERRER,
colocado en la celda
en que tuvo lugar la curación milagrosa.



CAPÍTULO XVII

A VIÑÓN

Convento de los Dominicos.—«*Etium periere ruinæ*».—**El palacio de los Papas.**—**Sucesión difícil.**—**La Corte de Aviñón.**—**El pobre clérigo.**—**Vicente Ferrer hombre de mundo.**—**Genio teatral de Pedro de Luna.**—**El sombrero de cardenal.**—**Esfuerzos inútiles.**—**Representación de Francia.**—**Sustracción de obediencia.**—**Asedio del Palacio.**

(1395-1397).

No es posible acercarse sin cierta emoción á esta ciudad que durante más de un siglo fué la capital del mundo cristiano. Ese puente legendario de Aviñón, edificado milagrosamente por San Benezet; ese palacio de los Papas, masa imponente, que vista de lejos parece, no sólo que domina la ciudad, sino que es más grande que ella; ese hermoso río de ondas brillantes; todo contribuye á dar á la ciudad un carácter especial. Aviñón es rico en recuerdos dominicos, pues allí asistió Santo Domingo en 1219 á un concilio contra los Albigenses, y allí fundó uno de sus primeros conventos, eligiendo para su emplazamiento una pequeña isla del Ródano en la que ya existía un oratorio en honor de Santa Marta, por cuya intercesión habia vuelto á la vida un joven ahogado. Allí se celebraron dos cónclaves y se coronaron dos Pontífices, y allí duermen el sueño eterno muchos cardenales. Dos escritores aviñonenses se extasían ante la magnificencia de la Iglesia y el fervor de los religiosos. Allí fué canonizado Santo Tomás, y allí, en el fondo del *dormitorium*, existía la celda, transformada en capilla, en donde

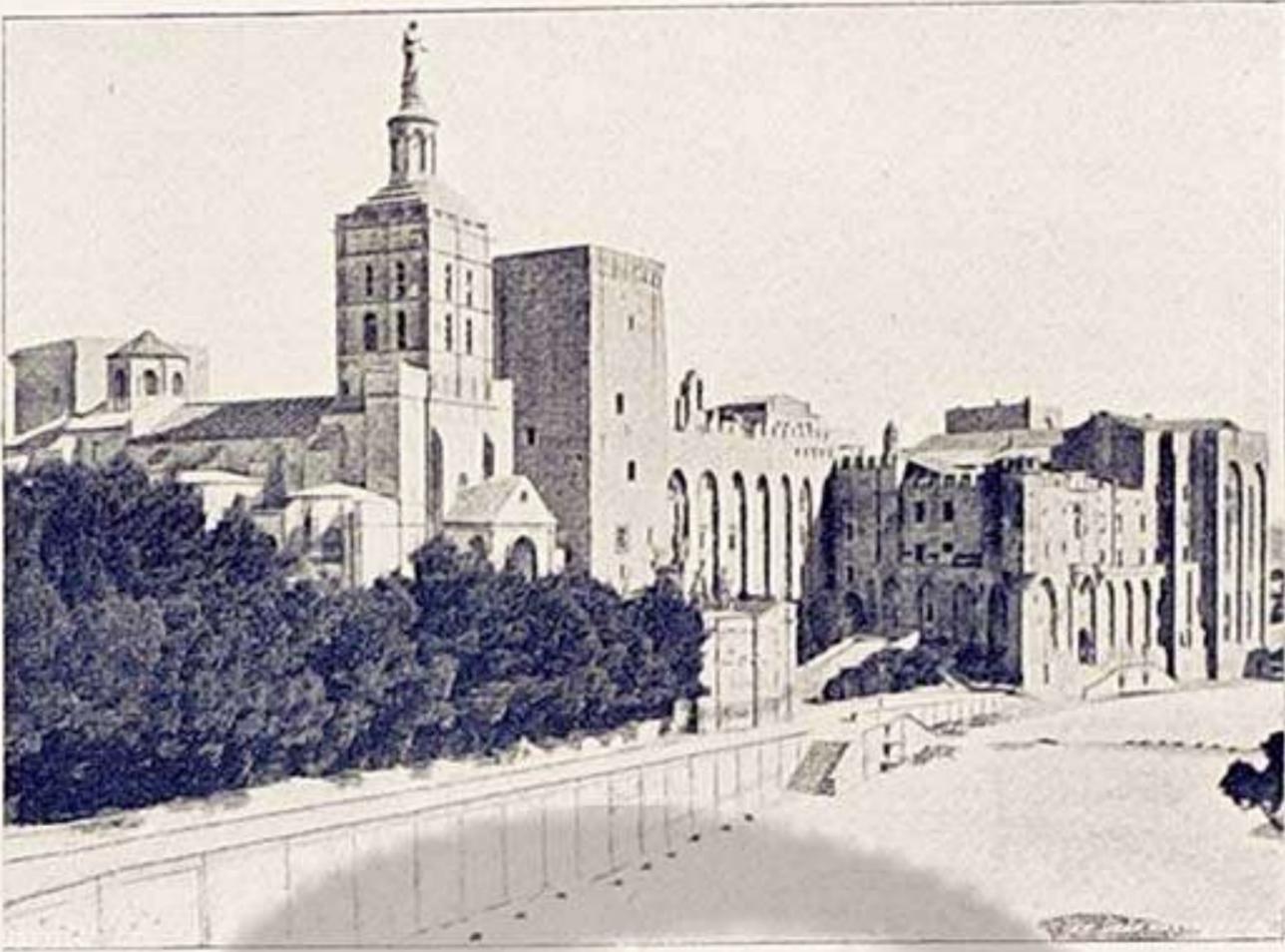
Vicente Ferrer, moribundo, recibió la visita celestial que le devolvió la salud.

Los aficionados á las reliquias sagradas ¡con qué afán se lanzan á recorrer el célebre monasterio! Pero ¡ah!, ¡doloroso desencanto!, ni aun las ruinas existen, y sólo las calles conservan su nombre impuesto por la grandeza de los hechos. Un antiguo y negro edificio situado sobre el canal de Vanduse, convertido primero en fábrica y luego en almacén, forma parte de los restos del convento. En el ángulo de las calles de Santo Tomás y Santo Domingo, un local con rico techo, que hoy sirve de cochera, se dice que fué una capilla dedicada á San Vicente Ferrer. Otro edificio, modificado varias veces, sito en la calle de Santo Tomás de Aquino, en el que hace unos cuantos años se leía en uno de sus extremos: *Aula canonisationis S. Tomæ Aquinatis*: «aquí fué canonizado Santo Tomás», es hoy la clase de Teología. Finalmente, un pozo bendecido por Santo Domingo, y que por respeto se había encerrado en la sacristia, pertenece á un protestante.

Volviendo ahora la vista hácia el castillo de los Papas, monumento marcado con el sello de una soberbia grandeza, desdeñoso de adornos y que parece desafiar las edades, como la Iglesia, que un día se refugió en él, el espíritu, empapado de recuerdos varios, olvida la atmósfera de cuartel que allí se respira, para absorberse en su pensamiento. Bajo las bóvedas de las grandiosas salas, brutalmente cortadas por tabiques de ladrillo, evoca la sombra de aquellos Pontífices, especialmente del indomable Pedro de Luna, que mantuvo veinte años bajo su autoridad la mayor parte del mundo cristiano. Poco á poco se opera en el espíritu un trabajo de fusión que identifica este carácter inflexible, con esta fortaleza inexpugnable, de extrañas formas, verdadera herejía arquitectónica.

El primer cuidado de Pedro de Luna, convertido en Benedicto XIII, fué rodearse de un personal capaz de secundarle, pues sabiendo apreciar el mérito de las personas, y sin que tratemos de repetir un juego de palabras, no temía ser eclipsado. Por ello obligó á Bonifacio Ferrer y al noble aragonés Francisco Aranda, también Cartujo, á abandonar su soledad, «porque, dicen los *Anales* Cartujos, necesitaba de tales hombres para tomar consejo». ¿Era efectivamente para aconsejarse de ellos? También hizo ir á su lado á Vicente Ferrer, comprendiendo que nadie le podía servir mejor en el concepto público. La muerte del rey Juan I dejaba libre al Apóstol, y como el llamamiento del Pontífice era una orden, marchó allá sin titubear.

AVIÑÓN



Palacio de los Papas, bajo dos puntos de vista diferentes.

El P. Sancho de Porta, Dominicó, desempeñaba el cargo de Maestro del Sacro Palacio, y un día que, en cumplimiento de los deberes anexos al mismo, predicaba en la capilla pontificia, se expresó con tal energía acerca de la necesidad de terminar el cisma, que conmovió á todo el auditorio; por lo que Benedicto XIII le puso en la cárcel, de la que se evadió dos años después. Como se ve, la sucesión no dejaba de ofrecer peligros, necesitándose más que abnegación en un hombre á todas luces incapaz de abrigar ideas mezquinas, ni de transigir con el deber.

Entró en Aviñón á mediados del año 1395, recibéndole el Papa con las mayores muestras de afecto, y además de nombrarle su confesor y capellán doméstico, le confirió los importantes cargos de Penitenciario Apostólico y Maestro del Sacro Palacio. Se ha puesto en duda que tuviera este último título; pero yo puedo sostener la afirmativa apoyándome en el Proceso de Canonización, en Fontana, Teixidor y otros autores, entre ellos Bonifacio Ferrer que en una página de un volumen de Santo Tomás, que dejó á su muerte, calificaba á su hermano de: *Magister Sacri Palatii*. Por otra parte, estos eran honores sonoros que encubren pesadas responsabilidades.

Allí, como en todas partes, fué Vicente Ferrer el hombre de Dios. Como sus funciones no le absorbían todo el tiempo, continuó el curso de Teología para uso del clero que tan buenos frutos habia producido en Valencia, al mismo tiempo que su cargo de gran penitenciario le permitía trabajar en la reforma de las costumbres. No puede negarse que entonces reinaba entre los altos dignatarios de la Iglesia cierta libertad, de la cual es una prueba la siguiente anécdota que afortunadamente por esta vez es sólo una leyenda. Un pobre clérigo solicitaba de la Cancillería lo que él llamaba el privilegio de los cardenales, y por mucho tiempo se le despidió sin atenderle, como á una persona que no está en su cabal juicio; pero él volvía á la carga.—Por último, le preguntaron: ¿qué entendéis por privilegio de los cardenales?—*Ut possim ad libitum peccare et sine reprehensione*, contestó.

Gracias á sus dotes naturales, realizadas por una constante modestia, Vicente Ferrer llegó á ser el amigo y confidente de todos y especialmente trabó gran amistad con el médico del Papa, judío de origen y que seguía profesando ese culto. Se condujo tan bien, en aquella delicadísima situación, que á nadie hizo sombra, y sin faltar á los deberes sociales, supo ser á la vez firme y respetuoso, uniendo

á las maneras del más perfecto caballero, la austeridad de un monje y la amenidad de un santo.

Mientras el Apóstol ejercitaba su celo, Benedicto XIII desplegaba todos los talentos de un jefe de Estado, siendo cada día más el alma de su partido. Espléndido y teatral, tenía gran corazón, investía á los principes de derechos más ó menos imaginarios y recibía su pleito homenaje, del cual se proponía sacar buen partido cuando llegara el caso. Cuando el infante de Aragón salió de Sicilia para ir á ceñirse la corona, al morir su hermano Juan I, el Pontífice le recibió magníficamente, le otorgó la Rosa de oro, le hizo pasear la ciudad con gran pompa ostentándola y le confirió solemnemente la investidura de los reinos de Córcega y Cerdeña.

Consumado diplomático y muy decidor, más de una vez una palabra suya hizo fracasar las más firmes resoluciones, los planes mejor combinados de los gabinetes europeos. Los embajadores de Francia, á pesar de haber recibido órdenes terminantes y de estar ellos mismos dispuestos á tomar resoluciones decisivas, nada consiguieron de él, y aunque Juvenal de los Ursinos les acusa de haberse vendido, no puede creerse tal cosa atendido su carácter, sino que la elocuencia y la habilidad del Pontífice alcanzaban que desistieran de sus propósitos.

Toda esta fantasmagoria interesaba poco á Vicente Ferrer, y conservaba su independencia de religioso, hasta el punto que cuando los franceses se apoderaron de Aviñón y quedó la ciudad en entredicho, él celebró públicamente en la iglesia de los Celestinos, la cual había quedado libre como la iglesia de Regulares.

Tan afectado por el cisma como su antecesor, todos sus esfuerzos tendían á extinguirlo, esto es, á alcanzar la renuncia de Benedicto XIII. Éste creyó atraérselo más ofreciéndole obispados, pero fué en vano, y por fin un día, á impulsos de su genio teatral, le tendió un lazo. Al entrar en el Palacio recibió el Santo la orden de presentarse en el salón destinado á los actos oficiales, en donde halló reunidos á los cardenales, toda la Corte, los oficiales en traje de ceremonia y al Papa en actitud solemne. Sobre la gran mesa de mármol negro se destacaba un sombrero rojo en medio de los ornamentos que se usaban en la recepción de los principes de la Iglesia. Entró el Santo, y mientras esperaba en silencio que se presentase el elegido, se le aproximó el Pontífice, le tomó de la mano y le presentó á la concurrencia como el más digno de la púrpura romana. Todos se apresuraron á felicitarle: el Apóstol se sonrió y mientras

el Pontífice se disponía á ponerle el sombrero en la cabeza, volvió modestamente á su sitio y dejó sin terminar esta pequeña escena.

Sin embargo, no podía durar tan deplorable estado de cosas, habiéndose sucedido ya dos Pontífices en la sede de Roma después de Urbano XI (1), á saber, Bonifacio IX y Juan XXII.

Aunque adicta Francia al Pontífice de Aviñón, hacía cuanto le era posible para llegar á un arreglo, recurriendo á discusiones, Sínodos, embajadas. Pastor, comentando el papel de Francia en estos calamitosos tiempos, se muestra visiblemente parcial y malévoló: «Pueblo ufano con su nacionalidad, dice, poco accesible á las ideas de universalidad.»—Francia ha podido hasta nuestros tristes tiempos, no ufanarse, sino enorgullecerse con su nacionalidad, pero no puede dudarse de su espíritu de proselitismo, y el mismo Pastor se muestra más justo cuando habla de la propagación de la Fé vigorosamente impulsada por los Papas de Aviñón. Cuando dice que Carlos V exclamó un día: «Yo seré Papa», no es verídico; ni el carácter de Carlos V, según la historia, ni sobre todo el buen sentido francés, permiten creer tal chuscada. ¡Ah! cuando el Papa de Roma se apoyó contra Francia en nuestra mortal é inmortal enemiga, Inglaterra, Carlos V se vió obligado á defender su reino. Es falsa la imputación de que «los cardenales de Fondi obedecieron á la impulsión de Francia». Francia no vió con malos ojos la elección de Urbano VI, ni intervino para nada en la de Clemente VII. «Es la pasión del dinero, exclama Clémangis, y no la política de las nacionalidades la que produjo el gran cisma», y según el mismo Gayet, Pedro de Luna abandonó á Urbano VI porque no obtenía nada de él.

Cuando Pastor dice (sin razón) que «el Concilio de Pisa, obra de los cardenales *romanos*, estaba bajo la influencia francesa, porque al renunciar Francia á su Papa propio *por amor de la paz*, había prometido apoyar al Papa que de él saliese» hace resaltar, sin quererlo, el desinterés de Francia, desinterés que se mostró especialmente en las relaciones de Carlos VII con Martín V y Nicolás V.

Pastor, cuentista (un crítico más severo diría *chismoso*), no ha sabido deducir de sus datos una síntesis satisfactoria, porque le faltan las miras de conjunto. Según él mismo confiesa, no sabe de San Vicente Ferrer más que lo que le han enseñado Papebrock (los Bollandistas) y la *Revista del mundo católico*, lo cual prueba nuevamente la necesidad de las monografías completas. Héfélé, el histo-

(1) Debe ser Urbano VI. (N. del T.)

riador de los concilios, á pesar de ser alemán, aprecia con más justicia el papel de Francia en aquella época y la acción preponderante de San Vicente Ferrer en la extinción del cisma.

«¿En el caso en que Italia hubiese logrado llevar de nuevo allá al Papa legítimo, dice M. Noël Valois, se cree que el rey de Francia, olvidando las tradiciones de sus antepasados, hubiera pensado ni un solo momento oponerle alguna de sus hechuras? Esto sería desconocer la sincera piedad y la prudencia de Carlos V. Además; ahí están los hechos: Carlos V vió con sentimiento, pero no impidió, las salidas sucesivas para Italia de Urbano V y después de Gregorio XI... Francia no es el único autor de estos males y ha procurado con eficacia su remedio.»

En resumen, si fuera preciso sentar una comparación diríamos que las potestades civiles y especialmente Francia, desempeñaron un papel más noble y se inclinaron más hacia el bien de las almas que las potestades eclesiásticas. Lo mejor será dejar hablar á los hechos.

Cuando se dió la tiara á Benedicto XIII en 1394, participó éste en seguida su elección al rey de Francia, diciéndole que secundaría todos los proyectos que se consideraran conducentes á dar la paz á la Iglesia, y Gilles de Bellamira, que fué el portador de esta carta, aseguró al rey de parte de Benedicto que sólo había aceptado aquella dignidad para tener la gloria de poner término al cisma.

«El rey, que contaba con su buena fé, dice Forneri, le envió una embajada de las más solemnes que se han visto, á cuya cabeza iban su hermano el Duque de Orleans, con los de Berry y de Borgoña, acompañados de los obispos de Senlis, de Poitiers y de Arras, de muchos Caballeros y de los más eminentes Doctores. Fueron recibidos varias veces en audiencia por Benedicto, al cual instaron á que diera la paz á la Iglesia, renunciando á la tiara, según había prometido; pero Benedicto no temió ser perjuro y trapacero por conservar su dignidad. No hubo género de astucias á que no recurriera para eludir las apremiantes instancias que le hicieron, y fué tal su obstinación, que prefirió ver sustraídos de su obediencia á casi todos los cardenales y principes cristianos, sufrir mil males y correr muchos peligros, antes que inmortalizarse dando la paz á la Iglesia.»

Estrechado de cerca, protestó que estaba dispuesto á todos los sacrificios, incluso el de la vida, por el bien de la paz y se quejó de que sospechase de él Francia, á la que sacrificaba su tranquilidad. ¡Después hizo leer una especie de *factum* en el que proponía un conjunto de medios confusos, después de los cuales, si no tenían

éxito, se mostraba dispuesto á todo lo que se exigiera de él, con tal que fuese cuerdo, licito y conforme al bien de la Iglesia. Todo se discutió con paciencia; las negociaciones duraron dos meses; sus cardenales se avergonzaron por él y le pidieron con lágrimas en los ojos que cediese; pero el testarudo Pontífice se limitó á no consultarles más.

Todavía Carlos VI, de quien admira ver ocupar sus días lúcidos en este gran debate, reunió muchas veces en su Palacio á los Prelados y miembros más eminentes de la Universidad, y sabido es cuán célebre era entonces la Universidad de Francia, bastando citar los nombres de Gerson, Clémangis y Pedro de Aylli. Todo fracasó ante la obstinación de Benedicto XIII. El rey de Francia, afligido, gestionó cerca de Inglaterra, Alemania y Castilla, las que á su vez dirigieron sus instancias al Pontífice, pero todo fué inútil.

Por fin, en Mayo de 1398 se reunió en París un Concilio Nacional, al que fueron llamados doce Doctores, seis de cada partido, para que alegaran las razones que militaban en favor de cada uno, y el 28 de Julio, por la casi unanimidad de sus trescientos miembros, se acordó el abandono del antipapa. Sin embargo, antes de recurrir á la fuerza se le envió una nueva embajada, respondiendo esta vez con una rotunda negativa.

Ya no había que atender á consideración alguna, y en virtud del derecho que tiene toda sociedad á defenderse, ó más bien, á vivir, el 1.º de Septiembre se publicó en el puente de Aviñón el decreto negándole la obediencia. En seguida los cardenales, con excepción de tres, y la mayor parte de sus familiares abandonaron á Pedro de Luna y pidieron á Boneicant, hermano del célebre mariscal y también militar, que estaba veraneando en el castillo de Borbón, allí próximo, que fuera á protegerles.

Boneicant consultó al rey, el cual le dió órdenes afirmativas, pero secretas, y sin perder tiempo reunió sus tropas y, ayudado eficazmente por el Senescal de Beaucaire, bloqueó á Aviñón. Los habitantes, atemorizados, suplicaron al Papa que no les expusiera á los horrores de un sitio.—«Vuestra ciudad es fuerte y está bien provista, les respondió; yo haré venir tropas de Génova y de otros puntos y pediré á mi hijo el rey de Aragón, protector de la Iglesia, que venga á ayudarme. Os asustáis de poca cosa; id y guardad vuestra ciudad, que yo defenderé mi palacio.»

El sitio se llevó adelante vigorosamente. Los mismos cardenales excitaban al pueblo á sublevarse. «El 16 de Septiembre, dice una

crónica contemporánea, el cardenal de Neocastro (Neufchatel), instalado en el palacio episcopal como gobernador de la ciudad, recorrió ésta á caballo con su bastón de mando en la mano, su banda ceñida sobre la sotana, sin roquete ni palio», exhortando al pueblo á que se entregase á los franceses.

El Pontífice no se acobardó, antes bien se encerró en su palacio con 900 aragoneses mandados por su sobrino Rodrigo de Luna é hizo frente á sus enemigos.





CAPÍTULO XVIII

MISIÓN DIVINA

Vicente Ferrer abandona el Palacio Pontificio.—Ansiedades y agonía.—Visión celestial y resurrección.—«Adhuc expectabo te». —Misiones diplomáticas.—Carta de los jurados de Valencia.—Legado «á latere Christi».

(1398-1399)

El genio de las batallas se acomodaba bien á Pedro de Luna, encontrando en ello una especie de aturdimiento para sus íntimos pensamientos; pero su confesor, demasiado en evidencia para no ser responsable á pesar suyo, no podía aprobar una situación tan anormal, y cuando vió que estaba á punto de correr la sangre, derramada por manos consagradas, se retiró á su convento.

Naturaleza sensible, sin embargo, viéndose acusado de haber absuelto á Judas, se inclinó bajo el golpe, al mismo tiempo que esta deserción, que pudiera considerarse como un crimen de lesa amistad, los males de la Iglesia y la ofensa que se hacía á Dios, no le dejaban un momento de tranquilidad.

¡Imagínese esta situación, ó más bien este martirio! A medida que transcurría el tiempo, se evidenciaban por todas partes los funestos efectos del cisma, y por una lógica no menos terrible, se afirmaba la convicción en ambos partidos, sin que logran cosa alguna las más leales discusiones. Vicente Ferrer creía en la legitimidad de Benedicto XIII, y era demasiado sincero para no decirlo en alta voz, pudiendo hasta presumirse que lo sabía por revelación; pero no por

eso dejaba de apremiar á su terrible penitente para que cediera en bien de la paz. No cabe duda que á semejante intimación, un poco demasiado viva, el obstinado Pedro de Luna respondió: «Si soy el verdadero Papa, lo demás es cuenta mía», y continuaba prevaliéndose de su presencia, si no de sus consejos. Del mismo modo, cuando de la parte de Francia venían nuevas tentativas ó nuevas amenazas, cuando se oía hablar de deserciones, de apostasias, de herejías nacientes, ¡cuántas veces, sea por cansancio ó por cólera, y á pesar de la evidente injusticia de tal proceder, caían sobre el pobre Santo alusiones ó amargos reproches que le hacían más abrumador el sentimiento de su responsabilidad!

Y estos tormentos interiores le siguieron á su retiro. ¡Cuán largo debió de parecerle aquel sitio!, ¡con qué fuerza herirían de rechazo su corazón sus diversas peripecias! Sin duda fué entonces cuando se realizó lo que se ha dicho en alguna ocasión, esto es, que el demonio le atormentaba por las noches con terribles pesadillas. Cuando al fin lograba hallar en el sueño el descanso largo tiempo esperado, el ángel de las tinieblas hacía brotar en su cerebro no sé qué espantosas alucinaciones. ¡Y la causa de tantos males era él mismo, él, que tenía tanto imperio sobre los espíritus! Tal olvido parecía irreparable, tal acto, poco meditado, debía tener las más fatales consecuencias.— ¡Y esto se presenta con una implacable claridad, y los hechos se agrupan y la duda mortal se enciende como una linterna siniestra! ¿Quién sabe si toda su vida no es más que un tejido de falsas miras, de incalificables presunciones, y si su impotencia, demasiado visible, es el castigo merecido?—Al sentirse asaltado por estos negros fantasmas, arde su cabeza, le invade un sudor copioso, y su alma, enloquecida, se agita en una sombría tempestad. Es la hora terrible del huerto de los Olivos.

El organismo se debilita á los golpes repetidos del dolor, declárase una fiebre abrasadora y hubiera seguido á ella la extinción de la vida, si Dios, que sólo templaba así esta alma en las aguas de la amargura para hacer de ella un instrumento poderoso de resurrección, no hubiese alejado la muerte. El mismo Santo refiere este conmovedor episodio en una carta apologética que dirigió á Benedicto XIII en 1412.

«Hace unos quince años, un religioso (es él mismo á quien se refiere), enfermo de peligro, rogaba á Dios con fervor que le devolviese la salud, á fin de que pudiera seguir predicando la palabra divina, y he aquí que durante su plegaria y medio adormecido, se

AVIÑÓN



Curación milagrosa de SAN VICENTE FERRER
en el convento de Aviñón,
según una estampa antigua.

le aparecen Santo Domingo y San Francisco, de rodillas, dirigiendo también á Dios fervientes súplicas. A sus ruegos baja Cristo con ellos hácia este religioso enfermo, y tocándole familiarmente la mejilla con su divina mano, le confió mentalmente, pero de una manera muy clara (manifiesta), la misión de ir á predicar por el mundo, á imitación de los dos Santos que le acompañaban, dándole á entender que esperaría los resultados de esta predicación antes de la venida del Antecristo. Al contacto de la divina mano, se despertó el religioso completamente curado de sus males. La Providencia se ha dignado confirmar esta misión divinamente conferida á este religioso y desempeñada por él con todo su corazón» (1).

Los escritores aviñonenses se complacen en referir este suceso, que asombró á todo el mundo. Por lo demás, la curación fué tan rápida, que no le quedó nada de eso que acompaña á la convalecencia, ni palidez, ni fatiga, ni entorpecimiento de miembros. Esta curación milagrosa tuvo lugar el 3 Octubre de 1398, é inmediatamente se esparció la noticia de ella. Sorprendióse Benedicto XIII al ver entrar en su palacio al Santo, ágil y en completa salud, cuando esperaba de un momento á otro la noticia de su muerte. Vicente Ferrer le pidió permiso para empezar sin demora la misión divina que le acababa de ser confiada; pero el Pontífice creyó que debía retardar su ejecución, y á pesar de la orden formal que habia recibido de lo alto, y aunque estaba seguro contra toda ilusión por un milagro, el Santo obedeció, y Jesucristo, que ama á los humildes y prepara la victoria á los que obedecen, se sometió también acordándose de sus palabras: «te esperaré todavía».—Y es que la Iglesia lo es todo aquí en la tierra en el orden divino, y ningún trabajo da fruto para las almas, sino mediante su influencia y su bendición.

Entretanto la ciudad habia abierto sus puertas á los franceses, y Benedicto XIII, encerrado en su castillo, continuaba la lucha, viéndosele á menudo en la brecha, en la que un día fué herido por un proyectil. Boncicault y Rodrigo de Luna rivalizaban en valor. El Pontífice pidió socorros al rey de Aragón, el cual no se atrevió á indisponerse con Francia, pero dejó á sus súbditos en libertad para tomar parte en la lucha, y habiendo ido en auxilio del Pontífice un cuerpo de aragoneses á sueldo de Pedro Sagarriga, arzobispo de Tarragona, fué hecho prisionero, al desembarcar, por el Senescal de Beaucaire.

(1) Véase el Apéndice.

Empezándose á sentir el hambre, después de cuatro meses de heróicos esfuerzos, envió Benedicto XIII secretamente á los tres cardenales que le quedaban fieles, á llevar al enemigo proposiciones de paz, y Boncicault les hizo prender. Entonces una carta patética, como sabia escribirlas Pedro de Luna, influyó eficazmente en el espíritu del rey, que con pena habia ordenado el sitio, y estalló ese sentimiento de que habla Du Boulay: «Al tener estas noticias, muchos que antes se indignaban, se compadecieron en su corazón del afligido Pontifice.»

El carácter caballeresco de este Papa impresionaba el temperamento francés, y hasta la fé se alarmó por tener prisionero á un Pontifice que, después de todo, podia no ser un intruso, sino el verdadero Vicario de Jesucristo, defendiendo su causa en el seno de la Universidad, Gerson y Clémangis. Este último sostuvo con gran elocuencia que la sustracción de obediencia habia introducido el desorden por todas partes, y que, además, toda concesión arrancada por la fuerza llevaba en sí el sello de nulidad. Boncicaut recibió orden de limitarse á tener cercado el castillo; pero considerando las cosas sólo como soldado, exigió 18.000 florines por el rescate de cada uno de los cardenales, y luego saqueó sus casas. Mientras se negociaba, uno de ellos intentó fugarse disfrazado, pero fué reconocido y murió en la cárcel.

Benedicto XIII, por el contrario, magnánimo y siempre pronto á aprovecharse de las faltas de los demás, puso en libertad á todos los prisioneros que habia hecho durante el sitio. Mientras duró el cisma hubo muchas defecciones, pasándose de una á otra obediencia al menor motivo de descontento, y al paso que por parte de Roma se excomulgaba á los tráfugas, Benedicto XIII dió órdenes y todos los poderes necesarios para que se les recibiese con los brazos abiertos, conducta que se vieron obligados á imitar sus rivales.

Así transcurrieron muchos años. Fiel en sus amistades, Vicente Ferrer, ya restablecido, fué de los primeros en dar al Pontifice las mayores pruebas de su afectuosa simpatía. Sólo un estricto deber de conciencia le habia obligado á alejarse; pero por orden suya se habia quedado su hermano Bonifacio y á éste fué á quien Benedicto XIII confió el encargo de llevar al rey la carta que hizo caer las cadenas de hierro y de fuego con que Boncicaut tenia cercado el Palacio Pontificio. Sin embargo, no volvió á desempeñar sus antiguas funciones, de las que le habia relevado Benedicto XIII, confiando la dirección de su conciencia al carmelita Jerónimo de Ochoa.

Sin otorgarle expresamente licencia para marcharse, dejó á Vicente Ferrer predicar en Cataluña y hasta le confió misiones diplomáticas cerca del nuevo rey D. Martín; hecho que instintivamente suponen los antiguos biógrafos, pero que enuncian de una manera vaga y tímida, sin consignar fechas precisas. No debe sorprendernos que haya aún alguna duda respecto al itinerario de su viaje, en una época de funestas revueltas, bastante parecidas á un mar tempestuoso sobre el cual no deja el buque estela alguna.

Entre estas misiones diplomáticas, la principal fué la encaminada á conseguir la libertad de Benedicto XIII, al que Boncicaut, obediendo rigurosamente su consigna, guardaba en prisión, soportable, pero prisión al cabo. El rey de Aragón entabló sin éxito negociaciones oficiosas primero y luego oficiales, y por fin envió á un agente resuelto con orden expresa de procurar la evasión del Pontífice. El agente estudió el terreno, observó las personas, y luego, de acuerdo con Francisco de Aranda, diplomático que se había hecho cartujo, y á quien Bonifacio Ferrer había dejado en su lugar y empleo en el Palacio, hizo abrir una brecha en la pared de Nuestra Señora de los Doms, convento contiguo al castillo, por la que salió Pedro de Luna en la noche del 12 Marzo de 1403, llevando consigo una carta muy afectuosa del rey y la Sagrada Eucaristía.

Llegó sin obstáculo á Chateau-Renard, á diez kilómetros de Aviñón, en donde celebró Corte Pontificia, y escribió al rey participándole su evasión, volviendo á recobrar todo su prestigio. Cuando los cardenales rebeldes fueron á implorar su perdón y el rey Luis de Nápoles á felicitarle, los recibió con una soberbia dignidad: era verdaderamente el amo, es decir, que la superioridad de carácter y la fuerza de voluntad hacían olvidar sus volubles debilidades.

Le suplicaron que volviera á entrar en Aviñón, pero no consintió en ello, y anduvo algún tiempo errante por Provenza, visitando Carpentras, Marsella, Tarascón, deteniéndose en pueblos insignificantes y procurando rodearse de la aureola que acompaña á los grandes fugitivos.

Sus peregrinaciones posteriores pertenecen á la historia cronológica del cisma: ya le volveremos á encontrar en Perpiñán con Vicente Ferrer.

Éste había recibido entretanto la siguiente carta, que pone en claro á la vez su persistente adhesión á la corte de Aviñón y su relativa libertad de acción:

«Al muy honorable doctor en teología Maestro Vicente Ferrer, de la Orden de Predicadores, en Aviñón ó donde se halle.

»Mucho nos complacería, muy querido amigo y honorable Maestro, que vuestra gran bondad, sobre todo ahora que os veis desembarazado del Papa (*sic*) os indujera á buscar la ocasión de satisfacer el deseo de volver á vuestro país, del que hace tanto tiempo que estáis ausente. Creemos que debéis abrigar ese deseo por tres razones: en primer lugar, para respirar el aire natal con el que adquiriríais nuevas fuerzas; luego, para volver á ver á vuestros hermanos, vuestros padres y vuestros amigos, todos los cuales, en especial el que por amor á Dios quiere seguir vuestras huellas (se refieren á Bonifacio Ferrer que había vuelto á Valencia) se regocijan con la idea de veros; finalmente, para bien de vuestro convento, que hace tiempo está escaso de religiosos.

Podríamos añadir otra razón, y es nuestro deseo general y particular de gozar de vuestra presencia.

Dignaos, pues, venir sin más demora, dejando á un lado cualquiera otra cosa que os ocupe, pues, Dios mediante, será vuestra venida un gran bien para nosotros y motivo de alegría universal. Además, ponemos á vuestra disposición todo lo que pueda seros grato. Venid lo más pronto posible y que la Santísima Trinidad os tenga en su santa guarda.

«Los Jurados de Valencia, dispuestos en vuestro servicio.

»Valencia 20 Agosto 1399» (1).

No accedió entonces el Apóstol al deseo de sus paisanos. Cuando se convenció de que su permanencia al lado del Pontífice no servía más que para agravar la respectiva responsabilidad, reiteró su demanda, á la que por esta vez no pudo negarse Benedicto XIII. Pero conociendo que el porvenir de su tiara estaba al otro lado de los Pirineos, quiso consolidarlo ofreciendo á Vicente Ferrer el obispado de Valencia, vacante desde 28 de Mayo de 1396, vacante que tenía ya su explicación, pues no ignoraba el Pontífice cuánto amor profesaba su amigo á su hermosa patria, ni la alegría con que en ella sería recibida tan acertada elección.

Pero como no era esta su vocación, no titubeó el Apóstol, por más que Valencia y el bien de las almas fueran sus afecciones predilectas. Tenía cuarenta y ocho años. ¿No era el momento de asentar definitivamente su existencia en un laborioso descanso? Tal vez

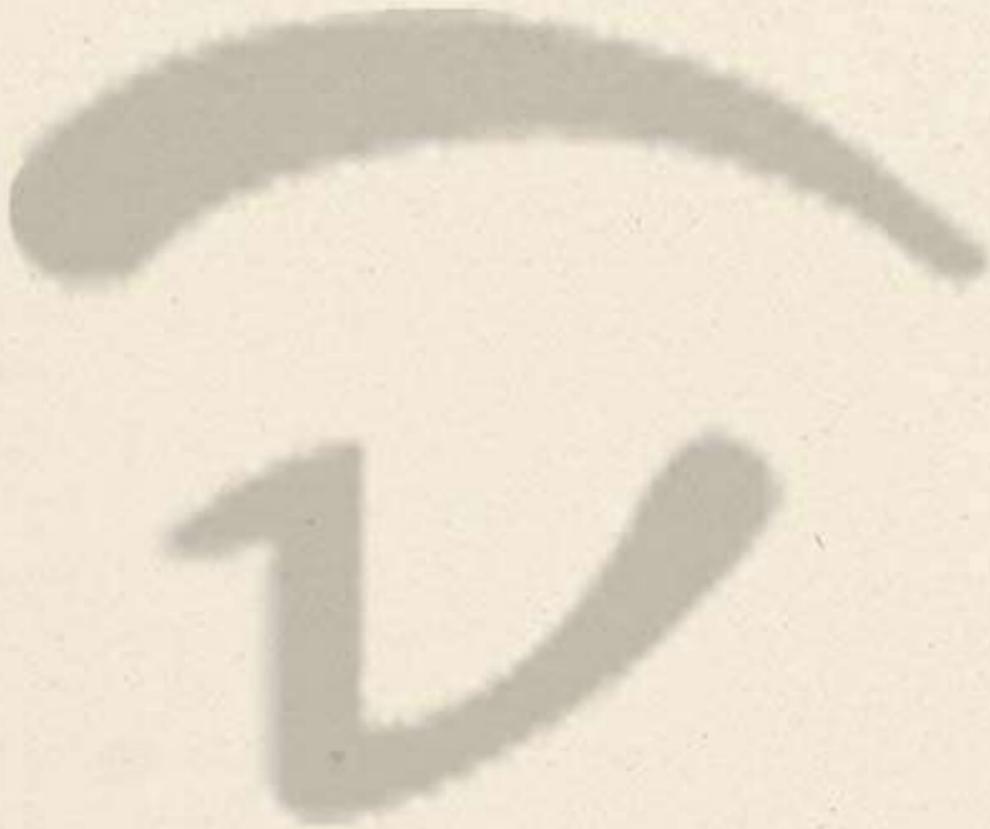
(1) Teixidor.

hubiera sido prudente y al parecer legítimo, abandonar un campo agitado en el que no se veía camino seguro. Pero evidentemente el Santo, á través de todas las peripecias exteriores y todas las impresiones personales, seguía siempre los consejos de ese adorado Maestro que le hablaba en su interior, no siendo su milagrosa curación más que una prueba hermosa y patética de estas comunicaciones íntimas.

El 22 de Noviembre de 1399, provisto de todos los poderes de que dispone la Iglesia, inauguró nuestro Santo su verdadera misión con el título más que humano de legado á *latere Christi*, poderes de atar y desatar, de los que se sirvió con frecuencia, nueva prueba de que creía en la legitimidad de Benedicto XIII. Pero partía con la pena de dejarle más aferrado que nunca á una obstinación que podía poner en peligro la Iglesia.

«Desde entonces, dice un autor contemporáneo, empezó esas correrías de las que cada una era un milagro, cada palabra una victoria para el cielo.» Apenas le quedaban veinte años de vida, pero esos veinte años han sido para el mundo siglos de existencia. Todavía vivimos.





SEGUNDA PARTE

APOSTOLADO

(1400-1409)





CAPÍTULO PRIMERO

APOSTOLADO EN PROVENZA

Estado de Europa. — La obediencia Aviñonesa. — Las naciones vivas. — El Condado «Venaissin». — El precio de los comestibles. — En el país de los Apóstoles. — Arlés: plaza Ballechou. — Sisteron. — Aix. — Marsella: Consejo municipal comprometido. — Los Acoules.

(1399-1400).

VERDADERO plenipotenciario divino, tuvo Vicente Ferrer que entenderse con todos los gobiernos de su tiempo, y muchas veces trató con ellos de potencia á potencia: conviene, por lo tanto, bosquejar el estado general de Europa en el momento de empezar su carrera de Apóstol.

Tocaba á su fin el siglo XIV; el gran cisma de Occidente extendía más que nunca sus estragos; el Papa de Roma, Bonifacio IX, llevaba once años de Pontificado; Benedicto XIII, el Pontífice de Aviñón, seis. Roberto de Baviera estaba al frente del Imperio; Aragón tenía por rey á D. Martín, fiel amigo de Vicente Ferrer; su hijo gobernaba la Sicilia. En Castilla reinaba Enrique III, hermano de ese Fernando de Castilla, á quien veremos más tarde, bajo la influencia de nuestro Santo, dar su asiento definitivo á la nacionalidad española. En Navarra Carlos el Noble; en Portugal Juan I; el rey Ladislao ocupaba el trono de Nápoles. Francia, con su pobre rey Carlos VI, luchaba con Inglaterra, la cual, por muerte de Ricardo II, tenía por rey á Enrique de Lancaster, IV de este nombre. El Duque de Borgoña era un vasallo de Francia, á veces temible, que por su matrimonio con Margarita de Flandes había llegado á ser uno de los más

poderosos príncipes de la cristiandad. Roberto III era rey de Escocia; Wenceslao VI, rey de Bohemia; Ladislao V, rey de Polonia; Segismundo, hijo del Emperador Carlos IV, rey de Hungría; Galeazo Visconti gobernaba el Milanesado. Nápoles, que hace un papel importante en la historia del cisma, tenía por rey á otro Ladislao. Finalmente, Juan VI, llamado el Bueno y el Prudente, acababa de tomar posesión de la Bretaña con su mujer Juana de Francia, hija de Carlos VI, piadosa princesa que amortajará á nuestro Santo con sus reales manos. Génova pertenecía á Francia; Andalucía y Granada á los moros, cuyo rey Mahomed Aben Balva, aunque musulmán, llamó á su corte á Vicente Ferrer, en vista de las maravillas que la fama contaba de su apostolado.

Aunque Vicente Ferrer era legado *a latere Christi*, esto es, investido por el mismo Dios de una potestad sin límites, se limitó á evangelizar los países que estaban bajo la obediencia Aviñonesa, porque tenía demasiada discreción y tacto para obrar de otro modo. Pero si se considera que sólo estos países han resistido la acción disolvente de la Reforma, se comprenderá que debió penetrar en ellos un día más profundamente que en otros la luz y la verdad; y si se busca la fuente de donde manaron esas oleadas de vida que nada ha podido agostar, se la encontrará en el apostolado de Vicente Ferrer.

Es un hecho que en la época del gran cisma, Francia, España é Italia estaban tan contagiadas como el resto de Europa, pues lo mismo en ellas que en las demás naciones había dejado en las almas la peste negra ese egoísmo brutal que no reconoce ni aun los derechos de la naturaleza. Pero es también un hecho que los gérmenes de resurrección que quedaron en ellas han podido desarrollarse en los tiempos tranquilos, hasta el punto que la línea de demarcación que limita el apostolado de nuestro Héroe, limita igualmente los países católicos, esto es, verdaderamente civilizados.

Él salió de la ciudad de los Papas el 22 Noviembre de 1399. «Nuestra Santa Madre la Iglesia, dice en uno de sus sermones, celebra hoy la fiesta de una gloriosa virgen y mártir, Santa Cecilia, sobre la cual versará mi discurso, no tan sólo á causa de esa doble cualidad de virgen y mártir, sino también porque en este mismo día empecé á predicar por el mundo y á dar á conocer mi legacia *a latere Christi*.»

Los acontecimientos que habían tenido lugar últimamente perturbaban en gran manera nuestras provincias del Mediodía. ¿En el

rompimiento de Francia con Pedro de Luna, debía verse sólo un acto político, ó alcanzaba también éste al dominio de la conciencia?—Sólo un hombre podía contestar á esta pregunta.

Carpentras era entonces la capital del Condado *Venaissin*, que es sabido pertenecía al Papa, y allí dirigió sus pasos Vicente Ferrer. Los sindicos fueron á ofrecerle regalos á su llegada, como acostumbra á hacerse con personas distinguidas, y sus hermanos los Dominicos le trataron magníficamente, sirviéndole un hermoso lenguado que habia costado seis (liards) ochavos, el jornal de un hombre. El estudio de estos tiempos remotos presenta un doble atractivo: el precio comparativo de los alimentos y la formación de los idiomas.

Un sermón predicado por él el 24 Diciembre atrajo á la iglesia de los Dominicos un concurso inmenso, viéndose en el auditorio al obispo Juan Filheti y toda la magistratura, á cuya cabeza figuraba el Rector del Condado *Venaissin*, Alzirino. La diligencia de los dignatarios, así eclesiásticos como civiles, en acudir á los sermones del Maestro Vicente, dió bien á entender que todos esperaban de él la pacificación de los espíritus. Esta fué completa, acatándose su autoridad. La importancia del lugar y la gravedad de la situación le hicieron prolongar su permanencia en Carpentras hasta el 12 Enero. Los Dominicos le consagraron después de su canonización una capilla en su iglesia, convertida hoy mitad en teatro y mitad en almacén.

Pero para llevar sin desmayos el peso de semejante apostolado tenia él mismo necesidad de ayuda, y felizmente se encontraban en su camino santuarios de apóstoles en donde podía templar de nuevo su valor. Cuando el Maestro envió sus discipulos á la conquista del mundo, una buena parte nos tocó á nosotros, que en cambio debiamos ser los mejores apoyos de su Iglesia, reservándonos sus más caros amigos: Magdalena, Marta y Lázaro. Y él fué sin duda quien nos los envió, pues embarcados en un débil barquichuelo sin medio de dirigirle, el soplo de lo alto le hizo abordar á nuestras playas.

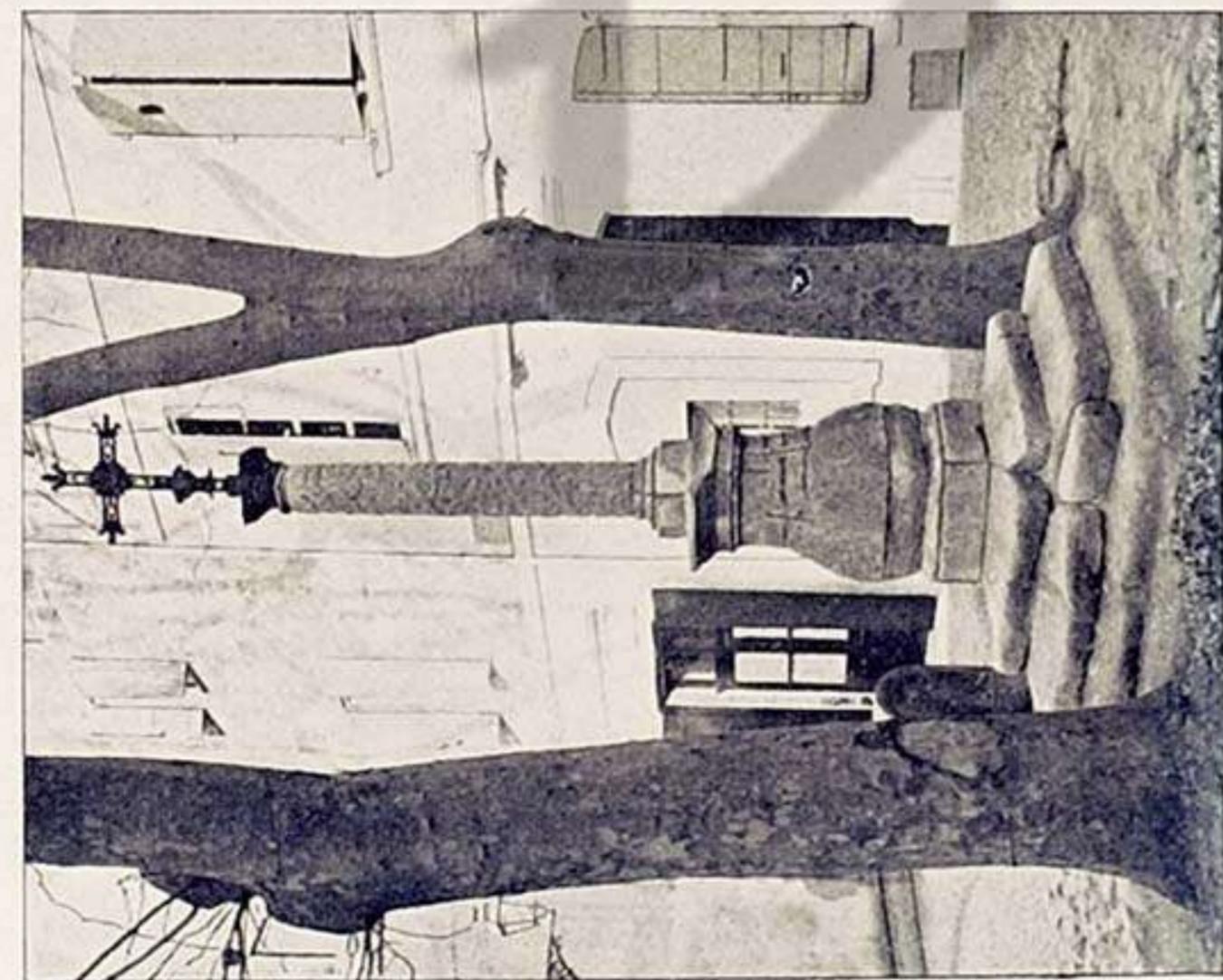
Todo el mundo ha leído las tiernas páginas que el P. Lacordaire ha dedicado al Santo Bálsamo, gruta en «la que todavía llora Magdalena». En efecto, de tiempo en tiempo cae de la bóveda, como una lágrima, una gota de agua triste y sonora. Tarascón, consagrada al culto de Santa Marta, ha podido enviar á nuestras exposiciones la imagen monumental del mónstruo de que la libró la virgen de Bethania, y los Dominicos guardan con piadoso cuidado el recuerdo de San Lázaro y San Maximino, á la par que las reliquias de aquella que la liturgia llama *el Apóstol de los Apóstoles*, porque fué la encar-

gada de anunciar á Pedro y á sus hermanos la resurrección de su Maestro común.

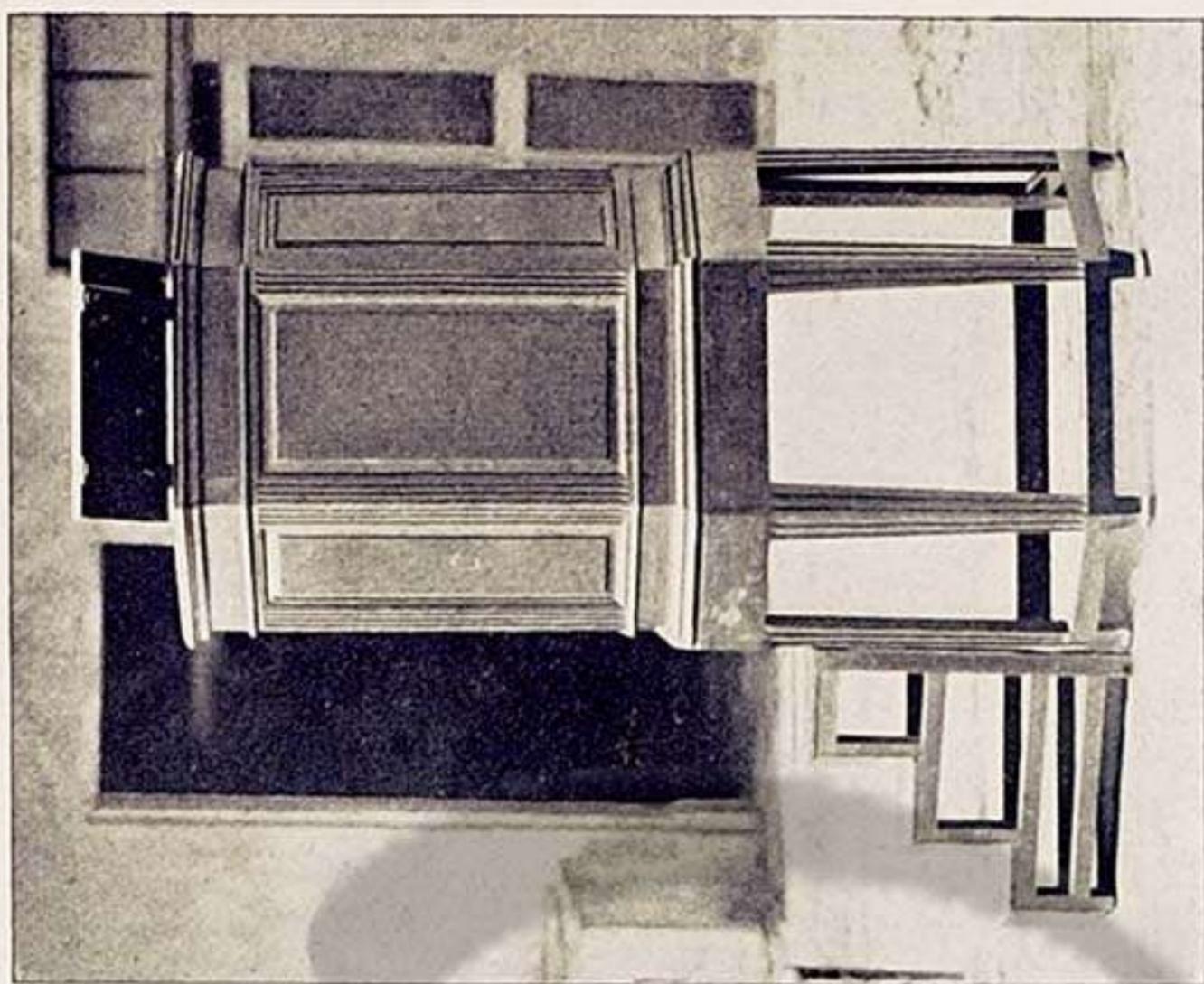
Un ciudadano de Arlés ha transmitido á la posteridad, en su lengua vulgar, las impresiones que experimentó cuando Vicente Ferrer se presentó en dicha ciudad, y, según él, nadie desde los Apóstoles ha predicado con tanta nobleza y autoridad. Delante de la iglesia de San Trofimo se extiende una plaza que hasta 1883 se llamó de San Vicente Ferrer y hoy se llama Plaza Balechou: hay nombres que son justicias. Una cruz de granito por cuyo fuste serpentea una guirnalda de hiedra está allí hace cinco siglos esperando á su vez el martillo de los demolidores. La iglesia levantada en otro tiempo en honor del Santo ya no existe; pero las religiosas Agustinas, encargadas del hospital, poseen aún el púlpito en que predicaba, el cual es portátil, cuadrado, sin adornos, de madera de cerezo ú otra parecida: es la forma de los antiguos púlpitos, los cuales se encuentran en veinte partes, todos iguales. Estos muebles se manejan fácilmente y no afean un estrado.

Vicente Ferrer encontraba en nuestro Mediodía miembros de su familia: muchos Ferrier, todos oriundos de España, como nuestro Santo, han ocupado la silla episcopal de Arlés, y otros han adquirido fama en las carreras civiles. Las ciudades que evangelizaba tenían entonces una importancia de la que hoy carecen; Arlés ha sido, no sólo la cabeza de un arzobispado, sino la capital de un reino: Sisterón, á donde le seguiremos en breve, fué Obispado hasta 1801; y su historia, escrita por un hombre que tenía la conciencia del pasado, ha merecido ser premiada por nuestras Academias. «Después de prolongados desórdenes, dice M. de la Plane, uno de los mayores beneficios de sus misiones que, como es sabido, se extendieron por una gran parte de Europa, fué la aproximación de los espíritus, *rancores et malevolentias tollendo*, según la original y enérgica expresión de nuestras crónicas. Los mismos guelfos y gibelinos no pudieron resistir su ascendiente al presentarse el humilde Fraile Predicador, y suspendieron momentáneamente sus sangrientas é interminables contiendas.»

En efecto, si alguna duda nos quedara acerca de la acción regeneradora de nuestro Héroe en aquellos difíciles tiempos, no habría más que ver las actas de los acuerdos del municipio de Sisterón. Los síndicos resuelven costear á Vicente Ferrer y los que le acompañan todos los gastos que ocasionen, «en atención á los servicios que ha prestado á dicha ciudad de Sisterón y á toda la cristiandad,



Cruz de SAN VICENTE,
erigida en su tiempo en la plaza que llevaba su nombre,
llamada hoy *Plaza Balechón*.



Púlpito portátil de SAN VICENTE FERRER, conservado
en el refectorio de los Agustinos,
según cuyo modelo se construyeron todos los demás.

haciendo desaparecer estos *rancores et malevolentias*, y por una infinidad de otros servicios».

Es verosímil, como afirma el abate Grangé, que ha recogido los recuerdos referentes á las iglesias del país, que el Apóstol evangelizase en Cavaillon y en Apt, pero no tenemos la prueba de ello. No sucede lo mismo respecto á Aix, en Provenza, de donde llega hasta nosotros la voz de las municipalidades, gracias á cronistas fieles y eruditos serios que no han querido dejar en olvido hechos y tradiciones tan honrosas para la Metrópoli eclesiástica de nuestras provincias meridionales.

«Nuestra provincia, dice la *Historia cronológica de Provenza*, fué visitada por ese santo é ilustre personaje de la Orden de Santo Domingo, Vicente Ferrer, que llevaba consigo, como el Hijo de Dios, miles de personas. En los documentos antiguos de los Hermanos Predicadores de la ciudad de Aix se lee que estuvo tres veces en esta ciudad; la primera del 27 Octubre al 1.º Diciembre del año 1400; la segunda del 3 al 10 Enero del siguiente año 1401, en cuya fecha se consigna en el *Libro de cobros y pagos* del convento: «Recibido de los nobles señores syndicos dos florines dados por amor de Dios con motivo del Maestro Vicente Ferrer.» La tercera en 1408, habiendo permanecido sólo un día, el 23 Octubre.

»En ocasión de cuyas visitas, los Religiosos de este convento hicieron construir una capilla y dispusieron un altar en honor suyo inmediatamente después de su muerte. Y nosotros hemos visto, aun en nuestros días, en el dormitorio de este convento, una efigie en madera, del Santo, hecha probablemente en aquel tiempo, con un gorro en la mano.»—De donde se deduce que llevaba habitualmente su gorro valenciano de lana negra. No quiere esto decir que le fueran desconocidos los sombreros, pues existen dos por lo menos que le pertenecieran, uno en Salamanca y otro en Lyon.

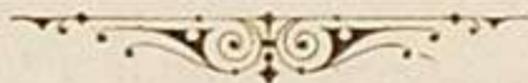
«Esta imagen, añade de Haitze, cronista de la ciudad de Aix, representa al Santo de pie apoyándose en un bastón con la mano izquierda y sosteniendo con la derecha una antorcha, de la que sale un papel arrollado con una inscripción latina que dice que el fin del mundo está próximo. *Finis venit universae carnis*. Este era ordinariamente el tema de sus sermones.» Vicente Ferrer predicó en Aix, en la catedral de San Salvador; pero la última vez, como las iglesias no podían contener á la multitud, reunió á los fieles *ad prædium bellicosum*, dicen los manuscritos, lo cual se ha traducido naturalmente por *Prado de Batallas*; probablemente sería un campo de Marte.

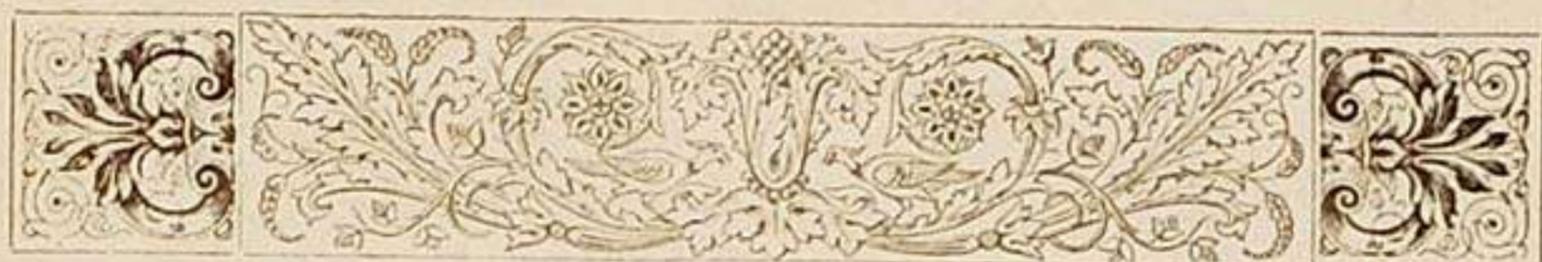
También Marsella vió muchas veces al Apóstol en su recinto, habiéndoselo disputado las dos grandes ciudades durante los dos años 1400-1401. Pero no disfrutaron exclusivamente de su presencia, pues acostumbraba á predicar en todos los pueblos y villas y hasta en las más pobres aldeas. Sin embargo, un día fué sin detenerse desde Aix á Marsella, porque acababa de llegar el Papa á la ciudad Focense. «Estando en esta ciudad el antipapa Benedicto XIII, fué visitado por San Vicente Ferrer, que seguía al principio su partido, habiendo venido este gran Santo expresamente para verle el 1.º Diciembre de 1400.» Así se expresa la *Historia de Marsella*, escrita en el siglo XVII por Antonio de Ruffi.

En efecto, una vez libre después de su evasión, Benedicto XIII creyó que debía avivar con su presencia el celo de sus partidarios.

Marsella tenía también un convento de Dominicos, cuyos registros pudo compulsar uno de nuestros hermanos, transmitiéndonos noticias muy precisas. La primera estancia del Apóstol en Marsella duró hasta el 29 de Diciembre, es decir, todo el Adviento y las fiestas de Navidad. Volvió el 17 Marzo y predicó hasta el miércoles de Pascua, 6 Abril. En honor suyo hicieron los Consejeros municipales un donativo al convento de diez medidas de trigo, y, cosa más grave, el 30 de Marzo se comprometieron á participar de la comida de los monjes, todo en honra del Maestro Vicente.

El piadoso viajero que busque en Marsella los escasos recuerdos del pasado, puede ver en una altura un antiguo campanario gótico, que es todo lo que resta de la Colegiata de los *Acoules*, á cuyos muros se adosaba el púlpito, desde el cual predicaba Vicente Ferrer. Allí, como en todas partes, ningún templo podía contener la multitud, cada día más ansiosa de oírle. A pesar de las sucesivas transformaciones del barrio, aun puede uno formarse idea de lo que sería el auditorio, río humano inmovilizado sobre estas pendientes y cuyas olas se extendían hasta perderse de vista.





CAPÍTULO II

PROVINCIAS ALPINAS.—LOMBARDÍA

Carta de Vicente Ferrer á su General.—El valle impuro.—Santo Oriente y Gran Oriente.—La Gran Cartuja.—El joven Bernardino de Siena.—La comunión de los Santos.—Plasencia: Chauvinismo italiano.—Los diablos ermitaños.

(1401-1403).

Los dos años siguientes los empleó en evangelizar el Delfinado, la Saboya y nuestros valles alpinos, espacio de tiempo que no es sin duda muy largo. Hacia dos siglos que los valdenses habian logrado imponer á estas poblaciones sencillas sus capciosos errores y se llamaban los Cátaros ó *puros*. Así nos presenta la historia algunos titulos que se dan á sí mismos los pretendientes reformadores, bastando para conocer su verdadero sentido tomarlos en la acepción contraria.

El Apóstol nos describe su apostolado en una carta dirigida á su General, Juan de Puynoix, carta que éste conservó como una reliquia, colocándola en un precioso relicario cuando Martín V le nombró obispo de Catania. Todavía existe, y la he visto en su envoltura de plata; pero desgraciadamente no es más que un jirón respetable, cuyo examen seria imposible. He seguido, corrigiéndolo, el texto de Honorato Bouche en su *Historia de Provenza*, y en ella, á través de todas las perifrasis y las manifestaciones de la humildad, penetra fácilmente el pensamiento en los tristes misterios del mal que tuvo que curar Vicente Ferrer.

«Muy Reverendo Padre y Maestro.

»A causa de mis muchas ocupaciones no he podido aún escribir á vuestra Paternidad, como era mi deber. La verdad es que desde vuestra partida de Romans hasta hoy he tenido que cantar misa todos los dias y predicar dos y tres veces, de modo que apenas me quedaba el tiempo necesario para trasladarme de un punto á otro, la comida y el sueño; y eso que preparo mis sermones mientras voy de camino. Pero á fin de que no achaquéis mi silencio á negligencia ó falta de respeto, he quitado cada dia algunos minutos á mi trabajo ordinario, durante muchas semanas y aún meses, para deciros á lo menos el camino recorrido.

»Después de dejar la última vez á Romans, prediqué durante tres meses consecutivos en el Delfinado, recorriendo las ciudades y pueblos que no había visitado y volví, para confirmarlos en su fe, á esos famosos valles de la diócesis de Embrún, llenos en otro tiempo de herejes, llamados el uno Lucerna, el otro Argentina y el tercero, que era el peor de todos, *Valpure* (Valle pura). Varias veces me habian pedido de palabra y por escrito que pasara á Lombardia y allí he predicado durante trece meses, tanto en el país de vuestra obediencia, como más lejos, por ejemplo, en todos los dominios del Marqués de Monferrato, á cuyas instancias no creí que debía resistir, en los que he encontrado muchos valles infestados de Valdenses y Cátaros.

»Recorri después la diócesis de Turin, visitando por orden cada una de las localidades y predicando la verdad católica en contra de los errores en que estaban sumergidas estas buenas gentes. Gracias á Dios, han recibido la sana doctrina con un fervor y un respeto que conmueven, cooperando el Señor con su divina gracia á mis palabras y dignándose confirmarlas» (por medio de milagros). Lo cual nos consta, aunque él no lo dice.

»He observado que todos estos errores, todas estas herejias procedian principalmente de la falta de predicadores, pues hace treinta años que no les habia visitado ninguno, como no fueran los heréticos Valdenses, que iban de Aquilea dos veces al año. ¡Qué responsabilidad, venerable Maestro, pesa sobre los Prelados y los que por su profesión están obligados á predicar!, los cuales, ¡ah!, prefieren estar en las grandes ciudades, en donde tienen buenas habitaciones con todas las comodidades, mientras se pierden las almas por las que murió Jesucristo. Ellos mueren también por falta de pastor espiritual: no hay quien parta el pan á los pequeñuelos; la cosecha es abun-

dante, pero faltan segadores, por lo cual ruego al Señor del campo que envíe operarios.

»Respecto al Obispo herético que he encontrado en uno de estos valles llamado Luferia (Loforio), habéis de saber que quiso conferenciar conmigo y se ha convertido, y lo mismo digo de los Colegios de Valdenses del valle de Engroya (Val d'Angrogne), los cuales han desaparecido: los Cátaros de Vallpont han renunciado á sus abominables supersticiones; los herejes del valle de Lanz (ó Guini), refugio de los asesinos del bienaventurado Pedro mártir, me han recibido bien; han desaparecido las facciones; los Guelfos y Gibelinos han hecho las paces, firmándose tratados de amistad. En cuanto á otras cosas difíciles de narrar, que Dios se ha dignado realizar para gloria suya y bien de las almas, nada digo por el momento, si no que sea bendito en todo y de todo.

»Después de pasar trece meses en Lombardia, entré en Saboya, hace cinco meses, cediendo á las reiteradas instancias de los Obispos y señores del pais, habiendo visitado con gran interés las cuatro diócesis de Sión, Tarentese, Moriene y Grenoble, y predicado por todas partes, según la necesidad. Ahora me hallo en Ginebra.

»Entre los errores monstruosos que infestaban este pais, hay uno que consiste en rendir culto público á una especie de divinidad que llaman santo Oriente, es decir, el Sol, culto que está muy extendido, tiene sus cofradías y celebra su fiesta principal al día siguiente del *Corpus-Christi*. Los Religiosos y los Curas no se atrevían á predicar, ni decir una palabra contra semejante error, porque los sectarios les amenazaban de muerte y entretanto les privaban de recursos. A fuerza de insistir sobre este crimen de idolatría y gracias á Dios, ha acabado por desaparecer el error, y en la actualidad estas pobres gentes están desconsoladas por haber errado tan gravemente en materia de fé.

»Me dispongo á visitar á la diócesis de Lausana, en donde también se adora públicamente al sol, especialmente en el campo. Según dice el Obispo, que ha venido dos ó tres veces á pedirme que vaya, hay en los límites de la Alemania y la Saboya ciudades enteras pobladas de herejes. Y aun me han advertido que estos herejes son muy peligrosos; pero confío en la habitual misericordia de Dios é iré allí en la próxima Cuaresma. De todos modos, cúmplase la voluntad de Dios, como se cumple en el cielo.

»Mi *socius* Fr. Antonio y yo nos recomendamos humildemente á vuestra Paternidad. ¡Que el Hijo de la Virgen os conserve largo

tiempo, para ejemplo y salvaguardia de nuestras santas instituciones!

»Vuestro humilde hijo é inútil servidor de Cristo,

»Fr. Vicente Ferrer, *predicador*.

»Terminada al fin y firmada en Ginebra el 17 de Noviembre de 1403.»

El nombre de uno de estos valles había tomado una significación odiosa, debido á un mal juego de palabras que estaba justificado por la corrupción de sus habitantes. Por imposición de Vicente Ferrer se cambió este nombre mancillado, convirtiéndose el de Vaupute, raíz *puteus* (pozo) porque las aguas del monte se precipitan allí como en un pozo, en *Valpure*. Posteriormente Luis XI le dió el de Vallouise.

El exceso del mal y el cambio operado de repente habían llamado la atención, como lo prueba la frecuencia con que se habla de ello en el proceso de canonización. «Los ritos más infames, dice un testigo, se practicaban públicamente.» «Hasta entonces, dice otro, todos los misioneros habían sido muy maltratados y despedidos.» Y tampoco dejó de ofrecer peligros esta misión á Vicente Ferrer, si hemos de dar crédito á un tercer testimonio. «En un valle del ducado de Saboya llamado *valle impuro*, atentaron muchas veces contra su vida estos infieles endurecidos, instigados por el espíritu maligno. Una noche subieron al tejado de la casa en que se hospedaba, armados de lanzas y espadas, arrancaron una parte de la cubierta y le hubieran matado á no haberle protegido Dios.»

Reciente estaba el asesinato del bienaventurado Pedro de Ruffia, también Dominicó. Santo Oriente, gran Oriente: aunque la semejanza de nombre no nos abriera el camino, la identidad de procedimientos nos daría á conocer á esos sectarios que amenazan de muerte á los sacerdotes que tienen bastante valor para denunciarlos á la opinión y entretanto les privan de recursos. Maniqueos, Albigenses, Valdenses, Francmasones; los nombres cambian, los procederes son los mismos. Enemigos jurados de la Iglesia y de todo orden social, continúan su obra de ruina á través de los siglos, mientras los Santos, amigos de Dios y de los pueblos, continúan su obra de salvación.

Todavía en el siglo XVIII eran bastante profundas las huellas del Apóstol en estos países, para que un jesuíta, el P. Rossignol de Vallouise, haya creído deber escribir una vida de San Vicente Ferrer para uso de sus compatriotas. Así se expresa en el Prefacio de la misma:

«¡Oh mis queridos vallouisianos! un interés común á vosotros y

á mi es el que mueve mi pluma. Si Vicente Ferrer no hubiera venido á nuestros valles, seríamos lo que eran nuestros antepasados. ¡Y qué es lo que han sido! No podréis leerlo en el curso de esta Historia sin estremeceros. Los frutos de salvación que aquí produjo se han conservado durante cuatrocientos años. El poco tiempo que pasé entre vosotros en mis primeros años me bastó para cerciorarme de que la doctrina que nos predicó nuestro Apóstol se conservaba en toda su integridad. No se veía entonces un solo disidente en toda la Vallouise, y la regularidad de las costumbres respondía exactamente á las creencias. Pero la Revolución ha pasado también por aquí... La poderosa intercesión del Santo nos hará de nuevo dignos del hermoso nombre de *Valpure* que él dió á nuestro país.»

Sería pura quimera querer fijar rigurosamente el itinerario seguido en un viaje tan accidentado á través de comarcas que no lo son menos; pero, no obstante, el trazado general sigue el que es aún hoy la gran vía de los pueblos, salvo que hoy la industria ha horadado las montañas y salvado los obstáculos naturales, así como el gran Taumaturgo de la Edad Media destruía los obstáculos no menos insuperables de la voluntad humana.

La cronología ya no ofrece seguridad y debemos seguir á nuestro Héroe, más bien con el pensamiento, que guiados por datos precisos. Por otra parte, él mismo nos advierte que fué, volvió y revolvió por diferentes sitios. La carta, que nos sirve de guía, y es la única que poseemos, pues en vano se buscarán en estas localidades los recuerdos de un pasado lejano, fija en 1402 su segunda entrevista con su Maestro General en Romans, y alrededor de esta fecha deberá radiar este laborioso apostolado. Lo más seguro es tomar como jalones y puntos de mira sus propias indicaciones, refiriendo los episodios que con ellos se relacionan. Él nombra sucesivamente el Delfinado, la Lombardia, el Monferrato, Turin y el Piamonte, la Tarentese, San Juan de Moriene y la Saboya, Sión, Ginebra, Lausana y la Suiza.

En el Delfinado debió visitar más de una vez un rincón abrupto, perdido en el fondo de una garganta selvática, de difícil acceso, si bien sabían encontrarlo todos los valientes del arrepentimiento, y cada vez que lo visitaba veía dilatarse su muralla de granito. No hay penitente formal que no sueñe con la Cartuja, y esta clase de penitentes eran numerosos por la palabra de Vicente Ferrer.—«En un mismo día recibí cinco», escribía entonces el General de los Cartujos. Ahora bien, allí nada se hacía á la ligera. Este General de los Cartujos era Bonifacio Ferrer, á quien hemos visto lleno de valor y contando ya cuarenta

años profesar en esta Orden, por persuasión de su hermano Vicente. Los Anales de los Cartujos han conservado el recuerdo de estas visitas fraternales, y mencionan con una dulce gratitud la prosperidad de la Orden en aquella época. «Dios, dicen, obraba milagrosamente por mediación de estos dos hermanos; el uno recibía la profesión religiosa de los que el otro atraía con su palabra á la penitencia.»

Si hay alguna cosa que endulce las fatigas y sinsabores del apostolado, es la idea de dejar en pos de sí almas sólidamente adheridas á Dios. Pero Vicente Ferrer no sólo excitaba al arrepentimiento, sino que procuraba también en las almas jóvenes esos impulsos irresistibles que les llevan á inmolarse, alegres víctimas, en el altar del sacrificio; espigas ellas de almas, cosechas de esperanzas: creaba santos. Alba mañana, hoy Alejandria, van á proporcionarle esa inmensa alegría.

Habia allí un joven al que la naturaleza y la fortuna habían prodigado todos sus favores, el cual buscaba en los viajes la impresión que debía darle á conocer el sentido de la vida. Escuchó con atención á este Predicador sin rival, que tenía el don de hablar para cada uno de sus oyentes, y quedó conmovido hasta lo más profundo de su sér. Vicente Ferrer lo conoció intuitivamente, admitió al adolescente en su frugal mesa, y en largas conversaciones se comunicaron los secretos del cielo.

Con mucho gusto dejo hablar aquí á los biógrafos de los que fueron como retoños de mi Héroe, y que serán en el cielo los más bellos florones de su corona. «El lenguaje de este nuevo Apóstol de las naciones, escribe el historiador moderno de San Bernardino de Siena, nada tenía de la elocuencia humana, pues su palabra viva y arrebatadora, tomada más bien al cielo que á la tierra, hacia olvidar al hombre, siendo sólo los intereses divinos los que eran objeto de su predicación. Parecía que una virtud misteriosa se cernía sobre el auditorio cuando hablaba Vicente Ferrer, y al terminar quedaban los corazones bajo el encanto de una impresión indefinible. El justo se hacía más bueno, el impio derramaba lágrimas y se golpeaba el pecho y nadie parecía indiferente. El dedo de Dios era visible. Bernardino participó de la emoción general.»

Se había fijado la atención en este extranjero de aspecto noble y modesto, y no se sorprendió el pueblo al oír un día al Apóstol hablar en estos términos: «Dad gracias á Dios por este joven y por vuestro país, pues él honrará la religión del Bienaventurado pobre de Asis. A él dejo el cuidado de evangelizar esta hermosa Italia; él tiene aún porvenir y yo me aproximo á la vejez; pero los designios

de Dios tienen su hora marcada, y él estará antes que yo entre los Santos.»—Palabra ambigua en su humildad, que se vió cumplida cuando, en 1450, elevó la Iglesia á los altares á Bernardino de Siena, cinco años antes que á Vicente Ferrer.

Algunos meses después de su entrevista, el 8 Septiembre de 1402, de regreso en Siena, tomó el joven el hábito de Hermano Menor, y, efectivamente, hizo en su país lo que su ilustre maestro de un día hacía en el resto de Europa.

A medida que avancemos hácia el centro de Italia nos faltarán las noticias directas, porque la Historia se resiente del extraño trastorno que en todas las cosas producían las discordias civiles, y una especie de nube obscura envuelve estas comarcas en esa época nefasta. Deberemos, pues, contentarnos con testimonios más recientes, y aun será preciso leer con desconfianza las monografías de algunas ciudades italianas, porque sus historiadores se preocupan, ante todo, de ensalzarlas. Desde luego, dan por sentado que ningún personaje importante podía dispensarse de visitar su patria, y arreglan la historia de conformidad con ello.

Villa, cronista de la provincia dominica del Piamonte, dice sencillamente que Vicente Ferrer se trasladó de Alejandria á Plasencia, y esto es bastante para excitar el númen del cronista de Plasencia, el canónigo Pietro Maria Campi. «Cualquiera puede imaginarse, dice, lo mucho bueno que podría hacer en Plasencia durante toda una Cuaresma un hombre de estas condiciones, al que nuestros conciudadanos han erigido altares, capillas, templos y hasta una prebenda canónica, que está á cargo de una de nuestras más ilustres familias.»—El bibliotecario Poggioli, aunque más moderado, afirma lo mismo, añadiendo que los plasentinos, reconocidos, han tomado solemnemente por patrón á San Vicente Ferrer.

Es bastante difícil averiguar si Vicente Ferrer predicó efectivamente en Plasencia «toda una Cuaresma»; sin embargo, pueden admitirse como ciertos estos relatos en cuanto al fondo de las cosas, por estar confirmados por tradiciones respetables que, estudiadas sobre el terreno, dejan el ánimo tan convencido como los documentos más dignos de crédito. Es verdad que Plasencia eligió á nuestro Santo por su especial protector. La historia de Monza refiere que los habitantes no querían dejar marchar al Apóstol, tan encantados estaban con él, y el púlpito en que predicó llegó á ser objeto de veneración universal, hasta el punto que consideraron como un gran favor el permitir que subiera á él San Bernardino de Siena. En la

vida de un bienaventurado, natural de Bérghamo, se lee que ni Pedro mártir, ni el Apóstol de España, Vicente Ferrer, hicieron tantas conversiones como él, lo cual parece indicar que el Apóstol de España predicó también en Bérghamo.

Esto es cuanto puede decirse, siendo temerario afirmar otra cosa. El Apóstol no perdía de vista la obediencia, y la obediencia de Benedicto XIII no pasaba de allí, y aunque dentro de tres años volveremos á verle en Italia, llamado por este Pontífice, tampoco entonces pasará de Verceuil, límite de ambas obediencias. Verdad es que una carta de Pedro d'Ailly, cardenal de Cambrai, da á entender que se encontraron en Padua; pero esto no sería más que una rápida peregrinación al sepulcro de San Antonio de Padua, fallecido en 1231, y aun esta peregrinación se realizó más tarde.

En aquella época se encontraban en estos pueblos, ansiosos de creer, pero profundamente extraviados, misteriosos ermitaños que no se sabía de dónde habían venido, ni de qué vivían; que exageraban las prácticas piadosas; de aspecto venerable al parecer, pero instintivamente repulsivo; de maneras extrañas, vestidos con trajes raros, y que eran objeto de una cobarde superstición. Realmente el enemigo del género humano estaba allí como en su casa; pero Dios deja algunas veces obrar á Satán, hasta que una reparación suficiente permite que brille la verdad; trabajo largo, con frecuencia, y á veces imposible sin una intervención extraordinaria.

Esta intervención extraordinaria tenía lugar entonces; el diablo lo conocía y seguía paso á paso á su adversario, intentando, como suele decirse, pescar á río revuelto, recurriendo á la superchería, que para él era juego de niño, de sustituir el agua común al agua bendita. Un día que exorcisaba á un endemoniado con agua que creía bendita.—¡Ah! ¡valiente agua!, decía el diablo, ¡ah! ¡ciertamente, si, es una valiente agua!—El Santo dudó y bendijo el agua, que en seguida produjo sus efectos. Pero había otras perfidias más graves. A pesar de la fama de sus prodigios, sólo encontraba en todas partes una acogida fría y hostil.—«Ya sabemos lo que sois, le decían, y que no tratáis más que de engañar al pueblo. Así ha venido á decirnoslo un viejo ermitaño en el que tenemos gran confianza, y la prueba de que sois un impostor, es que seguís el partido del funesto papa, que es el Antecristo.»

Ocho años después aun hablaba Vicente Ferrer, recordándoles perfectamente, de estos falsos ermitaños, verdaderos diablos en carne humana, que en Lombardia habían tratado de neutralizar su acción.



CAPÍTULO III

MONFERRATO Y EL PIAMONTE

Alba Pompeya — Margarita de Saboya — La doble llave de Fr. Teobaldo — Las dos Italias. — Pignerol. — Ordenanzas de Turín. — Güelfos y Gibelinos. — El gran pacificador. — Chieri y Savigliano. — Ivrée. — El oasis.

(1401-1403).

ENCLAVADO entre Ginebra, el Piamonte y el Milanesado había un pequeño Estado, que se llamaba el Monferrato, gobernado por principes independientes, que ha contado seis siglos de gloria. Su capital fué primero Trino y más tarde Casal, y en él se elevaba en un sitio encantador, á la orilla de un seductor riachuelo que bajaba de los elevados montes una antigua ciudad romana llamada Alba Pompeya. Eran notables en otro tiempo sus numerosas torres, medio miradores, medio puestos de observación; pero hoy no queda nada que llame la atención, más que el convento de Dominicos, edificado por la bienaventurada Margarita de Saboya, sobre el solar del castillo que habitaba con su marido cuando iban á veranear á su ciudad de Alba.

Cuando Vicente Ferrer recorría aquellos lugares, Margarita de Saboya era una niña, hallándose en esa edad en que, á semejanza de la aurora, sale de entre las sombras, é impregnada de inocencia, recibe ansiosa y transparente las impresiones del cielo. La doctrina del Santo conmovió este espíritu juvenil, repetíase sus palabras, y la sorprendía la noche ocupada en sublimes pensamientos ó ejercitándose en la ley divina del sufrimiento.

Quizá fuera ella testigo, como la reina Violante, de uno de esos éxtasis luminosos que Fr. Teobaldo tuvo la dicha y la indiscreción de presenciar muchas veces.—«Alba tenía un convento de Dominicos, entre los que figuraba Fr. Teobaldo, personaje notable, dice un testigo, el cual había cedido su celda al maestro Vicente, pero guardando una doble llave para poder entrar cuando lo tuviera por conveniente. Y efectivamente, refiere él mismo, entró de noche una vez, luego otra, luego otra, y por fin, cada vez más preocupado, entró á todas horas, encontrando siempre al maestro Vicente leyendo, orando, y algunas veces hablando con Dios y dirigiéndole palabras llenas de fuego, como si Dios estuviese visible en su presencia.»—El testigo que aquí se cita, poco inclinado á las leyendas, era el maestro Hugo Nigri, gran Inquisidor de Francia. Fácil es concebir que las palabras de un hombre de quien tales cosas se referían, quedaran grabadas en el alma de la joven Margarita.

Casada con el príncipe Teodoro II Paleólogo, marqués de Monferrato, perteneciente á esa familia que ha dado emperadores á Constantinopla, supo conciliar las exigencias del mundo con las aspiraciones de la perfección evangélica. Cuando el mundo ve un alma escogida y disfruta de sus amables virtudes, no duda que hay allí alguna influencia religiosa activa y discreta. Vicente Ferrer no la perdió de vista mientras vivió, y aun después de su muerte continuó dispensándola su protección. Movida siempre por el amor divino, una noche que reiteraba á Dios sus fervientes plegarias, vió iluminarse de repente su oratorio y aparecérselle el maestro de su infancia, el cual le indicó la senda que había de seguir. Esto ocurrió en 1419, época en que ella había quedado viuda hacia algunos meses, y él acababa de entrar en la gloria.

En consecuencia, tomó el hábito de la Tercera Orden de Santo Domingo.—«Era, dice un historiador del país, una mujer joven en todo el esplendor de su belleza. Felipe, duque de Milán, la pidió en matrimonio; pero á pesar de las instancias de su familia y aunque el Papa la ofreció la dispensa de su voto de castidad, rehusó modestamente y se retiró á Alba Pompeya, en donde fundó un convento bajo la advocación de Santa María Magdalena. Después de ejercitarse por largos años en todas las virtudes de este nuevo estado, espiró en el seno del Señor el 21 Noviembre de 1464, acompañando á su muerte asombrosos prodigios. Pio V autorizó su culto en el monasterio que ella había fundado, y Clemente X lo extendió á toda la Orden Dominicana.»—Efectivamente, celebramos su fiesta el 27 Noviembre.

Al mismo tiempo que Vicente Ferrer preparaba á la niña para la vida, preparaba al padre para la muerte. Éste habia recibido magníficamente al hombre de Dios, y por consejo suyo, con el fin de extinguir las discordias, causas de tantos males, promulgó un edicto castigando aun á los que no hicieran más que pronunciar los nombres de Güelfo y de Gibelino; y viendo el mucho bien que producian sus predicaciones, abrió todas sus ciudades á los Hermanos Predicadores para que fundasen conventos en ellas. Murió tranquilamente después de tener el consuelo de ver restablecida la paz en su pueblo.

¡Ah! la casa de Saboya, convertida en feudo de la Revolución, no ha sabido respetar ni aún sus bienes patrimoniales, y las hijas espirituales de la princesa Margarita han tenido que buscar un asilo lejos de su morada, cuatro veces secular, convertida en una vulgar escuela de aldea.

Por lo demás, la mayor parte de las Repúblicas ó Principados italianos, tan florecientes cuando vivian de su propia vida, ahogados en no sé qué asfixiante unidad, son hoy sólo sombras de lo pasado. Cada nación tiene su carácter y su destino propios, que no se violentan jamás impunemente. Casal y Trino son hoy dos aldeas, perdidas en medio de los arrozales; lo único que subsiste es: en Trino una cofradía de albañiles fundada en honor de Vicente Ferrer, ó más bien del famoso albañil de Barcelona salvado por milagro, dominando la imagen del Santo su panteón; en Cazorzo su altar; en Pignerol el palacio de los principes de Achaia, transformado en colegio de catecúmenos para los valdenses convertidos, pues el movimiento que él imprimió ha continuado hasta nuestros días.

Ya hemos visto que su primer cuidado fué destruir los colegios de los valdenses, focos de supersticiones, y principalmente el de Angrogne, en el que la magia estaba en su apogeo. Gentes sencillas é ignorantes en su mayor parte, les habian engañado con una falsa interpretación de las Escrituras, y creyendo que pensaban por si, adoptaron las ideas de comentadores fantásticos. Esto es triste. Así se impusieron luego los jefes del protestantismo, bajo el pretexto especioso de que la Biblia está bastante clara y suministra á todos la luz que necesitan. Menos violentos que los Albigenses, cuyo fanatismo salvaje no tardó en constituir un peligro público, no consentian, sin embargo, que se intentase ilustrarles, así es que los misioneros que les envió el Papa en 1485 fueron maltratados, especialmente en la Argentina y en Fenestrelle. No parece que hayan tenido jamás un cuerpo de doctrina bien definido: los protestantes

los absorbieron, y desde entonces corrieron ambas sectas la misma suerte.

Pignerol, situado en el camino de todos los ejércitos y al alcance de los valdenses, ha sido saqueado veinte veces, así es que no hay ni rastro de archivos. Sin embargo, el eminente profesor Camilo Alliaudo ha podido compilar los restos con el título de *Memorie Patrie*, y allí se encuentra todo lo que se ha escrito acerca de los valdenses, de sus valles y de Pignerol, desde la carta de nuestro Santo, hasta San Simón y Bossuet, y *per transennam*, la biografía de dos Dominicos declarados bienaventurados, Aimon Taparelli y Antonio Pavonio.—«En el año 1400, dice esta recopilación, San Vicente Ferrer anunció la divina palabra en la iglesia colegiata de San Donato, y en 1401 recorrió durante tres meses nuestros valles, con gran beneficio de sus pobres é industriosos habitantes. Sus sermones rompieron muchas cadenas y obraron numerosas reconciliaciones, y entonces concibieron los habitantes de Pignerol la idea de tener en su seno algunos miembros de una Orden en la que brillaban tantas virtudes, proyecto que no tardó en realizarse, y las Cofradías, esta florescencia del fervor religioso, tomaron gran desarrollo en toda la provincia.»

Fenestrelle y Pignerol son las llaves del Piamonte. Vicente Ferrer, conquistador pacífico, penetró en él sin inquietarse por las culebrinas y bombardas ocultas tras las troneras. Entremos con él. Las cuentas municipales fijan en el mes de Agosto y Septiembre de 1402 su predicación en Turín y el Piamonte, y refieren se acordó ofrecerle, ó más bien ofrecer al convento de los Dominicos, en consideración á él, una *carrata* de vino, es decir, uno de esos toneles que hacen la carga de una carreta, cuya forma nos es conocida, y que contenía próximamente seis hectolitros, cuya orden de compra se dió el domingo 3 Septiembre. El maestro cocinero del convento le honró á su manera, escribiendo en las cuentas de la cocina, al lado del nombre de Vicente Ferrer: *¡Gran predicador!*

Para quedar satisfechos respecto á este apostolado, nos bastaría escoger entre los cronistas locales. Ya consultemos á Séméria, el erudito historiador de la Iglesia de Turín, ó las Memorias históricas de nuestra provincia del Piamonte, ó el Memorial del P. Jacinto Albert Torre, todos relatan el hecho notable del que todos se ocupaban entonces, á saber: la presencia y predicaciones del Dominico español, y todos á porfía demuestran haber quedado la gente reconocida y consolada.

Citaremos á lo menos el *Cronicón Cunei* (hoy Cuni), publicado por el archivero Promis en sus *misceláneas* de Historia Italiana. Sin duda, acostumbrados como ya vamos estando á estos prodigios diarios de la palabra, más de un lector verá con indiferencia las siguientes frases: «Por aquel tiempo un hombre de extraordinaria santidad, predicando el amor mútuo y la concordia entre los conciudadanos, logró que desaparecieran las facciones y se uniesen los partidos para el bien común;»—pero si se recuerda lo que eran aquellos horribles tiempos, aquellas guerras sin piedad entre güelfos y gibelinos, y se considera que Vicente Ferrer era un extranjero en Italia, se deducirá que debió ser grande su influencia para llamar así la atención.

En el Capitulo del Culto veremos á los municipios piemonteses, en pleno siglo XVIII, hacerse eco de la gratitud de sus conciudadanos.

Los trabajos de nuestro Santo en Lombardía, el Delfinado y el Piemonte se ven además realzados en el proceso de canonización, en donde se hace constar que á estos países pertenecian aquellos jóvenes que «habiendo oido hablar de tantas maravillas, no pudieron resistir á la atracción general, y aunque, aun adolescentes, no se cansaban de ver y oír á ese maestro que enardecia las almas. *Licet forent juvenes, audiendi atque vivendi toto cordis affectu inhiabant*».

Esta influencia y esta fama no se debian sólo á su elocuencia y santidad, sino también á su poder taumátúrgico, y realmente sus milagros son los que han perpetuado en Italia la memoria de San Vicente Ferrer. Presintiendo su futura canonización, se hizo entonces en varias localidades lo que jamás, desgraciadamente, se ha hecho en España, una especie de información preparatoria, y entre los papeles de la familia Biscaretto de Ruffia se halla una sumaria instruida en este sentido, por la autoridad eclesiástica.—«Cuando el Maestro Vicente predicaba en Férusasco, se le presentó la madre de un pobre niño atacado de ese terrible mal que se llama mal caduco ó epilepsia, y habiéndole tocado el Santo, desapareció el mal. Yo le he visto luego, añade el testigo, y afirmo que no padecía mal alguno.» En cuanto á los milagros póstumos, pueden tomarse á puñados, por decirlo así, en los *Manuales* de nuestros conventos.

El Santo tenia una manera especial de pagar la hospitalidad que recibia. En Montecalieri le preguntó su huésped: «Maestro, ¿qué he

de hacer para librarme de esas tormentas que todos los años asolan nuestros campos?—Por este año yo me encargo de eso», respondió.—Poco tiempo después sobrevino una tormenta y el terrible granizo convirtió en triste desierto los campos que tanto prometían; pero en medio de aquella inmensidad, cuyo aspecto afligía, destacábase, como una isla de verdura, el campo del caritativo huésped.

«No sabéis, decía el hombre de Dios, serviros de los medios que pone á vuestra disposición la Iglesia: emplead con fe el agua bendita y todas vuestras plagas desaparecerán.» Se burlaron de él, pero cuando vieron que las tempestades se sucedían unas á otras, cada vez más desastrosas, acudieron los aldeanos, humildes y suplicantes, á impetrar su socorro. Él no les trató con rigor, contentándose con decirles:—«No temáis, buenas gentes, Dios vendrá en vuestro auxilio.» Bendecidos por su mano, florecieron de nuevo los campos, siendo la cosecha superior á la de dos años ordinarios. «*Ne timeatis, bone gentes, quia Deus providebit vobis. Quod verbum tante fuit efficacie, quod ejusdem loci gentes uberiores fructus illo anno collegerunt quam fecissent de duobus aliis annis.*»—El agua bendita es siempre eficaz, pero su efecto depende mucho del que la emplea. En manos de Vicente Ferrer, el hisopo era á voluntad un arma invencible ó una panacea universal.

El cronista de nuestro convento de Chieri refiere los acontecimientos tal como los ha visto en los archivos públicos, y también para él la llegada del gran taumaturgo Vicente Ferrer y la admiración que excitaron su admirable santidad y sus asombrosos prodigios fué el más notable y el más glorioso.

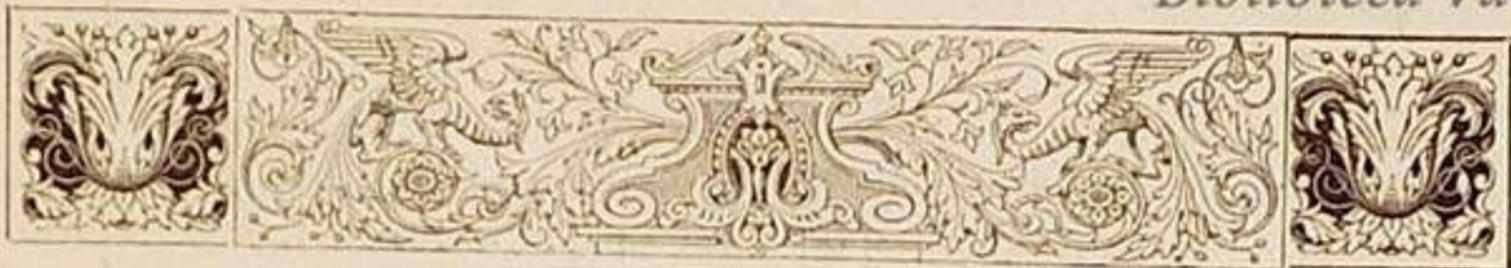
Nada podía compararse á la alegría del Apóstol cuando, á pesar del desorden universal de aquellos tiempos calamitosos, veía que en un monasterio reinaba el fervor. Los Dominicos de Savigliano han considerado como un gran honor, y con razón, el testimonio de aprobación que les dió el Santo, al ver que en una población que apenas contaba 20.000 almas habían vivido durante dos siglos 70 religiosos bajo la más estricta observancia, sin tener posesiones, ni renta alguna.—Y si no hallaba esta observancia, la creaba, y ya hablaremos más adelante de la extraordinaria expansión que después de su paso tomó la vida religiosa. Los dos Bienaventurados que mencionan las *Memorie Patrie* de Pignerol y cuya biografía se refiere al convento de Savigliano, Aimon Taparelli y Antonio Pavonio, son de fines del siglo que ilustró Vicente Ferrer.

No ofrece duda que predicara en Ivree, interesante y antigua ciudad en que se hallaban establecidos los Dominicos desde 1259. Aun vive su recuerdo en Pont, en donde su altar ha venido á ser un centro de peregrinación; y en Locana, cuyo valle lleva su nombre y que ofrece la particularidad de una multitud de pequeños oratorios en forma de pilastras con la imagen de *San Vincenzo Ferrerio*.

Pero en estos sitios, las tradiciones se confunden con el culto.







CAPÍTULO IV

SABOYA, SUIZA Y LYÓN

Fr. Juan Placentis.—Nuestra Señora de Liesse.—Entusiasmo de Friburgo.—El vino de honor.—El Maestro Federico d'Amberg, estenógrafo.—Carta del capitulo de Lyón.

(1403-1404)

QXISTÍA por aquel tiempo en la diócesis de Belley una Cartuja célebre, titulada Nuestra Señora de Pierre-Châtel, en la que acababa de profesar un joven llamado Juan Placentis, cuando predicó en ella Vicente Ferrer. ¿Reconocía la Iglesia de Dios en la compañía del Santo algo más perfecto aun que la Cartuja?—Ello es que Juan Placentis obtuvo el permiso de seguirle sin dejar de ser Cartujo, y le siguió durante muchos años, pues en su deposición comprende las Baleares, Aragón, Cataluña, España, Saboya, el Delfinado, el Bourbonés, Francia y Bretaña. Sin embargo, permaneció más ó menos tiempo en la Cartuja de Portacœli, cerca de Valencia, para recoger noticias acerca del glorioso Apóstol, en expectativa de una canonización que estaba en la conciencia de todos. Más tarde le encontramos siendo Prior de la Cartuja de los Santos Donaciano y Rugaciano, en Nantes, en donde declaró como testigo cincuenta años después de su primera entrevista con Vicente Ferrer en Pierre-Châtel.

Dotado de un espíritu de observación, su declaración, verdadera monografía en compendio, contiene detalles que no se encuentran en otra parte. Él fué el primero que observó, quizá en sí mismo aquel don que poseía Vicente Ferrer de leer en las conciencias y, so-

bre todo, en las conciencias de los religiosos. A medida que el Santo hablaba, el joven Cartujo aplicaba sus palabras á sus hermanos, á los que él también conocía perfectamente, porque en estos lugares reducidos pronto se muestra cada uno según es. Sin duda el deseo de ver si esta intuición sobrenatural perseveraba en él fué lo que le impulsó á seguir al Apóstol; pero ya hemos visto que duró hasta el fin de su vida, que fué creciendo y que no era más que un corolario del don de lenguas, cuyas manifestaciones se nos ofrecerán en breve.

Las Cartujas están por lo común alejadas de los centros; pero á pesar de ello la multitud acudia allí á donde estaba Vicente Ferrer. En Pierre-Châtel, nos dice el mismo testigo, predicó y celebró misa en los tres días que permaneció allí sobre un estrado que se levantó fuera del convento. Después de la Revolución la Cartuja de Pierre-Châtel se convirtió en un fuerte militar.

Annecy ofrecía á su celo dos teatros: *el Santo Sepulcro*, Priorato de San Agustín, y *Nuestra Señora de Liesse*, santuario muy antiguo y tenido en gran veneración, que Benedicto XIII había erigido en Colegiata, diez años antes (31 Agosto 1395). Allí se celebraban todos los años grandes jubileos, á los que los Soberanos Pontífices habían concedido muchas indulgencias; estos jubileos duraban tres días: el 7, el 8 y 9 Septiembre; pero en 1403 permitió el Papa á Vicente Ferrer, por sólo aquel año, que lo prolongara hasta el 12. Cuando doscientos años más tarde estuvo allí San Francisco de Sales no tuvo más que hacer que avivar el fuego oculto bajo de la ceniza y bendecir de corazón á este ilustre antecesor suyo en el apostolado.—«Entre todas las Órdenes religiosas que amaba el señor de Sales, dice uno de sus sucesores, tenía especial predilección por la de Santo Domingo, profesando gran veneración al glorioso San Vicente Ferrer, ese famoso y apostólico predicador taumaturgo, con cuya presencia y predicación se vió honrada algunas veces la ciudad de Annecy.»—Nuestro convento de Annecy, del cual sólo la iglesia ha conservado su destino primitivo, data de fines del siglo XV, y en él se veneran los restos del Bienaventurado Guillermo d' Orlyé, un santo religioso de los varios que formó y preparó Vicente Ferrer.

La afirmación del *Antiguo Año Dominicó*, según el cual nuestro Santo debió poner en 1404 la primera piedra del convento de Hermanos Predicadores de Chambéry debe rectificarse, pues este convento no se fundó hasta 1417. Por lo demás, es cierto que el Santo estuvo en Chambéry en dos épocas distintas. Del mismo modo muchos autores, siguiendo á los Bolandistas, le llevan en la época que descri-

bimos hasta Lorena; pero este viaje, si se realizó, nos parece más en su lugar en 1417, después de la permanencia del Santo en Besançon.

Su apostolado por Suiza, demasiado rápido, fué una verdadera marcha triunfal. Berna, importante punto de parada desde entonces, fué mirada con predilección por el Apóstol, pues los archivos que vamos á explorar le llaman «Predicador de Berna»: de ella procedía cuando le recibió Friburgo al són de todas sus campanas.

Como entonces «hiciera su entrada en Friburgo un famoso Predicador de la Orden de los Jacobinos, llamado maestro Vicente Ferrer, natural de Valencia la Grande, el sábado 5 Marzo 1404, el gobierno en corporación fué á ofrecerle el vino de honor». Este vino de honor consistía en 4 azumbres de clarete, vino cocido y picante, habiendo costado 9 sueldos y 4 dineros, moneda de Lausana.—Los que acompañaban al Santo fueron tratados con toda clase de consideraciones y además se renovaron el pendón y la bandera que llevaban.

Habiendo acudido una multitud inmensa, se tomaron medidas militares para evitar cualquier desorden, cuyos gastos fueron satisfechos por el Tesoro público. El Maestro Federico d' Amberg, guardián de los Franciscanos, quiso estenografiar los sermones del gran Predicador, y á este fin le acompañó á Morat, Payerne, Avenches y Estavayer, según nos dice el mismo en el prólogo de esta relación, que aun poseemos.

Vicente Ferrer predicó cinco días en Friburgo, desde el cuarto domingo de Cuaresma, 9 Marzo 1404, al jueves siguiente, 13 del mismo mes. En Morat estuvo dos días, lo mismo que en Payerne; volvió atrás hácia Avenches, al que le dedicó el 18 y el 19 de Marzo, y se dirigió á Estevayer-le-Lac, en donde predicó cinco sermones, así al pueblo, como á los clérigos y á las religiosas Dominicas, subiendo hasta Lucerna, como claramente se indica en su carta.

En todas las localidades de Suiza en que se detuvo el Apóstol reinó el mismo entusiasmo que en Friburgo, y de ello hallaríamos pruebas materiales, si, como en Friburgo, se hubieran conservado los archivos. Pero los protestantes de Berna han hecho una selección inteligente, bajo su punto de vista, es decir, lo han destruido todo, menos los títulos de propiedad. Sólo el monasterio de Estavayer, que data de los primeros tiempos de nuestra Orden, nos da en el preámbulo de sus Notas cronológicas la siguiente noticia: «Habiendo fundado un convento en la ciudad de Lausana los religiosos del gran patriarca Santo Domingo poco antes de la muerte de éste, se hospedó en él por breve tiempo San Vicente Ferrer en el curso de sus via-

jes apostólicos, manifestando á sus venerables Padres y Hermanos en Jesucristo lo satisfecho que había quedado de su visita.»

Si hemos de dar crédito al *Memorial* de Friburgo, Vicente Ferrer debió evangelizar en esta época la comarca de Vaux. «Nos da una prueba de ello, dice, una acta del 3 Noviembre de 1457, en la que se trata de una capilla situada en Croy, en la que había predicado Vicente Ferrer, de feliz memoria.» Este documento es una transacción entre el sacristán del Priorato de Romain-Montier y el cura de la parroquia respecto de la capilla de Santa Ana, en Croy, y cuya transacción se hace bajo la base de que el Priorato edificará otra capilla, de *piedra* y no de madera, bajo la advocación de Santa Ana solamente. El hecho es por lo tanto exacto, pero se refiere á la misión del Franco-Condado en 1417.

Terminaba el Apóstol el ciclo de su apostolado en estas comarcas, cuando fué á buscarle el maestro Juan Gontel en nombre de los Cónsules y de la Iglesia mayor de Lyon, de la que era Lector con título, y el 6 Septiembre de 1404 entró Vicente en la ciudad que, sin contradicción, ha seguido siendo la más cristiana de las Galias. Alrededor de la catedral se extendía un vasto espacio llamado el Gran Claustro de San Juan, que hoy comprende muchas calles y en el que podían colocarse 20.000 personas cómodamente. Pero pronto resultó pequeño y fué preciso levantar el estrado para predicar á los *Brotteaux* en una inmensa pradera, llamada prado de la Magdalena por una capilla de este nombre levantada en un extremo. La municipalidad tuvo que pagar diez libras al Rector por los daños causados en la pradera por la multitud. En los registros consulares consta igualmente que se dieron á los Hermanos Predicadores dieciséis libras tornesas por los dieciséis días que pasó Vicente Ferrer en su convento. El Cabildo de la gran metrópoli, maravillado, redactó *ad perpetuam rei memoriam* una nota oficial que guardó en su archivo, de la que envió copia á Valencia, la cual termina con estas frases que deben llamar nuestra atención: «Debemos añadir que durante su permanencia en Lyon era tan considerable el número de enfermos que acudían á él diariamente, que era imposible contarlos. Además visitaba á ciertas horas á los enfermos que no podían ir por sí, les tocaba, recitando muy hermosas y devotas oraciones, y á todos les curaba por la imposición de sus manos.»

Digamos de una vez que lo mismo sucederá en adelante hasta el fin de su vida.

Lyon presenció un episodio singular. Un soldado cuya concien-

cia estaba cargada de crímenes, conmovido profundamente por las palabras del celoso misionero, hizo una completa confesión á un sacerdote de su Compañía; pero cuando éste le impuso por penitencia que tomara parte en la procesión de los disciplinantes, sólo el pensar en semejante humillación le sublevó. No pudiendo vencer su resistencia, el confesor pidió y obtuvo el permiso de referir el caso á Vicente Ferrer, y éste adoptó un término medio diciéndole: «Decid á vuestro penitente que vaya á la procesión y dispensadle de que se discipline.» Mitigada de este modo, fué aceptada la penitencia; pero muy luego á la vista de la flagelación que los demás se imponían, aun los niños, se apoderó del soldado un vivo arrepentimiento, pidió una disciplina y se azotó con todas sus fuerzas, sollozando, hasta el punto que hubo que moderar su fervor para que no se matara. Este hecho lo refirió un día el Santo en un sermón, y del mismo modo podemos referir, bajo su garantía, otros análogos que por su extrañeza habría fundamento para ponerlos en duda.

El entusiasmo que excitaba no era pasajero, y ha llegado el momento de hablar de esa comitiva que durante veinte años siguió sin cansarse los pasos del Apóstol taumaturgo. Le seguían las multitudes, lo mismo que á su divino Maestro, y cuando las instaba á que se retirasen, muchos se negaban, y él, consultando á Dios en su corazón, bendecía esta negativa. Sin embargo, si hay algo que no admite nuestro siglo, que Gerson, mal inspirado en esta cuestión, vituperaba al través de muchas felicitaciones, es ese tropel, esos disciplinantes, esos miles de personas que cruzaron con él tres veces la Europa «peregrinos ociosos, inútiles parásitos, capaces de producir el hambre aun en las grandes ciudades...» Fácil es reconocer en estos rasgos la manera más que secular como se escribe la historia.

Lejos de hacer á mi Héroe la injuria de una apología, quiero aclarar este punto cuanto me sea posible.







CAPÍTULO V

LOS DISCIPLINANTES

Vicente Ferrer y su comitiva.—Origen de esta compañía.—Organización.—Providencia.—Las mujeres.—El número.—Entrada en las poblaciones.—La Edad Media.—Los puentes y los Pontifices.

VICENTE Ferrer llevó en pos de sí á través del mundo una multitud de hombres y mujeres, cuyo número llegó á 10.000. Gaspar Pellerin, médico del rey de Aragón, que formó parte de este acompañamiento durante quince años, después de hacer constar los efectos extraordinarios del apostolado de Vicente Ferrer, añade: «Muchos fueron los que abandonando todas las preocupaciones de la vida, se dispusieron á seguirle allá adonde fuera para oír una y otra vez su palabra.» Muchos, pensando en el naufragio de su virtud, quisieron refugiarse al amparo de esta fuerza que un día les había subyugado.

«Su santidad y la excelencia de sus virtudes, dice otro testigo, atraieron en su seguimiento á muchas gentes, á veces de los países más lejanos: clérigos, laicos, nobles, ricos y pobres.» En muchos sitios se despoblaron las Universidades, viéndose á los alumnos renunciar á los atractivos del mundo para unirse á este conquistador pacífico. Él admitió este ejército de las almas, queriendo demostrar, no por la presencia de un monje, cuyo oficio es ese, por decirlo así, sino por el espectáculo de una multitud libre, que las promesas de Jesucristo no son una palabra vana.

Esta comitiva se formó por primera vez en Graus, en Cataluña, cuando viajó por allí durante los trece meses de espera á que le obligó

Benedicto XIII en 1398. Abrigando algunas dudas en vista de lo que refieren sus primeros biógrafos, hemos procurado explicarnos estos viajes, atribuyéndolos á misiones diplomáticas. Así es en efecto; pero sobre todo, llevado de su amor por las almas y la Iglesia, patria de las almas; angustiado al ver su impotencia para conciliar sus deberes de súbdito ó de amigo con la evidente malquerencia del pontífice, fué á España á organizar la cruzada de la plegaria y de la penitencia. Vió intuitivamente que todos sus esfuerzos serian estériles, si no abría el camino de las almas una suma suficiente de méritos y de reparación. La necesidad de la redención por medio de la sangre se impone á todo espíritu observador, pues además de la ilustre víctima del Calvario, basta pensar en los tres siglos de persecución que ensangrentaron la Iglesia naciente y aun en las mismas persecuciones que inauguran las Iglesias particulares en todos los países á los que nuestros misioneros van á llevar la fé.

San Antonino observa, algo sorprendido, hácia fines de 1399, «un cambio singular producido de repente en las costumbres, así entre los hombres, como entre las mujeres y aun los niños: se llevaban trajes largos y severos cortados á la manera monástica; se organizaban procesiones de penitentes; se llevaban á cabo reconciliaciones públicas; se ejercía la caridad; se volvían las personas buenas y generosas.—Y esto era, añade, como un campo de espigas blancas que estaban llamando la hoz del segador».

Conviene distinguir los diversos elementos que componian esta multitud. Unos lo habían literalmente abandonado todo para seguir la suerte del Apóstol; otros le acompañaban á más ó menos distancia, según lo permitia su estado, al salir de las ciudades en las que había sido mayor el entusiasmo; y él dejaba que esta llama bendita durase lo más posible y consumiese los elementos dañosos. El número de estos fervientes sujetos se elevaba á veces á muchos millares; luego se iban retirando poco á poco, dejando, no sin envidia, seguir su camino á la comitiva permanente.

Esta, que era la flor de la Penitencia y de la Fé, se componia habitualmente de ciento cincuenta á trescientas personas, y para formar parte de ella era preciso estar libre de toda obligación, no tener deudas, ni parientes á quienes mantener, y si eran casados se comprometían de común acuerdo á vivir separados: los ricos debían antes distribuir sus bienes á los pobres.—«Buenas gentes, dijo un dia Vicente Ferrer atajando una porción de indiscretas peticiones, buenas gentes, aquí nadie es admitido sino después de una severa informa-

ción por la que se acredite el motivo que le impulsa y el fin que cada uno se propone, si de veras se quiere hacer penitencia, ó si no se pretende más que comer, beber y pasear, sin preocuparse por cosa alguna.» Un autor insinúa, y es muy verosímil, que á nadie admitía sin el consentimiento de los Obispos, como se practica para el ingreso en las Órdenes religiosas.

Había dos grupos severamente separados: los hombres iban por un lado y las mujeres por otro, y cada cual se ocupaba, según sus facultades, ya en instruir á los niños, ya en trabajos manuales, ya en servir á los que ofrecían hospitalidad. Además de una vigilancia rigurosa y de una inteligente organización, hay que tener en cuenta que Vicente Ferrer tenía la intuición de las almas, de sus más íntimos secretos, de lo cual dió más de una vez pruebas terribles. En Valencia un hombre, llamado Leonardo Gaya, tocado de la gracia, vendió todos sus bienes y le llevó su importe, 400 escudos. «Está bien, dijo el Santo, dad todo eso á los pobres.» Pensando que tal vez no durarian sus buenas intenciones, el hombre dió 200 escudos y guardó el resto en sitio seguro, yendo después á incorporarse en la comitiva. Pero al verle el Santo le preguntó severamente: «¿A dónde vais? yo sólo quiero en mi compañía hombres leales en primer lugar, y luego sinceramente desprendidos de los bienes de la tierra.» Sin dejarle acabar corrió el demasiado prudente discípulo á reparar su falta.

En un sermón predicado en Zaragoza el día de Santa Lucía en 1414, no temió el Santo nombrar en alta voz á unos impostores que abusaban de su nombre, felicitando á los magistrados que habían querido asegurarse de la verdad, y añadió: «Si alguna vez encontráis á semejantes pordioseros, no os detengáis en entregarlos á la justicia. Tened por regla segura que todo el que os pida algo no es de mi comitiva.»

Esto era para él un cuidado constante, sin que quepa dudar que se ocupaba de ella continuamente. Acabamos de ver que tomaba respecto á las mujeres todas las precauciones exigidas por la prudencia. Además, el cristianismo se basa en las disposiciones interiores, creándolas, renovándolas sin cesar y formando con ellas costumbres que han acabado por imponerse. Es una escuela de respeto, porque es una fuente de estimación, y de aquí la libertad de que goza la mujer en las sociedades civilizadas por él. En la comitiva de San Vicente Ferrer, en la que se practicaba el cristianismo sin restricción, las garantías no dejaban nada que desear, y además Dios le había impreso el sello de una aprobación irrecusable. Los Religiosos del convento

de Calatayud, á los cuales puede darse crédito por los muchos documentos que han tenido á su disposición, hacen constar que, á pesar de la diversidad de climas y de todas las intemperies, con todas las dificultades de comer, de vestirse, de alojarse, no hubo entre estos millares de personas, procedentes de todos los países, un accidente grave, un escándalo; hecho extraordinario que el mismo Apóstol reveló en un sermón en 1411, después de doce años de experiencia, sin temor de ser desmentido.

«La presencia del Santo, añaden, era para esta multitud una bendición permanente, pues aunque se consumieran ó se dieran á los pobres cada día las limosnas recogidas, jamás les faltó la Providencia, y más de una vez sancionó el milagro esta confianza.»—En efecto, el discreto miser Pedro Molonis, sacerdote de Tolosa, refiere que dos familias que por amor de Dios habían hospedado á los compañeros de Vicente Ferrer vieron: la una, durar una pipa de vino hasta mucho tiempo después de haberse marchado el maestro Vicente, á pesar de constarle perfectamente que había en ella muy poco vino ó ninguno; y la otra, que su pan se multiplicaba de tal manera, que la gente se preguntaba admirada cómo duraba tanto, cuando antes se acababa mucho más pronto, á pesar de que eran muchos menos los que le comían.

Pero todo lo que afecta al milagro es excepcional. El médico del rey de Aragón, antes citado, dice que «ordinariamente cuando el maestro Vicente llegaba á una población, se disputaban el honor de servir y alimentar á su gente, como se hace con los soldados allí donde reina el sentimiento patriótico; pero no siempre los recursos estaban á la altura de la buena voluntad. Según otro testigo, «le seguía tal multitud, que apenas podía proporcionarse comida y bebida, considerándose feliz el que lograba alcanzar pan y agua.»

Así es que las privaciones eran frecuentes y, por consecuencia, la inquietud. No siempre las poblaciones se mostraban bien dispuestas, y era preciso soportar su asombro, sus temores, sus sospechas, las acusaciones de vanidad dirigidas á él y las de pereza á los que le acompañaban. En ello se empleaban los ociosos y era como un proverbio que se decía irónicamente cuando alguno cambiaba de vida: «*Minoreto se hará y tomará un bordón y irá con Maestro Vicente.*»

El Santo no obraba á la ligera. Había leído humildemente la carta de Gerson, y no titubeó en someter su conducta, no á Gerson, sino á la Iglesia, como dice el mismo Gerson: «Los disciplinantes pudieron existir, á condición de someterse á las órdenes de los Obispos y de

la Iglesia, como lo hizo el perfecto y ferviente predicador Maestro Vicente.»

Poco á poco hizo vestir á sus acompañantes un hábito blanco y negro que tenia la forma clásica de los que usan los peregrinos. Marchaban á pie, con un bastón en la mano; vivían como penitentes; los sacerdotes habitaban juntos y recitaban el oficio canónico. Reinaba entre ellos la caridad franca, cordial, sumisa en los inferiores, respetuosa en los que estaban encargados de mandar, diligente en todos; espectáculo completamente nuevo en un mundo lleno de odios y de astucias egoistas.

Cuando se aproximaban á una ciudad por la tarde, se organizaba la procesión. «Yo le he visto en varios sitios, dice un testigo, apearse de su humilde cabalgadura, prosternarse, juntar las manos y levantando la vista al cielo invocar con lágrimas en los ojos á Dios y sus Santos. Los que le seguían le imitaban y después iban á la iglesia en procesión.» Llevaban un velo en la cara y sólo las espaldas descubiertas, no interrumpiéndose el silencio más que por el ruido como de lluvia fuerte que producen los golpes de las disciplinas sobre la carne desnuda. Los primeros días sólo formaban el séquito los que habitualmente acompañaban al Santo y, según los frutos de la misión, dejaba luego el Apóstol que se le agregasen los Eclesiásticos, el pueblo y algunas veces los niños. Hasta admitía, con el consentimiento de las autoridades, á las mujeres perdidas, á las que exhortaba un sacerdote, el cual recitaba en alta voz y con lentitud, las preces, para que los que no las sabían pudieran aprenderlas sin avergonzarse.

La historia ha conservado el cántico doloroso que entonaban estos valientes de la penitencia, cuya sencilla y patética poesía habia compuesto Vicente Ferrer en la lengua que ordinariamente hablaba.

Ara tots be remembreu
La Passió del Fill de Deu:
Com volgué ser pres, lligat,
E dels Apóstols lajat.
Per que ben descadenats
Foreu de vostres pecats.
—Qui, dons, se porá escusar
De fortment disciplinar,
Si vol en Jesús pensar,
¡Tan delicat com éll eral
—¡Verge Santa, cuán beneyta
Fon la vostra Concepció!

Castell de Virginitat,
Vos aveu l' Angel portat,
Que nos ha tots delliurat
Del lloc de la perdició, etc.

«Pensad con tierna atención
De Jesús en la Pasión.
Ser quiso preso y atado,
Y de Apóstoles dejado.
Quién, pues, se podrá excusar
De muy bien disciplinar,
Si quiere en Jesús pensar,
Que tan delicado era?
Virgen Santa, cuán bendita
Fué la vuestra Concepción
De virginidad castillo.
Vos habéis Angel traído,
Que á todos nos libertó
Del lugar de perdición» (1).

De tiempo en tiempo modulaba un sacerdote sobre un ritmo lento y triste y á modo de estribillo: «En honor de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, y para la remisión de nuestros pecados... ¡Señor Dios, misericordial!»

En adelante, como ya conocemos la organización de esta comitiva, no dejarán de ofrecernos interés estas escenas de otra época cuando se nos presenten en el curso de nuestro relato.

¿Pero para qué estos disciplinantes? preguntará alguno.—Pidamos la respuesta á ese soldado que no temía una estocada, pero al que asustaba un golpe de disciplina, y que luego, arrancando ésta de las manos de un niño, se golpeó con ella sin compasión su carne pecadora. Hay en esto un elemento de grandeza moral. El hombre, en medio de sus debilidades, conserva siempre el sentimiento de su dignidad; siente la necesidad de castigarse, porque sólo en el castigo está la rehabilitación. Esta nobleza nativa suponía la Iglesia en las almas cuando en otro tiempo ofrecía á los culpables el amargo atractivo de las reparaciones públicas, y todavía algunas Órdenes religiosas ofrecen su sombra discreta para nuestras expiaciones.

Pero hay más: la ofensa quita á Dios un honor que le es debido; de manera que realmente la reparación no hace más que *restituir*. Las penitencias de los primeros siglos, después las cruzadas, en las que la

(1) Vidal y Micó. (N. del T.)

Iglesia concedió las primeras indulgencias á los que en ellos tomaron parte, luego las mismas indulgencias, no son más que formas de satisfacción *necesaria* apropiadas al temperamento de cada época. Nosotros preciamos de honrados, hasta nos mostramos delicados sobre el punto del honor; esto es una añagaza, si no empezamos por serlo para con Dios, y aun podemos considerarnos dichosos si se digna aceptar nuestras satisfacciones. ¡Qué tormento para un alma que tiene el sentido del amor, si Dios permaneciera sordo á su arrepentimiento! El sentimiento de esta justicia era muy vivo en el corazón de los penitentes, y si á esto se une el recuerdo de la bondad de Dios, de su paciencia, de sus beneficios, de la Pasión de Cristo; el deseo tan propio de las naturalezas generosas de expiar por los otros; las cosas cambiarán de aspecto, el sufrimiento parecerá grato, y esas flagelaciones que mirábamos como una locura, nos parecerán obra de una razón elevada.

Cargado con el peso del mundo que se hundía, Vicente Ferrer se apoyaba en las multitudes que le seguían. Él sabía que si bien Dios está dispuesto á perdonar, exige su justicia compensaciones; que si se le dan á lo menos cinco justos, perdonará á las ciudades malditas; pero necesita esos cinco justos. ¡Qué ansiedad para el corazón de este nuevo Abraham, cuando se trataba de detener la cólera divina en unos tiempos sin energía en que reinaba el mal por todas partes! ¡Y qué sublimes acentos debía hallar en las arengas que dirigía á su comitiva al acercarse á una población culpable! El resultado, casi siempre súbito, completo, obtenido como de asalto por heroicos soldados, no deja duda alguna sobre el efecto de estas arengas. ¡Y cómo se comprende que Dios se haya dejado conmover por las súplicas de estos millares de hombres, á las que se mezclaban las lágrimas, los golpes y la sangre!

¿Pero á dónde iban estas almas así fanatizadas?—Estas almas iban al cielo por el camino del entusiasmo sin cesar renovado, gozando de la rara felicidad de ver vivir un santo, de vivir en su luz, de obedecer á su impulso. Habían aprendido de él que la vida es un viaje tanto más fácil, cuanto más ligera es la carga, y que es pueril ocuparse indefinidamente en las bagatelas del camino.

No hay duda que esto corresponde de lleno á la Edad Media.— ¡Confieso que no comprendo ese odio ignorante que se tiene á la Edad Media, la edad fuerte, la virilidad exuberante! A nosotros, raza decrepita, nos está bien despreciar esa fuerza. ¡Entonces corría la savia por todas partes, echando locos retoños, formando troncos

indestructibles, sembrando el suelo de flores y poniendo al alcance de todo el mundo frutos sin medida! ¡Verdad es que hubo desórdenes, empresas temerarias, errores y pependencias; pero qué gigantescas creaciones! ¡Qué estocadas y qué surcos de arado! Todo era entonces grande, hasta el punto de que si se quieren asuntos para tragedias horrendas, hay que buscarlas en esa época, y sólo en ella se encuentra también el ideal de lo bello.

Por todas partes por donde pasaba esta comitiva hacia el bien y aseguraba el fruto de la predicación. Acostumbraba el Santo dejar en las ciudades algunas almas probadas, espejos de la vida cristiana, gracias á las cuales el recién convertido no se encontraba sólo, ni extraño entre los demás, sentimiento más peligroso que lo que se cree. Además, haciendo uso de los poderes que se le habían otorgado, admitía á la profesión algunos religiosos que dejaba en los conventos relajados, como se transmite á un cuerpo debilitado sangre joven y vigorosa. Uno de sus biógrafos, dice con razón, que sin esta precaución no hubiera convertido la Europa.

Añadamos, para los más impresionados, que á estas multitudes se debió la construcción de muchos monasterios, hospitales y puentes para el paso de los ríos. *Multa monasteria, multa hospitalia, multae sacrae aedes, multi pontes pro-fluviorum transitu.*—Para atravesar los ríos se necesitan puentes, cosa que saben los Santos lo mismo que nosotros, y San Bénézet se ocupó mucho del puente de Aviñón. Tal vez cause asombro al decir que en la Edad Media había hermanos *Pontifes*, sucesores de aquellos sacerdotes de Roma á quienes se había dado este nombre (*Pontem facere*) en recuerdo de la parte que habían tomado en el establecimiento de los primeros puentes sobre el Tiber y por una metáfora bastante natural se ha impuesto este mismo nombre á los hombres encargados de conducir á la humanidad á sus destinos á través de todos los obstáculos.—Espero que, en gracia de los puentes, se perdonarán las iglesias, los hospitales y los monasterios.

Tal era esta compañía de Vicente Ferrer, marchando, como él á conquistas que, aunque pacíficas, tenían también necesidad de sangre. Algunos años más tarde hubo en el Norte de Europa un célebre émulo suyo, Gerardo Groot de Deventer, fundador de los Hermanos de la vida común. Tomás de Kempis le llama una de las lumbreras de la Iglesia y hace el elogio más entusiasta de su Instituto: es el retrato fiel de la comitiva de Vicente Ferrer, con la diferencia de que Groot agrupaba á su gente en los monasterios, al paso

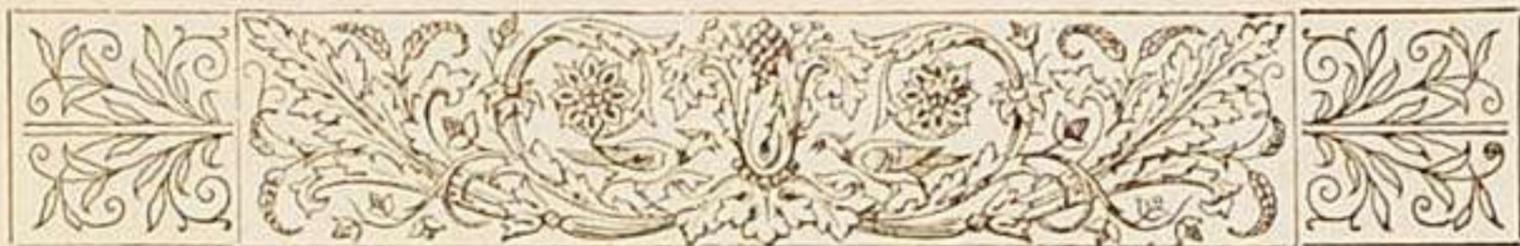
que Vicente Ferrer marchaba sin contar con albergue seguro para el día siguiente.

Guiado éste siempre por su instinto sobrenatural, pudo, pues, flanquear esas regiones septentrionales, sin entrar en ellas, en las cuales, por otra parte, habia trabajado antes que él un hombre de facultades casi tan poderosas como las suyas, San Jacinto. Por esta razón sólo evangelizó una parte de la Suiza, así como dejó la Italia propiamente dicha á San Bernardino de Siena y al Beato Juan Dominici.

A imitación de los disciplinantes de San Vicente Ferrer se establecieron por todas partes Cofradías de penitentes, que tres siglos más tarde cubrian aún casi toda Europa, continuando la obra de sus antecesores. Y aun en la época en que estamos ¿acaso no se encontrarían en más de una ciudad cristianos fervientes que por la noche, cuando todo el mundo corre en busca de vergonzosos placeres, visten el saco de la penitencia y por sus valerosas expiaciones alcanzan el perdón y la clemencia de Dios?







CAPÍTULO VI

Génova.—El don de lenguas.—El Mariscal de Boucicaut.—El Papa y el Santo.—La peste —Génova, ciudad cosmopolita.—¿En qué lengua hablaba el orador?—Carta de Clémangis.—Ramificación del don de lenguas.—El Catalán.

(1405).

HACÍA ya cuatro años que Génova pertenecía á Francia (31 de Octubre de 1401) y era su gobernador el Mariscal de Boucicaut. A ella se trasladó Vicente Ferrer en un buque que siguió el curso del Ródano, en vista de que Benedicto XIII le habia participado que iba á marchar allá y deseaba verle. Cumplido caballero á par que valiente soldado, desempeñaba Boucicaut los deberes de Gobernador sin debilidad, pero con cortesania. Para él, como para Francia entera, Benedicto XIII habia vuelto á ser Papa, y en su consecuencia se adelantó hasta Savona para recibirle, y éste, siempre fastuoso, entró solemnemente en el puerto de Génova con seis galeras empavesadas.

¡Ah! todo este aparato era una pueril diversión en medio de la triste realidad de los hechos, pues la peste se cebaba en Génova, causando, por término medio, 215 muertes semanales. Más impresión produjo Vicente Ferrer llevando el Santísimo Sacramento por las calles, «siempre fija la mirada en la víctima divina y sin que dejaran de correr sus lágrimas», dicen las crónicas.

Por lo demás, el Pontífice se reembarcó muy pronto, y Savona, Mónaco, Niza y Marsella vieron sucesivamente llegar sus naves empavesadas. La peste entretanto continuaba sus estragos: «El Todopoderoso, dice tristemente el cronista, no siempre aligera tales cargas

de pecados.» ¿No había en la persistencia del azote una siniestra lección para ese Pontífice que arrastraba de ciudad en ciudad su majestad desprestigiada? En las *Efemérides Cartujas* se hace mención en esta época de una entrevista celebrada en Marsella por los dos pontífices, á la que asistieron Bonifacio Ferrer y Francisco de Aranda.

Pero no fué sólo á Benedicto XIII á quien Boucicaut recibió con honores en Génova, sino también á Vicente Ferrer, porque no se ignoraba en la corte de Francia cuánto había hecho para que cesase el cisma, se admiraba su fidelidad de amigo y su adhesión á la Iglesia, y más de una vez se había pronunciado su nombre en los Consejos del rey. Aparte de que el gobernador de Génova y él habían nacido para entenderse. El *Libro de los hechos del Mariscal Boucicaut* (Crónica contemporánea), habla de él en los siguientes términos: «En cuanto á su comida, aunque se la sirven abundante y su palacio está abundantemente provisto de todo, nunca toma más que un plato, generalmente el primero que le sirven, y no bebe vino sino aguado, no gustando de platos extraños, ni salsas ú otras cosas delicadas. Ama y sobre todo teme á Dios y es muy devoto, sin que deje un solo día de rezar las horas canónicas y muchas oraciones á los Santos. Va con gusto en peregrinación á los santuarios, siempre á pie y con gran devoción. Aprecia mucho á los que sabe que llevan una vida cristiana y les visita con gusto y frecuente su trato.» Realmente, dicen los testigos, visitaba con frecuencia al Maestro Vicente y participaba de su modesta comida.

Vicente Ferrer no era hombre capaz de huir de la epidemia. «En aquel tiempo, refiere Simeria (*Siglos cristianos de la Liguria*), el anti-papa se marchó de Génova con su corte, pero el santo hombre se quedó allí para cumplir los deberes de su ministerio, y á pesar del inminente peligro que corría, no cesó de visitar á los enfermos, asistir á los moribundos y animar á todos los ciudadanos. Arrastrados por su ejemplo, se prestaron los sacerdotes con valor á todas las obras de celo y de caridad, en términos que no tardó en disminuir la violencia del mal.»

Hacia cinco años que este Apóstol recorría la Europa, sin que á nadie se le ocurriera preguntarle en qué lengua hablaba. Llegaba á una población, predicaba y todo el mundo le entendía. Génova, ciudad cosmopolita, fué la primera en apercibirse de que Vicente Ferrer poseía el don de lenguas, porque gentes que habían ido allí por razón de su comercio y que necesitaban constantemente intérpretes, se sorprendían al ver que escuchaban todos al Predicador,



JUAN LE MAINGRE, apellidado BOUCICAUT,
Mariscal de Francia.

dando evidentes señales de entenderle, lo cual daba lugar á extrañas discusiones. Sometida la cuestión al Santo, éste la dirimía con dulzura diciendo: «Todos tenéis razón, amigos míos; yo hablo mi lengua materna, la única que sé aparte del latín y un poco de hebreo; pero el buen Dios hace que todos la entendáis.»

Nada más sencillo, seguramente; pero imagínese el efecto que esto produciría cuando se divulgó el fenómeno y pudo comprobarse por la experiencia diaria. Y este es un hecho perfectamente demostrado, del cual han hablado cien testigos, diciendo en todos los tonos y bajo todas las fórmulas, que todos le comprendían, sin que quedara en su espíritu la menor obscuridad, ni palabra alguna vaga. La distancia no influía para nada: veinte veces probaron á alejarse extraordinariamente, y otras tantas llegaba á ellos la voz tan clara, como si estuvieran al pie del estrado.

Cuando se les ofrecía alguna duda ó alguna objeción, no tenían más que formularlas, aunque fuera mentalmente, y eran resueltas en seguida. Algunos las escribían y arrojaban el papel al pie del púlpito, y al día siguiente, desde las primeras palabras recibían la respuesta, clara y brillante, aunque el papel estuviera intacto en el mismo sitio: bastaba desear seriamente para que este nuevo bautismo del deseo tuviera su eficacia.

Aquí vendría bien insertar el proceso de canonización; contentémonos con el resumen de los testimonios que hace el primer biógrafo:

«Las gentes de diversas nacionalidades, que no se entendían entre sí, le comprendían como si les hablase su propia lengua: alemanes, húngaros, griegos, sardos é italianos. Hasta entonces habían creído ingénuamente los pueblos que evangelizó que había estudiado su idioma y esto les halagaba. Pero es un hecho que sólo poseía las lenguas muertas y su lengua materna.»

Y añade: «Fueron testigos de este prodigio los Teutones, que desconocen cualquiera otro idioma que el suyo: lo fueron los ingleses, cuyo idioma, como es sabido, difiere tan profundamente de la lengua valenciana; también lo fué esta comarca conocida con el nombre de Bretaña, en donde terminó sus días, en donde habita una población llamada bretones bretonantes, cuyo lenguaje es impenetrable á los extranjeros por su obscuridad, ninguno de los cuales dejó de entender al hombre de Dios.»

San Antonino, el cronista Garibay y todos los antiguos autores se quedaron igualmente impresionados por el vigor y la multipli-

cidad de las declaraciones. Es inútil citarlos, excepto tal vez á Alberto Legrand, historiador de los Santos de Bretaña.

«Aunque predicaba en español, que era su lengua materna, no obstante, nuestros bajos-bretones, los franceses, los ingleses, flamencos, irois (sic), alemanes y otros extranjeros, que por razón de las Asociaciones y Bolsas que los duques de Bretaña sostenían en sus puertos traficaban en este país, le entendían tan bien, como si hubiese hablado á cada uno de ellos en su propio idioma.»

Tenemos además el testimonio de un hombre que escribía bajo la impresión del momento, no ya un testigo cualquiera, sino erudito, hombre de letras, más inclinado por temperamento á la crítica, hasta acerba, que á un entusiasmo irreflexivo. Este hombre es Clémangis.

Nicolás Clémangis, ó más bien, de Clémangis (aldea de Cataluña), gozaba en la corte de Francia de una gran reputación de ciencia y de probidad. Ya Benedicto XIII, que no temía á los hombres de valer, le había sacado de la Academia de París, de la que era Rector, para llevarle como secretario á Aviñón. En 1398, en uno de los Consejos reales á propósito del cisma, se le encargó la redacción del informe, en el que pintó los males que sufría la cristiandad con una verdad tan patente como no se había hecho hasta entonces. Mereció que se le llamase el Cicerón de su siglo. Retirado de los negocios, murió siendo tesorero de la iglesia de Langres. Censor muy rígido de las costumbres de su tiempo, profesó la mayor veneración á Vicente Ferrer.

Carta de Nicolás Clémangis á Reginaldo Fontanini.

«He aquí un hombre del que habla todo el mundo, objeto de todos los elogios y maravillosamente célebre, Vicente Ferrer, gloria de la Orden de Predicadores por su hábito, profesión y ministerio. Cuando el Soberano Pontífice estaba en Génova, Vicente Ferrer sembró allí la divina palabra.

»Gusta tanto á todos, cualquiera que sea la edad, dignidad ó condición de las personas, por disposición divina, que al recibirle, se cree recibir á un ángel del cielo.

»Nadie mejor que él sabe la Biblia de memoria, ni la entiende mejor, ni la cita más á propósito. Su palabra es viva y tan penetrante, que inflama, como una tea encendida, los corazones más fríos y ablanda las almas más duras, obligándoles á gemir y llorar, según lo que dice Jeremías, que la palabra de Dios es como el fuego y como una maza que rompe las piedras. Para hacerse comprender mejor se sirve de metáforas numerosas y admirables que ponen las cosas á la

vista, haciendo algunas veces hablar á las personas en cuanto lo permite la majestad del púlpito y lo requiere el asunto.

»¿Qué más diré? Es tal el afán de todos por oírle y verle, que no sólo en las ciudades en que se detiene, sino en los campos, en las aldeas, acuden de los puntos más distantes á sus predicaciones, las cuales han de hacerse muchas veces al aire libre y en sitios muy espaciosos á causa de la gran multitud que acude á oírlas.

»Pero si esto parece prodigioso, lo que verdaderamente deja á uno estupefacto es que debe haber recibido el don de lenguas, como vais á ver:

»Nacido en Aragón, pasó á Italia y, apenas llegado, se pone á predicar en italiano con tal facilidad, tal inteligencia y tal distinción, que seguramente le hubierais creído italiano, confesando los del país que no se comprenden ellos mejor entre sí, que le comprendían á él hasta las niñas.

»Me diréis tal vez que no es sorprendente que hablando italiano le comprendan los italianos. Cierto, pero confesaréis que si lo es que apenas llegado supiese ya la lengua. De todos modos ved aquí una cosa más rara: habla tan bien el italiano que no sólo le comprenden los italianos, sino también gentes que no tienen noción alguna de este idioma, habiéndome asegurado un alemán que había entendido todas sus palabras, como si hubiese hablado en alemán. Y yo, que sólo comprendo á medias el italiano, afirmo que lo comprendía tan bien como á vos mismo.

»Y lo que completa la gloria de este hombre es que su vida está absolutamente conforme con su predicación, pues no es de esos fariseos que se sientan majestuosamente en la cátedra de Moisés, dicen y no hacen. Cuando enseña lo que debe hacerse, añade el ejemplo. *Castigo corpus*, etc. Perfecto observador de la pobreza, nada posee, no recibe dinero, ni regalos, y se contenta con lo estrictamente necesario. Si en las poblaciones que visita hay un convento de su Orden, en él se hospeda, sin que se le vea ir por calles y plazas. Ordinariamente come con sus hermanos, pero todo el mundo dice que no cena jamás. Si está en un pueblo en el que no hay convento, se aloja en casa del cura de la parroquia, no pidiendo más que lo que dice el Evangelio: *Dignus est operarius cibo suo*.

»Sólo acepta la ropa que se le ofrece, cuando la que lleva está tan vieja y hecha jirones que no puede llevarse, y siguiendo la enseñanza de Cristo, no quiere tener dos capas, ni dos hábitos.

»Este valiente obrero del campo de Dios celebra la misa diaria-

mente y para propagar las luces de que ha sido dotado, siembra todos los días la semilla evangélica, siguiendo este consejo del Sabio: Sembrad vuestra semilla por la mañana y también por la tarde. No se detiene mucho tiempo en un punto, sino que va de provincia en provincia, de ciudad en ciudad, peregrino de la palabra divina, conquistando multitud de almas y atrayéndolas al camino de la salvación. ¡Oh! si todos los que ejercen el oficio de predicador, á imitación de este santo hombre, siguieran la institución apostólica dada por Cristo, no sólo á sus Apóstoles, sino también á sus sucesores! ¡Ah! no hay de estos.

»Y por lo mismo que me ha servido de gran consuelo, en medio de las tinieblas de nuestra triste época, ver esta luz única, he querido haceros participe de esta alegría dándoos tales noticias en esta carta. —¡Salud!»

En ella está contenido Vicente Ferrer por completo; ella sola bastaría para su gloria.

Además del don de lenguas propiamente dicho, además del extraordinario alcance de su voz, su palabra daba siempre en el blanco; era para los corazones lo que los mismos Libros divinos son para las almas de buena voluntad, una voz penetrante é inteligible, ó, como dice con mucha suavidad un biógrafo, era para los oídos, como el maná para el paladar, tenía todos los gustos, según el deseo y la disposición de cada cual. Algunos de sus compañeros debían participar también de los mismos privilegios, á lo menos por lo que respecta á la confesión, y en este sentido es como hay que entender lo que dicen varios autores, esto es, que muchas veces el Santo debió comunicar á otros Religiosos su poder taumatúrgico.

Por yo no sé qué timidez frente á frente de lo sobrenatural se ha intentado atenuar un prodigio tan manifiesto. ¡Y en verdad es extraño! ¿Quién ignora que á veces de un pueblo á otro varían el acento, la entonación, las desinencias, y que á unas cuantas leguas de distancia no se entienden las gentes hablando idiomas idénticos en el fondo? No existían entonces, para borrar todas estas divergencias, las lenguas nacionales extendidas por medio de la escuela, y que á lo menos hubieran simplificado la cuestión, reduciendo á cuatro ó cinco idiomas la erudición poliglota del Apóstol. Es verdad que el latín era universalmente conocido, pero sólo entre los hombres de estudio; y el pueblo no estudiaba, y Vicente Ferrer predicaba al pueblo.

Es muy discutible que pudiera ser comprendido naturalmente ni aun en el Mediodía de Francia. Un lingüista, á quien se echa mucho

de menos, tan sabio como modesto, D. Manuel Milá y Fontanals, con quien traté esta cuestión en Barcelona, me dijo, poco más ó menos, lo que sigue: «El *lemosin*, palabra impropia inventada por un gramático que se avergonzaba de la palabra *catalán*, como nosotros nos avergonzamos de la palabra *patois*, sólo era comprendido en el Rosellón, en Cataluña, en el reino de Valencia y en las islas Baleares. Al otro lado de los Pirineos se hablaba la lengua de oc, lengua que verdaderamente es prima hermana del catalán, á pesar de lo cual éste sólo era entendido por los del Langüedoc cuando se leía despacio, y era poco menos que incomprensible para los gascones y bearneses y los provenzales. En el resto de España, entonces como ahora, era el catalán completamente ignorado, excepto de unos pocos aficionados.»

Sin duda que en aquella época empezaban á formarse las lenguas neolatinas, pero ya se manifestaban las diferencias que poco después debían establecerse entre ellas, y con más razón los alemanes no comprendían el italiano, ni los ingleses el español, y el francés de entonces no se parecía al catalán más que el francés de hoy.

M. Meyer escribe en *Romania*: «Es muy probable que el célebre Dominico predicara en su lengua materna, el valenciano, sobre todo cuando predicaba en el Mediodía de Francia. El prodigioso éxito, la inmensa popularidad de Vicente serían inexplicables, si hubiera hablado una lengua que no hubiese entendido todo el pueblo.—No es «muy probable», es cierto que Vicente hablaba en su lengua materna; y no sólo en el Mediodía de Francia, sino en todas partes. Por otra parte, M. Meyer, intelectual moderno, no admite el milagro, y yo no quiero recoger de sus frases más que lo de «prodigioso éxito, inmensa popularidad», del Apóstol. Los catalanistas modernos están muy orgullosos con el honor que les ha dispensado Vicente Ferrer y lo presentan, con Raimundo Lulio, como uno de los más antiguos propagadores de su lengua.

El idioma celto-bretón merece una mención especial. Invocaré un testimonio que nadie podrá recusarme, el de Mr. Hersart de la Villemarqué, el traductor de los *Barzas Breiz*, cantos bretones dotados de toda la gracia antigua realzada con el sentido cristiano. «Alain Bouchard, dice, fijaba en estos términos en sus *Grandes Crónicas de Bretaña*, los límites de la lengua bretona á fines del siglo XV: En tres *esveschez* de aquella provincia (de Bretaña) como Dol, Rennes, Saint-Malo, se habla la lengua francesa; en otras tres, Cornouailles, Saint-Paul de León y Tréguier, no se habla más que bretón; en Vannes,

Saint-Brieuc y Nantes se habla generalmente francés y bretón. Si tales eran en aquella época los límites del lenguaje bretón, con mayor razón debían serlo en 1417.»

No obstante, si el historiador tiene el deber de no retroceder ante la verdad, tiene también el de respetar hasta sus extremos límites el dominio de la razón, y el mismo Vicente Ferrer nos da ejemplo de ello en este caso. ¿Por qué no hizo más que costear Flandes y la Suiza alemana, sino por no exponerse á tentar á Dios? Él creyó que debía limitar su apostolado á los pueblos de lengua romana que más se aproximaba á la suya, y si salvó este límite, fué, por decirlo así, excusándose. Los pueblos de lengua *romana* ó *neo-latina*, es decir, en los que el latín, descomponiéndose poco á poco después de la conquista, se ha fundido con el idioma de cada país, dejando, no obstante, dominar en ellos un fondo común, son los españoles, los portugueses, los italianos, los franceses, una parte de los belgas y de los suizos.

Además, el lector va á poder darse cuenta, por comparación, de la facilidad ó dificultad *naturales* que había en comprender á Vicente Ferrer. Veamos ante todo la lengua que él hablaba.

1.º *Historia unida á unos gozos compuestos por él é impresos en Valencia en 1546.*

Miracle es devengut á un cavaller de Colunya al dir lo psaltiri.

En la ciutat de Colunya havia un cavaller molt devot de la Verge Maria, lo qual tots jorns deya son psaltiri; e un dia lo dit cavaller hague paraules ab un altre de la ciutat, e vengueren a mans, de manera que aquell que deya lo psaltiri mata a l'altre. E lo mort tenia un germa molt valent home lo qual de continu entenia en fer venjança. Vench un dia que lo matador volent anar cami fonch spiat de son ennemich, e passant davant lo monastir de Preycadors dient lo psaltiri, entra en una capella de la Verge Maria, e agenollas e comença a dir son psaltiri. E dient aquell, lo ennemich lo sperava per matarlo: lo qual ennemich mira e veu que stava agenollat davant lo altar de la Verge Maria, e davant ell stava una molt excellent e molt resplendent Senyora; e veu que de la boca del homicida escient roses, e aquella excellent Senyora les prenia é feya delles una garlanda, en la qual garlanda havia una rosa vermella e deu blanques; y en aquest orde feu la garlanda perque en aquell orde ixqueren del homicida les roses de la boca. E acabada la garlanda aquella excellent Senyora la posa en lo cap del homicida. E tot aço mirava lo germa del mort quil sperava per matarlo; empero vist aço, conegue que era gran

misteri, e mogut de caritat, lança les armes, e ab la cara molt alegre ana la via dell; lo qual homicida com lo veu, pensa quel volia matar, empero lo germa del mort molt alegrement li dix: «No hajes paor, car de bon cor yot perdo la mort de mon germa.» E val abraçar e besar, e dix li: «yot deman perdo e demande gracia quem digues qui es aquella Senyora que stava davant tu fent una garlanda de roses». Aquell respos que no havia veit res. Dix li lo germa del mort: «Digues me quina oracio deyes a la Verge Maria»; aquell respos que lo psaltiri de la Verge Maria deya. E lavors lo dit germa del mort qui aquella Senyora habia vist, havent coneixença que aquella era la Verge Maria, molt liberalment li perdona la mort de son germa, e preposa dir lo psaltiri; e partiren bons amichs. E aquest acte se sabe de continent per lo poble de la dita ciutat de Colunya.

En todo el Mediodia de Francia se hablaba, poco más ó menos, como sigue: es un extracto del documento d' Ally:

«Mesa facha per causa de M.^e Vincens del Orde dels Predicadors, et as os companhos, administrada per Guilhem Prunet, segon apar per hun cartel scrig per la ma del dig Guilhem.

Primieyramen, despendem ieu Guilhem Prunet, Philip de Gressas, etc., los quals foro trameses per los senhors Cossols am hun vaylet, tots á caval, á XX de may l' an MCCCCXVI, per anar quere M.^e Vincens a S. Paul de Cazajous, on se dizia que era, que vengues en esta vila per sermonar, e despendero lo dig jorn a dinar a Graulhet entre els els rossis, etc.»

Moulins y el Centro se aproximaban más al francés moderno:

«Rabattu par l'ordonnance des quatre á Jehan Pelote, Jehan Pelerin et Jehan Popery l' aisé fermier de la Maille, pour ce qu' ils disaient qu' ils avaient grandement perdu en la dite maille, par le temps de Frère Vincent, car on avait fait crier que tous ceulx qui apporteraient pain de la dicte ville ne paieraient maille; et aussi qu' ils ont bien fait leur devoir á lever la dicte maille: VII livres, VII sols, IV deniers. Aceux qui ont amené Fr. Vincent et ses gens et son bagaige de la Chiéze á Molins la première sepmaine de février 1416... 33 journées employées á faire les deux chafault pour Fr. Vincent, etc.»

En fin, la Suiza Romanda ofrece una mezcla de muchos dialectos: Mission pour Schengar.

Item ou pregierre de Berna pour vin et claret, 7 sols et 4 deniers.

Mission communaul:

Item pour dimie libre et dimie uncy de saya pour l' estendart, 50 sols.

Item ou brodarre por faire un estandar et une bandeire, 22 sols.
 Item... par despin eis southier quan ly pregierre se fust, 33 sols.
 Item eis Cordelliers por les despin dou pregierre, 60 sols.
 Item por 1 aulna de theila blanchi et 1 de theila neyre, 8 sols.
 Item por 1 uncy de saya noire, (sic), 12 sols.
 Item por dimie within de saya noyre, 9 deniers.
 Item por fy blanc, 6 deniers, etc.

Aquí se sorprende el movimiento de los idiomas, se asiste á su transformación; las palabras siguen la atracción predominante y se enlazan como moléculas; se ve elaborarse la lengua que más tarde habló Bossuet.

Si se pretende, pues, que verdaderamente, empleando un lenguaje sencillo, como le hallamos aún en sus sermones, con las comparaciones familiares que los esmaltan y la mimica propia del temperamento español, haya podido ser comprendido *naturalmente* nuestro Santo por los pueblos de lengua de *oc* y de lengua romana, no lo contradiré. Dios no interviene de una manera sobrenatural, sino en tanto es necesario á un objeto determinado, é intervino hasta el punto que fué necesario, haciendo brillar en Génova ese don maravilloso y dejando penetrar al Apóstol entre los vascos, los flamencos y los celto-bretones, sin inquietarse más por la diferencia radical de los idiomas de lo que se había inquietado por las pequeñas modificaciones que se podían presentar en los otros países.

Los genoveses, raza despierta, testigos de la facilidad con que Vicente Ferrer apaciguaba las disensiones, emitieron este aforismo: «Podrá hallarse en otra parte un hombre tan fuerte en literatura y en doctrina como el maestro Vicente, pero en lo tocante á habilidad, es seguro que no hay en todo el mundo una cabeza como la suya.» Todos estos comerciantes hablaban entre sí de lo que ocurría por el mundo, y cuando se hubieron convencido de que Vicente Ferrer poseía el don de lenguas, vinieron á ser sus precursores.





CAPÍTULO VII

RIBERA DE GÉNOVA

Más notable que el don de lenguas. — Púlpitos y retratos. — Santa Zita. — El país del sol. — Vicente Ferrer árbitro. — Savona y la Virgen de Misericordia. — «Sodalitates verberatorum». — El Bienaventurado Cristóbal de Milán. — Todavía el albañil de Barcelona.

(1405)

POR asombrosa que sea esta maravilla, no fué, sin embargo, el más hermoso título de gloria que adquirió en Génova el Apóstol taumaturgo; á lo menos así lo afirman los autores italianos y á ellos dejo toda la responsabilidad. «Allí, dice el genovés Tacchetti, obró el Santo el mayor prodigio que jamás se hubiese verificado, y fué desarraigar el abuso introducido entre las señoras de ir á la iglesia con la cabeza descubierta.» *«Quivi operó il maggior prodigio e miracolo qu' abbia forse mai fatto, e fu l' estirpare affatto l' abuso ch'avevano le Dame d' andare alla chiesa col capo scoperto!»*

Otro escritor, que tiene á lo menos el mérito de no adular, puesto que dedica su libro á una mujer, el P. Tonna, en sus «Discursos históricos sobre la vida de San Vicente Ferrer», dirigidos á la reina Cristina de Cerdeña, refiere que todo el mundo abandonaba sus ocupaciones para ir á oír al maestro Vicente: los obreros sus talleres, los abogados el tribunal, los labradores el campo y las mujeres *se pure...* si puede creerse tal cosa, las mujeres su tocador. Sigue una violenta diatriba contra la coquetería femenina, y luego añade: «Tal fué, pues, el milagro obrado por Vicente Ferrer en Génova en el verano de 1405! Consiguió exterminar enteramente la vanidad en el atavio

y obligar á todas sus oyentes á esa modestia tan recomendada por San Pablo.»

Justo es decir que el Apóstol encontró en las genovesas la mayor docilidad, y que aun llevan éstas el velo tal como él lo aconsejó, muy parecido á la mantilla española. En el claustro de nuestro convento de Santa María di Castello en Génova hay un cuadro de Palmieri que representa á Vicente Ferrer predicando contra el lujo de las mujeres. Hecho bastante tiempo después, es caprichoso, con trajes de 1.600; pero se alcanza claramente la intención del pintor, que no es otra que hacer resaltar la actitud provocadora de las genovesas. Otro mérito tiene, y es el representar la iglesia del convento de Santo Domingo en la que predicaba Vicente Ferrer, convento que fué destruido á principios del siglo pasado para construir un teatro, y en el sitio que ocupaba la iglesia se estacionan en el día los coches de plaza.

Cuando Vicente Ferrer predicaba en Génova, en el convento de Santo Domingo, le servía de púlpito un modesto maoble de madera, que ya había hecho ilustre San Pedro mártir y que después fué reemplazado por una soberbia tribuna de mármol y oro. De esto se muestra muy escandalizado el cronista del convento, Agostino Currelli de Canea, consolándose apenas al enumerar con orgullosa proligidad los legados, las fundaciones, los religiosos célebres, los capítulos celebrados y, finalmente, las inmunidades ó privilegios *non modo á summis Pontificibus, verum et á serenissima Genuensium Republica effuse collata*. Pero no se ha perdido el precioso mueble, pues lo heredó el convento de Santa María di Castello, situado al otro extremo de la ciudad; es un púlpito muy sencillo, cuadrado como el de Arlés, todo apollado, descansando sobre cuatro pies y en uno de cuyos tableros lleva la marca S. † D.

Los dominicos, retirados á San Fructuoso, no lejos de Génova, se han llevado, como una de sus más preciadas reliquias, el crucifijo de que se servía Vicente Ferrer, el cual es de madera, de metro y medio próximamente de alto, con una cara muy expresiva. Podía indistintamente llevarse en procesión, ó fijarse en un cuello ó caja adaptada al púlpito, cuyo emplazamiento se distingue todavía.

Génova ha conservado religiosamente el recuerdo de Vicente Ferrer, que tanto la favoreció, hasta el punto que podría reconstituirse su vida por medio de los cuadros que le representan. Cuéntase que un día, después de uno de esos triunfos oratorios que le eran habituales, le rogaron los magistrados que pidiera el indulto de un com-

patriota suyo condenado á muerte por numerosos delitos.—«No permita Dios, respondió, que yo detenga jamás el curso de la justicia.» Sin embargo, alcanzó que se le aplicara un género de muerte exento de tormentos.

Muy cerca de Génova hay una iglesia muy antigua, Santa Zita, fundada por los de Lucca. Sabido es que una de las cosas curiosas de Lucca es la tumba en la que parece vivir todavía Zita, la humilde y tierna niña. En Génova, como en Roma, las diversas colonias tenían su iglesia bajo la advocación del Santo que ellas mismas elegían, contiguo á la cual estaba el cementerio, y en esta iglesia de Santa Zita predicó Vicente Ferrer, ó mejor dicho, delante de esta iglesia, estando el pueblo reunido en la plaza, y sirviéndole de púlpito una ventana saliente de la misma iglesia. Aun se distingue su imagen á la derecha de la puerta principal, aunque cubierta de un estuco muy mal inspirado, siendo también sensible ver como la humedad destruye poco á poco los frescos de la bóveda superior que representan la predicación del Santo.

Allí encontró éste una cofradía de Penitentes, llamados *Casaccie* ó *Casaccianti*, que se remontaba al año 1260, pero degenerada, y él reformó los estatutos en tales términos, que luego sobrepujó á todas las cofradías análogas de la Liguria y se ha mantenido floreciente hasta principios del siglo último. Los genoveses, ó más bien, los luquenses de Génova, no separaron á sus dos santos predilectos cuando en 1695 inscribió Roma entre los Bienaventurados á la humilde niña de Lucca, como lo prueba una medalla conmemorativa que representa en un lado á Santa Zita distribuyendo limosnas y en otro á San Vicente Ferrer en actitud de predicar.

Continuó el Apóstol sus predicaciones por toda esta comarca, que se llamaba la ribera de Génova, la cual se extiende desde Génova hasta las islas de Hyères, siendo entonces sus principales poblaciones Savona, Vintimilla y San Remo. Nos entenderán mejor los espíritus modernos, si decimos que este es el admirable camino de la Corniche, por bajo del cual se desplagan al sol Niza, Cannes, Mentón, Monaco, San Rafael; países encantados á los que los potentados del mundo van á buscar las flores precoces y los goces de la vida cuando se marchan las golondrinas.

Pero el hombre parece que se haya propuesto turbar con sus pasiones los lugares en que la naturaleza ostenta sus más dulces atractivos. También allí reinaba la discordia, estando enemistadas ciudades contra ciudades, familias contra familias, prolongándose y

envenenándose las contiendas, sin que hubiera justicia ni autoridad. Muy poderoso era este hombre, sin duda, cuando armonizaba los intereses, imponía silencio á las pretensiones, fijaba las fronteras, siendo juez entre los particulares, árbitro supremo entre las ciudades beligerantes. Convocó bajo los castaños limitrofes, como San Luis bajo la encina de Vincennes, á los representantes de los municipios en guerra durante tantos años, y nadie pensó ya en disputar los límites fijados por él.

«San Vicente Ferrer, dice Semeria, recorrió hacia el año 1404 toda la diócesis de Vintimilla, siguiendo el curso del Roia desde su desembocadura hasta su origen, es decir, hasta el collado de Tende, llevando á cabo en todas estas comarcas obras admirables, asombrosas conversiones. Habiendo encontrado á los municipios de Tende y de Briga en guerra abierta por cuestión de límites y de intereses, se ofreció como mediador y maravillosamente logró reconciliarlos, extendiéndose una acta de conformidad en el campo de castaños de San Dalmacio que separa los dos términos y en donde se habían reunido los principales ciudadanos. He tenido ocasión de leer esta acta hace veinte años, en la cual se firma *Frater Vincentius*, la que se conserva en el Archivo municipal de Tende.»

Como la paz duradera tiene por base la justicia, él opinaba que cada cual pagase sus deudas, y el que hubiera contraído obligaciones debía ser impelido á cumplirlas. Se había entablado entre dos poderosas familias un litigio, en el que se trataba de una suma de 1310 libras que reclamaban á la vez ambos municipios. «Queriendo, dice Vicente Ferrer, terminar el pleito y resolver la cuestión amigablemente y no por la vía judicial, como es nuestro deber, hemos aceptado el papel de árbitro, y después de oír atentamente las razones alegadas por ambas partes, y de pesarlas con todo el escrupuloso cuidado posible, invocando los nombres de Nuestro Señor Jesucristo y de la Santa Virgen, siempre presentes en nuestro espíritu, declaramos, pronunciamos, decidimos, etc.»—Reconoce el derecho de los demandantes y fija la suma que debe pagar la parte contraria solidariamente con el Municipio.—«Y esta sentencia ha sido dada, pronunciada, leída y promulgada en San Remo, en una sala del palacio de Antonio Curli, el 16 de Noviembre de 1405, á la hora de Nona, por el notario Bautista Bauda, ante los testigos llamados *ad hoc*.»

Los oficiales públicos registraban estas sentencias como las de los magistrados ordinarios: el texto de ésta se encuentra también en los Archivos de Tende.

Iba despacio, consolidando su obra y, sobre todo, dándola el apoyo de sus méritos personales; pero el hombre aislado es impotente, doloroso aforismo que siempre tiene presente la humildad de los santos, y por eso quería Vicente Ferrer en todas partes penitentes como él. En Savona estableció una cofradía de Disciplinantes (*Sodalitas Verberatorum*), cuya regla redactó él mismo, asignándole para oratorio una capilla contigua al convento de Santo Domingo, bajo la advocación de *Nuestro Señor resucitado*. Poco á poco se acostumbraron los fieles á invocarle en este santuario, no sin provecho propio y sin que se obraran algunos milagros.

Una Virgen milagrosa que se apareció algún tiempo antes en Savona comparte con él sin envidia la devoción de los habitantes. Es venerada con el nombre de *Virgen de la Misericordia* y Pío VII la coronó á principios del siglo último, reconociendo que debía á ella haber recobrado su libertad. Muchas veces reunió el Apóstol á los pies de esta imagen á las multitudes que iban á oírle, y los historiadores tienen cuidado de no omitir el milagro del don de lenguas, del que entonces se empezaba á hablar.

Al mismo tiempo que de los penitentes, se ocupaba de dejar en pos de sí sucesores animados de su espíritu. «Una pléyade de apóstoles ilustró la Orden de Santo Domingo en el siglo XV, dice la leyenda de uno de nuestros Bienaventurados, y entre ellos debe mencionarse al bienaventurado Cristóbal de Milán, que evangelizó la Liguria.» Es decir, que recogió lo que había sembrado nuestro Santo, y la cosecha debió ser abundante, pues le permitió edificar un convento de Dominicos en Taggia, aldea situada cerca de San Remo, por ser ya insuficientes los grandes conventos de Génova y de Savona. El bienaventurado Cristóbal de Milán murió en 1484, celebrándose su fiesta el 2 de Marzo; su cuerpo descansa en la iglesia de su convento de Taggia, convertido hoy en escuela municipal. Delante de la iglesia parroquial se destaca en medio del embaldosado, bastante deteriorado, una piedra con una inscripción que señala el sitio en que se colocó el púlpito de Vicente Ferrer.

También corrigió en Savona la inmodestia de las mujeres, que no consistía ya en el uso provocativo de cabellos en desorden, sino en esos ridículos apéndices que las modas, afortunadamente mudables, nos condenan á ver de cuando en cuando. *Et mulieres omiserunt tunc portare illa cornua quae per ante indissolute portabant.*

Las savonesas, como las genovesas, adoptaron el noble y gracioso tocado en forma de velo, que tan bien se acomoda con el pudor

cristiano. A despecho de las revoluciones, vive aún en estas comarcas el recuerdo de nuestro Santo, y Vareggia, la antigua Voragina, que ha hecho célebre el autor de la *Leyenda Dorada* y que posee también un convento de Dominicos, Montalta, Riva-Liguria, San Remo, muestran con orgullo púlpitos ilustrados por él.

La pintura le ha consagrado muchos trabajos y algunas veces obras maestras, hallándose representados sus milagros por todas partes. Nada comprenderíamos de un medallón de Nuestra Señora de los Ángeles, en San Remo, si en ese Dominico azorado con los brazos extendidos que dicen: «Espera, allá voy», no reconociéramos la escena del famoso albañil de Barcelona. También se la encuentra en la parroquia de San Juan, en Savona, más fantástica todavía, pues el albañil está suspendido boca abajo y Vicente Ferrer discute con el Prior, el cual visiblemente turbado por lo extraño del suceso, parece preguntarse si no se comprometerá concediendo semejantes permisos.

Finalmente, si el culto público ha decaído poco á poco ante la tiranía revolucionaria, el culto privado se ha mantenido, y todo á lo largo de la ribera de Génova encontraréis hoy todavía una multitud de pequeños *Vicentini*, así llamados en honor de un monje, sobre cuya tumba han pasado cuatro siglos.





CAPÍTULO VIII

NORTE DE FRANCIA.—BÉLGICA
É INGLATERRA

Lila: Nuestra Señora de la Parra.—Flandes apasionado.—Saint-Omer: ladrón castigado.—Bruselas: resurrección del convento.—¿Ha ido Vicente Ferrer á Inglaterra?

(1406)

QUÉ el mar es un camino discreto que no conserva las huellas. Después de sus trabajos apostólicos por la ribera de Génova, volvemos á hallar al Apóstol en el Norte, en Lila, en pleno Flandes. Las relaciones entre los puertos del Mediterráneo y el mar del Norte eran frecuentes, y Brujas, como ya hemos dicho, era entonces el puerto de depósito del comercio europeo.—«San Vicente Ferrer, taumaturgo en su siglo, honró este convento con su preseñcia el año 1405, durante el curso de su misión apostólica, que iba acompañada de continuos prodigios é innumerables milagros.»—Así se expresa la *Historia cronológica de los Hermanos Predicadores*, de Ambrosio Cousin, manuscrito existente en los archivos de Lila, cuya noticia se ve confirmada en la *Historia de Nuestra Señora de la Parra*, del P. Juan Vincart, S. J. En el proyecto de la nueva basilica se ha acordado rodear el altar mayor de los cuatro santos que han honrado á Lila con su presencia y venerado este santuario, y son: San Bernardo, San Luis, Santo Tomás de Cantorbery y *San Vicente Ferrer*. Tendrá, pues, su capilla con vidrieras en las que se conmemoren los principales hechos de su historia.

Permitase al historiador que evite el escollo fatal de la monotonía, dando de cuando en cuando la palabra á las monografías loca-

les, con tanto más motivo, cuanto que sus autores han podido apreciar mejor los hechos, por estar más cerca de la fuente. En la biblioteca de Donai hay un libro antiguo impreso en 1627 con este título: *Vies et actions memorables des saints personnages ayant vécu dans les Pays-Bas*, escrito por el P. Choquet, en el que, después de mencionar al bienaventurado Alberto el Grande y Santo Tomás de Aquino, empuña la trompa épica y habla de San Vicente Ferrer en estos términos.—El texto está en latín, pero reproduzco una antigua traducción que no carece de atractivos.

«Otro, saliendo del mismo polo te miró más fijamente, patria querida, un ángel que fué tu huésped, aquel que percibió el Evangelista *volando por el aire*, llevando la palabra de Dios á todos los rincones de la tierra y gritando: Temed al Eterno y honradle en tanto que llega la hora de su juicio: Era el buen Vicente, natural de Valencia, procedente de la familia de Ferrare (sic), no menos ilustre por su piedad que por su estirpe. Este, digo, recibió la comisión del Todopoderoso de atravesar todas las provincias conocidas de la cristiandad para advertirlas seriamente de las venganzas que la justicia anotaba (sic). Este celo le hizo llegar hasta nosotros, y á pesar de que los reyes y potentados de Francia, España, Inglaterra, Alemania y hasta de África deseaban y le rogaban por medio de sus embajadores que se dignase favorecerles con su presencia, él nos dió la preferencia, sabe Dios con cuánta edificación de los pueblos y ciudades que oyeron sus buenas y santas enseñanzas, siendo insuficientes las iglesias para contener la multitud de gentes que allí afluían.

«Los milagros con que Dios le favoreció aumentaban esa afluencia, y eran tan frecuentes, que algunos han consignado que empleaba todos los días una hora en la curación extraordinaria de los enfermos; y aunque no usaba otra lengua que la española, la hacía universal y que fuera entendida por todas las demás naciones.»

Preciso es observar aquí que es un flamenco el que habla. En Lila, en el siglo XV, la mitad de la población por lo menos hablaba flamenco; en Bruselas todo el mundo.

Tomado de Rous broec: *Dat boec vun seven sloten* (*El libro de los siete sellos*): (Para compararlo con el catalán).

Die hoechste doecht, die ic weet, dat is gedoechsam lanemoedicheit: die spreect aldus: Heer, dijn wille, niet mijn ville, moet gheschien; altoes dijn loeff-ende dijne eer, niet mijn gherieff, noch mijn ghelost. Heer, ic yeve my u, ende ic laet my u, in tijt ende in ewicherit...

La virtud más alta que yo conozco es la paciente longanimidad que se expresa así: Señor, cúmplase tu voluntad, no la mía: sea siempre tu gloria y honor, no mi ventaja ó mi placer: Señor, yo me entrego á ti, y me doy á ti por el tiempo y la eternidad.

«Entre las reliquias conservadas en el convento de los Dominicos de Saint-Omer, escribe á su vez el P. Turpín, se veía una pequeña túnica de San Vicente Ferrer que se conserva cuidadosamente con mucho respeto, desde un día en que la robó un ladrón con otras muchas cosas de valor, y de ningún modo le fué posible atravesar la puerta del convento para huir con el botín (sic). Se la encerró en una arquilla á propósito de madera dorada, que se abre para verla y tocarla. Hay motivo para creer que esta reliquia procede de cuando este santo predicador estuvo en Saint-Omer, en donde predicó muchas veces en las parroquias y otros puntos, con admiración de los y las que acudieron en tropel á oírle.»

Flota también en el aire una vaga tradición, según la cual Vicente Ferrer debió evangelizar Amiens y la Picardia.

Isabel de Portugal, duquesa de Brabante y esposa de Felipe el Bueno, obtuvo de Calixto III la fundación de un convento de Dominicos en Bruselas, bajo la advocación de San Vicente Ferrer, porque había predicado allí y dejado huellas profundas de su paso por las poblaciones flamencas, según Bula expedida en Roma el 5 Noviembre 1457. Jacobo Meyer, en sus *Anales de Flandes* (Francfort 1580, en latín) da una biografía abreviada de Vicente Ferrer. No se ocuparía así la historia general de un país de un extranjero que no hubiese ejercido un gran influjo sobre sus destinos. «La iglesia de los Dominicos está puesta bajo la invocación de San Vicente Ferrer, dice la Historia de Bruselas de MM. A. Heune y Alfonso Wauters, actuales archiveros. Sobre el altar mayor, cuyos diseños hizo Van Nerven, había un cuadro de Janssens, representando al duque de Clèves, curado por intercesión del Santo, que hoy está en Santa Catalina.»— Lo he buscado en vano.

Todavía podríamos citar á Sanderus (*Choro-graphia sacra Brabantiae*) y los *fasti Belgici et Burgundici* de Miracus, pero son obras de segunda mano; faltan las noticias directas. Ni Cambray, de quien depende Bruselas, ni los archivos de Santa Gudula conservan documentos relativos á esta época. Verdad es que en 1695 fué bombardeada Bruselas por Villeroy y quemados sus archivos; pero las otras ciudades ofrecerían al historiador minas inagotables, si los salvajes revolucionarios no hubiesen destruido en 1792 inmen-

sidad de obras maestras, bibliotecas enteras, fruto del trabajo de los siglos.

Saludemos, como un augurio de prosperidad para este valiente pueblo, la reconstrucción del convento de los Dominicos de Bruselas.

Según el P. Trunville, Dominicano del país, en sus Memorias manuscritas, Vicente Ferrer debió partir de Arras para acudir al llamamiento del rey de Inglaterra. «En 1414 fué quemado el convento de los Hermanos Predicadores, sin que pudieran socorrerles los fieles por impedírselo las calamidades que el país acababa de sufrir. Felizmente para ellos, el P. Vicente Ferrer, que después fué canonizado, se había detenido en Arras y allí había predicado, como también en la parroquia Saint-Gery, pues cada día predicaba varias veces en las iglesias más frecuentadas, y al partir de Arras para trasladarse á Inglaterra, á donde le había rogado Enrique IV que fuera á predicar, dejó á nuestros Padres algunas limosnas que había recibido de la ciudad, pues el santo Religioso no guardaba más que lo preciso para el día, y con este socorro empezaron nuestros Padres á reponerse.»

«Mientras Vicente Ferrer recorría las Galias, Enrique IV de Lancaster, rey de Inglaterra, atento al rumor de sus admirables trabajos, le envió un buque con mensajeros encargados de pedirle que fuera á evangelizar la Gran Bretaña. Consintió el Santo en ello, predijo al rey graves acontecimientos, que después se confirmaron, y sembró en aquel país, no sin fruto, la divina palabra, pasando de allí á Escocia y por fin á Irlanda, en donde permaneció poco tiempo, volviendo en seguida á Francia.»

Así se expresa Razzano, su primer biógrafo, y parece difícil no deducir de aquí que Vicente Ferrer estuvo en Inglaterra. Pero mientras en todos los demás puntos su presencia movía oleadas de gente, cuyos gritos de entusiasmo han llegado hasta nosotros, todo permanece mudo en los tres reinos. Ninguna huella se encuentra en las historias generales; ninguna huella en las fuentes de la historia eclesiástica, tales como cartas ó edictos reales, monografías de las abadías, episcopólogos cuidadosamente catalogados en el *British museum*; nada en *Records office*, como tampoco en la biblioteca Lambeth; nada en la historia de los cincuenta y tres conventos de Dominicos que existían en Inglaterra antes de la Reforma; nada en las tradiciones populares, ni en Irlanda, ni en Escocia. La *Hibernia Dominicana* del P. Burke, obra muy completa, no hace mención alguna de él. La iglesia de Irlanda era entonces presa de sensibles disensiones; se habían esparcido odiosos folletos contra las Órdenes mendicantes

por algunos miembros del alto clero, como Ricardo Fitz-Ralph, arzobispo de Armay, y Felipe Morris, deán de Dublin, durando la penencia cerca de un siglo, en la cual intervinieron los Papas, pues existen bulas fulminantes contra los detractores de los monjes. Nada hubiera sido más á propósito para hacer cesar semejante estado de cosas, que el ejemplo y el prestigio de este ilustre monje, cuyo ascendiente se imponía á toda Europa.

Una luz brilló por un instante en este obscuro cielo. Cerca de Bristol existe un ermitorio edificado en la cima de una pintoresca montaña que lleva el nombre de San Vicente; pero las investigaciones hechas han comprobado que se trata de San Vicente mártir.

Pero hay un extraño contraste entre este mutismo absoluto y un sencillo episodio ocurrido en la corte del rey de Inglaterra, en Caen, episodio de que se hace mérito en el proceso de canonización y que relataremos á su tiempo.—La explicación se halla, á mi parecer, en la Vida de los Santos de Alban Butler, en donde se dice que en efecto «el rey Enrique IV de Lancaster, *estando en Flandes*, autorizó á Vicente Ferrer, en 1406, para predicar *en sus dominios*: lo cual hizo.» En tal caso sólo se trataría de sus dominios de Francia. Y Razzano habría completado su frase con un poco de cuidado en esa precisión que le caracteriza.

No es dudoso que el Apóstol deseara evangelizar las Islas Británicas, cuna de su familia; pero habiendo hallado al rey en el continente, no fué más lejos, siguiendo en esto, como en todo, las miras interiores de las conciencias y de los acontecimientos. El texto arriba citado habla de profecías: ¡qué sombrías debieron ser éstas! Pocas páginas hay más lúgubres que las de la historia de Inglaterra en esta época: el Parlamento más servil y más desprovisto de sentido moral que los Senados de la decadencia de Roma, aprobando todas las usurpaciones, sancionando todas las felonias; un pueblo á remolque de unos locos siniestros; costumbres de una ferocidad tal que ha podido decirse que lo más humano que había entonces en Inglaterra era el verdugo.—A pesar de todo era poderosa, y algunos años más tarde Enrique V de Lancaster parecía el árbitro del mundo. ¡Cosa extraña! Francia y España, reducidas á la nulidad por la guerra ó las divisiones intestinas, revivirán, y animadas constantemente por el catolicismo, multiplicarán la vida por todo el mundo; Inglaterra protestante, con cualidades administrativas de primer orden, sólo siembra la muerte.

En suma, Vicente Ferrer, apóstol del antiguo mundo, sólo ha evangelizado á fondo dos pueblos: España y Francia; ¿es este un hecho puramente casual?...—Y si se dirige una mirada á la historia de Santo Domingo y á los otros grandes agentes de vida, tales como Santa Teresa y San Ignacio de Loyola, se verá que España es una cuna fecundada por la Francia.—¡Qué triste es ver á estas dos naciones, tan grandes en otro tiempo, esterilizarse en una miseria vergonzosa, por obstinarse en no darles el régimen que les conviene, á pesar de que el buen sentido, en unión de las enseñanzas de la Iglesia, prescribe que se tenga en cuenta en la organización social las tradiciones y el genio de los pueblos!...





CAPÍTULO IX

ITALIA.—CENTRO DE FRANCIA.—
ANDALUCÍA

Campo de batalla de los güelfos y gibelinos.—Estudio de itinerario.—Auvernia: juicio de Salomón.—Sudoeste de Francia.—Génova «Iterum».—Santiago de Compostela.—Ciego curado por poderes.—La Coruña.—Batalla de Santos.—El asno.—Granada y los Alfaquies.—La judía de Écija.—Sevilla y Córdoba.—«Lacrymae rerum».

(1406-1407)

BAJO el punto de vista cronológico, el periodo que vamos á recorrer presenta así como saltos inexplicables, pues los itinerarios se cruzan y confunden, sin que nos sirva la lógica. Semejante á la brújula que se desvía y da vueltas cuando se la somete á la acción de un imán, Vicente Ferrer, con la vista fija en el camino de su apostolado, estaba sometido á la acción de otra fuerza: esta fuerza era Benedicto XIII. ¿Recibió alguna misión especial del rey de Inglaterra?—Este mismo rey echará muy pronto en cara á los dos pontífices el haber sacrificado miles de hombres á sus rivalidades.—Sólo sabemos una cosa y es, que Vicente Ferrer dejó bruscamente las costas Norte de Francia para volver á las del Mediterráneo en donde pronto iba á reaparecer el antipapa.

En el Norte de Italia aumentaban las desgracias públicas.

«En 1406, dice la crónica Dominica del Piamonte, Verceil parecia haber llegado á ser el punto de mira de todas las calamidades, y el territorio que la rodeaba el campo de batalla de los güelfos y de los gibelinos. En el desorden universal, el Santo reanimó esta ciudad con sus oportunos consejos y el vigor de sus discursos, ya hablando

al pueblo, ya asistiendo á las deliberaciones de los magistrados. Recorrió toda la Provincia y empleando el celo más fervoroso y un lenguaje suave, consiguió hacer reinar la paz por todas partes, borrar las huellas de la guerra civil y poner por fin término á las luchas entre el Sacerdocio y el Imperio. Y para que esta paz fuese duradera, para que un régimen político serio asegurase la dignidad, á la par que la honradez, de los ciudadanos, redactó leyes y estatutos que aprobaron el pueblo y el Gran Consejo de la Ciudad, y cuyo sano vigor no ha debilitado el tiempo.»

Por gloriosas que sean para nuestro Héroe, no deben aceptarse sin examen estas afirmaciones, cuya única fuente parece ser Cusano (Marco-Aurelio: *Discursos históricos sobre los obispos de Verceil*, Verceil, 1672).

«A los males de todas clases que nos abrumaban, dice, vino á añadirse la lucha entre Facino Cane, que ocupaba á Verceil, y el Marqués de Monferrato. Verceil parecía entonces haberse convertido en *el blanco de todas las desventuras y el campo de batalla de los güelfos y gibelinos...*» La identidad de estas metáforas tan apreciadas de los italianos me ha dado la clave. También Cusano habla de los estatutos inspirados por Vicente Ferrer y cuya observancia trajo consigo la paz pública, pero inventa más que invoca los documentos. En efecto, se refiere á Corbellini y á la *Tabella Ecclesiastica* de Verceil; pero Amelio Cordellini (*Historia dei Vescovi di Vercelli*, Milán 1647), señala bien la lucha entre Facino Cane y Teodoro de Monferrato, y que todos estos males fueron curados por la predicación de Vicente Ferrer, pero no dice nada más. La *Tabella Ecclesiastica* no existe en los archivos del Capítulo y el archivero duda que haya existido jamás. La voluminosa recopilación de los Estatutos de Verceil no hablan de Vicente Ferrer, si bien hacen mención de un Hermano menor que los revisó á mediados del siglo XIV. En el prólogo, muy discreto y muy piadoso, de una edición gótica de los mismos, publicada en 1541 bajo el título *Haec sunt statuta Communis et almae civitatis Vercellorum*, se hace constar que la legislación dejaba que desear; que cambiando las necesidades de los pueblos con los años, se hizo una pequeña reforma con la que se honra á dos jurisconsultos.

¿Ha tenido Cusano á la vista los documentos hoy perdidos?—Yo lo dudo, porque su estilo es sobre todo discursivo; sin embargo, era el eco, no el autor, de una tradición que los verceileses conservan aún con exquisito cuidado, y es posible que en medio del trastorno universal se tuvieran en cuenta los consejos de Vicente Ferrer, sin

consignarlos en los registros públicos. Sea lo que quiera, no puede dudarse de su presencia en Verceil: en esta ciudad había entonces dos obispos, y las discusiones eclesiásticas se unían ¡ah! á las rivalidades civiles; uno de ellos, Ludovico Fiesco, partidario de Benedicto XIII, debió valerse de su influjo; pero el Apóstol no pasó de aquí, porque Verceil limitaba por esta parte la obediencia Aviñonesa.

Cumplida esta misión, ¿hácia qué lado se dirigió?—El estado actual de los Archivos no permite contestar, siendo á tal punto inextricable el *imbroglio*, que llega uno á preguntarse si efectivamente estaría Vicente Ferrer en varios puntos á la vez, como han dicho algunos biógrafos crédulos.

«A principios de Marzo del año 1407, dice la crónica de Génova, citada más arriba, escribió el Papa Benedicto XIII á los genoveses que estaba dispuesto á renunciar al Sumo Pontificado por la paz de la Iglesia, pidiéndoles que rogaran por ella, y con este motivo el 12 de dicho mes, día de San Gregorio, celebró el arzobispo pontificalmente la misa del Espíritu Santo, asistiendo todo el clero, las Autoridades y una multitud de gente, y predicando Vicente Ferrer, de quien ya se ha hecho mención.» —Y Semeria: «Cuando la peste disminuyó algo, empleó el Santo su celo en procurar la unión de la Iglesia, y á este fin obtuvo del arzobispo Pileo de Marini, que se celebraran rogativas públicas, las cuales duraron muchos días, con procesiones, principalmente el 12 de Marzo de 1407, en cuyo día predicó Vicente Ferrer con una admirable fuerza de espíritu.»

Por su parte, *la Gallia Christiana*, sobria generalmente de tales relatos, dice «que en tiempo del obispo Enrique de la Tour, San Vicente Ferrer, de la Orden de los Hermanos Predicadores, predicó durante el Adviento y la Cuaresma en Clermont, en 1407, conservándose una parte del púlpito en la catedral, y la otra en el convento de los Hermanos Predicadores.» En efecto, los Canónigos y los Religiosos se disputaban su posesión y no se encontró mejor expediente que el de partirlo por la mitad. Desgraciadamente, no se conservan testimonios de este nuevo juicio de Salomón.

Una tradición constante afirma su paso por Issoire, precisando el siguiente detalle: «El número de comuniones fué tan considerable, que fué preciso dar la Sagrada Forma en la plaza pública.» Chabrol, en sus *Costumbres de Auvernia*, señala su presencia en Riom, en donde «predicaba en la calle, frente al reloj, en 1407, no pudiendo la iglesia contener la multitud de gente, y hasta fué preciso hacer guardar las puertas de la ciudad.»

Lo mismo sucedió en Lyon, á mediados de 1407, en donde hizo esta profecía memorable: «En la primera casa de la cristiandad se prepara un complot que, cuando estalle, complicará singularmente la política. *Bona gent, et se fa un pastis en lo pus noble hostal de Christians, lo qual quant sera descubert pudira molt fort.* (Traducido al pie de la letra: Buenas gentes, se está haciendo una entruchada en la casa más noble de la cristiandad que, cuando se descubra, olerá muy mal). Se trataba del duque de Orleans, asesinado el 22 de Noviembre de 1407. Si se añade que muchos autores señalan en esta época su apostolado en Guyena, Turena y el Poitón, el problema se presenta muy difícil.

He creído hallar una explicación en los documentos de nuestras ciudades del Centro, que llevan todos la fecha de 1417, en cuyo caso sólo se trataría de un error de número; pero la mención formal del obispo Enrique de la Tour, que murió en 1405, no permite admitir esta confusión. Por otra parte, no ofrece duda el doble apostolado de Vicente Ferrer en Auvernia.

La solución más probable, después de un atento examen, está en la antigua costumbre de empezar el año el 25 de Marzo, costumbre que no tomaban en cuenta los italianos. Tomando como base el año 1406 en que se encuentra en Verceil, el Santo, partiendo de Brujas por mar, como había ido, vuelve directamente á Génova, evangeliza las provincias italianas sometidas á Benedicto XIII, luego en Marzo, es decir, á fines de este año 1406 (alias 1407) aparece de nuevo en Génova, de donde algún buque cargado para los puertos del Océano le transporta á la Rochela ó á Burdeos. Según esta hipótesis, habría consagrado una parte del año 1407 á nuestras provincias del Sud-Oeste, y los últimos meses hasta Pascua á nuestras ciudades del Centro. En seguida remontaría hasta Lyon, de donde, bajando por el Ródano, habría desembarcado por tercera vez en Génova, que sería, por decirlo así, su punto de enlace, á causa de la presencia en él de Benedicto XIII.

Nuestras provincias del Sud-Oeste no conservan huellas de su paso, excepto Santa Radegunda, de Poitiers, cuyo púlpito dicen que fué ilustrado por él. Es, además, patrón de una parroquia cerca de Poitiers, lo cual aumentaría la probabilidad por lo menos de una rápida travesía.

De nuevo debió hacer una larga permanencia en Génova y sus cercanías, porque el manuscrito de Perusa contiene un sermón predicado en Savona *in solemnitate Capituli Provincialis* el primer domingo después de Pascua de 1408.

¿Cedia Benedicto XIII á las amonestaciones que le comunicó Vicente Ferrer de parte del rey de Inglaterra? ¿Tendría remordimiento ó deseo sincero de la paz?—Lo cierto es, como refiere el cronista Stella, que, á petición suya, se hicieron entonces en Génova pomposas ceremonias para que cesase el cisma. Pero «dice tristemente otro cronista, nada se consiguió, porque los dos Papas hablaban mucho, sin que los actos correspondieran con sus palabras.»

Vicente Ferrer llevaba más que otro alguno el peso de esta situación, y semejante peso le abrumaba algunas veces, yendo á buscar en un apostolado lejano un calmante para sus angustias.

Helo ahí en Compostela, peregrino al sepulcro de Santiago. Había recorrido lentamente el camino que conduce al santuario y orado en cada una de las estaciones que le preceden, como él mismo lo dijo en uno de sus sermones. Allí, como en todas partes, realizó obras maravillosas, hasta el punto de que veinte años después aun duraban las conversiones, y los convertidos repetían su nombre con gratitud. En la iglesia de Santo Domingo, de Santiago, existe un púlpito de hierro del que dicen que se sirvió, y en uno de los altares está representado predicando en él.

Un día después de los oficios, llegó á los pies del Santo, atravesando la multitud, un hombre joven y vigoroso, pero ciego, suplicándole con vivas instancias que le devolviese la vista. Su estatura y su voz llamaron la atención y todo el mundo esperaba que el Apóstol le sanara haciendo el signo de la cruz, como á tantos otros, pero con gran sorpresa de todos le dijo: «Yo no hago milagros. ¿De dónde eres?—De Oviedo. —Pues bien, vuélvete á Oviedo, entra en la catedral y allí, de rodillas ante la imagen del Salvador, dile que yo te envío y serás atendido.»

El joven no titubeó, se puso en camino y llegado ante la santa imagen, dijo: «Señor, el Hermano Vicente me envía para que vos me curéis.» La santa imagen ratificó la palabra de su siervo. ¿Será ésta una manera de despertar los espíritus, tan propicios á hastiarse aún de los prodigios más asombrosos? ¿Tenía necesidad este joven de ser confirmado en su fé?—No me incumbe explicar; relato.

Helo aquí en la Coruña aspirando las brisas lejanas y soñando con el martirio. Todos sus biógrafos dicen que se hubiera embarcado con destino á los países que entonces se llamaban berberiscos, si una orden precisa de su soberano no le hubiere llamado al centro de España, en donde la desgracia iba á dejar sentir repetidamente sus golpes. Aun se conserva en la Coruña el recuerdo de un extraño



episodio de este viaje que no se parece á ningún otro. Predicando delante de la Colegiata, en cuyo pórtico se venera una imagen de la Santa Virgen, pronunció la siguiente profecía: «Día vendrá en que los peces del mar se recrearán en esta plaza.—No, dijo la Virgen en alta voz, no será mientras yo esté aquí.» Lucha patética, que más de una vez tendremos ocasión de bendecir, entre el campeón de la justicia y el depositario de la misericordia, trabajando ambos en favor de los pobres mortales.

Por lo demás, al dejarle en nuestra Europa, realizó la Providencia los sueños de Vicente Ferrer. La España musulmana iba á ejercitar su celo y de ese mismo centro de la infidelidad es de donde recibió el primer llamamiento.

Ya hacía mucho tiempo que Valencia era cristiana; las campanas de la Giralda de Sevilla cantaban alegremente los misterios de Cristo; la Cruz brillaba sobre la mezquita de Córdoba; y sólo Granada, adormecida á los pies de la Alhambra, profesaba todavía la ley del Profeta. Pero una voz potente se había dejado oír en los aires y atravesado los gruesos muros que mantienen la eterna frescura en el palacio de los reyes moros. Al tener noticia el rey de Granada de la fama del Apóstol, que especialmente desde Génova se había esparcido por toda Europa, envió barcos en su busca, los cuales, después de informarse en vano en varios puertos de España y la Liguria, le hallaron por fin, procedente de la Coruña, en una de las costas de Provenza. Siguió él la vía que le trazaban los acontecimientos y Dios le dió una prueba de que no le quería en los países de Ultramar, pues se le formó una profunda llaga en una pierna, que le obligó á hacer su entrada en la esplendorosa Alhambra montado en un asno.

Las silenciosas bóvedas se conmovieron al eco de esta potente palabra, el temor de Dios penetró en las almas y turbó á los que dormían el sueño de una muerte, muchas veces secular. Apenas había predicado tres veces, que ocho mil moros pidieron el bautismo, y hasta el mismo rey meditaba el proyecto de abrazar la fé de Cristo, cuando recibió enérgicas advertencias de los alfaquies, mufties y otros, amenazándole con una revolución general si renunciaba al Profeta. Cedió el débil monarca; llamó al Apóstol á su presencia, le dió las gracias y le dijo que con gran sentimiento suyo no podía permitirle por más tiempo que permaneciera en su reino.—Es la historia eterna: «No das gusto á los Sátrapas.» El texto dice: «Tú eres bueno y tienes un alma recta; nada he hallado en ti reprehensible

desde el día que llegaste aquí. Pero no gustas á los Sátrapas. Vuélvete, pues, en paz y que tu presencia no ofenda más la mirada de los Sátrapas Filisteos.—(1, Libro de los Reyes).

Comprendió el Santo que no había sonado aún la hora de este pueblo, y adorando los secretos de la Providencia, no quiso exponer á una persecución el pequeño rebaño conquistado á Jesucristo. Pero su dolor fué muy vivo cuando algunos meses después supo que acababa de morir este rey, habiendo dejado pasar la gracia de Dios. Efectivamente, murió el 11 de Mayo de 1408. Los Padres del convento de Calatayud fijan en 7.000 el número de los musulmanes convertidos en este primer encuentro, y mencionan la buena intención del rey neutralizada por los Marabutos.

No sorprenden estos resultados, porque el Apóstol se había preparado, viéndose en las dos recopilaciones autógrafas de sermones que poseemos su preocupación constante respecto á los moros y los judíos. El primero le compuso el Santo, según dice el mismo, en 1407, á consecuencia del movimiento hácia la fé que acababa de agitar á la España musulmana.

Continuando su ruta á través de Andalucía «evangelizó Jaén, según refiere una historia local; entró triunfalmente en Baeza por la puerta del *Belmor*, hoy *del Postigo*; é hizo oír con voz tan poderosa el *Poenitentiam agite*, que muchos culpables cayeron con el rostro en tierra, gritando perdón y confesión. Predicó en un campo próximo á la iglesia de San Marcos y por mucho tiempo se ha conservado su púlpito».

Entretanto, Sevilla y Córdoba quisieron también oír á este predicador extraordinario, y á ellas se dirigió Vicente Ferrer, encontrando en su camino á Écija, ciudad antigua, enteramente blanca, como en tiempo de los moros, en donde ocurrió el maravilloso suceso de la judía aplastada.

Habia entre sus oyentes una judía rica y poderosa, pero terca, y á pesar de los resplandores que veía en la predicación del Apóstol, dirigía contra él sarcasmos continuos. Un día, para hacer más patente su desprecio, se levantó para salir á la mitad del sermón y la multitud indignada le cerraba el paso. «Dejad salir á esa mujer, dijo el Santo; pero que se retiren á un lado los que están en el pórtico.» Tan luego como llegó á él la judía, se cayó la puerta, y quedó aplastada, de manera que al retirarla de allí era sólo una masa informe de carne ensangrentada. Todos se miran temblando, no atreviéndose á pedir al Santo que remedie una desgracia que era evidente castigo de

Dios; pero él oró con todo fervor y en medio de la consternación general, le oyeron exclamar: «¡Mujer, en nombre de Jesucristo, recobra la vida!»

En memoria de este beneficio y después de recibir el bautismo, instituyó la judía una fundación para que todos los años el domingo de Ramos, día en que ocurrió el milagro, se celebre una fiesta solemne con procesión y sermón acerca de este suceso, que precisamente ha de predicar un Dominico.

Las paredes del pórtico se levantaron de nuevo, pero se ha conservado por respeto la puerta antigua y el púlpito desde el cual hizo este milagro Vicente Ferrer, púlpito que ya no usaba más que el Dominico encargado del sermón el día de la fiesta conmemorativa. El último que subió á él fué el P. D. Marcial Pérez de Mina, el año anterior á la para siempre funesta expulsión de 1835, el cual vive todavía. Actor y testigo, ha cerrado esta tradición anual de cuatro siglos. Este milagro estaba representado en un gran lienzo que adornaba el claustro de nuestro convento de Écija, en el que aun tiene Vicente Ferrer su altar y su imagen, pero han desaparecido los cuadros, entre ellos este que representaba á la judía aplastada.

Junto á la Catedral de Sevilla, á la sombra de la Giralda, se extiende un vasto espacio llamado *patio de las naranjas* ó de *Nuestra Señora de la Granada*, con motivo de una capilla construida en honor de la Virgen que apareció debajo de un granado. Allí fué donde predicó Vicente Ferrer, perpetuándose el recuerdo de esta predicación en un cuadro de valor, que ha sido reproducido por la casa Gonpil, de Paris. El primer objeto que llama la atención al salir de la sacristia en la iglesia de San Pablo, de Sevilla, es San Vicente Ferrer en su altar con las disciplinas en una mano, el crucifijo en la otra y la mitra á sus pies. Es la traducción en mármol de esta frase: «El glorioso San Vicente Ferrer introdujo la costumbre de la disciplina, continuada en la cofradía del Buen Ladrón. Se honra su imagen con la disciplina en la mano. Predicó aquí el año 1408.» (González de León, Historia de las cofradías fundadas en Sevilla).—Los *Anales de Sevilla*, de Ortiz y Zúñiga, mencionan los mismos hechos.

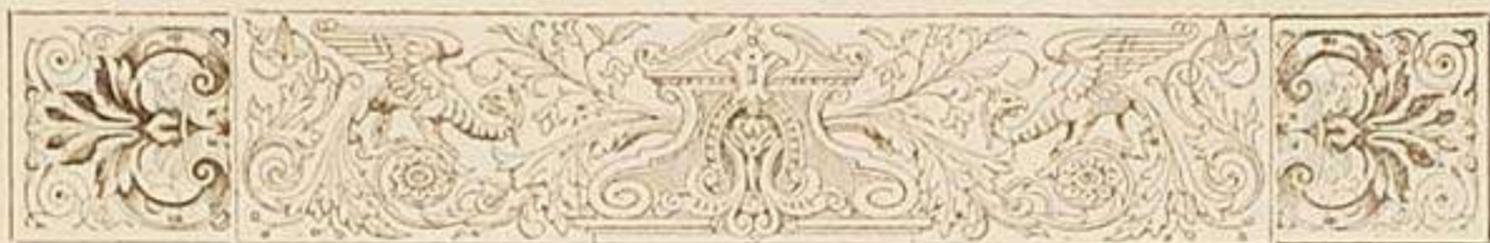
En Córdoba, no bastando para contener á la multitud la maravillosa catedral de las mil columnas, fué preciso buscar sitios más extensos. También allí teníamos, como en Sevilla, un hermoso convento consagrado á San Pablo, en el que se conserva respetuosamente el púlpito en torno al cual reunía Vicente Ferrer á los religiosos.

Pero es indecible el velo de luto, de olvido, de desaliento que se ha extendido sobre la España monástica después de 1835. ¡Ruinas, por todas partes ruinas! De estos monasterios tan llenos de vida, poblados de inteligencias de primer orden, apenas quedan algunos viejos, tristes restos del ejército de Dios. Fuera de su elemento, acostumbrados á respirar el aire de las alturas, se han debilitado en las filas de un ministerio respetable, sin duda alguna, pero al cual no estaban habituados, y se extinguen poco á poco. Las iglesias, grandes cuerpos sin alma, edificadas para las multitudes, asombradas de su soledad, se desmoronan á impulsos de las injurias del tiempo. Sólo en Sevilla había once conventos dominicos de ambos sexos.

Después de haber llorado sobre tantos crímenes, séanos permitido saludar la aurora de una reparación largo tiempo esperada. La Orden Dominica adquiere nueva vida en toda la Península, gracias á la solicitud del último Maestro General, el llorado P. Larroca, nacido bajo el cielo azul de España, como Santo Domingo y San Vicente Ferrer.







CAPÍTULO X

CASTILLA Y NAVARRA

El mundo de los espíritus.—La Sinagoga de Toledo.—Castelar.—
 Los niños mártires.—Refrán popular.—Vista ultratumba.—Las
 mujeres de Cuenca.—La cuna de Santo Domingo.—La antigua
 Burgos.—El idioma vascuence.—Los naranjos de San Sebas-
 tián.—Popilius.—Tolosa: calle Mayor, 20.—Jesuitas Dominicos.
 —Mondragón.—Viva Navarra.—El muerto revelador.

EL Apóstol camina en lo sucesivo más lentamente, y del mismo modo, á medida que avanzamos, encontramos huellas más profundas; los Municipios hablan, no sólo por medio de sus actas, sino también de instituciones que han subsistido á través de los siglos. El elemento sobrenatural se acentúa más y más; el don de lenguas se ve confirmado entre los vascos; se produce una nueva forma de prodigios, frecuente, sin duda, en la vida íntima de nuestro Héroe, pero que hasta ahora no habíamos visto brillar en plena luz; me refiero á sus relaciones con el mundo de los Espíritus. El ángel custodio de Barcelona, la terrible noche de Navidad del rey Pedro IV, son las visiones de San Ignacio.

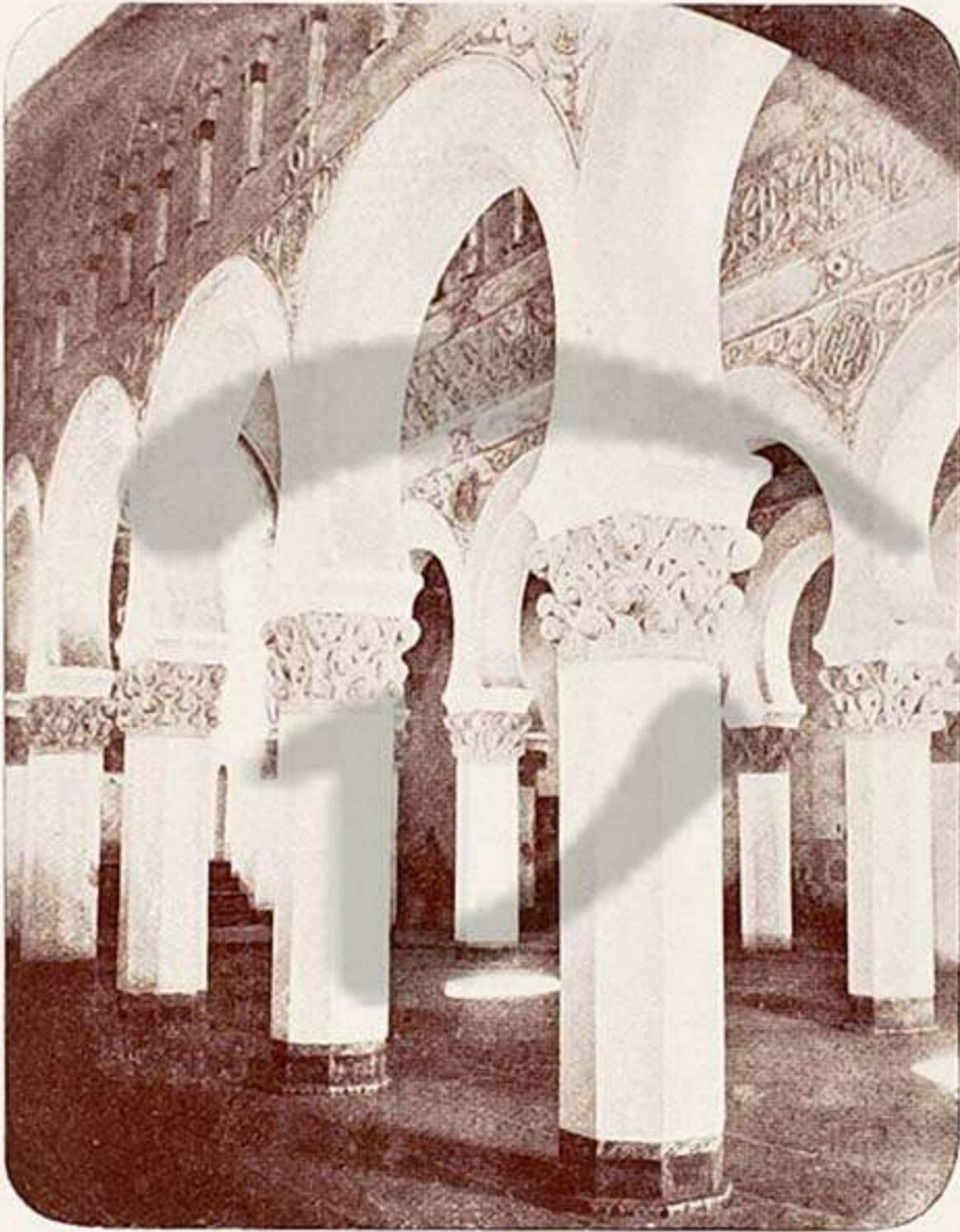
Vicente Ferrer sabia que este hermoso país, dividido entonces en muchos reinos y sujeto aún en parte al yugo de los infieles, formaría pronto esa unidad que llamamos España, su patria, y para ello trabajó más que nadie, sin herir ningún derecho. Mientras este caso llegaba, él la quería cristiana, pues sólo los cristianos tienen patrias, y á este efecto recorrió en todos sentidos la Península Ibérica. Acabamos de verle evangelizar la Andalucía, desde donde se dirige hácia el Norte, atraído por Toledo; era natural la transmisión.

Ciudad opulenta y populosa, Toledo estaba llena de moros y judíos, los que, gracias á la debilidad de los gobiernos y á los desórdenes del cisma, se mostraban insolentes y multiplicaban las opresiones. Vicente Ferrer atacó de frente este baluarte de los enemigos de la fé; pero ante todo habia que luchar contra el terror que inspiraban los judíos y devolver á los cristianos despreciados y maltratados la santa libertad de los hijos de Dios. Era necesario un golpe decisivo, y éste se dió; y la caída de su Sinagoga, que, según decian, se remontaba á Zorobabel, fué considerada por los mismos judíos como el presagio de una ruina definitiva.

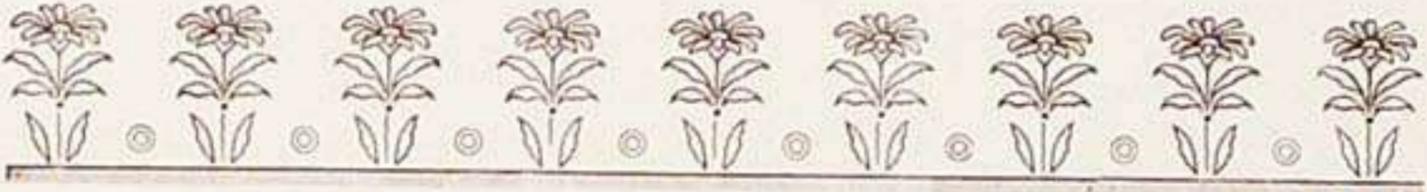
Predicando un día Vicente Ferrer en la iglesia de Santiago, en el arrabal de Toledo, ante un inmenso gentío, se mostró de repente como poseido de una santa audacia y exclamó: «¿Es posible que consintáis tales monumentos de perfidia? Vamos á la Sinagoga; que se convierta en el más hermoso santuario dedicado á la Madre de Dios en esta ciudad que le está consagrada.» Toledo, efectivamente, estaba consagrado á la Santa Virgen después de su célebre aparición á San Ildefonso, hijo y luego obispo de esta ciudad. Y allí se dirige, lleno de ardor, con su crucifijo en alto, y el pueblo le sigue. Poseidos de un terror sobrenatural, asistieron los judíos sin protestar á la ocupación de su templo, haciéndose la cesión de éste de mútua conformidad y, convertidos en su mayor parte, volvieron allí á adorar á aquel á quien sus padres habian crucificado. El templo fué transformado en iglesia católica bajo la advocación de *Santa María la Blanca*.

Este monumento, que todavía existe, no llama en modo alguno la atención por su aspecto exterior, reservando los judíos para el interior todos los recursos de su genio, porque habian leído en los salmos de su rey: *Omnis gloria abintus*, y la aplicaban á su manera. Por otra parte, aborrecidos siempre á causa de las riquezas que arrebatában á las necesidades de los príncipes y de los particulares, siempre sospechosos por efecto de esos rumores siniestros que flotan en el aire y nos rozan como el ala de un ave nocturna, procuraban no atraer las miradas y aparentar una vida miserable. Pero el interior deslumbraba. Figúrese el lector una iglesia de cinco naves, cuyas pilastras y arcos están trabajados con gusto exquisito como el más fino encaje. Ramón Parra, el mejor guía de Toledo, dice que esta sinagoga, edificada en el siglo XII, es de la época de transición llamada *Arabe-Andaluza*, que ha producido obras tan magníficas. En el muro del jardín hay una inscripción en que se refieren los

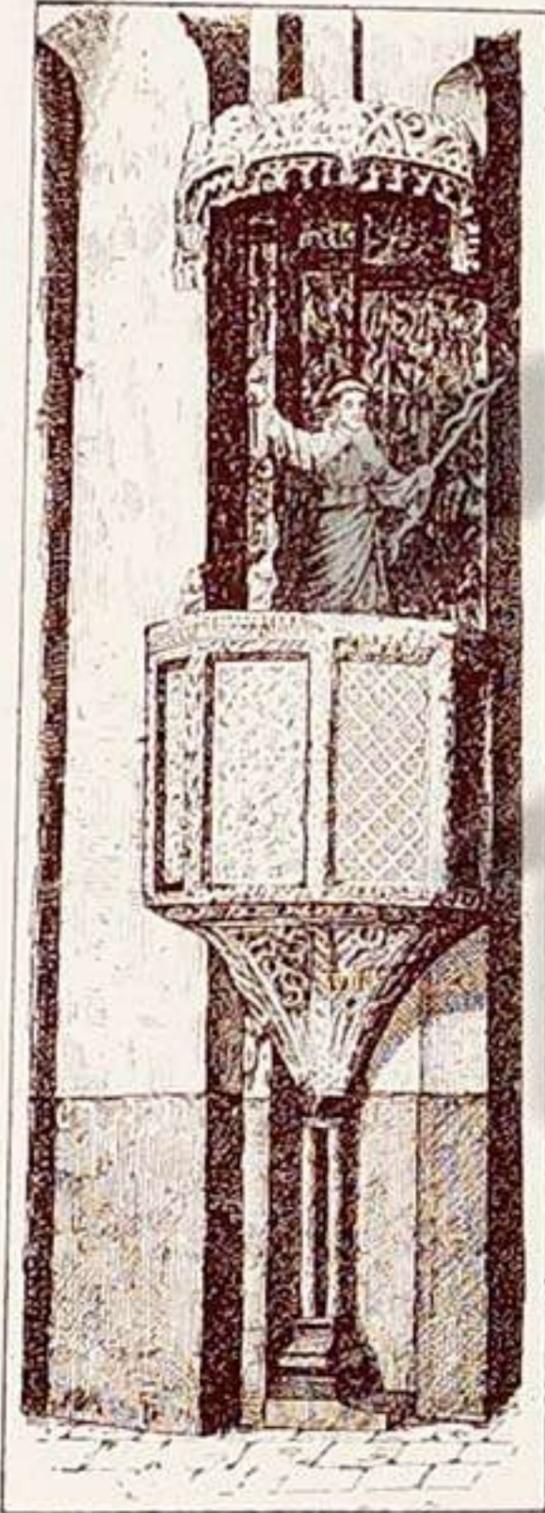
TOLEDO



Nuestra Señora la Blanca.

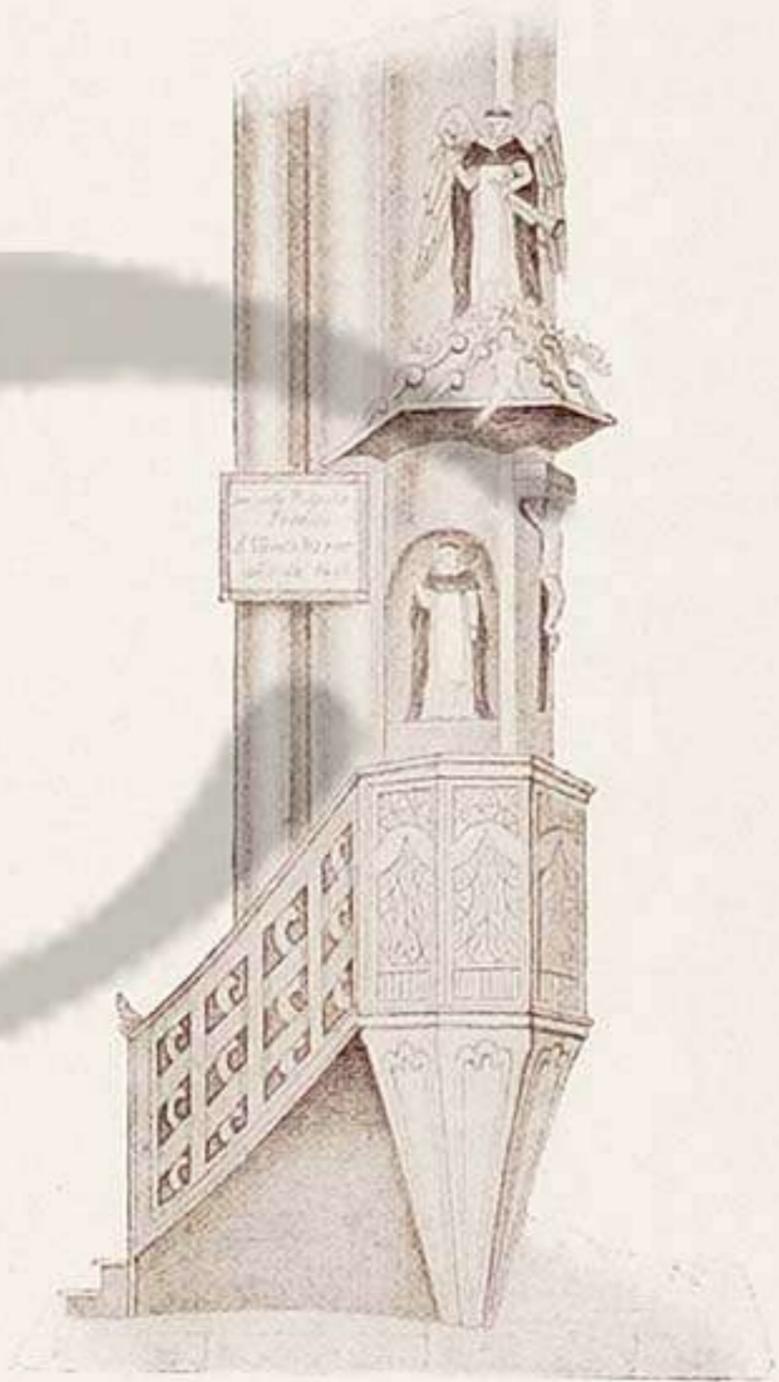


TOLEDO

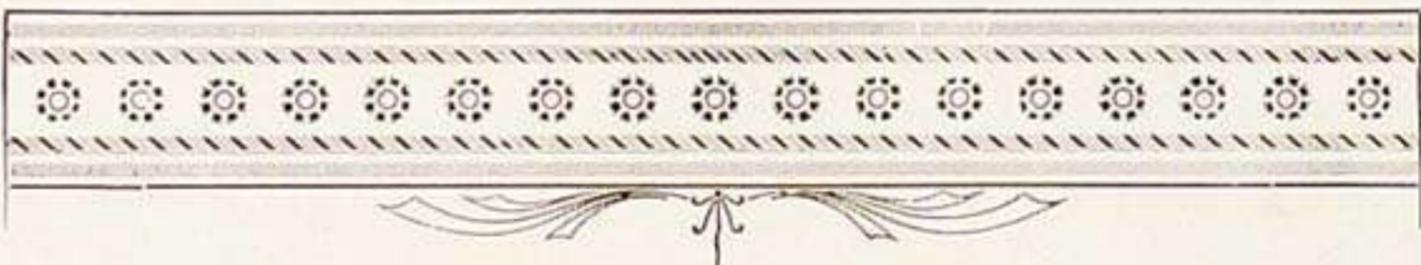


Púlpito en el que aun se conserva
SAN VICENTE FERRER
con su Crucifijo.

MONDRAGÓN



Púlpito
en que predicó SAN VICENTE FERRER
en Mondragón en 1408.



hechos y empieza así: «*Este edificio fué Sinagoga hasta los años de 1405 que se consagró en Iglesia con título de Santa María la Blanca por la predicación de San Vicente Ferrer.*» La fecha evidentemente está equivocada. El nuevo nombre se debe á la uniforme blancura de las paredes; pero este tinte del yeso desaparece ante la magnificencia de la ornamentación.

Allí, como en Valencia, se conmemoran aún estos acontecimientos por medio de ceremonias públicas, saliendo de la iglesia de Santiago, el día aniversario del suceso, una solemne procesión con la imagen de San Vicente Ferrer, llevando en la mano el mismo crucifijo. Por lo demás, no hemos hecho otra cosa que resumir lo que dicen los escritores de la localidad.

La iglesia de *Santiago* se conserva tal como era entonces, y en el púlpito, de piedra labrada, se ha colocado una imagen en actitud de predicar, tapiando la puerta. Nadie le ha ocupado después, habiendo otro enfrente para el servicio de la iglesia.

En la de nuestro convento, edificado por el rey Fernando en 1230 y en el que debió habitar Vicente Ferrer, se ve un gran cuadro en el que se representa una escena muy animada, apareciendo el Santo en la parte superior: debe ser la entrada del mismo en la sinagoga de Toledo.

En las Cortes Constituyentes de 1869, Castelar, jefe del partido republicano en España, es decir, de todo lo que tiende á destruir las glorias pasadas, creyó deber atacar violentamente á Vicente Ferrer. Por la época en que el Santo predicaba en Toledo hubo una matanza de judíos y Castelar dijo naturalmente que ésta habia tenido lugar á instigación suya. Eso sería preciso probarlo. Si Vicente Ferrer se hubiera mezclado en ello, sería para contener el tumulto, como hizo en Valencia. Hay otros hechos, ¡ah! más reales.

A ambos lados del claustro de la catedral de Toledo se ven unos frescos representando un niño, robado primero y luego crucificado por los judíos, y el 15 de Septiembre se celebra en la diócesis la fiesta de un pequeño Mártir, con el nombre de *Santo Niño de la Guarda*. Las lecciones del breviario, al relatar sencillamente el hecho, son en extremo lúgubres, pues se hizo sufrir á esta inocente criatura todos los tormentos de Cristo. Y este no fué un acto aislado. Castelar hubiera obrado prudentemente, si la prudencia fuera posible en gentes agitadas por el espíritu del mal, no tocando esta cuestión. ¡Qué extraña necesidad tienen todos estos renegados del patriotismo de hacer causa común con los judíos! Es un hecho que se olvida dema-

siado que sólo los católicos están en su casa como dueños en los países católicos, y que nada subleva tanto el alma humana como el abuso de la hospitalidad.

Hemos dicho que el Apóstol se dirigía hacia el Norte. En Guadalajara se conserva aún su recuerdo en forma de proverbio, esa sabiduría de los pueblos. Tenían allí la manía de jurar con cualquier motivo y él recordó las palabras del evangelio: *Est, est; non, non.*—Lo que dió origen á este refrán popular: *‘Digan todos, seguramente, que así lo dice Vicente.*

Durante algunas horas se detuvo en Lupiana, monasterio de Jerónimos, cuyo suelo pisó con respeto, porque intuitivamente se presentaban á sus ojos generaciones de santos, durmiendo ya los unos bajo la bendita tierra, los otros en el porvenir, fortificantes visiones que comunicó á los Religiosos. Registradas las sepulturas por una piadosa curiosidad, aparecieron los cuerpos como si la muerte les hubiera apenas rozado con su ala, y en los siglos sucesivos han brillado también dinastías de Santos. «Este convento es la casa de los Ángeles,» lo cual se comprobó el 28 de Agosto de 1630, en que, al volver á entrar la comunidad en el coro después de acompañar el Santo Viático llevado á un enfermo, se dejó oír la música de los Ángeles. El hecho pareció que revestía bastante importancia para que el cardenal Antonio Zapata, Inquisidor General y Arzobispo de Toledo, lo consignara el año siguiente por auto judicial.

En aquella época tenía el Apóstol en su compañía á un judío convertido, docto maestro entre los israelitas, que le era muy útil para entenderse con sus correligionarios. Impresionado por lo que el Santo había dicho en Lupiana, quiso tomar allí el hábito dominico con el nombre de Pedro de Madrid, y fué tal su celo, que parecía haber heredado el espíritu del maestro. Volvió á este monasterio para descansar él también en lo que después se llamó el *claustro de los Santos*, pero el tiempo y los hombres han consumado su obra y Lupiana no es más que una ruina y un jardín.

Vicente Ferrer, que en Valencia se descubría siempre ante una casa de apariencia vulgar, porque en ella debía nacer un servidor de Dios, debió sin duda saludar á lo menos la ciudad de Ávila que pronto había de hacer ilustre Santa Teresa.

¡Ah! no todo es consolador en las visiones de los profetas, y los profetas de Israel tuvieron que predecir demasiadas desgracias. Al ver al día siguiente las torres de Alcalá: *¡Cumplutum putens iniquitatis!* —«¡Alcalá, abismo de iniquidad!», dijo, y pasó de largo. La Univer-

sidad de Alcalá fué célebre en algún tiempo, pero decayó por la mala fama de sus depravadas costumbres.

En Sigüenza, población entonces importante, debió predicar el Apóstol en el pórtico de la iglesia principal, por ser ésta demasiado pequeña para contener á la multitud. En Huete cambió en agua saludable un manantial hasta entonces dañoso á las personas y á los animales. En Luzón, la piedra que le sirvió de púlpito, pulverizada, fué por mucho tiempo un remedio para varias enfermedades.

Madrid sólo distaba de allí dos pasos, pero entonces Madrid no constaba más que de algunas casas escalonadas en las agradables orillas del Manzanares.

En Cuenca consiguió atraer á los hombres á la virtud, pero las mujeres resistieron, y furiosas al ver que las abandonaban sus cómplices, asaltaron la casa que habitaba y le echaron de la ciudad por una pequeña puerta que se estaba construyendo y que en recuerdo de esta hazaña no se terminó jamás. ¡Pobres cristianos! No parece que el Santo opusiera resistencia, ni llamara sobre ellas maldición alguna: la lógica de los hechos fué bastante castigo.

En Palencia encontramos cofradías famosas de albañiles, instituidas en memoria del albañil de Barcelona, bajo el patronato de San Vicente Ferrer, las cuales le han puesto, bajo el punto de vista de la devoción popular, á la par de Santo Domingo, quien, como es sabido, terminó allí sus estudios. Por lo demás, estamos en Castilla, bendita cuna de nuestra Orden.

En medio de una inmensa llanura, movible como las ondulaciones de un mar agitado, se halla el pequeño pueblo de Caleruega, en donde vino al mundo el patriarca de los Hermanos Predicadores. Estos espacios sin límites, desprovistos de árboles, batidos de los vientos, en que el trabajo del hombre disputa palmo á palmo el terreno á una naturaleza rebelde, se armonizan bien con la creación de una Orden destinada á hacer brillar la verdad en el mundo á través de tantos obstáculos. También Vicente Ferrer recorrió estos senderos llenos de una poesía salvaje, en los que Domingo, prelu-diando el Rosario inmortal, lanzaba al viento *Avemarias* mezcladas con el perfume de las rosas deshojadas. A esta cuna fué á pedir luz y fuerza para él y una bendición para la patria de ambos.

La antigua Burgos recibió su visita, y en el coro de *las Huelgas* (palabra que significa *descanso*), monasterio edificado por el rey Alfonso VIII y que le sirve de tumba, hay un fresco representando la predicación de Vicente Ferrer. Su púlpito estaba formado de table-

ros de encina unidos de una manera grosera, que en 1560 se cubrieron con una guarnición de hierro dorado, representando diversos asuntos religiosos.

También es una ruina, ¡ah! nuestro hermoso convento de San Pablo, en Burgos, tan hermoso, que su iglesia podía compararse con la catedral. La Revolución retrocedió ante un sacrilegio artístico y el admirable monumento permaneció treinta años en pie, aislado, siendo objeto de admiración y de tristeza, hasta que en 1870 se mandó arrasar y levantar en su lugar un cuartel de artillería. El altar y la imagen de San Vicente Ferrer fueron trasladados á la pequeña iglesia de un pueblo próximo, llamado Gamonal: esa imagen le representa rehusando la mitra y el capelo. Flores dice que nuestro convento guardaba con religioso respeto una gran parte de un traje que había pertenecido á Vicente Ferrer, y en la célebre Cartuja de Burgos, en donde *la estatua de San Bruno hablaría si no lo prohibiese la regla*, existe también su retrato del siglo XVI.

Admiremos de paso las hermosas obras de arte que Burgos debe á su obispo Pablo de Santa Maria, rabino convertido por nuestro Santo.

Salido de Burgos recorrió Vicente Ferrer como apóstol esa provincia, cuyo nombre es desconocido para todos los que no son del país, Guipúzcoa. Este es el país vasco, en el que se habla todavía ese idioma original de origen desconocido, como el del Nilo, y completamente obscuro para los profanos, no habiendo empezado á difundirse el español hasta hace medio siglo. Seguramente que Vicente Ferrer no pudo hacerse comprender allí más que en virtud de un milagro.

Proverbios Vascuences.

Asco vaelve asco beareodoe.

Si tienes mucho tendrás más necesidades.

Xasco epaslea, aurtengoen urcasalea.

El ladrón del año pasado hace colgar al de este año.

Vhoin andiae urka erasten ditu xipiae.

El ladrón grande hace colgar á los pequeños.

Ikus nesan orraz-ohoina asotaturie.

Urre molsoarena alcateturie.

Yo vi azotado al que robó alfileres

Y convertido en alcalde al que robó el tesoro (!).

Garisuna eta urkabea, asturugaizezat.

La Cuaresma y la horca se han hecho para los pobres.

Guiça ustea guztia ustel.

Las esperanzas de los hombres están todas podridas.

Begui bates aski du saltunac.

Ehun estitu sobera erostunac.

Al vendedor le basta un ojo, pero el comprador necesita más de ciento.

(El país Vasco, por Francisco Michel, Paris, Didot, MDCCCLVII in 8.º, p. 33-35).

Vitoria, capital eclesiástica de las Provincias Vascongadas, cuenta aún muchas familias que se enorgullecen de proceder de los judíos convertidos por el maestro Vicente.

En San Sebastián, cuyos naranjos son célebres por más de un título, tendría uno gusto de hallar la casa en que éste habitó, convertida en lugar de peregrinación, esperanza que hacen concebir todos los historiadores; pero que se ve defraudada. En cambio se cuenta en el seno de las familias una graciosa leyenda.—Un pastor que guardaba sus carneros en un collado próximo, tenía vivos deseos de oír á este Predicador de quien todo el mundo contaba maravillas, y con este objeto, después de encomendarse á él en su corazón, trazó con su cayado un círculo alrededor de su ganado, como Popilius, prohibiéndole salir de allí y se marchó al sermón. No se fastidió en él, pero demostró un asombro profundo al oír al orador emitir una proposición terminando con estas palabras textuales: «Lo mismo que ese pastor que hay ahí, que ha dejado su ganado después de marcar un círculo á su rededor.»—Por lo demás, los carneros no se movieron.

Vicente Ferrer sabía que el temor es lo mismo la continuación que el principio de la prudencia: desde que él pasó por allí pesa una profecía que es una eterna amenaza y que más que en otra parte tiene su razón de ser en esos países preferidos del sol, en los que el alma se adhiere tan fácilmente á las cosas terrenas. Él predijo que San Sebastián sería quemado é inundado: lo primero ya lo fué en 1813; en cuanto á lo segundo, San Sebastián es casi una isla y no se necesitaría un gran esfuerzo del Océano en un día de cólera para cubrir con sus espumosas ondas ese pequeño y hermoso rincón de tierra.

El río de sonoras ondas que pasa junto á los muros de Tolosa, pequeña ciudad próxima, dió motivo á una predicción semejante, cuyo cumplimiento se espera, y entretanto no se ha olvidado á Vicente Ferrer, y allí ha quedado el bien que hizo. En la *calle Mayor* hay una casa señalada con el número 20, ante la cual se descubren

los transeuntes, y aunque tiene las paredes ennegrecidas y los balcones comidos por la herrumbre, se respeta esta vetustez por haberse hospedado en ella el Apóstol. Casa religiosa primero, ha sufrido el edificio varias transformaciones, pero sin tocar á lo que fué habitación del Santo. Cuando pasa un regimiento, es una honra para los oficiales el dormir en ella, confiados en su protección.

Un siglo después de San Vicente apareció en esta comarca un hombre poderoso en obras, objeto, como su divino Maestro, de odios y de amores intensos, muchas veces inconscientes, cuyo nombre brilla allí en letras de oro y resuena en todas partes, Ignacio de Loyola. Un renombre menos poderoso que el de Vicente Ferrer hubiera caído en el olvido ante el resplandor de esta nueva gloria; pero no ha sido así; se han confundido las tradiciones. En muchas casas del país veréis, no sin sorpresa, á uno de los más nobles hijos de San Ignacio, San Francisco de Borja, con hábito dominico; así como gentes formales os afirman que en el ermitorio de la Magdalena, en Oñate, se conservan el lecho y el banco de San Vicente: son de San Francisco de Borja.

Los jesuitas han respetado en todas partes el culto de nuestro Santo, y en su capilla particular de Oñate había un hermoso cuadro que lo representaba con las disciplinas en la mano, el cual se encuentra hoy en el claustro de la iglesia principal. No lejos de allí, en la villa de Elorrio, hay sobre el púlpito una imagen semejante.

El Apóstol debió también allí confiar á la memoria, fácilmente olvidadiza, algunos puntos de doctrina ó de moral bajo la forma de sentencias breves y rimadas, porque en las noches de invierno estos dichosos montañeses, reunidos alrededor de algún pastor letrado convertido en catequista, cantan por pasatiempo los antiguos refranes; pero con más frecuencia por su aire armonioso uno que es una variante del que antes hemos citado:

Fray Vicentec esala
Fedea cina lizala.

Que Fray Vicente dijo
Que la fe es juramento.

Un medio de perseverancia todavía más seguro consistía en crear instituciones que fuesen para su obra como son las raíces para el árbol, y una de las más importantes fué la Cofradía de los penitentes establecida en Mondragón, gran villa central.

Un historiador del país, Garibay, escribía en 1528 que había oído referir á sus abuelos maravillas realizadas por San Vicente Ferrer cuando evangelizó la comarca de Guipúzcoa, cuya relación ha sido

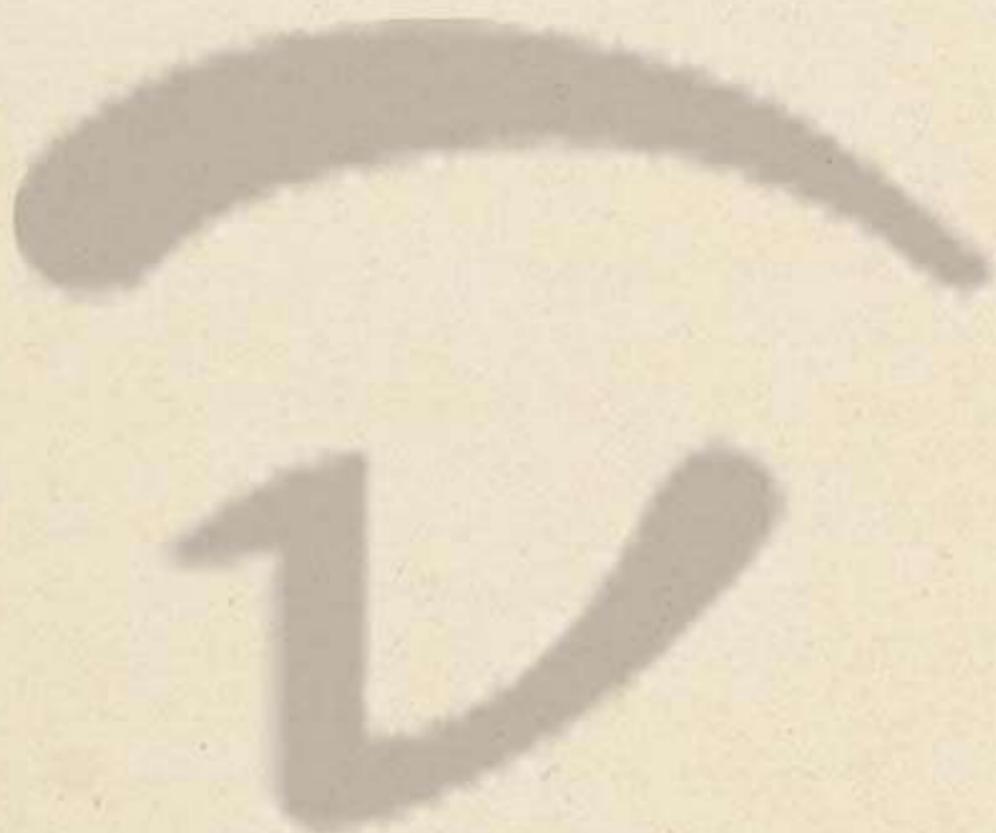
publicada por la Academia de Madrid en el *Memorial Histórico*. Hace constar en ella que después del paso de San Vicente Ferrer no sufrió ya este país la peste, que antes le castigaba con frecuencia, y que una inundación que amenazaba destruirlo todo, se detuvo de repente ante una imagen suya, llevada en procesión. «Por esto, dice el narrador, he hecho edificar en su honor una capilla, que pronto ha venido á ser suntuosa, gracias á la devoción de los fieles, y que está en correspondencia con Vannes para recibir encargos de misas que quieran celebrarse en el sepulcro del Santo.»—Los registros de Vannes lo comprueban.

En Mondragón se encuentran las cosas tal y como las describía Garibay hace tres siglos y medio: la Cofradía de los penitentes, la capilla, la devoción: los primogénitos de cada familia toman todos el nombre de Vicente. El púlpito en que predicaba el Santo, religiosamente conservado, y en cuyo pedestal se halla éste representado, lleva la siguiente inscripción: *En este púlpito predicó San Vicente Ferrer en el año 1408*. Los sacerdotes que han de ocuparlo besan la primera grada al subir á él.

Vicente Ferrer no hizo más que bordear á Navarra, pues no necesitaba de él este pueblo fiel á Dios y á sus reyes. Una inscripción en letras de bronce, colocada en el centro de Pamplona, consigna el nombre de su primer Apóstol y el año bendito en que sus habitantes se hicieron cristianos; é incrustada en el granito, resiste á las pisadas de los hombres y á las herraduras de los caballos, sin temor á ese viejo testigo de tantas felonías, brillando orgullosamente en plena luz.

No obstante, Ferrarini refiere el siguiente hecho: Un día se encontró Vicente Ferrer á un hombre que llevaban al suplicio. Una voz interior le aseguró que este hombre no era culpable, pero como no hubiera sido creído por su palabra y la revisión del proceso hubiese sido larga, recurrió á otro expediente. «Esperad, dijo á los verdugos, ahí viene alguien que va á decirnos si este hombre es inocente.—Era un muerto al que sacaban de una calle inmediata. Vicente Ferrer le preguntó.—«Sí, dijo el muerto, este hombre es inocente.—¿Quieres volver á la vida?—No, porque tengo segura mi salvación.—Basta.» Y bendecido por el Santo, se acostó de nuevo en su ataúd.







CAPÍTULO XI

CONCILIÁBULO EN PERPIÑÁN

Benedicto XIII en Perpiñán. — También el diablo. — Actitud de Vicente Ferrer. — Dios lo aprueba. — «El pequeño Thalamus». — Nimes y el monje de Villeneuve-lez-Aviñón. — Audiciones lejanas. — Agonía del Conciliábulo. — Carta del cardenal Braccaccio.

(1408.—1409)

POR aquel tiempo los Cardenales separados del Pontífice Romano trabajaban en Pisa en procurar la paz de la Iglesia, si tal puede llamarse el empujar el mal hasta un limite extremo, no haciéndose cargo de que, batiendo en brecha la autoridad legitima, eran un obstáculo en lugar de ser un medio. El abandonado Pontífice habia convocado á sus fieles en Cividale, en el Frioul: Benedicto XIII tuvo también su concilio en Perpiñán. — Hay que llamar á eso con este nombre respetable, pero está mal aplicado. Un concilio es en la Iglesia de Dios una hora de recogimiento solemne, que muestra el camino recorrido, llama al error á su tribunal y á la impía audacia á su barra materna. Del error estudiado sale siempre la luz, así como la sangre de los mártires es siempre una semilla, pero la audacia sublevada ha empleado pronto sus violencias contra esta autoridad tranquila, formada sobre todo de paciencia y de misericordia. Es una etapa hácia la verdad sin sombras, durante la cual el cristiano se siente orgulloso y consolado. Mas en aquella época reinaba por todas partes el desorden: aun á las cosas más esenciales se adherían dudas penosas; habia tres concilios á la vez, como habia otros tantos Pontífices; sociedad tricéfala, objeto de risa para sus enemigos y de tristeza para sus hijos.

«El 24 de Julio de 1408 entró en Perpiñán el Papa Benedicto XIII, cuyo nombre propio era Pedro de Luna, con cuatro Cardenales y otros Prelados. Venía de Génova, en donde había residido mucho tiempo para tratar de la unión de la Iglesia con el antipapa que estaba en Lucca. Pero como éste rehusaba entrar en tratos, porque Francia se había sustraído á la obediencia, Pedro de Luna vino al Rosellón y desembarcó en Port-Vendres el 2 de Julio de 1408.» Así se expresaban las memorias del notario Puignáu.

El día de Todos Santos de 1408 abrió el Pontífice solemnemente el Concilio en la iglesia principal de Perpiñán, llamada vulgarmente *la Real*, celebrándose la primera sesión el 9 de Noviembre. Estaban presentes cuatro cardenales, cuatro patriarcas, tres arzobispos, un número de obispos que, según los autores, varia entre cuarenta y ciento veinte, y, dicen los registros, «San Vicente Ferrer, invitado personalmente».

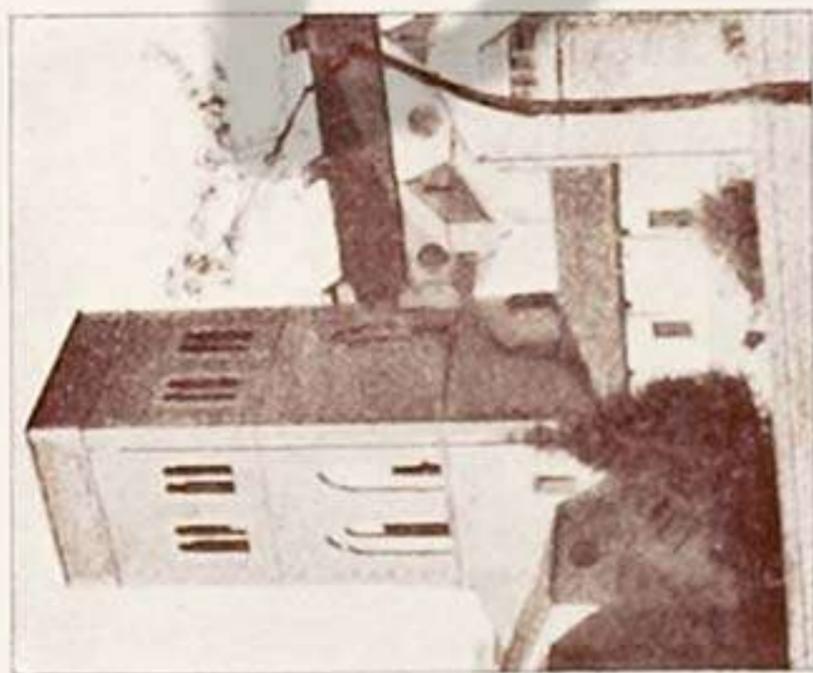
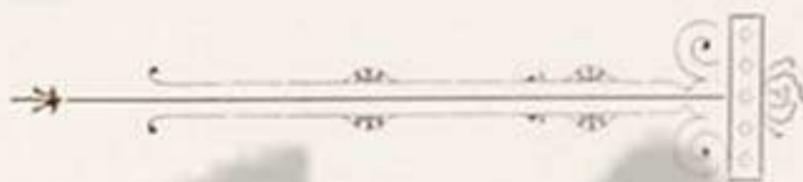
Este, humilde satélite girando en torno del sol de las almas, que es el Papado, se trasladó sin demora á Perpiñán desde el extremo Norte de la Península, ya sea por mar desde San Sebastián, ya faldeando á largas marchas los Pirineos. Allí pronunció en latín muchos discursos, sobre cuyo sentido y tendencia no puede haber duda, pues dieron por resultado el envío á Pisa de su propio hermano, Bonifacio, entonces General de los Cartujos, en calidad de plenipotenciario. Tenía ya formada su convicción, y ésta era que se imponía un Concilio general.

Aprobó la declaración del Conciliábulo de Perpiñán, que reconocía á Pedro de Luna como verdadero papa; pero influyó en el espíritu de todos sus miembros para suplicar al Pontífice «que promoviera *eficazmente* la unión de la Iglesia *por la vía de la renuncia*, debiendo preferirse esta vía á las otras, sin excluir ninguna.» *Prosequi efficaciter factum unionis Sanctæ Matris Ecclesiæ per viam renuntiationis, ipsam viam renuntiationis omnibus aliis viis præmittendo, nulla alia via tamen exclusa.* Y cuando fué conocida la respuesta de Benedicto XIII, el Concilio «tributó solemnes acciones de gracias á Dios y al mismo Pontífice por un acto tan útil y que no dejaría de ser bendecido por el universo entero».—Con poco se contentaba el Concilio, porque esta respuesta estaba, como tantas otras, concebida en términos vagos que á nada comprometían.

Algunos autores refieren una diablura que no deja, ¡ah! de ser verosímil. Al lado de Benedicto XIII se sentaba un viejo ermitaño que Vicente Ferrer reconoció como uno de aquellos verdaderos



PERPIÑÁN



Iglesia en la que se reunió el Concilio en 1409.—Vista bajo dos aspectos.

diablos disfrazados que en Lombardía esparcían contra él toda clase de rumores para desacreditarle, lo cual le dió á entender al terminarse lá sesión. Él, viéndose descubierto, le dijo: «Cállate, traidor; me voy porque es preciso; pero pronto tendrás noticias mías.» A la mañana siguiente se supo que el Abad de una abadía próxima había fallecido de una enfermedad desconocida.—Se trataba, según parece, del Abad de Monserrat, y este hecho lo refirió el mismo Santo en un sermón.

Vicente Ferrer sólo estuvo un mes en Perpiñán. En adelante se dibuja muy claramente el fondo de su pensamiento, entrevisto ya en Aviñón: en teoría, defender la legitimidad de Benedicto XIII, pero hacerle llegar prácticamente á una dimisión que era necesaria para el bien de todos: mostrarse cada vez más preciso y más apremiante; no mezclarse en el gobierno de la Iglesia más que en este sentido y en esta medida; entretanto, ocuparse de las almas, regenerarlas y continuar su misión apostólica. Y esto era realmente lo que Dios quería de él, porque, á partir de la época á que nos referimos, aparece el taumaturgo, no ya con intermitencias y en circunstancias dadas, sino diariamente, por naturaleza y, por decirlo así, oficial. Salió de Perpiñán á fines de Noviembre y se dirigió á esa parte de nuestro Mediodía, aun no evangelizada, á preparar las grandes victorias que consolarán su vejez.

Hay documentos que se imponen á pesar de su extensión, y cuando tienen comentaristas como el erudito M. Germain, que ha escrito la *Historia de los Dominicos de Montpellier*, es una buena fortuna y una diversión agradable el citarlos.

«San Vicente Ferrer, en sus excursiones apostólicas, para siempre famosas, jamás dejó de hospedarse en este convento. Llegó el 29 de Noviembre de 1408 y permaneció aquí toda una semana en compañía de sus hermanos, semana feliz, en que el ilustre misionero no dejó un día de predicar en público, siendo considerable la afluencia de gente á sus sermones. Nadie ignora que San Vicente Ferrer gozaba de una prodigiosa reputación de elocuencia, la cual acreditó en Montpellier, como lo prueba este pasaje de la crónica del pequeño *Thalamus*. (Compilación).

»El jueves 29 de Noviembre, por la tarde, entró en la ciudad de Montpellier el Rdo. P. Vicente Ferrer, de la Orden de los Hermanos Predicadores, maestro en la santa teología y excelente predicador. El día siguiente, viernes, fiesta de San Andrés, predicó en el cementerio del convento de los Hermanos Predicadores de dicha ciudad,

en donde se acostumbraba á predicar en otro tiempo, antes de la mortandad de 1348, cuando la población de la ciudad era considerable, y predicó sobre Mgr. San Andrés, tomando por texto: *Dives est in omnes qui invocat illum.*—Predicaba en su idioma catalán.

»El sábado siguiente predicó sobre el acontecimiento del juicio final, siendo su texto: *Benedictus qui venit in nomine Domini.* El lunes predicó sobre el Antecristo y sobre los medios que empleará para atraerse al pueblo, siendo su texto: *Induantur arma lucis.* El martes predicó, siempre en el mismo sitio, sobre este asunto: Por qué Dios permitirá que el Antecristo cause tantos males, y su texto fué: *Dicite quia Dominus his opus habet.* El miércoles predicó también en el mismo sitio sobre el próximo acontecimiento del Antecristo, que, según cierta revelación, hacia cinco años que había nacido, siendo su texto: *Reminiscamini quia ego dixi vobis.* El jueves predicó en el mismo sitio sobre San Nicolás y su texto fué: *Ite in castellum quod contra vos est.* El sábado predicó en el mismo lugar sobre la concepción de Nuestra Señora, tomando por texto: *Ego jam concepta eram.*»

«Partió de esta ciudad á pie con otro maestro en teología y un Hermano de su Orden que le acompañaba, y fué á pernoctar en Fábregues, en donde predicó el domingo sobre la proximidad del fin del mundo, tomando por texto: *Erunt signa in sole,* y de allí marchó después de comer para ir á dormir en Loupián, en donde dijo que predicaría el lunes por la mañana sobre el estado de las almas en el Paraiso, en el Purgatorio y en el Infierno, del que quiera Dios librarnos por su misericordia!

»Cada mañana, al amanecer, sin faltar un solo día, cantaba la misa y en seguida, en cuanto se quitaba los ornamentos sacerdotales, empezaba á predicar con palabras que más parecían divinas que humanas.

»Y además de las nueve predicaciones solemnes que hizo en esta ciudad de Montpellier, fué tres días de la semana, después de comer, á las tres Órdenes de Señoras religiosas de la misma, á saber: el lunes á las de Prouille, el miércoles á las de Saint-Gilles y el jueves á las Hermanas Menores, predicándoles á todas en secreto sobre su Orden, sin permitir que asistiese persona alguna laica.

»Desempeñó mucho tiempo este ministerio, recorriendo el mundo y predicando la palabra de Dios. Cuando salió de Montpellier dijo que iba á Perpiñán con el propósito de continuar diariamente la santa predicación. En 1416 volvió á Montpellier y predicó también en la iglesia de *Saint-Germain* y en Nuestra Señora *des Tables.*

»En el año 1714, estando en Montpellier el noble Español señor Aliaga, mandó hacer el cuadro y retablo de San Vicente Ferrer en la capilla que era en otro tiempo de San Roque y además dió una cantidad de cuarenta libras á condición de que todos los años se cantara en dicha capilla, el día 5 de Abril, una misa mayor en honor de San Vicente.»

D' Aigrefeuille (*Historia de Montpellier*) hace la reflexión de que gran impresión debieron producir los sermones de Vicente Ferrer, para que una recopilación de sucesos contemporáneos relatara tan detenidamente todos los asuntos de que se ocupó en ellos. Esta es la historia de nuestro Santo en todos los sitios por donde pasaba.

También evangelizó el Apóstol en Nimes, lo cual sabemos por uno de esos singulares episodios que esmaltan este tejido de prodigios. Las Memorias del monasterio de Villeneuve-lez-Avignón refieren «que un monje queria á toda costa oír á Vicente Ferrer, y el Abad, medio en broma, medio subyugado por la fama del taumaturgo, le dijo: Subid al campanario y le oiréis.» Y así sucedió. Aunque el Apóstol predicaba en Nimes, el religioso repitió el sermón textualmente.» Villeneuve-lez-Avignón dista cuarenta kilómetros de Nimes, pero el Santo supo el caso por esa vista interior que le era peculiar y dijo á sus oyentes: «Aprovechaos bien de los beneficios de Dios. ¡Cuántas almas quisieran gozar del mismo favor! En este momento hay muy lejos de aquí un religioso que desearia vivamente oír el sermón, á lo cual se ha opuesto su superior; pero Dios ha visto su buena voluntad y se dispone á escribir lo que os digo.»

Muchos hechos semejantes tuvieron lugar en diferentes sitios, los cuales tomo del valenciano Vidal y Micó, que pudo mejor conocerlos y comprobarlos.

Cuando predicaba en Puigcerdá, en Cataluña, una mujer le oyó desde Livia, á una legua de distancia. Un religioso de Valldigna, monasterio distante ocho leguas de Valencia, le oyó predicando en esta ciudad. Una joven de Alicante, á quien su marido rehusó llevar á Valencia para oír al Santo, le oyó también. Por último, el sacristán de Sueca, á cuatro leguas de Valencia, le oyó igualmente.

Pero el hecho más notable de este género ocurrió en 1411 en Toledo. Se había detenido el Apóstol en un monasterio Cisterciense á quince leguas de allí y había predicado á los religiosos. Uno de ellos pidió permiso para seguirle, á lo menos hasta el punto inmediato en que se detuviera para oírle una vez más, á lo cual se opuso el Abad. El religioso, que no desistia de sus propósitos, subió un día

lleno de fé al campanario del convento, con la cara vuelta al camino que seguía el Santo, pero éste se hallaba en Toledo predicando en aquel momento, y llegando sus palabras distintas á los oídos del religioso, escribió el sermón que llevó al Abad. Juzgó éste el caso de bastante importancia para reunir la Comunidad en Capitulo y leerle el sermón, que un mensajero llevó al Santo, el cual confirmó la completa exactitud de la copia. Este hecho se refiere con todas sus letras en el proceso de canonización.

Muchas veces ocurrió que personas enfermas ó retenidas en su casa por cualquier impedimento le oyeron lo mismo á largas distancias.

Continuaba en Perpiñán el estéril Conciliábulo y Vicente Ferrer creyó necesaria su presencia en él de nuevo, no para ocuparse del Concilio, sino para afirmar al pueblo contra las penosas impresiones que no dejarían de producirse.

Poco á poco se retiraron los obispos, no quedando el 1.º de Febrero de 1409 más que dieciséis y cuatro Cardenales, los cuales trasladaron la reunión al Castillo real. El Concilio estuvo agonizando hasta el 9 de Abril, en que fué disuelto, después de haber celebrado catorce sesiones.

Entre tanto se esperaba con impaciencia en Pisa á los plenipotenciarios de Benedicto XIII. Cuando se supo que Bonifacio Ferrer había sido elegido para esta misión, le escribió el Cardenal Braccaccio, con fecha 31 de Enero de 1409, una carta apremiante que terminaba así: «Dispensadme si no escribo á nuestro Señor Benedicto XIII, porque sé que no recibe con gusto mis palabras. Salud de mi parte á vuestro hermano Vicente, mi muy querido amigo, á quien Dios quiera que tenga el gusto de ver.»

En el capítulo *Fin del Cisma* volveremos á hablar de esta embajada muy accidentada.





CAPÍTULO XII

CATALUÑA

Carta del rey. — Elna y su claustro. — Port-Vendres. — Estatua que habla. — Un hisopo histórico. — Gerona. — Caricia precoz. — Vich. — Las corridas de toros en 1410. — Paz — Endemoniados volantes. — Los impuestos y los pecados. — El molinero moro.

(1409)

UNA carta del rey Martín obligó al Santo á dirigirse á Cataluña, en donde iban á estallar crisis sociales de extrema gravedad. Su intervención, cuando llegue la hora, terminará en el célebre y poco conocido compromiso de Caspe.

La carta del rey estaba concebida en estos términos:

«Maestro Vicente:

Nosotros estamos con vivo deseo de tratar con vos algunas materias que no conviene fiar al papel; por lo que afectuosamente os rogamos que, por nuestro honor, vengáis hácia Nos, si jamás entendéis servirnos y en algo darnos consuelo. A la verdad nos haréis un particular gusto. Dada en Barcelona, sellada con nuestro sello en veintidós de Enero de mil cuatrocientos y nueve» (1).

Al recibir este pliego volvió Vicente Ferrer á tomar el camino de España. Su primera etapa fué Elna, ciudad episcopal desde el siglo VI, hasta que Clemente VIII, en 1601, trasladó la Sede á Perpignan. Tiene una población de 3.000 almas y es una aglomeración

(1) Vidal y Micó. (N. del T.)

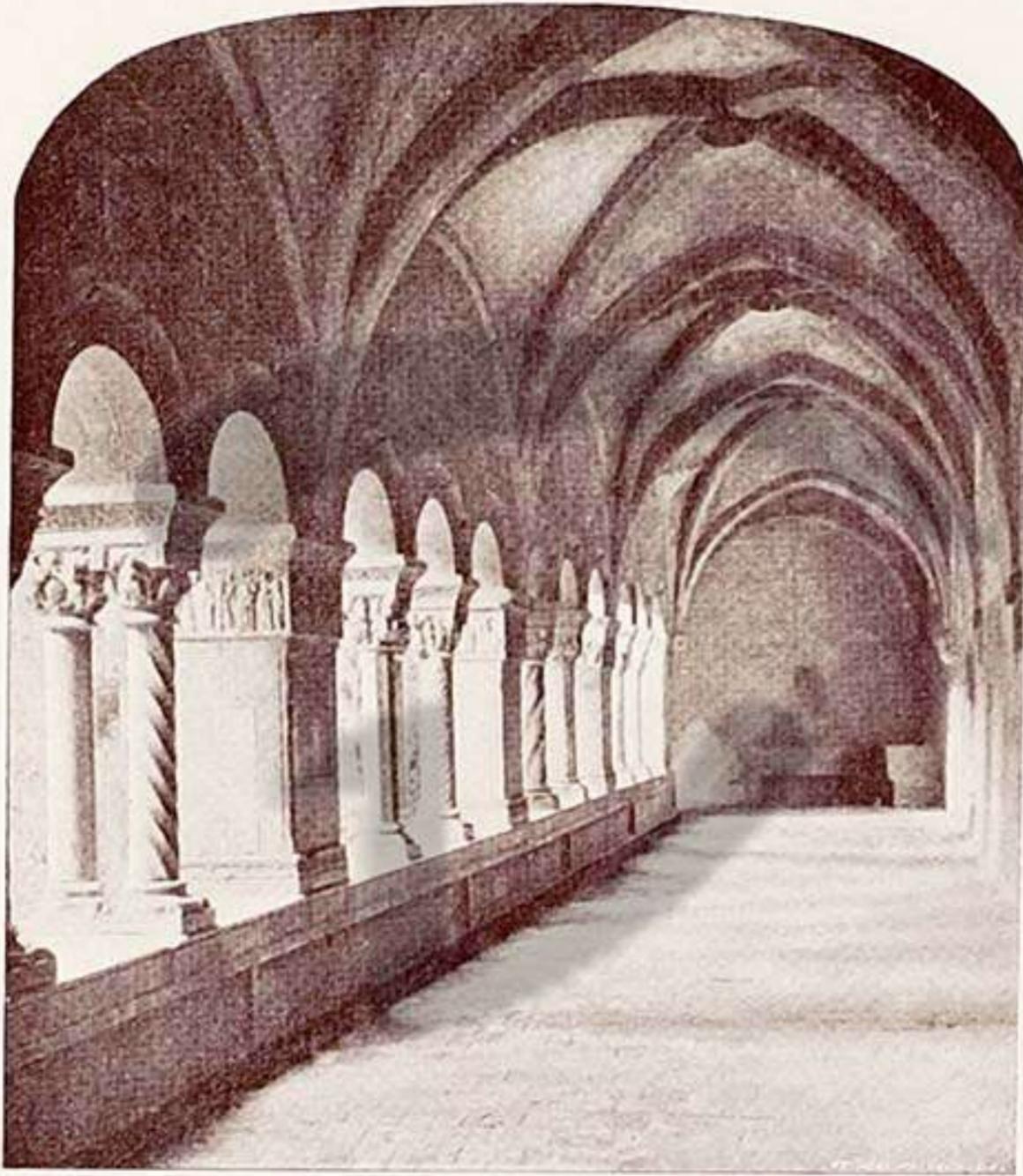
de casas sobre una colina, encerrada, como todas las ciudades antiguas, dentro de viejas murallas y presentando un aspecto triste, aunque el sitio sea agradable. Es ya España; el aloe ostenta allí en todo tiempo al borde de los caminos sus hojas empolvadas, espesas y picantes.

La iglesia, con sus dos torres monumentales, y sobre todo el claustro, maravilla que difícilmente se ve superada por el claustro del Monte San Miguel, atraen la atención del viajero. Sobre las apareadas columnas de mármol del país los capiteles labrados con esa paciencia de los siglos de fé representaban toda clase de asuntos emblemáticos ó apocalípticos, pero por un estúpido vandalismo, demasiado común en todas partes, han sido destruidas casi todas esas figurillas de animales tan extraños y llenos de vida. Elna tenía un convento de Dominicos, del que nada queda: sólo subsiste una cofradía de Penitentes negros fundada por San Vicente Ferrer.

Cuando entró en ella el Apóstol se hallaba esta ciudad afligida por interminables discordias, habiéndose unido á los odios de familia una envenenada contienda. Se pagaban anualmente 200 florines á Benedicto XIII y la cuestión era saber quién debía dar esta suma, si la ciudad ó los particulares. Nombrado árbitro Vicente Ferrer, la decidió en contra de la ciudad, y el rey confirmó la resolución que declaraba libres á los particulares, «porque, decia la sentencia, el venerable Padre y maestro en teología, aceptado como juez y árbitro, les ha declarado indemnes.» *Por haberlos declarado libres en su sentencia el Rdo. Padre y señor arbitro arbitrador y amigable componedor. —30 de Mayo de 1410.*

En el camino de Elna á Gerona se levanta la antigua plaza fuerte de Collioure, cuyas defensas, admirablemente combinadas, permitian sostener los más rudos ataques, y al mismo tiempo era un puerto cómodo y seguro, preferible al de Port-Vendres. También allí teníamos un hermoso convento, cuya iglesia, magnífica nave con la bóveda pintada, como las basílicas antiguas, sirve hoy de almacén á la artillería. La iglesia parroquial se envanece de poseer el más hermoso altar de talla que existe en el mundo, siendo además muy rica en objetos artísticos de plata y sirviéndole de hisopo ordinario el cetro de plata de los reyes de Aragón, en el que se han abierto algunos pequeños agujeros.

Al pasar Vicente Ferrer por allí descubrió y admitió á la profesión religiosa á Pedro Quèralt, una de esas almas cándidas, naturalmente abiertas al espíritu de Dios. Fué autorizado su culto y Collioure le



Claustro de Elna.

ha consagrado un altar, ofreciendo su imagen expresiva y bien vestida la particularidad de que abre la boca y habla. Ya saludaremos á este Bienaventurado cuando encontremos su tumba, así como la Iglesia celebra la fiesta de sus hijos el día de su muerte.

En España no se han concentrado los archivos en las grandes ciudades, sino que cada pueblo tiene el suyo. La aldea de Santa Maria de Ulla se enorgullece con razón de su *Cronicón Ulianense*, en el que se lee este párrafo: «El año 1409, sábado 23 de Marzo, llegó á la aldea llamada Torruella de Mongri Fr. Vicente Ferrer, de la Orden de los Hermanos Predicadores, acompañado de doce sacerdotes y seguido de numeroso gentio.» — *Anno Domini MCCCCIX die sabbathi XXIII martijj, applicuit apud villam Torricellæ Frater Vincencius Ferrer de Ordine Prædicatorum cum duodecim presbyteris et multitudine gentium, predicans indulgentiam summi Pontificis.*—Así dirigen nuestra marcha las fechas y la geografia, esos dos ojos de la Historia.

Gerona, en Cataluña, es todavía una hermosa ciudad bien edificada en anfiteatro. La escalera que conduce á la iglesia de nuestro convento sirvió al Apóstol de tribuna. Aquí habla el granito y habla con cifras que no dejan de tener elocuencia, recordando también el feliz pensamiento que hizo en la multitud una impresión tan duradera como la piedra que nos la transmite.—«Fr. Vicente Ferrer predicó en esta escalera el 13 de Abril de 1409 acerca de veinte mil personas. Dijo que, después del juicio final, cuando los ángeles acompañen á los bienaventurados al Cielo, les cantarán los siguientes versos: Feliz el día, feliz el tiempo, ¡feliz la hora en que habéis renunciado al pecado!—¡Feliz el día en que os habéis unido á Jesucristo para siempre!—¡Feliz el día en que habéis hecho verdadera penitencia!»

Predica en aquest scala lo glorios San Vicent Ferrer del Orde de Predicadors a cerca de vint mil persones, á 13 de Abril de 1409.

Digue que acabat lo judici final, quan los angels acompanyaran als benaventurats al cel, á cada hu dells cantaran lo següent.

¡Felix dia! ¡felix tempus! ¡felix hora, quibus peccata dimisisti!

¡Felix dies! ¡quibus Christo adhesisti!

¡Felix dies! ¡quibus penitentiam complevist!

El notario Juan de Font consignó el hecho en sus minutas.

Documentos bien conservados mencionan á religiosos que el Maestro Vicente admitió á la profesión en virtud de los poderes de que estaba investido, y dicen también que los Dominicos, merced á

las liberalidades del municipio, le regalaron á él y á todo su acompañamiento con miel, lechugas, almendras tiernas y habas verdes. Además de la historia del celoso, de que vamos á hablar, refieren un nuevo hecho de audición desde lejos.

Se recordará que en la carta del rey se hablaba de asuntos importantes, y, en efecto, se trataba de esa terrible cuestión de la sucesión, que debía desconcertar las mejores inteligencias y debilitar las voluntades más firmes.

Vicente Ferrer no se envaneció porque el rey le llamase á consejo privado; había pesado en su interior lo que más importaba por el momento y continuaba sus predicaciones. El rey, como hombre que sabe apreciar las cosas, tomó el partido más prudente, confiando al Dominico Francisco Pereira, Penitenciario del Papa, unas cartas confidenciales que debía entregar al errante Apóstol, al cual encontró en Gerona. Contestadas éstas, el Santo, ya más tranquilo, se dirigió á Vich, despidiéndose de Gerona con un pequeño golpe teatral, ó más bien, de gracia divina, que debía quedar grabado en los ánimos.

Un marido celoso sospechaba de su mujer, aunque sin razón, haciéndosele imposible la vida. La ceguedad propia de este triste estado le hizo dar un escándalo, diciendo en todas partes en alta voz que el pobre niño que había venido recientemente al mundo en aquel desgraciado hogar era fruto de un adulterio. Vicente Ferrer se aprovechó de su imprudencia, y cuando la pobre madre así acusada fué á pedirle amparo, le dijo: «Rogad y venid al sermón con vuestro hijo.» A la mitad de un hermoso periodo de éste se detuvo el Santo de repente, llamó al niño, que tenía ocho meses y le dijo: «Vé á abrazar á tu padre,» é inmediatamente, desprendiéndose el niño del seno materno, fué á tender sus tiernos brazos á un hombre que, con el rostro contraído, estaba oculto en un rincón... Esta caricia precoz devolvió al matrimonio la paz y la alegría.

Vich, la patria de Balmes, es una de esas antiguas ciudades españolas cuyo carácter típico va borrando de día en día el camino de hierro. Asentada en medio de una rica llanura, rodeada por todas partes de montañas, se dedicaba á sus negocios religiosos, civiles y comerciales, reinando el bienestar entre sus habitantes. Todavía se ven en ella corridas de toros tal y como se hacían siete siglos atrás, en las que los toros son novillos ó terneras excitados por el ruido y con lazos de cinta prendidos en los cuernos y en la cola, lazos de que procuran apoderarse los jóvenes del país vestidos de toreros. Si



Enemigos reconciliados por SAN VICENTE FERRER.

el animal es demasiado vivo, se refugian tras de un armatoste de madera colocado en medio de la plaza, ante el cual se detiene siempre el animal por impetuoso que sea; si, por el contrario, es manso, le tiran familiarmente de la cola. De media en media hora próximamente sacan un cabestro con su cencerro al cuello para retirar el cansado animal, que es en seguida reemplazado por otro...

Estas corridas, en las que no se derrama más que las lágrimas que produce la risa, se celebran una vez al año, el primer domingo de Julio, en la misma plaza en que predicó San Vicente Ferrer. En ese día se celebra la fiesta de San Miguel de los Santos, un valiente hijo del país que se hizo Trinitario y se mortificó espantosamente. Es una ley adorable en el Cristianismo que el sufrimiento, ya directamente, ya por solidaridad, se trueque en alegría. Terminada la corrida, va la gente á rezar piadosamente el rosario y cantar los Gozos compuestos por San Vicente Ferrer, ó por lo menos que se atribuyen á él, de los cuales tengo un ejemplar impreso en Valencia el 18 de Marzo de 1546, como siendo populares de tiempo inmemorial.

En aquella época el diablo empleaba sus malas artes aun en los pueblos dichosos, así es que enemistades feroces perturbaban y ensangrentaban el país de tiempo en tiempo, y ellas decidieron el viaje del Apóstol.—«Eran muchos y muchos los que procuraban quitarse la vida, dice un testigo, empleando un lenguaje enérgicamente sencillo, pero á la voz de Vicente Ferrer todos se aquietaron é hicieron las paces. Y esta era su costumbre; restablecer la concordia por donde pasaba.» En efecto, fué tal su elocuencia, que al pie del púlpito, impulsados por un movimiento irresistible, se abrazaron los jefes de los partidos á presencia de sus huestes consoladas.

Hay en todo pacto algo de solemne. El acto de dos inteligencias uniendo con las manos, órganos de la fuerza, esa otra fuerza de que tan celoso se muestra el hombre, la libertad: este acto es grandioso y le han respetado todas las legislaciones. Pero cuando en presencia de todo un pueblo de vasallos, dóciles instrumentos de sus venganzas, unos hombres poderosos hacen callar el orgullo de la sangre, se acusan de su atroz locura y perdonan los más amargos dolores, hay en esto alguna cosa que llega hasta las profundidades del sér. Verdad es que el perdón tiene un sabor divino; pero es difícil, aun después que Dios, venido al mundo, inclinó hácia sus verdugos su frente misericordiosa.

En Vich tuvo lugar un prodigio que, aunque de otra índole, no produjo menos impresión. Cinco hombres, de todos conocidos, apa-

recieron de pronto poseídos del espíritu maligno, y empezaron á aullar como las fieras, viéndoseles después elevarse en el aire y cer-nerse mucho tiempo con un vuelo siniestro sobre la multitud aterro-rizada.—«Cosa notable, exclama un antiguo escritor, que en tan pequeña ciudad hubiese tanta copia de endemoniados!» «Pero, añade con perfecta lógica, no hay por qué admirarse, porque todos se habian entregado al demonio con sus divisiones y sus partidos.» Vicente Ferrer comentó con eficacia estos hechos, de los que le dió la clave su habi-tual intuición. Él mismo refiere en un sermón (domingo en la octava de Navidad), el episodio de los endemoniados de Vich, si bien lo supone ocurrido en Lombardia, sin duda por el punzante recuerdo de los diablos de allí. Por lo demás, no hay motivo para equivocarse: *in civitate Vicenci*, no quiere decir Vicenza, aunque Vicenza está en Lombardia. Sin duda que tenía esta Lombardia grabada en su cora-zón, porque en el segundo sermón del cuarto domingo de Cuares-ma, refiere la historia de un hombre de Lombardia que tenía 500 demonios en el cuerpo, porque no rezaba ninguna oración antes ni después de las comidas.

En la plaza en que predicaba en Vich había unas mesas ó puestos públicos de las que obtenia el fisco grandes rendimientos, y las cuales permitió el rey que se quitaran por consideración á Vicente Ferrer, según carta del 13 de Agosto de 1409. Con gusto me adhe-riria á la reflexión de un escritor: «Dichosas gentes que se vieron libres á la vez de sus pecados y de sus impuestos!» pero la verdad histórica me obliga á decir que la carta real contiene este párrafo expreso: «*Sub eisdem tamen decimis, tributis ac censibus*. (Con la condición de pagar los mismos tributos y censos.)» Sin duda los habitantes de Vich hicieron oídos sordos á esta restricción, porque, con fecha 20 de Abril de 1410, mandó el rey que volvieran las cosas á su pri-mitivo estado «á causa de los perjuicios que sufría el tesoro público». A lo menos de los pecados quedaron bien libres.

En una de las casas de la *Plaza Mayor* se puso la siguiente ins-cripción, que es una simple fecha en verso catalán.

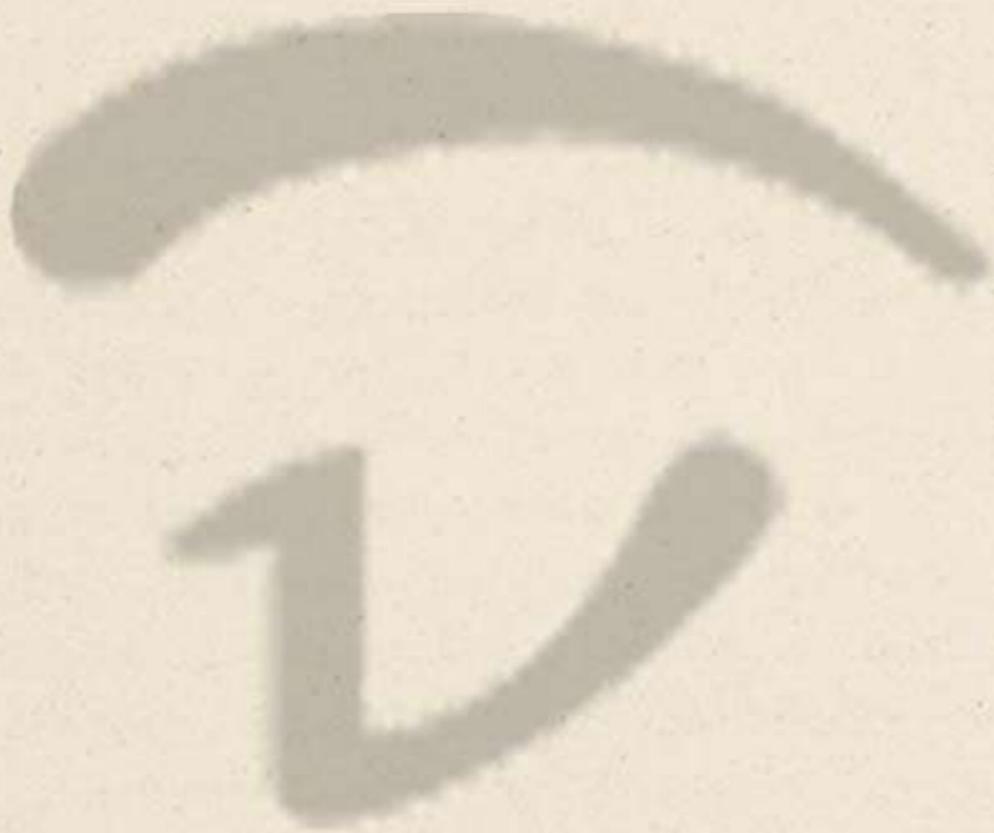
Timete Deum

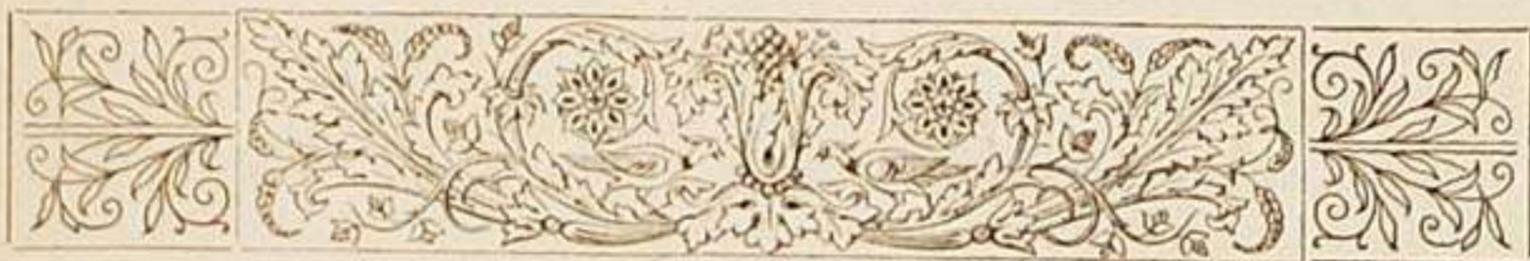
Divendres trenta hu mayg
 Any mil quatre cens y nou
 Aquest mercadal conclou
 Que en ell predica al despaig
 Sant Vincens Ferrer que mou.

La inscripción existe todavía modernizada al lado de una estatua en piedra de San Vicente Ferrer.

Según una tradición, comprobada por los archivos de nuestro convento de Calatayud, desde Vich marchó Vicente Ferrer á Puigcerdá, cerca de la frontera francesa, y según el P. López de Salamanca, se detuvo en Berga, en donde hizo el siguiente milagro. Como estuviera lloviendo al terminar el sermón, se refugió la gente en una especie de choza grande en la que guardaba la leña un panadero de la población, que era moro de religión y de alma, y habiéndole preguntado las mujeres: «¿Por qué no vais al sermón?» el hombre, enfurecido, les contestó: «¡Vais á ver para qué sirve vuestro Santo!» Y diciendo esto prendió fuego á la leña y se marchó, cerrando la puerta. La gente, asustada, invocó á Vicente Ferrer, y al pronunciar este nombre, se apagaron las llamas, con lo cual se convirtió el panadero y todos los moros de las cercanías.







CAPÍTULO XIII

Venta de Grúa.—Juan Soler —Entusiasmo de Barcelona.—Varios milagros.—La posada del diablo.—Historia del Angel Custodio.—El convento de Santa Catalina.—Una página de indignación.

(1409)

VENDO de Vich á Granollers se entra pronto en un laberinto de montañas que obliga á hacer largos y penosos rodeos, en cuyo camino se encuentran pocas *ventas* ó ninguna. Sin embargo, se encontró una llamada *Venta de la Grúa* en la aldea de Locana. Seguían al Santo 3.000 personas, y al verlas dijo el ventero: «Padre, lleváis con vos todo un ejército, ¿cómo podéis pensar que yo tenga provisiones para tanta gente? Todo lo que tengo son cinco panes y un pellejo de vino, y no del mejor.—Dadlo de todos modos, dijo el maestro Vicente.» Y lo dió, repartiéndolo, y comió todo el mundo hasta saciarse, sobrando todavía y resultando el vino excelente. El pobre ventero acudió azorado á echarse á los pies del Santo, pero atento á su negocio, le pidió que bendijera su casa, á lo cual accedió el Santo, llenándose de nuevo el lagar y el arca del pan.

Como la población de Granollers aumentaba, se han roto sus murallas, de las que se ven aún algunos lienzos ennegrecidos entre los blancos edificios. La plaza en que predicó Vicente Ferrer no ha cambiado de aspecto, sólo que el *poyo* ó banco de piedra que le sirvió de púlpito se ha puesto por respeto en el muro de la iglesia al agrandarla, y en la fachada de la casa á la que estaba adosado el *poyo* se ha colocado su imagen con una inscripción conmemorativa. Una fundación testamentaria permite que se celebre su fiesta todos los años.

De la línea férrea de Barcelona á Vich parte un ramal que lleva á Caldas de Montbuy, pueblo de aguas termales, que no ha olvidado á Juan Soler.—Juan Soler, de la diócesis de Barcelona, de la que fué Obispo, Maestro en Sagradas letras y Penitenciario del Papa, estaba aún en pañales en la época en que Vicente Ferrer predicaba en Caldas de Montbuy, y habiéndosele roto una vena á fuerza de llorar, como sucede algunas veces á los niños, su madre, desconsolada, se lo llevó al Santo.—«Mujer, dijo el taumaturgo, tened esperanza, vuestro hijo curará, será sacerdote y os dará gran consuelo:» Luego, haciendo la señal de la cruz, lo curó en efecto.

Barcelona, que conservaba aún fresco el recuerdo de sus primeros prodigios, esperaba á Vicente Ferrer con una impaciencia que iba en aumento. El obispo Francisco de Blanes, que le había oído en Perpiñán, habló con los magistrados á fin de apresurar su llegada, á cuyo efecto enviaron á buscarle por todos los caminos, y el rey Martín le recibió á las puertas de la ciudad, ensalzando en alta voz al Dios de misericordia que así daba á los pueblos el sentido de la verdad y á su servidor semejante poder sobre las almas. Esto ocurrió el 14 Junio 1409. Todos los documentos respiran el mismo entusiasmo, y todos hablan de aquellas multitudes que seguían al Apóstol, hecho extraño que en adelante consignará la Historia.

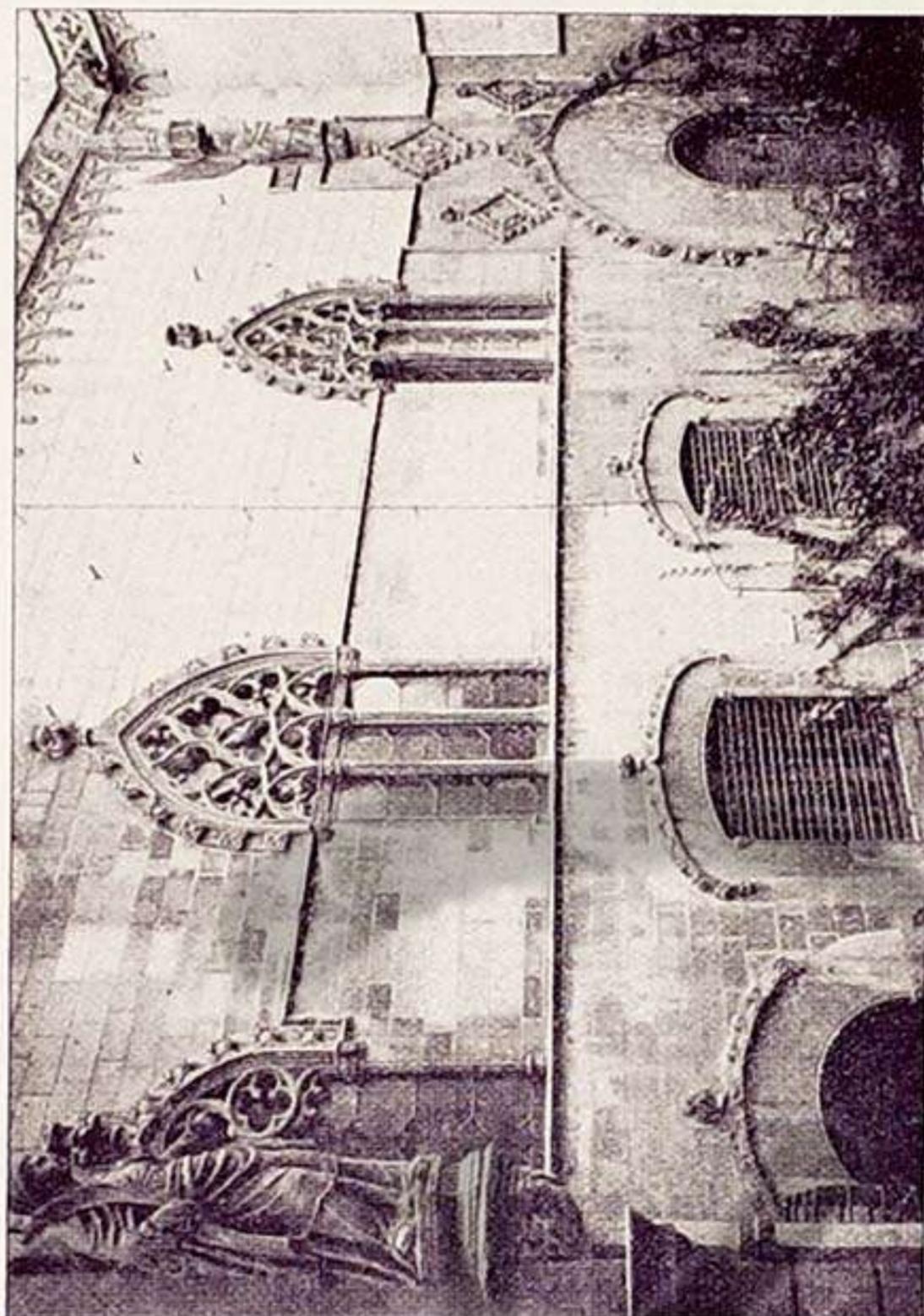
Los regidores de Barcelona rivalizaron en celo: «Considerando, decían, que los que van con el maestro Vicente han recibido en todas partes la acogida más afectuosa, sería una vergüenza para la ciudad, adonde sólo ha venido llamado por nosotros, no hacer las cosas en grande.» Y votaron trescientos florines de oro, de cuya repartición encargaron á dos de los principales ciudadanos (1).

(1) La propuesta hecha al Consejo y el acuerdo de éste, fueron los siguientes: «Fué propuesto que como á la presente Ciudad fuese venido el Maestro Vicente Ferrer de la Orden de Predicadores, hombre grandemente devoto, i esso por carta i embaxadores que la Ciudad le avia embiado por aver tenido noticia de su buena fama i de las buenas obras que avia hecho de convertir á la Valpura i hacia de continuo predicando el nombre de nuestro Señor Dios Jesu Christo por todo el mundo: i por esta razon le siguiesse mucha gente dejando y dando de mano á sus haciendas: i la Ciudad estuviese certificada que en todas las partes en donde el dicho Maestro Vicente Ferrer con toda la gente que va con él han sido mejor recogidos que en esta Ciudad, en gran vergüenza de ella atento que le avia escrito que viniessse, porque los que van con él no estan hospedados ni tienen aquel recado que debian tener assi en el comer i beber como en el vestir; Que por tanto se sirviesse el Consejo de hacer determinacion acerca desto si acaso la Ciudad favoreceria en algo.»

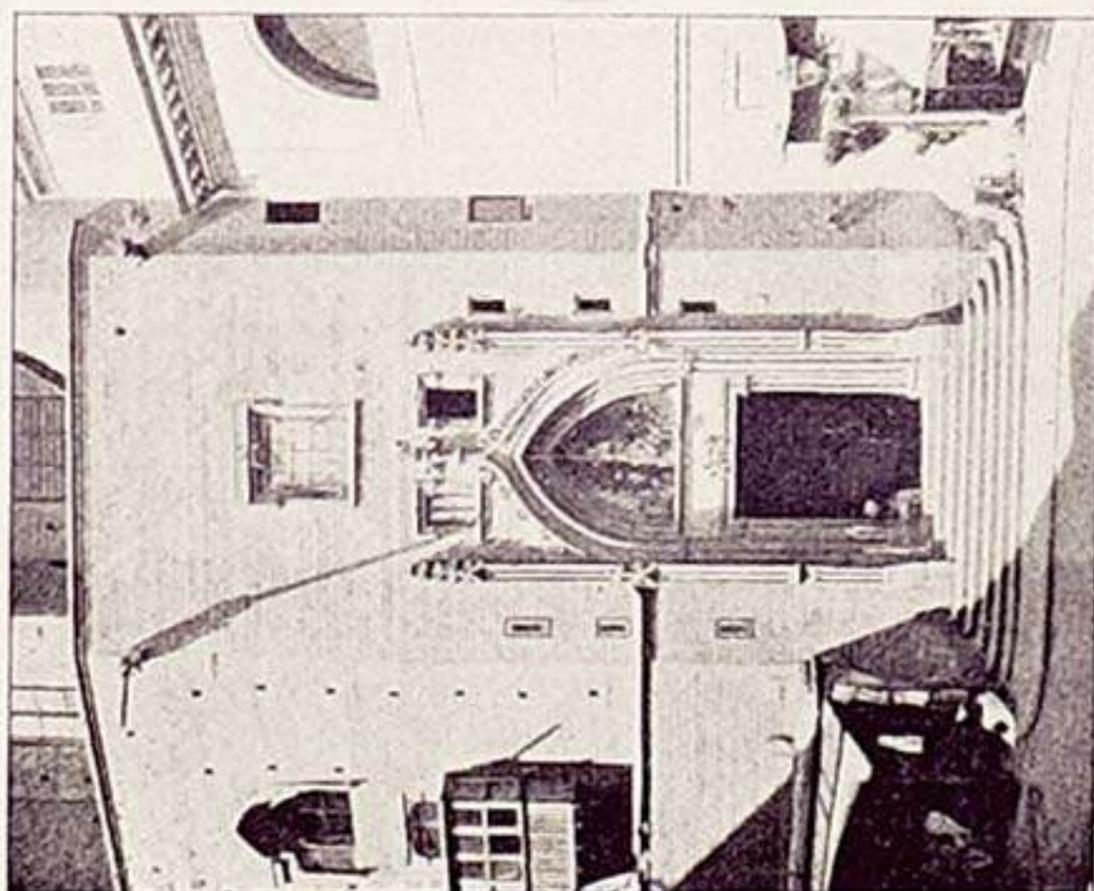
«Sobre esto acordó el Consejo que la Ciudad señalase dos buenos hombres, á los quales se diesse cargo que ellos viessen y reconociessen á todos los que ivan con el Maestro Vicente Ferrer para advertir si les faltava algo, i que la Ciudad les diesse trecientos florines para emplearlos en lo que avrian de menester en calzar i vestir i en otras cosas á ellos necesarias. Que de otra suerte sería gran vergüenza i caso de menos valer de la Ciudad que le avia hecho venir, no aver en ella algun mi-



BARCELONA



Fachada del *Ayuntamiento* en cuyo ángulo se halla esculpido el
Angel Custodio.



Portada de Nuestra Señora del Mar que
da á la *Plaza del Born*.

De todas las poblaciones próximas acudía la gente á oír al Apóstol, el cual predicaba en la plaza *del Born* ó plaza Real, viéndose ésta, las calles adyacentes, todas las ventanas y tejados de las casas llenas de personas.—Todavía ahora puede uno formarse idea de lo que aquello sería: á partir del coro de la antigua iglesia de Nuestra Señora del Mar, se continúa esta plaza estrecha y prolongada en una calle pendiente, cuyas casas inclinadas casi se tocan por su parte superior.—Pronto fueron insuficientes la plaza, las calles, las ventanas y los tejados y fué preciso allanar el huerto de los Dominicos: el texto dice *destruere*. El mismo rey terminaba una carta oficial al capitán Torellas (9 de Julio de 1409), participándole el movimiento religioso que «hacia seis semanas tenía á Barcelona de fiesta, en términos que jamás se habia visto tal multitud de gente, ni tanta devoción».

No faltaron los milagros; pero como éstos tienen por objeto excitar la fé de las masas, hubo algunos más sensacionales.—«M. Miguel Arbiol, doctor en leyes, presenció en pleno mercado de granos la curación inmediata de una endemoniada, á la que llevaron sus padres desconsolados á presencia del Santo. Yo la he visto muchos años después, dice el testigo, sana de espíritu, desempeñando sus ocupaciones como las demás mujeres. Todo el mundo en Barcelona la conocía.»

En otro testigo, Luis de Cataldo, barcelonés, se operó otro milagro. Enfermo hacia mucho tiempo, no tuvo paciencia para esperar las audiencias del Santo y se acercó á él cuando bajaba del púlpito, en el huerto de los Hermanos Predicadores. Vicente Ferrer dudó un momento, pero la fé viva hallaba siempre en él buena acogida, como en su divino Maestro, y haciendo la señal de la cruz, desapareció el mal.

Un hombre fué un dia á una posada á buscar carne para un enfermo, pero la que tenía la posadera era salada. El maestro Vicente se presentó en aquel momento y dijo á la posadera: «Veamos esa carne,» y ésta, de mala gana, abrió la carnera: «¡En nombre de Jesucristo, compareced!» exclamó el taumaturgo, y en seguida surgen unas criaturas humanas vivas de en medio de aquellos despojos,

ramiento, atento que segun se ha dicho avian sido recogidos en todos los pueblos por los cuales avian passado. I que en el primer Consejo de cien jurados que se tendria, se propusiesse esto para que el dicho Consejo lo loasse i aprobase, i el Clavario cobrase cautela para descargo de su cuenta, por no tener el presente Consejo (el de Treinta) para dar los treientos florines.»

Teixidor. (N. del T.)

abriéndose un abismo, en el que quedó sepultada la casa criminal, que ha quedado legendaria con el nombre de Posada del infierno. En diversos sitios se hallan cuadros que representan análogos milagros, sobre todo en Palermo y en Bonifacio, en donde Teoli, el biógrafo italiano de San Vicente Ferrer, refiere haberlos visto. En Valencia está también representado este asunto con algunas variantes: el Santo está de pie, teniendo delante de él un pastel monstruo, del que sale un demonio.

En aquella época tuvo lugar en Barcelona la célebre aparición del Ángel Custodio, hecho que podrá parecer extraño, pero cuya autenticidad garantizan nombres de calles, puertas de la ciudad, titulares de parroquias y costumbres locales. Una Crónica nos lo va á referir, y la completaremos con el diario de la parroquia que se erigió entonces con la advocación del Ángel Custodio.

«Cuando en 1409 entró en Barcelona el Apóstol Vicente Ferrer, seguido de 3.000 personas, á las que se encargó de mantener el tesoro público, como consta en el diario de la ciudad, vió sobre la puerta un hermoso joven con una espada desnuda en la mano. Sabiendo que era una aparición celeste, le preguntó el Santo: «Ángel de Dios, ¿qué haces ahí?»—A lo que el Ángel respondió: «Guardo esta ciudad por mandato del Todopoderoso.» Entró el Santo, y en su primer sermón informó de esta maravilla á los barceloneses, ponderando su dicha, y dispuso que se dieran y dió él mismo gracias públicamente por este señalado favor.

»En memoria de este prodigio dieron los barceloneses á aquella puerta el nombre de Puerta del Ángel, y para interesar más en su favor á tan poderoso protector, construyeron sobre ella una capilla en honor suyo. Esta capilla ha venido á ser el punto de reunión de una cofradía que todos los años, el día 2 de Octubre, hace celebrar una fiesta espléndida, á la que contribuye la ciudad, la cual además tomó á este Ángel por patrón especial, y es digno de notarse que con tantos sitios como ha sufrido Barcelona, jamás ha sido atacada la Puerta del Ángel. En dicho día 2 de Octubre, fiesta de los Ángeles Custodios, toda la ciudad va á venerar al Ángel en su capilla.»

«El Ángel, dice el diario de la parroquia, tenia en una mano una espada y en la otra una corona. Muy asombrados los asistentes de oír hablar sin ver á nadie, se arremolinaron, produciendo un tumulto que el Santo calmó diciendo: «Ya os explicaré eso mañana». Y en efecto, al día siguiente predicó en el convento de Santa Catalina, en que se hospedaba, y explicó cómo era el Ángel Custodio de la ciudad

que había visto, dando tales detalles que por ellos pudo hacerse su estatua, la cual, aunque de piedra, es muy expresiva y de un trabajo delicado.

La puerta se llamaba antes de los *Orbs* (ciegos), en razón de los muchos ciegos que allí se reunían para pedir limosna, y daba á un hermoso paseo, plantado de árboles seculares, terminado á lo lejos por una cortina de montañas. Era la famosa Rambla prolongada.

Pasó el tiempo sobre estos acontecimientos sin atenuar la impresión producida, porque cincuenta años más tarde, el 1.º de Noviembre de 1466, se dispuso por una orden de los regidores la traslación solemne de esta estatua á la capilla construida sobre la puerta de la ciudad, á lo cual se prestaba el grueso de las murallas, cuya capilla estaba á cargo de una Comisión nombrada por el municipio. Esta capilla fué destruida, lo mismo que la puerta, al ensanchar Barcelona su recinto, pero la calle allí emplazada se llama aún *Calle de la Puerta del Ángel*.

Los actuales regidores se honran continuando las piadosas tradiciones de sus antepasados, pues todos los años el 2 de Octubre se celebran en la Catedral solemnes funciones, terminadas las cuales se lleva en procesión, bajo rico palio, una imagen del Ángel Custodio de plata dorada. La iglesia de Hostafranch, en el arrabal de Sans, adonde ha sido trasladada la estatua primitiva, tiene por titular al Ángel Custodio, bajo el patronato inmediato del municipio. El día del Corpus se reúnen allí todas las autoridades, y aunque la parroquia es de un arrabal y el templo aun muy modesto, rivaliza la fiesta en esplendor con las de la antigua Catedral barcelonesa.

Hasta 1850 se conservó un fresco pintado sobre la entrada principal del *Ayuntamiento* que representaba á Vicente Ferrer mirando el Ángel. También hay en la fachada labrado un ángel, pero éste es anterior al Apóstol. La aparición de la puerta *dels Orbs* parece que se verificó para despertar la devoción de los barceloneses al Ángel Custodio. Esta aparición se halla representada en un cuadro que existe en la cuarta capilla á la izquierda de la Catedral, la cual le está dedicada.

No podemos dejar á Barcelona sin hacer una piadosa y melancólica peregrinación á lo que fué nuestro Convento de Santa Catalina, testigo de los primeros milagros de Vicente Ferrer, que era uno de los más hermosos conventos de Europa. Aunque muy reducido por las casas que se han construido alrededor, todavía es inmenso el sitio en que estuvo emplazado. La iglesia, toda de granito, de puro estilo

gótico, muy bien labrada, había resistido á un terrible incendio. Demolida después de 1835, ha sido reemplazada por un mercado para la venta de pescado.

La monografía que le dedica Pi en su *Barcelona antigua y moderna*, empieza así: «Es imposible emprender la historia de este grandioso templo y recordar su trágico fin, sin que se oprima el corazón con la más amarga tristeza, por poco que se abrigue una chispa al menos de amor por la gloria y el honor de la patria; es imposible enumerar sus notables bellezas, sin que la descripción de cada una arranque una lágrima á los ojos del artista. Es grato hacer resaltar las perfecciones de un monumento que basta para dar celebridad á una época; pero cuando á este relato se une de una manera inseparable la terrible idea del «ya no existe», la angustia oprime el pecho y es tal la violencia del dolor, que ofusca el entendimiento y paraliza la mano del escritor. Del magnífico templo de Santa Catalina no queda más que el recuerdo. Los nobles sentimientos y la piedad de nuestros antepasados lo levantaron. Barcelona estaba orgullosa de encerrarlo en sus murallas; debía llegar un día en que desapareciesen hasta sus informes ruinas, barrido por el huracán devastador, no diré de las ideas de un siglo, sino de un momento de locura.

¡Misterioso curso de las cosas! Ese mismo monumento, considerado en su principio, imprimé á la historia de un pueblo un sello glorioso de ciencia y de grandeza, y su destrucción es una mancha deshonrosa que las generaciones futuras señalarán con el dedo... Los inteligentes no podían contemplar el claustro del convento sin verse transportados de ese entusiasmo que inspira en las artes la reunión de lo grande y de lo bello...»

Y llora con lágrimas de sangre ese día, para siempre infame, del 25 Julio de 1835, en que devoró el fuego estas magnificencias á instigación de los poderes públicos.—Y no hay que decir que Pi sea un *capellán* ó un clerical: es secretario honorario de Su Majestad, miembro correspondiente de la Academia y de una multitud de sociedades doctas, en una palabra, lo que hay de más laico, pero laico inteligente y pesaroso de la deshonra que pesa sobre su patria.

Al lado del coro de los Religiosos estaba la sala en que Vicente Ferrer había enseñado durante muchos años, en la cual se conservaba con veneración un retrato suyo, y al pasar por delante de ella los Religiosos siempre se descubrían con respeto. La capilla de la iglesia estaba recargada de oro y obras artísticas y durante los nueve días que precedían al de su fiesta se sucedían las solemnidades unas á

otras. En Barcelona ha quedado popular el Santo, y sus altares é imágenes son casi tan numerosos como en Valencia.

Mencionemos dos cuadros de valor que existen en la iglesia de los Dominicos de Monte Sión, de los que uno representa la aparición del Ángel Custodio.

La capilla del Santo Sacramento, en la iglesia de los Santos Justo y Pastor está afecta á una cofradía fundada por Vicente Ferrer para atender á las necesidades de los condenados á muerte y cuidar de su sepultura, cuya cofradía aun existe.

A título de curiosidad damos aquí una profecía perteneciente á la época de que nos ocupamos, la cual está sacada de un sermón que Vicente Ferrer pronunció en Barcelona, en 1409, que se ha reproducido muchas veces y se encuentra en todas partes. No puede perderse, porque está ó á lo menos estaba, esculpida en piedra. El texto se halla en el *Cartulario*; aquí damos la traducción.

Temed á Dios

Vendrá un tiempo como no se habrá visto otro igual. Llorará la Iglesia y se levantarán las viudas, golpeándose el seno sin hallar consuelo. Ahora está lejano, pero llegará sin falta; cuando empiecen dos á hacerse reyes, será señal de que se aproxima.

Llorad, viejos; rogad, ancianos, si es que alguno de vosotros ha de presenciar tan terribles acontecimientos, pues jamás se habrá visto duelo semejante, ni se volverá á ver hasta el día del Juicio.

Sin embargo, la tristeza se trocará en alegría. El Señor de los señores lo purificará todo y renovará todas las cosas. Francia verá abatida su soberbia. Su rey—¡ah! ¡ah!—Si sus partidarios pudieran ver el estado á que se verá reducido, se desesperarian.

¡Oh Migueletes! ¡Oh catalanes! vosotros protegeréis la Casa Santa, vosotros guardaréis vuestras casas y todas las de España, vosotros traeréis de nuevo la justicia. Poco tardará su día; ya se acerca. Veréis una señal y no la conoceréis. Sin embargo, tened presente esto: en aquel tiempo las mujeres se vestirán como los hombres y se entregarán sin freno á todos los excesos, y los hombres se vestirán como las mujeres sin avergonzarse.

Llorarán los grandes, y los pequeños se elevarán hasta el punto de perderse de vista (sic). Para ellos serán la gracia y las bendiciones del Cielo. Su rey hará brillar su fé; y esto hará gran ruido y provocará la admiración de todo el mundo. Pero no le prodiguéis alaban-

zas que sólo se deben á Dios. Por Él reinará la justicia: el Todopoderoso protegerá su causa, sin elevarle, no obstante, ni enriquecerle con exceso. Dios oirá su ruego y le asistirá en sus consejos y en su gobierno hasta que todo sea puro de una pureza perfecta, y librárá de oprobio á todos sus predilectos.

Las armas de los enemigos se volverán contra ellos mismos. Tendrán pesadillas horribles. ¡Dichosos los que pongan toda su confianza en Dios! Puesto que es tan evidente que todos te han abandonado en tu aflicción, ¡oh Cataluña!, ¿por qué te obstinas en ser fiel á Carlos, en defender sus derechos? Los leones de Castilla harán correr tu sangre y se reirán de ti. Sin embargo, pronto llorarán ellos también, porque te verán volver á Dios; pero esta conversión no se efectuará sin terribles desastres. ¡Levántate! ¡levántate! no difieras tu regreso á tu Señor y Maestro. Él te cubrirá de gloria y muchos dirán que no hay nación más feliz que tú debajo del sol.

Y tú, Barcelona, ciudad pura y leal, en ti, contigo y por ti vivirá el Águila Santa. ¡Oh, si tú supieras cuántas maquinaciones se preparan contra tí! ¡Qué veneno! ¡qué traiciones! ¡qué infamias! Te sorprenderán, te quitarán tus trigos, te quemarán tu paja. Pero se dejará sentir la misericordia y abrirá de nuevo para ti la era de las prosperidades. La justicia clama al cielo para que no queden defraudadas tus esperanzas, ni abatida tu fortuna. Durante la calma, durante el sueño, vela, ten cuidado, no te desarmes hasta que hayas dado el golpe decisivo. Tu resuelta actitud confundirá á los malvados. ¡Apresúrate! Toma pronto tu determinación. Sal del entorpecimiento que te enerva. ¡Ten cuidado! Meditan arrojarte en inextricables dificultades, y atentan á tu honor. Una pronta resolución dejará la traición al descubierto. Buscando la justicia hallarás la paz, y el aprecio en que te tendrán tus vecinos acabará de perder á tus enemigos. Un golpe ruidoso, tu decisión súbita abatirán á los más poderosos, á los más soberbios. Se apaciguarán las desavenencias en la ciudad, y el rey pondrá á prueba la fidelidad de todos, como se prueba el oro en el crisol; y los que habrán merecido grandes castigos serán reducidos á cenizas ó arrojados de nuestra amada patria como escoria. Esta lección purificará la mala sangre y destruirá el veneno de las viboras.

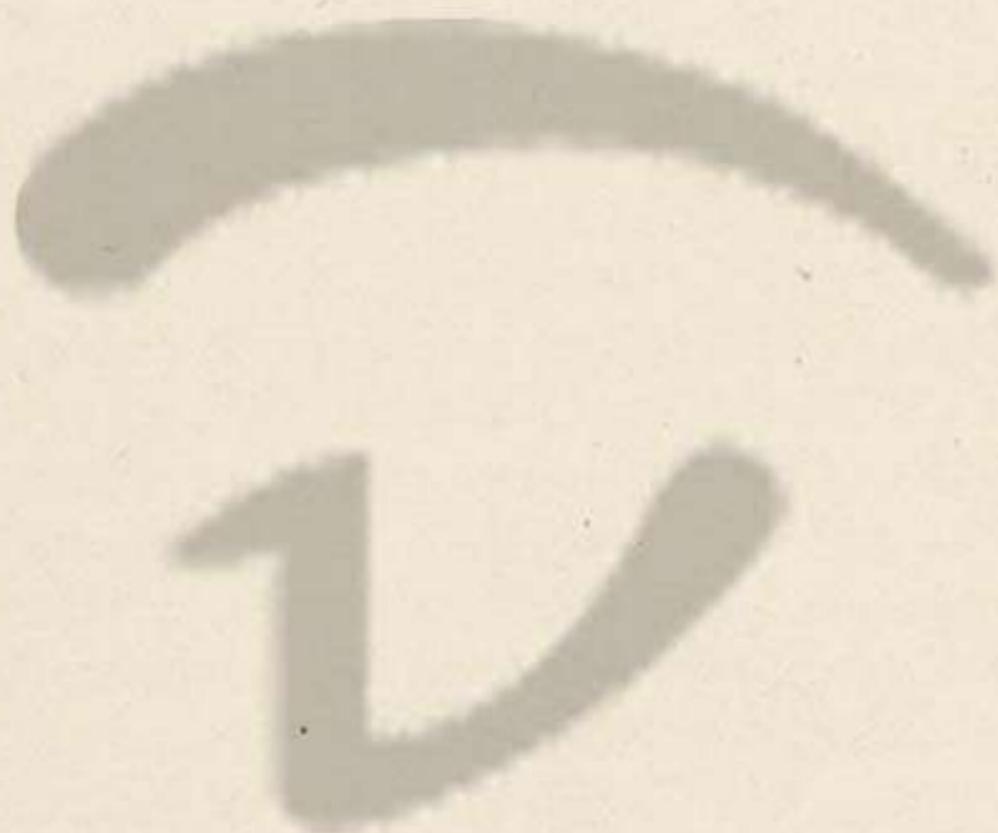
¡Que salga la zorra de su guarida y que muera! Tú tienes el poder en tu mano, tú eres poderosa: estate alerta. Ten siempre fija tu mirada en Dios, no dudes nunca de Él, y Él te librárá de todas tus penas.

Esta profecía tiene por base un sermón predicado en Barcelona y fué grabada en una piedra encajada en la fuente del palacio real, con fecha de 13 de Septiembre de 1409.

Esta curiosa profecía que Barcelona ha grabado en el palacio de sus reyes, conservando el estilo vago de todas las profecías, pinta bastante al natural los desórdenes de la sucesión de Aragón, los dos competidores, la decadencia de Francia al terminar el reinado de Carlos VI, la proclamación de Fernando de Castilla y su próspero reinado. Es más explícita que la mayor parte de las profecías bíblicas.

Sin embargo, no podría asegurar que fuera completamente auténtica. San Vicente Ferrer era considerado como un profeta en Barcelona; los catalanes tienen una imaginación fecunda; es posible que sea obra de un entusiasta. Su estilo se parece más al género imponente de Savonarola; pero en el fondo no tiene nada de inverosímil.







CAPÍTULO XIV

MANRESA Y LÉRIDA

Los reyes de Aragón.—Muerte repentina del Príncipe heredero.—Nuevo casamiento del rey.—El santuario de Montserrat.—Manresa.—Las visiones de San Ignacio.—La Virgen que habla.—San Ignacio entre los Dominicos.—La Cueva Santa.—La gallina ponedora.—César y Vicente Ferrer.—Tomás Carnicer.—La Universidad de Lérida.—Plegaria eficaz.—Monotonía en lo maravilloso.

(1409-1410)

EL día en que se experimenta un gran dolor es cuando se conoce lo que vale un hombre como Vicente Ferrer. Los príncipes de la tierra, acostumbrados á los favores de la fortuna, apenas saben soportar los reveses. El alma humana, enloquecida, se abandonaría, si no estuviera allí Dios, visible y parlante, por decirlo así.

Aquí precisa consignar algunas notas históricas.

Desde el siglo XII los condes de Barcelona gobernaban á Aragón, es decir, ese conjunto de pueblos que comprendia á Aragón propiamente dicho con Zaragoza por capital, el reino de Valencia y Cataluña. El reinado de esta dinastía fué glorioso. Pedro IV, el Ceremonioso, á quien ya conocemos, falleció en Barcelona el 3 de Enero de 1387, dejando dos hijos, Juan y Martín, que ambos ocuparon el trono. Juan I, nacido como nuestro Santo, en 1350, murió á consecuencia de una caída del caballo, sucediéndole su hermano Martín, el Viejo, que fué rey de Aragón y de Sicilia, pero confió el gobierno de esta provincia, siempre inquieta, á su hijo Martín, el Joven, príncipe valiente que mantuvo á los sicilianos en la obediencia.

En este estado se hallaban las cosas cuando Vicente Ferrer predicó en Barcelona. La Cerdeña, otro feudo de Aragón, acababa de sublevarse á su vez, y el joven rey de Sicilia, á pesar de los presentimientos de su padre, marchó allá con una expedición. Apenas llegado, se dirige en busca del enemigo á marchas forzadas, le encuentra, le acomete y le mata cinco mil hombres en una sola batalla.

El rey recibió la noticia de este brillante hecho de armas el 14 de Julio de 1409, hallándose de veraneo en el castillo de Bellesguard. Toda Barcelona se iluminó y se dieron gracias á Dios en todos los templos... «Pero, dice un cronista, todavía humeaba el incienso en la Catedral de Santa Eulalia, cuando se esparció un siniestro rumor; el simpático vencedor acababa de morir.» Apenas tenía treinta y cinco años; así es que fué un duelo universal, porque la gloria y la prosperidad de la nación parecían extinguirse con el joven héroe. Benedicto XIII, que fué el primero que recibió la noticia, no se atrevió á afrontar el dolor del infortunado padre, y creyendo que sólo el gran taumaturgo podría dominar su explosión y calmar la desesperación del mismo, encargó á aquél que le anunciara la fatal nueva.

¡Ah! los reyes no tienen libertad ni aún para el dolor. La triple corona de Aragón, de Valencia y de Cataluña quedaba sin heredero, por lo que muy pronto se trató de un nuevo matrimonio, celebrándose las bodas del rey Martin y Margarita de Prades el 17 de Septiembre de 1409 en ese mismo castillo de Bellesguard, hoy una ruina, deliciosa morada entonces, situada al pie del monte Tibidabo, en el fondo de esa inmensa llanura sobre la cual está asentada Barcelona.

Vicente Ferrer celebró la misa y Benedicto XIII les dió la bendición nupcial.

Luego fueron los dos, el Pontífice y el Apóstol, en peregrinación á Nuestra Señora de Montserrat, el santuario más venerado de Cataluña.—*El día 8 de Octubre de 1410 el Papa Benedicto XIII, acompañado de San Vicente Ferrer y de 12 cardenales, visitó este real Monasterio de Montserrat (Archivos del convento).*—Debe leerse 1409.

La antigua imagen, que encubre hoy su rústica escultura bajo el oro y los ricos bordados, se remonta, según dicen, al tiempo de los Apóstoles. Cuéntase que, abandonada por estos propagadores de la buena nueva, fué venerada por mucho tiempo en la Iglesia de San Justo de Barcelona, y cuando ocurrió la invasión de los moros, llevaronla los cristianos á una gruta escondida en medio de los

montes, en donde la hicieron descubrir unos resplandores misteriosos que de la misma salían. Trataron de llevarla á alguna iglesia de las inmediaciones, pero la imagen se detuvo obstinadamente en una especie de barranco entre dos masas de rocas de formas extrañas.

Allí se construyó un oratorio que ha venido á ser el monasterio de Montserrat, maravilla edificada por los Benedictinos.

Se llega á él por un camino largo y pendiente, viéndose en esto una lección que Dios nos da casi siempre. Es preciso dejar los terrenos bajos, alcanzar el aire puro de las alturas, saber afrontar las fatigas de las primeras jornadas, á cambio de hallar en lo alto la que abre la puerta del Cielo.

Bajando hácia Zaragoza, encuentra el viajero un lugar célebre en el que se escribió un libro más célebre todavía, manual de estrategia divina, obra de un militar y de un santo: me refiero á Manresa y los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio.

Gracias á inteligentes trabajos, vuelve á ver Manresa sus tesoros históricos, ocultos durante siglos. Un importante documento inserto en el *Cartulario* nos dice que el 30 de Septiembre de 1409 trataron del recibimiento que habia de hacerse al maestro Vicente, á quien se esperaba, concediendo para ello treinta florines de oro. El 17 de Octubre el Consejo decidió confiar al Apóstol el arbitraje entre la ciudad de Manresa y el pueblo de Sampedor, que hacia mucho tiempo cuestionaban sobre demarcación de límites de sus respectivos términos. Aceptado el arbitraje por ambas partes, se puso el negocio en manos del maestro Vicente el 26 de Octubre; pero como él no podia hacer por sí mismo las comprobaciones previas, se confiaron éstas á uno de sus compañeros, el maestro Antonio Fuster, asesorado de dos ciudadanos de probidad reconocida, entregando al maestro Vicente el resultado de su información, el cual pronunció el fallo definitivo.—Esta es una nueva prueba del crédito que gozaba y de la autoridad que tenían sus decisiones.

Cuando Ignacio de Loyola fué á Manresa estaba demasiado viva aún la fama de Vicente Ferrer para que no implorase su poderosa intercesión. ¿Qué pasó entre estas dos almas?—Ya lo sabremos el día en que no habrá secretos; pero la súplica de Ignacio al gran taumaturgo debió revestir un carácter de extraordinario fervor, pues en su altar tuvo lugar la visión de la Santísima Trinidad, la más célebre de todas. Esta escena se ve reproducida en uno de los medallones de mármol labrado que hay en la Cueva Santa y que representan los principales hechos de la vida de San Ignacio.

No se conoce bien el origen de la poderosa Compañía de Jesús: el brillante oficial de Pamplona ha dejado en la sombra al humilde cristiano que busca su camino; que se nos permita hacer entrever la parte que tuvieron en tan grandes destinos las antiguas Órdenes monásticas, y recordar especialmente el benéfico abrigo que encontró el fatigado viajero bajo del gran árbol de Santo Domingo.

Bajaba de Montserrat con el espíritu preocupado con las enseñanzas que había recibido, pero ansioso aún y en busca de ese guía necesario al que quiere seguir una vía segura; y marchó hasta que llegó ante una puerta que parecía cerrarle el paso, cuando oyó una voz muy clara que le dijo: «Entra». Esta voz era la voz milagrosa de una imagen de la Santa Virgen colocada sobre dicha puerta, que era la del convento de los Dominicos de Manresa.

Durante un año, en un estrecho cuarto que recuerda aquel en que San Alejo pasó en Roma una existencia tan maravillosa, estudió Ignacio bajo la dirección del Prior de los Dominicos los rudimentos de las letras y los designios de Dios. Por la noche podía verse una sombra errante á lo largo de los claustros, con el cuerpo inclinado bajo la carga de una pesada cruz, pero con el alma tranquila. Esa cruz, herencia envidiada, está aún en poder de los Dominicos, y es el lazo común entre estas dos Órdenes, que, bajo reglas y hábitos diferentes, sirven la misma causa.

Después de un año pasado en el convento de los Hermanos Predicadores le permitió el Prior retirarse á la *cueva*, entonces húmeda y sombría, hoy adornada suntuosamente, pero con la condición de que iría cada semana á recibir sus consejos y someter á su aprobación sus escritos. Permitásenos á este propósito una respetuosa observación. Se consideran generalmente los Ejercicios de San Ignacio como ciencia infusa y esto no está demostrado. San Ignacio, más que autor, es el que ha vulgarizado un método de retiro que hacia mucho tiempo estaba en uso en nuestros monasterios y especialmente entre los Benedictinos.

Las Memorias de nuestro convento están llenas de hechos relativos á San Ignacio. La celda que ocupó debajo de la del Prior ha sido capilla hasta la exclaustación: hoy es un lugar profano, y el claustro por donde arrastraba su cruz se ha convertido en un teatro; pero la tradición se conserva y los jesuitas van aún á decir misa á los altares en que San Ignacio tuvo sus visiones.

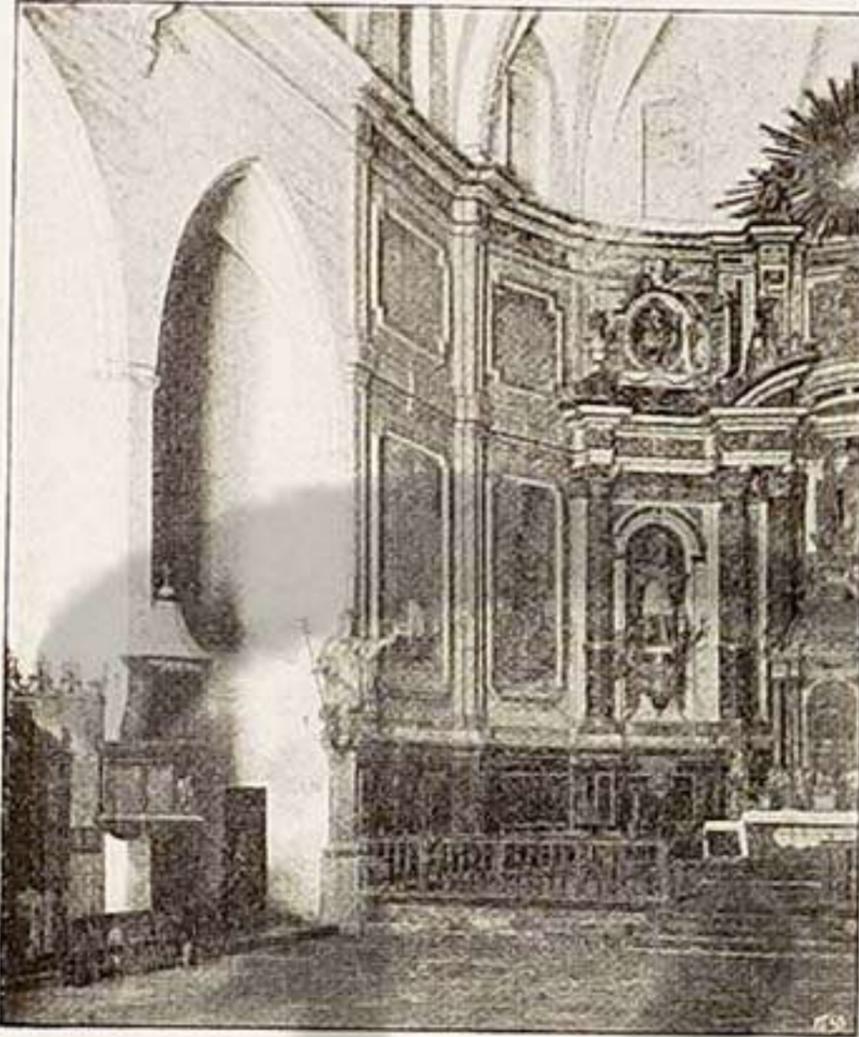
Por lo demás, los hijos de San Ignacio no han desconocido el génesis de su Instituto. El Rdo. P. Fita, S. J., ha publicado, en 1872,

MANRESA



NUESTRA SEÑORA DE LAS GRACIAS,
Virgen que habló á San Ignacio de lo alto de
la portada de los Dominicos.

MANRESA



Iglesia de los Dominicos y púlpito de SAN VICENTE FERRER.



Medallón en el que está representada la visión
que tuvo SAN IGNACIO en el altar de SAN VICENTE FERRER
en la iglesia de los Dominicos de Manresa.

la *Historia de la Santa Cueva* ó gruta en la que San Ignacio compuso sus Ejercicios, y en ella refiere como San Ignacio sólo halló la paz interior, gracias á la enérgica dirección del Prior Guillermo de Pellaros, y menciona la pesada cruz de madera que llevaba el Santo cuando hacía el *Via crucis* por los claustros del convento. También él ha leído la inscripción grabada con punzón en caracteres góticos del siglo XVI: *Ignacio de Loyola llevaba esta cruz, 1522.*—ENE CVS A LOHOLA PORTABAT HANC CRUCEM MDXXII.

Y añade: «el viajero puede hoy arrodillarse ante la Virgen que le habló.» Se llama Nuestra Señora de las Gracias y tiene cuatro palmos y medio de alta, habiendo publicado una pequeña monografía de ella el P. Enrich, dominico.

En nuestra iglesia de Manresa se admira un cuadro muy antiguo que representa tres escenas: la recepción de San Ignacio por el Prior de los Dominicos, una tentación de desaliento y la presentación de los Ejercicios á su director. El retrato del fundador de la Compañía de Jesús, de pie, ilumina y domina toda esta pintura, que es verdaderamente hermosa. Pero la misma iglesia ha sufrido retoques desgraciados. El púlpito en que predicó Vicente Ferrer se ha pintado de una manera desagradable y un fresco que lo representaba debajo del tornavoz se ha cubierto de un grosero enlucido de yeso.

En la esquina de una estrecha calle detiene al transeunte el resplandor de una lámpara: es una pequeña capilla levantada en el sitio que fué teatro de un gracioso milagro obrado por San Ignacio. Una pobre mujer tenía por todo capital una gallina ponedora y le cayó en un pozo á tiempo que pasaba el Santo, el cual, haciendo la señal de la cruz, obligó al agua á subir y pudo coger la gallina viva. ¿Cómo no recordar aquí al niño Vicente Ferrer obligando al pozo de su casa paterna á devolverle su zapato?

Lérida (*Lleyda*), la antigua Ilerda, ante cuyos muros se disputaron César y Pompeyo el imperio del mundo, convertida en ciudad cristiana, inauguró la salutación pública del *Angelus*, que Juan XXII extendió á toda la Iglesia. Esta ciudad tuvo una parte considerable en la vida de Vicente Ferrer, porque en ella estudió, en ella enseñó á su vez, y en ella se dejó ver con frecuencia como Apóstol y como taumaturgo, renovando á su manera y con más eficacia las famosas palabras pronunciadas en el mismo Ilerda: *Veni, vidi, vinci.*

Allí entró el 15 de Diciembre de 1409 por la tarde, y como en todas partes, salieron á recibirle las autoridades y los principales personajes. En su capilla del convento de Dominicos se conservaba

una reliquia de nuevo género, que da bien idea de las ovaciones tributadas á este humilde monje; eran los fuertes maderos de que se vieron obligados á rodearle para que no le aplastase la multitud. «*Hi trobarem lo bastiment de fust, lo qual meteren en lo monestir de prebhidors en la Capela sua.*» (Códice de Apuntamientos. Mss.)

Cuando Vicente Ferrer estudiaba en Lérida tenía por maestro al venerable P. Tomás Carnicer. Un día, estando en el púlpito, cruzó por su imaginación este recuerdo y dijo: «Cavad en tal sitio y encontraréis su cuerpo intacto como el día en que fué sepultado.»—Habían transcurrido cuarenta años.

Una corta leyenda manuscrita que se encuentra en el martirologio del convento nos da este retrato del P. Tomás Carnicer: «Hombre muy dado á la oración, perseguíanle los demonios con un encarnizamiento increíble, hasta el extremo de arrojarle de un punto á otro como si fuera una pelota. Un día que presenciaron esto los Religiosos, huyeron espantados con tal precipitación, que uno de ellos se rompió una pierna, pero el Bienaventurado se la curó en el acto. Hacia cuarenta años que había muerto cuando Vicente Ferrer, á quien había tenido como novicio (profés), afirmó en un sermón que su cuerpo estaba incorrupto, y habiéndole descubierto, se vió que era tal como había dicho. Entonces se depositó el cuerpo en la capilla del Rosario. «Aun estaria entero, dice Doménech, si una reina de Aragón no le hubiese quitado la cabeza por devoción.» «..... donde aun está entero; y falta la cabeza que una Reyna de Aragón le quitó por reliquia.» (Doménech, Santos de Cataluña).

Vicente Ferrer permaneció en Lérida desde el 15 de Diciembre hasta el 7 de Enero, habiendo predicado todos los días. ¡Ah! en Lérida las ruinas son tan completas para él como para el César: del convento en que vivió, fundado por el Rey Conquistador en el siglo XIII, no queda ni una piedra. Este convento estaba situado en la vertiente Norte del cerro que hoy ocupa la ciudadela. La antigua Catedral, monumento de un puro y admirable estilo gótico, sirve hoy de dormitorio á la guarnición.

Lérida estaba orgullosa con su Universidad, fundada en 1300 por el rey Jaime II, el Justiciero, y erigida solemnemente por una Bula de Bonifacio VIII el 1.º de Marzo del mismo año, la cual se conservó siempre floreciente, gracias á sus sabios estatutos. Un escritor, Ortiz de Valdés, hace de ella el siguiente sucinto elogio: «*No es su renta excesiva, ni magnifico su edificio, pero es excelente Universidad.*» «En efecto, añade, ha tenido discípulos que se han distinguido por su

talento y por su ciencia, ha dado prelados á las Iglesias más ilustres; uno de sus discípulos, Calixto III, se ha sentado en la cátedra de San Pedro; en sus bancos se han formado San Vicente Ferrer y San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pías.»—No es completamente exacto que estudiara en ella Vicente Ferrer, porque estudiaba en el convento; pero es posible que los cursos fueran comunes.

Tampoco de ella quedan recuerdos, habiendo sido reemplazada por una plaza vulgar y algunas casas más vulgares todavía. Nuestro Felipe V no tuvo la generosidad de olvidar que Lérida era francamente partidaria de la dinastía nacional de España, y trasladó la Universidad á Cervera, de donde algún tiempo después fué llevada á Barcelona.

El nuevo convento de Dominicos fué edificado en el centro de la ciudad, transportando á él las sepulturas del bienaventurado T. Carnicer y de otros religiosos á quienes se tributaba culto, especialmente el bienaventurado Pedro Queralt, discípulo de San Vicente Ferrer. En unos frescos pintados en las paredes del claustro se representaban escenas de su vida. Hoy el convento es una escuela laica, siendo imposible saber qué ha sido de aquellos preciosos restos, y el claustro, cuyas paredes han sido revocadas, sirve de lugar de esparcimiento para los alumnos. La cofradía de la Sangre, establecida en un principio en la antigua catedral, parece ser obra de San Vicente Ferrer.

Lérida tuvo que sufrir mucho de la guerra, tanto de la guerra de Sucesión como de la de la Independencia, y ya no se ha repuesto. En 1810 se apoderó de ella Suchet, después de varios terribles asaltos, y los soldados de la Revolución se dieron á conocer en las más estúpidas devastaciones, los más odiosos robos y los más sacrílegos atentados. No puede leerse su relato sin sentir que suben á los ojos las lágrimas, lágrimas mezcladas de dolor y de vergüenza. Entre tantas ruinas hay una que se relaciona con esta historia; la asociación fundada por Vicente Ferrer para la protección de los huérfanos ha desaparecido en la tormenta: la guerra no respeta la edad ni la pobreza.

De Lérida volvió el Apóstol á Barcelona atraído por nuevas desgracias, porque la peste assolaba el país.—«El año del Señor 1409, dice un antiguo manuscrito conservado en los archivos de Vich, el jueves de las Cuatro Témperas de Diciembre, el venerable maestro Fr. Vicente Ferrer predicó ante Benedicto XIII en la residencia real llamada Torre de Ramón de Splá, cerca de Barcelona, y enseñó á sus

oyentes una oración, afirmando que toda alma sincera podía esperar de ella los más felices efectos.

Toda vez que por fin hemos de morir ¿por qué no insertar aquí esta oración, en la que se muestran todas las ternuras de este corazón de apóstol y de santo? (1).

«Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera. Cristo nos defienda de todo mal. Jesús Nazareno, Rey de los Judios, titulo de triunfo, compadeceos de nosotros. Nuestro Señor Cristo Jesús nos libre de nuestros enemigos, de toda peste, mal contagioso y de muerte repentina y eterna, por el signo de la Cruz y por los méritos de la gloriosa y siempre Virgen María, Vuestra Madre y Señora nuestra, y de los santos mártires y confesores Fabián, Sebastián, Nicasio, Anastasio, Martín, Roque, Cosme y Damián. Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal. Y se encarnó en la Virgen María por el Espíritu Santo, y se hizo hombre.

»Compadeceos de mí y oid mi oración.

»Compadeceos, Señor, que mi alma está enferma, y las virtudes que, como los huesos, debieran sostenerla, son muy débiles.

»Misericordia, Señor, y atended á lo humillado que estoy por mis enemigos.

»Tened piedad, Señor, que me hallo lleno de tribulación, y mis ojos, mi alma y mi cuerpo están llenos de angustia por haber provocado vuestra justicia.

»Piedad, Dios mio, según vuestra gran misericordia.

»Misericordia, mi Dios, que me asedia el enemigo y siempre me contradice y llena de tribulación.

»Compadeceos, Dios mio, compadeceos de mí, porque en Vos confía mi alma.

»Misericordia, Señor, ya que clamo á Vos cada día; alegrad el alma de vuestro siervo cuando levanta el corazón y lo dirige á vuestra piedad.

»Compadeceos de nosotros, Señor, compadeceos de nosotros, porque estamos llenos de gran vergüenza.

»Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.»

»Oración.—Señor mio Jesucristo, Vos que queréis que todos sean salvos, y á quien nunca se suplica sin esperanza de misericor-

(1) Damos la oración completa tal como la inserta el Sr. Sanchis Sivera en su *Historia de San Vicente Ferrer*, porque la que da el autor sólo contiene la última parte.

dia, porque de Vuestra santa y bendita boca ha salido este oráculo:

»Todo lo que pidieréis á mi Padre en mi nombre os será concedido: suplicoos, Señor, por vuestro santo Nombre, que en la hora de la muerte me conservéis el conocimiento completo, el uso de la palabra, y me concedáis un vivo dolor de mis pecados, una fè verdadera, una esperanza bien ordenada y una caridad perfecta, á fin de que, desde el fondo del corazón, pueda deciros: en vuestras manos, Señor, encomiendo mi espíritu. Vos que sois bendito y glorificado por los siglos de los siglos. Amén.»

Más afortunado que en Génova tuvo el consuelo de ver desaparecer el azote, y esto sin tardanza, pues, según dice un testigo cuya palabra es de peso, «apenas hubo excitado al pueblo al arrepentimiento, *en seguida* cesó la peste». Este testigo tenía una hermana que padecía una terrible enfermedad, para la que no se había hallado remedio, y el Santo la curó sólo con tocarla. «Y otros muchos acudieron á él, atacados de diferentes males y á todos les curó con la imposición de las manos, no hablándose en toda la comarca más que de estas maravillas.»

Pronto se notará que uno de los escollos de esta Historia es la monotonía, la monotonía de lo maravilloso.







CAPÍTULO XV

TARRAGONA Y MONTBLANCH

Embajada de los Florentinos.—El patrimonio de Santa Tecla.—El rey abofeteado.—Cacería trágica.—El rey y el santo.—El asno herrado.—El hombre salvaje.—Otro albañil que cae.—Un lisiado que se echa de menos.—Poblet.

(1410)

QUANDO Vicente Ferrer estuvo la primera vez en Génova, le enviaron los florentinos como embajadores á la flor de su nobleza, rogándole que fuera á evangelizarles, dándoles entonces esta respuesta digna de un santo. «¿Por qué venis á buscar tan lejos un predicador, cuando tenéis entre vosotros el modelo más perfecto? Si no escucháis á ese, en vano saldrán los muertos de sus sepulcros para convertirlos. Sin embargo, me intereso por vosotros y, si Dios quiere, algún día me veréis allí.»—El predicador modelo á que se refería era el bienaventurado Juan Dominici, florentino de origen, religioso Dominicano, que llegó á ser Arzobispo de Ragusa y Cardenal, y que en el Concilio de Constanza representará un gran papel, digno compañero de Vicente Ferrer y cuyo culto ha autorizado la Iglesia, celebrándose su fiesta el 10 de Junio.

Disponíase á cumplir su promesa y á este efecto se trasladó á Port-Vendres, dispuesto á embarcarse para Italia, cuando desbarató sus proyectos, y esta vez definitivamente, una carta del príncipe Fernando, regente de Castilla, el mismo que, gracias á él, recogerá la revuelta sucesión del trono de Aragón. Volvió, pues, atrás y se dedicó á evangelizar todo el golfo de León.

No hay que preguntar si Tarragona, en particular, le recibió con entusiasmo, habiendo prestado poco antes á esta ciudad un inmenso servicio. La historia del hecho, que es curiosa, la tomo de los Episcopologios manuscritos de Valls y de Blanch, conservados en los archivos del Cabildo, completándola con otras crónicas.

Desde tiempo inmemorial ejercía el clero una supremacía, no sólo espiritual, sino también temporal, sobre la ciudad y diócesis de Tarragona; pero los reyes de Aragón reivindicaron este poder, y el que más se encarnizó en ello fué Pedro IV. El arzobispo Pedro Clascarín, que ocupó la sede desde 1357 á 1380, luchó con todas sus fuerzas y murió del disgusto. El rey creyó que obtendría mejor partido de los Canónigos, pero se engañaba, y como nada lograron las amenazas ni los malos tratamientos, recurrió abiertamente á la violencia.

«El lugarteniente del rey, refiere Valls, entró en la ciudad saqueándolo todo, como no lo hubieran hecho enemigos extranjeros; trató á los vasallos de la Iglesia como hubieran podido hacerlo los Sarracenos, se apoderó de las rentas, y, finalmente, causó tales estragos, que Tarragona vino á ser teatro de todas las desgracias reunidas. Los Canónigos enviaron comisionados á Barcelona, con el encargo de exponer respetuosamente al rey el estado de las cosas y fueron tratados como enemigos públicos. El Cabildo, viéndose reducido á un extremo, hizo publicar una protesta en la que declaraba que no pudiendo obtener justicia en la tierra, emplazaba al rey ante el tribunal de Dios en el término de sesenta días. Esto sucedía el 24 de Noviembre de 1386. El rey se irritó y quiso hacer castigar á los Canónigos, pero le calmaron sus consejeros y se entablaron proposiciones de arreglo, haciendo que se pidiera á los Canónigos, á cambio de otras propiedades, la ciudad de Tarragona y su término, porque los médicos le habían asegurado que Tarragona era el pueblo más sano de sus Estados, y en donde mejor podía pasar sus últimos días.»

Para evitar nuevas desgracias consintieron los Canónigos, pero no consintió Santa Tecla. En la noche de Navidad entró en la Cámara real, sin anunciarse, una señora muy hermosa y resplandeciente de luz, y le abofeteó con violencia: esta señora era Santa Tecla, patrona de la catedral y de la diócesis. El rey, hombre de fé, á pesar de todo, hizo llamar á su confesor antes que á su médico; bien es verdad que éste era inútil, pues el rey murió ocho días después, el 1.º de Enero de 1387, no sin añadir á su testamento un codicilo,

en el que ordenaba á su heredero que restituyera todo lo que había tomado é indemnizara todos los daños.

Juan, su hijo mayor, que le sucedió, no se dió prisa en restituir el patrimonio de Santa Tecla. Un día en que volvía de Torroella de Montgri á Barcelona, se detuvo cerca del castillo de Urriols, en los lindes del bosque de Loya en que abundaban los lobos. «Quisiera matar un lobo», dijo el rey, y como los reyes son servidos con prontitud, en un momento se organizó la cacería. Apareció un lobo, y toda la comitiva se lanzó en su persecución, pero el rey no pudo seguirla por haberse enredado su caballo en la maleza y al volver atrás se encontró frente á una loba furiosa. Se apoderó de él el miedo y cayó del caballo sin conocimiento, falleciendo el 19 de Mayo de 1395.

Vicente Ferrer llegaba de Aviñón cuando se enteró de esta desgracia y en seguida escribió al nuevo rey D. Martín, su amigo, una carta, que se ha perdido, pero que Valdecebro, uno de sus biógrafos españoles, reconstituye de una manera bastante probable.

«Al muy alto y muy poderoso señor rey D. Martín.

»Tanto como me regocijo con vuestra elevación al trono, deploro la trágica muerte de vuestro hermano, al que sucedéis. Suplico á Vuestra Alteza, de parte de Dios Todopoderoso, que tenga siempre presente en la memoria la doble desgracia que ha herido á vuestra real familia y reconozca los terribles juicios por cuyo medio castiga Dios los pecados públicos y escandalosos. Vuestra Alteza sabe que vuestro padre fué emplazado ante el tribunal del Soberano Juez por los Canónigos de Tarragona, por haberse apropiado los bienes de esta iglesia, y que murió por mano de Santa Tecla; vuestro hermano, por no haber reparado esta falta, según la recomendación que se le había hecho, acaba á su vez de perder miserablemente la vida. Que Vuestra Alteza pague sin demora las deudas de sus antecesores, sin lo cual debe esperar un castigo todavía más terrible.

»Que Jesús, que ama á Vuestra Alteza, le haga prosperar y glorificar en todo.

»El inútil servidor de Jesucristo y de Vuestra alteza,

»Fr. Vicente Ferrer, predicador.»

El primer cuidado del nuevo monarca fué atender tan razonable demanda. Esta amistad entre el rey y el santo no produjo sólo resultados pasajeros, pues los historiadores están acordes en decir que el rey Martín fué justo, casto y bueno, cualidades todas encerradas en ese hermoso mote con que le designa la Historia: fué

humano. Según el antiguo cronista Carbonell, era «corto de talla y grueso. Se le llamaba el Eclesiástico, porque diariamente oía tres misas y rezaba las horas como un sacerdote: quería que las iglesias estuviesen bien adornadas y su capilla estaba cuidada con esmero.» —Téngase la bondad de perdonarle, sabiendo por otro historiador que «tenía todos los talentos de su padre, sin las crueldades que hicieron tan odioso el reinado de Pedro IV. (Segura, *Historia de Morella*).

Del mismo modo debo decir que D. Próspero Bofarull, archivero de la Corona de Aragón, me ha demostrado, con documentos á la vista, el noble carácter y las cualidades verdaderamente reales de Juan I, el esposo de Violante. «*Los registros del real archivo manifiestan y acreditan en él un carácter más justo y benéfico que puede ponderarse.*» A pesar de las continuas agitaciones de Sicilia y Cerdeña, supo mantener en paz su reino. Bastante calumniados son los reyes, para que alguna vez se les haga justicia. No hay ninguno, ni aun ese Pedro el Cruel, al que no se le puedan aplicar estas palabras. *Dichosos tiempos en que la justicia y aun la venganza no amenguaban los derechos políticos, como sucede con frecuencia en nuestra orgullosa época razonadora.* (Boix, *Valencia Histórica*, I, 188).

El Apóstol reformaba los abusos allí donde los encontraba. El arzobispo de Tarragona había gravado con exceso los aniversarios y otras fundaciones piadosas de su diócesis, y el rector y los jurados de Valldemolins, que eran los que con más razón podían quejarse, apelaron al medio más eficaz, pues con fecha 27 de Febrero de 1411 dispuso el arzobispo que se rebajaran «en vista de la opinión y las saludables exhortaciones del venerable y muy religioso Fr. Vicente Ferrer, dignísimo maestro en la sagrada ciencia».

«En Julio de este mismo año, dice el Episcopólogo de Blanch, se permitió á Ramón Moliner y á su mujer que hicieran vida eremitica en el ermitorio de San Pedro del Bosque, porque durante algún tiempo habian atendido á las predicaciones y á las enseñanzas del venerable y sabio maestro Vicente Ferrer.

Montblanch, pequeña población adosada á un cerro aislado, fué por muy breve tiempo residencia del Parlamento de Cataluña, porque su clima malsano hizo que se trasladase á Barcelona. Nada se encuentra en sus archivos y muy poco en las tradiciones populares, salvo la leyenda del asno herrado. Necesitando herraduras el jumento que montaba el Apóstol, se buscó un herrador que se las pusiese y cuando el Santo le pagó con una bendición, renegó y juró á más no

poder; en vista de lo cual, á una señal de su amo, el asno despidió las herraduras.

Felizmente el proceso de canonización es más explícito. «En Montblanch, Cataluña, un infeliz que se había quedado sordo á consecuencia de una grave enfermedad, estaba sujeto á accesos de furor que le impulsaban á arrojarse sobre las personas que encontraba, por lo que se le echó del pueblo y durante muchos años vivió solitario, alimentándose sólo de vegetales y animales crudos y llegando á perder toda forma humana, pareciendo más bien un animal salvaje. Una noche soñó que veía un hombre vestido de blanco, el cual le tocaba las orejas y le sanaba. Al despertarse, sintió una calma, á la que no estaba acostumbrado, y llevado de un secreto impulso, se dirigió al pueblo, que encontró desierto, porque todos sus habitantes estaban en el sermón. Se dirigió á la iglesia y viendo la multitud de enfermos que imploraban la bendición del Santo, se unió á ellos y refirió el sueño que había tenido la noche anterior. El taumaturgo convirtió ese sueño en realidad, y el dichoso enfermo le siguió durante ocho meses incorporado á los demás penitentes.»

Este prodigio debió llamar mucho la atención, porque en la información de Nápoles se le sometió á una interrogación especial: «Es verdad que durante su viaje á Aragón, entre los prodigios de que fueron testigos los que le acompañaban, ocurrió el milagro relativo á Mateo Studet?»—Así se llamaba el favorecido con el milagro de Montblanch.

En el mismo lugar, un hombre que trabajaba con su padre en la reparación de la iglesia principal dedicada á la Santa Virgen, cayó con tan mala fortuna, que lo levantaron moribundo. Llamado el Santo á toda prisa, le dijo el desgraciado: «Vos, hombre de Dios, vos que curáis todos los males, ¿seré yo por ventura el único de quien no tengáis compasión?» Vicente Ferrer le hizo en la frente la señal de la cruz y le dijo: «Ten confianza, hijo mio, recobrarás la vida y la salud, pero acabad vuestro trabajo tú y tu padre sin exigir salario alguno, por amor á la Santa Virgen á quien debéis este favor.»

Finalmente, le llevaron un pobre lisiado paralítico que hacía quince años que no podía mover parte alguna de su cuerpo, y el Santo, invocando una vez más á la Santa Virgen y conociendo que su ruego había sido atendido, bendijo á aquel desgraciado, que inmediatamente echó á andar y volvió á su casa sin ayuda de nadie, entre las aclamaciones de la multitud.—Se comprende el efecto que produciría esta clase de milagros: esos infelices, á quienes se ve dia-

riamente en su dolorosa inmovilidad, acaban por formar parte integrante de nuestra existencia, y cuando ya no están en el sitio acostumbrado, parece que nos falte alguna cosa. En cambio, el espíritu queda largo tiempo impresionado por el prodigio que ha producido aquel cambio.

No lejos de Montblanch, en un alegre valle llamado *Conca de Barberá*, se eleva al monasterio Cisterciense de Poblet, elegido para su sepultura por los reyes de Aragón, y allí reposaban D. Jaime *el Conquistador*, Martín el Humano, Alfonso el Magnánimo y Fernando de Antequera, en compañía de otros hombres célebres. Todo ha sido odiosamente devastado en 1835. Las sepulturas fueron violadas, rotas las esculturas, las estatuas y emblemas mutiladas. La tumba de Fernando de Antequera se ve abierta en el muro de la izquierda. Estaba representado por dos estatuas, una de guerrero y otra de diácono, y hacemos mención especial de él porque es el rey en cuyas manos va á poner Vicente Ferrer el cetro de la España unificada.

Pero toda la sed de ruinas que caracteriza á la revolución no basta á explicar estas salvajadas; debió haber otro móvil y este no puede ser más que la pasión vulgar que perdió á Judas. Aquellas gentes creían que habían tesoros ocultos y á cambio de algunas monedas de oro, que no había, se despojaron de todo sentimiento humano. Por todas partes se veía en este inmenso campo de desolación trozos de mármol esparcidos, columnitas rotas, obras maestras de arte y de paciencia, fragmentos de estatuas, cadáveres dos veces mutilados.

Y este vandalismo innoble se extendió á toda España. Un autor moderno describe la iglesia del convento de San Jerónimo (en Burgos) profanada y desierta:—«Allí estaba enterrado Gonzalo de Córdoba, llamado el Gran Capitán, y allí se conservaba su espada, que ha sido robada y vendida en dos ó tres duros, valor de la plata que adornaba el puño. Y lo mismo ha sucedido con otros muchos objetos preciosos como artísticos ó como recuerdos, que han desaparecido sin más provecho para los ladrones que el gusto de hacer daño. A nadie le es dado predecir el porvenir, pero dudo mucho que se nos devuelva lo que nos había legado el pasado y que se ha destruído como si tuviéramos algo que poner en su lugar. Y aun de este algo podríamos prescindir, si la tierra estuviera de tal modo cubierta de monumentos, que no necesitáramos levantar nuevos edificios.» (Teófilo Gauthier. *Voyage en Espagne*).—Para apreciar el espíritu que ha presidido á los destinos del mundo de cien años á esta parte hay que visitar Poblet. Es la falta de dinero, hipócritamente explotada por

las sectas infames, la que ha producido ese odioso año de 1835, y está probado con exceso que allí como entre nosotros, esa infamia sólo ha reportado un déficit más considerable.

De parte de los mismos que tuvieron la debilidad de dejar perpetrar estos crímenes ha venido una reparación insuficiente y tardía, y en un pilar de la catedral de Tarragona se lee la inscripción siguiente:

«Al Dios muy grande y muy bueno.

Jaime, rey de Aragón, de Mallorca y de Valencia, conde de Barcelona y de Urgel y señor de Montpellier, murió en Valencia el 27 de Julio de 1276. En 1835 unas *manos impías* destruyeron el monasterio de Poblet. Los sepulcros de los reyes de Aragón fueron violados. El cuerpo del rey Jaime I, que reposaba allí más de cinco siglos, fué extraído de su tumba, y Tarragona se honra poniéndole para en adelante al abrigo de las injurias del tiempo y de los *hombres*. Este monumento le fué erigido en esta basilica á expensas de las provincias de Tarragona y Barcelona, con autorización de Isabel II, reina de las Españas, el 7 de Octubre del año 1856.»

D. O. M.

Jacobvs, rex Aragonvm, Maiorcarvm, Valencie.

Comesqve Barcinone, et Vrgelis.

Et dominvs Montis Pessvlani.

Obiit Valencie VI Kal. Avgvsti anno Domini.

MCCLXXVI.

Everso impie anno MDCCCXXXV Popvleti Caenobio.

Violatis Avgvste domvs Aragonie sepvlchris.

Corpvs Jacobi, expvgnatoris dicti.

Praeclari Aragonvm regis e tvmvlo

Vbi V et amplivs secvlis adquieverat effossvm

Tarrago pie servavit

Tvendvmque in perpetvum a temporis et hominvm injvria

Hoc monvmento aere provinciarvm

Tarragonensis et Barcionensis exstrvcto

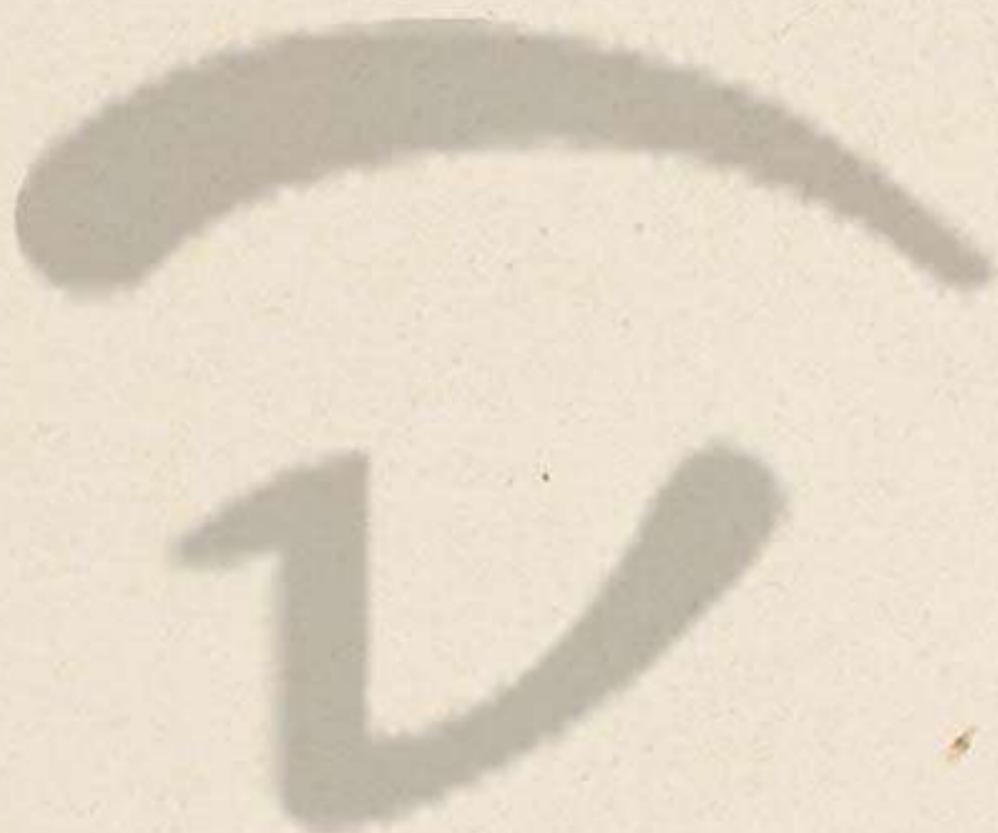
Benigne annvent Elisabeth II

Hispaniarvm Regina

In sva ipsivs basilica religiose restitvit

Die VII Oct. an MDCCCLVI





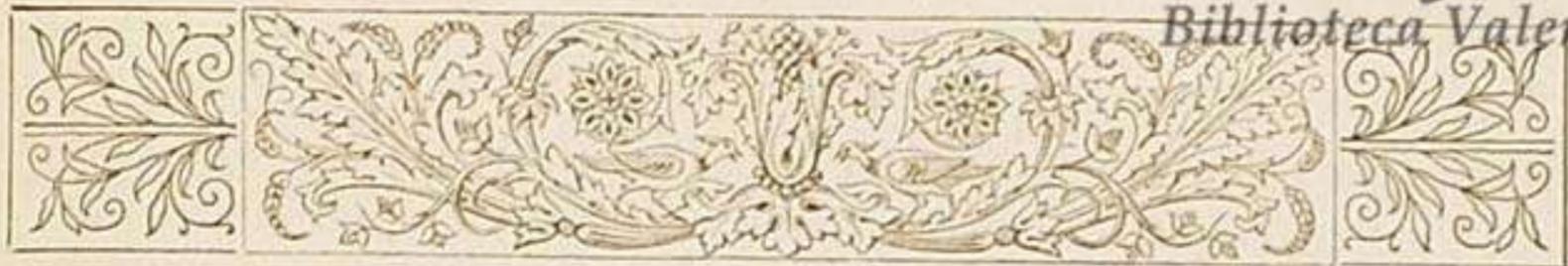
TERCERA PARTE

~~~~~

APOGEO.—POLÍTICA HUMANA

(1409-1412)





## CAPÍTULO PRIMERO

## REINO DE VALENCIA

Todavía las disensiones. — Cartas apremiantes. — Un hermoso país — Túnica de Neseo. — El puente de barcas. — El precio de una capa. — Población en movimiento. — Un cocinero célebre. — «Como en la cera.» — Iglesia en la montaña. — Las babuchas. — Nuestra Señora de Caudiel.

(1409)

**H**ACIA quince años que Valencia no veía á Vicente Ferrer, del cual estaba orgullosa, llevándole el mar diariamente los ecos de su gloria. Así es que la impaciencia era grande y las cartas apremiantes. Preciso es añadir, ¡ah! que las discordias civiles habían llegado á los mayores excesos, siendo estas luchas verdaderamente salvajes. Como no era permitida la neutralidad, era preciso tomar partido por unos ó por otros, no habiendo tranquilidad en los pueblos, más que cuando los partidos se batían en campo raso. Al que conoce el orgullo español, la voluptuosidad de la venganza y cómo se apodera del corazón el odio, no le causará sorpresa el leer en el proceso de canonización que estas discordias, que duraban 300 años, habían costado la vida á cinco mil hombres de uno y otro bando. — *Qui fuerant in discordia per annos trecentos retro lapsos, ita quod, tempore discordiæ inter ipsos, fuerunt mortui ex utraque parte ultra quinquemillia hominum.*

El rey prohibió que se eligiese jurado á ningún individuo de las familias enemistadas, porque empleaban su autoridad en sostener sus luchas fratricidas, y como los tribunales no podían ni aun estudiar las piezas de los procesos que se iban amontonando cada día,

empleó para lograr una justicia expedita esa rueda maestra de la administración que se llamaba *el señor justicia*, se levantaron patibulos en las plazas públicas y se procedió sumariamente; pero no fué más que un momento de respiro.

En 1401 se reunieron las Cortes en Segorbe. Veamos lo que dice el historiador de Valencia: «Las Cortes hicieron comparecer á los principales jefes de los dos partidos, con la esperanza de que las discusiones de una gran asamblea y el interés público disiparian los errores y harían cesar las discordias; pero sucedió todo lo contrario; Gilberto de Centelles pudo sorprender en Almédijar á Jaime Soler y lo mató sin piedad, presentándose luego en las Cortes tranquilo, insolente y satisfecho. Al día siguiente D. Pedro Marrades, del partido de Soler, asesinó á Jofre y Luis de Torres, ambos del partido de Centelles, á los que encontró en el camino de Valencia. Noticioso el rey de estos hechos, trasladó las Cortes á Valencia para tener fuerzas disponibles y acabar de una vez con los crímenes que se multiplicaban por todo el reino, desplegando gran severidad. Los encarnizados partidos abandonaron la ciudad, pero continuaron la guerra en los campos, en donde se libraron verdaderas batallas, como la que tuvo lugar en Lombay el 21 de Abril de 1404, en la que hubo una carnicería horrible de una y otra parte, quedando la victoria por los de Soler, que tuvieron la satisfacción de ver á Aymérico de Centelles tendido sobre un montón de cadáveres. Los vencidos tomaron tiempo para reorganizarse, y el 16 de Diciembre del siguiente año fueron las calles de la capital teatro de una carnicería que aterró por largo tiempo á los habitantes de Valencia.»

Los disturbios que siguieron á la muerte del rey Martín aumentaron el desorden, viéndose un día todas las fuerzas del reino al servicio de bandidos que parecía se proponían acabar con toda civilización. En la mañana del 21 de Marzo de 1407 se encontró asesinado en una callejuela al Gobernador de Valencia, Ramón Boil, sin que por más pesquisas que se practicaron lograra descubrirse á los asesinos. Sólo se respiraba cólera y sed de venganza, de las que apenas distrajeron la peste y sus estragos.

El Obispo y el clero se pusieron de acuerdo con la población, cansada de sufrir.

Se pidió un Parlamento enérgico y hubo dos, uno dentro y otro fuera de la ciudad. Cuando llegaron los enviados del Parlamento de Cataluña, tuvo el Obispo que llevarlos, lleno de vergüenza, del uno al otro, y poco después fueron á fijar su residencia, el uno en Vina-

roz, el otro en Traiguera. El delirio había llegado á su colmo. El nuevo gobernador de Valencia, Arnaldo de Bellera, en vez de interponer su autoridad, se declaró en favor de uno de los dos partidos. Diéronse dos batallas sangrientas, una en Murviedro, otra en Castellón de la Plana.

Gracias á una actividad prodigiosa, pudo el Gobernador apoderarse de algunos pueblos y establecer en ellos sus posiciones; pero la batalla de Murviedro le fué fatal, porque perdió en ella la vida y con una barbarie que no tiene nombre, el vencedor obligó al joven Arnaldo de Bellera á llevar en la punta de una pica la cabeza de su padre.

El papa Benedicto XIII ofreció su mediación; pero todo fué inútil. Entonces se recurrió á Vicente Ferrer.—«Estas divisiones, dice también el archivero Teixidor, llenaron todo el reino de Valencia de atrocidades y de muertes violentas: ¡desgraciada calamidad de este siglo, que tuvo que deplorar toda España! No había justicia, ni temor de Dios. Podría llenarse muchas páginas insertando todas las disposiciones emanadas de las autoridades contra estos criminales encarnizados.» La Providencia reservaba á nuestro Héroe la gloria de extinguir estas luchas salvajes. Había recibido el dón de pacificar á las gentes, y no fueron éstos sus menos importantes milagros.

Nadie extrañará el tono doloroso de las cartas que siguen, la frecuencia con que se escribieron, sus fechas próximas una á otra. En el *Cartulario* se inserta el texto, que vale la pena de leerse.

«Al Reverendo y perfecto religioso Fr. Vicente Ferrer, de la Orden de Predicadores, Maestro en Teología y amigo fraternal.

Reverendo Maestro y queridísimo amigo: Sólo Aquél que conoce todas las cosas sabe el consuelo que vuestra contestación ha dado á nuestras almas, y la alegría que vuestras cariñosas palabras nos ha reportado. Vuestra caridad quiere, pues, volver á esta ciudad, donde visteis la luz primera de la vida, para predicar el Evangelio de Jesucristo, y sólo el anuncio de vuestra llegada, que plegue á Dios sea pronto, ha causado universal alegría. Nosotros nos alegramos en particular pensando en el bien que esta familia cristiana recibirá por la terminación de las desgracias que la afligen, pues sus perversos hijos no cesan de afligirla con toda clase de males, con guerras y con discordias tan grandes, que el hermano se arma contra el hermano, las matanzas se suceden unas á otras y los hombres honrados no viven más que mientras place á los malvados que no temen á Dios, ni á la justicia humana.

«Sólo la Providencia puede poner remedio á tan grandes calamidades, pero creemos que para elló es necesaria vuestra intercesión. Además tenemos necesidad de vuestros consejos y de vuestro apoyo para obrar con eficacia, pues conmovidos con las miserias públicas, buscamos todos los medios de ponerles un término y conjurar las desgracias que amenazan. Suplicamos, pues, á vuestra caridad y á vuestra amistad bien conocidas, que empecéis vuestro apostolado por vuestra patria, y os rogamos por la misericordia de Dios, que dejéis á un lado todo lo que pueda retardar vuestra venida entre los vuestros y la pacificación de este país, que podrá con ella servir mejor al Autor de todo bien.

»Que Dios os conserve en su santa gracia.

»Los Jurados de Valencia, dispuestos á serviros.

»Valencia el 12 Junio 1409» (1).

El 28 de Agosto siguiente le escribieron de nuevo:

«Al muy honorable y de santa religión Fr. Vicente Ferrer, Maestro en Teología y amigo nuestro queridísimo.—Queridísimo amigo.—La experiencia nos ha mostrado y hemos sabido por la relación hecha por el honorable Juan de Avello, nuestro comisionado, el buen deseo que tenéis de volver á esta ciudad; este deseo, que es de justicia, nos llena de tranquilidad para lo porvenir, por lo que os damos infinitas gracias. Os rogamos muy afectuosamente ayudéis con interés á nuestro sindico Juan Trullols, que se halla actualmente en la corte, en todo lo que hará por el servicio de Su Majestad, la gloria de Dios y salud de este pueblo, que os desea ver, según os lo hemos escrito muchas veces, para que, Dios mediante, pongáis remedio á todas sus calamidades, efecto de las guerras y enemistades encarnizadas entre los grandes.

»Si en alguna cosa os podemos ser útiles, decidlo francamente.

»Los Jurados de Valencia, prontos á serviros en todo.»

El 4 de Diciembre siguiente le enviaron otra carta no menos apremiante.

Desde Cataluña se dirigió el Apóstol hácia su patria atravesando ese hermoso país que con razón se llama el jardín de España y que constituye el antiguo reino de Valencia, limitado al Norte por Cataluña y Aragón, al Este por el mar, al Oeste por Castilla la Nueva y al Sur por el reino de Murcia.

¡Es tan hermoso ese cielo! ¡Es tan bello ese mar azul, tranquilo

(1) Sanchis Sivera.

y profundo! ¡Y qué abundancia de vida produce la unión del sol y del agua! Extiéndese la vista por espacios sin límites cubiertos de verdura de varios matices como la esperanza en el fondo del alma humana; naranjos cuyo verde intenso parece desafiar el perenne azul del cielo; olivos de pálido follaje, granados de un verde más claro sembrado de flores de coral; y de trecho en trecho la palmera dominando, severa y majestuosa, estas verdes llanuras. Verdadera imagen del justo: saliendo de la humilde y débil tierra, crece entre las ruinas de todo lo que es inferior, y elevándose siempre, se corona de modesto follaje y de pendientes frutos.

Gandesa, situada en los confines de Aragón, es un gran pueblo, muy orgulloso con su reciente título de *Ciudad*, en el que desgraciadamente reinaba la impiedad en aquella época. Cuéntase que el Apóstol dejó allí su capa y que un hombre se envolvió con ella, por burla, como si fuera una saya; túnica de Neseo, que le hizo morir hidrófobo: este hombre era el mismo alcalde de la población.

En Tortosa y en Morella los éxitos fueron brillantes.

En la plaza principal de Tortosa y en uno de sus ángulos, el más favorable para la extensión de la vista y de la voz, se ve una casa antigua de balcones desiguales, uno de los cuales sirvió de púlpito á Vicente Ferrer, en la que hace poco tiempo aun había un cuadro que lo representaba.

El Santo llegó á Tortosa á fines de la Cuaresma. Pronto fué necesario, no siendo suficiente la plaza, habilitar al otro lado del río un vasto espacio plantado de árboles al trebolillo. El Ebro en este sitio es casi tan ancho y su corriente tan rápida como el Ródano. El día de Viernes Santo, 21 Marzo de 1410, una compacta muchedumbre ocupaba el puente de barcas que unía ambas riberas del río, la que con mucho recogimiento se disponía á oír la palabra incomparable del Santo, cuando de repente se rompe el puente y se eleva un clamor inmenso de aquella multitud. Empezaba ya á hundirse el puente, cuando apareció el taumaturgo y, haciendo la señal de la cruz, conjuró el peligro, pudiendo la gente ganar la orilla y él continuar su plegaria.—No han cambiado las cosas desde entonces: el Ebro sigue corriendo con igual rapidez, el puente de barcas gime al paso de la gente y se concibe el espanto de la multitud al oír crujir las tablas bajo su peso.

No podía menos de esparcirse á lo lejos el rumor de semejante prodigio, y fué tal el entusiasmo, que, cuando el Apóstol entró en Morella, hicieron pedazos su capa para convertirla en reliquias.—La

capa nueva costó 108 sueldos 9 dineros, á razón de 12 sueldos y medio la vara, empleándose en ella 7 varas y media, que se hubieron de pedir á Valencia, porque sin duda no habria allí entonces tantas tiendas como ahora. El gasto que ocasionó el acompañamiento del Santo ascendió á 1.005 sueldos 11 dineros, gastándose en total 1.588 sueldos 11 dineros, equivalentes á 129 libras 8 sueldos 11 dineros (1).

Según los archivos de la ciudad, estuvo allí dos meses, desde el 24 Marzo á fin de Mayo de 1410.

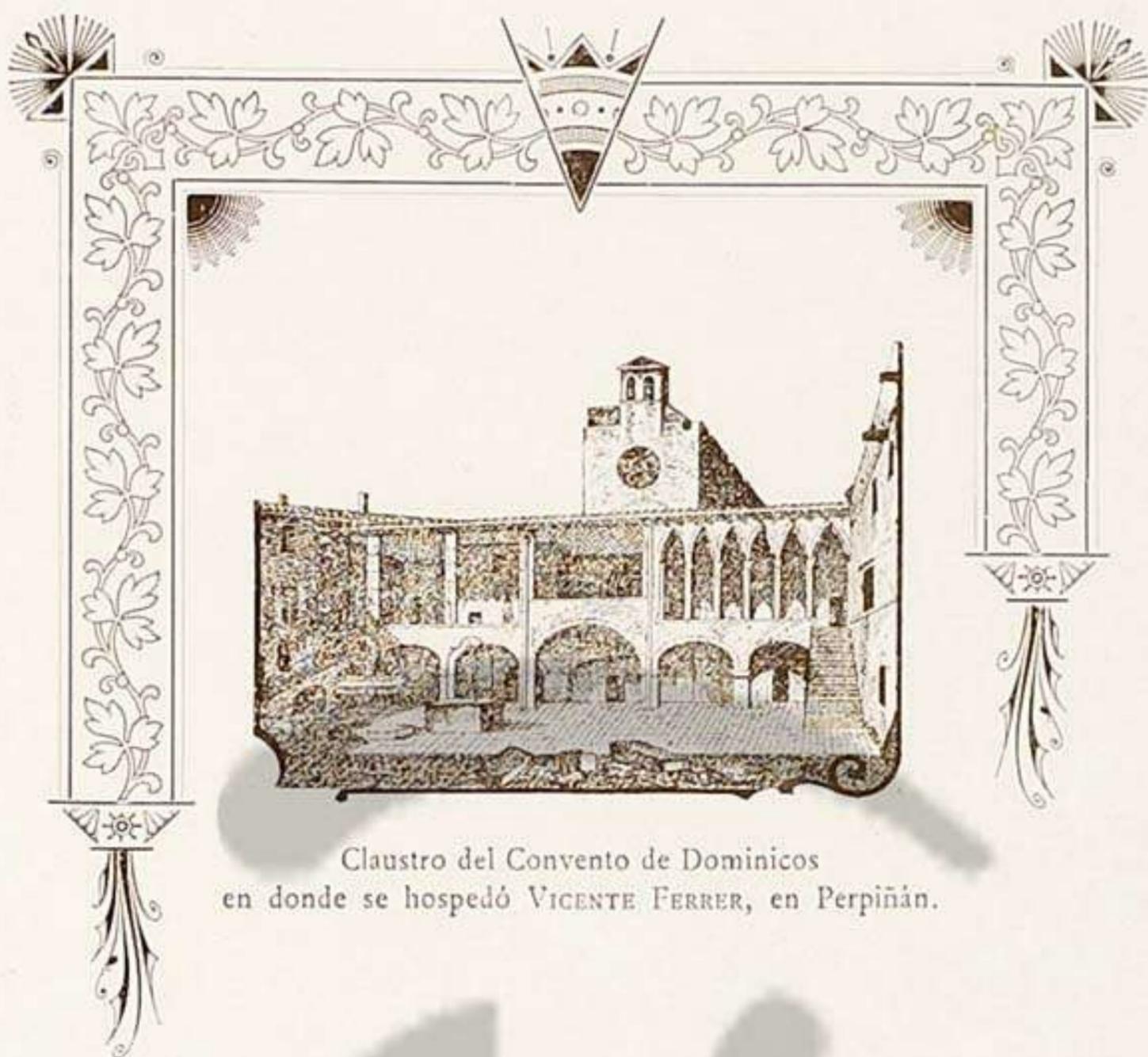
A consecuencia de su predicación publicaron los magistrados un edicto prohibiendo las blasfemias y los juegos de dados, que habian originado muchos abusos. Antes de partir hizo desde el púlpito esta solemne profecía: «Os anuncio á todos cuantos me oís como dentro de ocho dias estallará un horroroso trueno, cuyo ruido resonará por todo este reino con tan funestos resultados, que se seguirán muchas muertes violentas y arroyos de sangre humana» (2).—La multitud, inquieta, le pidió que descifrara el enigma, y él respondió: «Ya veo llegar los correos que os traen la noticia de la muerte del rey.»—Efectivamente, el rey Martín murió el 31 Mayo de 1410.

Aquí nos servirán de guía varios documentos á los que el entusiasmo que respiran no quita la veracidad.

«En los primeros dias de Junio de 1410 partió de Morella el maestro Vicente, acompañado del *Justicia*, del baile y de los jurados de la villa, dirigiéndose á Cati, seguido de su acostumbrada comitiva. Los habitantes de Cati, poseídos de alegría, recompusieron los caminos y salieron en masa á recibirle hasta Vallivana, á más de dos leguas de distancia, llevando pan, vino y queso fresco para su acompañamiento. Hicieron llevar además de Alcalá dos cargas de pescado, y de San Mateo carne, un pollo y huevos, habiendo costado todo 11 libras 9 sueldos, con más 3 sueldos y 2 dineros, que se invirtieron en la salsa del pescado para el Santo, encargando preparar la comida á un célebre cocinero llamado Macerot.»—El santuario de Vallivana está situado en el camino de Morella á Vinaroz. En un cuadro de bastante mérito se ve reproducido el encuentro de Vicente Ferrer con los habitantes de Cati, y en otro á Benedicto XIII rodeado de sus cardenales venerando la Virgen milagrosa.

(1) Según el P. Vidal y Micó, el gasto total fué de 2.588 sueldos 11 dineros, que equivalen exactamente á las 129 libras 8 sueldos 11 dineros. (N. del T.)

(2) Sanchis Sivera.



Claustro del Convento de Dominicos  
en donde se hospedó VICENTE FERRER, en Perpiñán.



MORELLA

La presencia del Santo llenó de tanta dicha á los habitantes de Cati, que, al marcharse, le acompañaron todos hasta la cumbre de un monte en donde se edificó más tarde una capilla en honor suyo.— «En efecto, el 19 de Marzo de 1610, dice una monografía local, en el sitio en que estaba la cruz que señalaba el camino de San Mateo, se puso la primera piedra de una iglesia dedicada á San Vicente Ferrer, apóstol de Europa, en reconocimiento á los grandes servicios que nos prestó cuando vino de Morella en los primeros días de Junio de 1410. Allí se despidió el Santo; y luego, en confirmación de la verdad de su doctrina, trazó con el pulgar de su mano milagrosa sobre una gran piedra una cruz, que quedó incrustada en ella, como si hubiera sido sobre cera.

»El libro de las actas del municipio hace ver que con frecuencia se hacían procesiones al sitio en que el Santo imprimió la cruz sobre la piedra. Regularmente se sube allí el domingo de Cuasimodo, después de las primeras visperas de su fiesta, que se celebra con gran pompa. Si se deja sentir la sequia, se lleva su imagen á la iglesia parroquial y se hace una novena de rogativas, que siempre son atendidas, por lo que todos los pueblos próximos nos imitan cuando sienten igual necesidad.»

En el pueblo de Cati existen aún muchos recuerdos de Vicente Ferrer. Sobre la puerta, que ha tomado su nombre de San Vicente, hay una capilla en la que se le venera y ante la cual arde siempre una lámpara en honor suyo, costeadá por uno de los vecinos, que se elige cada año el domingo de Cuasimodo, elección que es muy disputada. En la iglesia principal existen buenas pinturas sobre madera cuyo principal asunto son sus milagros. En la calle Mayor, delante de la casa de Francisco Blasco, hay un banco de piedra, desde el cual predicaba, y encima un fresco deteriorado por el tiempo. En la casa que él habitó, *casa Miralles*, se conserva respetuosamente su alcoba, en la cual está representado rezando el rosario. Este culto ha traído dicha á la familia, porque durante dos siglos se han distinguido individuos de ella en las misiones Dominicanas de Filipinas.

A kilómetro y medio del pueblo, subiendo hácia la capilla levantada en la montaña, se encuentra un pilar rematado por un pequeño nicho enrejado, en cuyo fondo está pintado Vicente Ferrer sobre azulejos, rodeado de gente que llora: él se vuelve y trata de despedir á la multitud, pero ésta no satisfecha aún, no quiere retirarse. Hubo empeño en dejar consignado este suceso, pues hay una inscripción que dice: «En este sitio predicó San Vicente Ferrer, Apóstol valen-

ciano.» Al pie del pilar hay un pequeño espacio de tierra respetado por las aguas pluviales, que es el sitio en que puso sus pies, y más de una vez un puñado de esta tierra ha devuelto la alegría á familias afligidas por el dolor ó la enfermedad.

Media legua más lejos, en una cumbre desierta en la que crece el perfumado espliego, se eleva el santuario erigido en honor de San Vicente Ferrer, santuario que es una verdadera iglesia de granito, como ya quisieran tenerla muchas parroquias. Encima del altar, cuyo frontis es de azulejos, hay un templete con columnas esculpidas que soportan imágenes, una de las cuales recuerda á Nuestra Señora de Lourdes. En el primer plano del retablo hay tres cuadros; á la derecha Vicente Ferrer; en el medio la legación de Aviñón; á la izquierda por todo adorno—y vale tanto como cualquiera—la piedra de granito sobre la que el Apóstol grabó una cruz con el dedo pulgar *como si hubiera sido de cera!* Esto lo hizo sencillamente para decir de nuevo: «Adiós, hijos míos, volved á vuestras casas, y como entiendo que esta vez seré obedecido, no hollaréis esta señal.»

También se conservan sus zapatos, especie de babuchas que llevaba sin duda cuando iba montado, y un gran pedazo de su capa.

Mientras llegaba el día en que él viniera á ser un centro de devoción, los iba estableciendo por donde pasaba. No lejos de Cati se halla el santuario de Caudiel, que atrae numerosos peregrinos y en el que se venera una imagen que le perteneció.—Esta imagen, dice la historia, habló más de una vez á San Vicente Ferrer, es la misma que llevaba en sus misiones y con frecuencia hizo caer á sus pies infinidad de pecadores y de infieles.





## CAPÍTULO II

## VALENCIA Y SUS ALREDEDORES

Barrancos.—Los «solteros» de Nules.—Gradas que se hunden.—Cartas más apremiantes todavía.—Buen modo de predicar la señal de la cruz.—Venganza de un santo.—Muda feliz.—Pérfidos judíos.—Una historia que sólo comprenden los ángeles.—De dónde nos vienen las pasas de Corinto.—Alrededor de una fuente.—Otra vez el asno herrado.—Nueva batalla de santos.—Monjes afortunados.—Un calvo.—El arco iris.

(1410)

**S**AN MATEO.—De Catí se dirigió á San Mateo.—Estas sencillas frases encierran toda una serie de pequeños milagros.—La distancia que separa ambos pueblos es de cuatro leguas, *largas*, dicen las gentes del país, sabe Dios á través de qué torrenteras, qué barrancos, qué serie de abruptas escaleras naturales abiertas en la roca, por las que seguramente no podría marchar una bestia de carga, sino en virtud de un milagro.

En estos parajes, que él sabía que debía evangelizar de nuevo, no hizo más que preparar el terreno, porque Valencia le esperaba. Sin embargo, visitó ese año algunas poblaciones de la comarca llamada Maestrazgo, especie de provincia desprendida de los tres reinos de Cataluña, de Valencia y de Aragón con los que confina, la cual gozaba de cierta autonomía bajo la inmediata jurisdicción de las cuatro Órdenes militares de Alcántara, Montesa, Santiago y Calatrava, y cuya capital era Tortosa. Bernardo Mundina, historiador de la provincia de Castellón de la Plana, ha estudiado seriamente lo que resta de los archivos y tradiciones del país, y aunque no muy com-

pletas, resultan exactas sus noticias comprobadas sobre el terreno. Le seguiremos cronológicamente.

1410. «Salió San Vicente de Cati para continuar su predicación por la Jana, San Mateo y otros pueblos del Maestrazgo... Visitó Borriol y predicó allí algunos sermones que produjeron efectos admirables, y para perpetuar su recuerdo se erigió una capilla al santo taumaturgo y el pueblo se llamó desde entonces San Vicente de Borriol.

»En Nules los solteros se alistan bajo su bandera, y en el día de su fiesta le tributan grandes honores, acompañados de música, cabalgata y cirios monumentales. Nules fué teatro de un prodigio renovado más tarde en Muret, en el Mediodía de Francia. Se había levantado en la plaza pública una gradería, desde la cual predicaba el Santo, y un día era tal la multitud que la ocupaba, que una de las gradas, cargada de gente, se hundió, y cuando se creía que hubieran resultado muchas personas aplastadas ó heridas, se vió que por un milagro evidente nadie había sufrido daño, pudiendo el Santo continuar su predicación.»

Le gustaba recordar estos efectos de la protección divina. «Voy á responder, dijo un día, á una pregunta que se me ha hecho, á saber ¿por qué hago la señal de la cruz antes de la misa, de frente á los que la oyen agrupados en las gradas?—Desde hace trece años que predico fuera de las iglesias he hecho las experiencias que os voy á decir. En Saboya, el día de Navidad predicaba en un castillo en el que se hallaba el conde y la condesa, y en lo alto de la pared de la sala había ventanas con unas grandes puertas; de repente, á la mitad del sermón, cayó una de estas puertas sobre la gente y no hizo más daño que una pajueta (sic). En otra ciudad predicaba en un tablado muy alto, al que había que subir por una escala de gatos (sic) y ésta cayó sobre la multitud sin hacer daño alguno. En Reus, cerca de Tarragona, se rompió el tablado y nadie sufrió daño. En Chinchilla nos libramos de un peligro mayor todavía. Por lo cual no os admiréis de que haga la señal de la cruz, porque con esta señal no hay peligro posible.» Este pasaje está tomado de uno de los sermones conservados en la catedral de Valencia. Al referir el milagro de Nules, el amanuense ha añadido al margen: «*Ego scriptor vidi istud. Yo he visto esto con mis ojos.*»

Entre tanto en Valencia se impacientaban y las cartas eran más y más apremiantes.

«Al Reverendo y grande en religión Fr. Vicente Ferrer, Maestro en teología y amigo querido en particular.

»Reverendo Maestro: Con grande alegría hemos sabido vuestra próxima llegada. Nuestra ciudad está muy contenta de que os dirijáis directamente hácia nosotros, y de antemano da gracias á Dios, del beneficio de vuestra presencia. Temiendo, sin embargo, que los males de los tiempos cambien vuestro itinerario, confiamos esta carta al Padre Agramunt, de vuestra Orden, con la misión de manifestaros además nuestros más ardientes votos, y la súplica que dirigimos desde lo más profundo de nuestro corazón á vuestra cariñosa amistad, á fin de que no os detengáis en el camino y apresuréis en lo posible vuestra llegada. Que el Todopoderoso os conserve en su gracia.

»Los Jurados de Valencia, dispuestos siempre á servirlos.—Valencia 25 de Abril de 1410» (1).

A fin de evitar nuevos retrasos, se le fijó un día festivo para el cual le esperaban.

«Al reverendo y singularísimo amigo Fr. Vicente Ferrer, del Orden de Predicadores, Maestro en sagrada Teología.

»Reverendo Maestro y amigo singularísimo: Supuesta la debida recomendación. Por ser conveniente que miremos con atenta consideración por el pueblo de esta ciudad y recomendarle por su notoria devoción con que busca y desea ser recreado espiritualmente con el órgano de vuestra santa predicación y verazmente gloriarse en el bienaventurado San Juan Bautista, Precursor del Señor, ó por decirlo mejor, en Jesuchristo, rogamos con el mayor encarecimiento á vuestra caridad quiera preferir la Iglesia Parroquial de dicho Santo á todas las otras, predicando en ella en la fiesta próxima del día del mismo Santo Precursor y condescender con la pretensión de sus parroquianos portadores de esta carta y creerles en lo que de boca os dijeren.

»El Señor os conserve en su aprecio y dirija vuestros pasos.—Escrita en Valencia á XVII de Junio de MCCCCX.

»Los Jurados de la Ciudad de Valencia.

»Salud y caridad sincera en el Señor» (2).

En aquella época no se viajaba como hoy, y el siguiente acuerdo tomado el 10 de Mayo de 1410 nos da á conocer la distancia que aun tenía que recorrer el Apóstol. «Y como el Consejo digese y mostrase ser plácida y saludable á las almas la venida del religioso

(1) Sanchis Sivera. (N. del T.)

(2) P. Teixidor. (N. del T.)

Maestro Vicente Ferrer, del Orden de Predicadores, el qual avia dispuesto, hallándose en Provincias y Lugares remotos, venir á esta Ciudad para predicar la palabra de Dios, el qual se hallava ya de esta otra parte de Tortosa; Proveyó, deliberó y concordó que al dicho Maestro Vicente en su entrada se hiciese el recibimiento que pareciese ser debido á los honorables Jurados para honor de la Ciudad, y que fuesen prestadas velas, Antenas y Xarcias de las que ay en la atarazana del Grau del mar para entoldar las plazas y hacer sombras en las Plazas y lugares dentro de la Ciudad donde predicase el dicho Maestro Vicente: Que se formasen tablados donde pudiesen estar los Jurados y algunos Prohombres de la Ciudad oyendo sus sermones donde los predicase. Y que al dicho Maestro Vicente todos los dias, según pareciese al Consejo, se le hiciese caridad y refacción de vianda para su persona y de los que le sirviesen, y las expensas se pagasen del Erario de la Ciudad» (1).

Cuando supieron que habia llegado al Puig le enviaron los Jurados una carta, 18 de Junio de 1410, por medio de Guillermo Estrader, el cual debia ampliar verbalmente su contenido, y en ella habia las siguientes palabras: «Credle como á nosotros mismos.» El mismo comisionado tenia encargo de saludar á los jurados del Puig. Cuatro dias después, nueva súplica.

Por todos estos datos se puede comprender con qué transportes de alegría recibiria Valencia á su santo hijo. Este llegó el 23 de Junio y fué á pernoctar á la abadía de San Juan del Mercado, muy cerca de la plaza en que debia predicar el dia siguiente.

Predicó, en efecto, y no es posible expresar los efectos de esta palabra, más divina que humana, como dicen todos los testimonios; pero también hizo milagros, porque la palabra resbala, el milagro penetra.

Habia entonces en Valencia una joven poseída del demonio hacia largos años y que se agitaba con tanta fuerza que ocho hombres vigorosos apenas podían sujetarla. La llevaron á la presencia de Vicente Ferrer, y apenas le vió, empezó á lanzar aullidos terribles y á rebullirse con gran violencia, arrojando por la boca una espuma espesa, cambiando de color á cada instante, moviendo el cuerpo, la cabeza y todos sus miembros con contorsiones horribles, de modo que todos creían estar en presencia, no de un sér humano, sino del diablo en persona.

(1) P. Teixidor. (N. del T.)

El Santo empezó por intimar al espíritu maligno: «En nombre de Jesucristo te mando que cese este desorden.» Callóse el demonio y la joven permaneció inmóvil, mirando de soslayo al hombre de Dios.—Ahora, continuó el Apóstol, dinos cómo te has permitido posesionarte del cuerpo de esta joven.—Hace siete años, respondió, vinimos en tropel á casa de sus padres, esforzándonos en sugerir á su padre, que era muy celoso, que matase á su mujer mientras dormía. Pero sucedió lo contrario de lo que esperábamos, pues habiéndose despertado la esposa con el gran ruido que hacíamos, hizo la señal de la cruz y pronunció el nombre de Cristo y de la Virgen María, que son los que más tememos, y furiosos por no haber conseguido nuestro propósito, conmovimos la casa hasta sus cimientos. Esta joven que veis aquí, que entonces tenía diez años, temiendo que la casa se desplomase, corrió á meterse en la cama; pero nosotros no quisimos irnos sin causar algún mal, y como no podíamos dañar á los que habían hecho la señal de la cruz, y ésta no la había hecho, pude apoderarme de ella, y desde entonces la vengo atormentando, más ó menos, según mi capricho.—Bien, dijo el Santo, pero ahora deja en paz á esta joven sin hacerle daño alguno.—«Muchos, antes que tú, dijo el diablo, han intentado exorcisarme, sin que nadie lo lograra. Pero á ti, maestro Vicente, te conozco y sé que toda resistencia es inútil.» Y huyó, dando el último rugido y dejando en pos de sí, como ciertos insectos, una fetidez sofocante.

El Santo hizo que se llevaran á la joven desmayada y que llamaran á un sacerdote para confesarla: ésta vivió aún mucho tiempo, y después de aquella ruda lección fué una de las personas más juiciosas y dignas de estimación de Valencia.—Si Vicente Ferrer quería habituar á la gente á hacer la señal de la cruz, seguramente que este drama le podía servir mejor al objeto que el más elocuente sermón.

La ciencia actual explica naturalmente ciertos fenómenos que en otros tiempos se creía que eran del *dominio de los espíritus*. Nosotros saludamos con respeto los progresos de la ciencia, pero el Evangelio es demasiado preciso sobre la *acción directa y física del demonio* para que sea permitido ver en ésta una simple enfermedad.

Otro día, estando predicando, uno de los oyentes dió un grito extraordinario y en seguida se puso á cantar, bailar y aullar como los lobos, ya retorciéndose en espantosas convulsiones, ya dejándose caer tendido como un muerto. La multitud, asustada, se disponía á escapar, pero el Santo impuso silencio, y luego, dirigiéndose al

endemoniado, le dijo: «Cállate y deja que termine el sermón.» Acabado éste, empezó de nuevo el hombre sus aspavientos, y entonces el Santo se dirigió á él, le signó en la frente y mandó al espíritu maligno que dijera por qué había entrado en el cuerpo de aquel desgraciado.»—«Este hombre, respondió Satán, tenía en su casa una cortesana que se había convertido por efecto de tus sermones y desde entonces os persigue á ti y tus compañeros con un odio feroz y no cesa de esparcir los rumores más absurdos. Hoy mismo ha venido aquí, no para aprovecharse de tus palabras, sino para ver si encuentra en ellas algo que censurar. Déjame, pues, que vengue á mi modo las injurias que te ha hecho.»—«Yo soy, dijo Vicente Ferrer, el servidor de Aquél que rogó por sus verdugos; deja en paz á este pecador.» Preciso era obedecer. Durante una hora permaneció el endemoniado sin sentido, hasta el punto que lo creyeron muerto. «No lo está», dijo el Santo, y encargó á un sacerdote que lo confesase cuando recobrará el conocimiento.

Al día siguiente le llevaron una mendiga, muda de nacimiento: «¿Qué quieres, hija mía? le preguntó el Santo.—El pan de cada día y el oro de la palabra, contestó, sorprendida al ver que hablaba.—El pan de cada día lo tendrás; en cuanto á la palabra, bien conoces, por ciertos malos sentimientos que abrigas en tu alma, que harías mal uso de ella. Ve y da gracias á Dios sin pensar en pedirle lo que no te convendría alcanzar.» Ella se inclinó resignada y vivió todavía siete años edificando á todos con su paciencia y su piedad.

Dos pérfidos judíos, cuyos nombres ha conservado la Historia, Israel Brunet é Isaac Confé, fueron condenados á muerte por haber matado á dos niños cristianos, pero les permitieron oír un sermón de Vicente Ferrer, y tanto les conmovió éste, que pidieron el bautismo antes de morir. Por consideración al taumaturgo, la justicia fué clemente y por esta vez no tuvo motivo de arrepentirse, porque su numerosa familia fué un núcleo de fervientes cristianos. La comitiva del Santo acababa de hacer una valiosa adquisición en la persona del P. Gilabert, Prior de la Merced, y á él se le dió inmediatamente el encargo de catequizar á los judíos.

En los registros del *Ayuntamiento* consta que en esta ocasión y «atendiendo á lo muy reconocido que estaba al Santo, el Consejo concedió á los Dominicos el que nadie pudiera edificar alrededor de su convento é indemnizó á los que ya habían comprado terrenos». Además se otorgaron los fondos necesarios para vestir de nuevo á los que formaban el acompañamiento ordinario del Santo.

A esta época pertenece la interesante historia de Inés de Moncada. Acababa el Santo de predicar un sermón sobre la virginidad en la iglesia de Santa Tecla, y tocada de la gracia y no pudiendo obtener de sus padres el permiso para vivir separada del mundo, según deseaba, se vistió de hombre y se retiró á una cueva, en donde vivió muchos años, guardada por los ángeles. Una y otra noche vieron unos pastores una viva claridad que salía de la cueva y lo participaron á los monjes de la inmediata cartuja de Portacœli, cuya campana sonó por sí sola. Un religioso, que salía de Maitines, apercibió también la misma claridad, y habiéndose dirigido á la cueva, hallaron á la santa muerta. La montaña lleva desde entonces su nombre, se destaca entre las demás por su frondosidad, y cuando se prende fuego en sus inmediaciones, se detienen las llamas al llegar á ella.

Vidal y Micó ha escrito deliciosas páginas acerca de esta joven para quien la fé era ya la *visión*, y que, divinamente audaz, no temió confiarse á la guarda del poder celestial. Se había empezado una sumaria con objeto de beatificarla, pero el obispo juzgó más prudente no proseguirla. Esta historia es de las que sólo comprenden los ángeles.

En la iglesia de Santa Tecla existía, en tiempo de Vidal y Micó, un crucifijo ante el cual oró Vicente Ferrer antes del sermón, diciendo: «Señor, mostradnos el camino y enseñadnos los senderos de la perfección.» El crucifijo se inclinó y en esa posición se ha quedado... Se comprende que tales ruegos produzcan efectos como la determinación de Inés de Moncada.

La estancia de Vicente Ferrer en su ciudad natal en esta época duró dos meses, desde el 23 de Junio al 20 de Agosto de 1410, en que continuó su marcha hácia el Sur por etapas cortas y próximo al mar.

Los habitantes de Teulada, no lejos del cabo Martín, hacia años que eran víctimas de dos azotes que amenazaban convertir el país en un desierto; uno era las frecuentes acometidas de los moros, que se llevaban muchos cautivos, y el otro la peste que anualmente diez-maba la población. El Santo organizó una procesión náutica hasta una roca situada mar adentro, sobre la cual trazó la señal de la cruz, diciendo: «tened la seguridad de que los piratas no pasarán jamás de aquí.»

A la vuelta se detuvo el Santo en un punto en que se cruzan varios caminos, á alguna distancia del pueblo, desde donde bendijo

el término, haciendo colocar allí una cruz, como límite que no ha franqueado la peste desde entonces. En 1532 el pueblo de Benisa, vecino de Teulada, fué devastado por la peste en tales términos, que no sólo murieron todos los habitantes, grandes y pequeños, sino hasta los animales, sin que en Teulada pereciera uno. «Los Jurados de Teulada enviaron la relación del hecho al valenciano Antist, que escribió en el siglo XVII una buena *Vida de San Vicente Ferrer*.

Los habitantes, honrados labradores en su mayor parte, no han sido ingratos con su santo protector. Desde la carretera se ve un bonito santuario de estilo griego, cuya cúpula, cubierta de tejas barnizadas de varios colores, brilla á lo lejos; es la *ermita de San Vicente Ferrer*, que supera de mucho á la iglesia parroquial, cuyo interior corresponde al exterior, teniendo tres naves y cinco altares. En lo alto de la cúpula está San Vicente Ferrer en actitud de volar con alas doradas, y en el altar mayor su imagen, pintada sobre madera, recuerda de manera sorprendente los retratos conservados en Valencia.

Al lado de la ermita hay un pilar con nicho construido de piedra sillería (detalle sobre el cual llaman la atención del visitante, por cuanto todas las casas del país están hechas de mampostería ó de tapia) que marca el sitio en que Vicente Ferrer se separó de los vecinos, y un lienzo antiguo representa al cura seguido de sus feligreses despidiéndose del Santo.

A la orilla del mar y contigua á una pequeña aldea, hay otra capilla dedicada á San Vicente Ferrer, junto á la cual mana una fuente que él hizo brotar con su bastón, la que se designa con el nombre de la Fuente santa; es de escaso caudal, pero ni aumenta, ni disminuye jamás, ya reine la sequía ó tiempo lluvioso, y se le atribuyen virtudes medicinales, por lo cual se han abierto en la piedra dos bañeras rústicas. De los muros de la capilla penden muletas, trajes de marino, pequeños barcos, exvotos en cera de todas formas.

Para ponerse al nivel de los pueblos que siguen el progreso de los tiempos, ha querido éste tener su Casino, especie de círculo político en el que se charla bebiendo limonada. Pero en España, hasta para los casinos hace falta una fiesta y un patrón y los socios de éste han elegido, naturalmente, al santo más popular, *San Vicente Ferrer*. Como el pueblo se ha reservado la ermita, el Casino ha tomado á su cargo la *f fuente santa* y allí despliega sus banderas el día de la fiesta.

Las procesiones de la *Virgen* y del *Corpus-Christi* son hermosas en Teulada, pero las de *San Vicente Ferrer* son espléndidas, y si para

otras solemnidades importa poco quién sea el predicador, para la fiesta de San Vicente Ferrer se busca siempre á uno que tenga fama. La calle de su nombre, que es la más limpia del pueblo, empieza por un pórtico como un santuario, en el cual campea su imagen. Al extremo de la calle, á la izquierda, está la casa de su hermana Constanza Ferrer, casada en segundas nupcias con el notario Pedro de Synia, en cuyo vestibulo, bastante espacioso, no hay más adorno que un San Vicente Ferrer pintado sobre tela. Entre las reliquias se venera especialmente un pedazo de su alba que, después de incessantes ruegos, lograron alcanzar del Cabildo de Valencia y cuya autenticidad se acredita por actas bien conservadas que el sacristán muestra con orgullo.

Teulada merece ser visitada. En Febrero cubre el almendro sus campos con sus flores blancas, que parecen nieve aérea, y de los montes inmediatos se extiende la vista á voluntad sobre las azules aguas del mar ó sobre un anfiteatro de montañas. De allí, más que de Corinto, recibimos las pasas, compensación necesaria en adelante á la degeneración de nuestros terrenos exhaustos ó malditos.

Alcira disputa á Montblanch el milagro del asno herrado, y aun se enseña en el ángulo de la plaza principal la casa en que tuvo lugar este pequeño milagro. Tal vez se haya repetido muchas veces.

Esta población se envanece de tener un Santo propio, San Bernardo, religioso del monasterio de Poblet, y cuenta la leyenda, que habiéndose encontrado los dos en los espacios celestes, dijo uno de ellos, inclinándose hácia la tierra: «Llegará un día en que se escribirá sobre ruinas: Aquí estuvo Alcira.—No será así mientras esté allí Bernardo», dijo el otro.

*«Algún dia dirán: ¡así estaba Alcira!*

*—No, mentres Bernat estiga.»*

Esta melapea profética la repiten á menudo los habitantes con una convicción profunda.

Desde tiempo inmemorial el municipio de Alcira votaba todos los años cierta cantidad para la fiesta de San Vicente Ferrer, pero desde 1844 se suprimió: ¡mala señal! Ya la juventud se entrega á placeres perniciosos en este tiempo de locuras mundanas, y los viejos dicen, moviendo la cabeza: «El fin del mundo se aproxima». Y realmente han venido los castigos; la nieve, destructora en estas comarcas amadas del sol, las inundaciones, más destructoras todavía; y se ha podido ver en esta *Huerta* inmensa, fértil como el paraíso

terrestre, á los naranjos cubiertos por el agua dejar caer tristemente su follaje marchito y el suelo cubierto de fruta podrida.

Siguiendo la misma ruta que siguió entonces el Apóstol y que es fácil de reconocer, se encuentra una torre deteriorada que domina unas ruinas: es todo lo que resta de Nuestra Señora de la Murta, monasterio de la orden del Cister, en el que tan bien se podría vivir, y, sobre todo, morir. El Memorial del convento dice efectivamente: «Cuando Vicente Ferrer vino á este monasterio, felicitó á los Padres por su método de vida, y dijo que, si no le llamase Dios al apostolado, terminaría con gusto aquí sus días con ellos. Añadió que ninguno de los Religiosos que murieran en esta casa se condenaría; así es que desde entonces, estos Religiosos siempre se han hecho trasladar al convento cuando les sorprendía fuera de él alguna grave enfermedad.»

En Terrateig hay una capilla que cubre el sitio que pisó el Santo cuando desempeñó allí sus divinas funciones, y de la piedra que le sirvió de púlpito se ha hecho una pila para el agua bendita. Se encuentra además un olivo sobre el cual se apoyó.

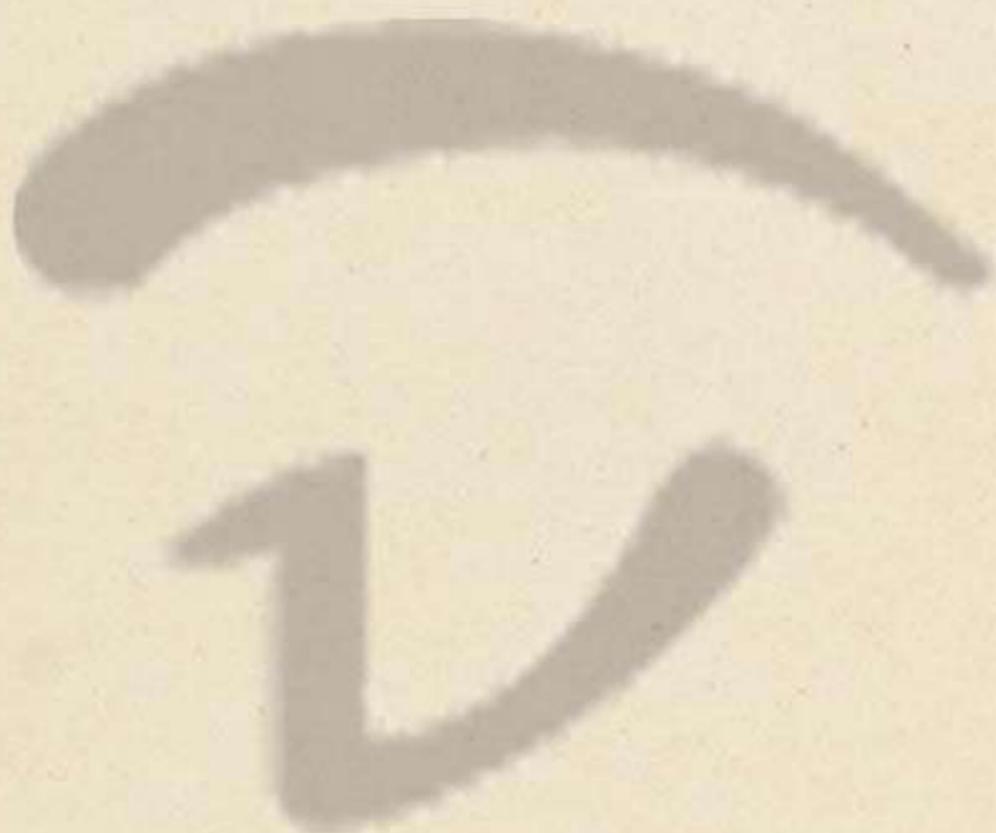
El Dr. Palau, el mismo que á toda costa quiere que la familia del Santo proceda de Denia, nos da noticias sobre su predicación en este pueblo: «El Apóstol Vicente Ferrer, dice en su *Diana desenterrada*, evangelizó toda España y en particular Denia, predicando en la plaza de la Iglesia, sobre un banco de piedra que había junto á la casa de los Rodriguez, hoy propiedad de los herederos de Manuel Martí, notario.»

En Denia se conserva el recuerdo de una rara profecía. Dijo un día el Santo que cuando el gobierno estuviera en manos de un *calvo*, huirían los habitantes. Nada comprendieron de ella hasta el año 1666 en que la multitud de gente que había acudido allí para presenciar el embarque de la emperatriz D.<sup>a</sup> Margarita, esposa del emperador Leopoldo, dejó el germen de una enfermedad endémica que, en efecto, hizo huir á la población, de cuya enfermedad fué atacado Victoria, pariente de San Vicente Ferrer y uno de sus mejores biógrafos y curado por intercesión del mismo. Pues bien; el gobernador de Denia en aquella época era D. Fr. *Calvo*.

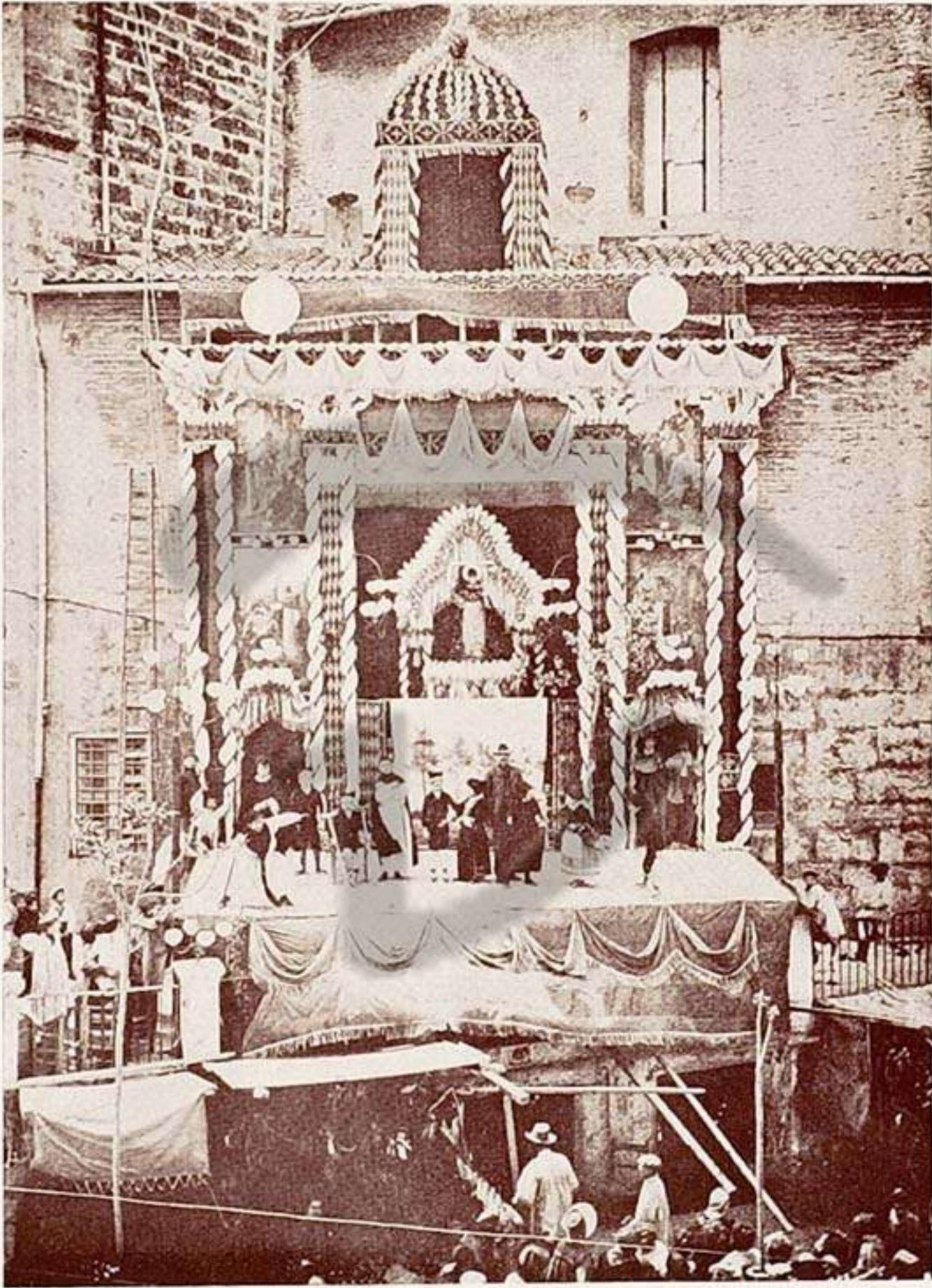
Se hallaba evangelizando en Denia cuando, el 29 de Septiembre, recibió un pliego del obispo de Valencia, Húgo de Bages, que le llamaba á toda prisa. Se trataba nada menos que de impedir una lucha fratricida. Valencia, provincia de Aragón, estaba gobernada por un virrey, que extendía su jurisdicción á todas las poblaciones de la

comarca. Era entonces gobernador D. Guillén de Bellera, el cual, en cumplimiento de su deber, visitaba el país; pero al llegar á Murviedro le negaron la entrada, invocando antiguos privilegios. Ofendida Valencia se puso en armas, enarbolando la bandera del *Murciélago*; Murviedro se armó á su vez, y ya iba á correr la sangre, cuando llegó Vicente Ferrer, el cual apaciguó los ánimos, y apreciando con justicia los derechos de cada cual, hizo entender á los de Murviedro que exageraba los suyos y les redujo suavemente á la obediencia. «Así es, dice un escritor, como este iris de paz aparecía en el momento oportuno en el cielo cargado de tempestades.»

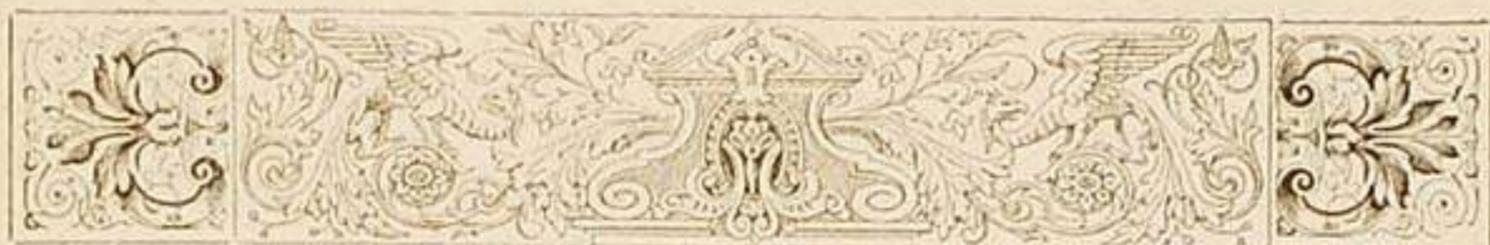




VALENCIA



Altar que en honor à SAN VICENTE FERRER erigen sus cofrades  
en la Plaza del Mercado.



### CAPÍTULO III

#### LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA Y EL COLEGIO DE NIÑOS

**Primer establecimiento.—Cuestión de laicismo.—Interviene Vicente Ferrer.—Pequeña cuestión de historia.—Vicente Ferrer profesor.—Los Béguines.—«Chiquets» de San Vicente.—Diversas fases del establecimiento.—Procesión de los «cagonets».—El colegio actual.—Los pequeños actores.**

**H**AY que fijar en esta época la parte que tomó Vicente Ferrer en el desarrollo de la Universidad de Valencia y la fundación del colegio de *Niños*; dos de las más útiles creaciones de su celo (1).

«Entonces, dice el archivero Teixidor, es decir, á fines de Septiembre de 1410, tomó el Apóstol vivamente á empeño la fundación de una Universidad local; habló, insistió y tanto hizo, que al fin logró su propósito.»—Sin embargo, esto no quiere decir que no hubiera habido antes proyectos y aún principios de ejecución, pues Valencia sentía tener que enviar á sus hijos á estudiar lejos de su país. Se había fundado un establecimiento de estudios generales, pero se estuvo mucho tiempo sin saber quién había de dirigirlo, si la autoridad civil ó la eclesiástica, pues no es nueva la cuestión del laicismo. Surgieron graves dificultades, á las que creyó el Consejo general que debía poner término decretando la libertad de enseñar en el año 1374. No pasó mucho tiempo sin que se originaran desórdenes de todas clases, á los que se trató de poner remedio con reglamentos que no tuvieron éxito alguno, y en su vista se aprobó un nuevo pro-

(1) Véase el Apéndice.

yecto de unificación el 28 de Febrero de 1410, que no se planteó hasta el mes de Septiembre siguiente en que Vicente Ferrer le dió nueva vida. Entonces se procuró organizarlo todo, y un año después, el 11 de Octubre de 1411, se decretó la creación de una Universidad propiamente dicha.

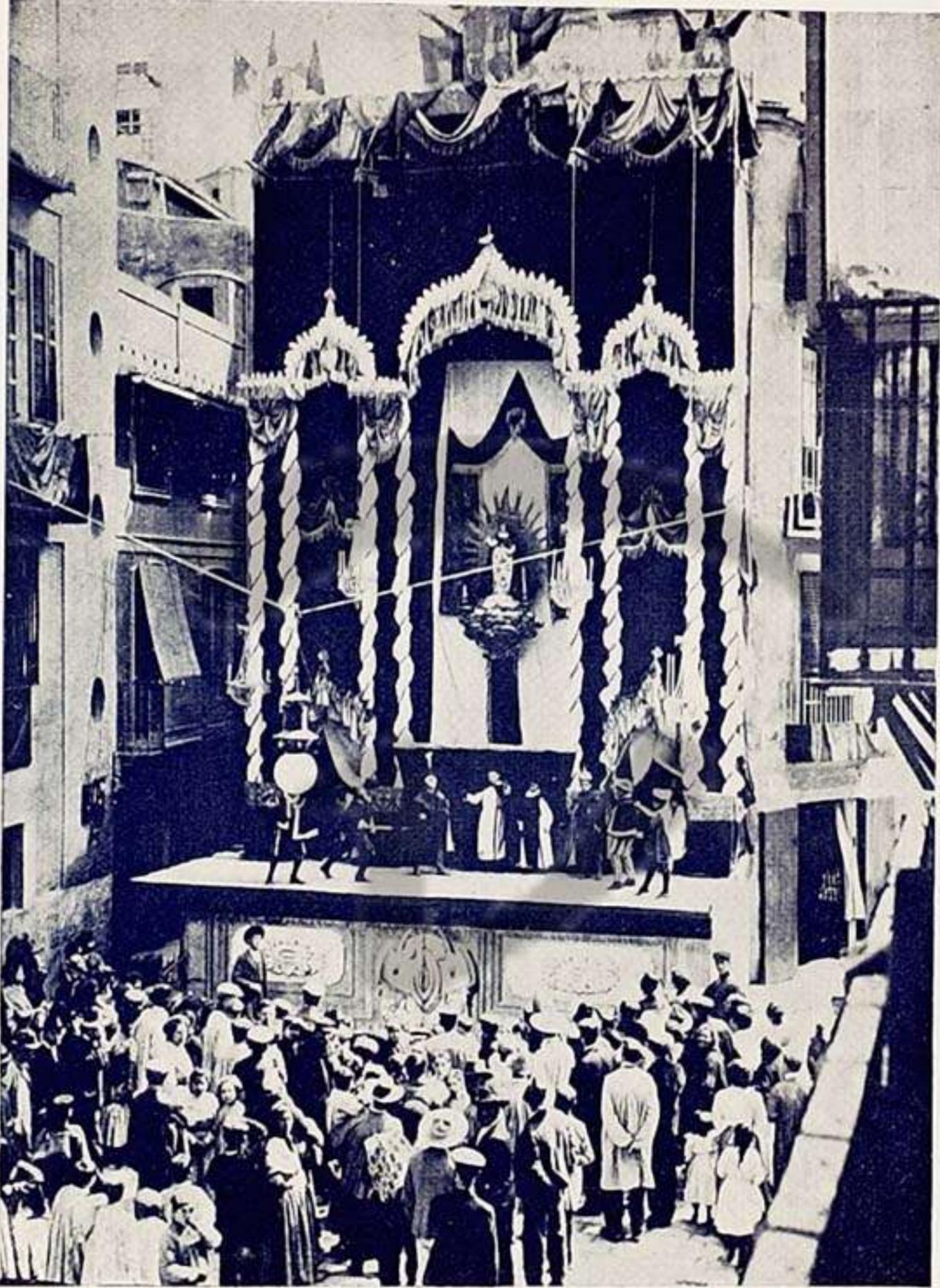
Pero surgió de nuevo la cuestión capital y compleja de la dirección; se discutió, sin adelantar un paso, hasta que por fin Vicente Ferrer hizo entender al gobierno, que siendo los estudios esencialmente espirituales, es decir, del dominio del alma, su reglamentación correspondía de derecho al Obispo y al Cabildo. Los reglamentos definitivos fueron aprobados el 5 de Enero de 1412.

Siendo ya insuficiente el local en que se estableció la Universidad, se acordó el 14 de Agosto de 1417 comprar un terreno contiguo á ella. Quedaba fundada y bien cimentada la Universidad de Valencia, si bien su establecimiento definitivo no tuvo lugar hasta mucho más tarde, en 1499, circunstancia de que creyó poderse aprovechar un Religioso Franciscano para honrar á su Orden por esta útil creación. «San Vicente Ferrer, que habia fallecido ochenta años antes, decia, no podia tener nada que ver en ella.» Teixidor lo toma por su cuenta y le demuestra que jamás ha dirigido una sola mirada á los archivos públicos. Vidal y Micó dice en términos categóricos que Vicente Ferrer fundó la Universidad. Y aun parece desprenderse de ciertos testimonios que en ella enseñó Vicente Ferrer, teniendo por discípulos hombres que después se distinguieron.

Si se objetara que se trata quizá de la enseñanza teológica en la catedral, podría contestarse con un manuscrito cuyo autor pasa por verídico. «No ofrece duda, dice, que el glorioso santo, Vicente Ferrer, por cuyo consejo y bajo cuya dirección se fundó la Universidad de Valencia, fué el primero que, á instancias de sus conciudadanos, honró sus cátedras y dirigió sus estudios, como *habia antes ilustrado la catedral con una excelente enseñanza*. Bastante lo prueba el cuadro en que está representado á la cabeza de tantos profesores eminentes, además de ser ésta la opinión de muchos escritores.»—Pero se ofrece un inconveniente: ¿cuándo enseñaría? porque debió faltarle el tiempo material. Es verosímil que todas estas afirmaciones no tengan más que una base, á saber, su primer curso de filosofía, al que fueron admitidos los estudiantes externos. Desde entonces germinó en su espíritu la idea de una Universidad y debió instigar á que se crease.

Efectivamente, su retrato ocupa un lugar preferente en el anfiteatro y parece que presida á los demás.

VALENCIA



Altar que en honor á SAN VICENTE FERRER erigen sus cofrades en la calle del Mar.

Existía en aquella época en Valencia una cofradía de Béguines, si no fundada, á lo menos reorganizada por Vicente Ferrer, y que formaba el núcleo de sus procesiones disciplinantes. Ahora bien; las calles estaban llenas de *Moriscos*, huérfanos errantes, abandonados, según costumbre general, á la caridad de los cristianos, y él aconsejó á los Béguines que se ocuparan de ellos. Con un hombre de su temple, del consejo á la ejecución no había más que un paso. Se alquiló en la calle de San Vicente, frente al convento de San Agustín, una casa en la que fueron recogidos los *Moriscos*, confiándose las niñas á mujeres devotas y vistiéndolos á todos con el hábito dominico, como se calcaron sobre las reglas Dominicas su régimen, los detalles de su vida. Para arbitrar recursos iban los niños en procesión por la ciudad la vispera de la fiesta del Santo cantando los *Gozos de San Vicente* y postulando para sus hijos adoptivos.

A los Béguines, que desaparecieron por efecto de las guerras, sucedió una cofradía llamada con propiedad *de los huérfanos de San Vicente Ferrer*, á la que en 1540 dió gran impulso un sacerdote celoso, Mosén Palanca. A petición suya, un cura de Valencia, Bernardo Simón, Presidente de la cofradía, redactó unas *capitulaciones*, á las que el notario Jerónimo Llovera dió el valor de un documento público, las cuales fueron aprobadas por el virrey D. Francisco de Aragón, por el Vicario general de la diócesis y por el Consejo municipal. Carlos V, por carta fechada en Bruselas el 30 de Abril de 1549, le concedió ciertos privilegios. La cofradía seguía la idea que presidió á su formación y además cada viernes los cofrades todos debían dar una cantidad para los huérfanos, celebrándose su fiesta el día del Niño Jesús perdido. Más adelante el Consejo municipal aceptó el patronato de este colegio é hizo colocar sobre la puerta del mismo las armas de la ciudad.

A la larga los miembros de la cofradía se cansaron de esta contribución semanal, y Felipe II, por carta fechada en Madrid el 14 de Mayo de 1593 (1), la declaró disuelta y creó en su lugar una Comisión formada de tres miembros: un jurado de la ciudad, un individuo del Cabildo y el director del hospital, adoptándose para los niños un nuevo traje obscuro capuchino con la imagen de San Vicente Ferrer sobre una placa de latón. Este traje estaba menos expuesto á ensuciarse; pero como los Dominicos se quejaron de que no quedase nada de San Vicente Ferrer, porque los niños perdían

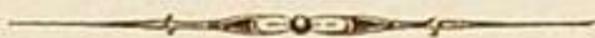
(1) Véase el Apéndice.

con frecuencia las medallas, se volvió á adoptar el hábito blanco y negro. Una bula de Urbano VIII, del año 1622, confirmó la institución.

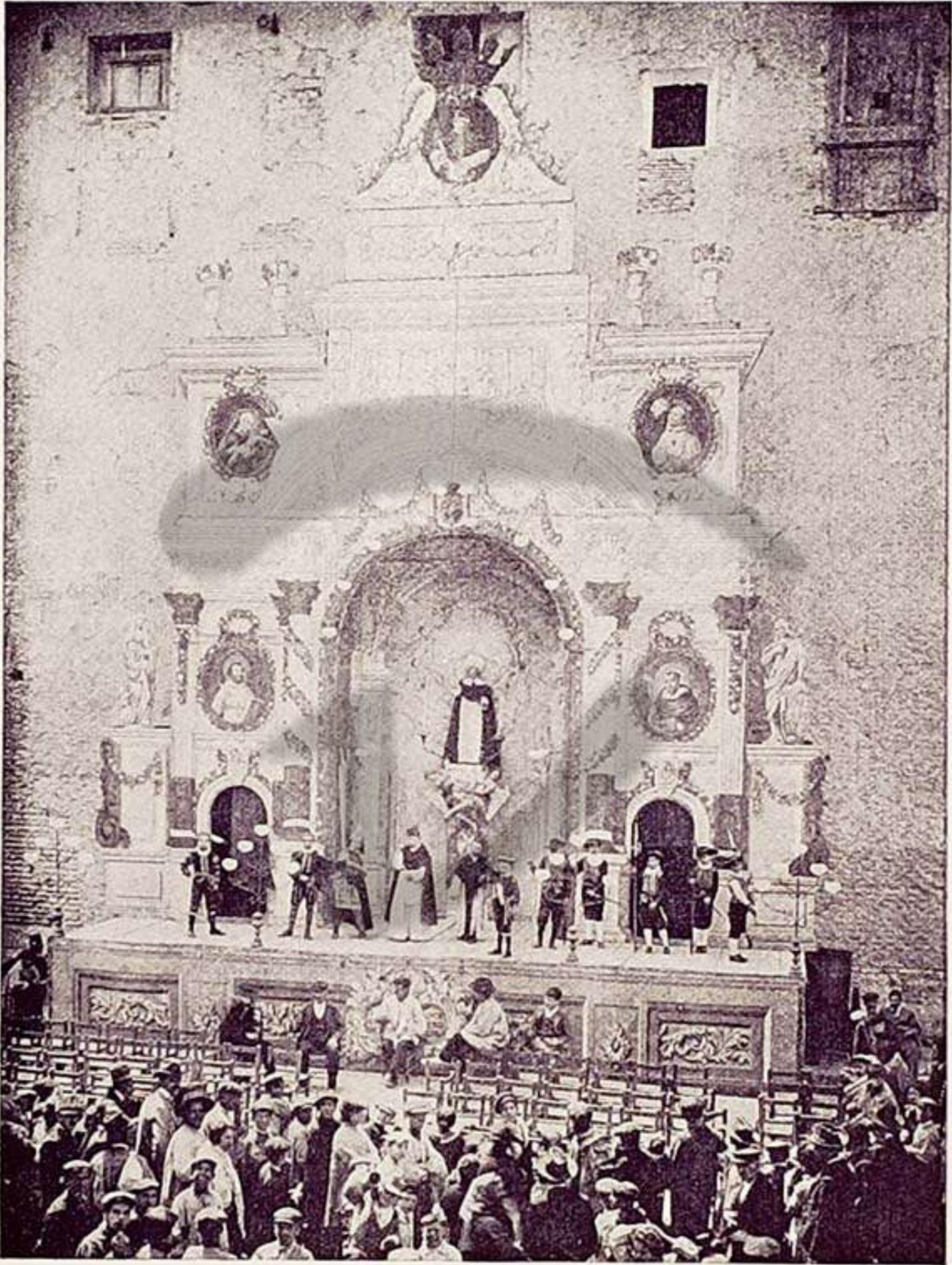
En 1626, en tiempo del patriarca Juan de Ribera, se hizo extensiva á todos los huérfanos indistintamente y se trasladó de la calle de San Vicente á la casa que ocupan en el día. No hay duda alguna sobre la regularidad de la sucesión: estos niños siempre se han llamado *chiquets de San Visent*, y aun existe en Valencia la calle dels *Xiquets de San Visent*: sólo varia la ortografía. Las cartas reales designan expresamente el «colegio fundado por el glorioso San Vicente Ferrer». Recuerdo del primer sitio de la institución es la procesión de los *Cagonets*, que el lunes de Pascua recorre la calle de San Vicente y que sólo está formada por niños en su primera edad.

El colegio de los *Niños* se conserva floreciente. Los mayores, con su traje talar de los colores Dominicanos, ayudan al culto en las iglesias, y especialmente en la catedral, siendo un plantel de buenos ciudadanos y á veces de excelentes sacerdotes. Tienen su carro propio, que concurre á las procesiones y representan los milagros de San Vicente en los teatros-altares que se instalan en los puntos principales de la ciudad en los días que se celebra la fiesta del Santo, su glorioso fundador. En cuanto á su número, la *Valencia histórica* de Vicente Boix dice que en el entierro del alcalde D. Pedro Saavedra, el 6 de Abril de 1760, asistieron 180 y que se les dieron ocho reales á cada uno.

El Colegio actual de los huérfanos guarda en sus archivos: el libro de las Constituciones, compuesto en 1593; la carta del rey Felipe II (14 de Marzo de 1593) reformando la organización del colegio; el decreto del rey Felipe III, *dando á los niños el colegio de los moriscos* (12 de Marzo de 1622), con la bula de Urbano VIII autorizando la traslación; una serie de informaciones tratando de cambiar la dirección de la casa; por último, contratos ó actas de negocios. Pero su más precioso tesoro es el crucifijo que llevaba el Santo en las procesiones de Penitentes, el cual parece haber hecho olvidar á la Virgen de Caudiel. Cuando fueron trasladados los niños pasó su casa á los Agustinos; sin duda con el mobiliario, del que formaba parte *la Virgen del Niño perdido*, que hablaba familiarmente á Vicente Ferrer y que él dejó allí como protectora de sus hijos. Los Agustinos la llevaron á su residencia de Caudiel, que, gracias á ella, vino á ser un lugar de peregrinación muy frecuentado.



VALENCIA



Altar que en honor à SAN VICENTE FERRER erigen sus cofrades en la Plaza del Pilar.



## CAPÍTULO IV

## LIRIA Y EL VALLE DE ALBAIDA

Otra fuente de Vaucluse.—Donde falta el agua todo falta.—Vicente Ferrer Profeta.—Játiva y su consejo municipal.—Un fundador desalentado.—Descanso en un castillo.—Vicente Ferrer dirigiendo un cónclave.—Historia de dos gorros.—Pequeños monjes blancos.—Pais seco, pero sano.

(1410)

**L**IRIA es una población pequeña, pero interesante, situada á algunas leguas de Valencia hácia el lado de Aragón. Vicente Ferrer la evangelizó en cierto modo accidentalmente, dirigiendo todos sus esfuerzos durante el periodo en que estamos, á esa parte del reino de Valencia que se extiende hácia Andalucía.

En 1410 sufrió Liria una sequía tal y la fuente pública disminuyó su caudal de tal manera, que hubo necesidad de tasar el agua para el consumo. Entonces se supo que Vicente Ferrer evangelizaba en Albaida y en seguida se enviaron comisionados á buscarle. Y como nunca se mostró indiferente á tales demandas, trasladóse á Liria, ordenó un ayuno de tres dias y luego organizó una procesión á la fuente. Allí el Santo, haciendo uso de los poderes que le habia conferido el soberano Maestro, bendijo el manantial, según una liturgia de que aun se sirve la Iglesia, y desde este dia se vió aumentar el caudal del agua, asegurando que éste disminuiría tal vez, pero jamás les faltaría la necesaria.

Esta fuente, que sólo puedo comparar á nuestra Vaucluse, tiene tres caños principales por los que sale el agua con gran fuerza, la

cual basta para regar diez mil hanegadas de tierra, constituyendo la fortuna del pueblo, según el proverbio: «*Si aquí falta el agua, falta todo.*» Y causa placer ver en el verano esta corriente límpida murmurando sobre guijarros dorados entre dos orillas festoneadas de verdura.

Cerca de la fuente han levantado los habitantes una iglesia dedicada al Santo, á la que el día de la fiesta se traslada el clero por verdaderas deliciosas, llevando sombrero y bastón debajo de la capa, para significar que van de viaje, en recuerdo del que hicieron á Albaida. A algunos pasos de la capilla, en el extremo de una alameda de cipreses, hay un olivo que es el que sirvió de púlpito y desde el cual se bendice la fuente todos los años.

La antigua iglesia de Liria, en la que predicó Vicente Ferrer y más tarde San Luis Bertrán, merece visitarse. Mezquita en otro tiempo, se han conservado todos los adornos compatibles con el culto cristiano y sobre el púlpito, cuya puerta está tapiada, se han representado los dos santos con esta inscripción:

«*Predicá en este pulpít sent Visent Ferrer el añ 1410, de edad de 61 añs.—Predicá sent Lluís Beltrán el añ 1571, de edad de 45 añs.*»

La portada de la iglesia moderna está adornada con dos estatuas de los patronos de la población, San Miguel y San Vicente Ferrer. En todas las familias hay un Miguel y un Vicente, pero á pesar de su ermitorio, admirablemente situado, San Miguel ha cedido el paso al Santo popular entre todos: *San Vicente Ferrer*.

Con fecha 26 de Agosto de 1410 le escribieron los magistrados de Orihuela rogándole que fuera á devolver la paz y la alegría á aquellos pueblos desmoralizados, y en su vista salió por segunda vez de Valencia en Noviembre y se dirigió á Orihuela por el mismo valle de Albaida adonde habían ido á buscarle los comisionados de Liria.

Muy cerca de Albaida, en el camino de Alicante, había un santuario célebre dedicado á Santa Ana y San Antonio, en el cual se detuvo Vicente Ferrer y dijo: «Día vendrá en que Dios será todavía más alabado en este sitio.» En efecto, en 1538 el venerable P. Juan Micón, entonces Provincial, fundó allí un convento de Dominicos, cuyo gobierno confió á su discípulo é hijo espiritual Luis Bertrán, que hizo de él una casa de maravillosa observancia.

Tenemos una relación local acerca de la presencia del Santo en Játiva, que vamos á reproducir.

«Extracto del libro de los Consejos de Xátiva, desde la fiesta de Pentecostés de 1410 hasta la fiesta de Pentecostés de 1411.

VALENCIA



Altar que en honor á SAN VICENTE FERRER erigen sus cofrades en la plaza de la Constitución.

»Estaba á la sazón en el reino el bienaventurado San Vicente Ferrer con intención de passar al reino de Murcia, i de allí al de Castilla. Xátiva supo por vía de un mensagero, que el Santo avia de pasar por allí, i que se avia de detener en ella para predicar por espacio de quince días ó mas, i propusolo en Consejo en 5 de Setiembre (1410) para que se proveyese en lo que tocava á alojar á los de su compañía que eran muchos i al sustento de todos ellos: i resolvióse, que mientras el Santo varón estuviese en la Ciudad se le hiciesse el gasto á él, i á todos los que con él viniessen, i que todos fuesen bien alojados. Llegó el Siervo de Dios á Xátiva bien presto i estuvo en ella por algunos días, i porque dixesse missa i predicasse donde cupiesse el gran número de los oyentes, se le hicieron cadalsos. Ya avia tregua entonces entre D. Pedro Maça de Liçana i los Centelles, pero no passava de tregua para mientras durasse la elección, ó declaracion de Successor en los reinos, i no tenia nada de amistad, antes de sus coraçones la tenian tan desterrada quanto antes de la tregua, i no esperavan si no que passasse el plazo para bolver á sus treze de perseguir mortalmente unos á otros: con todo esso importó la tregua para que pudiesen estar dentro de Xátiva en esta ocassion, i ser agentes de tan Santo Predicador. Endereçò el bienaventurado varón las flechas de sus palabras contra aquellos Bandoleros tan enemistados: i hiriéndoles en los coraçones, ablandóseles tanto que comenzaron ya á arrostrar á lo que nadie, ni ellos huvieran pensado, de tratar de pazes. El Santo huvo de passar adelante en su camino i peregrinacion: i para que se concluyessen las pazes con las ceremonias ó autos necessarios, i las firmassen muchos valedores de los Bandos, que no estaban pressentes, hizo que se quedasse en Xátiva el Bendito Fr. Jofré de Blanes, compañero suyo.

»Algunos de su compañía cayeron enfermos en la Ciudad, i el Santo Varón, antes de partir de ella, los encomendó al Consejo para que los hiciesse medicinar, i mirasse por ellos, i el Consejo se lo ofreció con mucho gusto. I porque lo que el Consejo avia determinado antes que el Santo llegasse á la Ciudad, pensavan algunos que no se extendía si no á los gastos de los Cadalsos i del sustento de los de la compañía del Siervo de Dios mientras estuvo en la Ciudad, determinó el Consejo, en 7 de Otubre (1410), que pagasse la Ciudad todo lo que se huviesse gastado en los tres enfermos que avian quedado, i que les mandasse tres ropas de buriel, i calzas i zapatos que pedian; i que assi propio pagasse la Ciudad todo lo que gastasse Fr. Jofré de Blanes i el Escrivano que iba con él entendiendo de ir de

una parte á otra para concluir las dichas pazes, que ya estaban en buen punto, i si las diligencias continuavan ternian buen efecto; que para este efecto se avia quedado en Xátiva por orden del Santo Predicador.

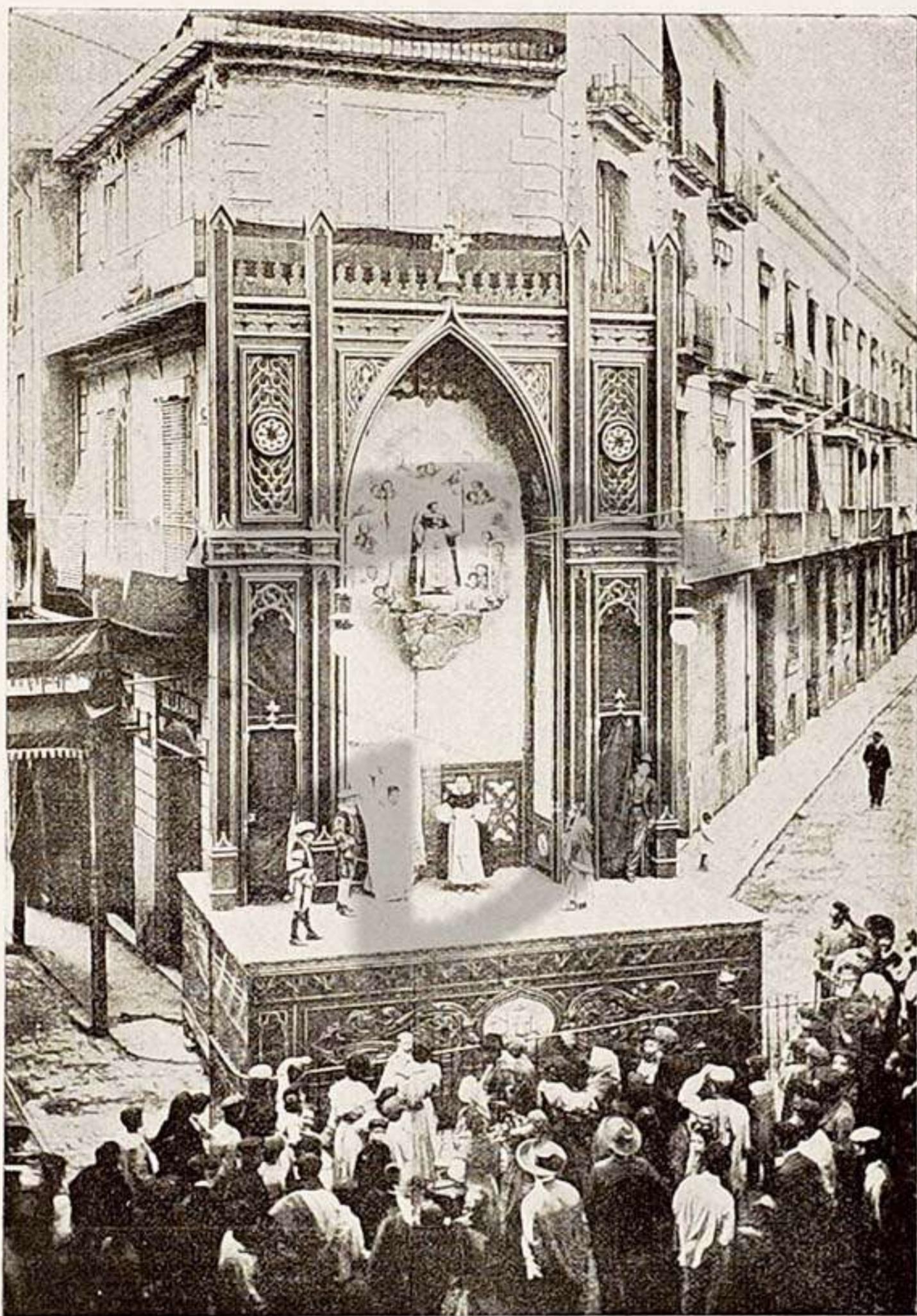
»De Xátiva partió el Varon de Dios para aquellos lugares; i es cierto que predicó en el Genovés desde una ventana de una casa. Estava en la devota casa de Luchente á 8 de Noviembre (1410) i ese día se tuvo Consejo en Xátiva para que se pussiese en ejecucion lo que el Santo les avia encargado quando estuvo en la Ciudad, que no consintiessen Rameras en los messones, ni juegos en la Ciudad, ni sufriessen que se blasfemasse de Dios, ni de su vendita Madre, ni de los Santos, i que no se hiciessen otros feos pecados que la Ciudad disimulava, si no que los castigassen, porque ellos eran causa de las muertes que avia en la Ciudad, i que si los castigavan, Dios se compadeceria de ella i levantaria la mano de aquel azote de las muertes i resolvióse en el Consejo que se hiciesse assi, i que para ejecutarlo se diese al Justicia todo favor i ayuda.

»Quedó la Ciudad de Xátiva tan pagada del bienaventurado San Vicente, que quisiera mucho que bolviera otra vez, i aun lo proveyó á instancia de muchos de sus moradores que se lo pusieron en cargo de conciencia, diciéndole: que si el Consejo gustava de ello i lo pedia al Santo, él bolveria á predicar. Los más señalados que hicieron este cargo á la Ciudad fueron Andrés Lorens, Jayme de Ur i Bernardo Malferit; porque los dos primeros en compañía de otros se ofrecieron á buscar posadas para las doscientas y sesenta personas, que ivan en compañía del Santo, y el postrero se ofreció á dar sustento á cincuenta de ellas. I creció tanto el deseo de la venida y buelta del Santo á la gente de Xátiva, que Andrés Loren i Jayme de Ur se coligaron en pleno Consejo de la Ciudad al alojamiento y sustento de toda la dicha Compañia del Santo en 26 de Noviembre (1410). La Ciudad admitió el ofrecimiento i se obligó á todos los demás gastos que se ofreciessen con la venida del Varon de Dios, assi para su mesa, como para otras cualesquiera cosas, i resolvió que se enviase un Mensagero al Santo para que bolviesse otra vez á la Ciudad» (1).—Con mucho gusto accedió éste, satisfecho de haber conseguido tales resultados.

La gracia se derramaba con abundancia. Todo el valle de Albaida, Muro, Cocentaina, Fortuna, Avanilla, Elche, poblado de moros,

(1) P. Teixidor, tomado de Diago.

VALENCIA



Altar que en honor á SAN VICENTE FERRER erigen sus cofrades en la Calle de la Bolseria (Tros-Alt).

se hicieron cristianos como por encanto y han conservado su fervor. También toda esa zona marítima de Valencia á Andalucía, penetrando profundamente hácia el centro, está aún hoy llena de San Vicente Ferrer, de su recuerdo, de sus amenazas, de su influencia, de sus templos.

En Gandía tiene su ermita; en Oliva, al final de la calle de *San Vicente*, hay sobre un arco una capilla consagrada al mismo; Agullente, entre Onteniente y Albaida, posee un pequeño convento y una iglesia que le están dedicados, y que son objeto de gran devoción, donde no faltan los milagros, y que sirven de retiro temporal á los sacerdotes en unión de los religiosos. Delante de las puertas de Aspe, antigua villa de 10.000 habitantes, se eleva una cruz de piedra debajo de una cúpula sostenida por tres columnas, cuya instalación se atribuye por la tradición á Vicente Ferrer, y junto á la cual se celebra el 14 de Septiembre una fiesta que ha quedado popular.

Merece referirse el origen de nuestro convento de Onteniente. El fundador encontró dificultades, al parecer, insuperables, y se fué á Valencia desalentado á tiempo que apareció Vicente Ferrer. «Volveos, dijo; se ha operado un cambio en la opinión.» Este convento fué uno de los más hermosos de España. En el sitio en que se apareció el Santo se erigió la capilla que aun se conserva.

Como el espíritu se fatiga siguiendo á semejante Apóstol, descansaremos en un castillo desde el que podrá extenderse la vista sobre el porvenir.

Alfonso Borgia, que luego con el nombre de Calixto III canonizó á San Vicente, había nacido en el castillo de Canals, cerca de Játiva. Hallábase aún en el seno de su madre, natural de Valencia, cuando encontró ésta al Santo.—«Velad con cuidado por este niño, le dijo, pues está llamado á grandes destinos.» Algunos años después el niño, acompañado de un tío suyo, se le acercó para besarle la mano:—«Hacedle estudiar, dijo el Apóstol, llegará un día en que gobierne la Iglesia.»

Estudió, en efecto en Lérida, y habiendo predicado allí Vicente Ferrer en 1409, le dijo el joven: «Padre Maestro, habéis predicado un hermoso sermón. ¡Que Dios os haga un santo!—Espero que Dios me haga santo, le contestó el Apóstol, y tú me darás el mayor honor que puede darse en este mundo.» En memoria de este diálogo se levantó más tarde una capilla en el mismo sitio en que tuvo lugar. Por último, un día en Valencia le dijo el Santo al joven Alfonso: «Serás Papa y me canonizarás.»

Alfonso Borgia creyó en esta predicción como si fuera la palabra de Dios, y al morir Nicolás V, como las dos terceras partes de los votos estuvieran en favor del cardenal Bessarión, dijo Borgia: «No, yo seré Papa.» Tomaron esto por una chochez de viejo, pero por la noche el cardenal Alain d' Aviñón hizo observar al Sacro Colegio que era vergonzoso elegir un Papa griego y neófito, que poco tiempo antes hacía aún la guerra á la Iglesia romana, y Borgia fué elegido por unanimidad. Realizada la profecía, se colocó en el castillo de Canals y en sitio preferente una imagen de Vicente Ferrer.

Continuando el Santo su marcha, predicó en un pueblo pequeño que después ha venido á ser un centro industrial, llamado Alcoy, y al marchar de allí se dejó olvidado, con intención ó sin ella, su gorro de lana negra, en casa de su huésped Antonio Gisbert. Por mucho tiempo ha sido célebre este gorro por los milagrosos partos que con él lograban las mujeres que se hallaban en peligro en este trance; pero llevándolo de una casa á otra fué robado, sin que en el espacio de tres años pudiera saberse lo que había sido de él, hasta que en una noche de horrible tormenta llamaron á la puerta del propietario y, al abrirla, una mano desconocida arrojó el precioso gorro.

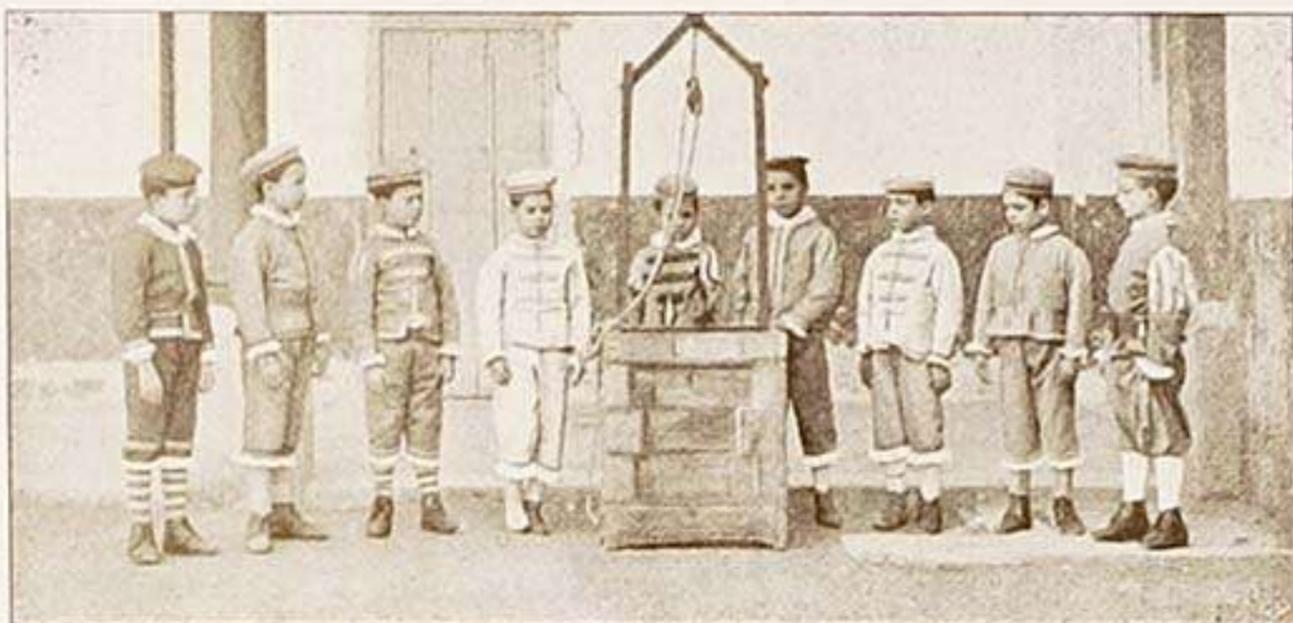
Hoy está en Valencia, encerrado en una caja de cristal, en poder de Jorge Corbi, heredero de la familia de Gisbert. Cuando los últimos trastornos de España, cayeron algunas bombas en la casa que habitaba Jorge Corbi, rompiendo todos los muebles y arrojando á larga distancia la caja que encerraba el gorro, sin que se rompiera un solo cristal. D. Juan de Austria, el vencedor de Lepanto, se glorió de llevarle como un talismán y lo legó á uno de sus secretarios (1), Juan de Almarava, cuya hija casó con un Gisbert.

El nuevo gorro que se proporcionó el maestro Vicente va á servirnos de pieza de convicción en un milagro extraño, si extrañeza puede causarnos en adelante cualquier cosa.

Entre Alcoy y Alicante se suceden extensas ondulaciones de terreno árido hasta perderse de vista, y la comitiva desfilaba de colina en colina cansada y sudorosa, sin que se vislumbrara más que colinas y el desierto. Como el hambre y el cansancio son malos consejeros, se murmuraba en voz baja, y entre las murmuraciones aparecían la duda y el disgusto. Hábil conductor de almas, el Santo sabía que no conviene dejar que tomen cuerpo tales disposiciones

(1) No se compagina esto con lo que el autor acaba de decir respecto al modo cómo lo adquirió la familia de Gisbert. (N. del T.)

MILAGROS DE SAN VICENTE FERRER, REPRESENTADOS POR SUS niños.



I.—SAN VICENTE FERRER niño hace subir su zapato caído en un pozo.



II.—SAN VICENTE FERRER resucita el niño cortado en pedazos en Morella.



III.—SAN VICENTE FERRER hace orar á sus compañeros.

de ánimo. ¿Pero qué hacer?—Un taumaturgo de su calibre jamás se ve embarazado.—A la vuelta de un sendero y detrás de un pequeño bosque, que no habían visto hasta entonces, apareció una agradable posada, cuyos dueños salieron con gran deferencia á recibir á los viajeros, los cuales fueron servidos á su satisfacción y con agradables maneras. Una vez confortados, se pusieron de nuevo en marcha, no pensando más que en bendecir á Dios, excepto un malhumorado, como los hay en todas partes, á quien hacía incrédulo aun la más palpable evidencia.—«¿Queréis hacer el favor de ir á buscar mi gorro, le dijo el Santo? Le he dejado colgado á un árbol junto á la posada.» El hombre pensó que no podía negarle ese pequeño servicio y volvió, miró, buscó, pero no había tal posada. Y sin embargo, el sitio era el mismo y se veía la tierra hollada y además allí estaba el gorro, suspendido en un pequeño árbol, mecido por el viento, como burlándose del mensajero. Entonces lo comprendió todo, y lleno de confusión fué á pedir al Apóstol perdón por su incredulidad.—«Bien, dijo éste, no hables á nadie de todo lo que ha pasado.» Pero pronto se supo en la comitiva que la posada era más que providencial y que habían estado servidos por ángeles.

De paso devolvió el Santo la palabra á una pobre muda que salió á saludarle.

Pasadas las últimas estribaciones de estas áridas montañas se entra en una llanura, en la que se levanta el alegre pueblo *San Vicente*, el cual se ha ido edificando poco á poco, como la mayor parte, alrededor de una capilla consagrada al Santo, conservando su nombre. A la capilla ha reemplazado una bonita iglesia, pero la antigua imagen se ha conservado con veneración, aunque se ha hecho otra de grandes dimensiones, en 1806, para dar más esplendor al culto. Allí van todas las madres á ofrecer sus hijos á San Vicente Ferrer; por lo cual se ve en las procesiones largas filas de pequeños frailes blancos.

Este país sufre pertinaces sequías. «Sin embargo, dijo al partir el nuevo profeta, habitad aquí sin temor, porque la sequía no será en adelante tanta que os haga sufrir.—«*Estará sequet, pero sanet.*»







## CAPÍTULO V

## ORIHUELA

Carta del Consejo de Orihuela.—Respuesta del Santo.—Modo de preparar los espíritus.—El cielo en cambio de una injuria.—Un Consejo municipal satisfecho.—Nuestra Universidad de Orihuela —«Estoy conforme».

(1410)

**O**RIHUELA, obispado de la provincia de Alicante, atraía á Vicente Ferrer. Reinaba allí entonces la maldad, pero él sabía, por una voz interior, que este pueblo iba á tomar nueva vida por influjo de su palabra y que le permanecería fiel. Como contraste, es curioso consignar que pasó por Cartagena sin entrar en ella, ciudad de feroces costumbres y que parece maldita.

Dejémos hablar aquí á la historia local.

Nuestro objeto sólo es perpetuar el recuerdo de su predicación á orillas del Segura (río que baña á Orihuela). Entusiasmado el Consejo de Orihuela, como lo estaba España y Europa entera, con las prodigiosas conquistas que hacía la palabra de Vicente Ferrer, le escribió en estos términos con fecha 26 de Agosto de 1410.

«Al muy Reverendo Siervo de Jesucristo Fr. Vicente Ferrer, Maestro en sagrada teología.

»Muy Reverendo Maestro: Habiéndose visto por algunos vecinos nuestros y divulgándose por otros en esta villa (estando Vos ausente) vuestro porte de santidad ejemplar, el destierro de muchos vicios, el cultivo de las virtudes y apreciables operaciones que (cooperando la divina gracia) se han ejecutado por Vos muy á gusto de Dios, así en

Valencia como en los demás pueblos que habéis visitado; y que cuantos os oyen vienen al verdadero conocimiento de Dios, y dejando el camino de perdición toman el que en derechura guía á Cristo: por tanto, Padre muy Reverendo, siendo esta villa y su partido muy viciosa y llena de culpas, que, según la fé católica, guían á una eterna condenación; y habiéndonos requerido varias personas que desean tener un verdadero conocimiento, os escribiésemos con particular instancia y enviásemos especial síndico; nosotros, deseando por el encargo que tenemos, que de esta tierra se destierren los vicios susodichos, enviamos á vuestra Santidad por nuestro síndico al honrado Mosén Jaime Torres, vecino de esta villa. Y suplicamos á vuestra caridad le recibáis benignamente, dándole entera fé y crédito á cuanto de nuestra parte os dirá, que lo estimaremos y tendremos á singular gracia y merced. Dios nuestro Señor por su clemencia os conceda perseverar en tan buenas obras, para que, cuantos os oyen, por medio de vuestros sudores, consigan en vuestra compañía la eterna bienaventuranza, donde cuando fuere servido nos lleve su Divina Majestad. De Orihuela en veintiséis de Agosto de mil cuatrocientos y diez.

»Humildes y devotos vuestros en Jesucristo, que en vuestras oraciones se encomiendan,

»El Justicia, Jurados y Consejeros de la villa de Orihuela» (1).

Torres entregó la carta al Santo predicador y volvió el 21 de Septiembre con la siguiente contestación:

«Honorables señores: si place á Dios, después que hubiere visitado yo algunos lugares á que me veo obligado, por haberlo ofrecido, iré á visitaros según lo requiere vuestra buena devoción; por esto os respondo de mi mano estas breves líneas.

»Fr. Vicente Ferrer, Predicador.»

«Todo se realizó: el Apóstol del siglo XV vino á Orihuela y se hospedó en el convento de los Padres de la Merced, por venir con él el P. Juan Jofré Gilabert, nuestro compatriota, religioso de esta Orden. Aun se conserva con respeto en esta iglesia el púlpito desde el cual el Santo predicó el Evangelio á nuestros dichosos antepasados.»

Preparó los espíritus de la manera que acostumbraba.—«Doña Elvira Rodríguez, de Orihuela, le vió al entrar en la ciudad libertar á una endemoniada muda, pero furiosa, que á la fuerza llevaron á

(1) Vidal y Micó.

su presencia.» «Otra mujer padecía unas convulsiones tan terribles, que á cada momento parecía que iba á morir, y la curó *inmediatamente en el acto*, dice el testigo, que parece no tener á su disposición adverbios bastante rápidos.—*Et imponens manus sanavit eam subito et immediate.*»

Grande era la fé en este pueblo, á pesar de sus miserias. Cada paso del Apóstol se señaló con milagros; así es que le recibieron como á un ángel de Dios.

Allí celebró con un prelado de otra Orden una entrevista que se refiere detalladamente en una antigua vida manuscrita. El Prior de los ermitaños de San Agustín, de Orihuela, que en Valencia le había calumniado indignamente, se le acercó un día y le pidió perdón de todo lo que había dicho y hecho contra él.—«Hace tiempo que os he perdonado y Dios ha ratificado ese perdón; pero confesaos en seguida, porque vais á morir muy pronto.» Admirado el Prior, se confesó efectivamente, y habiéndose puesto en camino con otros compañeros, cayó muerto cuando sólo había andado unas seis millas. En aquel mismo instante el Santo, que estaba predicando, interrumpió su sermón y dijo: «Roguemos por ese Religioso que se ha marchado esta mañana.» Al día siguiente llegó un mensajero cuando había terminado la misa y le dijo: «Padre, ese Religioso á quien avisasteis el otro día, ha muerto.»—Ya lo sé, dijo el Apóstol, y acabo de decir una misa en sufragio de su alma.»

Pero su milagro más importante fué convertir todo aquel pueblo, cuyas costumbres no habían pintado sus magistrados con los negros colores que merecían. Libertinajes, usuras, contratos criminales, odios, riñas sangrientas; todo desapareció al soplo del taumaturgo; resultados que se consignaron en la siguiente carta del *Justicia* y de los Jurados de Orihuela á Pablo de Cartagena, Obispo de Murcia.

«Molt Reverent Pare y Senyor.

»Perque creem que avets plaer, fem saber á vòstra gran Reverencia, que el molt Reverent é de Santa Vida, Frare Vicent Ferrer, Mestre en Sagrada Teologia, es estat en aquest Bisbat vòstre; çò es, en Alacant, en Elix, en Oriola, en Murcia y ara es en Lorca; per la venguda del qual se es enseguit molt be á tota aquesta tèrra, é gran salut á tots los fels cristians. En especial los de aquesta vila, vos certificam, que per la gracia de Deu y per la sua santa predicació es apartada de tots vicis é pecats publicos; é escrivim vos estes còses: Primo, que dengun, gran ni chic, no gósa jurar Deu, ni la Verge Maria, ni los Sans de Deu, ni denguna jurada. Item, que de aquells

que blasfemen de Deu é la Verge Maria, é els seus Sans, se fa rigorosa execució. Item, que es falta pera tots tems la future via, é avem renunciat al privilegi, que aquesta vila tenia de aquella. Item, que no se góse jugar á dengun joch de daus, ó naips. Item, que dengun no gósa conjurar, ni enserir, ni traure señals, ni anar á adevins ni á adevines. Item, que Eclesiastics, ni denguns altres juguen, així com se fia troch. Item, que son faltes totes les festes jovials. Item, que tots en general y cascun en especial se té per dit, de acusar los uns als altres, qui caurán en qualsevòls dels pecats dits.

»Escrivim les dites cóses, é no altres algunes, que seria llarch de escriure. Item, jamés en aquesta vila no es confesaren les gens axí com ara. Ne an vides, ne poder abastar los Préberes á oír la confessió, é á combregar. E los Dúmenches, é festes colens, tots, homens é dónes, ab sos fills é filles, que son de etat, van á Misa ab tanta devoció, que no es hom quin cregués, sino ho veia. En tant, que antes que aquell vingués, les esglesies eren grans, é ara son chiques, que les gens no caben en les esglesies, ni en les òrdens. En conclusió, Senyor, certificam á vòstra Paternitat, que de tot nos ha deixat cristians. E així com es estat en Oriola, ses segut en tots los altres llóchs hon es estat, perque ne sien donades á Deu gracies é així mateig á vos, Senyor, per ço que aquell per industria é precis vòstres vench en aquesta vila. E al dit Mestre Vicent conserve Deu en lo seu bon propòsit, é quant de aquest mon eixirá, coloque Deu ab los seus Apóstols, Mártirs é Confesors la sua anima.

»Senyor, una de les majors gracies, que avem obtenguda per gracia de Deu, é per la predicació del dit Mestre Sant, es que en aquesta vila no ya remora plaga, ni fistola alguna, ni inimicia en alguna persona; ans de bón voler é per reverencia de Deu se an perdonat los uns als altres. En tant que ya agueles pus de cent y vintitres paus; de los quals ni ha xixantasis de mórt, é es altres son de tolliment de nasos, é braços, é altres membres. Axi, que tot hom, loat sia Deu, está en pacífica pau, si no es tan solament en Joan Fluviá, é un cristiá novell, que ha póca fé en Deu. E per lo feit del dit en Fluviá estam molt escandalizats, com tot hom á perdonat sino aquell. Perque som retenguts pregar á Deu per la vida del dit y Sant Mestre; pero lo benifet, que de aquell avem rebut, é per vòstra vida, que per vòstra adreça aquell vench en aquesta terra. Pregrant á nostre Senyor Deu, que conserve aquell, é á vos al seu sant servey per llonch temps. Amén. Escrita en Oriola á quatre dies de Mars del any de mil quatrecentos y onze.

»Vóstres humils é devots, que molt se recomanen en vostra gracia é valer.

»La Justicia, Jurats é Consellers de la vila de Orihuela» (1).

«Aun se venera en una de nuestras iglesias, dice además el historiador de Orihuela, el retrato de San Vicente Ferrer y de su compañero. Es una obra contemporánea, pero sin valor artístico y hasta con la tacha de un anacronismo evidente, pues se representa al Santo en la más lozana juventud.»

El púlpito desde donde predicó se conserva en la catedral; es de hierro y está adosado á una columna, al lado izquierdo del coro de los canónigos. Nadie ha subido á él desde que lo usó el Santo, y se ha tapiado la puerta, como en Liria. La iglesia de las Santas Justa y Rufina era residencia de una cofradía de San Vicente Ferrer, á la que Clemente XIII habia concedido preciadas indulgencias, estando el altar del Santo privilegiado todos los viernes en favor de los cofrades difuntos. Esto se explica, quizá algo temerariamente, en una tablilla colgada al lado del altar, en la que se lee: «*Concediendo dicho Pontífice que salga del purgatorio el alma de dicho cofrade.*»

Aun ahora, en recuerdo de San Vicente Ferrer, al terminar una misión pronuncia el predicador su sermón último en la *Plasa Nova*, en donde predicaba el Apóstol. En fin, en el hospital se venera una bonita imagen de la *Virgen del Niño perdido que llevaba San Vicente en sus misiones*.

El primer convento de Dominicos en Orihuela fué construido en 1409 fuera de la villa por un enjambre de religiosos salido del de Valencia, porque, gracias á San Vicente Ferrer, los monasterios reboaban de religiosos fervientes. A este primer establecimiento siguió, al empezar el siglo XVI, nuestra Universidad, situada en el centro de la población, hoy colegio de Jesuitas, en el que se ve un hermoso cuadro representando el milagro de Salamanca. No está de más decir que esa Universidad comprendia todas las facultades: letras, ciencias, artes, filosofía, teología, no siendo este el único ejemplo de la enseñanza Dominica universal, de manera que cuando el P. Lacordaire quiso establecerla en Francia, no hizo más que imitar á sus antepasados: los que la impidieron cargaron con una gran responsabilidad ante Dios y ante la historia.

Orihuela ha permanecido tal como pudiera desearlo Vicente Ferrer. A despecho de la vecindad más perjudicial, de todas las exci-

(1) Vidal y Micó. (N. del T.)

taciones, de todos los escándalos, de todas las apostasias, de todas las tiranias, ha conservado su fé, sus costumbres, sus trajes sin alteración: allí jamás un pobre pide en vano: jamás se comete un crimen, jamás un atentado turba la paz de las familias; allí se vive feliz, y cuando llega la hora de la muerte, el que se ve llamado, dice tranquilamente: «*Estoy conforme. Estoy dispuesto.*»





## CAPÍTULO VI

### MURCIA

Itinerario trazado por el Santo.—Lo que hizo en Murcia.—Lorca: columna miliaria — Moro malhumorado — Los caballos fantásticos — Acatarrado como un simple mortal: sermón sobre el particular. — Invasión de langosta.

(1411)

**ESTE** es el año cuyas etapas trazó día por día el mismo Vicente Ferrer en el precioso manuscrito conservado en la biblioteca del Patriarca en Valencia. A medida que avanzaba en su misión, preocupado con su título de Apóstol del juicio final, que tanto le pesaba, empleaba cada noche algún tiempo, después de sus rudas faenas, en escribir el plan de sus sermones, consignar sus ideas principales, comprobar todos los textos, no queriendo dejar á la improvisación nada fundamental, sobre todo en lo que se relacionaba con los judíos.

Este itinerario abraza un año entero. Le seguiremos respetuosamente, aunque algunas etapas nos parezcan forzadas; pero eso mismo nos muestra una vez más la manera de obrar de nuestro Héroe, que á veces cruzaba largos espacios sin detenerse, cuando le llamaban intereses de más importancia, sin perjuicio de volver atrás. El camino recorrido sigue con corta diferencia la vía férrea de Cartagena á Madrid y de Madrid al Norte de España, debiendo observar que Madrid entonces no tenía importancia alguna y que el centro del movimiento era Toledo, principal sede eclesiástica aun en el día.

Murcia, primera etapa, del 29 de Enero al 24 de Febrero, 27 días. Sólo hay mencionados diez sermones, que sin duda serian en

su imaginación los más importantes, pues predicaba todos los días. Murcia era capital de un reino: el historiador local es en este caso, no sólo un guía seguro, sino también un escritor de mérito, al que dejaremos la palabra (1).

«En el año siguiente de 1411, se halló en el Consejo de esta ciudad el Prior de Santo Domingo de ella; y les dijo que bien sabían que Fr. Vicente Ferrer había prometido de venir á esta ciudad para predicar el Santo Evangelio, y á poner paz y concordia en ella, y que por cuanto muchos hombres y mujeres que le seguían de tierra en tierra, tenían recelo de entrar aquí por venir de reino extraño, que los asegurase la ciudad que no los recibirían mal ni les harían daño. Y vista esta proposición, ordenaron los alcaldes y regidores que fuesen por mensajeros Juan Sanchez de Ayala y Manuel Parcel, juntamente con el Prior de Santo Domingo, á la villa de Orihuela, donde Fray Vicente estaba, para que hablasen con el dicho Maestro é hiciesen sobre ello lo que cumpliese al servicio de Dios y bien de esta ciudad.

»Y hecha esta diligencia, jueves 29 días de Enero, entró en esta ciudad Fr. Vicente Ferrer, siendo recibido con grande amor y aplauso. Y porque él todos los días tenía de costumbre decir Misa y predicar, se le hizo ante la puerta del Mercado un tablado muy alto con su púlpito, en que decía Misa en un altar que para esto se le aderezaba, y luego, acabada la Misa, predicaba con santísimo fervor; de cuyas santas palabras y sermones resultó que las pesadumbres, revoluciones y bandos que entre los caballeros principales y ciudadanos había, los compuso, é hizo que se perdonasen unos á otros, así muertes de padres, hermanos y de otros parientes, como otras ofensas é injurias: los cuales perdones se hacían por ante escribano que el dicho Fr. Vicente traía con autoridad apostólica y se llamaba Leonardo Garcia. Y el mismo Fr. Vicente se hallaba presente á estas escrituras de paces.

»Estuvo predicando el Santo Varón un mes y resultaron muchos bienes de su predicación, porque fuera de haber compuesto muchas enemistades y haber alcanzado muchos perdones de muertes y agravios, convirtió muchos moros y judíos (porque había moros y aljama de judíos, aquí y en todas las principales ciudades de sus reinos) y especialmente convirtió algunos rabinos, á los cuales, por no saber oficios, mandó esta ciudad, á instancia suya, mantener y vestir y dar casas aparte fuera de la judería.

(1) Francisco Cascalés, Discursos históricos de Murcia y su reino.

»Queriéndose ir de Murcia á Lebrilla, Alhama y Lorca á predicar, por no haber agua en el camino, ni lugar cerca donde tomarla, mandó á la ciudad á Macián Coque, Jurado Clavario, que hiciese llevar una carga de vino y otra de pan á Sangonera, para que refrescase el dicho Maestro y la gente que con él iba, y que comprase cinco piezas de paños burillos para vestir á la gente devota que le acompañaba y un hábito cumplido y honrado para el maestro Fr. Vicente» (1).

Dejando en Murcia á muchos de los sacerdotes que llevaba consigo para consolidar su obra y resolver las dudas de los recién convertidos, salió de allí el 25 de Febrero de 1411 y siguió predicando, si bien el tiempo ha borrado muchas de sus huellas, y en varias ocasiones hay que contentarse con estas palabras: *Es tradición que predicó aquí San Vicente*. Alhama y Lebrilla no conservan ningún recuerdo preciso.

En Lorca, en donde predicó del 5 al 20 de Marzo, la familia que le hospedó ha seguido siendo un plantel de santos. La casa, contigua á la muralla de la ciudad, convertida hoy en *Calle de la Zapateria*, ha venido á ser, según se predijo formalmente, un lugar de oración, porque ciento un años después el arcipreste Montesinos del Puerto legó todos sus bienes para fundar allí un convento de religiosas bajo la advocación de la Madre de Dios del Consuelo, según testamento fecha 26 de Diciembre de 1512, autorizado por el notario Diego de Esbona. Al construir el convento se dispuso la obra de manera que en la iglesia ocuparan la capilla, el altar y la imagen de Vicente Ferrer precisamente el mismo lugar en que estuvo su cuarto.

Como la iglesia parroquial era muy pequeña y no había plazas públicas en la ciudad por la fuerte pendiente del terreno en que está edificada, tuvo el Santo que predicar en las afueras, próximamente á 250 metros de las murallas, en el camino de Granada. Más adelante trataron de edificar en este sitio los García de Alcaraz, y al abrir las zanjas para los cimientos se encontró una columna miliaria del siglo de Augusto, que hoy sirve de pedestal á una estatua de San Vicente Ferrer con esta inscripción:

*Hic ubi consuevit præco Vincentius illud.*

*Clangere terribili voce: Timete Deum.*

*Terribilis locus iste Dei domus ista Tonantis.*

*Sit sacer iste locus, sacra columna Deo.*

*¡Sit quoque et hoc nostri monumentum et pignus amoris!*

(1) Sanchis Sivera. (N. del T.)

*¡Semper in (o utinam) posteritate ratum!*

«Aquí hizo resonar Vicente Ferrer con su voz formidable sus acostumbradas palabras: ¡Temed á Dios! Sea respetado este lugar como la morada misma del Todopoderoso; y que esta columna quede como un recuerdo de nuestro reconocimiento hasta la más remota edad.»

El día 7 de Marzo, fiesta de Santo Tomás de Aquino, ocurrió allí un hecho casi idéntico al que ya hemos referido al hablar del reino de Valencia. Unas mujeres piadosas quisieron convertir á un moro empedernido, valiéndose de argumentos que acababan de salir de la boca de Vicente Ferrer y que no tenían objeción posible. Fastidiado el moro y no sabiendo qué replicar á aquellas mujeres, prendió fuego á un montón de sarmientos y, cuando más viva era la llama, dijo: «Si Jesucristo es Dios é hijo de la Virgen María, que apague este fuego y me convertiré...» El fuego se apagó en seguida.

Hay que hacer una observación respecto á estos prodigios renovados sin cesar. No todos constan en documentos públicos, pero se mencionan muchas veces en los sermones como episodios ó ejemplos. Y como había en su comitiva numerosos testigos, pueden considerarse sus relatos como irrecusables. La historia del moro incendiario se refiere muy detalladamente en un sermón sobre la Cananea.

El Santo volvió á Murcia la vispera de Pascua florida para acabar de convencer á los judíos, según él mismo lo explica en su primer sermón; y, según refiere el historiador de la ciudad, Dios se dignó en esta ocasión confirmar la palabra de su siervo.

«Era el domingo de Ramos y predicaba en la plaza Mayor, oyéndole con avidez diez mil personas, cuando de repente se oyó como el galope de muchos caballos desbocados acompañado de relinchos salvajes. Muy luego se levantó un torbellino de polvo y se vieron aparecer tres fogosos caballos con los ojos encendidos, las crines tendidas, las narices humeantes y cubiertos de espuma. Llegaron á veinte pasos de la multitud y en aquel momento de indecible espanto: «Santiguaos», gritó el Santo, y diez mil manos trazaron la señal de la cruz que salvó al mundo, extendiendo él al mismo tiempo su brazo armado con el signo de salvación hácia el lado de donde venia el peligro. Detenidos súbitamente, lanzáronse los caballos en otra dirección en carrera desenfrenada, oyéndose por largo rato resonar sus pisadas.

»Estos caballos, dijo el Santo á la multitud amedrentada, no son bestias, sino seres sobrenaturales; son los espíritus malignos que

por tanto tiempo han dominado esta ciudad, gracias á los tres vicios principales que reinaban en ella, y que, irritados al ver que se les escapan vuestras almas, han intentado dañaros por medio del terror. Habéis podido ver que un acto de fé es más fuerte que la loca impetuosidad del infierno.» Y después de una corta pausa, añadió: «¡Ah! sin embargo, rara vez vuelve Satán á los infiernos sin causar algún mal. Aquí hay una madre que ha temido traer á su hija á la santa ceremonia y ahora tendrá motivo para arrepentirse de su temor.» Estas palabras se vieron confirmadas por los hechos, pues luego se supo que, sorprendida la joven por un malvado, no supo defenderse y perdió «esa flor que ya no se recobra».

La iglesia de los Dominicos dominaba la plaza principal de Murcia, en la que aun se alza el edificio, soberbio pero desierto, y en lo alto de la fachada, muy cerca de la techumbre, se ve la estatua de Vicente Ferrer en una especie de ventana-balcón en actitud de predicar. Delante del edificio hay un espacio muy vasto, y como no han sufrido alteración las calles, puede uno representarse perfectamente la llegada de los caballos y su cambio de dirección.

A punto ya de marchar se acatarró, como un simple mortal, accidente que fué el asunto de un sermón amablemente ingénuo, que extracto del manuscrito autógrafo de Valencia en obsequio de los que no puedan leer el volumen de sus *Obras*.

Tema: *les descubrió el sentido oculto.*

«Ante todo, buenas gentes, he de revelaros el secreto de mi catarro, y me parece un buen asunto que tratar para enseñanza de cristianos y judíos. Digamos *Ave-Maria*.

»Expliquemos primero el sentido literal de mi texto, pues recuerda un gran milagro de Nuestro Señor. Sus discípulos eran rudos, poco versados en la inteligencia de las Escrituras, de las profecías y de los misterios; por lo que su primer cuidado después de su resurrección fué revelarles los sentidos ocultos, y es un milagro mucho mayor el abrir los ojos de la inteligencia, que los del cuerpo. Era el día de Pascua: Nuestro Señor se apareció á sus discípulos, les hizo en la frente la señal de la cruz y les dijo: «Que se abra vuestro espíritu.» Y el espíritu se abrió. Además, esto ya Él lo había anunciado (San Luc., cap. XXI, v. 15): «*Yo os daré una palabra y una sabiduría á las que nadie podrá resistir.*» Y en el Antiguo Testamento (Isaias, cap. VIII, v. 16): «*Fijad el testimonio y haced permanente para siempre la ley en el corazón de mis discípulos... Vedme aquí á mi y los hijos que me ha dado el Dios de los ejércitos en señal maravillosa para Israel.*»

Tal es el sentido literal del texto, pero yo quiero aplicarlo á mi ronquera y deciros los motivos, que son tres: el primero es particular y sólo á mí me concierne, el segundo es general y os concierne á vosotros, el tercero es especial y atañe á los judíos.

»Empecemos por el que me concierne.—Sabed que no hay, por decirlo así, más que una virtud, y es la humildad, sin la cual las otras nada valen, pues se pierden y se escapan como el trigo de un saco agujereado. Por eso es preciso ser humilde sin hipocresía y sin pretender la vanagloria; tener el corazón siempre abierto á Dios y no apetecer más que su honor. De ello nos ofrecen ejemplos David y Saúl y también se hallan otras autoridades en el Antiguo y en el Nuevo Testamento: *Cuanto más grandes seáis, más debéis humillaros en todo, si queréis hallar gracia delante de Dios*, dice el Eclesiastés (capítulo III, v. 20). *Dios resiste á los orgullosos y hace gracia á los humildes*, dice San Pedro (cap. V, v. 5). Queda por lo tanto demostrado que sólo la humildad conserva á la criatura en la amistad de Dios. Por esto cuando Dios elige á alguno para su servicio, le envía entorpecimientos precisamente en aquello que más desea, á fin de que se humille y no se pierda por la vanagloria. Moisés fué de ello una prueba cuando Dios lo dejó tartamudo. «Señor, decía, ¿qué es esto? Hace diez días que no puedo hablar; desde que se dejó oír vuestra voz, mi lengua se ha quedado como paralizada.» Y Moisés tenía precisión de hablar al pueblo, y tuvo que hacerlo por medio de intérprete, es decir, de su hermano Aarón; y el corazón de león que tenía y que le hacía obrar prodigios se convirtió en un corazón de hormiga; se quedó humillado, sin correr ya el riesgo de la vanagloria. San Pablo hacía milagros y resucitaba difuntos, pero no podía corregirse de la concupiscencia y decía: «Para que no me enorgullezca la grandeza de mis revelaciones, me ha quedado el aguijón de la carne, que es como la bofetada de Satanás.»

»Así estos dos grandes hombres sentían el obligado freno de la humildad y con mayor razón tengo yo necesidad de él, yo, miserable, y ha venido esta ronquera para impedir que me envanezca con mis predicaciones.

»La segunda razón atañe á vuestras almas.—La salvación de las almas es el principal cuidado de Dios. *El espíritu es lo que vivifica, la carne de nada sirve* (Joan, VI, 64). *Dadme almas y quedaos con lo demás*. (Gén. XIV, 64). Por esto me ha enviado Dios esta ronquera para vuestra salvación, pues ya sabéis que yo me había marchado con intención de no volver; pero he tenido que detenerme para procurar todo este bien que se ha producido con las confesiones, los ayunos,

las disciplinas hasta de los niños y de los soldados. En el capítulo XXII de San Juan se dice que Nuestro Señor volvió del paraíso terrestre para convertir á un solo hombre, Santo Tomás; con mayor razón yo, pobre pecador, debía volver de siete leguas de distancia para la salvación de tantas almas. «*Yo trabajo hasta encadenado, decía San Pablo, no haciendo cosa de provecho, pero la palabra de Dios no está atada por eso. Así es que estoy dispuesto á sufrirlo todo en favor de los elegidos de Dios y de su salvación. (II Tim., II, 9).*» Y esta es la segunda aplicación de nuestro texto: *Les descubrió el sentido oculto.*

»La tercera razón es especial y se refiere á los judíos.—Dios prometió á Abraham que de él nacería el Mesías diciendo: *En tí serán benditas todas las naciones (Gén. XXII, 18)*; los judíos dicen: «Nosotros somos de la raza de Abraham, luego Dios nos dió la bendición, esto es, la salvación.» Pero no es ese el sentido verdadero. Se ha dicho que las naciones serán benditas en la raza de Abraham, es decir, en el Cristo que debía nacer de esta raza. Serán, por lo tanto, benditos aquellos que obedecerán á este Cristo, que ha tomado sangre de la raza de Abraham. Pero como los judíos no estaban aún bien instruidos sobre este punto, Dios ha querido que volviera y me ha enviado este catarro, sin que me hubiera detenido obstáculo alguno, ni la rotura de una pierna, ni el verme precisado á ir montado en un asno para predicar. Y por eso muchos se han convertido ó se convertirán, habiendo entrado ya la fé en su corazón después de lo que han oído acerca de la Encarnación, de la Trinidad y de la Pasión.

»Así, pues, buenas gentes, acercaos á esos cristianos recién convertidos, instruidles en la fé y admitidles en los cargos públicos, según lo que está escrito: *Cuando vengáis con nosotros tendréis vuestra parte en todo lo mejor que el Señor nos envíe (Num. X, 32).*

»Y he aquí los motivos por los que he adquirido esta ronquera, y tal es la última aplicación de nuestro texto: *Y les descubrió el sentido oculto.*» Excusado es hacer notar este caritativo llamamiento. «Instruidles y admitidles á los cargos públicos.» Lo malo es que ellos abusan con exceso.

En aquella época asolaba la campiña una invasión de langosta. El Santo salió llevando consigo algunos sacerdotes, y mientras éstos oraban él hisopeó los campos con agua bendita, desapareciendo la plaga aquella misma noche, y, cosa más extraña todavía, la vegetación recobró toda su fuerza y hubo una abundante cosecha.

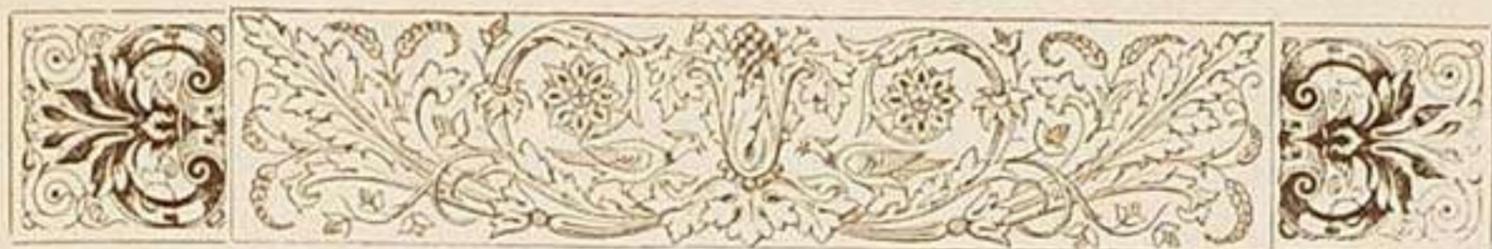
Cuando se ha visto esas legiones implacables de insectos que pasan impunemente á través de zanjas llenas de fuego y parecen

renacer de sus cenizas; cuando se ha visto extensas planicies cubiertas de verdura trocarse en un triste desierto por la acción de esos siniestros viajeros, se aprecia en lo que vale semejante beneficio.

Permitaseme llamar la atención sobre los términos empleados por el testigo: «He visto en Murcia, en la época en que predicaba Fr. Vicente, una gran cantidad de langosta y de orugas que devoraban todas las hojas del viñedo y las espigas de trigo, hasta el punto que todos creían perdidas las cosechas. Fr. Vicente hizo hisopar los cuatro extremos de la ciudad en forma de cruz é *inmediatamente* perecieron las langostas y las orugas, y los vecinos recogieron sus cosechas.»

En esta ocasión compuso el Apóstol oraciones especiales contra la peste, las tempestades y la langosta que ha conservado la liturgia.





## CAPÍTULO VII

## ITINERARIO HASTA VALLADOLID

Cuerda de ahorcado. — El soldado de Lyón. — Escalera incómoda. — Celda que se hunde. — Sigue la ronquera. — Un mes en Toledo. — Ocaña: capa despedazada. — Vicente Ferrer en el sitio de honor en la procesión.

(1411)

**E**L Apóstol salió definitivamente de Murcia el martes de Pascua, evangelizando Molina, Cieza, Jumilla, Hellin y Tobarra, con lo que llegamos al 25 de Abril. En Hellin dirigió sus tiros contra los adivinos y las brujas que pululaban en el país. En Chinchilla, donde ya era esperado, los magistrados habían tomado todas las medidas necesarias para asegurar el éxito de su misión, por lo que les dió gracias en términos que, sin duda, llevaba estudiados, pues constan con todas sus letras en su manuscrito.

Las mujeres de Chinchilla llevaban en su tocado unas cintas colgantes de una longitud extraordinaria, justamente 15 metros, expresada en términos modernos, y una anécdota referida en el sermón del 6 de Mayo bastó para corregir este lujo caprichoso. «Llevaban un día á ahorcar á un hombre, dijo el Santo, al que seguía su mujer deshecha en llanto, y al llegar al lugar del suplicio echaron de ver que faltaba la cuerda.—No os apuréis, dijo el sentenciado, hay bastante con las de esa que nos sigue... Y le ahorcaron con las cintas de su mujer.»

Allí, como en Lyón, un infame asesino no quería someterse á una ligera penitencia; Vicente Ferrer hizo que formara parte de la procesión y al poco rato hubo que moderar su ardor.

Los Registros de la ciudad y del convento de Chinchilla completarán estos relatos.

«Durante las misiones de San Vicente Ferrer por el reino de Murcia se detuvo aquí desde el 25 de Abril al 11 de Mayo de 1411, alojándose en el convento de su Orden. La celda que ocupó y que ha conservado después su nombre, muestra aún en las paredes las señales de sus sangrientas mortificaciones, siendo muy pronto objeto de un culto tal por parte de los religiosos y del pueblo, que fué preciso hacer una escalera que la pusiera en comunicación con la calle del Arenal, sobre la cual daba, para que todos pudieran visitarla sin violar la clausura del convento, habiéndose convertido en oratorio público, en el cual se celebraba misa. Pero como la escalera embarazaba algo la circulación por la calle, inconveniente que había pasado desapercibido durante cuatrocientos años, el alcalde Luis Cuadrado la hizo quitar en 1829.

»A creer á los ancianos del país, cuando la comunidad fué expulsada y vendido el monasterio para convertirlo en posada, el nuevo propietario se propuso conservar tal como estaba la celda de San Vicente, pero con gran sorpresa de todo el mundo, y á pesar de ser la mejor conservada, se hundió de repente. Todos á una voz dijeron que Dios castigaba las profanaciones pasadas ó quería evitar las venideras.

»A mediados del siglo XVII se estableció allí, bajo la advocación de San Vicente Ferrer, una cofradía que fué reorganizada en 1762 por el prior Fr. Domingo de Castilla y se titulaba cofradía de los Setenta y dos discípulos de Cristo.

»Fr. Vicente predicó todos sus sermones fuera de las iglesias, por ser éstas demasiado pequeñas para contener el gentío, sirviéndose de un púlpito de madera portátil, cuyos restos se consideraban como reliquia, y cuando se construyó la iglesia parroquial en el siglo XVI se colocaron en una especie de nicho practicado encima de la puerta de la sacristía.»

También Chinchilla estaba sujeta á invasiones de langosta y otras plagas: «Contra los insectos, la peste y todo lo que tiene origen en la tierra, dice el Santo, haced rociar con agua bendita los campos y las casas, invocando el nombre de Jesús. Contra todo lo que se forma en el aire, como los rayos y tempestades, recitad el salmo *Deus in adiutorium* ó el simbolo de los apóstoles haciendo la señal de la cruz.»—¡Si lo ensayáramos en semejantes casos!

El Apóstol llegó á Albacete el cuarto domingo después de Pascua. En Albacete, Albacata, Villaverde y Alcaraz sólo quedan tradiciones

vagas. Llegó á Moraleda el día de Pentecostés, habiendo tenido que suspender sus sermones por espacio de quince días á causa de su ronquera. Al día siguiente se le presentó ésta de nuevo, durándole hasta el segundo domingo después de Pentecostés, sin que se sepa que rogara para verse libre de este mal que le atacaba estando desempeñando una misión tan importante; dejaba obrar á la Providencia. ¿Acaso somos otra cosa que instrumentos que el dueño del campo toma y deja á su voluntad? En Ciudad Real recobró la palabra y ya siguió sin novedad hasta Toledo por Malagón, Santa María del Monte, Yébenes, Orgaz y Nambrocha, dedicando á Toledo todo el mes de Julio. Los graves acontecimientos que allí habian ocurrido exigian esta larga permanencia, pues era preciso confirmar á los neófitos y tal vez contener á los audaces ó moderar algún celo intempestivo. Por lo demás, no deja de ser probable, como afirma Vidal y Micó, que tuvieran lugar en esta época los hechos que relatamos anteriormente.

Después de Bienquerencia y Yepes, á los que dedicó cuatro días, marchó á Ocaña para la fiesta de Santo Domingo y allí pasó toda la octava. Transformada por completo, ha venido á ser Ocaña la cuna cada día más fecunda de la provincia Dominica de Filipinas; pero entonces la depravación habia llegado allí á su colmo, si hemos de juzgar por el sermón del domingo 8 de Agosto, que es una vigorosa filípica contra la población, y que causó una emoción grandísima. Instintivamente se comprendió que semejante poder de la palabra no podía emanar más que de un Santo que pronto sería canonizado, y al bajar del púlpito le cortaron un pedazo de la capa para conservarlo como reliquia, pedazo que Ocaña venera encerrado en rico relicario y cuyos bordes irregulares demuestran la prisa con que se realizó el piadoso hurto.

Él no se incomodó por eso y hasta prometió, si hemos de creer á un cronista ingénuo, que aquel pedazo de capa haria milagros. La verdad es que aun hoy se lleva en procesión cuando ocurre alguna calamidad pública y nunca en vano. Sin embargo, no es él la causa de una costumbre de que empiezan á admirarse en Ocaña, según la cual San Vicente Ferrer ocupa el primer lugar en las procesiones, sino por haber instituido las procesiones de disciplinantes. Esta misma aparente anomalía se encuentra frecuentemente en España.

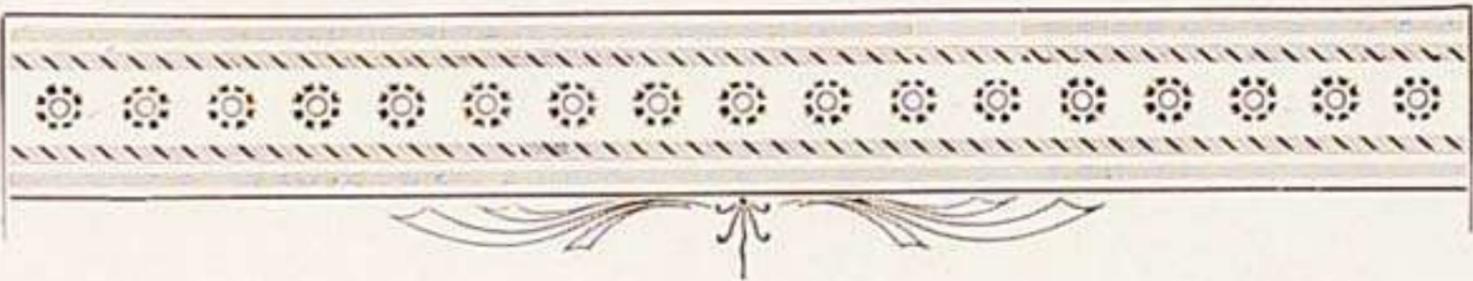
El manuscrito á que nos referimos, roído en parte, interrumpe aquí su relación, pero algunas noticias que se hallan en los escritores antiguos permiten reconstituir sus restos. El 11 de Agosto

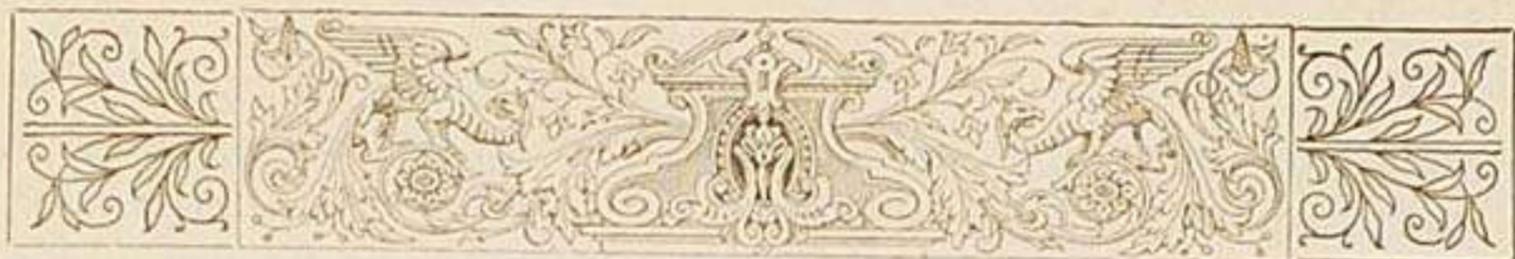
estaba el Apóstol en Borox; el 12 cae enfermo, á pesar de lo cual sigue su camino hasta Illescas, pero el prior del convento de Toledo tuvo que predicar en su lugar. Se le llevó con trabajo á Toledo en donde una intermitente le tuvo postrado hasta el Adviento, sin que tampoco en esta ocasión conste que pidiera á Dios su curación. Rodeáronle de cuidados respetando esta santa indiferencia, hasta que, restablecido por fin, se dirigió á Valladolid.





Catedral de Toledo.





## CAPÍTULO VIII

## VALLADOLID

Los judíos en la historia.—Legislación especial.—Ayllón y la Corte de Castilla.—Política respecto al asno.—Todavía los judíos.—Pinturas del claustro en Valladolid.—Sacristán hambriento.—La «Francesada» sobrepujada.—La Alhambra en el convento de San Pablo.—El Gran maestro de Alcántara.—Primera entrevista de Vicente Ferrer y Fernando de Castilla.—Judíos convertidos que arruinan á los obispos.

(1411)

**V**ALLADOLID y Toledo eran el centro del poder de los judíos y Vicente Ferrer hizo de ellas el centro de su campaña apostólica, la cual fué allí, como en todas partes, milagrosamente eficaz, pudiendo decir el Santo, al terminar un sermón el día de San Antonio: «Sabed una buena noticia: en Valladolid todos los judíos y moros se convierten.» Treinta y seis sermones predicó allí, casi todos dirigidos á los judíos, que son los más expresivos, los más largos y los más brillantes. Queriendo á toda costa cristianizar el mundo, según la expresión de las profecías finales, antes que se oyese resonar la trompeta del ángel de las justicias, puso en ellos, no sólo toda su alma, sino también un largo trabajo de preparación intelectual.

La cuestión judía se aclara aquí á la luz de la Historia.

«En 1406 las Cortes de Segovia reconocieron por rey de Castilla á Juan II, niño todavía, quedando de administradores del reino sus tutores, que lo eran su madre D.<sup>a</sup> Catalina y el infante Fernando. El 20 de Octubre marcharon todos á Valladolid, en donde se

publicaron leyes rigurosas contra los judíos y los moros, primero contra los judíos, prohibiéndoles, bajo graves penas, percibir, por sí ó por terceras personas las rentas reales, ni prestar fianza por los que las percibieran.» El 9 de Noviembre se publicaron las ordenanzas referentes á los moros, según las cuales «debían todos llevar, incluso las mujeres, encima de su traje una capilla amarilla y una marca especial en forma de luna creciente sobre el hombro derecho.»

Siendo insuficientes estas ordenanzas, á lo menos respecto á los judíos, cuatro años más tarde, en Enero de 1412, hallándose la reina de nuevo en Valladolid, publicó otras «que por esta vez, dice el historiador de dicha ciudad, redujeron á los judíos á la impotencia.»

«Se les obligó á vivir en un *barrio* separado, cuyo terreno les cedieron los Dominicos de San Pablo por escritura otorgada el 18 de Agosto de 1413, que aun se llama *Barrio nuevo*, y comprende ocho calles y dos plazoletas, cerrándose todas las noches su única puerta y quedando la llave en poder del Corregidor. A partir de esta época se les prohibió ejercer la profesión de médico, farmacéutico y comadrón y no podían tener criados cristianos: tampoco podían ser procuradores, ni mayordomos, no sólo del rey y de sus rentas, sino tampoco de los particulares.»

Es evidente, por el texto de estas ordenanzas, que los judíos, abusando de las más delicadas funciones, se introducían con maña por todas partes, se apropiaban los secretos de las familias, minaban las fortunas y algunas veces robaban los niños, pudiendo comprenderse lo que sería en sus manos la administración de las rentas públicas ó particulares.

Sesenta años después nada quedaba de estas leyes y de nuevo lo habían invadido todo, hasta que por fin, en 1492, los Reyes católicos dieron el golpe decisivo, expulsando á los moros y judíos del territorio de España, á riesgo, dijeron las gentes de vista limitada, ¡de que sufriera el comercio!—El espíritu más prevenido no puede menos de reconocer que los judíos y los moros eran perjudiciales á los cristianos bajo todos puntos de vista; no hay más que ver lo que es aún Andalucía y lo que ha llegado á ser Francia bajo su gobierno, pues si se me objeta que no tenemos moros, diré que tenemos algo peor, incluso el fanatismo, en los francmasones.

No hay, pues, que declamar con esa facilidad contra la intolerancia española. Vicente Boix, que es un escritor moderno, puesto que su libro lleva la fecha de 1863, en el artículo *Calle de la Morería*

dice que vivía en ella una numerosa población musulmana «á la sombra protectora de nuestras tolerantes libertades forales, algo más bellas que las alharacas de ciertas frases políticas de algunos partidos en nuestros días».

Para acabar de edificarnos con el modo de proceder de los judíos, copio algunas líneas de un folleto moderno: *Los infames en el antiguo derecho del Rusillón*, por Emilio Desflanques, archivero.

«Poco á poco, desde mediados del siglo XII, las costumbres primero y después las leyes permiten sólo á los judíos practicar la usura, considerando *infame* al usurero, como la mujer pública ó como los *tabures*, gentes contrabandistas, que viven de los juegos de azar (*fulleros* tolerados). La usura ó rédito mensual se elevaba á tipos fabulosos, afectando sobre todo á los pobres, y desgraciadamente el deudor insolvente podía ser encarcelado y morir de hambre si el judío no le alimentaba!»

Vicente Ferrer había seguido á la Corte á su nueva residencia y, como se verá en la página siguiente, él fué el que libró á los cristianos de este yugo de hierro y dió á los reyes el verdadero sentido de su poder.

«En aquellos tiempos, dice el cronista de Valladolid, Fr. Vicente Ferrer, hombre de singular virtud, recorría con ardiente celo las ciudades de Castilla, recogiendo en todas partes los maravillosos frutos de sus santas predicaciones. A la voz elocuente y persuasiva de este humilde religioso millares de judíos abjuraban sus errores, recibían con gran fé el agua saludable del bautismo y se iluminaban sus almas con la brillante luz del Evangelio. Al enterarse la reina Catalina de tan notables éxitos, hizo ir á Fr. Vicente á Ayllón, en donde se encontraba la familia real y desde su primer discurso pintó el Santo con vivos colores el peligro de las comunicaciones habituales entre judíos y cristianos, concluyendo por suplicar á la reina que ordenara la separación de gentes á las que separaban diferencias tan profundas en religión. La reina consintió en ello, y al volver á Valladolid en Enero de 1412, se publicaron las famosas ordenanzas contra los judíos.»

Ayllón, residencia veraniega de la Corte de Castilla, es una pequeña población, hoy muy descuidada. Cuando Vicente Ferrer fué llamado á ella salieron á recibirle los principales dignatarios á pié para no humillar á su jumento. Su lenguaje franco, discreto, pero firme, no desagradó á la Corte: reprendió á los cortesanos, señaló á los príncipes sus deberes, y, por último, descendió al pueblo, aprove-

chándose de los honores fúnebres tributados al rey Enrique III para trazar un magnífico programa de gobierno.

Los judíos habían arrancado á la debilidad de este príncipe ó á la desgracia de los tiempos un decreto permitiéndoles adquirir por herencia ó legado los bienes de los cristianos, y Vicente Ferrer hizo anular ese decreto. Evidentemente no era por gusto, ni por amor, por lo que los pobres cristianos en su lecho de muerte legaban sus bienes á estos malditos, sino que se veían de antemano enredados en las inextricables mallas de una usura implacable que descontaba hasta la muerte. Allí, como en Valladolid, quiso que los judíos viviesen separados y que se les pudiera reconocer por medio de señales bien claras.

Esta medida se generalizó, pues predicando algún tiempo después en Tordesillas, pidió á los magistrados que ordenaran la separación de los judíos, *secundum legem regis et regine*, según las leyes publicadas. «O mejor, dijo dirigiéndose hácia ellos, convertíos, y los que no estén dispuestos á ello se vayan á Valladolid en donde se les recibirá en un barrio separado.» En Lérida, una orden del Consejo general de 1436 obliga á los judíos y á los moros á llevar sobre sus vestidos un signo particular y además á cortarse la barba de cierto modo para que se les pudiera distinguir, «como se practica en el reino de Valencia», castigándose las infracciones con penas pecuniarias ó corporales, y lo mismo sucedía en toda España, reconociéndose por sus resultados cuán atinadas eran las ideas de Vicente Ferrer.

De él proviene principalmente la celebridad de nuestro convento de San Pablo, de Valladolid. Un gran cuadro en la galería de entrada le representaba en el púlpito; los frescos del claustro, obra de pintores célebres, reproducían su entrada en la ciudad en 1411 y sus milagros, los cuales debieron ser numerosos, porque el prior le señaló una celda cerca de la puerta, para que pudiese recibir á toda hora los enfermos sin alterar el orden del convento. Esta celda fué después convertida en oratorio y en ella colocó la Inquisición un Cristo que habían azotado los judíos de Frechilla. Pero es probable que estos milagros fueran de aquellos que no causan gran asombro. Enfermos curados, ciegos que recobran la vista, lisiados cuyos miembros sanan, esto era la obra de todos los días de este hombre: ¿para qué referirlos? Las afirmaciones generales han parecido suficientes.

El P. Esteban de Mora, concienzudo historiador del convento de Salamanca, habla también de Valladolid, y dice que en las biografías

del Santo se encuentra la enumeración de los milagros que hizo y de los monumentos que los acreditan, entre los cuales figuraba un gran lienzo que representaba al Santo predicando ante una multitud compuesta de gentes de diversos países, según lo prueba la variedad de los trajes. Como el tiempo lo había deteriorado por sus extremos, lo cortaron *grosso modo*, dejando sólo la figura del Santo, que tiene en la mano un rosario y recomienda la devoción de éste á cuatro ó cinco personas. Esta mención del rosario en un cuadro verdaderamente antiguo merecía ser notada.

«Es una tradición inmemorial en Valladolid, dice Vidal y Micó, que el Santo hizo un número infinito de milagros que se representaron en las paredes del claustro», y censura discretamente la incuria de los Religiosos que dejan perderse estos recuerdos, y acabaron por desaparecer. Verdad es que España se ha conducido respecto á Vicente Ferrer como el niño de una familia muy rica que abandona con desdén los juguetes más preciosos.

De este convento tan hermoso, tan rico, tan lleno de recuerdos, nada queda. En lugar del claustro en que estaban pintados los milagros del Santo, una vulgar cochera de tranvías. Sólo ha quedado en pié la iglesia, magnificencia triste, monumento espléndido y desierto en el que no se celebra culto alguno, que os enseña un sacristán hambriento y cuya vista da frío en el alma. Todavía se la respeta, pero día vendrá en que caiga bajo la piqueta para levantar en su lugar, como en Burgos, algún edificio militar.

Contigua á él se encuentra esa otra maravilla que se llamaba *Colegio de San Gregorio*, ó sea el convento de estudios ó seminario, convertido hoy en oficinas de Hacienda. El claustro, con sus admirables columnas torneadas, amenaza ruina, y los groseros puntales que lo sostienen le encubren en parte. En una de las maravillosas salas en que se escribía la historia de un pueblo se ven amontonados confusamente legajos de papeles muy interesantes con los que podrían formarse aún notables archivos. El libro de cuentas del convento llama la atención por la hermosura de sus iluminaciones.

Allí ha llevado á cabo, no puede ocultarse, su obra de destrucción, lo que se llama en Valladolid la *Francesada* (campaña de 1808). Sin embargo, aun quedaban tesoros inapreciables; pero los revolucionarios españoles todo lo han arruinado, arrojado, vendido, quemado, profanado, destruido de mil maneras. No se puede dar un paso entre estos montones de maravillas, hoy montones de ruinas, sin pensar en el misterio de la ceguedad humana.

*(En el momento en que se publica esta segunda edición empiezan á repararse estas ruinas).*

Pero, si se quiere saber lo que eran nuestros conventos en la época de su esplendor, hay que preguntárselo á Valladolid. Allí, en ese convento de San Pablo, se recibía á los embajadores; allí se celebraban las fiestas oficiales, las solemnidades civiles; allí fué recibido y saludado con las aclamaciones de todo el pueblo, después del brillante hecho de armas de Antequera, Fernando de Castilla, el mismo que Vicente Ferrer hará muy pronto coronar como rey de Aragón, ó más bien en realidad, como primer rey de las Españas. Cuando Yusuf, rey moro de Granada, envió embajadores á Valladolid para renovar las treguas concertadas con su antecesor Mahomed y se quiso imitar las pompas orientales y rivalizar con los esplendores de la Alhambra, fué también en San Pablo en donde fueron recibidos por los reyes.

Habiendo muerto por esta época el gran Maestre de la Orden de Alcántara y teniendo que procederse á nueva elección, se reunieron en el convento de San Pablo la Corte, todos los miembros de esta célebre Orden y todos los grandes de España. Fué elegido D. Sancho, hijo del vencedor de Antequera, como reconocimiento al noble proceder y á los servicios prestados por el padre; pero esto era irregular. Además, el nuevo Maestre era demasiado joven y Benedicto XIII hizo mal en sancionar esa elección que él había alentado. Abusos de esta clase producen fatalmente el descrédito de las instituciones más útiles y más sólidas.

Las reformas que Vicente Ferrer inició en Valladolid se llevaron á cabo de acuerdo con Fernando, regente de Castilla, el cual comprendía que la más firme prudencia nada lograría en una situación embrollada; era preciso que la evolución partiera de más alto y fuese más radical que los expedientes ordinarios de los gobiernos irresolutos. Por eso más de una vez había reiterado sus instancias para que Vicente Ferrer fuera á la Corte, y éste por su parte había encontrado en el regente de Castilla cualidades verdaderamente reales, y si no se trató claramente entre estos dos grandes genios de la sucesión de Aragón, tomó ésta alguna consistencia. Eran los preludios de Caspe.

Vicente Ferrer, que había llegado á Ayllón por Navidad, partió de allí en la octava de la Epifanía, en virtud de orden apremiante de Benedicto XIII. Empezaba á rugir la tormenta que había de estallar al vacar el trono.

Siguiendo su camino, evangelizó á Simancas, Tordesillas, Medina de Rio-Seco y Zamora, y aunque no se menciona á Palencia, sabemos por un pasaje de Mariana (*Historia de España*) que la conversión de los judíos fué allí tan completa, que fué preciso que el tesoro público contribuyese á las rentas del Obispado, las cuales habían quedado reducidas casi á nada por la exención de impuestos de que gozaban los recién bautizados.

Según el itinerario trazado por el Apóstol, éste salió de Medina de Rio-Seco el 23 de Enero de 1412, fiesta de San Vicente Mártir, aniversario de su nacimiento.—Apresurémonos á llegar á la etapa de Zamora, que no se parece á cosa alguna conocida.







## CAPÍTULO IX

## EL FAMOSO CASO DE ZAMORA

El hombre de la cédula del diablo.—Criminales carbonizados.—Portugueses incrédulos.—La campana que suena por si sola.—Paje insolente castigado.—El monje de Montamarte.—El bastón, el peine y la cuchara de Santo Domingo.—Hostias consagradas hace setecientos años.

(141 )

**F**RANCISCO Castellón, canónigo de Florencia, recogió á un viejo sacerdote, fiel compañero del Santo hasta su muerte, que es el hombre de la cédula del diablo; una alma débil que en un momento de delirio se comprometió por escrito con el diablo. Vicente Ferrer obligó al enemigo á anular el contrato, y el dichoso redimido se unió á la comitiva del taumaturgo, no perdiéndolo ya de vista, por decirlo así, temeroso de su vengativo consocio. Este testigo tan animoso no cesaba de hablar del Apóstol y de los milagros realizados por el mismo, hasta el punto que el canónigo escribió, por el año 1470, la Vida de San Vicente Ferrer. Pero fácil es comprender al leerla que este trabajo sólo tenía un objeto; poner de relieve un hecho, uno solo, el que más había impresionado la imaginación del viejo, el prodigio de Zamora.

«Sólo he referido, dice Castellón, un corto número de hechos propios para excitar la piedad. Añadiré otro que he oído de boca de un sacerdote llamado Bartolomé, natural de Alejandria, que había seguido al Santo desde su juventud, recibido de su mano el hábito de la Orden Tercera y recorrido con él muchas provincias. Lo refiero por lo extraño del suceso, hasta el punto que apenas se atreve uno á

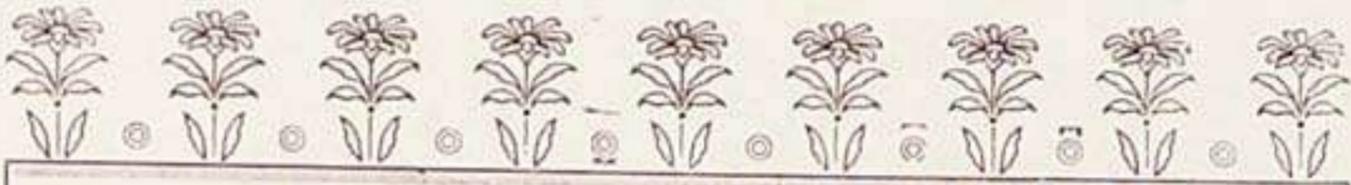
referirlo, y si yo no hubiera conocido al testigo, hombre grave, probo, respetable, no consignaría ciertamente un milagro tan fuera de lo ordinario. Pero lo que es imposible á los hombres es posible á Dios.» Y añade otras precauciones oratorias apoyadas en autoridades evangélicas, que no permiten sospechar ni de la veracidad del testigo, ni de la delicada conciencia del relator.

«Un día, pues, que el bienaventurado Vicente Ferrer predicaba ante una multitud inmensa, vió que conducían al suplicio á dos criminales condenados á ser quemados vivos, y rogó al oficial público encargado de su custodia que se los aproximase. Como este hombre tenía tal autoridad, que nada se le podía negar, los colocaron debajo del tablado, resguardados de las miradas de la gente. El varón de Dios empezó á pintar las penas que en la otra vida se imponen á las diversas clases de crímenes, penas de las que nada de lo que aquí sufrimos puede dar idea, y de aquí pasó á hablar de los que habían cometido aquellos dos condenados. Durante tres horas estuvo hablando sobre estos terribles asuntos, después de lo cual permitió que los llevasen á su presencia; pero, ¡oh prodigio de la elocuencia! ¡oh efecto maravilloso de la palabra de verdad! si hubiera hecho quemar á los dos criminales, no lo hubiese conseguido mejor que con su palabra. La conciencia de su falta les afectó con tal violencia y los remordimientos habían conmovido su alma á tal punto, que su carne parecía consumida por un fuego misterioso. Yo no dudo que por el vigor de su palabra libró á la vez á los dos culpables del fuego de la otra vida y de un vergonzoso suplicio en ésta.»

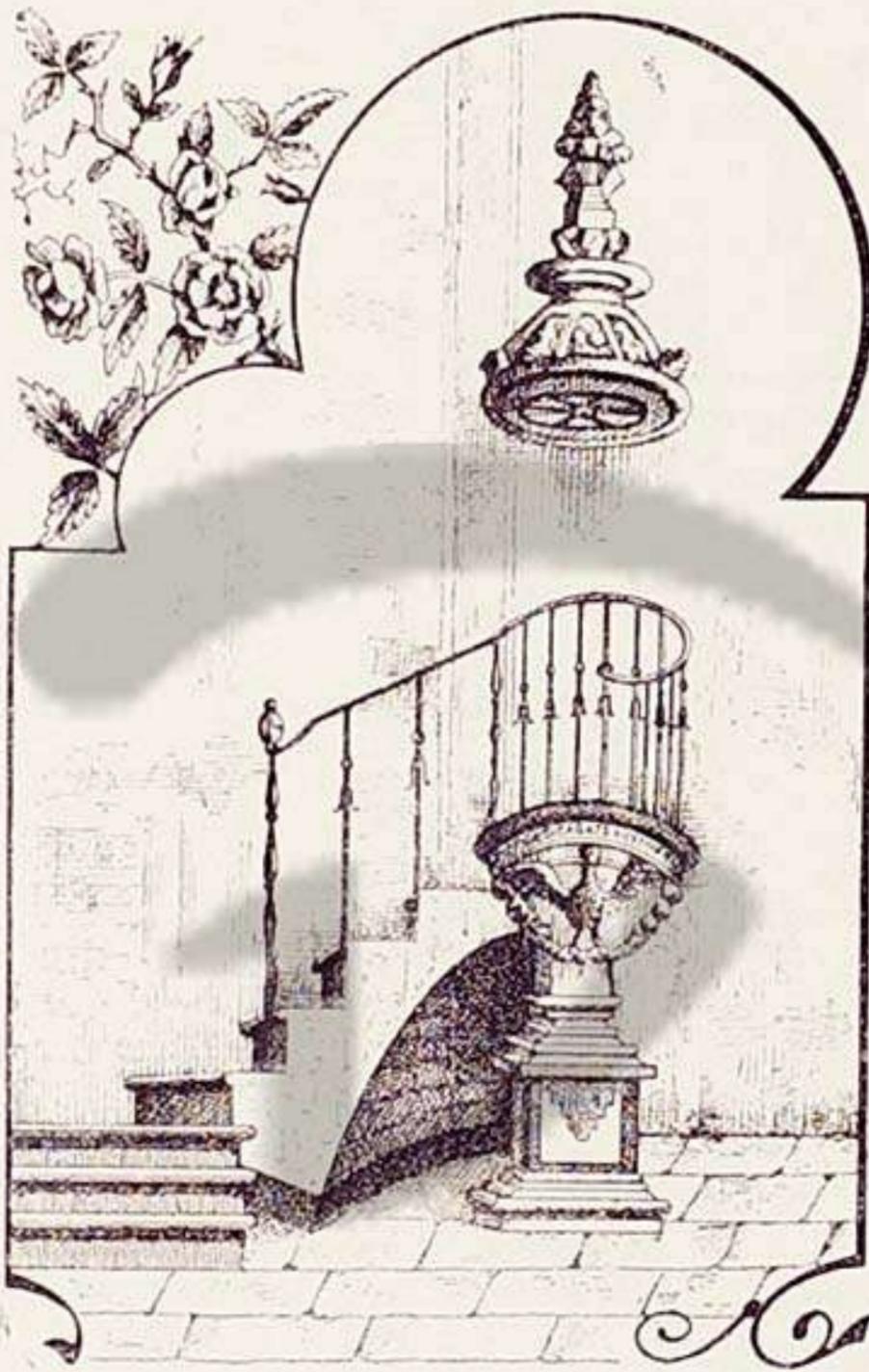
«El Santo, dice Fernández Duro, cronista de Zamora, eligió para los oficios del culto la iglesia de su convento; pero como no cabía el auditorio en ella, ni en otra alguna, predicaba delante de la puerta del templo. Aun se conserva el púlpito con esta inscripción: *Hic predicabat Sanctus Vicentius Ferrerius.*

Teixidor, que no era un espíritu crédulo, ha querido darse cuenta del hecho cuando todo se hallaba en su primitivo estado. Su relato se titula: *Memoria de San Vicente en el convento de Santo Domingo en Zamora*, y de él daremos un extracto:

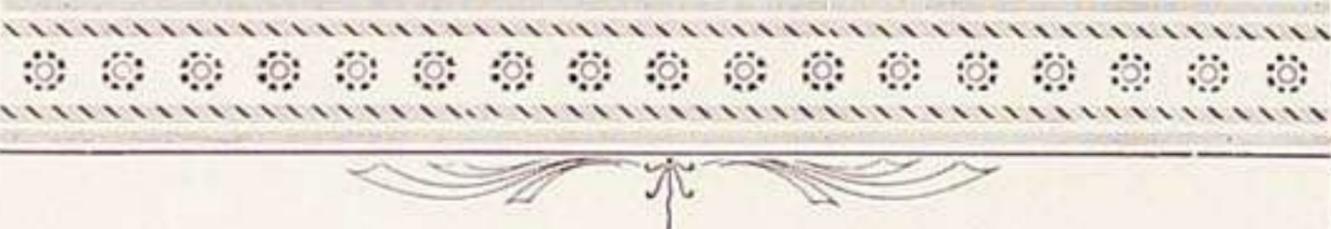
Cerca del púlpito en que predicó el Santo, delante de la puerta del convento, hay un nicho con su retrato sobre tela, teniendo un Cristo en una mano y la otra levantada, y encima esta inscripción: *En este proprio lugar predicó el glorioso P. San Vicente Ferrer.* A la derecha hay una décima que refiere los éxitos del Apóstol en estos términos:



ZAMORA



Púlpito desde el cual SAN VICENTE FERRER carbonizó a los dos criminales.



Aquí predicó fray Vicente  
 Contra el obstinado vicio;  
 Y predicando el juicio  
 Se cobró infinita gente:  
 El de lengua diferente  
 Y el que en la fé se deslengua  
 Le oyeron para su mengua;  
 En sus frases, y en sus modos,  
 Siendo todo para todos  
 Y del evangelio lengua.

Allí, pues, predicaba Vicente Ferrer cuando le llevaron los dos criminales, y habiendo él pedido que se detuviera la comitiva hasta el fin del sermón, los pusieron debajo del púlpito, que estaba cubierto. Predicó con tanta vehemencia contra el impuro vicio, que cuando los descubrieron eran carbón y *los hallaron hechos carbón*. Los magistrados entregaron los cadáveres al Santo, el cual los hizo enterrar cerca del púlpito, en el espacio que hay delante del claustro del convento, poniendo sobre ellos dos grandes piedras sin inscripción alguna, que aun se conservan. Este hecho es tan verídico que nadie en Zamora abriga sobre él la menor duda. Un día llegaron á la ciudad dos portugueses, á los que se refirió el suceso.—«Sí, dijo uno de ellos, yo lo creeré cuando se funda una de estas piedras», dijo golpeándola y la golpeó con el pié. No se *fundió*, pero se *hundió* al golpe, partiéndose por la mitad y así está todavía.

Semejante caso no tiene explicación; pero si Dios no deja tiempo entre el último golpe de la guadaña de la muerte y el juicio final, ¿le negaremos el poder de suplir con la intensidad la duración del fuego purificador? Hay algunas veces en la vida horas, minutos tales, en que un dolor intensamente agudo provoca fenómenos análogos, por ejemplo, los cabellos se ponen blancos de repente. Y en el orden puramente material ¿acaso el rayo no reduce instantáneamente á polvo los objetos? Además, el Apóstol debía ir de prisa y dar golpes decisivos, pues no tenía tiempo para otra cosa. Lo que pueden obrar largas misiones en el espíritu de las multitudes tenía él que hacerlo en pocas horas, de modo que era preciso suplir con la energía de las impresiones el trabajo lento de la gracia.

El sabio jesuíta Cornelio de Lapede nos presta aquí el apoyo de su autoridad: «He leído, dice, que San Vicente Ferrer excitó en el alma de dos criminales que conducían al suplicio tal dolor por sus delitos, que su rostro se carbonizó como por la acción de un fuego intenso. El arrepentimiento y el amor fueron sus verdugos, ó mejor

dicho, hicieron de ellos otros hombres distintos.»—*Legimus S. Vincentium Ferrerium duos reos, cum ad supplicium ducerentur, suá exhortatione ad tantum dolorem accendisse, ut facies eorum quasi in carbones versae fuerint, itaque expiraverunt. Dolor ergo et amor fuit quasi eorum carnifex, uno opifex novorum hominum.* (In Jeremia, VI, 7).

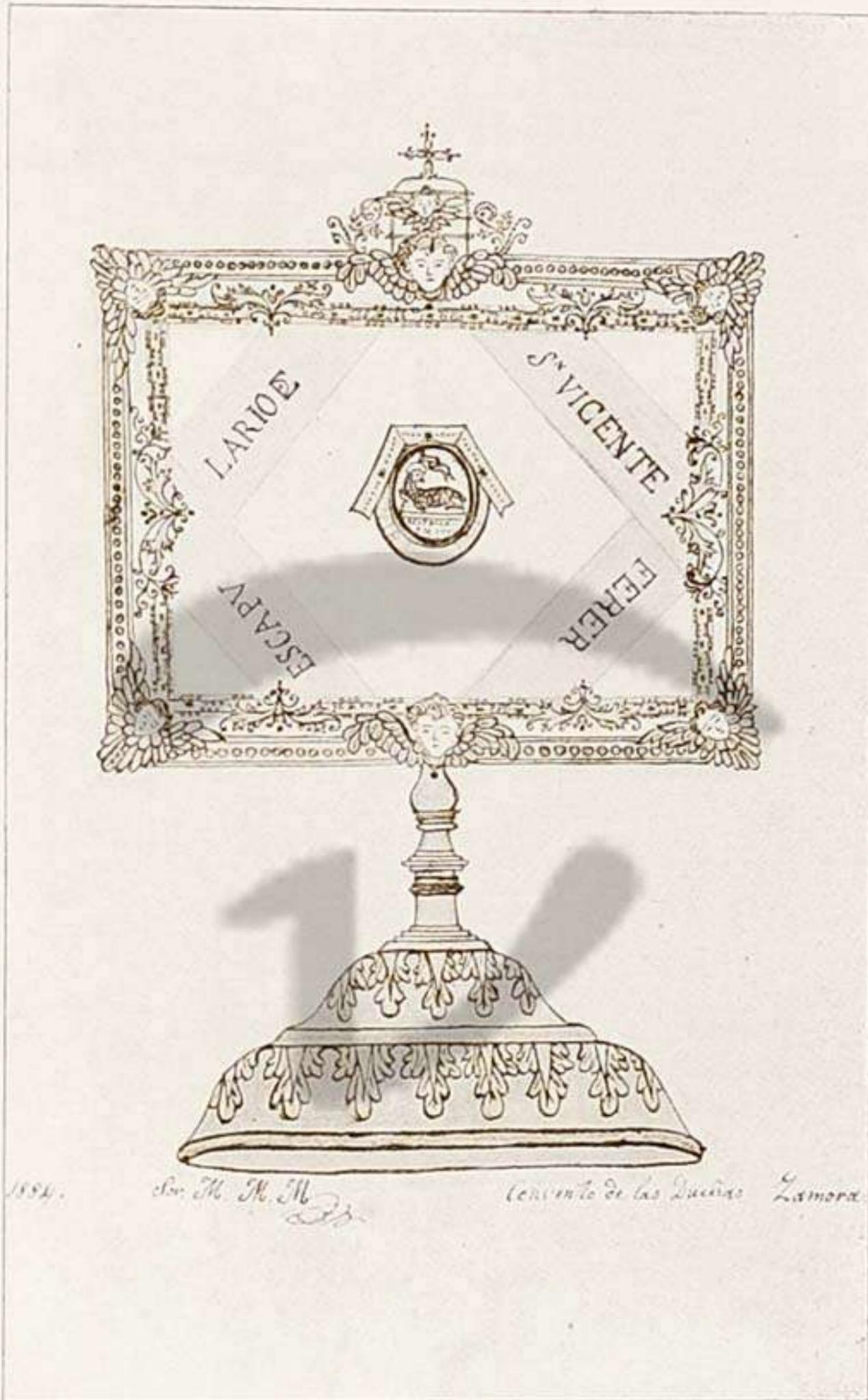
En un sermón de Vicente Ferrer sobre la piscina evangélica se encuentra la relación de un hecho semejante. «Una mujer de mala vida había ido un día á oírle con esa desenvoltura tan común en ellas, lo que produjo cierta conmoción en el auditorio. El Apóstol dirigió poco á poco su discurso contra la sensualidad y con tal vehemencia, que la mujer, conmovida al principio, sobrecogida luego de temor á los juicios de Dios y después de dolor por tantas ofensas cometidas y provocadas, murió en el sitio repentinamente. Todos deploraron esta muerte, pero Vicente Ferrer dijo que el dolor la había salvado, afirmación que confirmó una voz del cielo.»

«En el país de Francia, refiere Vidal y Micó, llegó á sus pies á confesarse un hombre persuadido y obstinado en que Dios no le había de perdonar sus enormes pecados..... Sacóle el Santo primeramente de este error y obstinación, y pasó luego para moverle á contrición á ponderarle la gravedad y fealdad de sus culpas, y la bondad y clemencia Divina con tal espíritu y emoción, que cooperando la del Espíritu Santo empezó el penitente (herido de una encendida contrición) á derretirse en fuentes de lágrimas, y más cuando oyó que en satisfacción de sus pecados, que según se acostumbraba entonces por los Sagrados Cánones, debían ser muchos años de penitencia, le imponía el Santo sólo siete años. ¿Cómo, Padre mio, decía el penitente llorando, tan leve penitencia por tan graves culpas? Si, hijo, respondió el Santo, y aun me contentaré con que ayunes solos tres días. Esto lo extrañó más el penitente, y añadió entonces el Santo: Pues aun te digo más, que por tu contrición se dará Dios por satisfecho con que sólo reces tres veces el *Padre nuestro*. Ea, dílo ahora mismo. Empezó el hombre á rezarlos, pero con tan penetrante dolor de sus pecados, que murió arrodillado á las pies del Varón Apostólico antes de acabarlos» (1).

Otro cronista de Zamora refiere que en esta ocasión Vicente Ferrer dió á una de las campanas del convento la facultad de sonar por si sola tres días antes de la muerte de un religioso, por lo que, cuando la oían sonar, todos ellos se confesaban y se retiraban á sus cel-

(1) Vidal y Micó, (N. del T.)

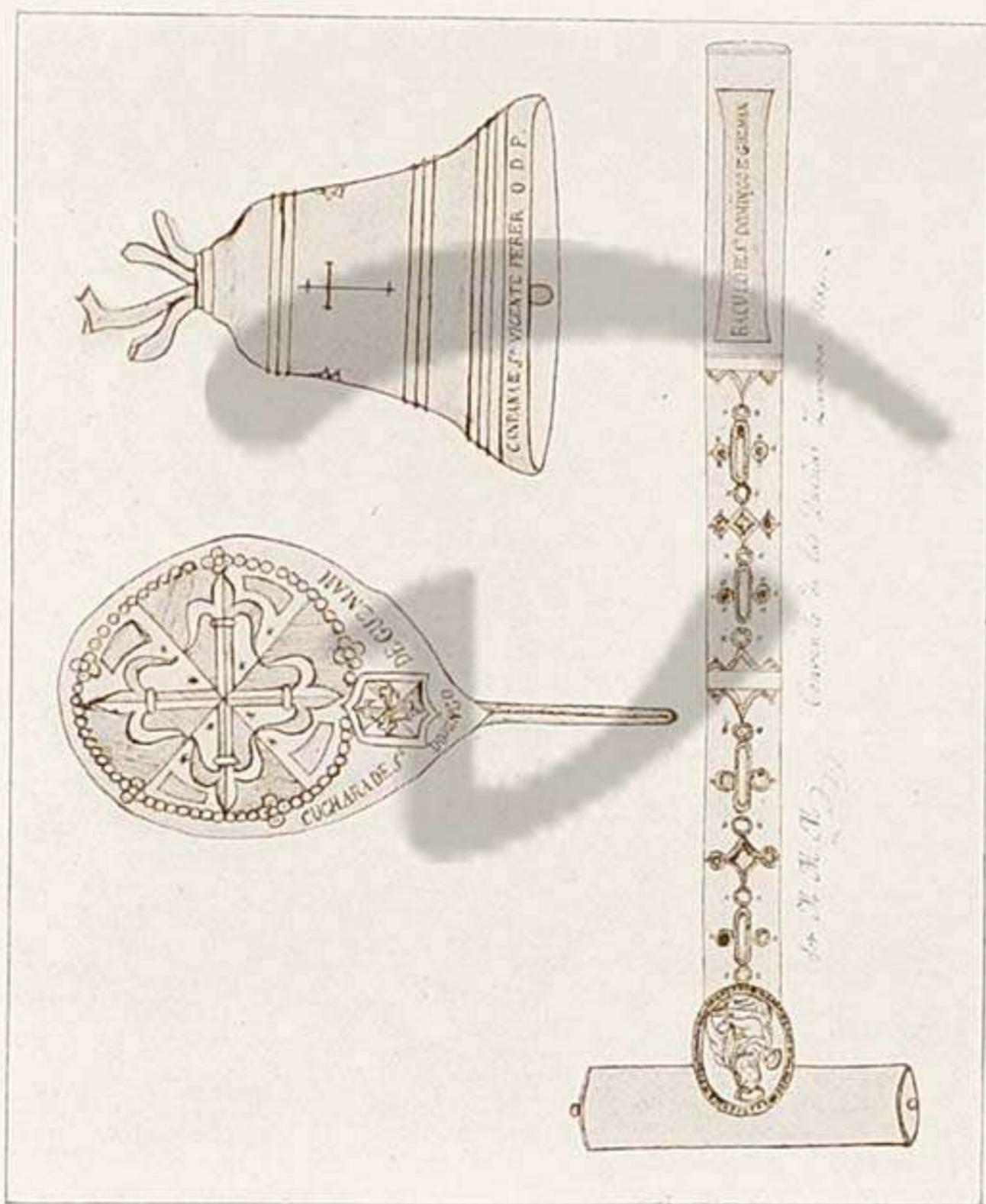
ZAMORA



Escapulario de SAN VICENTE FERRER, conservado en Zamora.



ZAMORA



Bastón y cuchara de SANTO DOMINGO.  
 Campana que sonaba por si sola anunciando la muerte de los religiosos.

das (1).—«Esta misericordia del Señor, añade, continuó largos años y la campana sonó por última vez en 1550 á la muerte de un anciano Padre muy buen religioso, confesor del Conde de Alba, Enrique de Guzmán y de su mujer D.<sup>a</sup> Maria de Toledo, que se llamaba el Padre Juan de Santo Domingo. D. Diego de Guzmán, Mayordomo mayor de la reina Margarita, afirmó el hecho cuando Su Majestad vino á Zamora el 15 de Enero de 1602. Esta campana no se usa, atendido su carácter milagroso, y se conserva en una caja de hierro en el mismo sitio en que estaba, debajo de un arco del claustro superior, con una inscripción conmemorativa.»

Esta campana que durante más de un siglo llamó á los religiosos, sin que nadie la moviera, al último examen de conciencia, era la del Capítulo. Yo la he tenido en mis manos; pesa unas veinte libras y tiene una rotura en su parte superior, pero conserva las inscripciones. Victoria refiere que un paje de un obispo la hizo sonar con una vara y habiéndole advertido que respetara la campana de los muertos, él se burló y aquel mismo día murió ahogado.

En esta tierra de prodigios no sorprende hallarlos de todas clases. Un religioso de Montamarta, monasterio situado á cuatro leguas de Zamora, pidió permiso para ir á oír al Santo, y no habiéndolo podido lograr, se puso á la ventana de su celda y relató exactamente todo el sermón.

¡Ah!, de este convento de Santo Domingo, en Zamora, sólo queda el solar, que se llama aún *Huerta de Santo Domingo*. Un mulo viejo y ciego da vueltas filosóficamente á la noria, que eleva el agua del pozo monumental como los de todos nuestros antiguos conventos.

Entre las ruinosas dependencias quedan algunos restos de arcos pertenecientes á la celda de San Vicente Ferrer transformada en capilla, como en Valladolid. También allí hubo necesidad de alojarle cerca de la porteria, que estaba separada del convento, á causa de los muchos enfermos que iban diariamente en gran número á pedirle un milagro, que siempre era concedido. Lo que resta de la persona del taumaturgo, son algunos pedazos de su escapulario y de su capilla, venerados en *las Dueñas*, junto con el bastón, el peine y la cuchara de Santo Domingo.

Más dichoso que Daroca, y siendo este hecho menos conocido,

(1) Vidal y Micó dice que esta campana la llevaba el Santo en sus misiones y la dejó á la cofradía de la Cruz, instituída por él. (N. del T).

este monasterio de *las Dueñas* guarda dos hostias intactas, consagradas hace siete siglos.

Cronológicamente, Vicente Ferrer, después de Zamora, evangelizó Salamanca en Febrero y Marzo, de 1812. Allí, á presencia de la Inquisición, proclamará en alta voz su titulo de Ángel del Apocalipsis y la cuestión del Juicio final se presentará revestida de mayor interés que la del cisma.





## CAPÍTULO X

## SALAMANCA

La Universidad de Salamanca.—Lluvia de cruces.—El Crucero de San Vicente.—El muerto llamado como testigo.—Caducidad de las obras humanas.—Los calabozos de la Inquisición.—Púlpitos al aire libre.—Una señal del fin de los tiempos.—La pobreza y el sombrero milagroso.—Los Santos y los locos.—Recuerdos y soneto.

(1412)

**Q**UANDO Vicente Ferrer entró en Salamanca se había creado una reputación por sus predicaciones y sus milagros, pero aquí los prodigios se acumularán unos tras de otros y frente á esa Universidad que pronto dominará á España, ilustrándola, es donde se realizarán acontecimientos únicos en la historia, aun en la historia de los taumaturgos.

También allí los judíos eran los amos, y convertirlos era siempre el objetivo de este hombre, porque veía en ellos el gran obstáculo, y en su conversión la prueba diaria de su misión divina. Variando su modo de proceder y contando con la connivencia de uno de ellos, que está dispuesto á abjurar sus errores, se dirige esta vez sólo, con el crucifijo en la mano, á la sinagoga, un día que estaban reunidos en ella los judíos. Dominanse los primeros murmullos de asombro ante este hombre extraordinario; pero en vano emplea todos los recursos de su elocuencia, en vano hace tronar la justicia, sonreír la esperanza y llorar el amor: en la fría actitud de sus oyentes conoce que será vano todo esfuerzo y se prepara á dar un golpe contundente, en relación con lo atrevido de su empresa.

Sin embargo, no se ha equivocado; ha seguido una inspiración de lo alto. Entonces, alma ardientemente confiada en Dios, en ese crucifijo que tiembla en su mano, hace un supremo llamamiento, de esos á los que Dios siempre responde, y se obra el prodigio. Como esas flores deshojadas que en ciertos países y en días de grandes solemnidades dejan caer manos piadosas desde las bóvedas de los templos, entre los vapores del incienso y los destellos de las luces, puéblase el espacio de pequeñas cruces blancas como nieve, que vienen á posarse sobre todos los concurrentes.

¿Pero quién creará esto, si no se robustece con demostraciones más concluyentes?—Felizmente Dios ha dado los medios. La gloriosa historia de nuestro convento de San Esteban en Salamanca ha tentado muchas veces la pluma de los cronistas, y estos trabajos concienzudos han tenido la buena fortuna de librarse de los desastres sucesivos. Sin embargo, es de lamentar con Razanno que no se haya hecho en España una información oficial, creyendo, sin duda, que hechos de tal índole hablarían siempre bastante alto para ser oídos en todo el Universo. Es propio del temperamento español bastarse á sí mismo: el resto de los humanos le importa poco. Todo el mundo sabe que sus caminos de hierro no tienen el mismo ancho de vía que el resto de Europa.—¡Intangible España!

Las crónicas de que tomamos estos datos fueron escritas bajo la censura de la Inquisición, la cual no había dejado de poner dificultades al Apóstol taumaturgo para continuar su predicación, de modo que no puede ponerse en duda su veracidad. Tal vez se les podría reprochar el ser frías é incoloras, pero esto es una garantía más. Copio aquí la crónica del P. Juan de Araya, de la Orden de la Merced, escrita en el siglo XVII. En el *Cartulario* se encontrará el texto de otro autor; ambos son manuscritos.

«San Vicente Ferrer recorrió como un sol la Iglesia universal. Entre las ciudades de Castilla honró particularmente á Salamanca, en donde había una importante sinagoga, situada en el mismo lugar que ahora ocupa el convento de los Padres de la Merced, cuyo refectorio corresponde al sitio en que celebraban sus sábados.

»Para llegar á comunicar la ciencia de la salvación á estas almas envueltas en las tinieblas de la muerte, se valió de la amistad de un judío, hombre de influencia entre ellos, el cual arregló las cosas de manera que la luz brilló de repente, en el momento en que más ocupados se hallaban con sus ritos sacrílegos. De este modo se realizó la profecía: «El pueblo que marchaba á la sombra de la muerte ha

visto la gran luz.» Pero las tinieblas se agitaron en presencia de la claridad y los profanos á la vista del Santo, y ya comenzaba el tumulto, cuando el Apóstol le apaciguó con buenas palabras, ó más bien Dios les contuvo con su mano omnipotente, pues apenas hacía unos minutos que hablaba, se vió confirmada su doctrina evangélica por un extraño prodigio, cayendo unas cruces blancas sobre las ropas y la cabeza de todos los asistentes, prodigio que produjo su efecto, entrando todos los judíos en el seno de la Iglesia. La sinagoga se transformó en templo católico con el nombre de la *Vera Cruz*, en memoria de aquellas cruces maravillosas, y vino á ser en el colegio de la Merced. Encima de la puerta por donde entró el Santo se puso la siguiente inscripción en hebreo: «Esta es la puerta del Señor, por la que entraron los justos,» y sobre la fachada se esculpieron los siguientes versos:

Antiquum coluit vetus hoc Sinagoga Sacellum  
 At nunc est verae Religioni Sacrum.  
 Judaeo expulso, primus Vincentius istam  
 Lustravit pura Religione Domum.  
 Fulgens namque jubar subito descendit Olympo,  
 Cunctisque impressit pectora signa crucis.  
 Inde trahunt cives Vincentii nomina multi,  
 Et templum hoc verae hac dicitur inde crucis.

«Este santuario, en otro tiempo sinagoga, está ahora consagrado á la verdadera religión. Vicente Ferrer lo purificó después de expulsar de él á los judíos. A ruegos suyos bajó del cielo una llama misteriosa y se posaron cruces sobre todos los pechos. Desde entonces llevan muchos el nombre de Vicente y el templo ha recibido el de la verdadera Cruz.»

«Este fué el primer milagro obrado por el Santo en Salamanca para gloria de Dios, pero no fué el único, ni el mayor.»

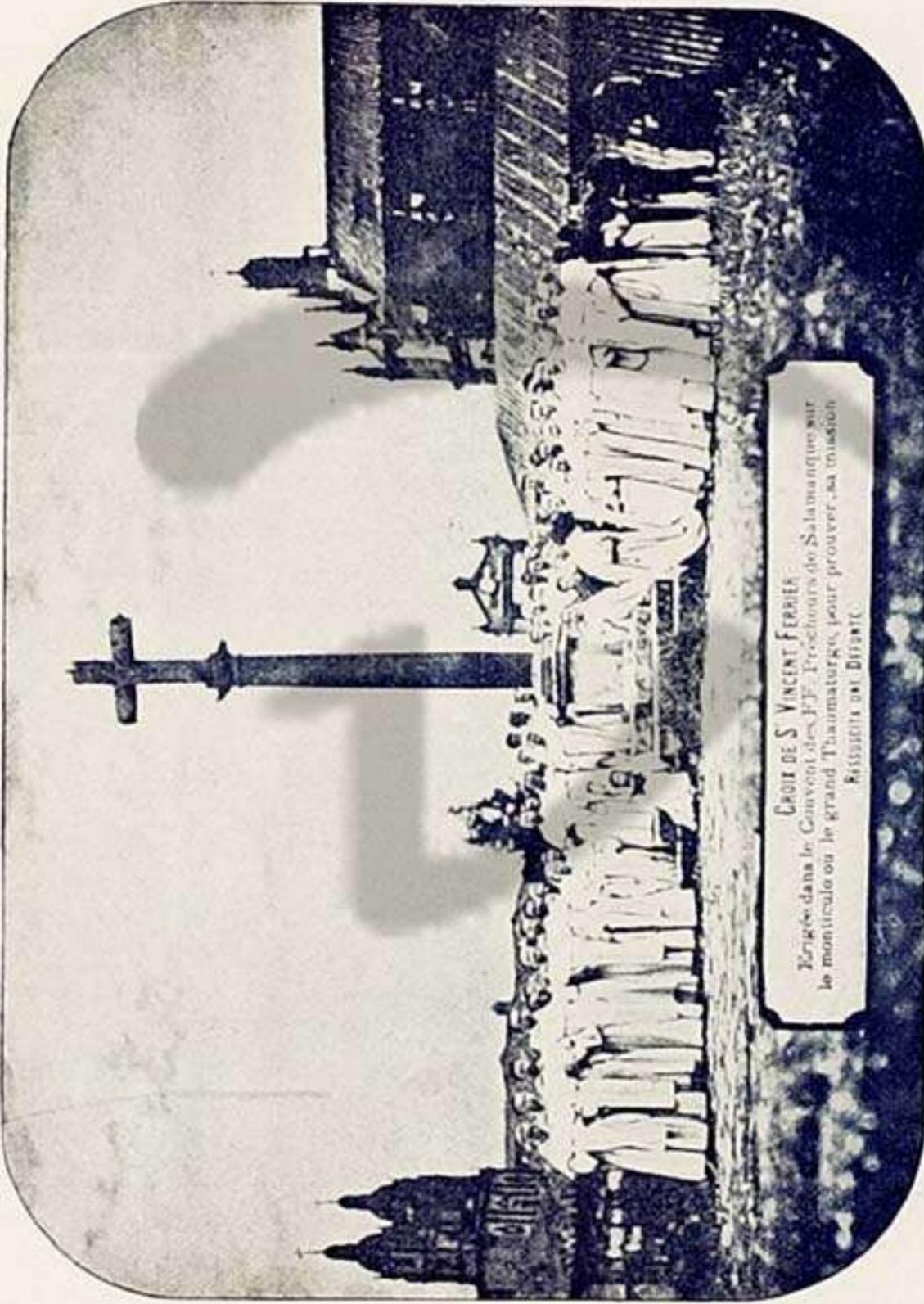
«Otro día que predicaba en un montículo llamado el Monte de los Olivos, en donde está actualmente el huerto de los Dominicos, para convencer más al auditorio de la proximidad del juicio final que él iba anunciando por todas partes, aseguró ser él el ángel que San Juan dijo haber visto en su Apocalipsis, que iba por el cielo gritando: «Temed á Dios y honradle, porque la hora del juicio se acerca.» Como la especie era nueva é inaudita y además revestía un carácter enteramente personal, hacia falta un milagro.... En el momento en que así se esperaba, llevaban á enterrar una mujer á la iglesia de San Pablo, la cual hizo que le acercaran, y ante una inmensa multitud, creyendo

firmemente en la misión recibida de Jesucristo, por un instinto sugerido por el Espíritu Santo, y confiando en que Dios no dejaría de asistirle, como á los primeros Apóstoles, mandó á la difunta que se levantase y dijera si él efectivamente era el ángel del Apocalipsis, encargado de anunciar el juicio próximo. La mujer obedeció, se levantó del ataúd y afirmó ante todos que él era verdaderamente este ángel, cayendo muerta de nuevo, pues sólo se le había devuelto la vida para dar ese testimonio. Tal fué el asombroso milagro con que San Vicente Ferrer honró este convento, y para perpetuar su recuerdo se levantó una cruz sobre un pequeño montículo en medio del huerto, cuya cruz que primero era de madera, fué luego reemplazada por otra de piedra.»

El P. Esteban de Mora, Dominicó, escritor diligente, ha creído, en vista de estos hechos, que debía insertar en sus anales del convento de San Esteban una vida de San Vicente Ferrer, cuyo itinerario sigue día por día desde su salida de Aviñón hasta Salamanca. Su relación, aunque rápida, con la idea de que fuera concisa, no carece de atractivo, pero se comprenderá que haya preferido á un autor extranjero, y por eso no la incluyo en el *Cartulario*.

El viajero, impaciente é impresionado con estos relatos maravillosos, busca ese templo de la Merced, antigua sinagoga en la que intervino Dios directamente, como intervendrá los últimos días del mundo, en la conversión de los judíos, cuestión capital que tiene suspenso al mundo. La calle que á ella conduce se llama de la *Vera Cruz* y la plaza *Plaza de la Merced*.—Pero ¡ah! piedras amontonadas y un vasto espacio de terreno en el que crecen algunas hierbas entre los escombros. Allí estuvo la iglesia, quemada en 1808. Losas sepulcrales sirven hoy de escalones. Por claraboyas mal tapadas penetra la vista en admirables subterráneos llenos de ruinas, y el convento no es más que una habitación de empleados y porteros; aquí y allá alguna sala abandonada, cuyas puertas con los goznes oxidados gimen al abrirse como si lloraran; capiteles, columnas rotas, trozos de esculturas están esparcidos confusamente por el suelo. El local más vasto y que formaba parte de la sinagoga está lleno de trigo, y las pinturas murales que representaban hechos realizados por Vicente Ferrer están cubiertas de una capa de cal.

En el exterior, el río que lame la población deja correr tranquilamente sus aguas azules, y la vista, dolorosamente reposada, abraza la verde campiña resaltando sobre un horizonte purpurino. ¡Ah! la naturaleza es inmortal.



CRUZ DE S. VICENTE FERRER  
Erigida en el Convento de S. Vicente Ferrer de Salamanca por el  
montículo en el gran Taumaturgo, para probar su misión, resucitó a una difunta.  
RESUCITÓ A UNA DIFUNTA

CRUZ DE SAN VICENTE FERRER

erigida en el convento de los Hermanos Predicadores de Salamanca sobre el montículo en que el  
gran taumaturgo, para probar su misión, resucitó a una difunta.

Preciso es que volvamos al convento de los Dominicos. A lo menos aún se conserva allí en pie esa cruz de granito, parecida á las cruces de las encrucijadas de Bretaña, testigo, tal vez, del acontecimiento más misterioso que refieren los anales de la humanidad.

El mismo convento, verdadera ciudad dentro de otra ciudad, fué salvado, por Vicente Ferrer á principios del último siglo cuando la invasión francesa. El general Montpetit, bretón, entró en Salamanca el 11 de Noviembre de 1809 y preguntó qué significaba aquella cruz en medio de una colina desierta: «Es el *Crucero de San Vicente Ferrer*», le respondieron.—San Vicente Ferrer murió en Bretaña.—No se necesitó más para que el General ordenase instalar allí un hospital, es decir, la salvaguardia, y por una providencia inexplicable este convento ha sido el único en toda España que escapó á las sacrilegas expoliaciones de 1835. De este modo ha podido dar hospitalidad en su inmensidad abandonada, á franceses obligados á abandonar una patria cada vez más cegada por el error.

La puerta de San Pablo conserva su nombre: dista unos 150 metros de la colina en que predicaba Vicente Ferrer cuando llevaban al muerto—*muerto* neutro, lo cual explica el error de algunos autores cuando afirman que era un hombre—á la iglesia de San Pablo, cuyo coro arruinado se ve aún en el día. Entre el *Olivete*, montículo junto á las murallas, y el convento había una calle que iba de la puerta Nueva á la puerta de San Pablo, y por ella es por la que llevaban el muerto. Más tarde, y con motivo del milagro obrado en este sitio, los reyes Católicos dieron á los Dominicos el terreno del Olivete, se suprimió la calle y se extendió el huerto del convento hasta las murallas.

Esta calle y todo el huerto, cuyas paredes se habían derribado, estaban llenos de espectadores, y en las ventanas del convento los Padres y sus numerosos huéspedes, todos fascinados por aquella elocuencia extraordinaria. Entre estos viejos campeones de la ciencia teológica, más de uno debió protestar en su interior al oír la proposición del ángel del Apocalipsis y ¿quién sabe? tal vez preparar algún proceso inquisitorial. Pero todos tuvieron que ceder ante la autoridad del milagro. Seguramente, á no realizarse el prodigio, Vicente Ferrer no hubiera podido continuar su Apostolado.

¿Hay que recordar aquí que San Ignacio, el fundador de la Compañía de Jesús y Santa Teresa de Ávila, tuvieron que pedir á Salamanca la aprobación de su doctrina, y que estuvieron encerrados, no en los calabozos, sino en una de esas habitaciones que una pretendida víctima, Galileo, llamaba sitios de placer?

La Inquisición fué en la Edad Media la salvación del espíritu humano, y si alguna vez, vengadora de los crímenes del pensamiento, los más peligrosos de todos, dejó derramar algo de sangre, según los códigos de aquellos tiempos enérgicos, ¿quién ignora que el espíritu de secta, insuficientemente reprimido, la ha derramado á torrentes? Es un aforismo de buen sentido, á la par que una lección de la historia, cada día más evidente, que un rigor saludable empleado á tiempo, evita los desbordamientos de delitos y por consiguiente de represiones. ¡Cosa extraña! precisamente los entusiastas fautores de esa orgia de crímenes que se llama la Revolución Francesa, son los que más alto declamaron contra las severidades hartamente justificadas de la Inquisición. ¿Por qué han de tener aceptación tales ideas entre los Apóstoles de la verdad y para quien trabajan estos hombres?

Aquéllos, cuyas atrevidas concepciones no temían la luz, iban á Salamanca á buscar un apoyo, y allá fué ese gran desconocido de los reyes y de los pueblos, Cristóbal Colón. Allí se inclinaron con él sobre los mapas, allí se estudiaron sus planos, se pesaron sus datos, y cuando hubieron comprendido el fundamento de su empresa, uno de los religiosos marchó con él al palacio de los reyes de España, cuyas puertas se abrieron para recibirles, y Colón pudo dar nuevos mundos á su patria adoptiva y á la fé cristiana.

Vicente Ferrer sólo estuvo quince días en Salamanca, desde mediados de Febrero al 1.º de Marzo; pero su presencia allí fué una de esas brillantes apariciones, como no se verán hasta los últimos días del mundo, cuando los profetas del mundo antiguo, Henoch y Elias, vendrán á pagar á la muerte el tributo de todo sér herido por el pecado y dar á Dios testimonio por sus obras siempre adorables.

La juventud escolar presentó el consolador espectáculo que debía renovarse en Tolosa. Los tribunales, las aulas y los talleres se vieron desiertos. No habia templos bastante capaces para contener la inmensa multitud, y el Santo se trasladaba adonde habia sitio para ella; *se le ponía el púlpito en escampados de mucho ámbito*, dice el cronista Mora.

Pero en la antigua catedral fué donde un día, cohibido el auditorio por la fuerza de su palabra, le preguntó: «¿Pero qué prodigios precederán al juicio final? dadnos una señal cierta sobre este punto.» —Y recogiendo por un momento en la profundidad de su espíritu, pronunció lentamente estas palabras: «Buenas gentes, me preguntáis cuáles serán las señales del juicio final: ¿qué mejor señal puedo daros que la misericordia de Dios que ha obrado hasta más de tres mil milagros por medio de este pecador que está en vuestra presencia?»

Semejantes palabras no podían menos de llamar la atención, puesto que, después de cada sermón, se reunían algunos religiosos para escribirle de memoria. El manuscrito de donde están tomadas se ha conservado mucho tiempo en el convento de San Esteban en Salamanca, teniendo motivo para creer que la colección del Cabildo de Valencia es una copia, tal vez el mismo original.

Una vez reconocida la divinidad de su misión, la autoridad de Vicente Ferrer se impuso á los Inquisidores de Salamanca hasta en los objetos que le habían pertenecido. Un día, á las puertas de Valencia, le pidió limosna una mujer: «Nada tengo», le dijo el Santo. Pero reflexionando que no debe jamás despedirse á un pobre, porque puede ser el mismo Jesucristo, le dió su sombrero. «¿Qué queréis que haga yo con él?» le preguntó la mujer.—«Tomadlo de todos modos; ya os servirá.» Y aquella tarde, al pedir que comer por amor de Dios en una humilde *venta*, y saber que el ventero padecía mucho de la cabeza, tuvo la inspiración de ponerle el sombrero del Santo, con lo cual sanó inmediatamente. Durante su marcha de mendiga renovó la prueba, sabe Dios cuantas veces, y al llegar á Salamanca, los Padres, á cuyo convento fué á pedir limosna, la señalaron una pensión vitalicia á cambio del prodigioso sombrero.

Allí se conserva en una caja de plata labrada, forrada de seda encarnada, en la que se ha grabado esta inscripción: «*Hay precepto del Superior para q.' ningún religioso beche ni permita bechar agua á persona ninguna por este sombrero.*» Lo que da á entender que durante algún tiempo los fieles, en especial los enfermos, iban á beber agua pasada por este sombrero para curarse de sus males. Pero habiéndose apercibido un Prior de que la reliquia se hacia pedazos, la hizo colocar en lugar seguro con el decoro debido. Y en efecto, dicen los cronistas, que este sombrero era panacea universal para los enfermos. Por debajo de dicha inscripción se lee: *Es la reliquia sombrero de San bicente Fere* (sic): estilo y ortografía del platero de la época.

Según el P. Gil de Godoz, Dominicó de Salamanca en el siglo XVI, Vicente Ferrer no salió de Salamanca hasta después de predicar, á petición de la Universidad, en la fiesta de Santo Tomás, que aquel año se trasladó al 29 de Marzo, por lo que es de creer que empleara este mes en evangelizar los pueblos inmediatos, volviendo á Salamanca con dicho objeto.

No podía abandonar á Salamanca sin dejar alguna profecía, siendo verdaderamente curioso que se encuentren por toda España, en su mayor parte tristes, sin duda porque lo tétrico impresiona más el

espíritu; pero en Salamanca se hallan mezclados lo lúgubre y lo consolador. Vicente Ferrer dijo en el convento de los Agustinos: «Aquí habrá siempre un santo,» y en el de los Dominicos: «Aquí habrá siempre un loco.»—La primera predicción se ha realizado, como es fácil comprobarlo por los *Anales* del convento de los Agustinos: en cuanto á San Esteban, cuando la violenta exclaustación de 1835, habia dos locos, uno de los cuales, á pesar de todo, conservó el hábito hasta 1850 y se le veía vagar como siniestra sombra por los claustros desiertos; el otro curó milagrosamente por intercesión de la Santa Virgen.

Por lo demás, Salamanca está aún toda ella llena de San Vicente Ferrer. En la plazuela de San Cristóbal, que en otro tiempo fué iglesia de la Orden militar de San Juan de Alcántara, hay una cruz conmemorativa, de piedra, delicadamente labrada, que recuerda su predicación. En San Juan de *los Barbatos*, que perteneció á los Templarios, á la derecha de la puerta exterior, se ve una inscripción en el muro, cuyo facsimil copiamos á continuación:

API PREDICO S.<sup>o</sup>  
VICENTE FERRER

En la iglesia se conserva su púlpito octógono, de madera ordinaria, sostenido por una ligera columna, el cual está colocado á la derecha, al revés de la mayor parte de los púlpitos, pero no se ha querido alterar nada por respeto al Santo.

En la catedral se enseña en una capilla cerrada otro púlpito en que predicó el Santo, también octógono, pero sin pedestal, desde el cual pronunció aquellas famosas palabras que hemos citado.

Aun recuerdan en Salamanca los ancianos que en otro tiempo, antes de los crímenes de 1835, habia por las esquinas imágenes de San Vicente Ferrer *de todas clases*, y una calle situada detrás de la catedral lleva todavía el nombre de *calle de San Vicente*.

El gran claustro del convento de la Inquisición ha sido transformado en museo. Debajo de un gran lienzo que representa la escena de Monte Olivete, se lee esta inscripción:

«El glorioso S. Vicente Ferrer, estando predi.<sup>do</sup> junto á esse comb.<sup>o</sup> de S. Esteban de Salam.<sup>o</sup> donde llaman el monte Olibete, y afirmando ser el el ángel q.<sup>o</sup> vió S. Ju.<sup>o</sup> en el apocal.<sup>o</sup> q.<sup>o</sup> bolando por el cielo decia timete d.<sup>o</sup>, date illi honorem; y en confirmación de lo que el S.<sup>o</sup> dijo resucitó á un defunto que llevaban á enterrar á la parroquia de san Paulo, el q.<sup>o</sup> confirmó loq.<sup>o</sup> el S.<sup>o</sup> dijo.»

SALAMANCA



*S. Vincentius Ferrerius Ordinis Prædicatorum, quum Angelum se esse prædicans  
cujus Johannes in Apocalipsi meminit, nonnullos offendisset, muliere ad vilam restituta,  
hujus testimonio dictis auctoritatem conciliat, atque invidiam repellit.  
(Circa annum 1412., apud Bolland. ad diem 5 April. pag. 981. § 15).*

SAN VICENTE FERRER resucitando un muerto para probar su misión referente  
al juicio final.

Otro cuadro del mismo género representa la predicación á los judíos de la Sinagoga y el milagro de las cruces. Pero lo que se llama propiamente *el milagro de Salamanca*, es la resurrección del muerto, el cual adquirió muy pronto celebridad universal, multiplicándose los cuadros que lo reproducían. Italia adornó con ellos sus iglesias después de España, pudiendo citarse, entre otros lugares, Prato, Turin, Florencia y anteriormente el convento de los Dominicos de Alba Pompeya. Se comprende que lo majestuoso de la escena tentara los esfuerzos del genio.

También se han inspirado en ella los poetas; verdad es que no hay historia que más se parezca á la epopeya y llame más naturalmente á la poesía.

«Sobre el milagro de la mujer resucitada por San Vicente Ferrer en Salamanca en testimonio de lo que él había dicho de ser el ángel del Apocalipsis: soneto compuesto por Mgr. Odoardo de Silva, refrendario de ambas signaturas y *consultor de la Sagrada Congregación del Index*.—Este autor no puede ser sospechoso.

### SONETTO

Quell' angello son io, che gia predisse  
Di Patmo lo scrittor, Vincenzo esclama:  
Nol' crede Iberia, e pruova tal ne brama  
Che sia maggior di quante mai n' udisse.

Donna, a cui 'l fatto in tenebroso eclisse  
I lumi involse, in testimonio ei chiama.  
Questa lascia il feretro: «É il Santo, esclama,  
Qual' essere vantossi, é quale ei disse.»

Indi il Ferrerio a lei si volge, e chiede  
Ch' il vivere o 'l morir si prenda en sorte:  
Quella brama la vita; ei la concede.

Dissero allor' da maraviglia absorte  
D' Ebro le genti: é come interra or' siede  
L' arbitro della vita e della morte.

»Yo soy ese ángel (exclama el Apóstol), que el escritor de Pathmos anunció. España rehusa creerle y quiere una prueba mayor que todo lo que pueda referirse de más maravilloso. Una mujer acaba de cerrar los ojos á la luz y él la llama para que dé testimonio: la muerta se levanta del féretro y dice en alta voz: «Este Santo es realmente lo que pretende ser...» Entonces el taumaturgo se dirige hácia ella y le pregunta si quiere vivir ó morir:—Vivir.—Y él le permite vivir.

Asombrados con tal prodigio, todos repiten á una voz: «¿Quién no dirá que ha venido á la tierra el árbitro de la vida y de la muerte?»

El diálogo entre el taumaturgo y la difunta no está acorde con la tradición, pero los poetas prescinden muchas veces de la verdad de la historia.

Ha llegado la hora de someter á un detenido examen esta misión que se imponía Vicente Ferrer de predicar la próxima venida del ángel de las justicias, aquél de quien se ha escrito: *ni voce archangeli*.





## CAPÍTULO XI

### EL ÁNGEL DEL JUICIO

**Afirmaciones categóricas — Pruebas en su apoyo. — La carta de Alcañiz. — Santo Domingo y San Francisco. — El ángel visto por San Juan. — Cuestión circunscrita. — Discípulos peligrosos. — Texto del Apocalipsis. — Las señales. — «Aegritudines mundi». — «Terra dedit fructum suum».**

**S**AN Vicente Ferrer ha anunciado el juicio final inminente: *cito, bene cito ac valde breviter* (pronto, sin tardar, dentro de poco tiempo). Esta era su fórmula, y la repetía por todas partes. De diez sermones, siete tenían por tema el juicio final; y de este tema, siempre repetido, manaban efectos de elocuencia, siempre nuevos, siempre aterradores.

Fautor de un Papa que la Iglesia no cuenta en el número de sus Pontífices, su extraño destino le llevó á obrar los más grandes prodigios, que, examinados con mirada retrospectiva, había casi derecho á considerarlos como errores. He aquí, pues, un problema que está aún sin resolver.

Desde luego podríamos decir que en esta vía ha tenido ilustres precursores. Un autorizado comentador de San Pablo, Bernardino de Picquigny, dice claramente que el Apóstol de los Gentiles ha hablado siempre del fin del mundo como próximo y que podía sorprender á sus contemporáneos: «*Divus Paulus de fine mundi semper agit ut proximo, et qui posset eodem secum tempore viventes deprehendere.*» A los Tesalónicos impresionaron de tal modo ciertas palabras, que interrumpieron todos los actos de la vida social, sus-

pendieron los contratos y ordenaron todas las cosas en previsión del cataclismo final, teniendo que escribirles de nuevo San Pablo para tranquilizarles.

Entre los Padres de la Iglesia bastará citar la famosa Homilia de San Ambrosio: «Nadie más que nosotros podemos dar testimonio de las palabras de Cristo, sorprendidos como estamos por el fin del mundo.—*Verborum celestium nulli magis quam nos testes sumus quos mundi finis invenit.*» Y además en el elogio fúnebre de su hermano Satiro: «Ha sido arrebatado á la vida para que no fuese testigo del fin del mundo y de la destrucción total del universo...» San Gregorio y San Cipriano tienen veinte pasajes semejantes.

Pero Vicente Ferrer ha cuidado de no dejarnos esta escapatoria. «Lo que se afirmaba, dice, en los primeros siglos de una manera general y como por sentencias, yo lo digo en términos precisos y en el verdadero sentido de las palabras: *proprié et stricté loquendo.*» Y esta proximidad real del fin del mundo la anunciaba en virtud de una misión especial recibida directamente de Dios, robustecida con milagros extraordinarios.

La escena de Aviñón está presente en todos los espíritus. Abrasado por la fiebre, agotadas las fuerzas, el Santo esperaba la muerte, y de repente inunda su celda una gran claridad, parece que las paredes caen, un grupo de ángeles revolotea en su parte superior, y en seguida aparece el Salvador del mundo en el centro luminoso, acompañado de Santo Domingo y de San Francisco. Mientras el enfermo contempla desvanecido esta visión, Nuestro Señor, por una comunicación íntima más penetrante que toda palabra humana, le encarga que anuncie al mundo el juicio final, añadiendo que le esperará antes de abrir el supremo Tribunal. Y diciendo esto, le curó.

El milagro de Salamanca es más concluyente todavía. Ante aquella multitud rebelde y cuando los detractores se aprestaban á confundirle, vió el Santo con su mirada interior que Dios iba á sacar de allí un gran triunfo de gracia. Pinta el cuadro del juicio final, describe ese ángel volando por el mundo y gritando en alta voz: «Temed á Dios, y glorificadle, porque se acerca el día de su juicio.» Luego, deteniéndose de repente y después de un momento de muda contemplación, añade: «Yo mismo soy ese ángel visto por San Juan.» Y cuando estallan los murmullos: «Cadáver, levántate y di á este pueblo si soy ó no ese ángel que ha de anunciar á todos el juicio final.»—«¡Sí, Padre, vos sois ese ángel!»—Y Dios ha querido que el teatro de esta escena fuese respetado por las revoluciones.

«Si un profeta viniera á anunciar á cualquiera de parte de Dios un acontecimiento futuro y presentara como prueba de su misión un milagro, por ejemplo, la resurrección de un muerto, nuestro espíritu quedaria convencido, porque el milagro no puede venir más que de Dios, que es la verdad, aunque la cosa profetizada no fuera evidente por sí misma.»—A lo cual un antiguo escritor hace la siguiente reflexión: «Parece que al escribir estas líneas tuviera Santo Tomás presente en su espíritu el milagro de Salamanca.»

Vicente Ferrer creía en su misión con todas las fuerzas de su espíritu y la cumplía con todas las fuerzas de su corazón. Tomaba resueltamente el título de *legado a latere Christi*. Acusado ante Benedicto XIII de ir demasiado lejos en sus afirmaciones, escribe al Pontífice una carta que ha llegado hasta nosotros. Lo mejor que podemos hacer es tomar de ella su propia apología.

Toma al pié de la letra el término de mil años fijado por el Apocalipsis para el encadenamiento de Satán y hace correr este periodo desde el reinado de Constantino hasta la predicación de Santo Domingo y de San Francisco. Él creía absolutamente cierto que la Santa Virgen había alcanzado de su Hijo que dejara subsistir el mundo hasta que Santo Domingo y San Francisco hubiesen completado su obra, pero no más; y preciso es confesar que la presencia de estos dos santos en la visión de Aviñón era á propósito para corroborar tal creencia.

«Una noche en que Domingo estaba orando, vió á Jesucristo irritado contra el mundo y á su madre que le presentaba dos hombres para calmarle. Se reconoció en uno de ellos, pero ignoraba quién fuese el otro; y mirándole atentamente, se le quedó impresa su imagen. Al día siguiente vió en una iglesia el semblante que se le había aparecido la noche anterior en un hombre que llevaba un sayal de mendicante, y corriendo á él le estrechó entre sus brazos con santa efusión... Le refirió en seguida la visión que había tenido y fundieron sus corazones entre sus abrazos y sus palabras.» (Lacordaire. *Vida de Santo Domingo*, p. 133).—Sabido es que Inocencio III no quiso aprobar las dos órdenes de Santo Domingo y de San Francisco, hasta que le obligó, por decirlo así, una advertencia celestial. Vió en sueños la iglesia de Letrán, madre y señora de todas las iglesias, próxima á hundirse, si no hubieran acudido dos hombres á sostenerla. Estos dos hombres eran Santo Domingo y San Francisco.

«La duración de este mundo, continúa Vicente Ferrer, no ha subsistido (*duratio hujus mundi tota stat*) más que con la condición de

que se convertiría con la predicación de estos dos Apóstoles; pero no sólo no se ha convertido el mundo, sino que los pecados y los crímenes se multiplican universalmente con más gravedad que nunca. Todo espíritu reflexivo deducirá, pues, como yo, que el fin del mundo está próximo.

»Esta conclusión la deduzco en segundo término de una revelación hecha hace más de quince años á un religioso de una de estas dos Órdenes, revelación de la que estoy perfectamente seguro.» (Se trata de él mismo).—Refiere su enfermedad en Aviñón y su curación milagrosa y termina así: «Este religioso ha tenido, como Moisés, el poder de hacer milagros, y, como Juan Bautista, el testimonio de las Escrituras, siéndole necesario este doble auxilio, tanto á causa de las dificultades de la empresa, como de la insuficiencia de su propio testimonio.

»De aquí se sigue que ese Religioso es uno de los tres enviados extraordinarios que, como dice el capítulo décimocuarto del Apocalipsis, deben, por orden de Dios y con el nombre de ángeles, anunciar al mundo el fin de los tiempos. Muchos lo creen así con toda seguridad de conciencia: (*per nonnullos securé creditur*). Él sería el primero de quien habría dicho San Juan: *He visto un ángel volando por el cielo, llevando el Evangelio eterno destinado á todas las naciones, á todas las razas, á todas las tribus, y diciendo en voz alta: Temed á Dios, glorificadle, porque ved que llega el día de su terrible juicio. Como hace trece años que este Religioso predica por el mundo, trabajando cuanto puede; como ya está viejo, pues tiene más de sesenta años, creo poder afirmar con estos datos la conclusión anterior: Conclusio predicta apud eum pro certissima retinetur.*»

Pasa luego á hablar de revelaciones particulares hechas á otras personas y que le han sido comunicadas, aunque, sin embargo, no tienen para él de mucho la misma autoridad. Y este es el lugar de precisar su pensamiento y de trazar los límites en los cuales entendía que debía encerrarse. No titubeaba en citar el texto tan claro: *Nadie sabe la hora, ni aún el hijo.*—El Hijo, añadía él, la sabe muy bien, pero como un confesor conoce los secretos de las conciencias, sin poderlos revelar. Se sublevaba contra los religiosos ignorantes que pretendían calcular con exactitud el fin del mundo y se expresaba en estos términos: «Dios no lo ha querido, para tenernos siempre con recelo y á fin de que no podamos decir: ¡Oh! el mundo aun tardará en acabarse, puedo darme buena vida: (*Et ideo Deus noluit revelare finem mundi ut semper essemus cum recelo et staremus in bona*

*vita ne diceremus: job! etiam habet mundus durare adhuc, dabo mihi tempus de placito).*»

Jamás abandonó esta circunspección y protestó cuando quisieron apoyarse en su autoridad para precisar más y aplicar directamente algunas palabras suyas á hechos especiales. Por lo demás, véase cómo se expresaba. De todos estos hechos se ha formado en mi espíritu una opinión y una creencia verosímiles, *pero no de una certeza suficiente para predicarla*, á saber, que hace nueve años que nació el Antecristo. En cuanto á la venida de éste y el fin del mundo próximo, en un breve plazo, yo los predico como ciertos y sin temor de equivocarme, dignándose el Señor confirmar con milagros mis palabras: *(Unde predictam conclusionem que dicit quod cito, et bene cito ac valde breviter erit tempus antichristi et finis mundi, certitudinaliter ac secure predico ubique, domino cooperante et sermonem confirmante sequentibus signis).*

Cuando daba cuenta de su misión á su Maestro General dejaba en blanco las dos palabras evangélicas: *Sequentibus signis*; pero aquí las escribe con todas sus letras, porque se trata de justificar su doctrina. Este título de ángel del Apocalipsis que parece debía alarmar su modestia, lo toma con la naturalidad que da el convencimiento. Sus biógrafos se esfuerzan por hacer resaltar el título que se apropiaba y esta predicción del juicio final: á nadie se le ocurre acusarle de intempestivo celo; y sin embargo, la contradicción era patente, porque veían que, lejos de perecer el mundo, adquiría nueva vida.

Pero hay más: la Iglesia no ha temido sancionar esta audacia, y Benedicto XIII la aprobó abiertamente. En el oficio del Santo recuerda la liturgia el pasaje de San Juan en que se trata del ángel del Apocalipsis, y la bula de canonización, empleando, poco más ó menos, las mismas palabras que el vidente de Pathmos; dice sin ambages que «semejante á un ángel volando por el cielo, Vicente Ferrer evangelizó todos los habitantes de la tierra, derramó las palabras de salvación en todas las naciones, todas las tribus, todas las lenguas, todos los pueblos, é hizo ver que el día del juicio estaba próximo.» *Diem judicii appropinquare ostenderet.*

Realmente las palabras del Apocalipsis tenían una aplicación muy natural á Vicente Ferrer: «Yo he visto otro ángel volando por medio del cielo y llevando el Evangelio eterno para anunciarlo á todos los que habitan en la tierra, á toda nación, á toda tribu, á toda lengua y á todo pueblo. Y decía á grandes voces: Temed al Señor y glorificadle, porque va á llegar la hora de su juicio. Adoradle, porque él es el que ha hecho el cielo, la tierra, el mar y los manantiales.»

Entendiendo por el «medio del cielo» un apostolado rápido que más bien parece un vuelo que una marcha ordinaria, el medio de los tiempos cristianos, ó la Europa, centro intelectual del mundo, todo eso cuadra á nuestro Héroe.

*Sedentibus super terram* se aplica perfectísimamente á esta generación bastardeada, salida de los que sobrevivieron á la peste negra, hija del miedo y del egoísmo, á menos que no quiera entenderse por esas palabras la conversión de los musulmanes que *se sientan en el suelo*.

La diversidad de lenguas, la palabra *tribu*, que recuerda á los judíos, las grandes voces, la universalidad de los pueblos, el mismo tema, en fin, siempre repetido, todo eso parece muy bien ser un retrato anticipado del apostolado de Vicente Ferrer.

En cuanto á la palabra *Angel*, que significa *enviado*, designa la función, el mensaje, y se llama «el otro ó el segundo ángel» para distinguirlo del ángel del gran Consejo, que es el mismo Salvadór del mundo.

San Luis Bertrán no duda en aplicarle en un panegirico el texto de San Juan.

El P. González Arriega, teólogo célebre, dice en su *Vida de Santo Tomás*: «¿Cómo excluir del sentido literal de este texto á *ese príncipe de los predicadores*, en el que concurrieron individualmente todos los signos descritos en este ángel? Deberemos decir, por lo tanto, que Vicente Ferrer fué ese ángel *profelizado*, y los demás predicadores sólo *simbolizados*.»—«¿Queréis saber quién es este ángel? pregunta sencillamente un intérprete: es San Vicente Ferrer.»

Preciso es decir también que los tiempos en que vivió presentaban todas las señales anunciadas por boca del Supremo Juez.

*Muchos falsos cristos vendrán en mi nombre*, dice Nuestro Señor.—Es de notar que los heresiarcas de aquella época tenían todos cierta honradez nativa, que contribuyó singularmente á la propagación de sus doctrinas. Juan Huss, Wideff, Jerónimo de Praga, y, sobre todo, el jefe de los Disciplinantes eran, al principio, hombres virtuosos á los que cegó el orgullo y que hizo desviar del buen camino la imprudencia.

*Oiréis hablar de grandes guerras y habrá reñidos combates*.—Francia é Inglaterra estaban en el período más agudo de esa lucha que, por su duración secular, se conoce con el nombre de Guerra de Cien Años. A la vez que tres papas, hubo un momento en que tres emperadores se disputaban la corona con las armas en la mano. Y, ciñéndonos á

las cuestiones religiosas, recuérdese esa cifra espantosa de muertes que había costado el gran cisma, cifra arrojada como sangriento reproche por el rey de Inglaterra al rostro de Benedicto XIII.

*Las naciones se levantarán contra las naciones.*—Debilitada por estériles discusiones, deshonrada por una mala fé digna de los paganos, Bizancio había llegado á ser una rica presa codiciada por los nuevos bárbaros, feroces sectarios del Corán, cayendo al fin bajo sus golpes en 1453. Esto era más que una señal ordinaria. Si bien se reflexiona acerca de este inmenso derrumbamiento, de la fatal extinción de esa brillante antorcha, fuerza será admitir que este eclipse podía considerarse como el preludio de los supremos cataclismos.

*Habrá pestes, hambres, temblores de tierra.*—César Cantú se expresa del siguiente modo, respecto de este azote, que hizo retroceder tres siglos el espíritu humano: «De la Grecia pasó la peste á Italia en donde se perdieron en el campo las cosechas de trigo y de vino por falta de brazos para recogerlas. Venecia perdió cien mil habitantes y otros tantos Florencia. En Pisa murieron siete de cada diez; en Siena ochenta mil en cuatro meses; cuarenta mil en Génova; sesenta mil en Nápoles. En muchos sitios sólo quedó la décima parte, y en Trápani ninguno. En seguida pasó el azote á España y á Francia, en donde sólo en París morían cien personas diarias. El año siguiente invadía á Inglaterra, Alemania, Holanda, precedida de horribles terremotos y de lluvias torrenciales. Se decía que había perecido la tercera parte de la población de Europa.»

En Oriente fué peor todavía.—«Estalló con tal furor en Egipto y en Siria, refiere el mismo historiador, que en el Cairo morían diariamente de diez á quince mil personas. Gaza perdió en seis semanas veintidós mil, con casi todos los animales. El árabe Kara-Caleb, después de comparar los muertos con las arenas del mar, calcula su número en un millar de millares. El activo comercio que sostenía con estos países llevó el azote á Chipre, en donde los musulmanes, temiendo que los esclavos se aprovecharan del desorden para sublevarse, pensaban en matarlos, cuando tembló la tierra de repente, se sumergieron los buques y los que huían de la epidemia fueron arrebatados por las olas. Luego el huracán llevó al mar inmensidad de langosta, que, devuelta á la playa, acabó de emponzoñar el aire.»

El escritor sagrado habla luego de escándalos, traiciones, odios públicos, falsos profetas.—La historia es demasiado rica en tristes detalles sobre todos estos puntos para que sea necesario detenerse en ellos. Sabido es que fué preciso enviar ejércitos contra los herejes; se

sabe que los escándalos partían de arriba y que los odios públicos parecían formar parte de las leyes sociales en esos dolorosos tiempos.

Y añade el texto: «*Y como abundará la iniquidad, la caridad se enfriará.*»—La incertidumbre que reinaba en los espíritus debilitaba la fé. Unos querían gozar antes de morir; otros creían que el goce era el único remedio contra el azote; nadie era ya respetado, ni Dios, ni los afectos, ni los lazos de la sangre, ni cosa alguna divina ó humana.

Y si se quiere agotar el texto, según San Gregorio, se hallará que entonces se ocultaba el sol, es decir, Nuestro Señor, Sol de justicia, desaparecía de las almas; que la luna no lucía ya en el lleno, es decir, la Iglesia, que saca todo su brillo de Nuestro Señor, como la luna del Sol, se hallaba empañada y velada; que las estrellas caían, es decir, los servidores de Dios; que las virtudes de los cielos estaban quebrantadas, es decir, los pastores, principales columnas de la Iglesia.

Finalmente, *se oía como un rumor confuso del mar y de las olas.*—Nada pinta mejor que esta figura la confusión de autoridades que se extendía poco á poco por todo el pueblo cristiano.

Vicente Ferrer aplicaba estas señales, sin rodeos, á las circunstancias en que entonces se encontraba el mundo, y de ello podemos convencernos por las siguientes palabras: «En el sentido espiritual estas señales están ya presentes y completas. En efecto, la Sagrada Escritura entiende por sol la dignidad pontificia, por luna todo el estado seglar, por estrellas todas las personas religiosas. Ahora bien; el sol, es decir, la dignidad pontificia está obscurecida, pues hace treinta años que no se sabe con firmeza quién es el verdadero Papa. Unos dicen: «es éste»; otros: «es aquél», y en ambos lados se encuentran maestros y doctores, y, lo que es más grave, personajes de una santidad realzada por medio de milagros. Es más, en este momento hay tres soles. ¿Qué señal no sería en el sol material, si lo viéramos dividido en dos ó tres soles? Esto nos indica que el juicio se aproxima, según lo que dice Oseas, cap. X. «*Su corazón está dividido, no tardarán en perecer.*»

«Lo mismo por lo que respecta á la luna, es decir, al poder secular: está trocado en sangre, en el sentido que los reyes, príncipes y potestades temporales se matan y degüellan entre sí y la guerra asola el universo. ¡Cuántos miles de hombres mueren diariamente en las batallas! La confirmación de esta señal se encuentra también en Oseas, cap. IV. *La sangre ha tocado á la sangre y por eso la tierra llorará.* Es decir, la sangre del ofendido se ha mezclado con la sangre del ofensor.

»En el tercer lugar, las estrellas caerán del cielo. Se entiende por estrella toda persona piadosa que tiene fija su alma en el cielo por la devoción, y de ellas hablaba Dios cuando decía á Abraham: *Yo multiplicaré tu raza como las estrellas del cielo*. Estas estrellas han caído del cielo. En primer lugar los religiosos, cuyas afecciones todas deben estar en el cielo, han caído sobre la tierra, buscando las cosas terrestres, las riquezas, los honores, las dignidades, las magistraturas. Del mismo modo, entre los clérigos y los laicos, nadie mira al cielo, sino á la tierra, comprobando estas palabras de David: *Oculos suos statuerunt declinare in terram*. Y más adelante: *Susceperunt sicut leo paratus ad prædam*, lo cual se dice á propósito del Anticristo.

»Luego la indicación del tiempo del juicio está evidente por señales manifiestas. Por eso Cristo, presentándonos una comparación á propósito de estas señales, dice: «Ved la higuera y los otros árboles: cuando producen el fruto, sabéis que se aproxima el verano. *Del mismo modo cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que llega el reino de Dios, es decir, el Cristo para juzgar al mundo.*» —(Serm. para el primer domingo de adviento).

Él, el último tipo de la Edad Media, último fruto perfecto del árbol de Santo Domingo en plena florescencia durante estos dos siglos de maravillosa fecundidad, asistía al ocaso de esta edad de fé, veía terminar ese mundo del *catolicismo integral* y desempeñaba el papel que desempeñará en los últimos días el ángel del Apocalipsis, de quien fué el precursor titulado; como también en su época había nacido el Anticristo en la persona de Wieleff y los sectarios innovadores, que fueron otros precursores de este hombre del mal, y abrieron la era de la revolución religiosa, política y social, cuyas últimas consecuencias estamos viendo.

Pero cuando yo afirmo que el mundo iba á perecer y que era justo, parece, como suele decirse, que predique en loor de mi santo. ¡Ah! Todas las miserias de esa época se reasumen muy elocuentemente en los cánones de reforma propuestos al Concilio de Constanza.

«Ya no conocen los sacerdotes las leyes, ni los principes la justicia, ni los viejos la prudencia; el pueblo ya no tiene fé, ni los niños respèto, ni los siervos afecto á sus señores, ni los prelados religión, ni los monjes piedad, ni los religiosos virtud, ni los jóvenes freno, ni los clérigos ciencia, ni los maestros celo, ni los estudiantes temor; el juez carece de integridad, el criado es infiel, el soldado cobarde, los ciudadanos están desunidos, los aldeanos son egoistas, los artesanos groseros, los comerciantes embusteros, los ricos avaros, las

doncellas desvergonzadas, las viudas no tienen dolor ni recato, los casados sin pudor ni confianza mútua.—Y ahora, hermanos míos, ¿qué podemos esperar de semejante estado de cosas, sino la venida del Anticristo, toda vez que no se hace caso alguno de Cristo, y es considerado como un extraño por los poderosos del mundo?»

A su vez Pedro de Ailly, obispo de Cambrai, se expresa así: «Hoy estamos viendo en la sociedad cristiana lo que deploraba Salustio entre los Romanos. Ya no son las buenas acciones las que abren el camino á los honores, sino el robo y los crímenes. Lo que hizo tan grandes á nuestros abuelos ya no existe; el trabajo y la emulación en el interior, el espíritu de justicia en el exterior, en los consejos un alma libre de toda pasión, cerrada á todo mal deseo y que sólo anhela el bien. En cambio tenemos el desorden, la avaricia, el tesoro público arruinado, mientras los particulares nadan en la opulencia; los buenos y los malos están confundidos y la ambición posee lo que se debe á la virtud.—Sombrio es este cuadro trazado por Salustio, pero yo tendría que pintarlo más sombrío todavía.»

Se había llegado á aquellas *Aegritudines mundi* de que habla San Ambrosio, á ese misterio de iniquidad que debe preceder á lo inicuo por excelencia, el Anticristo. La decadencia era tanto más visible, cuanto hacia poco que la sociedad cristiana había lanzado vivos resplandores. «He ahí, dice Montalembert, que el espíritu de Dios sopla sobre el mundo, y su vicario Inocencio III, uno de esos hombres superiores que obligan á la admiración á falta del amor, toma en su mano las riendas de la cristiandad. Y entonces produce un movimiento grandioso hácia la verdad, y el siglo XIII fué quizás el periodo más completo, el más brillante de la sociedad católica.»

Esto era el apogeo, la cumbre; pero todo apogeo trae consigo la decadencia, toda cumbre el descenso fácil; se produce como una gran laxitud en las alturas y con tristeza desea el hombre bajar.

Entonces el descenso fué rápido, como sucede á los que no saben lo que cuesta la gloria y la fortuna; la gloria y la fortuna les oprimen; los espíritus que no estaban fortalecidos por un trabajo obstinado, por un obstáculo vencido, apresuraron su propia ruina. La humanidad se tendió en la llanura cansada, como exhausta. El Sacro Imperio, hartas veces degradado, había perdido todo su prestigio; la Italia trataba en vano de anudar el hilo de sus destinos; la Francia, cuya suerte parece unida á la suerte del mundo, espiraba bajo los golpes de Inglaterra, su pérfida rival, presa ésta también de las brutalidades de los sectarios de Lollard y madurada para Enrique VIII;

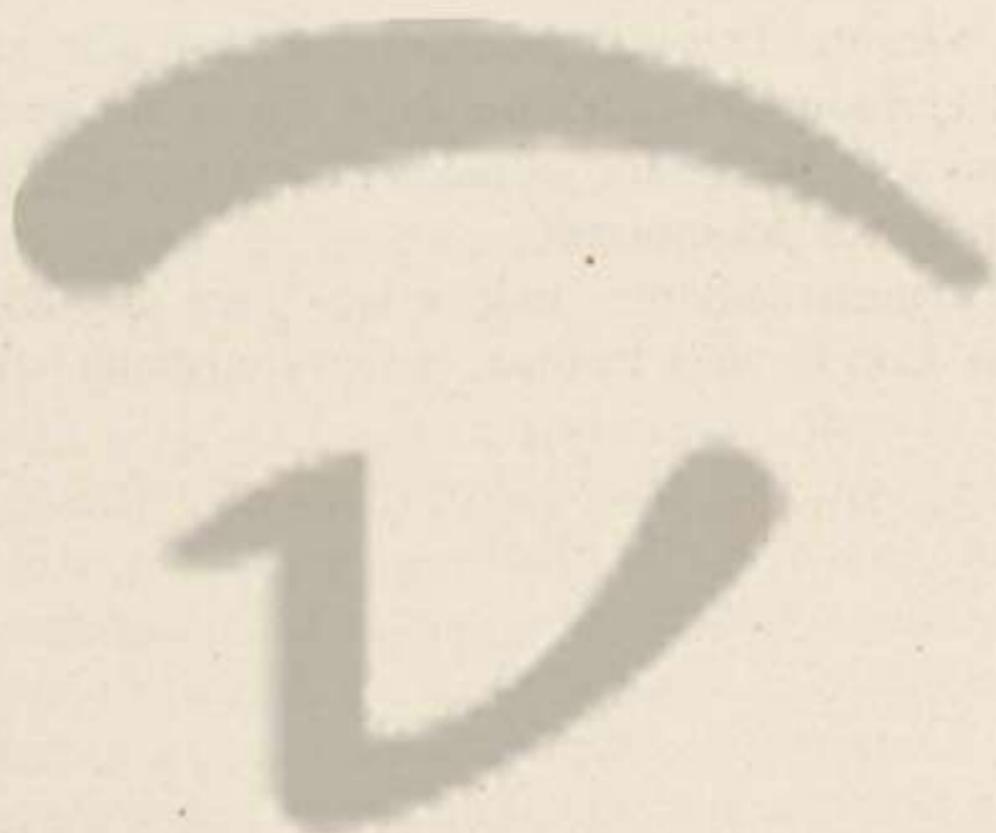
en España el furor de los partidos no conocía límites; el disolvente mahometismo infectaba sus provincias más hermosas; los judíos, únicos industriales, únicos poseedores de la riqueza pública, abusaban de ella sin cortapisa por medio de una opresión sin límites.

Pero si el edificio social humano crujía por todas partes, aun minaba la sociedad cristiana un trabajo de disolución más grave. El cisma lo trastornaba todo hacia cuarenta años; la simonía emponzoñaba las fuentes de la jerarquía, y los prelados, careciendo de la gracia que da el llamamiento divino, hacían alarde de tristes pasiones. La ignorancia y la impunidad habían abierto campo libre para que se sembraran doctrinas extravagantes ó perversas; y como la naturaleza humana es en el fondo religiosa, es decir, apegada á lo sobrenatural, reinaban casi por todas partes supersticiones grotescas ó degradantes.

Los sermones de Vicente Ferrer son curiosos de estudiar bajo este punto de vista; el episodio del valle inmundo no es un hecho aislado: parecía que no sólo la fe, sino la razón se extinguía á impulso de soplos tan violentos del infierno.

Política, religiosa y humanamente, todo estaba bien dispuesto para el cataclismo final. Con la vieja Europa, la tierra cristiana había dado sus frutos.







## CAPÍTULO XII

## LAS DOS SEÑALES

El universo evangelizado.—América en el siglo VIII.—«Reliquiae salvae fient» —El temperamento judío —La torre de Asdrúbal.— El número de los convertidos.—Lo que resta de ellos.

**Q**UERO hay dos señales del fin de los tiempos que todo el mundo tiene presentes en su espíritu; la conversión de los judíos y la predicación del Evangelio por todo el universo.—San Pablo ha respondido de antemano á la dificultad que parece más grave: «Vuestra fé se ha anunciado á todo el universo,» escribe á los Romanos. Y á los Colosianos: «Habéis recibido el Evangelio como el resto del mundo y ya produce sus efectos.»

«En aquel tiempo, dice Bossuet, la Iglesia, todavía naciente, llenaba toda la tierra.» Era el resultado natural de esa disposición providencial que habia entregado á los Romanos el gobierno de todo el mundo antiguo: desde Roma se esparcía la vida á ese gran cuerpo por esas maravillosas arterias de las que se encuentran vestigios por todas partes que aun nos admiran.

El mismo Nuevo Mundo estaba poblado; y más de una vez, al penetrar los misioneros en esos lejanos países, han encontrado huellas de un cristianismo olvidado. «Los monjes irlandeses se lanzan á los mares del Oeste, tocan en 795 las heladas costas de Islandia y continuando su peregrinación hácia lo desconocido, se hacen arrojar por los vientos á América.» (Ozanam, *La civilización en el siglo V*).

En cuanto á los judíos, el texto está terminante: *Reliquiae salvae fient*. «Lo que quedará se salvará». Deben convertirse al fin de los tiempos. Esta es también una de las señales más positivas. Quizá

bastaría dar á la cuestión judía toda su importancia para demostrar la misión de Vicente Ferrer con respecto al juicio final.

Él vivió constantemente preocupado con esta nación sin ley, á lo menos sin ley fecunda, sin patria, sin altares, cuyo destino parece ser dominar á los reyes y los pueblos por medio de sus viles instintos y sufrir en cambio el desprecio y el odio, porque se desprecia todo lo que se vende, se odia todo lo que envilece. Inmenso cadáver de pueblo, cuyos restos cubren el mundo; espantosa visión de lo que viene á ser una nación que *reniega de Cristo* y que se atreve á lanzar al cielo este reto insensato: «¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!»

Los judíos eran entonces, como hoy, los reyes del dinero; tenían en sus manos todo el comercio; disponían de la justicia y armaban sicarios, al mismo tiempo que atizaban las venganzas. En todas partes y siempre abusarán contra los cristianos de la libertad que se les deje; y, si pueden, ultrajarán y crucificarán al Justo bajo todas formas. Téngase esto presente; el hombre no perdona jamás el mal que ha hecho.

Pero el odio instintivo que contra ellos abrigaban los cristianos no tenía sólo por causa la usura y el acaparamiento desvergonzado, tanto de los fondos públicos, como de las fortunas particulares, sino que provenía también de esos crímenes misteriosos y harto reales, cuyo misterio aumentaba el horror que producían. Cuando desaparecía un niño cristiano y la sangre del infeliz, sometido en la sombra á horribles tormentos, había servido para la confección de las rituales agapas, cosa que nadie ignoraba, á larga distancia y por mucho tiempo, sobrecojía las almas un sombrío terror y cada familia temía ansiosa sufrir igual desgracia.

En la época en que Vicente Ferrer predicaba en Liria había entre Chelva y Villar del Arzobispo una torre llamada torre de Asdrúbal, en la que se habían refugiado algunos de los judíos de Toledo. Todos los años, en una época determinada, desaparecían niños. Una noche desapareció el hijo único de una familia principal, y habiendo acudido una porción de gente á la torre, que había infundido sospechas por ciertas idas y venidas misteriosas, hallaron en una sala del piso bajo todo el aparato de una horrible solemnidad y al pobre niño crucificado. Fué precisa toda la autoridad de Vicente Ferrer para que no los mataran á todos.

En Toledo se recuerda al Santo Niño de la Guarda. En Zaragoza se reconocen oficialmente dos mártires de los judíos, uno de ellos un niño.

La historia sintética de los judíos desde el Mesías no se ha escrito todavía. En ella se verá la pasión de la Iglesia, que ha seguido á la pasión de Cristo, tramada por los mismos propósitos y llevada á cabo con la misma maldad, y se admirará uno de ver bajo todos los ataques, bajo todas las persecuciones, la mano del judío, escriba, fariseo ó verdugo vulgar.

Vicente Ferrer, predicador en cierto modo oficial del juicio final, consecuente consigo mismo, trataba de convertir á los judíos; protegerlos, sacándolos de su error, fué su constante preocupación. Y por su predicación se convirtieron en masa, lo mismo el populacho, que los jefes de su religión. Hay de vez en cuándo conversiones individuales, pero seguramente no se encontrará en la historia, antes ni después, huella de resultados semejantes.

Bartolucci cita un pasaje del libro de los judíos titulado *Juchasin*, en el que se dice: «El año del mundo correspondiente á 1412 un *rasurado* llamado Fr. Vicente Ferrer introdujo entre nosotros la desolación, pues por culpa de él abandonaron su fé más de 200.000 judíos.»—Esto es una exageración; pero Zurita, el escritor universalmente estimado, en sus *Anales* de Aragón, es sólo el eco de los testimonios oficiales cuando fija en 30.000 el número de los judíos convertidos en 1414 *en el tiempo que Benedicto XIII estuvo en Tortosa*. Es sólo un episodio de algunos meses apenas, pero de él puede deducirse la universalidad del movimiento. Vicente Ferrer convirtió sólo en España 70.000 judíos en cuatro misiones diferentes, sin contar los de otros reinos, dicen los Padres del convento de Calatayud. Efectivamente, estudiando los diversos resultados, se llega, poco más ó menos, á este: 25.000 en Castilla, 30.000 en Aragón, 25.000 en el reino de Valencia.

Ahora bien; los judíos nunca han sido muy numerosos, pues no hacen prosélitos. Un cristiano que se hiciera judío sería sólo una curiosidad psicológica, si no fuera preciso buscar en tal caso los más peligrosos renegados. Es un triste atributo suyo el hacer mucho mal con escasos medios; su táctica es tan sencilla como odiosa; sacan partido admirablemente de las debilidades humanas. Cuando Vicente Ferrer hubo convertido 70.000 en España, quedaron todavía, puesto que fué preciso más tarde defenderse contra ellos; pero no hay exageración en decir que llevó á los dogmas cristianos una gran parte de los judíos de la península.





## CAPÍTULO XIII

### JONÁS Y NÍNIVE

Dios se ha equivocado.—El sol y el murciélago.—El fin de los tiempos —Plano sin perspectiva.—El drama —Los dos platillos de la balanza.—Profeta comprometido.—Consecuencia de no mirar atrás.—El año mil —Báscula divina.—El verdadero punto de vista.

**C**ONCLUYO, pues, que querer reducir el papel de Vicente Ferrer al de un excelente misionero que ha venido predicando el juicio final, no sólo sería poco sincero, sino que estaría en contradicción flagrante con toda su historia. Su misión es única en los Anales de la cristiandad.

Sería aquí una puerilidad la observación tan repetida de que siempre está próximo el juicio para cada uno de nosotros. Lo que se entiende predicar es el juicio *último y universal*.

Ni tampoco podría admitirse que haya recibido, como sin sospecharlo, esa impresión que nos hace referirlo todo á aquello que hiere vivamente nuestra imaginación y deducir de lo que pasa á nuestro rededor conclusiones demasiado rígorosas é inmediatas.

Pero si así es, por más poderoso que sea en sus obras, ¿se ha equivocado este profeta, supuesto que el mundo subsiste todavía y Dios se ha contradicho al poner el poder taumatúrgico al servicio de una profecía que no se ha realizado?—No, no hay contradicción en Dios, ni equivocación en el profeta.

No obstante, hay que observar que nuestro lenguaje, cuando se trata de Dios, no puede menos de carecer de exactitud. Dios, acto puro, excede infinitamente los límites de nuestra inteligencia, y nosotros nos hallamos frente á él en el mismo caso que el murciélago

frente al sol, cegados por su resplandor. Esta comparación es de Santo Tomás: *Sicut vesperilio ad solem*. Dios todo lo ve en un presente eterno, sin ninguna de esas sucesiones que nos dominan, á nosotros, pobres seres de un día. Para él la duración del mundo es menos que un relámpago en el fondo inmutable de la humanidad. «*Cujus ante oculos mille anni sunt tamquam dies hesternae et custodia in nocte.*»

Los Libros Santos, dictados por Él, participan de esta vista en conjunto. «Isaias, dice el Eclesiastés, vió el fin de los tiempos por un don del Espíritu.» Este fin de los tiempos es aquí la venida del Mesías; y el profeta pasa sin transición de una venida á otra, apareciendo á su vista simultáneamente y confundidos acontecimientos que realmente han tenido lugar en largos intervalos. Cuando en una hermosa noche de verano contemplan nuestros ojos el oscuro azul poblado de infinitos puntos luminosos, todo se confunde en un solo plano; y, sin embargo, esos puntos luminosos son mundos inconmensurables, separados los unos de los otros por distancias que la ciencia ha intentado medir y que dan al espíritu la sensación del vértigo.

No hay, por lo tanto, motivo para admirar, si para los escritores sagrados la venida de Jesucristo, la historia de la Iglesia, el juicio final, se encuentran en el mismo plano, como en ciertas pinturas se ven todos los horizontes confundidos sin perspectiva. Es un drama inmenso que tiene una grandiosa unidad: á través de todas las peripecias, siempre el mismo interés, siempre el mismo peligro afectando al principal personaje, Jesucristo.

Empieza el drama por esa espantosa escena de la destrucción de Jerusalén y de la dispersión de los judíos, pueblo tipo. Todo está allí, todas las figuras principales, todos los que han de tomar parte en la lucha, los falsos profetas, los antecristos; ya estallan las catástrofes, las terribles guerras, todos los fenómenos celestes destinados al castigo de los impíos.

En el curso del drama, que es la vida de la Iglesia, se producen situaciones más críticas, súbitas evoluciones, episodios palpitantes que excitan el interés, ofreciendo como una imagen del desenlace, pero dejando caer al espectador en una creciente incertidumbre. Y luego, al último acto, después del desarrollo de todas las fuerzas del enemigo, después de la lucha suprema en que todo parecerá perdido para los amigos de Dios, aparecerá el triunfo de la justicia, y Jesucristo se levantará victorioso sobre el inmenso campo de batalla.

Por lo demás, este vacío y esta obscuridad que reina en las Escrituras sobre el juicio final es cosa prevista y calculada, y tiene por

objeto, como decía San Vicente Ferrer, tenemos siempre en alarma, siempre vigilantes. Ella explica también la fertilidad de invenciones de los comentaristas, y, como ejemplo, no hay más que comparar la interpretación del Apocalipsis por Bossuet con los comentarios mucho más atrevidos de Lacordaire y de Melsahauser.

Y no son sólo los profetas, hombres siempre de corta vista, sino el mismo Jesucristo el que se expresa así. Al contemplar el templo, cuyas azoteas y cúpulas cubiertas de planchas de oro brillaban al sol, exclama: «Veis esas magnificencias: pues yo os digo en verdad que no quedará de ellas piedra sobre piedra.» Y animándose su palabra con el espectáculo interior, describe la ruina universal; luego cambia la visión, y termina su discurso expresando la sorpresa que es posible experimentemos si no estamos sobreaviso. En el capítulo XVII de San Lucas resalta más este carácter de conjunto: lo que dice el Maestro se aplica á la vez al juicio de cada hombre en particular, á la destrucción de Jerusalén y al cataclismo final.

Hombre sin dejar de ser Dios, su lenguaje se ve influido por la flaqueza humana, imitando así además á su Padre celestial. Él, que es la unidad esencial, se descompone, por decirlo así, para ponerse á nuestro alcance; Él, que es sencillez, se atribuye facultades diferentes; nos habla de su bondad, de su justicia, de su amor, de su misericordia, aunque en Él bondad, justicia, amor, misericordia, son su misma esencia. Hay más, nos muestra estos diferentes atributos en lucha unos contra otros; y esta condescendencia va á iluminar nuestros pasos vacilantes y fortalecer nuestros tímidos espíritus.

Según el orden de la justicia, iba á sonar la hora fatal del mundo. El desorden reinaba por todas partes, los justos no eran ya en bastante número para contener la cólera divina, el platillo del mal vencía al del bien. La justicia, dispuesta á herir, envió á Vicente Ferrer como su heraldo. Seguramente, si ella hubiese hablado sola, todo había concluido. Pero el heraldo desempeñó tan bien su cometido, que vino á ser instrumento de la misericordia; á su voz los pueblos vuelven sobre sí, los culpables se dan golpes de pecho, reaparecen los justos, el platillo del bien sube y pronto pasa del nivel fatal. *Misericordia et veritas obviaverunt sibi.* La misericordia y los derechos harto reales de la justicia se han encontrado frente á frente y la justicia ha retrocedido. Santo Tomás dice formalmente que aquí *verdad* quiere decir justicia: «*Hic ponitur veritas pro justitia.*»

Análogos hechos se habían presentado más de una vez. Es muy curiosa y muy conmovedora la historia de Jonás y de Ninive. Desde

luego es una afirmación clara, precisa, sin recurso aparente: *adhuc quadraginta dies et Ninive subvertetur*. Y los ninivitas creyeron, dice el Escritor sagrado. ¿Qué creyeron? ¿Que iban á ser destruidos?—No; que Dios podía muy bien destruirles efectivamente y que lo habian merecido.—¿Pero quién sabe, dijeron, si Dios no se volverá atrás?—Y vedlos como se apresuran: el rey, los hombres, las bestias hacen ruda penitencia. Tenian por delante cuarenta dias, toda una Cuaresma, y vieron instintivamente que este plazo era una tabla de salvación, de la que se apoderaron con fé. Bien les vino. Y Jonás, que en cumplimiento de la orden recibida habia desplegado todo su celo, asombrado de que no se realizase su profecía, se irritó y se quejó á Dios, llegando en el extremo de su pena á desear la muerte, porque su reputación de profeta quedaba comprometida. Dios se excusa de un modo adorable y le dice: *¿Putas ne bene irascaris tu?...* Consiente en demostrar á este malhumorado profeta, por medio de una hermosa parábola en acción, que la misericordia es lo que hay de más razonable.

Tenia, pues, razón el Apóstol del mundo antiguo cuando decía: «Dios tiene dos tribunales diferentes, uno en que se pronuncian las sentencias rigurosas, del cual puede apelarse al tribunal de misericordia. Si lo hacemos con toda confianza, es indudable que se anula la primera sentencia; *patet quod sententia revocatur*. Si yo digo á un hombre: moriréis, y viene á hacer penitencia, no morirá.» Y San Antonino es lógico, cuando afirma que Dios retardó la ejecución de su sentencia por efecto de la predicación de San Vicente Ferrer, según estas palabras de San Ambrosio, autorizadas por una multitud de textos sagrados: «Dios podrá cambiar de resolución, si sabéis cambiar de vida. *Necvil Deus mutare sententiam, si tu noveris emendare delictum.*»

Y así fué, durante su vida, alejando más y más la catástrofe final; pues si pudiera pronunciarse la palabra error, sería aquí una solemne simpleza. Predicó el juicio final hasta el último momento de su existencia, sin que se debilitara su acento conminatorio: murió convencido de que la trompeta del Ángel de las justicias iba á resonar y admirado de no haberla oído todavía.

Empeñado en su lucha diaria contra el mal no vencido aún, no se apercibía del trabajo realizado, ni que dejaba detrás de si un largo rastro de salubridad y de resurrección.

Nunca predicó la proximidad del Juicio supremo con aquella fuerza que vencía todas las resistencias, con más entusiasmo que en Tolosa cuando acababa de poner en marcha las sociedades humanas en Caspe y la divina en Perpiñán. Cuanto más terrible y amenazador

lo presentaba, más lo alejaba; porque escrito está que el Hijo del hombre vendrá como un ladrón, es decir, cuando menos se piense, y entonces todo el mundo pensaba en él. Se asombran las gentes de que el año mil haya pasado sin accidente alguno; habría que asombrarse de lo contrario, cuando todos los documentos públicos principiaban con las palabras: *mundi termino appropinquante*.

Lo mismo sucedió en tiempo de nuestro Héroe, en el cual se citan países en los que se hubiera uno creído en visperas del fallo definitivo. En Mallorca, por ejemplo, la procesión de los disciplinantes revestía este carácter de terror sombrío, y á ellas concurría todo el pueblo, hombres, mujeres, niños, y eso que se trataba de una población de marinos, acostumbrados á los furioses del mar, á las convulsiones de la naturaleza. Se hacían por la noche y no se oían más que los golpes de las disciplinas, los sollozos, las voces implorando misericordia; y durante el día marchaban silenciosos, pues sólo les preocupaba lo que vendrá después de esta vida.—Extraña alternativa que permite esperarlo todo cuando se tiembla y tenerlo todo cuando nos mecemos en la confianza.

El anuncio del juicio final inminente, es por lo tanto el verdadero punto de vista en que hay que colocarse para considerar á nuestro Héroe. Sin faltar á la sinceridad histórica, no se podrá dejar en la sombra ó achicar á capricho un hecho alrededor del cual todo se agrupa y que fué el eje central de su existencia. Sólo él nos permite medir el coloso y determinar sus proporciones. Esta extraña existencia, que á primera vista desconcierta y fatiga como un enigma, luego se armoniza y se ilumina.

Dios dejaba á la humanidad seguir sus pendientes fatales háci el abismo, en el que debía perderse, si una intervención enérgica, conteniendo la caída, no la hubiese puesto de nuevo en movimiento hácia nuevos destinos. La intervención fué este profeta, este ángel del juicio; que, después de atemorizar á las conciencias y arrojar desalentada á los pies de Dios á toda una generación humana, le mandó que se levantara, tranquilizó al mundo y dijo: «Vuestra penitencia os ha salvado.»

Ahora comprendemos ese poder de los milagros á discreción, ese don universal de lenguas, esos efectos fulminantes de la palabra cada día renovados.

La predicación de Jonás salvó a Ninive; la predicación de Vicente Ferrer salvó al universo.







## CAPÍTULO XIV

## SEGOVIA Y PLASENCIA

Relato de Colmenares.—Redada.—El niño resucitado.—Un predicador extraordinario.—Esfuminado á la moderna.—El convento de Plasencia.—Un dedo de San Vicente Ferrer.—Impotencia de los poderosos de este mundo.—La hoja de ventana de Villalba.—A la madrugada.—El país de la sed.—La soledad, madre de los grandes pensamientos.

(1412)

**D**ESPUÉS de Salamanca el itinerario del Apóstol se orienta hácia Aragón, y uno de los principales puntos de parada es Segovia, en donde se encuentra la célebre gruta teñida aún con la sangre de Santo Domingo.

«A principios de este año, 1411, dice Colmenares, cronista de Segovia, vino á Castilla el célebre predicador y maestro Fr. Vicente Ferrer, apóstol de este siglo y luz con la que Dios se dignó disipar las tinieblas de nuestro tiempo.»—Hay que leer 1412, teniendo en cuenta que el año empezaba en Pascua. A principios de Mayo de 1411 estaba el Apóstol en Chinchilla, en lo cual no ofrecen duda alguna el manuscrito de Valencia y los documentos locales; en cambio nada tenemos para ocupar esta primavera de 1412, y Segovia estaba en la ruta que seguía para dirigirse á Caspe, en donde le esperaban con impaciencia los comisionados reunidos de Cataluña, Valencia y Aragón. Excepto en esto, en todo lo demás el historiador de Segovia és perfectamente exacto.

«Llegó á nuestra ciudad el tercer día de Mayo, saliendo los habitantes en gran número á recibirle por la puerta de oriente llamada

del Mercado. Fué una concurrencia notable. El varón de Dios se adelantaba sobre su humilde cabalgadura, seguido de numeroso gentío. Muchas veces ascendió á 70.000 y aún 80.000 personas las que acudieron afanosas á oírle (estas cifras se consignan en el texto con todas sus letras). Llevaba consigo confesores para los convertidos y notarios para autorizar los contratos de paz que ponían término á las sangrientas luchas que asolaban muchas de nuestras ciudades, y además una capilla, músicos y cantantes para dar más solemnidad á los divinos oficios.

»Al llegar á una cruz situada á corta distancia de la ciudad, echó pié á tierra y la multitud le pidió que predicara, á lo que accedió, y sirviéndose del pedestal de la cruz como púlpito y tomando por tema la misma cruz, predicó con tal fervor sobre las excelencias de la misma, que no se tardó en ver el efecto de su palabra, pues se convirtieron muchos pecadores, judíos y moros, atraídos por la fama de tan santo predicador. Su poder taumatúrgico era evidente, pues se le oía á tres y cuatro y más leguas de distancia, y todo el mundo le comprendía, á pesar de que predicaba siempre en valenciano.

»Al fin del sermón se lamentó de que no se hubiese erigido una ermita ú oratorio en esta entrada de la ciudad tan frecuentada, y se le prometió hacerla; promesa que se ha cumplido y la ermita se titula hoy todavía la Cruz del Mercado. En memoria de este suceso todos los años en igual día va allí en procesión solemne desde el convento de San Francisco la cofradía de la Concepción.

»El Santo estuvo muchos días en nuestra ciudad predicando y haciendo por las noches sus procesiones de disciplinantes, atrayendo á los pecadores, reconciliando á los enemigos, convirtiendo con sus palabras y la ejemplaridad de sus obras á muchos moros y judíos, de los cuales bautizó tan gran número, que, en memoria de ello, se pintó su imagen en la iglesia de San Martín bautizando á los judíos. Esta pintura permaneció allí hasta que un día, al revocar el templo, se hizo desaparecer inadvertidamente este precioso recuerdo.»

Un testigo en el proceso de canonización dice que efectivamente había en Castilla, y especialmente en Segovia, una multitud de judíos, los cuales *todos* pidieron el bautismo á consecuencia de la predicación del maestro Vicente. Según otro, Vicente Ferrer debió convertir en Castilla durante estos trece meses 25.000 judíos. Este es el número que han tomado la mayor parte de los autores por el total de los judíos convertidos en España que, como hemos visto, fué mucho más considerable.

Todo el viaje de este incomparable pescador de hombres á través de Extremadura no fué más que una gran redada en la que cayeron en masa los moros y los judíos. De ello dió las gracias el Apóstol á Nuestra Señora de Guadalupe, santuario todavía célebre. Pero para afirmar la perseverancia de los recién convertidos, creyó conveniente trasladarles á un pueblo enteramente cristiano, Cañamero, en donde les hizo construir una iglesia, y, efectivamente, no sólo permanecieron fieles, sino que, después de su canonización, le fueron muy devotos.

Sin embargo, todo lo que pudo hacer en esa comarca quedó eclipsado por un prodigio del que conviene hablar aquí, aunque pertenece á la gloria póstuma: me refiero á la resurrección del joven Juan de Zúñiga y la fundación del convento de Plasencia, que fué su consecuencia. Tomo este relato del historiador de Plasencia, Alonso González:

«D. Álvaro de Zúñiga y la duquesa D.<sup>a</sup> Leonor de Pimentel tenían un hijo llamado Juan de Zúñiga, que murió á los doce años. El dominico Juan López, de Salamanca, confesor de la duquesa y muy devoto de Vicente Ferrer, le aconsejó que invocase al Santo, recientemente canonizado, y la madre hizo voto de edificar un convento y una iglesia en honor suyo. Formulado el voto, recobró el joven la vida y fué con el tiempo gran maestro de Alcántara, arzobispo de Sevilla y cardenal. Desde entonces tuvo la duquesa tanta devoción á San Vicente Ferrer, que quiso que su confesor escribiese su vida, la historia de sus virtudes y de sus milagros. Pero mientras se edificaba el nuevo convento ocurrió un hecho tan raro como admirable, cuya tradición se conserva entre nosotros, que refieren los más graves autores y que creo deber consignar aquí.

»Quiso la duquesa entre tanto solemnizar la fiesta del Santo en la catedral con toda la magnificencia posible. Por desgracia, su confesor estaba enfermo y no podía haber sermón; pero he aquí que la vispera por la tarde vieron los criados de la casa pasar un religioso de Santo Domingo que al parecer iba de viaje. Avisada la duquesa, le hizo llamar y le rogó que asistiese á la fiesta y se encargara del sermón, á lo cual accedió el religioso, prometiéndose la buena duquesa una fiesta completa.

»Tuvo ésta lugar, en efecto, con gran devoción de todos, presidiéndola los duques, teniendo á su lado á sus hijos, incluso el *resucitado*. Llegada la hora, subió el predicador al púlpito y predicó con un talento tan maravilloso, que el auditorio quedó sorprendido y

encantado, pareciendo que sus palabras y su doctrina fueran celestiales. Terminada la ceremonia quisieron dar gracias al predicador, pero toda diligencia fué inútil, pues no se le encontró en la ciudad, ni en los caminos, ni pudo nadie dar razón de él. Los duques y los habitantes quedaron persuadidos de que era el mismo San Vicente Ferrer el que había ido á pronunciar el sermón para premiar la devoción de la duquesa, ó que si no era él, era un ángel por lo menos.»

Yo no sé por qué el moderno autor de *las siete centurias de Plasencia* sólo habla de la enfermedad y no de la muerte del joven, á pesar de que se apoya en Alonso González; sin duda es sólo una pincelada para no alarmar los espíritus de este tiempo; pero los términos que emplean los historiadores antiguos no deja lugar alguno á la duda. Echard, que goza de una autoridad incontestable, hace el elogio del P. Juan López, de Salamanca, y cuenta á su vez el milagro. «La duquesa había *perdido* su hijo de edad de doce años, el cual *resucitó* en virtud del voto hecho á San Vicente Ferrer, y los padres, reconocidos, edificaron en Plasencia un convento bajo la advocación de San Vicente Ferrer, á la gloria de Dios, soberano árbitro de la vida y de la muerte. *Cum duodennem adhuc puerum amisisset infirmitate gravi sublatum, votum pro ejus suscitatione ad Deum sub intercesione S. Vincentii Ferrerii, ante paucos annos in album sanctorum relati, nuncupavit, vivum recepit, votique rea Placentinum cum viro á fundamentis crexit coenobium sub invocatione ejusdem Sancti, summo vitæ arbitro ac mortis numini dicatum.*»

Hubiera yo querido encontrar esa vida de San Vicente Ferrer, escrita á petición de la dichosa madre por su confesor el P. Juan López, de Salamanca, obra que debe haber quedado manuscrita. Antist asegura haberla visto en poder del Prior de Atocha: Atocha era un convento de Dominicos, situado á las puertas de Madrid, hoy arruinado. Los 85 documentos manuscritos que proceden de él, conservados en el *Archivo histórico nacional* de Madrid, no tienen relación alguna con ese trabajo. Ni los Dominicos del convento de la Encarnación en Plasencia, ni la noble familia de Mirabel, heredera de los Zúñiga, me han podido dar noticia alguna; así es que tengo motivo para creer completamente perdida esa obra. No es que su autor me hubiera enseñado nada nuevo, puesto que Antist y otros han tomado de él sus datos y se conservan Antist y los otros; pero me hubiera servido para completar la bibliografía de mi asunto.

Las cartas de Pablo II para la fundación del convento son del 15 de Octubre de 1464 y los religiosos llegaron á él en 1486. Un breve

de Pio IV «concede indulgencia plenaria á todos los que asistan á los oficios de la fiesta de San Vicente Ferrer, el segundo domingo de Julio en el convento de Plasencia.» Este favor, aun hoy especial, supone que mediaran circunstancias particulares.

La duquesa se hizo fabricar un hermoso grupo en plata dorada representando á Vicente Ferrer y á sus piés el niño resucitado, y por mediación de nuestro rey Luis XI alcanzó un dedo del Santo, que obró muchos milagros, bastando ordinariamente beber el agua que había estado en contacto con la reliquia para quedar curado.

En Plasencia se encuentra todo en el mismo estado en que hace cuatro siglos lo dejó el reconocimiento de la familia. El convento es muy hermoso, la iglesia monumental y en ella campea Vicente Ferrer vestido con un hábito de oro. Desgraciadamente las celdas están vacías, como en todas partes, las bibliotecas destruidas, hombres nuevos utilizan los edificios, no hay rastro de archivos y sólo en una sala del castillo se conservan algunos libros escapados del saqueo. El púlpito, desde el cual predicó el misterioso personaje, se halla á mano izquierda entrando en la catedral y sólo los Dominicos tenían derecho á ocuparle; enfrente hay otro exactamente igual para los demás predicadores.

A corta distancia de Plasencia recibió el Apóstol al notario Miguel de Ribas, enviado por los Parlamentos reunidos de Cataluña, Aragón y Valencia para rogarle que se trasladase á Caspe lo más pronto posible, y allá se encaminó, porque nadie tiene el derecho de sustraerse al más santo de los deberes, que es el de ayudar á su patria cuando sufre ó peligrá. Y vamos á ver á este humilde monje tomar en su mano los destinos de los pueblos, y una vez demostrada la esterilidad de los esfuerzos humanos, imponer su voluntad como si fuera la de Dios mismo.

El negocio era grave, por lo cual marchó con rapidez, evitando los centros populosos y pidiendo la indispensable hospitalidad sólo á pueblos insignificantes, la que pagaba con palabras que valían más que el oro y con beneficios cuya fuente no es de este mundo. Tal fué, si no me engaño, la etapa de Villalba.

Villalba es un pequeño pueblo perdido en los confines de Aragón, en el que una familia patriarcal que lleva el nombre de Ferrer guarda religiosamente el recuerdo del paso de su glorioso homónimo. En la esquina de la casa llama la atención una ventana que no está en armonía con el resto de la misma, y que es la misma desde la cual predicó Vicente Ferrer, habiendo conservado la hoja de madera que

la cierra. Delante de ella arde una lámpara de vidrio desde tiempo inmemorial. También se conserva en la casa, fija á la pared por dos clavos, la tela negra sobre la que se representó al Santo en aquella época; pero como había quedado convertida en un harapo, se le pegó encima una copia aproximada del mismo retrato, que á su vez está exigiendo otra por el estado de deterioro en que se encuentra.

La piedad demostrada en la conservación de este recuerdo ha dado origen al culto público, y cuando se celebran procesiones solemnes se detienen delante de la ventana para cantar el *Te-Deum*. Todos los domingos y días festivos salen los *despertadores* á la madrugada cantando coplas para llamar el pueblo al Rosario que se reza cantado por las calles, y delante de la ventana del Santo entonan esta sencilla canción:

San Vicente se fué por el mundo  
Convirtiendo infieles que Dios le mandó;  
Por ser santo hijo de Valencia,  
A Villalba vino y aquí predicó.  
¡Oh qué buen pastor!  
Que buscaba la oveja perdida,  
Que estaba en las manos del fiero dragón,  
Glorioso San Vicente, nuestro abogado,  
Defensor de las almas que están en pecado.

La fiesta del Santo se celebra con grandes demostraciones de regocijo el día 11 de Agosto, sin que sea posible conocer el motivo de haber fijado esa fecha. Es el patrón de la iglesia principal, que es una pequeña joya gótica de granito. Todos, en la familia de que hemos hablado, llevan el nombre de Vicente, en agradecimiento á los favores recibidos del mismo, pues si alguna vez ha permitido que llamara á esa puerta la desgracia, es porque el dolor es una caricia de Dios y se hace uno aquí digno de comprenderle. En pago de la hospitalidad recibida dejó allí su bastón, cuya reliquia fué llevada á Tortosa cuando la guerra de la Independencia.

A media hora de Villalba, en una propiedad perteneciente á la misma familia y sobre un montículo, se muestra un pedestal que en otro tiempo sostenía una cruz, en donde se sentó el Santo á descansar, y á ochenta metros de distancia hay una fuente de la que os dicen: «De esta agua bebió el Santo.»

Saliendo de Villalba en cualquiera dirección, pero especialmente hácia Caspe, se presenta un terreno de aspecto particular, del que ha desaparecido todo lo que llamamos camino, sin que se encuentre una habitación, ni un sér humano, ni se oiga el canto de un pájaro,

ni se vea verdura, ni agua, durante leguas y leguas. De trecho en trecho, á largas distancias y como una ironía, se presentan lo que allí llaman *casas de campo* (casuchas para refugiarse en la época de la recolección). Para darse cuenta de la vida de Vicente Ferrer en aquella época, de la que nos separan cerca de cinco siglos, es preciso haber atravesado bajo un sol de Agosto estos desiertos sin límites, poblados de estridentes cigarras y de escuetos pinos, es preciso haber sufrido devoradora sed y, como el ciervo de la Escritura, suspirar por un manantial de agua pura...

Pues bien; estos desiertos no carecen de atractivos. No por abrasadora deja de ser la soledad la que engendra los grandes pensamientos. Vicente Ferrer, alma superior, debía sentir este encanto cuando, caminando silencioso, veía su comitiva desfilando serpenteando hasta el límite del horizonte y ofrecía á Dios en su corazón las fatigas de estos héroes modestos. Sin duda entonces abrió el Libro de los libros, único equipaje que llevaba consigo; y con el espíritu perdido en Dios, buscaba en estas profundidades sagradas las luces que iba á necesitar para resolver una situación política inextricable.







## CAPÍTULO XV

## COMPROMISO DE CASPE

Un acto trascendental.—Estado de España.—Fernando de Antequera.—Muerte del Infante de Aragón.—El conde de Urgel.—Agonia del rey.—Situación crítica.—Asesinato del arzobispo.—El hombre providencial.

(1412)

**E**L compromiso de Caspe no sólo resolvió una grave crisis política en España, sino que fué uno de estos actos fecundos y decisivos que abren á un pueblo los más gloriosos destinos. Él puso, sin sacudidas, ni crímenes, los cimientos de la unidad española, siendo el precursor de Fernando é Isabel, Carlos V y su gloriosa descendencia; es decir, de España, la primera potencia del mundo, en cuyos dominios jamás se pondrá el sol.

Nada hacía presagiar semejante prosperidad al empezar el siglo XV, antes bien parecía que España estaba llamada á hundirse por sus disensiones, cuya tenacidad igualaba á su violencia. Los tronos, conmovidos por los repetidos golpes de la muerte, amenazaban sepultarse en la ruina general.

En Navarra y en Portugal reinaban débiles mujeres: Castilla acababa de atravesar una minoría tempestuosa con Enrique el *Doliente*. Llegado con gran trabajo á la edad viril, el joven rey no tenía las cualidades necesarias en un soberano, y murió dejando un hijo de muy corta edad. Felizmente, un hombre dotado de uno de esos grandes ánimos que bastan para ilustrar un siglo, velaba sobre esta frágil cuna.

Un día, refiere un antiguo autor, Marineus Sucus, los grandes, movidos por sus virtudes y para evitar los inconvenientes de una nueva minoría, creyeron acertado ofrecerle el cetro al morir el rey. Pero él, alejando de su corazón toda ambición, tomó á su sobrino, que era aún muy niño, lo colocó sobre su espalda y dijo en alta voz: «Señores: el que debe reinar es este niño, hijo de Enrique, mi honrado hermano. Para mi no pido más que la honra de gobernar Castilla hasta que él se halle en estado de gobernar por si solo. Os invito, pues, á reconocerle solemnemente por rey, según las leyes y constituciones del reino.—Así habló el príncipe Fernando.»

Y el buen cronista exclama: «¡Oh palabras divinas! ¡oh arenga que merece mayores y más altas alabanzas que las de los hombres!»—Príncipe digno del trono, diría Bossuet, porque había sabido rehusarlo.

La *Crónica de Juan II* de su consejero *Pérez de Guzmán*, en su estilo frío, pero preciso, dice sencillamente que «muerto el rey Enrique III, el príncipe Fernando leyó el testamento que le instituía regente del reino en unión de la reina madre, y dirigiéndose luego á los notables añadió que él no tenía más que prestar juramento de fidelidad al hijo del rey difunto, y que sin titubear le reconocía por su rey, amo y señor natural.»

Aragón parecía hallarse en mejor situación, gracias al paternal reinado de Martín el *Humano*. Ya sabemos por lo anteriormente relatado á quién debían estos pueblos tal beneficio; pero también sabemos cómo vió el monarca pesar sobre sus últimos años una desgracia, tanto más terrible, cuanto venía en pos de las alegrías de su último triunfo: su hijo único acababa de morir en Cerdeña.

Este duelo fué el preludio de las más funestas tormentas: las facciones rivales redoblaron sus excesos; la peste diezaba los pueblos; el cisma atormentaba ó embotaba las conciencias. Las circunstancias eran de las más críticas.

El matrimonio del anciano rey con la amable y modesta Margarita de Prades sólo ofrecía débiles esperanzas, y él mismo había cedido, más que á satisfacer un gusto personal, á instancias apremiantes, encaminando sus miras hácia un hijo natural del suyo, el joven D. Federico, que le había recomendado su padre en su testamento. Pero pronto las competencias se manifestaron apasionadas y sin recato, descontando á la faz del anciano su próxima muerte.

Muy cerca del trono había un hombre de sangre real que con moderación y sentimientos nobles hubiera ahorrado á su patria

muchas desventuras. Era el conde de Urgel, á quien su madre, mujer altiva y osada, excitaba sin tregua, é impelido por ella reclamó como un derecho la lugartenencia general del reino que le fué concedida por el rey. Esto era hábil, pues semejante cargo le llevaba á Zaragoza, foco de las facciones, que se presentaban tan furiosas, que se derramó sangre hasta á los pies de la Virgen del Pilar; pero era al mismo tiempo un acto muy grave, porque, según una costumbre establecida, sancionaba pretensiones á la corona.

En el interin se vió el rey atacado de una enfermedad repentina, que se creyó fuera la peste, pero muchos dijeron públicamente que era producida por los específicos que se le habian administrado con poco discernimiento para darle vigor. Apresuráronse á pedirle que expresara de una manera clara su voluntad, y luchando entre su conciencia y la afección por su nieto, sólo dió respuestas vagas.—Dejemos á los contemporáneos el cuidado de relatar este caso extraño.

Las Cortes se celebraban en Barcelona, y encontrándose el rey bastante mal, enviaron embajadores al monasterio de Valdoncelles, adonde se había retirado. Después de los primeros cumplidos, le preguntó el que presidia la embajada: «¿Señor, estáis conforme en que os suceda en vuestros reinos y tierras aquel á quien de derecho corresponda?—Sí, respondió.» Y el notario le repitió: «¿Señor, estáis conforme en que os suceda aquél á quien de derecho corresponda con arreglo á justicia?» Y dicho señor rey respondió: «Sí».—«*Senyor, plauvos que la successió dels dits vostres regnes e terres, après obte vostre (obitum), pervingue á aquell que per justícia deura pervenir?—Et dictus Dominus rex respondens dixit: Hoc.*»

«Esto ocurría á las diez de la noche del 30 de Mayo de 1410. Al dia siguiente 31, á la hora de tercia (hácia las nueve), se le hizo la misma pregunta, añadiendo: «¿Y que se extienda documento público?» Y dicho señor rey respondió: «Sí».—«*E qu' en sia feta carta pública?—Et dictus Dominus respondens dixit: Hoc.*» Y todavía por tercera vez.»

Estas preguntas y estas respuestas nos parecen extrañas, porque si sólo se trataba de una fórmula, ¿á qué tanta solemnidad? Pero era preciso alejar al niño ilegítimo, sin herir los sentimientos del rey. Sin duda también las Cortes, guardianes vigilantes de las leyes de la patria, presintiendo largas disensiones, quisieron que ninguno de los pretendientes pudiera invocar la respetabilidad de las últimas voluntades. De todos modos pregunta y respuesta singularmente fecundas en gérmenes de discordia. Durante dos años los diplomáticos

y los jurisconsultos amontonaron argumentos sobre argumentos, mientras tomaban vuelo las ambiciones desenfrenadas. Las olas de palabras, lo mismo que las olas de sangre, no tendrán fin y se necesitará que Vicente Ferrer, esto es, la omnipotencia de Dios, puesta en manos de un mortal, haga luz en este caos.

Felizmente había algo más positivo, pues el rey Martín, preocupado con su sucesión, como ya hemos dicho, en este mismo año 1410 había querido tener una entrevista con su sobrino el infante Fernando, enviándole a decir que, no teniendo heredero directo, ni otro pariente más próximo que él, le rogaba fuera a Zaragoza para tratar de este asunto.

Fernando estaba entonces con un ejército frente a Antequera, la plaza más fuerte de los moros por la parte de Castilla, la que tomó por asalto. Este brillante hecho de armas, tan bien descrito por Valla, ha quedado célebre en la historia de España, hasta el punto que con frecuencia se llama en ella al infante de Castilla Fernando de Antequera. Si rechazamos a Valla por exceso de entusiasmo, consultemos las *Crónicas de España*: «Una vez tomada Antequera, dicen, y después de dar gracias a la Virgen, se ocupó Fernando en reunir a su gente y penetró en tierra de moros, apoderándose de grandes riquezas, que distribuyó entre sus tropas, no reservándose para sí más que el honor de la victoria y un hermoso caballo. El rey de Granada confesó haber tenido 15.000 muertos, al paso que los españoles sólo tuvieron 150.» (Cayetano Rosell, *Crónica de los reyes de Castilla*, t. II, p. 320).

«De allí se trasladó Fernando a Zaragoza. Las declaraciones del rey fueron claras y precisas, y en consecuencia de ellas el príncipe publicó un escrito en el que manifestaba que siendo el pariente más próximo del rey Martín, aceptaba eventualmente la sucesión de todos sus reinos, tierras y posesiones, reservándose llevar a cabo esta declaración cuando llegara el momento oportuno.» Seguro de los derechos de su sobrino al trono de Castilla, no dudó un momento en inclinarse el primero ante un niño; convencido de sus propios derechos al trono de Aragón, tampoco titubeó en reivindicarlos. La posteridad le ha apellidado *el Justo*.

Cuando murió el rey, los otros pretendientes hicieron valer sus derechos ante el Parlamento de Cataluña, y éste respondió con la fórmula poco comprometedora que «la corona pertenecería al que tuviera derecho a ella con arreglo a justicia». Entre tanto, para que no se aumentara el desorden con la incertidumbre, tomó enérgicas

medidas, impuso silencio al conde de Urgel, cuya jactancia no reconocía límites, y dió pruebas de desinterés pidiendo á Aragón y á Valencia que enviaran comisionados para tratar una cuestión que interesaba á toda la Península. Podía esperarse la paz, cuando estalló la división en el seno del Parlamento. Al mismo tiempo llegaban malas nuevas de Sicilia, pues mal defendida esta provincia después de la muerte del joven rey, estaba á merced de todos los aventureros. Así terminó el año 1410.

En 1411 se puso aún más sombrío el horizonte. Viendo reinar la discordia en Barcelona, Aragón y Valencia, quisieron tener Parla-mentos aparte, llegando las contiendas entre los grandes hasta el extremo que Antonio de Luna mató por su mano al arzobispo de Zaragoza. Habiéndole atraído á una celada, bajo pretexto de conferenciar, desde las primeras palabras se enardecieron los ánimos y preguntado el Arzobispo: «¿Creéis que el conde de Urgel llegue á ser rey?» contestó: «No, mientras yo viva.—Entonces que tenga una probabilidad más en su favor», dijo su interlocutor.

Fué un verdadero asesinato de bandido, pues el prelado había acudido á la cita como caballero sin recelo de otro caballero, pudiendo esperar que á lo menos le protegería la gratitud, porque Antonio de Luna iba con toda familiaridad al palacio del arzobispo, de donde sacaba recursos.—«El arzobispo, dicen las *Crónicas de España*, se trasladaba á un pueblo llamado *la Almunia*, y Antonio envió á pedirle una entrevista. Confiando en la tregua pactada entre ambos, acudió el arzobispo, llevando sólo consigo ocho personas: Antonio iba á la cabeza de sesenta caballeros armados, y en cuanto lo vió, lo mató.» (*Obra citada*, p. 337).

Este crimen odioso fué llevado al Parlamento; pero en vez de enmendarse, Luna se ofreció á defender su causa en campo cerrado, reto insensato que fué recogido por toda la nobleza de Aragón, llegando la confusión á su colmo.

El Parlamento, viéndose poco seguro en Barcelona, tuvo que separarse.

Tan importante era este negocio, que Benedicto XIII creyó deberle prestar toda su atención.

Preciso era restablecer el Parlamento á cualquier precio por ser la única autoridad que quedaba en pié, y se fijó Tortosa como punto de reunión; pero los individuos que lo formaban mostraban repugnancia en acudir allí y el Pontífice tuvo que emplear su autoridad sobre los obispos. Los ánimos estaban muy desalentados.

La madre del conde de Urgel le apremiaba para que tomase las armas. «En vez, decía, de perder el tiempo en contemplaciones estériles, no tenía más que presentarse y todas las poblaciones le seguirían. Debía comprar por la espada el derecho de reinar.»

Efectivamente, el conde levantó tropas, y Fernando de Castilla protestó ante el Parlamento, á lo cual respondió el de Urgel que él sólo trataba de proteger la libertad de las deliberaciones. Fernando ya no se detuvo y preparó fuerzas considerables, que invadieron á Aragón, abrigando además el deseo de vengar la muerte de su amigo el arzobispo de Zaragoza. El Parlamento se interpuso; pero conociendo su impotencia, quiso á lo menos librarse de responsabilidad y los más sabios doctores, así eclesiásticos como seculares, presentaron eruditos trabajos sobre la materia. Vanos esfuerzos que no sirvieron más que para hacer más grave la situación.

Mientras el Parlamento de Cataluña celebraba sus sesiones en Tortosa, los Estados de Aragón se reunían en Alcañiz. Ya hemos visto que Valencia tenía dos Parlamentos contrarios, uno en Vinaroz y otro en Traiguera, habiendo sido en vano que los Estados de Aragón y de Cataluña enviaran embajadores para hacer cesar estas escandalosas disensiones y que Benedicto XIII ofreciera su mediación. «Para concertar tan diferentes voluntades y pareceres en tanta contradicción y contienda, dice Zurita, de que se temía que habían de venir á rompimiento de guerra, ninguna cosa se deseaba más comunmente, que se diese orden que viniese á asistir en sus congregaciones el bienaventurado varón maestro Vicente Ferrer, cuya santidad y religión era muy reverenciada en aquellos tiempos, que se hallaba en esta sazón en Castilla; y haciase muy grande instancia, que viniese luego, como el más verdadero ministro que se podía hallar, para conformar tantos y tan diversos pareceres: señaladamente en las disensiones y bandos de los de su propia nación, teniendo por cierto que con tales ministros acostumbra nuestro Señor mostrar singulares obras.» (1).—Ningún erudito serio pone en duda el mérito y autoridad de Zurita como historiador.

No es sólo el célebre historiador aragonés de nuestro siglo de oro quien se expresa en este asunto como acabamos de ver, sino que también un eximio escritor contemporáneo y distinguido literato, cuyos trabajos han merecido ser premiados por la Academia de la Historia, al estar de acuerdo con aquél, hace vibrar al unísono la

(1) Zurita, *Anales de la Corona de Aragón*. (N. del T.)

nota moderna: «Hubiera tal vez llorado Valencia nuevos desastres si, regresando á la sazón de Castilla, el gran cogedor de mies sagrada, cuyo acento sublime avasallaba el furor de sus compatriotas, no hubiera levantado su voz para mostrarles en ocasión tan solemne la senda de sus deberes.» (D. Florencio Janer: *Examen de los sucesos y circunstancias que motivaron el compromiso de Caspe*.—Premiado por la Academia de la Historia, Madrid, 1835 (1).



(1) Florencio Janer. (N. del T.)





## CAPÍTULO XVI

### LOS JUECES

**Los pretendientes.—Paralelo entre el de Urgel y Fernando.—Caspe.—Convocación de los competidores.—El «Justicia» mayor Berenguer de Bardaxi.—Elección de los nueve jueces.—Dificultades.—Juramento solemne.—Vicente Ferrer.**

**H**ABÍA seis pretendientes: Juan, conde de Prades; Alfonso, de Gandia; el joven Federico, conde de Luna, hijo natural del rey de Sicilia; Jaime, conde de Urgel; Luis de Anjou, duque de Calabria; y Fernando de Castilla.

Las probabilidades eran varias. Juan de Prades y Alfonso de Gandia parecían los menos favorecidos, estando su derecho subordinado al del conde de Urgel. El joven Federico, aunque legitimado por Benedicto XIII para que á lo menos pudiese heredar la Sicilia, apenas tenía partidarios fuera de esta provincia. Luis de Anjou tenía en su favor la Francia.

La cuestión estribaba principalmente entre el conde de Urgel y el Infante de Castilla: el primero muy querido en Cataluña, liberal, llano en sus maneras, de buena figura y valiente, pero violento y nada escrupuloso, tomando á su servicio los hombres más perdidos y aliándose con todo el que favorecía su ambición; el segundo caballeresco, desinteresado, no obrando jamás á la ligera, firme, cristiano de veras, teniendo en su favor á todas las personas honradas y la verdadera confianza de los pueblos. A medida que se desarrolla el drama, se dibuja el carácter respectivo de ambos, y el veredicto del compromiso de Caspe será verdaderamente la expresión del estado general de los ánimos.

Por cartas que se cogieron á un emisario se adquirió la prueba de que, aun viviendo el rey Martín, el de Urgel mantenía secretos manejos y recibía dinero, en cambio del cual prometía «ayudar al rey moro de Granada en todas sus empresas y particularmente contra el Infante de Castilla.» Estas cartas presentadas al Parlamento de Alcañiz desprestigiaron por completo al Conde.

Entonces se abrió camino la idea de reunir los Estados de los tres reinos y que entre ellos se escogiesen cierto número de hombres probos, en cuyas manos se pondría el negocio.

En Febrero de 1412, en una Asamblea plena de los Parlamentos de Cataluña y Aragón, se tomó el siguiente importante acuerdo:

«1.º El asunto de la sucesión se confiará á nueve personas de recta conciencia, de buena fama y de carácter tan firme, que puedan seguir hasta el fin la comenzada empresa, es decir, designar aquel á quien en toda justicia haya de prestarse juramento de fidelidad, señalando para sus deliberaciones la ciudad de Caspe con plena jurisdicción aprobada por el Soberano Pontífice.»—Caspe era una ciudad libre, perteneciente á la Orden de San Juan de Jerusalén, situada á igual distancia de Tortosa y de Alcañiz.

«2.º Estas nueve personas debían estar graduadas en uno ú otro derecho del siguiente modo: tres en el primer grado, tres en el segundo y tres en el tercero. No podrían reunir más de cuarenta soldados.

»3.º Aquel que designaran estas nueve personas, ó seis de ellas con tal que estuviesen representados los tres reinos, sería reconocido por verdadero, definitivo y legitimo rey.

»4.º Esta designación debía hacerse en el plazo del 29 de Marzo al 29 de Mayo, pudiendo prorrogarse, pero sólo hasta el 29 de Julio de aquel año 1412.

»5.º Estas nueve personas jurarían solemnemente, después de haber confesado y comulgado ante todo el pueblo, proceder en este negocio con la mayor actividad posible, designar el rey según Dios, la justicia y la conciencia les dictaran, dejando á un lado toda afeción ú odio, y no revelar á persona alguna antes del día de la publicación su intención, su voto ó los de sus compañeros.

»6.º Los competidores serían oídos á medida que compareciesen: en caso de hacerlo simultáneamente, los jueces tendrían el derecho de oír primero al que tuvieran por conveniente.

»7.º Si alguno de los jueces se viera imposibilitado de desempeñar su cargo, los otros ocho nombrarían el que hubiera de reemplazarle perteneciente al mismo reino.

»8.º Para la guarda del castillo y gobierno de la ciudad se nombrarían dos capitanes experimentados, uno aragonés y otro catalán, cada uno de los cuales tendría á sus órdenes 50 hombres de armas y 50 ballesteros.

»9.º Finalmente, ninguna gente armada podría acercarse á la ciudad á distancia menor de cuatro leguas, excepto los heraldos de los competidores, los cuales no podrían llevar consigo más de 50 hombres de á pié y 40 caballos. Los parlamentos estarían reunidos hasta el nombramiento del rey, comprometiéndose á no revocar los poderes otorgados á los nueve jueces y prestar homenaje sin observaciones, ni restricción alguna al monarca que fuese elegido.»

Esta acta fué firmada el 16 de Febrero de 1412, y en seguida se enviaron cartas de convocación á cada uno de los pretendientes.

Conviene hacer aquí mención de un hombre que fué en esta ocasión el precursor de Vicente Ferrer. Berenguer de Bardaxi ejercía en Zaragoza el difícil cargo de *Justicia* mayor de Aragón, rueda administrativa de la más alta importancia. Investido de poderes muy amplios, su principal misión consistía en dirimir las diferencias entre gobernantes y gobernados, lo que, especialmente en aquellos tiempos turbulentos, pedía un gran tacto unido á una firmeza inquebrantable. Él fué el que mantuvo en su deber al conde de Urgel; él quien, á pesar de todas las dificultades, reunió el Parlamento de Tortosa; él, en fin, quien tuvo la idea de los nueve jueces. Había estudiado mucho tiempo el negocio y se consideró su proposición como inspirada de lo alto.

Sin embargo, fué maravilla que pudieran ponerse de acuerdo. «Urgel, dicen las *Crónicas de España* (*Obra citada*, p. 341), envió una tropa de Gascones ingleses—la Aquitania pertenecía á los ingleses—con orden de unirse á los valencianos que no estaban conformes con aquella declaración, viéndose obligado Fernando á dispersarlos por la fuerza.» En efecto, Valencia, ensangrentada todavía por la batalla de Murviedro, fué la última en adherirse. Por fin, el 14 de Marzo se publicó la lista de los nueve jueces.

Eran éstos: por el reino de Aragón, Domingo Ram, obispo de Huesca; Francisco de Aranda, retirado á la Cartuja de Portacœli, y Berenguer de Bardaxi; por Cataluña, Pedro Sagarriga, arzobispo de Tarragona; Guillermo de Valseca y Bernardo de Gualbes; por el reino de Valencia, Bonifacio Ferrer, general de la Gran Cartuja; Vicente Ferrer, y Ginés Rabassa, consejero en otro tiempo del rey Pedro IV y afamado jurisconsulto.

«Eran todos, dice Zurita, personas tan graves y de tan sobresalientes cualidades, que cada uno en su grado merecía ser nombrado para juez de tan gran hecho: pero la religión y santidad de aquel bienaventurado varón Fr. Vicente Ferrer resplandecía entre todos como verdadero lucero, y no parecía que con aquella guía se podían desviar del verdadero camino de la justicia; y fué muy mirado en esto haber sido nombrados dos hermanos por jueces en esta causa» (1).

Fué tan acertada esta elección, que mereció la aprobación universal. Todos gozaban fama de sabios, virtuosos y prudentes, y entre todos resplandecía como un lucero luminoso el célebre apóstol fray Vicente Ferrer.» (Lafuente, *Historia general de España*).

Sin embargo, la reunión de los delegados en Caspe no dejó de ofrecer dificultades. Francia, á instigación de la duquesa de Anjou, opuso un obstáculo inesperado recusando algunos jueces, entre ellos Bonifacio Ferrer, como sospechosos de parcialidad. ¡Y cosa extraña! los embajadores se ofrecieron á sostener sus pretensiones ante los otros jueces y principalmente Vicente Ferrer, á quien venía á tomarse así por árbitro contra su propio hermano.

Monfar, historiador de los condes de Urgel, refiere que se quiso recusar también al obispo de Huesca porque tomaba demasiada parte en los negocios políticos y también á Bonifacio Ferrer porque tomaba poca. Y otras reclamaciones del mismo valor, que no fueron atendidas.

El conde de Urgel trató de recobrar por algún hecho de armas la consideración que había perdido, al paso que Fernando, por el contrario, retiró sus tropas y apremió con todo su poder para que se verificara la reunión de Caspe.

Ocupado Vicente Ferrer en Salamanca, fué uno de los últimos en llegar, y entonces se vió claramente que en el ánimo de todos estaba que de este humilde monje dependía la solución de aquel importante negocio. Los jueces y los obispos fueron á recibirle y nadie se admiró de que más tarde se le diera la preferencia en la emisión del voto, cuando realmente ocupaba el octavo lugar.

En el día convenido, después de oír misa y comulgar ante todo el pueblo, los nueve delegados, poniendo una mano sobre los Santos Evangelios y la otra sobre un crucifijo, pronunciaron el juramento prescrito en el artículo quinto del acuerdo copiado.

«Terminada la misa, dice Florencio Janer, subió al púlpito San

(1) Zurita, *Anales de la Corona de Aragón*, (N. del T.)

Vicente Ferrer, pronunciando elocuente é inspirado sermón, á que sirvieron de tema las palabras del Apocalipsis: *Gaudeamus et exultamus, et demus gloriam ei: quia venerunt nuptinec Agni*; con aquel fuego y unción evangélica que le hacian invencible, con aquella claridad y firmeza que le aseguraban el dominio de la muchedumbre, explicó Fr. Vicente las excelencias de la fe, y discurrendo después sobre el gobierno de los pueblos, vino á considerar los derechos de cada uno de los pretendientes, declarando la justicia con que habían fallado el negocio de la sucesión, y leyendo, por último, la sentencia que declaraba rey de Aragón á D. Fernando, infante de Castilla» (1).

Cada uno de los pretendientes había enviado sus plenipotenciarios al Congreso. Al llegar á este punto se eleva hasta el ditirambo el laureado escritor:

Representátese á la imaginación del historiador aquellos jurisperitos, honra de la toga española y oráculos de las leyes patrias, apurando toda su ciencia y poniendo en extremado aprieto su ingenio para convencer á los jueces de la razón que legitimaba las demandas de sus patronos y pidiendo cada cual para el suyo nada menos que una real corona. Despiertan asimismo la consideración del filósofo la reverente compostura y el recogimiento con que, acallando el furor de las parcialidades y tendencias, olvidaban los oyentes sus particulares afectos, dominados por el gran prestigio de aquel nuevo Areópago: ejemplo digno en verdad de ser imitado en los tiempos modernos, que, sin guardar los fueros de la justicia, apellidan á aquellos siglos con el dictado de bárbaros.

Y sube de punto la admiración que en nosotros engendra aquel extraordinario espectáculo, al contemplar en el fondo de tan majestuoso cuadro la colosal y simpática figura de un predicador cuyas sienes iluminaban la doble aureola de la virtud y de la ciencia y cuya voz sublime había hecho para el cristianismo las más prodigiosas conquistas: Fr. Vicente Ferrer, á quien sus propios contemporáneos elevaron á la adoración de los altares, aquel ardiente campeón de la fé que había volado á su patria para arrojar la oliva de la paz entre los bandos que la inundaban de sangre, brillaba ahora cual nuncio de ventura en medio del consistorio nacional, siendo para todos prueba segura de que allí adonde recayera su voto, allí debían resplandecer la verdad y la justicia» (2).

(1) Florencio Janer. (N. del T.)

(2) Florencio Janer, examen de los sucesos y circunstancias que motivaron el compromiso de Caspe. (N. del T.)





## CAPÍTULO XVII

## LA ELECCIÓN

Discusión de los derechos.—Alarma.—Locura súbita de uno de los árbitros.—Ciérranse las puertas del castillo.—Fórmula de la elección.—Los votos.—Vicente Ferrer publica el fallo.—¡Caspel!

**L**os jueces oyeron pacientemente durante treinta días los argumentos en pro y en contra.—«Cuando ya los abogados no tuvieron qué decir», escribe con mucha formalidad un antiguo autor, se procedió á la elección.

Y no dejó de haber sus temores, pues los pretendientes tenían en la ciudad partidarios armados que no escaseaban el ruido y las amenazas. El diablo, á quien la presencia de Vicente Ferrer mantenía á respetable distancia, procuraba á lo menos fomentar la discordia. En los sermones manuscritos de Valencia se halla la siguiente historia referida por el mismo Santo: «Había en Caspel un brujo que á toda costa quiso saber quién sería el elegido y recurrió á su agencia habitual de informaciones, nombrándole el diablo á uno de los pretendientes y al día siguiente á otro, lo que incomodó al brujo.—¿Quieres que te diga la verdad?, dijo el diablo. Pues bien, helo aquí: Durante todo el tiempo del Compromiso no hemos podido acercarnos á menos de tres leguas, á causa de cierto hombre que hay allí.»

Volvió á tratarse de la competencia de los jueces y muchos hicieron la observación de que entre ellos había dos hermanos que, naturalmente, serían de la misma opinión; pero la notoria santidad de éstos hizo que aquélla no se tuviera en cuenta.

Un día pidió audiencia á la asamblea Francisco de Prellós, yerno de Ginés Rabassa, y dijo «que había observado en su suegro señales

de enajenación mental.» Para evitar dilaciones se nombró en el acto en lugar del enfermo á Pedro Bertrán, valenciano, jurista distinguido. Pero nadie se engañó acerca de esta súbita locura, que Lafuente dice con formalidad que fué fingida. Si se ha de creer una nota del cronista Viciara, Rabassa otorgó su testamento pocos días después en perfecto estado de lucidez de espíritu. Sin duda había querido eludir la responsabilidad de semejante fallo este consumado legista, este consejero de reyes, este viejo encanecido en los negocios. Hay horas, sin embargo, en que nadie tiene derecho á negarse al llamamiento de la patria, por penoso que sea el servicio que se le exija.

En los últimos momentos se manifestó una indecisión general, como sucede en la víspera de acontecimientos decisivos: se tuvo miedo de lo que se iba á hacer; se preguntaban si no era temerario confiar en definitiva á hombres prevenidos en algún sentido y no exentos de pasión los destinos de un gran pueblo. El conde de Urgel se aprovechó de este minuto de incertidumbre para hacer declarar que la sucesión de un reino, que después de trescientos años pertenecía por derecho de nacimiento á una familia, no debía estar así á merced de unos cuantos letrados; y que el simple buen sentido indicaba que la corona debía pertenecerle á él, á quien el mismo anciano rey había confiado la tenencia general del reino.

En tal estado se hallaban las cosas cuando se cerraron las puertas del castillo de Caspe. El pueblo empezaba á murmurar.

El momento era solemne: «Todas las cosas estaban tan en orden, y á punto de guerra, como si aquel lugar se hubiera de acometer por enemigos: y fuera de la gente de guarnición estaba todo él lleno de personas de letras, y de ropa larga, concurriendo los abogados y procuradores de los Príncipes que competían por la sucesión, que eran muchos, y sus embajadores en hábito pacífico y sin armas: cosa que nunca se vió jamás, concurrir tan diferentes naciones de diversas posesiones y en aquella forma de ayuntamientos (1).

En efecto, compuesto, como hemos dicho, de cinco sacerdotes y de cuatro juristas, la religión y el derecho, quedó el Senado de Caspe entregado á sus últimos trabajos.

Recuérdese que se trataba de la sucesión del rey Martín, porque habiendo muerto el rey de Sicilia, su hijo único, sin sucesión legítima, quedaba sin heredero la corona de Aragón.

Se habla sólo de Aragón, que de hecho lo absorbió todo; pero

(1) Zurita, *Anales de la Corona de Aragón*, (N. del T.)

había también Cataluña, el reino de Valencia y las Baleares, cuyos antecedentes y costumbres se diferenciaban bastante de los de Aragón. Y si se tienen en cuenta los derechos, no poseídos por el hecho de ser derechos superiores existentes simultáneamente, sino que aparecen de nuevo; los hijos nacidos después de perdido el derecho de los padres; las ramas que no habían reinado, y por lo tanto sin aptitud para la sucesión, que es lo que hizo prescindir del duque de Gandía y del conde Prades, parientes muy próximos de la primitiva cepa, puesto que su padre Pedro de Ribagorza era hermano de Jaime II; si se considera que el reinado efectivo, no durante la interinidad, podía ser invalidado sobre este punto; y es lo que hizo eliminar á Enrique III de Castilla, y por consiguiente á su hijo Juan II, de donde resultó que á falta de rama masculina directa, puesto que el rey Martín no dejaba hijo ni hermano, el *hombre* que se hallaba más cerca del trono por parentesco natural era Fernando de Castilla—se comprenderá que todo este cúmulo de consideraciones aceptadas por unos, rechazadas por otros, embrolladas por la sutileza de los abogados, haya llegado á poner en tortura el espíritu de los desgraciados árbitros.

Para salir del apuro, como se trataba de la sucesión al trono de Aragón, recurrieron á una costumbre de Aragón, en lo cual obraron como hombres avisados; pero esto fué un verdadero *compromiso*, una verdadera *elección*. Además de eso, no pudo establecerse la preponderancia absoluta de los derechos del de Urgel, y aun perdieron mucho al examinarlos, de su aspecto de evidencia, sin cuya circunstancia nadie hubiera pensado en disputarlos. Prácticamente, los que anhelaban salvar los intereses primordiales de la patria española y los verdaderos intereses de los Catalanes, prefirieron el bien general á derechos dudosos.

La ilegitimidad del joven Federico hizo que este pretendiente fuese desde luego eliminado. Ni el recuerdo reciente del duelo universal que había producido la muerte de su padre, ni el testamento de este príncipe, apreciable bajo muchos conceptos, ni la preferencia mostrada por su abuelo en la sucesión de que se trataba, ni la intervención reparadora del pontífice, pudieron defenderle de la repugnancia que inspiraba la mancha de su origen. Nacido bajo la bendición de Dios, hubiera ahorrado á su país todos esos desastres, todas esas luchas, toda esa sangre derramada, toda esa triste historia de los pueblos que es la historia de sus desgracias. Él era el heredero y no hay duda que en caso necesario Fernando el Magnánimo le hubiera

prestado el apoyo de su leal espada y Vicente Ferrer el peso de su autoridad.

El conde de Urgel y Fernando de Castilla vinieron á quedar solos frente á frente. Desleídos en una fastidiosa inutilidad los alegatos jurídicos, los jueces de Caspe no tenían ya frente á sí dos pretendientes, sino dos hombres.

La mano de estos veteranos de los negocios tembló al acercarse el momento de emitir su voto, é instintivamente todos fijaron sus miradas en el varón de Dios. Éste comprendió, y recogíendose en una plegaria interior, escribió la siguiente fórmula: «Yo, Fr. Vicente Ferrer, de la Orden de Predicadores, maestro en teología y uno de los nombrados diputados por los parlamentos, digo, según lo que alcanzo y puedo, que al inclito y magnífico Señor Fernando, Infante de Castilla, nieto ó *net* del Señor Rey D. Pedro de Aragón, de feliz memoria, padre del Señor Rey D. Martín, de memoria excelsa, últimamente fenecido, más cercano varón, nacido de legitimo matrimonio y conjunto á entrambos en grado de consanguinidad (respectante al dicho Señor Rey D. Martín) deben y están obligados á tener por su verdadero Rey y Señor de justicia y prestarle el pleito homenaje de fidelidad los dichos parlamentos, los súbditos y vasallos de la Corona de Aragón, según Dios y mi conciencia. Y en testimonio de lo dicho firmo de mi mano las presentes y las fortalezco con mi sello pendiente» (1).

«Fué, á mi juicio, de mucha consideración, dice el autor de los Anales de Aragón, que habiendo de declarar sus votos y pareceres, dió el primero el suyo el santo varón Fr. Vicente Ferrer, hallándose entre ellos personas constituidas en tanta dignidad como el arzobispo de Tarragona y el obispo de Huesca; que por ser famosos letrados en los Derechos Civil y Canónico, y siendo la causa llena de dificultades de instituciones y sustituciones de los testamentos de diversos Principes, y del derecho y costumbre de la patria, que tiene en este caso la misma fuerza que las leyes establecidas por el consentimiento general de los pueblos, podían fundar sus pareceres con más fundamento que un religioso que en su profesión era teólogo? y pareció verdaderamente que lo ordenaba así nuestro Señor, para más declarar que en aquel juicio intervenía, más que razón, y ley, y costumbres de las gentes y no se fundaba solamente en letras y sabiduría humana» (2).

(1) Vidal y Micó. (N. del T.)

(2) Zurita, *Anales de la Corona de Aragón*. (N. del T.)

El obispo de Huesca, tan modesto como sabio, no temió rebajar su dignidad, formulando su voto en estos términos: «En todo y por todo me adhiero á la opinión del maestro Vicente.—*In omnibus et per omnia adhærere volo intentioni prædicti Domini magistri Vincentii.*»

A éste siguieron Bonifacio Ferrer, Bernardo de Gualbes, Berenguer de Bardaji y Francisco de Aranda. El arzobispo de Tarragona dijo, que, dados los hechos consignados, Fernando de Castilla era el más á propósito para gobernar el reino, pero que el conde de Urgel y el duque de Gandia, como descendientes legítimos en línea masculina de los reyes de Aragón, tenían un derecho preferente y que, diferenciándose poco el derecho de ambos, debía elegirse al que fuera más digno. Guillermo de Valseca votó lo mismo, salvo que daba la preferencia desde luego al conde de Urgel, añadiendo que como había estado mucho tiempo ocupado en los trabajos del parlamento de Tortosa y además enfermo, no había podido estudiar á fondo el asunto. Pedro Bertrán adujo la misma excusa, diciendo que había hecho todo lo humanamente posible, pero que en aquella multitud de tratados, de alegatos y de escrituras no había podido formar un criterio á conciencia.

Los parlamentos habían convenido que bastaran las dos terceras partes de los votos con tal que en ellos estuviesen representados los tres reinos, y siendo así, quedaba fallado el asunto y cerrado el debate. Esto ocurría el 24 de Junio de 1412. Sacáronse tres copias de estas declaraciones, de las que se enviaron una á cada Estado, después de legalizadas por seis notarios á presencia de los capitanes de la guardia, guardándose el secreto más absoluto.

Llenados todos los requisitos, salieron los jueces del castillo el martes 29 de Junio á las nueve, y en un estrado levantado delante de la iglesia y magníficamente adornado, celebró el obispo de Huesca la misa pontifical, en presencia de los compromisarios, de los embajadores de los tres reinos, de la nobleza y de una muchedumbre inmensa, después de lo cual subió Vicente Ferrer al púlpito y habló sobre este texto del Apocalipsis: *Gaudeamus et exultemus et demus gloriam Deo, quia venerunt nuptiæ Agni.*—«Esta frase de sabor místico, dice Zurita, le sugirió interpretaciones que parecieron á todos un discurso divino, tanto á causa de la santidad de este hombre apostólico, como de la solemnidad del acto que se realizaba.»

Y el noble historiador se complace en estos relatos que verdaderamente honran á su patria, describiéndolo todo detalladamente: el estrado, el altar, las armaduras de los soldados, el tiempo que hacia, el

sitio que ocupaba cada cual; en fin, todo el aparato desplegado «para uno de los actos más soberanos que se hayan visto en los grandes siglos de la historia».

Por fin, en medio de la expectación general, desplegó Vicente Ferrer el acta de la elección y leyó lentamente lo que sigue:

«Nos, Pedro Zagarriga, arzobispo de Tarragona; Domingo Ram, obispo de Huesca; Bonifacio Ferrer, Gran Don de la Cartuja; Guillem de Valséca, doctor en leyes; Fr. Vicente Ferrer, de la Orden de Predicadores, maestro en santa teología; Berenguer de Bardaxi, señor del lugar de Zaydi; Francisco Aranda, donado del monasterio de Portacœli, del Orden de la Cartuja, natural de Teruel; Bernardo de Gualbes, doctor en ambos derechos, y Pedro Bertrán, doctor en decretos; es, á saber, los nueve diputados ó electos por los parlamentos generales, etc. Nos, pues, decimos y publicamos que los susodichos parlamentos, los súbditos y vasallos de la Corona de Aragón deben y están obligados á prestar el homenaje de fidelidad... al ilustrísimo, excelentísimo, poderosísimo príncipe y Señor D. Fernando, infante de Castilla» (1).

Entonces se levantaron los jueces y gritaron: «¡Viva nuestro señor y rey Fernando!» La multitud, largo tiempo contenida, prorrumpió al fin en atronadores vivas; el gobernador del castillo enarboló el estandarte real; sonaron los tambores y las trompetas, y hubo verdaderamente, según el texto de Vicente Ferrer, un día de alegría.

Sin embargo, no faltaron algunos murmullos, pues una parte del pueblo esperaba que se proclamase rey al conde de Urgel.

Vicente Ferrer, deseando destruir toda oposición, subió al día siguiente al púlpito, resumió los trabajos del Congreso, mostró la filiación del nuevo rey, hizo su elogio como príncipe, y logró hacer comprender á los descontentos que eran víctimas de un apasionamiento irreflexivo. «Dejad á los malos, dijo al terminar, la responsabilidad de sus actos y no neutralicéis los buenos deseos de Dios respecto á lo que os concierne.»

Por otra parte el rey Fernando realizó todas las esperanzas que se habían concebido, pues era prudente, firme y sabia perdonar, de lo cual se nos presentará pronto una prueba sin réplica. Las *Crónicas de España* refieren muy sencillamente la elección de Caspe. «Y después de comer corrieron toros é hicieron muy grandes alegrías por todo el

(1) Vidal y Micó. (N. del T.)

*lugar.*»—Sabido es que de tiempo inmemorial no hay en España fiesta sin corrida de toros.

Vidal y Micó no ha tratado cuestión alguna con tanto detenimiento como ésta, consagrándole dos capítulos llenos de vida é interés (XVI y XVII), en los que discute todos los derechos y reproduce extensamente todos los motivos que hicieron eliminar uno tras otro á los pretendientes. Excusado es decir que se muestra partidario sin restricción del fallo pronunciado en Caspe.

¡Caspe! este nombre, que nos es desconocido y que no menciona ninguna de nuestras historias, recuerda al hombre estudioso uno de los acontecimientos que más influencia ejercieron en los destinos del mundo, pues inaugura la era de las grandes unidades políticas, y abre el camino de Caspe á las Américas. Sin la obra del Congreso de Caspe, España hubiera acabado de arruinarse con discusiones estériles, hubiera pasado á Inglaterra la preponderancia política y se hubiera roto quizá para siempre el equilibrio europeo.

España ha comprendido este beneficio. Hace algunos años, al mismo tiempo que la Academia de la Historia premiaba el trabajo de un hombre de talento, arrebatado á la gloria demasiado pronto, un hábil pintor reproducía en lienzo el compromiso de Caspe, hermoso cuadro que en el palacio del Congreso de Madrid decora como único adorno la sala en que se reúne la Comisión de presupuestos.

Allí enseña Vicente Ferrer la probidad á los que disponen de la fortuna pública.

Tomando sobre sí Vicente Ferrer en Caspe la responsabilidad del poder que hace á los reyes, impulsaba la historia de su país, como muy pronto en Perpiñán impulsará á la Iglesia por los difíciles caminos del mundo. Se comprende que con tal propósito suspendiera su apostolado. Para él, como para todo patriota inteligente, la patria se encarnaba en la realeza cristiana, imagen agrandada de la autoridad paterna, única que permite á los hombres obedecer con la frente alta, el alma tranquila y el corazón orgulloso; manifiestamente designada á las naciones que Dios destina á sus obras escogidas y sancionada por prodigios, para no dar lugar al error.

Era además el Apóstol de la verdad, y la verdad no puede germinar y dar fruto más que en un terreno estable. Dios no puede existir en las sociedades turbulentas, como no existe en las almas desordenadas, y esto se veía perfectamente, aun en la Iglesia. Lo primero, pues, que había que hacer era regularizar los poderes públicos: y en tanto que se pudiese extinguir el gran cisma de Occidente, Dios le

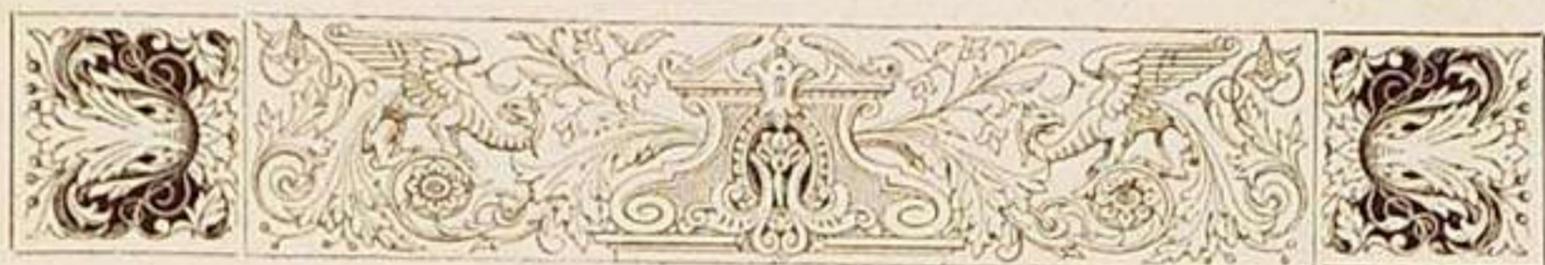
dió la gran satisfacción de prestar á su patria un servicio á ningún otro parecido.

Como hicieron los confederados suizos, cuando en la segunda mitad del mismo siglo su santo conciudadano Nicolás de Flue restableció entre ellos la paz y la unión, los tres reinos de Cataluña, Aragón y Valencia hubieran podido, después del gran acontecimiento de Caspe, acuñar una medalla de oro en honor de Vicente Ferrer con esta inscripción: Al salvador de la patria.

En el momento en que España acaba de caer á tal grado de inferioridad, que la pequeña Bélgica tendrá en adelante más importancia que ella, sería curioso establecer un paralelo entre la fecunda grandeza de una monarquía verdaderamente católica y las sombrías agitaciones, fatalmente estériles, del régimen mal llamado liberal.

El compromiso de Caspe ha tenido sus cantores, y á la vista tengo dos poemas inspirados por él, que no dejan de tener algún mérito. Es de admirar que este asunto no haya tentado á algún dramaturgo, porque hay en él tela para una buena tragedia: la condesa de Urgel sería una Agripina que no le iría en zaga á la otra.





EXAMEN CRÍTICO  
DEL  
COMPROMISO DE CASPE

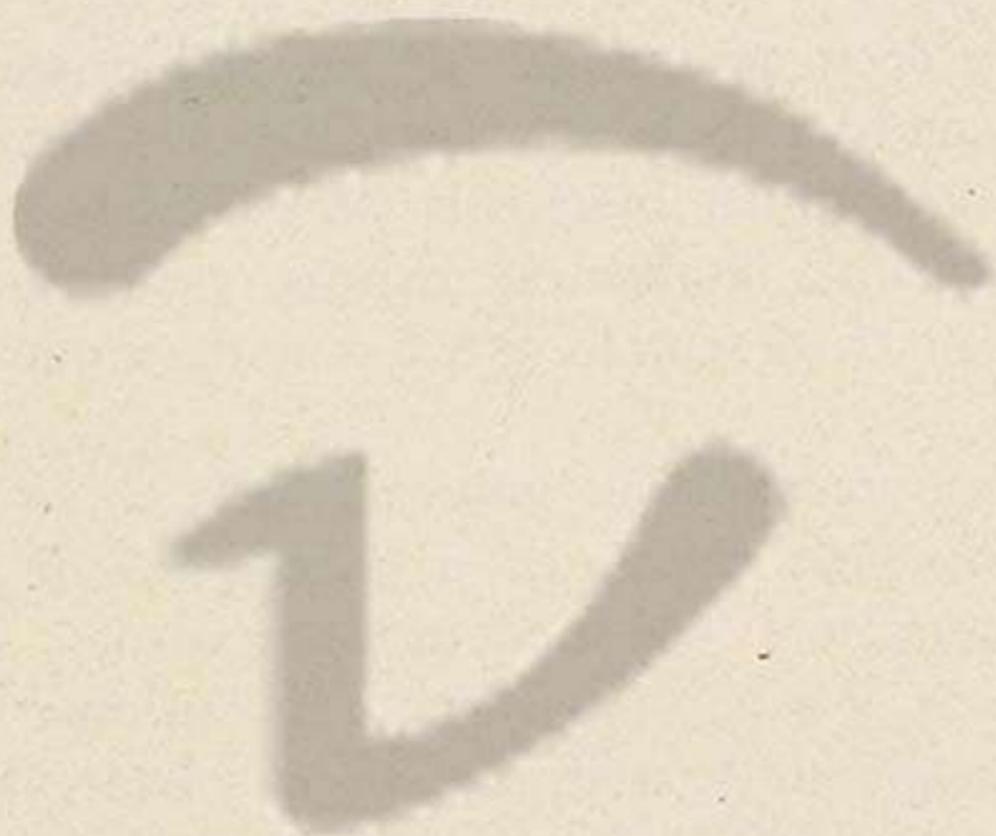
Da pena tener que decir que un acto de tan alta prudencia ha tenido detractores, y que ha habido españoles que han rehecho los Anales de su país para batir en brecha la obra llevada á cabo en Caspe. ¿Será acaso la historia también en España una conspiración contra la verdad y en este triste sentido se habrá de decir que «ya no hay Pirineos?»

—¡Ah, sí! y en ello se reconoce la influencia nefasta de nuestra revolución, mostrándose más intensa en la proximidad de la frontera. Los principales detractores son modernos y catalanes.

Son poco numerosos; y aunque sus obras no sean muy voluminosas, tal vez fuera prudente dejarlas caer en el olvido, si no se supiera que las excentricidades del pensamiento impresionan y á veces subyugan el espíritu en proporción á su audacia.

El historiógrafo de San Vicente Ferrer no podría excusarse de someter este hecho capital á un detenido examen, advirtiéndole, no obstante, que esta discusión, promovida por la historia de España, interesa sobre todo á los españoles.







## EXAMEN CRÍTICO DEL COMPROMISO DE CASPE

### § I

#### EL COMPROMISO

D. Antonio Bofarull empieza así la monografía de Juan II en su *Historia de Cataluña*, tomo VI, pág. 6.

«Antecedentes indispensables para apreciar el reinado de D. Juan, mal padre, mal hombre y mal rey.»

«La superstición no nos llevará hasta el extremo de creer que el anatema de Benedicto de Luna contra la familia y sucesión del que él había hecho rey en Caspe, se vá cumpliendo ya en el reinado que vamos á describir; pero dado que aquel anatema tenga más de humano que de profético, bien podemos creer que el experimentado político de Peñíscola, que tiempo tuvo y talento de sobra para conocer los defectos que caracterizan á ciertos hombres, razas y naciones, acaso juzgó que la nueva dinastía que él había creado, colocada en los Estados, para ella extranjeros, de Aragón, no podría dar más que ilegalidades, contrafueros, ejemplos de inmoralidad, y en consecuencia luchas y pependencias, que algún día, y antes que llegase la cuarta generación, diesen quizá el resultado de expulsar del país como intrusos ó tiranos á los mismos que por sobrada condescendencia á toda previsión, antes había consentido» (1).

Difícil es acumular más errores al lado de afirmaciones más apasionadas.

Es falso que Benedicto XIII haya contribuido directamente á la elección de Fernando. Pedro de Luna, aragonés y Papa, tenía sin

(1) Antonio Bofarull, *Historia de Cataluña*. (N. del T.)

duda el deseo de ver terminadas las luchas salvajes que desolaban á su patria y de rechazo á la Iglesia, pero el medio le era indiferente: él creyó que obraba bien legitimando al joven D. Federico; tenía por objetivo la paz y no otra cosa. La única parte activa que tomó en este negocio fué obligar á los obispos á que se presentasen en el parlamento de Tortosa.

A. Bofarull habla en otra parte del «Compromiso de Caspe, tan hábilmente preparado y dirigido por el ciego y refinado egoísmo del Pontifice intruso Benedicto XIII!!...» Y todavía: «Él (Benedicto XIII) esperaba impaciente la ocasión de afirmar su tiara amenazada.»— Nada autoriza para decir que su tiara estuviese entonces amenazada en España; no había razón alguna para pensar que el conde de Urgel hecho rey abandonaría su obediencia; más bien debía temerlo de Fernando de Castilla, que guardaba un resentimiento implacable por el asesinato de su amigo el arzobispo de Zaragoza, por Antonio de Luna, pariente del Pontifice. La verdad es que Benedicto XIII, tan elogiado por los catalanes, no es más que un vulgar ambicioso, aun para sus historiadores, cuando se trata del conde de Urgel.

La injuriosa palabra *extranjeros* no viene aquí á cuento, porque si bien es verdad que Fernando era castellano, también era en realidad próximo pariente de los reyes de Aragón, cuya sucesión se ventilaba.

Sin duda hubo aún lo que se llama *luchas y pendencias*, pero no se puede exigir de un hombre que cambie el fondo de las cosas y el carácter de un pueblo. Si España es por su clima un rincón del paraíso terrestre, es una verdadera torre de Babel por su propensión á las guerras intestinas y á las revoluciones. El acto llevado á cabo por el Compromiso de Caspe fué sabio, fruto de una larga y sangrienta experiencia, resultado de maduras deliberaciones, y terminó por una elección reconocida por todos como la mejor; ¿qué puede exigirse más, razonablemente hablando?

En cuanto á la cuarta generación, sin conocer á fondo la historia de España, basta abrir el primer diccionario histórico que venga á la mano. En el de Gregoire, Profesor de la Universidad (Paris, Garnier, 1874), que tengo á la vista, leo: «Juan II era el hijo segundo de Fernando de Antequera; sucedió á su hermano mayor Alfonso el Prudente y fué padre de Fernando el Católico, que casó con Isabel de Castilla, alianza que dió origen á la grandeza de España.»

No es posible discutir con A. Bofarull, cuando convierte la elección de Vicente Ferrer en cálculo maquiavélico para *tranquilizar á todo el mundo sobre la equidad de lo que se hiciera*: cuando representa á los

otros jueces como groseras nulidades y lleva la ligereza hasta insinuar que tan ilegítimo era Fernando, como Benedicto XIII, siendo así que para los catalanes era éste entonces el único Papa legítimo.

Echar en cara como un crimen á Vicente Ferrer, predicador, que se sirviera de la Sagrada Escritura para anunciar el resultado del Congreso, cuando él, Bofarull, extracta con extensión el discurso del rey Martín en las Cortes de Perpiñán todo empapado de Sagrada Escritura, esto no es serio.

Imputar á Zurita como un crimen el admirar este resultado pacífico después de tantas incertidumbres y de tanta sangre derramada y atribuirlo á la Providencia, es desconocer esos siglos de fe, tan fecunda en grandes obras, y preconizar muy gratuitamente nuestro racionalismo moderno tan raquitico y á veces tan grosero.

Inconsecuente consigo mismo, el historiador catalán hace en todo lo demás los mayores elogios de San Vicente Ferrer, y se le ve emplear todas las sutilezas de su retórica para excusarle como de una falta de los dos actos más grandiosos de su vida: Caspe y Perpiñán.

Según él, sólo el conocimiento secreto que tenía el Apóstol de un fratricidio cometido por el conde de Urgel le habría impulsado á elegir á Fernando. Este conocimiento sirvió, efectivamente, para castigar una insolencia, pero influyó poco ó nada en el hecho principal.

Para justificar lo de Perpiñán recurre á ciertos rozamientos, «*algunos disgustos*» ocurridos entre Benedicto XIII y Vicente Ferrer. —¿Con qué vara mide entonces á sus héroes?

Pero cuando se leen estas palabras: «La religión se honra con santos que, habiendo sido primero grandes pecadores, se convierten luego por el arrepentimiento y la penitencia, en las más gloriosas antorchas del catolicismo, como Pablo, Agustín, Crisóstomo y otros», no sabe uno si debe reír ó indignarse. ¿En dónde se ha visto que Vicente Ferrer se arrepintiera jamás de Caspe ó de Perpiñán?

En una nota (t. V, p. 8) dice: «Lorenzo Valla, historiador panegirista de Fernando que le protegía, considerado como maestro en el arte de transformar la historia y hábil en desfigurar ó inventar nombres, buscando antecedentes para legitimar la injusticia de Caspe...» (1) No necesito defender á Valla, que fué uno de los pri-

(1) La nota está en la pág. 202 y dice así: «Según Lorenzo Valla, que escribió después de arraigada ya la dinastía de Fernando y á medida que se iba borrando la memoria de los hechos pasados, como que el afán del historiador cortesano era legitimar en lo posible el advenimiento del señor que le pagaba, el cuadro de los acontecimientos anteriores al Compromiso es enteramente diverso de lo que prueban los documentos, etc.» (N. del T.)

meros escritores de su época, pero cuando A. Bofarull habla de esfuerzos para alterar las cosas y cuando habla de adulación hace su propio proceso.

¡Cosa extraña! Monfar, el historiador panegirista voluntario del conde de Urgel, cuya obra «*merece gran consideración en otras ocasiones*», sale casi tan mal tratado como Valla, por haber «*admitido ese mal urdido conjunto de falsedades, anacronismos y calumnias.*» Esta parte del trabajo de Monfar, añade A. Bofarull, es desgraciado ó revela ligereza, y es de sentir, sobre todo en cuestión tan delicada. Pero si así es, también debemos censurar á Zurita, que dió el mal ejemplo de adoptar para sus Anales el texto de un historiador y no el resultado de la comparación de documentos, que es lo que constituye la verdadera Historia.

No es admisible que estos autores, dignos por otra parte de los elogios de todos, incluso de sus contradictores, se hayan equivocado precisamente *en cuestión tan delicada* que debía llamar toda su atención: no estando uno de ellos, Zurita, interesado en el asunto, y representando el otro un interés contrario. Pero, además, estoy autorizado para hacer público el testimonio que al inmortal cronista de Aragón ha tributado Manuel de Bofarull, actual archivero de la Corona (1848) y próximo pariente del historiador á quien criticamos: «Zurita es el historiador por excelencia, concienzudo, recto, sin pasión, investigador, paciente y discreto; á tal punto *que el estudio actual de los documentos lleva á reconstituir paso á paso su trabajo, de modo que debajo de cada página podría escribirse la indicación de la fuente de donde está tomada.*»

Victor Balaguer, cronista oficial de Barcelona, en su «*Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón, para darla á conocer al pueblo*» (!) (5 vol. in 4.º, Barcelona, t. III, p. 420 y sig.) tiene también su punto de vista enteramente catalán y enteramente fantástico, pero por fortuna se le considera principalmente como poeta. Para él la ambición de Fernando, hasta entonces adormecida, se despertó á la vista del trono de Aragón.

Elogia, como todos los historiadores, á Vicente Ferrer, y luego dice: «Más difíciles de unir eran los valencianos. No había realmente medio de entenderse con ellos, divididos en dos parlamentos, así como lo estaban en bandos. Crecían de día en día las desavenencias, y no bastaban embajadas ni instancias de los catalanes á hacerles poner de acuerdo. Sus dos parlamentos, *el de dentro y el de fuera*, se trasladaron á Vinaroz el primero y á Traiguera el segundo, siendo imposible hacer mediar avenencia entre ambos, ni aun interponiénd-

dose la autoridad del Papa Benedicto XIII. Sólo se conocía á un hombre capaz de tener sobre ellos algún ascendiente y trazarles la senda del deber; era el bienaventurado varón maestro Vicente Ferrer, que se hallaba á la sazón en Castilla» (1).

Pero he aquí que se contradice al tratar del Congreso de Caspe, reprochando á Vicente Ferrer el *hacerse el inspirado*, porque un día, según Viciana, dijera éste á los jueces: «Es inútil discutir; la justicia y el derecho dan la corona á Fernando: esto es lo que será, porque viene de arriba y no de la tierra.»—Verdad es que le eran familiares esas intuiciones sobrenaturales: pero ¿qué mal hay en ello?

Pongamos, sin embargo, á la vista del lector la autoridad que invocamos, no porque neguemos al autor una confianza que pedimos para nosotros, sino porque del contraste sale muchas veces la luz.

«Al cabo de este tiempo, y cuando se creyeron ya bastante enterados, los nueve compromisarios se encerraron en el castillo para deliberar y sentenciar.

Lo que pasó entonces entre ellos es y será siempre un misterio, del cual nunca será dado descorrer el velo por el secreto que se guardó y no haber quedado acta detallada de aquellas privadas discusiones. Sólo un autor valenciano, Martín de Viciana, cuenta que, habiéndose promovido empeñada discusión y gran discordia entre los jueces, les dijo un día San Vicente Ferrer: «Mirad, no curéis más de deteneros en acordar la sentencia, que la justicia da el derecho á D. Fernando de Castilla; y esto, y no otra cosa se hará, *porque de lo alto procede y no de la tierra*».

Confesemos que, si esto es cierto, Vicente Ferrer abusó extrañamente de su prestigio de virtud y de santidad, haciéndose el inspirado del cielo en aquella causa. Y algo debió forzosamente suceder, pues hay que notar la particularísima circunstancia de haber sido el primero de los nueve en dar su voto, no obstante hallarse presentes personas constituidas en tanta dignidad como el arzobispo de Tarragona y el obispo de Huesca, y ser Fr. Vicente el octavo de los jueces en grado» (2).

Aun tomando esto al pié de la letra ¿qué quiere decir, sino que después que los jueces estuvieron trabajando hasta el punto de *perder la cabeza*, cuando todo iba á romperse por falta de conformidad y la anarquía acabaría por destruirlo todo, después de haber dejado que

(1) V. Balaguer, *Historia de Cataluña*.

(2) V. Balaguer, *Historia de Cataluña*. (N. del T.)

se desarrollara sin medida todo el esfuerzo de la humana inteligencia, Vicente Ferrer, con la vista fija en Dios, rey de los reyes, tuvo el valor de tomar sobre sí esa responsabilidad, apoyada además en un derecho suficiente, sino absoluto?

Esta frase con motivo de la elección de Fernando: «El disgusto hubo de ser general», no es honrada, á lo menos si se apoya en Zurita, cuyo texto es el siguiente: «No fué tan general el regocijo de este acto, que no se hallasen muchos que tuvieron de él gran pesar y sentimiento. Y aunque el pueblo hacía sus alegrías y fiestas, quedaron algunos maravillados y como atónitos.» ¿Qué dice Zurita en realidad, sino que la satisfacción fué general y que el pueblo se entregaba á la alegría? —En cuanto á pretender que el conde de Urgel no tuviese partidarios, y sobre todo partidarios pendencieros, precisamente un hombre que se desacreditó por alistar á su servicio toda clase de gentes, ¿quién ha pensado en ello jamás?

Tampoco es justo Balaguer cuando afirma á su vez, y también tan gratuitamente, que Benedicto XIII hizo uso de su influencia sobre los jueces porque con la elección de Fernando aseguraba la obediencia.

Pero donde pierde positivamente el juicio, á la par que la sangre fría, es cuando se atreve á escribir: «La verdad, la razón y la justicia estaban de parte del arzobispo de Tarragona y de Guillermo de Valseca y á estos dos probos é independientes patricios se debe el que á lo menos la causa de la justicia tuviese sus representantes en el parlamento de Caspe» (1).—Aun ateniéndose estrictamente al derecho de sucesión por descendencia, semejantes palabras son injuriosas para hombres cuyo noble carácter tendremos ocasión de apreciar en breve.

«Aunque nuestro arzobispo, dice Valls, no dió su voto al Infante de Castilla, fué muy estimado y querido de éste. El arzobispo por su parte le sirvió lo mejor que supo y al morir el rey le confió la dirección de su hijo D. Alfonso, para que le guiase y aconsejase en el gobierno de su reino.» (Valls, *Episcopologio de Tarragona*. Manusc. p. 174).—Así es como se obra en las serenas alturas de la conciencia. Pero si Benedicto XIII hubiera influido sobre los jueces, sin duda habría empezado por un prelado que le era tan adicto.

Hay que poner en el número de los contrarios de Caspe á Braulio Foz (*Historia de Aragón*, por Braulio Foz, *catedrático de lengua griega en la Universidad de Zaragoza*, t. III).

---

(1) V. Balaguer, *Historia de Cataluña*.

Podría uno dudar en el curso de su relato, pero su conclusión no deja obscuridad alguna: «El vulgo, en su aprehensión contra el rey extranjero, fué más acertado, más sabio y más justo que los nueve jueces y que el orador que le hizo bajar del cielo expresamente para que viniera á Aragón á hollar con sus pies las santas libertades de este reino é introducir en Cataluña la tiranía que sufría Castilla: así es que el fallo fué acogido con pena, con dolor, con asombro y un murmullo general.»

Ese populacho, que fué más sabio y más justo que los nueve jueces, hubiera deseado sin duda que se respetasen los derechos de la justicia; ¿pero en dónde estaban esos derechos de la justicia?— Braulio Foz va á decirnoslo: «Excluido el joven D. Federico por razón de su nacimiento, y una vez decidido que la sucesión correspondía á las líneas más próximas, que eran las femeninas, el primero era el duque de Anjou...» t. III, p. 375. Pero, según todos confiesan, por lo que el pueblo murmuró fué por no haber elegido al conde de Urgel. Preguntad á los eruditos ¿quién era este Braulio Foz?—Una inteligencia que no dejaba de tener mérito, *pero hombre raro*, en francés un original.

Se burla con gracia de Zurita, señalando á los jueces y á cada uno de los asistentes su lugar en el estrado de Caspe, según los relatos contemporáneos, y olvidándose del Papa Benedicto, que, sin duda, dice Foz, debió colocarse entre el pueblo. La presencia del Papa en Caspe no está probada; tenía el sentimiento de su dignidad, y lo más probable es que esperase á que le notificasen la elección. Sólo Garibay afirma que debió hallarse presente; y Mariana, en su Historia de España, se ha creído con eso autorizado para poner en boca de Vicente Ferrer un discurso de Tito Livio, es decir, fantástico, que no hemos querido reproducir.

Un hecho digno de observación es que el asunto cambia de aspecto á medida que se avanza en España. Si algo pudiera realzar el acto de los jueces de Caspe, sería el oír hablar á los catalanes, después á los aragoneses y por último á los castellanos, y leer sus libros; cada cual mira la cosa bajo su punto de vista; los volúmenes se amontonan y la cuestión permanece sin resolver.

Recordemos, porque se pierde uno en este laberinto, que bajo el punto de vista del derecho estricto, á lo menos en opinión de Braulio Foz, era el duque de Anjou el que debía ser preferido; que, según la mayoría de los abogados, era el joven D. Federico; que, según algunos descontentos, el conde de Urgel; y por último, Fernando de

Antequera, en opinión de los jueces y del mismo Vicente Ferrer, que no era más que el eco del difunto rey.

Los autores de la Historia de la Legislación de España, hombres de ley, ponen al célebre Compromiso de Caspe la tacha del predominio que en él tuvo el clero en cosa puramente profana: esta es una querrela de abogados.—Además de que las cuestiones de jurisprudencia no eran de ningún modo extrañas á los miembros del alto clero, siempre, pero sobre todo en tiempos calamitosos, los pueblos se dirigirán instintivamente á los que representan á Dios, dueño de su destino. Y la elección de un rey no es cosa tan profana, pues toca muy de cerca á la felicidad ó á la desdicha de los pueblos. «La desgracia es cosa sagrada», decían los antiguos.—¡Y el juez á quien estos señores dan la preferencia es un eclesiástico!

Pero no insistamos, toda vez que ellos mismos han escrito las siguientes palabras: «Como políticos y representantes del pueblo aragonés, atendiendo al bien y conveniencia del reino y al deseo de la pública felicidad, nosotros hubiésemos elegido á D. Fernando de Antequera, como hicieron los compromisarios.» (*Historia de la Legislación de España*, por Amalio Marichalar y Cayetano Manrique, t. III, p. 268).

«Los compromisarios se encontraron en una situación desesperada, porque si bien todos los aspirantes tenían grandes inconvenientes en el estado político de la nación, el infante D. Fernando era el único capaz de introducir el orden y la tranquilidad, y hacer entrar en razón al conde de Urgel, p. 269.» Y finalmente: «Hicieron un gran servicio á su país.»

Urgel, según Monfar, hacia valer sobre todo la voluntad del rey Martin, que le habia dado la tenencia general del reino. Verdad es que este titulo equivalia á una investidura anticipada, pero en el ánimo del rey esto era sólo un expediente y la prueba nos la da el mismo Monfar: «Hacia muchos años que el rey aborrecia al conde y deseaba verle lejos. Y tan luego como firmó el nombramiento de teniente general, escribió al arzobispo y á Luis de Libori que no le entregaran el poder, sino que le consideraran como un intruso ordinario, pero guardando secreta esta orden.»

Desgraciadamente, dicen por su parte los autores de la *Historia de la Legislación*, el rey Martin habia destituido al conde, poco antes de morir, del gobierno general del reino, privándole así de la inmensa influencia que le daba este cargo.»

Para ellos la idea del anciano rey no ofrecia duda. Cuando después de su matrimonio con Margarita de Prades se vió que no

tenía hijos, los aspirantes á sucederle hicieron presentes sus pretensiones en varias ocasiones para poder luego apoyarse en su palabra. «Pero después de las conferencias en que el rey oía las alegaciones de todos, solía despedirlos diciéndoles que él tenía por más seguro el derecho del infante D. Fernando de Castilla; p. 200.»

En fin, en los *Anales históricos*, leo que á las violencias de la condesa de Urgel formuladas en estos términos: «Señor, la sucesión del reino es de mi hijo, y vos, contra razón y justicia, le queréis privar de ella, respondió el rey: yo no lo creo así.» (*Anales históricos*, por Pedro Abarca, página 165).

En presencia de estos hechos es difícil contener una sonrisa cuando A. Bofarull afirma seriamente que el rey Martín no halló persona más á propósito para contener á los bandos que el conde de Urgel. Éste invocaba todavía el testamento del rey Jaime I, que parecía constituir una verdadera ley sálica, pero otros testamentos reales lo contradecían, y la ley sálica jamás ha prevalecido en España como costumbre, salvo algunos casos particulares.

En suma, en Caspe no tuvo el de Urgel á nadie decididamente en su favor, pues aun su principal defensor, el arzobispo de Tarragona, le rechazaba por indigno. Y en efecto, hijo de una madre que le repetía sin cesar: «¡Fill, ó rey ó no res! hijo, ó rey ó nada», y que casi estrangulaba al rey moribundo para obligarle á sancionar el pretendido derecho de su hijo, realizaba el refrán: *Filii matrizant*.

«Cometió enormes faltas durante el interregno, dice Monfar, malquistándose con todas las gentes honradas por sus excesos y sus violencias. Las cartas que dirigió al rey de Inglaterra y al de Granada le perjudicaron en gran manera á los ojos de los aragoneses, comprendiéndose que no tenía confianza alguna en su derecho, cuando buscaba semejantes aliados.» (*Historia de los condes de Urgel*, t. II, p. 417).

Mayor falta todavía fué el asesinato del arzobispo de Zaragoza, del que no me atrevería á acusar al conde de Urgel, si no encontrara en la *Historia de la Legislación de España* esta acusación formulada en los siguientes términos: «El conde mostró cada día más su confianza en el asesino, dejando entender de una manera visible que si no había tomado parte en el complot que dió por resultado el asesinato del arzobispo y de sus gentes, á lo menos lo había aprobado.» (Tomo V, p. 206).

El mismo Monfar no retrocede ante esta confesión: «Cuando ocurrió la muerte del arzobispo de Zaragoza y el escándalo que le

siguió, todo el mundo gritó, á lo menos entre las gentes bien intencionadas, que era preciso terminar lo más pronto posible el negocio de la sucesión, pues no se podía esperar nada bueno después que manos sacrilegas habian atentado contra el prelado, matándole *sin causa ni razón* (p. 418). Y desde entonces quedó como proverbio, cuando se deseaba mal á alguno, el decirle: «*¡Con Antonio te topes!*»

Para ocultar el lado flaco del de Urgel recurre su abogado á las consideraciones más extrañas, estableciendo un paralelo entre el rey Jaime el Conquistador, gloria de España, y Jaime de Urgel. «No era de admirar que éste detestara la tiranía y amase la justicia, porque el otro profesaba los mismos sentimientos. *Los dos se llamaban Jaime; sus padres se llamaban Pedro.* Y del mismo modo se presentaba la herencia que habian de recoger. Urgel era joven como el conquistador cuando empezó á reinar; éste tuvo también contrincantes como el otro, el principal de los cuales se llamaba Fernando: ambos eran amables, francos, liberales.» (Historia de la Legislación de España, tomo V, p. 237.—La historia ha conservado en su idioma original este singular alegato, que puede verse en el *Cartulario*.)

En cuanto á los debates, fueron completos y más que completos, y así lo hacen constar por dos veces los autores de dicha Historia. Bien se les puede creer. «*El tribunal de Caspe no puso restricción alguna á la defensa amplia de todos los competidores; sobre este punto hay que hacerle justicia; hasta que los letrados y doctores manifestaron que habian concluido, oyeron á todos y admitieron sus pruebas, alegatos y refutaciones.*» (p. 247 del mismo tomo V). Por mi parte me admiro de que pudieran concluir. Preciso fué oír separadamente á los abogados para que la contradicción no ocasionara interminables réplicas.

Estos señores lamentan que no se hayan conservado las defensas de cada parte.—¿Para qué? La cuestión no está hoy más clara que hace 500 años: sigue y seguirá siendo un enigma, á menos que se adhiera uno á la opinión de Vicente Ferrer, como lo hicieron los mismos jueces de Caspe; es decir, al lado de la razón, del sentido político y del bien de los pueblos.

## § II

### LOS JUECES

El carácter de los jueces de Caspe es un punto que trato de dilucidar. He aquí el juicio que de ellos hacen los mismos autores de la *Legislación de España*.

«Por parte de los aragoneses lo fueron: Domingo Ram, obispo de Huesca, hombre virtuoso y de gran reputación de sabiduría: fué luego arzobispo de Tarragona y más tarde cardenal.

El segundo, Francisco de Aranda, enérgico defensor de la verdad y de la razón, era simpático á todo el mundo: consejero durante mucho tiempo del rey Juan I y del rey Martin, acabó por despreciar los honores y vestir el hábito de cartujo en Portacœli.

El tercero, Berenguer de Bardaxi, estaba conceptuado como el más famoso jurisconsulto de Aragón, muy versado en el derecho civil y político, lo mismo que en las costumbres del reino, habia sido mucho tiempo presidente del Consejo y vicecanciller, y era el hombre que más confianza inspiraba á todo el reino.» (Votó como Vicente Ferrer).

«Por los catalanes fué el primero D. Pedro Sagarriga, entonces arzobispo de Tarragona, hombre sabio, prudente y virtuoso.

El segundo, Guillén de Valseca, eminente jurisconsulto, que conocia á fondo las leyes y los usos, las cuales comentó muy doctamente. Tenia gran amor á la justicia, era generoso y tan desinteresado que jamás pidió nada á sus clientes.

El tercero, Bernardo de Gualbes, era también un jurisconsulto famoso, enemigo de todo lo que trascendiera á falsia ó astucia.»

«Por Valencia fué el primero Bonifacio Ferrer, hombre justo, prudente, de gran bondad, estimado por la elevación de su carácter, doctor insigne en ambos derechos y muy á propósito, por lo tanto, para ocuparse en un negocio tan grave.

El segundo, Fr. Vicente Ferrer, sabio doctor en teología, modelo de virtud, de santidad y de prudencia, eminente orador sagrado y que gozaba de gran prestigio en todo el reino.

El tercero, Ginés Rabassa, noble valenciano, muy versado en jurisprudencia, pero ya de edad avanzada, el cual fué reemplazado por Pedro Bertrán, sabio jurisconsulto valenciano.»

Merece ser leído el juicio que acerca de estos personajes emite Gil González, cronista de Felipe III, de indiscutible autoridad, el cual insertamos en el *Cartulario*.

Por último Monfar, historiador de los conde de Urgel, habla en estos términos de los nueve árbitros. «En opinión de todo el mundo eran los hombres más aptos del reino para tratar del negocio, los más entendidos y cuya elección podia ser más justa. El más apreciable entre ellos era, sin disputa, Vicente Ferrer, luz y gloria de España. Habia la seguridad de que, siguiendo su opinión y sus con-

sejos, no se podía incurrir en error; tan notorias eran su ciencia y su virtud, confirmadas por los innumerables prodigios que Dios obraba cada día por su mediación. Se hubiera uno creído en los tiempos primitivos de la Iglesia. *El conde Jaime de Urgel y sus amigos tenían tal confianza en él, que el 24 de Marzo el conde de Cardona y otros partidarios recomendaron á Bernardo de Gualbes y al arzobispo, que partían el día siguiente para Caspe, que nada hicieran sin contar con este santo hombre y Guillermo de Valseca.»*

¡Y á estos hombres se nos presenta como peleles sin voluntad propia en manos de un exaltado!

### § III

#### EL ELEGIDO

Es propio de una guerra leal el prestar armas al adversario. En este punto ha sido más fuerte la verdad que las voluntades opuestas. Monfar, después de hablar de la magnanimidad con que el príncipe Fernando rehusó el trono de Castilla, añade:

«Este acto y su buen gobierno durante la minoría del joven rey le hicieron popular en términos, que si tenía que nombrarse el rey por elección, ésta debía recaer precisamente en él: esto es lo que sucedió. *Por estas razones fué preferido.»*

«Este monarca fué uno de los príncipes más gloriosos que hayan tenido jamás Castilla y Aragón.» (Ferrerías, *Historia general de España*).

«Príncipe digno de más larga vida; dotado de grandes cualidades de alma y de cuerpo; más inclinado á la benevolencia que á la severidad, solía decir que un rey ganaba más con ser amado, que con ser temido. Uno de sus disgustos era el no poder ejercer la beneficencia en la medida que hubiera deseado á causa de lo módico de sus rentas, pues en su concepto el dar como rey consistía en dar más de lo que se le pedía.» (Spondanus, *Anales eclesiásticos*, t. I, p. 760).

«Si este rey hubiese gozado de más salud y hubiera reinado más tiempo, habría adquirido aún mayor gloria. Lo que especialmente le distinguió fué el ajustarse siempre á las leyes del honor más escrupuloso. De todos modos mereció el título de *Justo*, honroso seguramente para un particular, pero mucho más aún para un rey.» (*Crónica de Blancas*, publicada por Hernández).

«Fernando unió al valor una virtud extraordinaria y una consumada prudencia, y tomó resueltamente en sus manos ese cetro legi-

timo, igual por lo menos al que había rehusado su lealtad.» (Don Joaquín Tomeo y Benedicto, *Historia de Zaragoza*, p. 410).

«Gran príncipe y uno de los más cumplidos caballeros que se sentaron jamás en el trono.» (Cabanilles, *Historia de España*, t. IV, p. 88).

«Si hubiese vivido más tiempo, dice Carbonell, hubiera *descargado* y aumentado su patrimonio, como lo demuestran claramente los registros conservados en estos archivos de Barcelona.» Frase que evoca penosos recuerdos de judíos. «*E si hagués molt viscut aquest rey Fernando, tot lo patrimoni real hagués aquitat e augmentat, segons en los seus registres recondits en aquest archiu de Barselona es clarament demostrat.*»

«Tuvo las grandes virtudes y las excelentes cualidades que le han hecho apellidar el *Justo*, dice Garibay. *Las grandes virtudes y excellencias d' este bienaventurado rey que dignamente es cognominado Honesto.*» (Garibay, *Compendio Historial*, libro XXI, ch. XL.) Y añade de paso que las mujeres tenían perfecto derecho para heredar.

El siciliano Fasselli, que seguramente no tenía interés alguno en la cuestión dinástica de España, hace el más entusiasta elogio del rey Fernando. (*De rebus siculis*, p. 578).

«Todos los representantes del reino, añade Blancas, los mallorquines y los sicilianos, saludaron sin restricción al rey elegido con las más vivas aclamaciones, y de la misma demostración fueron objeto los nueve jueces cuando volvieron á su país. Fernando era precisamente el rey que exigían las circunstancias. Si hubiera podido dudarse de sus grandes dotes cuando sólo se le conocía por el rumor público, una vez visto de cerca se tuvo la convicción de que estaba al abrigo de todo reproche y de toda envidia.»

Fernando de Antequera, cuya lealtad nadie discutía, había creído seriamente en su derecho y lo había formulado de una manera solemne. Continuaron las competencias, pero nadie negó un derecho así presentado, y á él precisamente se atuvieron los árbitros.

En resumen, es incontestable para la historia que los jueces de Caspe, hombres de gran competencia y de una integridad irreprochable, llevaron hasta el escrúpulo el examen de la causa sometida á su fallo. Cuando les nombraron todo el mundo se felicitó, tanto por los nombres de los elegidos, cuanto por el hecho en sí. Si en el mismo Caspe hubo algunos descontentos, no fueron de los que se preocupaban por la cuestión del derecho, ni de los que miraban por el bien de los pueblos. Todos reconocían que la verdadera política, es decir, la dicha y la prosperidad de la nación pedían á Fernando de

Castilla. En cuanto al derecho propiamente dicho, parece una temeridad el creerse hoy más ilustrados sobre este punto que lo estaban los árbitros y sus contemporáneos.

En lo que concierne á Vicente Ferrer, no fué un político en el sentido limitado de la palabra, sino que fué llamado como hombre de autoridad, como sabio y como santo. Entregado por completo á sus trabajos apostólicos, dejaba que se agitasen los hombres y que obrara Dios: llamado por los que para él representaban la Providencia, no titubeó. Aun concediendo mucha parte á los motivos humanos, ¿por qué no aceptar la influencia de la gracia? Perfectamente seguro de lo que había oído decir al rey Martín, asumió toda la responsabilidad y resolvió la cuestión, y cuando enumeró los títulos hereditarios de Fernando al trono, fué seguido de cinco de los jueces, que, según Zurita, eran los más versados en el conocimiento de las leyes y costumbres del país. Obsérvese que los disidentes eran catalanes, esto es, compatriotas de Urgel.

Por lo demás, cuando se compara la redacción firme y clara de su voto con la indecisión y circunloquios de los que al principio no fueron de su opinión, siente uno crecer la verdad.

Y esta es la nota dominante en la Historia. Zurita se decide por Fernando sin restricción alguna, y lo mismo Cabanilles y Ferreras; Mariana, después de examinar detenidamente los derechos de los pretendientes, termina diciendo que entre Urgel y Fernando, iguales por la sangre, era preciso elegir al más digno.

También el antiguo cronista Carbonell establece los derechos de los pretendientes y termina: «Por esto fué que los nueve jueces elegidos para decidir este negocio vieron que el trono correspondía al infante Fernando en estricta y recta justicia. *E per aquesta tal rahó com así tenim clarament vista, les dites nou persones que per aquest cas eren deputades, declaren que per recta e dreta justisia les dits regnes é principat pertenyen al dit infant D. Fernando.*» (Folio CCXV).

Carbonell es catalán y sería erróneo creer que los catalanes en general no eran de esta opinión. Era *escriba-archiver e notari publich*, y escribe las cosas tal como las sabe, más bien como hombre de ley, que como historiador. Su obra se titula *Crónicas de España*, in 4.º gótico, 1547.

Luego M. Manuel de Bofarull, que no duda en censurar la obra de su primo Mariano Aguiló, Bibliotecario de la Universidad en Barcelona y ardiente patriota, reconoce valientemente la sabiduría del Compromiso.

«El imperio de la nación catalana, dice Narciso Feliu, catalán también, había durado 450 años; pero á la muerte del rey Martín parece que el edificio de la casa real, tan fuerte y tan hermoso hasta entonces, empezaba á conmoverse; se hubiera podido creer que iba á extinguirse la gloria de la nación catalana con los dos últimos reyes de la línea masculina, si el cielo no hubiese levantado otra muralla por parte de la línea femenina, representada por el rey Fernando I y sus magnánimos descendientes, bastante á conservar y adelantar el crédito y armas de la nación.» (Anales de Cataluña, 1709, t. II, página 362).

Y en otra parte: «*La nación catalana, no obstante su afecto al conde por natural y descendiente de sus antiquísimos príncipes, sujetó sus juicios á la declaración, desamparó al conde, y á su propio dictamen, que es más difícil.*»

Feliu goza de autoridad en su país, por lo que le dejaremos hablar.

Su relación de la guerra de Cerdeña es dramática, y en este libro de oro figuran los nombres de los caballeros que en ella tomaron parte. Los sardos ascendían á 20.000 hombres, al paso que los españoles sólo eran 12 000. «La marcha forzada bajo un sol de Junio duró seis días, y algunas horas bastaron para derrotar á los sublevados que dejaron 5.000 muertos en el campo de batalla. A poco de entrar de nuevo el príncipe en Caller, se sintió atacado de una enfermedad mortal que en cuatro días le llevó al sepulcro, muriendo como buen católico, con un profundo arrepentimiento de haber ofendido á Dios, que siempre le había favorecido» (1).

«En aquella época estaba en Barcelona el *clarín Evangélico* Vicente Ferrer, con una multitud de discípulos, á cuyas necesidades proveyó largamente la ciudad (*Libro de las actas del Consejo*: Año 1409, folio 125). A él fué á quien el Papa encargó que anunciase al desgraciado padre la fatal noticia.»—Hermoso cuadro de Barcelona afligida.

Se ocupa extensamente del negocio de la sucesión, trasluciendo en más de una ocasión el sentimiento que le embarga, y como es catalán de corazón, tienen tanto más valor sus apreciaciones.

Según él, el anciano rey prefería sobre todos á su nieto Federico, debiéndose al papel maquiavélico que le inspiró esta preferencia, falta de razón, el que Fernando obtuviera la corona. «Él creía que antepo-

(1) Lo que dice Feliu es que apenas libre ó mejorado de la fiebre, «una travesura, según se refiere, le costó la vida.» (N. del T.)

niendo los derechos del príncipe de Castilla, lograría que los votos fueran para su nieto, y si encargó á Urgel de la tenencia general fué para desacreditarle por las locuras de que le suponía capaz: «*por creer que disgustaría á los grandes y á otros*» He aquí juzgado al de Urgel.

Él es quien refiere las violencias empleadas por la anciana condesa de Urgel con el rey moribundo, hasta el punto que Guillermo de Moncada y otro consejero tuvieron que recordarla el respeto á la majestad real.

Feliu censura acremente al rey por haber dejado la división en el reino. «Gran príncipe, dice, si hubiera designado un sucesor que todos hubieran aceptado por amor á él»—Pero ya designó uno, Fernando de Castilla, y todos le han aceptado después, incluso el mismo Feliu que, lamentando la extinción de la línea masculina, bendice á Dios por las nuevas glorias que la línea femenina ha proporcionado á la nación catalana. «*Bolvió á renacer con el zelo brillante y apacible ardor destos militares reyes dilatandose a nuevos mares y conquistas de poderosos reynos*».

«Diéronles (los parlamentos) el poder absoluto y sin reservas, con que pudieron justamente elegir el más á propósito de ambas líneas; y así lo previno el Cielo para dar á esta provincia un príncipe como el rey Don Fernando y favorecerla con su hijo el Magnánimo rey Don Alonso, que le añadió las dilatadas provincias del reino de Nápoles, al qual han seguido en valor y gloria sus augustos y célebres descendientes desde el Señor Rey Don Fernando el Católico hasta nuestro amado Señor y Monarca Carlos III, al qual quiera Dios asistirle y favorecerle para renovar las antiguas glorias desta Católica Monarquía» (1).

¡He aquí la famosa profecía de Pedro de Luna que, según dicen los catalanes contrarios, pretendía decir mucho! ¿Pero para qué levantar todavía esos rencores mezquinos de los que no debiera ocuparse la Historia?

Aunque está impreso, daré en el *Cartulario* el texto de Feliu, que es bastante corto. Estos pasajes están tomados del tomo II, lib. XIV, cap. IV.

De paso elogia en gran manera al arzobispo de Zaragoza «á quien ocasionó la muerte su celo por el bien».

La autoridad de Vicente Ferrer por todos reconocida fué la que se impuso, porque los jueces fueron recusados, no individualmente,

(1) Narciso Feliu, *Anales de Cataluña* (N. del T.)

sino en masa, por ser su elección contraria á todos los usos y á la deliberación del parlamento. Esto era falso, pero una vez tomado este camino, no era posible salir de él.

Realizado el hecho, el parlamento hizo callar todo resentimiento é impuso silencio á todas las acusaciones. Y no era la primera vez que el buen sentido y el espíritu patriótico de los catalanes había sabido prescindir, en obsequio del bien común, de preferencias respetables. No tan sólo le enviaron al de Urgel su pésame, sino que le dieron á entender que «si intentaba sublevarse, le harían abierta resistencia».

En cuanto á Fernando, á las felicitaciones y protestas de fidelidad acompañó una expresiva instancia para que respetase los privilegios é inmunidades de la nación catalana. Él juró todo lo que quisieron, «siendo el hombre más dispuesto á la paz en el terreno de la justicia». Feliu escribe largas y curiosas páginas sobre las tentativas del rey para apaciguar al de Urgel y acallar toda discordia, llegando á proponerle el matrimonio del infante D. Enrique con una de sus hijas y ofreciéndole el ducado de Montblanch en heredamiento transmisible á sus descendientes, autorizándole para usar el título de duque de Montblanch junto con el de conde de Urgel. Le prometía además 50 000 florines para reparar su casa y dos mil de renta anual para su madre y su mujer.

Siempre que el conde le enviaba embajadores, les recibía con señaladas deferencias, aunque algunas veces se asombraba de sus pretensiones. Habiendo llegado á su noticia que la presencia de las tropas castellanas podría infundir sospechas, las hizo volver á Castilla y él partió para Tortosa; pero se vió engañado. «No sabía, dice el honrado cronista con tristeza, cuán orgulloso era el conde y cuán poco dispuesto estaba á todo acomodamiento.»

De aquí se siguió la rebelión abierta con el apoyo del duque de Clarence y el sitio de Balaguer, tan bien relatado.

Si hemos de darle crédito, la revelación que Vicente Ferrer hizo al de Urgel del fratricidio de su hermano le hizo reflexionar sobre su proceder—debió ser más tarde—y soportó con paciencia su prisión «en la que acabó sus días».—Si hubiera merecido algún crédito la acusación de Monfar, alguna alusión hubiese hecho á ella este autor que refiere con amargura las turbulencias de Castilla bajo el gobierno de los infantes acusados, y cuya narración es difusa, sobre todo en lo que se refiere á la elección de Caspe, y respira como una inconsolable tristeza.

Podemos también tomar de *Marineus Siculus* (siciliano) algunos datos que aclaren este punto.—(Véase en la *Bibliografía del asunto*, lo referente á los trabajos literarios de los diversos autores citados).—Su libro *Cosas memorables de España* lleva la fecha de 1603, y por consiguiente estaba bastante cerca de la fuente. La Sicilia había correspondido á la Corona de Aragón por el matrimonio de Martín el Joven con la hija de Federico, rey de esta provincia. Martín el Viejo residió en ella para consolidar la autoridad de su hijo, pero la muerte de Juan I, su hermano, le obligó á volver á España; porque «su padre Pedro IV había decidido en su testamento esta sucesión lateral: *sic Petrus eorum pater in testamento reliquerat.*» Luego no había aún nada establecido.

Recibido magníficamente en Aviñón por Pedro de Luna, tomó posesión de sus Estados, en donde se desarrollaron los sucesos de la manera que ya conocemos. Al morir sin heredero directo, el rey Martín «dejó al juicio de sus vasallos el cuidado de elegir el más próximo y más recomendable á quien en justicia debiera corresponder la sucesión: *propinquorum ac meliorem virum et cui justius committi posset.*» Como prueba de esta mejor elección el acto honroso con que inauguró su vida pública el príncipe Federico. A su elogio como príncipe, no omito el añadir la nota jurídica: «*jure hereditario... servatis competitorum juribus.*»

Refiere muy bien la entrevista del Emperador y Benedicto XIII en Perpiñán: «Cuanto más suplicaba el Emperador al Pontífice que renunciara, más se obstinaba éste en su negativa: *Quo magis ab imperatore rogabatur, eo pertinacius in contumacia permanebat.*» Nos explica la frase de Pedro de Luna dispuesto á embarcarse para Peñíscola. «Yo, que te he hecho rey». Porque había presidido el acto de su coronación.

En cuanto á la descendencia de Fernando: «sus cinco hijos estuvieron dotados de las cualidades más sobresalientes, *omni naturae munere praestantes.*»

Otro escritor, que puede citarse por ser catalán, es Francisco Carafa, canónigo de Barcelona, autor de un libro titulado: «*Del origen y de los hechos y proezas de los reyes de Aragón.*» «El príncipe Fernando, justamente apreciado de todos por sus eminentes dotes, fué llamado por los grandes del reino á suceder al rey Martín.» Esto es todo.

Quizá la última palabra se encuentre en la crónica de Arénys. Cuando se promulgó en Barcelona el nombramiento del rey se

hicieron grandes fiestas, grandes regocijos, grandes solemnidades: unos lloraban, otros reían. «*Vidi partem populi flentis et partem populi gaudentem*» (1).

Los aragoneses son entusiastas.—«¡Qué pueblo, dice el cronista de Zaragoza, podrá presentar en la historia un ejemplo semejante de sumisión á las leyes, de respeto á la razón, de amor á la patria! El Compromiso de Caspe es uno de esos actos que requieren un Homero para cantarlos, un Bossuet para escribirlos y un Dios para interpretarlos. Un pueblo que se iba diezmando con sangrientas guerras; una nobleza que sólo pensaba en el poder y soñaba con la venganza; un reino, en fin, que parecía pronto á ser destruido en un horrible cataclismo, no necesitaron más que oír la voz de la patria para deponer las armas, para escuchar de rodillas á estos apóstoles de la ley, por ellos nombrados, que al salir de las almenas de Caspe les designaron al que debía ceñir esta corona tan preciosa, pero tan ensangrentada. Este Congreso fué más que un Concilio de la Edad Media; fué algo así como una asamblea de los primeros patriarcas.»

La Historia sólo toma este tono cuando está segura de hallar eco en los espíritus.

Finalmente, véase cómo termina su relato acerca del *Compromiso de Caspe* un escritor moderno, apoyándose en cuatro siglos de la Historia. «Cuando se pronunció el nombre del elegido fué enarbolada la bandera real con un vuelo general de campanas y las aclamaciones de ¡viva el rey! acompañadas de himnos y armonías musicales que dejaron oír los instrumentos con todo el ruido capaz de producir un momento de exaltación, hijo del júbilo y del entusiasmo. Había cesado el largo y tumultuoso interregno que pudo haber producido la ruina de estos reinos: el Estado tenía ya jefe que rigiera con segura mano la vasta monarquía, huérfana por largo tiempo de caudillo y soberano; los pueblos tenían rey que les amparase y defendiese contra la injusticia y los desafueros de las bandas militantes; la paz venía á renacer con el advenimiento al trono del nuevo monarca, digno, enérgico, valeroso, prudente, experimentado en los secretos del gobierno, orlada su frente con los lauros de la guerra que llevó á las ciudades moras de Andalucía y le dieron fama y renombre inmortal

(1) Además de los escritores catalanes que cita el autor, cuya opinión respecto al Compromiso de Caspe, más ajustada á la razón y á la verdad, difiere de la de A. Bofarull y de la de V. Balaguer, puede consultarse á D. Cayetano Soler, cuyo opúsculo *El Fallo de Caspe*, impreso en Barcelona en 1899, es quizá el trabajo más extenso que se ha publicado sobre este memorable acontecimiento, y escrito con más recto criterio y menos pasión. (N. del T.)

en todas las naciones gentiles y cristianas. D. Fernando de Castilla no era un príncipe vulgar, y su nombre apenas salió de los labios de Vicente Ferrer, fué á llevar el entusiasmo á los corazones de sus partidarios, el regocijo á todos aquellos interesados por el bien universal y la tranquilidad al seno de las familias. El rey Fernando ocupó gloriosamente el trono aragonés sin dar lugar á que sus pueblos se apesadumbraran jamás de haberle elegido.» (Perales, *Historia de Valencia* (1)).

### CASPE SEGÚN LOS DOCUMENTOS

Establezcamos ante todo la Génesis histórica de la corona que tocó á Fernando de Antequera el 20 de Junio de 1412.

Tomado del *Libro de las Constituciones de Cataluña*.

Bara, valiente *Godo* de la Galia Narbonesa, fué el primer conde de Barcelona, nombrado en 805 por Luis el piadoso rey de Aquitania, hijo de Carlo Magno. Lo mismo puede decirse de Bernardo y más tarde de Wifredo (alias Gaifre, Joffre ó Godofredo) Salamo, y sólo en Wifredo II *el Velloso* empieza la descendencia familiar, si bien, no obstante, fué confirmado por Carlos *el Calvo*.

Continuó la sucesión normalmente con los nombres de Mir, Borrell, Berenguer, más ó menos repetidos.

Ramón Berenguer, apellidado *el Viejo* á causa de su prudencia, reunió las primeras *Cortes* generales, de las que salió una curiosa colección de leyes, en la que trabajó la reina Almodis, y que aun se llama *los usatges de Barcelona*. Murió en 1096.

Constituyóse el reino.—Ramón Berenguer III inaugura un reinado glorioso vengando á la emperatriz Aénobada, falsamente acusada de adulterio y se casa con Dolsa, hija del conde de Provenza, que le lleva en dote el condado de Provenza y de Milán. Conquista á Mallorca de los moros y hace tributarios los reinos de Valencia, Tortosa y Lérida. Fué Caballero Templario y murió en olor de santidad como pobre voluntario en la Casa de Caridad de Barcelona, después de repartir sus Estados entre sus dos hijos.

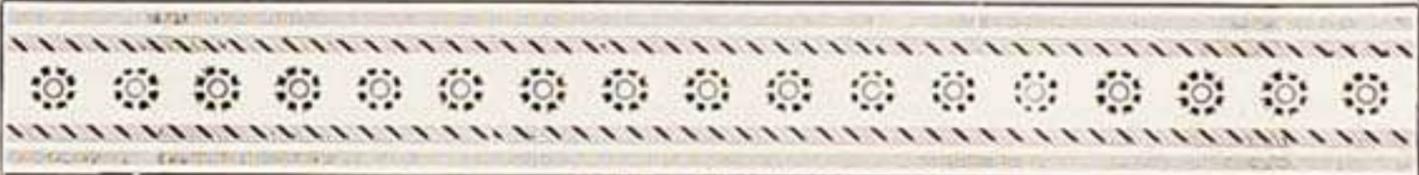
Se extiende el reino.—Ramón Berenguer IV, monarca no menos glorioso, se casó con Petronila (alias Urraca), hija de Ramiro, rey de Aragón, que le *llevó este reino* en dote, y tuvo dos hijos: Alfonso I,

(1) *Historia de Valencia*, por Perales, continuador de Escolano. (N. del T.)



Retrato de FERNANDO DE CASTILLA  
elegido en Caspe,  
Rey de Aragón, de Valencia y de Cataluña.

Grabado copiado de un antiguo misal.



rey de Aragón y conde de Barcelona, primero de estos títulos, y Sancho, conde de Rosellón y de la Sardaña. Sus hijas fueron, la una reina de Portugal, la otra condesa de Urgel.

Su hijo, Pedro I, fué apellidado el *Católico*, á pesar de que reconoció al conde de Tolosa en contra de Simón de Monfort en la guerra de los albigenses. Verdad es que este Simón se había hecho abominable por sus crueldades. Pedro murió combatiendo y su hijo Jaime quedó prisionero, pero el cardenal de Benevento le hizo poner en libertad por orden del Papa. Este es el *Venturoso*, el *Conquistador*, el que conquistó definitivamente á Mallorca, Valencia y Murcia que estaban en poder de los moros.

Se establece el reino.—Pedro II lleva el título de rey de Aragón y de Valencia y conde de Barcelona, y se casa con Constanza, hija de Manfredo, rey de Sicilia.

Su hijo, Alfonso II, tuvo por sucesor á su hermano Jaime II, ya rey de Sicilia, que conquistó la Cerdeña.

Establécese la costumbre de confiar á los hijos menores los infantazgos secundarios así que están en edad de reinar.—A partir de Jaime I se reúnen las Cortes regularmente.

Jaime II el *Justiciero* tuvo por sucesor á su hijo Alfonso III el *Benéfico*, al que sucedió su hijo Pedro III, que tuvo de su tercera mujer, Leonor de Sicilia, dos hijos: *Juan y Martín, que reinaron sucesivamente, y una hija, Leonor, que casó con el rey Juan de Castilla y fué madre del infante Fernando.*

Jaime I, rey de Aragón, tuvo de su segunda mujer, Violante, hija del duque de Berry y *nieta* del rey de Francia, una hija llamada también Violante, que casó con Luis de Anjou, rey de Nápoles, y fué madre del pretendiente de este nombre.

Martín sucedió á Juan I, su hermano.—Fernando de Antequera es elegido en Caspe.—Alfonso IV, su hijo, le sucede, y á éste sigue Juan II, segundo hijo de Fernando.—Fernando II, hijo de éste, se casa con *Isabel, reina de Castilla*, arroja á los moros de España, conquista la Navarra y constituye definitivamente la Unidad Española.

Es muy interesante este *Libro de las Constituciones de Cataluña*.

M. Próspero Bofarull y Mascaró ha publicado en 1837 tres volúmenes de documentos relativos al Compromiso de Caspe, sacados de los *Archivos de la Corona de Aragón*, que estaban á su cargo. No es, por lo tanto, de extrañar que á favor de esta luz intensa personas imparciales hayan repudiado la obra nefanda de su homónimo,

secundado magistralmente el trabajo de Zurita y prestado homenaje al genio de Vicente Ferrer.

Efectivamente, todo se encuentra allí, á partir del Prefacio; el carácter del rey Martín, *probus vir*, ocupado exclusivamente en el cuidado de su reino; la muerte del joven vencedor de *Sant Luri*, su testamento en favor de su padre, con expresa recomendación de tomar á su cargo los intereses del pobre niño Federico; un hermoso retrato de San Vicente, y hasta la frase: «Aun humeaba el incienso...» Allí está representado el modernismo por «Pedro de Luna sobre su roca de Peñíscola, como Napoleón sobre la roca de Santa Elena».

Sigamos paso á paso, documento por documento, el camino de la historia hasta el gran acto llevado á cabo en Caspe.

Nos hallamos alumbrados por el sol de la esperanza. El rey, anciano ya, pero feliz, escribe á Vicente Ferrer, por conducto de Francisco Pereira, penitenciario del Papa, encargado á la vez de comisiones especiales que había de desempeñar de palabra.— 18 de Mayo 1409. El Apóstol se hallaba entonces en Gerona.

El 22 de Julio de 1409, carta del rey al capitán Torrella, su embajador en Sicilia, en la que expresa su alegría por la victoria de Sant Luri. «Los mensajeros de la grata nueva habían llegado exclamando: ¡Victoria! ¡Victoria! ¡Aragó e Sant Jordi! (San Jorge).» Fiestas espléndidas. La carta Real añade:

«El maestro Vicente se encuentra aquí próximamente seis semanas y todos los días canta la misa y predica de modo maravilloso ante 6 ó 7.000 personas. Ha venido á predicar en nuestra presencia en la catedral y cantar la *Salve Regina* con su capilla y luego ha seguido la procesión, que ha recorrido la ciudad, la cual presentaba hermoso aspecto, calculando en 25.000 el número de las personas que la seguían. Jamás se ha visto en Barcelona una procesión seguida con tanto fervor.»

Hallamos de paso la prueba de que el rey, por instinto de gobierno, rechazó los preliminares del concilio de Pisa.

El 28 de Agosto escribe al mismo capitán Torrella «que á instancias del conde de Urgel y del parlamento de Cataluña, después de tomar consejo del Santo Padre en presencia de Vicente Ferrer, del prior de Val de Crist y de Francisco de Aranda, ha resuelto contraer matrimonio y marchar inmediatamente después á Cerdeña y Sicilia.»

Este viaje no pudo realizarlo: estaba próxima su muerte.

Sin embargo, preocupado siempre de su sucesión, pide á las principales ciudades que envíen delegados para tratar este grave

negocio, y el 30 de Abril de 1410 escribe agriamente á los obispos de Valencia y de Segorbe quejándose de que no hayan secundado aún este deseo suyo, y haciéndoles responsables de los males que puedan sobrevenir.

Las fuerzas del rey se debilitan poco á poco; pero conservaba la plena posesión de sus facultades. Monfar refiere la audiencia dada al obispo de Cosserant, enviado por el rey de Nápoles, Luis de Anjou, que hablaba muy bien, «*varón de gran doctrina y elegantísimo y había pocos que le igualaran.*»—El rey escuchaba con los ojos cerrados y él, creyendo que dormía, se calló: «Seguid, dijo el rey; tengo los oídos muy abiertos y muy despierto el corazón.» Y se lo probó, repitiendo palabra por palabra todo su discurso, y dándole á entender que, haciendo sólo un mes que se había casado, extrañaba mucho que le fueran con tales pretensiones, despidiéndole, finalmente, con estas palabras: *Quod justum fuerit dabo vobis.*

Del mismo modo escuchó á los demás embajadores. «Y á todos, dice Monfar, les respondió que para él el derecho del infante de Castilla era el más claro:» «*Después de haberlos oído á todos, tuvo siempre por más clara la Justicia del infante D. Fernando.*»—Monfar, *Historia inédita de los condes de Urgel*, caps. 67 y 52, folio 381.—*Colección de documentos inéditos*, publicada por Próspero Bofarull, tomo I, p. 21.

A los embajadores de Sicilia respondió muy conmovido que el cuidado de su nieto le afectaba más que á ellos mismos.

Cuando ocurrieron los desórdenes de Zaragoza en que «llegó á derramarse sangre á los pies mismos de Nuestra Señora del Pilar», le escribió el de Urgel quejándose de que el arzobispo de Zaragoza y otras personas no querían reconocerle como lugarteniente del reino, y que él entendía que se llamaba *D. Jaime de Aragón* y no *D. Jaime de Urgel* tan sólo (11 de Mayo de 1410).—El rey contestó el 18 de Mayo que suspendiera el tomar determinación alguna como tal lugarteniente hasta que el *Justicia* decidiera si podía ó no ser considerado como tal, bajo pena de revocación de su nombramiento.—Aquí se ve la importancia del *Justicia*.

Hallándose en el lecho de muerte en Valldoncelles, fueron Ferrarius de Gualdes, *jurat* de Barcelona, y el notario Raimundo de Cumbis para autorizar su testamento, los cuales le hicieron las preguntas que dejamos transcritas en otro lugar, acompañados del gobernador de Cataluña, del gobernador y del obispo de Mallorca y de Francisco de Aranda. (La relación de esta entrevista forma el LXI documento, tomo I de la colección): 30 y 31 de Mayo de 1410.

Desgraciadamente es exacto que el rey murió por el indiscreto celo de las comadres: *De las comidas y unciones que le daban las mujeres sin consejo de los médicos*, habiéndose encontrado un armario lleno de semejantes unguentos y conficiones. La joven reina Margarita de Prades favorecía al conde de Urgel, pero sólo por espontánea confianza y porque no sabía defenderse de las intrigas de la vieja condesa. El rey murió sin decidirse por ninguno de los pretendientes, sacrificando, no obstante, sus inclinaciones al bien de sus pueblos.

Muerto el rey, el último acto de las *Cortes* de Cataluña fué confiar el gobierno á doce personas, y el poder ejecutivo al gobernador de Barcelona, asistido de cinco consejeros.

El 22 de Julio de 1410 convoca el gobernador el parlamento para el 31 de Agosto en Montblanch; pero habiendo acudido pocos diputados y reinando la peste, se prorrogó su reunión hasta el 25 de Septiembre en Barcelona.

La primera carta que se recibió fué la de Alfonso de Gandia (fecha el 2 de Septiembre de 1410), y leyéndola parece que tiene razón. Todos tienen razón, si sólo se atiende á lo que ellos dicen.

Pronto llegaron los embajadores de Luis de Anjou, rey de Nápoles, portadores de una carta del rey de Francia, fecha en París el 28 de Julio de 1410, escrita en el latín de cancillería. «Ha hecho examinar, dice, los documentos *per famosos utriusque juris professores*, y todos han declarado que la corona de Aragón correspondía á su pariente Luis de Anjou: *Qui omnes in unum convenerunt dictam successionem carissimo consanguineo nostro Ludovico primogenito consanguineorum nostrorum carissimorum Ludovici regis Sicilie et Yolandis uxoris ejus filie quondam regis Aragonum deberi.*»—En el mismo sentido escribieron el Delfin Luis y el duque de Borgoña, con cuya hija acababa de casarse el Pretendiente.

Llegaron á su vez los embajadores del de Urgel, yendo á su cabeza el obispo de Malta, el cual se esforzó en demostrar que la corona recaía por derecho en Jaime de Aragón, conde de Urgel, como descendiente en línea legítima y masculina de la casa Real de Aragón, como habían decidido varios profesores competentes: «*Uti descendentem ex linea legitima et masculina regii domus Aragonum, sicque per solemnes utriusque juris professores hec fecerat diligentissime recognosci.*»—El arzobispo de Tarragona respondió tomando por tema estas palabras: «Os daré lo que en justicia os pertenezca.—Desarrolló admirablemente el tema y todos los miembros del parlamento quedaron encantados con su discurso. *Accipiens pro themate: quod justum fuerit*

*dabo vobis, quod fuit mirabiliter prosecutus.—Quam quidem responsionem omnes de dicto parlamento habuerunt propriam et utique elegantem, ratam atque gratam.*»—Nada se dice de lo que pensaron los embajadores.

Finalmente, el 31 de Octubre de 1410 se presentaron los plenipotenciarios de Fernando, diciendo tan sólo que cuando llegara el caso sostendrían sus derechos.

Durante estas dilaciones iban las cosas bastante mal por todas partes, enconándose los odios, especialmente en Lérida, en donde el obispo de Urgel y el conde de Pallars se armaban continuas asechanzas. En Cerdeña todo peligraba, hasta el punto que Marc Joher, sindico de Caller, en cuyo castillo había muerto el joven rey, escribía que, si no se daban prisa, pronto sería un hecho la pérdida de este reino, cuya conquista había costado tanta sangre. En Sicilia la reina se veía mal aconsejada por sus consejeros. Ramón de Torrella, tutor del pequeño bastardo, muy adicto al anciano rey, desempeñaba su cargo con lealtad y escribía diciendo que los sicilianos esperaban al nuevo monarca con tanta impaciencia como los judíos á su Mesías. El de Urgel ofreció sus servicios para la conservación de la tranquilidad pública (!).

El parlamento responde á todos, se ocupa de todo. En Noviembre de 1410 hace comparecer á su presencia á los perturbadores de Lérida.—La reina Margarita de Prades se queja de que no tiene recursos para vivir; se la suplica que envíe á sus abogados.—La reina de Chipre pide lo que se le debe de sus rentas.—Proyecto de matrimonio entre el joven Federico y una hija del infante de Castilla: se consulta al Papa, el cual contesta que esto no apremia.—Se nombra una comisión de matronas que estén al cuidado de la reina Margarita, á la que se cree en cinta.—Sospechándose con fundamento que el de Urgel intenta hacer venir tropas extranjeras, se le piden explicaciones, aparte de darle las gracias por el ofrecimiento de sus servicios, pero se le prohíbe aproximarse á Barcelona á menor distancia de una jornada.—Esto mismo se ruega á la reina de Nápoles que había anunciado su llegada.—Fernando cree, no obstante, que el de Urgel, acampado en *San-Boy* y en el monasterio de Valldoncelles, inspira recelos y que no es igual la partida; y se le responde que el parlamento no tiene preferencias.—Hermosa correspondencia en latin.

El parlamento de Cataluña, compuesto de hombres íntegros, celosos del bien público, se hizo acreedor al reconocimiento de la patria española en estas difíciles circunstancias. Lo que no podía hacer por sí mismo, lo hacía por medio de personas de valer; pero al

mismo tiempo demostraba que los parlamentos, aun los mejores, son impotentes para gobernar un pueblo. Ocurría además, que los *brazos* (Estados) no se entendían entre sí.

Además se le discutía, á lo menos respecto al punto de su residencia, y hasta se le amenazaba. Tortosa dió á entender que Barcelona no podía ser imparcial; pero el conde de Cardona demostró elocuentemente que este era el lugar normal de su residencia y que todos esos cambios no producían otro resultado, que complicar la situación y enajenarse la confianza de los pueblos.—De tiempo en tiempo se levantaba una voz diciendo: «Ocupémonos de la sucesión.»

El 4 de Abril de 1411 el duque de Berry, hermano del rey de Francia, escribió en favor de Luis de Anjou. Su carta se hallará en el *Cartulario* á disposición de los que tengan curiosidad por oír los primeros balbuceamientos de la lengua francesa.

Los embajadores de Francia que la llevaron no tardaron en despedirse, rogando con vivas instancias que se despachara pronto. El 18 de Mayo se recibieron dos cartas de la reina madre y del joven rey de Castilla en favor de Fernando, fechadas en Valladolid—escritas en el idioma español, que empezaba á formarse.

El gran acontecimiento de aquella época fué el asesinato del arzobispo de Zaragoza, al volver de Calatayud, en donde se había reunido el parlamento de Aragón. El encuentro, que á todas luces estaba preparado, tuvo lugar en un estrecho sendero, junto al pueblo llamado La Almunia, y de él tuvo conocimiento el parlamento el 2 de Junio. El día 6 el asesino, Antonio de Luna, explicó el hecho diciendo que había tenido que defenderse del arzobispo, *home de mala e deshonesta vida* y que sólo merecía *damnacio*.

Y luego, seguidamente, otra carta, para decir que ha explicado bastante *la manera que ses seguit de la mort de Garcia de Heredia quis deia* (que se decía) *archebisbe de Saragosa*. Este impudente bribón habla sin cesar de Dios y de la conciencia: Tartufo de alto rango, lobo que acusa al cordero. «Y si alguno no lo cree no tiene más que venir á pedirle explicaciones.» El enviado del parlamento, Raimundo de Moncada, tuvo que escapar de Tarragona y ponerse en lugar seguro. Al mismo tiempo los Jurados de Morella participaron que Juan de Villaragut, uno de los más terribles jefes de facción, acababa de apoderarse del castillo, desde donde esparcía el terror por toda la comarca.

El 17 de Junio de 1411 confió el parlamento el gobierno del Principado de Cataluña á seis hombres *zelants lo servey de Deu é profit*

*de la cosa publica.*—Esto era algo, pero no lo suficiente.—El 18, el arzobispo de Tarragona, que ordinariamente llevaba la palabra, manifiesta que «en el espacio de diez meses que estaban reunidos, á pesar de los más laudables esfuerzos, era poco lo que se habia adelantado; que las personas enviadas á Valencia y Aragón sólo han obtenido resultados dudosos y que aun no se ha tratado cosa alguna respecto al futuro rey.»

En su consecuencia, y á fin de que no soporten sólo los catalanes el peso de tan grave situación, se traslada el parlamento á Tortosa, ciudad más central, señalando el día 6 de Agosto próximo para su reunión.

El 19, antes de separarse, se dió lectura á las actas solemnes notariales, en las que el infante Fernando afirmaba terminantemente sus derechos, fechadas, una en Antequera el 30 de Septiembre de 1410, y otra el 24 de Mayo de 1411.

En la antevíspera de esta última fecha, hallándose en Medina del Campo, habia declarado en presencia de testigos solemnemente convocados, entre los que figuraban los obispos de Palencia y de León, que aceptaba la herencia universal que el difunto rey Martín le habia concedido en vida «*tamquam legitimum et universalem haeredem et successorem dicti domini regis*; declaración que igualmente habia sido autorizada por notario.

Añadió que, no pudiendo abandonar su puesto de guerra y su cargo de tutor, ni aun tratándose de negocio tan importante «les encarga que den á conocer sus intenciones por todos los medios posibles en derecho.» Este es un proceder tranquilo, leal y digno. Se presiente al esperado salvador.

Antes de retirarse del parlamento pidieron sus embajadores que se le rindiese homenaje de fidelidad; á lo cual respondió éste, cómo debia hacerlo entonces, que tomaba nota de esta pretensión y que obraria en justicia (tomo II, p. 116 y sig.) La justicia estaba en esperar al nuevo rey que nombraria el parlamento general que iba á reunirse en Tortosa dentro de breve plazo. Se rogaba respetuosamente al infante de Castilla que no enviara tropas á Aragón, á fin de no entorpecer la marcha de las cosas.

El mismo día 19 de Junio se leyó una carta en la que se participaba que Calatayud, Daroca y Teruel estaban en poder de gentes que se burlaban completamente de Dios y de los hombres, las cuales amenazaban á Zaragoza. Verdad es que en otra carta de Zaragoza se decia que, «á pesar de la muerte del arzobispo, á pesar de las amena-

zas y á pesar de todo, se haría respetar el orden.» Sólo Berenguer de Bardaxi, que era el firmante de esta carta, podía dar tales seguridades. Hacia además los mayores elogios del arzobispo, «el cual no había cesado de trabajar en favor del bien público, y volvía expresamente para entenderse con los embajadores de Valencia y Cataluña, cuando fué asesinado. *«Su saber, diligencia, genio e auctoritat cumplan muyto»*, añadía la carta, fechada el 5 de Junio.

En una carta de Palermo, fechada el 8, se lamentaban de que los *bandos* desolaban la Sicilia. Fernando, que se hacía informar de todo, confiando en la buena voluntad de los individuos, pero poco en su poder, envió el 30 de Junio una nueva afirmación de sus derechos, pidiendo que se procediera contra el asesino del arzobispo, ó en caso contrario él se encargaría de vengarlo.

En Julio, especialmente el día 7, se ocuparon de preparar el parlamento de Tortosa, convocando oficialmente á Aragón, Valencia y Mallorca y expresando en la carta de convocación que se tratará en él principalmente de la sucesión. Como los hombres de verdadero mérito son los mejores apoyos de una sociedad, se nombró á Guillermo de Valseca consejero del Parlamento en Tortosa. Al mismo tiempo se pidió una tregua á los partidos.

El parlamento de Tortosa se abrió por fin el 16 de Agosto de 1411 y á él entregó sus poderes el gobernador de Cataluña, Francisco Burguis, delegado del antiguo parlamento, presentando al mismo una protesta el conde de Pallars, que parece representaba en todos estos asuntos un papel bastante indigno, en la que negaba todo valor á los actos de este parlamento, porque no representaba á la nación.

Esto, materialmente, era exacto; pero no era imputable al parlamento de Tortosa, desde el momento que se había convocado á los otros Estados de una manera regular. Entre tanto, deliberaban aún por su parte, Aragón en Alcañiz y Valencia en Traiguera; por lo que Tortosa escribió pidiéndoles que á lo menos enviaran plenipotenciarios y suplicó al Papa que apremiase á los obispos.

Este parlamento de Tortosa, única autoridad reconocida, trabajaba todo lo posible, sosteniendo correspondencia activa con los otros parlamentos, resolviendo los asuntos litigiosos, logrando reconciliar á Morella con Valencia; escucha, discute, apacigua, tranquiliza, repara las fortificaciones.

El arzobispo de Tarragona escribe desde Barcelona, en donde aun firmaba los documentos importantes, para exhortarle á que obre

con rectitud y se rodee de buenos auxiliares, añadiendo: «*Misser Guillem de Vallseca ha promes de partir dilluns per anar aquí tot dret: e plagues a Deu que haguessets Mestre Visent Ferrer, e semblants si sen trobaren, car bajats per clar que ab aytals instruments ha acostumat Nostre Senyor fer singulars obres.*» (18 de Septiembre de 1411). Guillermo de Vallseca partirá de aquí el lunes para ir directamente á esa. Y quiera Dios que podáis tener también al maestro Vicente Ferrer ú otros semejantes, si se encuentran, pues estad persuadidos que con tales hombres acostumbra Nuestro Señor realizar obras maravillosas.» Barcelona no perdía de vista á Tortosa, enviándole repetidas cartas y soldados.

Al mismo tiempo se iban reuniendo de todas partes los documentos relativos á la sucesión; testamentos reales, libros de fueros, etcétera.

Todo empeoraba. Valencia se divide en dos parlamentos opuestos, Vinaroz y Traiguera.—Llegan de todas partes siniestros rumores.—Se fortifica á Tortosa.—Se envía al Papa á Francisco de Aranda para ampararse de la autoridad pontificia. Se dibujan ya los personajes de Caspe.—El infante Fernando, á quien se pide de nuevo que retire sus tropas, contesta que no son suyas, sino amigos y parientes del arzobispo asesinado y que es preciso vengar pronto su muerte.—Se fortifica á Lérida para ponerla á cubierto de las incursiones de Antonio de Luna.

Sus competidores se mueven ó hacen que se muevan otros en su favor. El 18 de Noviembre de 1411 oye el parlamento el extravagante alegato de Pedro Ferrer en favor del de Urgel, discurso enfático é intrincado, que merecía servir de modelo para defensa de malas causas. Digamos, sin embargo, en honor de su nombre, que Ferrer sólo era el mensajero, pues el verdadero autor era el de Urgel.

En él se insistía especialmente en el origen castellano de Fernando, y se prometían oros y moros.—Se contesta á él que les complace mucho saber que Jaime de Urgel es amante de la justicia, que también se la ama en Tortosa y que se hará todo lo necesario para mantener en el fiel la balanza entre los pretendientes.

Alternan las buenas y malas noticias: nada estable ni seguro.—Sicilia pide que se ocupen de ella en un latin que parece precursor del latin de Molière: «*Item que lu novu regimentu sia tenuti providiri á la dita signura que potza viviri secundu li intrati que virranu in potestati daquissu regimentu, a leo que la dita signura, potza viviri honorabiliter*

*secundu la qualitat di li tempu et introitu de lu regnu.*» (Tomo II, página 531).

Empiezan los doctores á presentar memorias.—Protesta contra las tropas de Castilla: Fernando responde «que le preocupan los proyectos de Antonio de Luna y que no le dejará repetir sus atropellos; que se puede confiar en él y que sus intenciones son rectas.» Cortés y vigilante.

Echan de ver que, por ser la asamblea numerosa, se malgastan las fuerzas y en consecuencia se designan veinticuatro delegados para hacer más eficaces las deliberaciones. Hoy veinticuatro, mañana nueve, pasado mañana uno y todo entrará en orden.

Entre tanto, escandalosas disensiones en Valencia.—Se organizan tropas para la defensa del país.—Estalla también un cisma en Aragón, teniendo por centro á Mequinenza, en donde más tarde concentró sus fuerzas el de Urgel.—Nueva carta del rey de Francia en favor de Luis de Anjou; cartas del mismo pretendiente y de la reina Violante, su madre: todo en francés archiarcaico. (Fechada el 15 de Septiembre de 1411).—Una hermosa carta de Benedicto XIII suplicando que se den prisa en vista de los deplorables trastornos de un gran cuerpo sin cabeza. Más adelante se le podrá echar en cara esta carta.

Mallorca pide que se reduzca á doce el número de los electores definitivos, comprendiendo en él los tres que habrían de representarla. Estos son los nueve de Caspe, porque Mallorca fué eliminada por formar parte del reino de Valencia.

El 12 de Marzo de 1412 los *veinticuatro* eligen los nueve, entre ellos Vicente Ferrer por unanimidad.—Muy hermosa carta del parlamento de Tortosa al Consejo de Barcelona para anunciarle esta grata nueva, en la que se hacen grandes elogios de los elegidos y particularmente del principal de ellos.

«... Dios y la justicia estarán sin duda allí donde intervenga este santo personaje, el Maestro Vicente Ferrer, regla, modelo, espejo de religión, justicia, penitencia y verdad. A tal punto, que nos preguntamos si sus predicaciones y sus obras no son una serie continua de maravillas y de milagros.»—Gran confianza en el resultado final.

Todo se prepara. Se acerca éste.—Valencia dice que enviará embajadores.—El pequeño Federico se queja de que está muy solo. Todavía se quejará más, aunque sin razón, porque se ocupaban de él muy lealmente.—También se ocupan de Cerdeña y de Sicilia, siempre en conmoción.—El de Urgel repite hasta la saciedad sus cartas y reivindicaciones.—Carta hermosa y patriótica de Fernando pidiendo

á su vez que se apresuren, porque se agrava la situación. He aquí al rey que se desea —Perpiñán escribe participando que el día de la Anunciación se celebró una procesión general en acción de gracias por la designación de los *nueve*. ¡Buena señal!

Llegan los documentos. —Se alistan tropas para defender á Caspe. —De Mequinenza amenazan con nombrar otros electores. Singular artimaña ésta de Mequinenza; allí residía Antonio de Luna, instrumento del de Urgel. —En Caspe reclaman los nueve elegidos al parlamento que designe abogados que defiendan la causa del joven Federico. Piden además que en todo caso queden á salvo los derechos, inmunidades y privilegios del principado de Cataluña. Todo se hace con prudencia. El parlamento sigue gobernando: Caspe delibera bajo su garantía y responsabilidad; se le piden prórrogas: se hace jurar por orden suya á los competidores que no alterarán la tranquilidad pública, cualquiera que sea el elegido.

El parlamento envía embajadores para «*en su nombre y lugar proclamar el rey*» que resulte elegido y da á entender á los nueve que una vez proclamado el rey, se acabaron sus poderes.

La historia del Compromiso de Caspe empieza por un acta notarial, en muy buen latín, en la que se resume todo el negocio: la muerte intestada del rey Martín, la de su hijo, los trabajos del parlamento, la elección de los 24, luego la de los 9 y la entrada de éstos en el castillo de Caspe para elegir el rey. —Es un documento hermosísimo.

El 29 de Marzo de 1412 proceden los notarios al examen y ratificación de los poderes, hallándose sólo presentes el arzobispo de Tarragona y el obispo de Huesca, Francisco de Aranda, Berenguer de Bardaxi y Bernardo de Gualbes. Vicente Ferrer y su hermano Bonifacio asistieron á la sesión del 12 de Abril en que se principió á oír á los abogados.

El 17, estando todos en su puesto, celebró solemnemente la misa el arzobispo de Tarragona, dió la comunión á los otros jueces y en seguida, ante la Vera Cruz y los Santos Evangelios, en presencia de los embajadores, de los notarios y del pueblo, juró solemnemente «elegir por rey, lo más pronto posible, á aquel á quien en su alma y su conciencia creyera más digno, prescindiendo de toda consideración humana:» juramento que repitieron los otros jueces, besando luego la Vera Cruz y los Santos Evangelios.

Aquel mismo día, 17 de Abril, se examinaron los derechos del duque de Gandía, cuyo examen ocupó tres sesiones, y además el

abogado dejó sus conclusiones escritas.—El 19 se presentó Francisco Perellos, diciendo que su suegro Ginés Rabasa estaba loco, y se decide que lo reconozcan. El 5 de Mayo primera audiencia de los embajadores de Fernando, en número de ocho. Se declara loco á Ginés Rabasa en buen latin.—Llegan comisionados de Valencia y de Barcelona para decir: «¡Abreviad!»—El 6 de Mayo dos embajadores de Luis de Anjou recusan á varios jueces como enemigos personales del príncipe (!).—Se aboga en favor de los pretendientes; se escucha por parte de los jueces; se escribe; se lee; una vez y otra; y todo con una calma y una paciencia ejemplares, y todo seguido con emoción por el público.

El 16 se elige á Pedro Bertrán en lugar de Rabassa.—Se reciben reiteradas cartas de D. Fadrique (Federico).—De el de Urgel se ocuparon en varias sesiones, prorrogándose éstas el 28 hasta el 29 de Junio. ¡Ya lo creo! Apenas se empezaba á ver despuntar alguna luz.—El obispo de Segorbe escribe en favor de D. Fadrique, estudiándose detenidamente su pretensión.—Aragón suplica que se apresuren.—Se convoca á los embajadores de todos los reinos interesados para que asistan á la proclamación del nuevo rey; pero manteniendo la disposición concerniente á las tropas.

Con breves intervalos se reciben cartas de Sicilia, de Cerdeña y de Valencia pidiendo auxilio.

Un mensajero especial del parlamento informa á éste por cartas de sus impresiones. Según él, «los jueces trabajan, trabajan de firme. ¡Gracias á Dios! reina entre ellos la concordia: cada mañana oyen la misa y el sermón del maestro Vicente. Yo, sin embargo, les estímulo cuanto puedo, y ellos tienen la bondad de tomarlo con paciencia.»

Terminan, por fin, las deliberaciones, porque todo concluye en la tierra, y se redacta el resumen de ellas, que el obispo de Huesca entrega solemnemente á Vicente Ferrer para que lo lea al día siguiente. Prepárase el estrado *en el que cada cual tiene señalado su puesto*. Con arreglo á este documento designa también los sitios el fidelísimo Zurita, *olvidándose del Papa*, que no estaba allí. Braulio Foz da aquí pruebas de una ligereza que salta á la vista. El obispo de Huesca tampoco figuraba allí, porque cantaba la misa.

Por fin llega Melchor de Gualbes, uno de los embajadores del parlamento enviado para adquirir noticias, trayendo el nombre del *Elegido*, y le hacen leer por dos veces la carta de los nueve jueces. «Y todos los que se hallaban presentes, poseído su corazón de

alegría, dan gracias al Todopoderoso que se había dignado visitar á su pueblo.»

Se le hacen referir todos los detalles, á lo cual se presta él con gusto. «Los nueve publicaron el nombre del *Elegido* con una alegre conformidad, *in magna jucunda concordia.*» Y cuando se dió á conocer al pueblo, hubo un gozo, un arranque de fraternidad y una exaltación indecibles: «*Cum tanta jucunditate, fraternitate et lætitia quibus dici potest.*» Esto tuvo lugar por la mañana sobre un «*gran cadafal solempnament empallat.*» Después de la misa y el sermón, el maestro Vicente Ferrer desdobló un papel que llevaba los sellos de los nueve jueces y las firmas de seis notarios, y una vez publicado el nombre, se cantó el *Te-Deum*; «*tocades campanes, sonades trompes, disparades bombardes... et moltes et diverses altres solempnitats.*»

Al participar la elección á todos los nobles, prelados y Universidades de Cataluña, añadía el parlamento: «¡Oh publicación tan largo tiempo esperada! ¡Oh reposo público tan deseado! ¡Ni la palabra, ni la pluma pueden expresar semejante favor del cielo!...» (Tomo III, página 282).

No olvidemos que es el parlamento catalán, que continuaba en Tortosa, el que en tales términos se expresa. Verdaderamente han necesitado valor M. Antonio Bofarull y otros para escribir sus libros, teniendo á su disposición documentos como éste.

Todos estos documentos se hallarán en el Cartulario copiados del original.

El parlamento, que ha terminado ya sus trabajos, trabajos honrados porque son cristianos, va hasta el fin, y considerándose como una potencia con la cual hay que contar, envía embajadores al nuevo rey para recomendarle la justicia, los derechos ó privilegios de cada cual, la reina Margarita de Prades y el conde de Urgel.

A este mismo conde de Urgel envía otros embajadores para decirle: «*Que pues als reynes, principat é terres de la corona real en concordia es stat publicat lur rey, princep et senyor per justicia, que li placia portarho pacientment é regirse ab gran saviesa, segons ses molt egregis passats.*» En francés exhortación á la paciencia. (Tomo III, p. 299).

Seguidamente se notificó la elección al Papa, lo que prueba que no estaba presente. Después se participó al rey en los siguientes términos:

«Excelentísimo Príncipe y Serenísimo Señor y Rey.

»Con indecible alegría y con todo el respeto debido, participamos á vuestra real Alteza que en el día de hoy, iluminados por la

gracia del Espíritu Santo y usando de la plena autoridad que se nos ha conferido, hemos declarado solemnemente en derecho (*per justiciam*) que los parlamentos, súbditos y vasallos de la corona de Aragón, deben en lo sucesivo obediencia y lealtad á vuestra Alteza, como á su legitimo rey y señor. En consecuencia, hemos decidido avisarlo sin dilación á Vuestra Excelencia, que sabemos está dotado de todas las virtudes reales.

»Que el Todo Poderoso os colme de sus favores y os conceda un reinado próspero y dilatado.

»Caspé 28 de Junio de 1412.»

Una notificación parecida se envió colectivamente á los miembros de la familia real y en particular al rey de Castilla.

Finalmente, he aquí el resumen que hace un hombre que ha compulsado con una paciencia de benedictino todos los documentos, enorme montón de papeles, que ha estudiado á fondo todos los datos del problema y clasificado metódicamente todos los argumentos en pro y en contra.

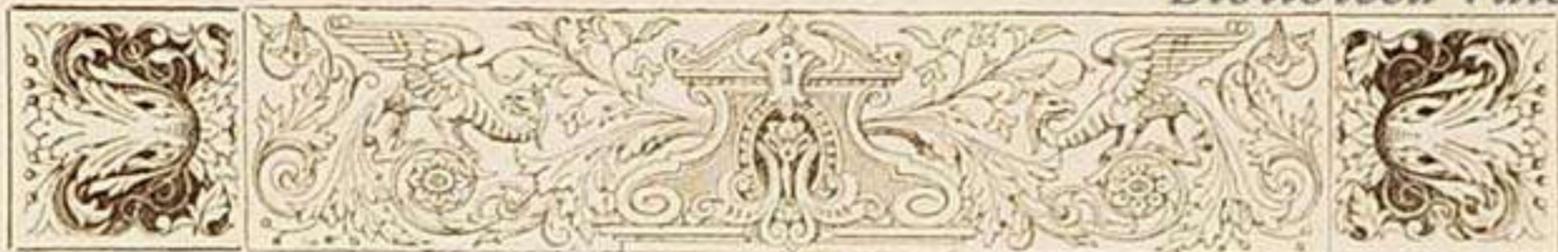
«No eran sólo los derechos de los agnados y cognados de la casa de Barcelona los que estaban en litigio, sino que había también los derechos de un pueblo, el más celoso de sus fueros. Sabido es que en Aragón el nuevo rey debía prestar juramento en manos del *Justicia*, que representaba al pueblo soberano, y éste le respondía: «Os hacemos rey.» En vano Pedro IV había suprimido esta formalidad; el pueblo conservaba buen recuerdo de su derecho de investidura, y en él precisamente es donde se encuentra el fundamento de la delegación confiada á los árbitros de Caspé. Estos habrán creído conveniente confundir los diferentes derechos á la sucesión para elegir con toda libertad el candidato que mejor les pareciera bajo otros puntos de vista; y han dado á su elegido, como título preferente, la cualidad que poseía respecto al último rey, *por ser su pariente masculino más próximo nacido de legitimo matrimonio*; era un verdadero *compromiso* entre la costumbre de Aragón y el testamento de Jaime I, que sacrificaba el derecho de los catalanes.»

Inútil es observar que la palabra *derecho* se aplica sólo á los catalanes y aun éste era un derecho relativo, según sus mismos considerandos, á causa de los elementos múltiples y á veces contradictorios de la cuestión.

Pero, como dice él muy bien, los catalanes apenas formaban la tercera parte del reino cuya corona estaba en litigio. Respecto á las otras dos terceras partes no se tenía en cuenta su derecho...

|                                                                 |                                                                              |                                                                                               |                                                                                                                                                                            |
|-----------------------------------------------------------------|------------------------------------------------------------------------------|-----------------------------------------------------------------------------------------------|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| <b>Jaime II (1262-1327)</b>                                     |                                                                              | <b>Jaime II (1262-1327)</b>                                                                   |                                                                                                                                                                            |
| Conde de Barcelona, rey de Aragón, rey de Valencia (1291).      |                                                                              | Conde de Barcelona, rey de Aragón, rey de Valencia (1291).                                    |                                                                                                                                                                            |
| <b>Alfonso IV (1299-1336)</b>                                   |                                                                              | <b>Alfonso IV (1299-1336)</b>                                                                 |                                                                                                                                                                            |
| Conde de Barcelona, rey de Aragón y de Valencia.                |                                                                              | Conde de Barcelona, rey de Aragón y de Valencia.                                              |                                                                                                                                                                            |
| <b>Pedro IV (1319-1387)</b>                                     |                                                                              | <b>Pedro IV (1319-1387)</b>                                                                   |                                                                                                                                                                            |
| Conde de Barcelona, rey de Aragón y de Valencia.                |                                                                              | Conde de Barcelona, rey de Aragón y de Valencia.                                              |                                                                                                                                                                            |
| <b>Juan I (1351-1395)</b><br>Conde de Barcelona, rey de Aragón. | <b>Martin el Viejo (1359-1410)</b><br>Rey 1395, aplicación de la ley Sábica. | <b>Leonor (1358-1382)</b><br>casa en 1375 con Juan I, rey de Castilla.                        | <b>Isabel</b><br>casa en 1407 con...                                                                                                                                       |
| <b>Juana (1407)</b><br>Condesa de Foix.                         | <b>Violante (1380-1442)</b><br>Duquesa de Anjou.                             | <b>Enrique III (1379-1406)</b><br>Rey de Castilla.                                            | <b>Fernando (1380-1416)</b><br>elegido rey de Aragón 1412, como más próximo pariente masculino (nacimiento de legitimado matrimonio), de Martinyteniendo derecho al trono. |
| <b>Luis (1403-1434)</b><br>parientes más lejanos que Fernando.  | <b>Renato (1408-1490)</b>                                                    | <b>Juan II (1405-1454)</b><br>Rey de Castilla.                                                | <b>Juan II (1405-1454)</b><br>Eliminado porque ya era rey.                                                                                                                 |
|                                                                 | <b>Don Fadrique</b><br>Bastardo de Aragón.<br>† (1438)                       | <b>Martin el Joven (1375-1409)</b><br>Rey de Sicilia por su mujer.                            |                                                                                                                                                                            |
|                                                                 |                                                                              | <b>Jaime I † (1347)</b><br>Conde de Urgel.                                                    | <b>Alfonso el Viejo † (1412)</b><br>Duque de Gandia.                                                                                                                       |
|                                                                 |                                                                              | <b>Pedro † (1469)</b><br>Conde de Urgel.                                                      | <b>Juan</b><br>Conde de Prades.                                                                                                                                            |
|                                                                 |                                                                              | <b>Jaime II † (1433)</b><br>Conde de Urgel, eliminado por el Compromiso en favor de Fernando. | <b>Pedro</b><br>muerto antes que su padre.                                                                                                                                 |
|                                                                 |                                                                              |                                                                                               | <b>Margarita</b><br>casa en 1409 con Martin el Viejo.<br>Sin hijos.                                                                                                        |





## CAPÍTULO XVIII

## EL TEATRO.—LOS PERSONAJES

El castillo de Caspe.—El salón de San Vicente Ferrer.—Mesa histórica.—Parlamento microscópico.—Agripina.—Un rey cristiano.—Ingerencia de Inglaterra.—Monfar equivocado.—Hijos reales.

**A**NTES de terminar este asunto, digamos algunas palabras acerca del teatro en que se representó el importante acto de Caspe y lo que fué de los personajes principales que en él tomaron parte.

Caspe es digno aún del honor que se le dispensó: es una de las poblaciones más religiosas de España, y por lo tanto de las más fieles.

El castillo de Caspe, en otro tiempo residencia de los caballeros de San Juan, no es hoy más que un montón de ruinas, todavía imponentes.

El salón de San Vicente Ferrer, cuyo nombre resalta hasta sobre el del célebre Compromiso, sirve de patio de solaz á las mujeres reclusas, y se llama en Caspe salón de San Vicente Ferrer á la sala en que se celebró el Congreso y se firmó el resultado de sus deliberaciones.

Sólo ha quedado en pié la iglesia ante la cual se proclamó por la poderosa voz del Apóstol el veredicto de los nueve jueces. Enclavada en el castillo, formaba con él y el monasterio inmediato un conjunto de grandioso efecto. Todavía se ven en sus muros los agujeros que se practicaron para sostener el inmenso estrado; por desgracia la fachada ha sufrido mutilaciones deplorables.

Sin embargo se han salvado algunos objetos preciosos, entre ellos la Vera Cruz sobre la que juraron los compromisarios, y que

es uno de los mayores trozos que se conocen del sagrado Madero, el cual, con una espina de la Corona Santa, fué dado á D. Juan de Heredia, gran maestro de los caballeros de San Juan de Jerusalem, en recompensa de los servicios prestados á la Iglesia. Estos preciosos dones se colocaron en una capilla, fabricada de hermosos mármoles y adornada con excelentes pinturas, en la cual se labró un tabernáculo de jaspe admirablemente esculpido, en donde todavía se veneran. Durante la guerra civil que siguió á 1835 la iglesia sirvió de cuartel y la santa capilla de cocina: desaparecieron las ricas pinturas; se robó cuanto podía tentar la más baja codicia; fué violado el hermoso sepulcro de Juan de Heredia y esparciéronse sus restos convertidos en polvo, y como la superstición acompaña con frecuencia á la impiedad, se daba este polvo á los soldados para curarles la calentura.

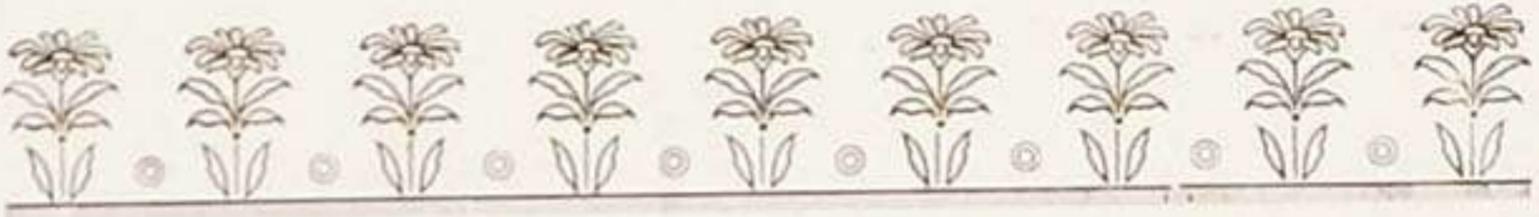
La mesa sobre la que se firmó el Compromiso fué salvada en estos últimos tiempos, á lo menos en parte, por un oficial de milicias, en el momento en que sus soldados habían empezado á quemarla á falta de otro combustible, el cual aprovechó los preciosos restos para hacer con ellos el tablero de su mesa de despacho.

Otro habitante de Caspe, entusiasta como todos ellos por las glorias de su patria, ha recogido los restos labrados de la puerta del salón y ha construido con ellos la de su casa.

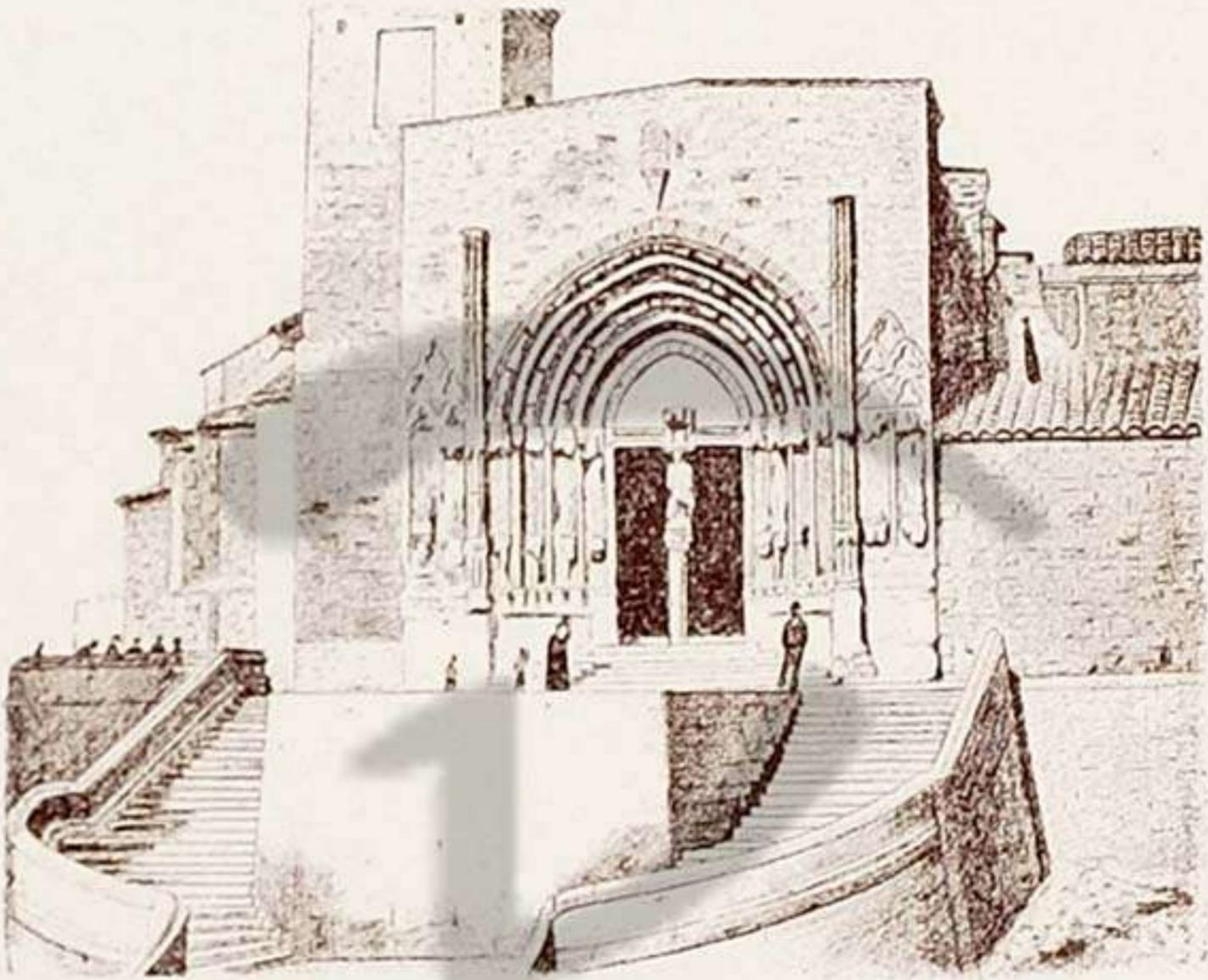
Fernando de Castilla tomó resueltamente en su mano las riendas del gobierno. Cuando recibió la noticia de su elección se hallaba en Cuenca, adonde fué á unirsele toda la nobleza de Aragón, acompañándole hasta Zaragoza.

Entre tanto, ni el conde de Urgel, ni sobre todo su madre, aceptaban el hecho consumado. Los diablos que, como á las tropas de los pretendientes, tenía Vicente Ferrer alejados cuatro leguas de Caspe, habían recobrado su libertad de acción, y el de Urgel trató de protestar celebrando en Mequinenza un simulacro de parlamento, en el que sus falsos amigos no cesaban de excitarle á la rebelión.

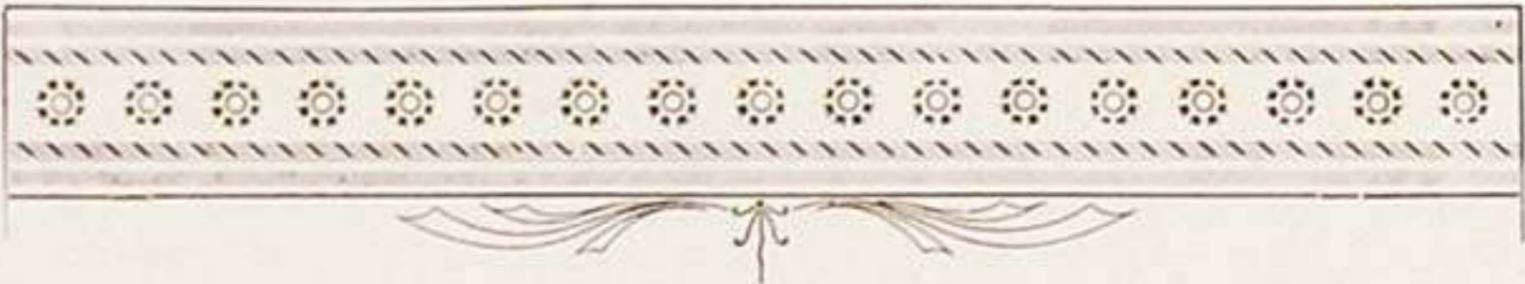
«El rey, que era naturalmente bondadoso, dice Monfar, y enemigo de hacer daño á nadie, quienquiera que fuese, deseando además que le consideraran así en todo el reino, soportaba en silencio estos ultrajes y esperaba á ver el rumbo que tomaría el conde de Urgel. La condesa, movida por su implacable resentimiento, impulsaba á su hijo á la rebeldía, repitiéndole sin cesar: *¡rey ó nada!* Siempre le hablaba con acritud, abusando de su título de madre, en vez de reprimir la impetuosidad natural de su hijo y alejar de su lado los consejeros violentos y perversos, en particular Antonio de Luna,



CASPE



Iglesia delante de la cual publicó SAN VICENTE FERRER el resultado del célebre Compromiso.



hombre completamente desacreditado. Pero cuanto más liberal se mostraba el rey con el conde y su familia, más se obstinaban éstos, rechazando desdeñosamente las insinuaciones reales.»

El primer deber de un rey es asegurar la tranquilidad de sus súbditos. Sabiendo que se tramaban sordos complots, en Octubre de este año, 1412, se trasladó Fernando á Lérida, desde donde podía vigilar á Cataluña y Aragón. Ya hemos visto que en Lérida se disputaron César y Pompeyo el imperio del mundo; pero éste no era un ambicioso vulgar que lo sacrificara todo al afán de dominar, sino un rey cristiano que se consideraba tener á su cargo las almas. Aquí puede darse cuenta el filósofo del camino que el cristianismo ha hecho recorrer á la humanidad.

Sorprendido el de Urgel por este regreso inesperado, envió embajadores al rey, llevándole su sumisión (28 de Octubre); pero ésta era fingida, no teniendo otro objeto que el dar tiempo al duque de Clarence para que le llevara las tropas que le había ofrecido en el tratado secreto concertado entre ambos. Nunca se censurará bastante la ingerencia de Inglaterra en esta época en los asuntos de España.

Fernando era demasiado leal para dudar de la palabra que se le había dado, y dejando á Lérida, se fué á saludar á Benedicto XIII en Tortosa, trasladándose de allí á Barcelona, en donde pasó el invierno.

Al llegar la primavera abrió el de Urgel resueltamente la campaña, y ya se había apoderado de las plazas fuertes de Tramos y Montaragón, cuando Fernando, que no era novicio en el arte militar, concentró en Huesca fuerzas considerables y esperó una ocasión oportuna. Esta se presentó el 10 de Julio de 1413, en cuyo día sorprendió y derrotó á todo un regimiento enemigo.

Viendo perdida la partida, se retiraron los ingleses, y el de Urgel, abandonado á sus propias fuerzas, se refugió en Balaguer, en donde pudo sostenerse hasta el 26 de Octubre.

Hay que leer en Valla la descripción de este sitio de Balaguer, digno de la antigüedad, y la entrevista del de Urgel, humillado, con el vencedor, noble, pero justamente severo. No obstante, á instancias de la condesa de Urgel, que era hermana de su madre, el rey le perdonó la vida.

«El rey, siempre bondadoso, dice Monfar, se compadeció de las desgracias de esta familia y la socorrió. *«El rey de sí era manso y tenía buen natural, y estaba harto lastimado de las desdichas de aquella casa; les*

envió por medio de Pedro Mirón, que era de la casa del Conde, doscientos florines de oro.»—La carta del rey rebosa cortesía.»

En Lérida se instruyó el proceso del conde, siendo condenado á prisión perpétua y conducido al castillo de Ureña, en Castilla, trasladándole más tarde al de Játiva, en donde murió, después de largo cautiverio.

Sensible es que Monfar se haga eco de un rumor infundado, y cuya odiosidad hubiera debido despertar su buena fé. Después de la muerte de Fernando se gestionó varias veces de su hijo Alfonso la libertad del prisionero. En cierta ocasión en que él mismo fué á verle en la prisión, conmovióse en gran manera el alma del joven príncipe á la vista de su bella presencia y su tristeza, sentimiento que dió á conocer de modo harto ostensible, porque sus hermanos Juan, Enrique y Pedro, aprovechándose de un viaje que tuvo que hacer á Sicilia, se hicieron abrir la prisión y ahogaron al conde entre sus propios brazos.

Podía temerse sin duda que comenzara de nuevo la era de las competencias tan funestas para el reino; pero éste hubiese sido un acto bárbaro que felizmente no está probado.

El cronista Martín de Viciano dice, con referencia al bailiaje de Játiva, que el conde murió en 1445, y en esta fecha ya habían fallecido los infantes Enrique y Pedro.

Blancas habla así de estos príncipes en sus *Comentarios á las cosas de Aragón*:

«No se cansaba uno de bendecir al Todopoderoso cuando se pudo conocer la amable expresión y la afabilidad del joven Alfonso y de sus hermanos. Presentaba su infancia las muestras de un carácter tan hermoso, que, no sólo su padre, sino el reino entero les amaba como á las niñas de sus ojos.

»Verdad es que muchos vieron en el castigo del conde de Urgel, de Antonio de Luna y algunos otros criminales una severidad poco conforme con la habitual bondad del monarca; pero estas son consecuencias de la guerra y de la victoria, y el estado de las cosas no permitía obrar de otro modo. El gobierno de una nación, como el de una familia, pide que se recompensen las buenas acciones y se castiguen los delitos. Por su obstinación perdieron los bienes y la vida.» Ni una palabra alusiva al asesinato del conde.

Marineus Siculus, cronista contemporáneo, dice sencillamente que el de Urgel terminó sus días en la prisión. — «En cuanto á los *Infantes de Aragón*, como gustaba al pueblo llamarles, brillaron con

toda clase de glorias, reflejándose en unos las brillantes acciones de los otros, sin que ninguno de ellos fuera inferior á su padre.»

Estas afirmaciones se ven confirmadas por Vidal y Micó, de quien he tomado muchas de las noticias que dejo transcritas. Ya hemos visto que el catalán Feliu, severo para los Infantes, no menciona en modo alguno un hecho de tan extraordinaria gravedad.

«Rendido Balaguer después de un largo sitio, en el cual los partidarios de la condesa de Urgel *hicieron el mayor mal posible* á los de Fernando, quedó prisionera la condesa, la cual, por consejo del duque de Gandía, imploró la clemencia del rey. La respuesta de Fernando fué noble y merecidos sus reproches: perdonó á la condesa, la dejó algún tiempo con su hijo y luego llevó éste á Lérida en donde se instruyó su proceso. Habiendo sido condenado, fué conducido á Zaragoza y luego al castillo de Ureña. A su vez se juzgó á la condesa, á la que se dejó sana y salva, según se lo había prometido el rey, pero confiscándole todos sus bienes.» (Cay, Rosell, *Crónicas de España*).—Nada se dice de la muerte del de Urgel.

El pobre D. Fadrique, que siguió á éste en sus manejos, encontró también una muerte y una tumba ignoradas.

Antonio de Luna, oculto largo tiempo en Mequinenza, murió miserablemente.

FIN DEL TOMO PRIMERO



## APÉNDICE AL TOMO I

PÁG. 8.—**El treintanario de misas llamado de San Vicente comprende 48, á saber:**

|                                                          |    |
|----------------------------------------------------------|----|
| De la Santísima Trinidad.. . . . .                       | 3  |
| De las llagas de Cristo.. . . . .                        | 5  |
| De los siete gozos de Nuestra Señora.. . . . .           | 7  |
| De la circuncisión de Cristo.. . . . .                   | 1  |
| De San Joaquín y otros Patriarcas. . . . .               | 3  |
| De los Evangelistas. . . . .                             | 4  |
| De San Juan Evangelista y otros Profetas. . . . .        | 3  |
| De los doce Apóstoles.. . . . .                          | 5  |
| Del domingo de Ramos con la Pascua. . . . .              | 1  |
| Del miércoles Santo con la Pascua.. . . . .              | 1  |
| Del Ángel Custodio. . . . .                              | 1  |
| De San Miguel. . . . .                                   | 1  |
| De todos los Ángeles. . . . .                            | 9  |
| De los Mártires. . . . .                                 | 1  |
| De los Confesores. . . . .                               | 1  |
| De las Virgenes. . . . .                                 | 1  |
| De los difuntos, en particular por aquella alma. . . . . | 1  |
|                                                          | 48 |

Vidal y Micó. (N. del T.)

PÁG. 26.—**Venta de la Casa natalicia por el gremio de gorreros á la ciudad.**

«El Oficio de Boneteros descaeció de su antigua opulencia por averse introducido el uso de los sombreros; é hallándose oprimido de muchísimas deudas, pensó en dejar la santa Casa: tal vez fué castigo de Dios por las sinrazones que obraron contra nuestra Comunidad á quien tanto devían. En primero, pues, de Agosto del año 1567, extrajudicialmente hicieron saber al Convento la resolución de vender la santa Casa con todas las demás anexas para que la Comu-

nidad usase del derecho que le competia en virtud de la transportacion. Amitió la oferta, i contrató comprar todas las Casas, pagándoles todas las mejoras que hasta entonces avian hecho en la Casa donde nació San Vicente, precediendo el debido justiprecio. Conserve aún en nuestro archivo el borrador del pedimento que por medio de Juan Cabrerizo su sindico secular suplicava el Convento mandase el Gobernador recibir la Sumaria para probar la utilidad de la venda y compra, i en su consecuencia concediese el necesario Decreto: como assi mismo se conservan los Capítulos convenidos para efectuar el dho Contrato.

No tuvieron efecto estas diligencias del Convento, disponiendo el Señor, que assi como la Ciudad de Valencia tuvo la dicha de ser Madre de S. Vicente, lograse tambien el honor de cuidar para siempre del culto i veneracion de la Casa donde su Santo Hijo recibió el sér de naturaleza. En efecto, precediendo el consentimiento de esta Comunidad, que dió con gran gusto, Decretos y demás necesario, el Oficio de Boneteros vendió á la Ciudad de Valencia la santa Casa i demás annexas con escritura ante Jaime Benito Eximeno escribano de la Sala en 18 de Setiembre del año 1573. He leído todas las escrituras y decretos en el archivo mayor de la Ciudad en el libro intitulado *Obras Pias de la Ciudad*. En la escritura de consentimiento que prestó el Convento ante el expressado Escribano de la Sala en 4 de los dhos mes y año, se pusieron los siguientes Capítulos que conviene hacer presentes.

I. Es estat pactat convengut y concordat entre les dites parts (esto es: Ciudad y Convento) que per quant la dita Ciutat é Consell General de aquella considerant lo molt que la dita Ciutat deu particularment al gloriós Sanct Vicent Ferrer, per medi é intercessió del qual ordinariament ha rebut y reb molt grans favors y mercés de la Magestat divina, y es estada socorreguda y remediada en grans necessitats y estretures que ha tengut de forment y altres coses, y que aquell es Fill natural y Protector de dita Ciutat, ha determinat haver y pendre á ses mans la Casa, hon lo dit gloriós Sanct naixqué ab les demes cases, botiga y edificis, que hui posseix lo Ofici de Barreters de dita Ciutat, pera que la dita Casa perpetuament sia conservada per la dita Ciutat, y estiga com es de rahó, en nom de aquella y ab la veneració que es deu al dit gloriós Sanct, y se escuse que la dita Casa vinga en mans y poder de Persones particulars per les quals aquella no seria tan venerada com seria menester. E que ab acte de capitulació fet y fermat per y entre los Reve-

rents Prior y frares del dit Convent de Predicadors de la dita Ciutat de una, y lo dit Ofici de BarreTERS de part altra, rebut per en Juan Casanova q.<sup>o</sup> notari á tretze de Mars del any mil quatrecentos noranta y huit sobre la alienació, que lo dit Convent tems feu de la dita casa al dit Ofici, fonch tractat y concordat, que lo dit Ofici no pogués alienar ni transportar aquella per via directa ni indirecta á Persona alguna de qualsevol stat, orde y condicio fos sens expressa licencia dels Prior y Convent del dit Monestir, y no en altra manera, é que si lo dit Ofici feya alienacio de la dita Casa sens la dita licencia, la dita alienacio no fos de efecte algú, ans en lo dit cas la dita Casa restas en domini del dit Convent aixi com eras ans de la dita capitulació: e que per dites rahons es estat y es necessari haver la dita licencia y consentiment dels dits molt Reverents Prior é Frares del dit Convent pera que lo dit Ofici de BarreTERS vena y aliene dita Casa á la dita Ciutat: y que los dits Reverents Prior y Frares per complaure á la dita Ciutat y per que la dita Casa estant com ha de estar perpetuament en poder de aquella, será molt venerada com se deu á servey del dit glorios Sanct, son estats contents de donar la dita licencia y consentiment ab los Capítols de jus especificadors; que per tant los dits molt Reverents Prior y Frares del dit Convent de Predicadors sens perjuhi ni derogacio de qualsevol capitulacions i concordies que tinguen fetes ab lo Rector Clero y Capellans de la Iglesia Parroquial del glorios Sent Esteve, que sien ó puixen ser favorables al dit Convent é Monestir, hajan de prestar son consentiment y licencia en la venda y transportacio, que lo dit Ofici de BarreTERS ha de fer á la dita Ciutat de la dita Casa hon naixque lo dit glorios Sanct Vicent Ferrer, segons que en los presents capítols ex nunc prout ex tunc presten y donen son consentiment y licencia en la dita venda faedora tan larga bastant y complidament quanta sia menester, pera que lo dit Ofici de BarreTERS puga legitimament, y sens encorrer pena alguna, fer y fermar la venda de dita Casa y altres bens y la dita Ciutat comprar aquella y aquells.

II. Es estat pactat, avengut, y concordat entre les dites parts que los dits Magnífichs Jurats Racional y Sindich en nom de la dita Ciutat per benefici del dit Convent y Monestir se obliguen segons ab los presents capítols se obliguen, que per ningun temps la dita Ciutat alienará, transportará, acomanará ó en altra manera dispondrá de la dita Casa en Frares, Monges, Capellans ó en altres particulars Persones en nom y per compte de aquells, si no que perpetuament la dita Casa haja de restar y reste en nom de la dita Ciutat: en aixi

que per ninguna via directa ó indirecta la dita Ciutat se puga desfer de dita Casa, ni donar prestar ó acomanar aquella á Persona alguna, segons dit es de sus, si no que la dita Ciutat haja de tenir la administració y domini de dita Casa en son nom y per son compte plannament y sens frau.

III. Item es estat, pactat, avengut y concordat entre les dites parts que la dita Ciutat se obliga, segons que los dits Magnífichs Jurats, Racional, é Sindich en nom de aquella se obliguen que si en algun temps la dita Ciutat vendra, alienara, transportara ó acomanara la dita Casa, ó en altra manera dispondra ab tot efecte de aquella, contravenint al contengut en la present capitulació, lo que nos creu, la dita venda, trasportació é comanda ipso jure sia nulle y de ningun efecte: i lo dit Convent y Monestir tinga los mateixos drets, que ara te en virtud de la dita capitulació antiga, que te feta ab lo dit Ofici de BarreTERS; en aixi, que qualsevol acte contrari á la present capitulació reste e sia nulle, é no puga moure ne perjudicar al dit Convent y Monestir, ans en tal cas la dita Ciutat perda lo domini de dita Casa y altres bens compressos en la dita venda faedora, y aquell ipso jure et facto sia adquirít al dit Convent y Monestir sens ministeri de Jutge algu: en lo qual cas lo dit Monestir haja de pagar á la dita Ciutat lo que aquella aurá pagat per lo preu de dita Casa y bens, sens pagar millores algunes, que la dita Ciutat hagues fet en aquella y aquells fins al dit cas.

III. Item es estat pactat, avengut y concordat entre les dites parts; que los dits molt reverens Prior y Convent prometen y se obliguen, com ab los presents capitols prometen y se obliguen, que donaran obra ab tot efecte que lo M. R. P. Provincial del Orde de Sanct Domingo dins un any primer vinent e del dia de la ferma dels presents capitols en avant continuament comptador, loara y aprobara la present capitulacio, e contengut en aquella.

V. Item es estat pactat, avengut, y concordat entre les dites parts que lo dit Convent é Monestir sia franch de tots los Actes, que per dita raho se auran de fer, y que per aquells no se li puga demanar salari, ni altra satisfaccio alguna, si no que vinguen a carrech de la dita Ciutat y del dit Ofici de BarreTERS.

VI. Item es estat pactat, avengut y concordat entre les dites parts, que la dita Ciutat per ningun temps puga posar en la dita Casa altra invocacio ni devocio, si no del dit glorios Sanct Vicent Ferrer: ni per al dit efecte puga obtenir Breu algu de sa Santetat ni de la Curia Romana pera que es mude la dita Invocacio, si no que com dit es de

sus, la dita Casa sia y reste perpetuament sots la dita invocacio del dit glorios Sanct.

VII. Item es estat pactat, avengut y concordat entre les dites parts, que encara que la dita Ciutat amplie ó aumente la dita Casa, empero en lo cap de aquella sia la dita Invocacio del dit glorios Sanct Vicent Ferrer, y nos puga nomenar de altre nom, á fi que la devocio del dit glorios Sanct nos puga perdre, ni disminuir, ni lo dit benefici del dit Monestir puga cessar.

VIII. Item es estat pactat, avengut y concordat entre les dites parts, que qualsevols altres capitols contenguts en la dita capitulacio antiga de sus calendada feta entre lo dit Convent de una part, e lo dit Ofici de Barreteros de altra en quant sien diferents del contengut en la present capitulacio, ó contraris a daquela, no sien de efecte algu contra la dita Ciutat.

VIII. Item es estat pactat, avengut, y concordat entre les dites parts, que los presents capitols sien executoris ab submisio y renunciacio de propri. For, etc.» P. Teixidor, Apuntes inéditos. (N. del T.)

PÁG. 59. — **Carta de San Vicente Ferrer al infante D. Martín.**

La carta integra á que se refiere el autor, y de la que sólo transcribe una parte, decía así: «Al muy alto Señor Infante D. Martín.— Jesús.— Muy alto Señor: Por Mosen Pedro Sanchiz he recibido vuestra carta; y suplico muy afectuosamente á vuestra Señoría que la gracia que por vuestra instancia é intercesion nos otorgó el Señor Rey, la hayamos con toda brevedad; para que así todos nuestros hermanos y yo con ellos, de noche y de día, y en todo tiempo, tengamos obligacion de rogar al Rey de los Reyes por vuestra exaltacion. La cantidad, Señor, que quereis saber de la amortizacion que hemos menester es de once mil sueldos, segun la forma contenida en la Real gracia de los mil florines; cuyo traslado os remitimos en esta carta. De lo demás, tened por cierto, Señor, del hecho de mis sermones en la forma que os hice saber en otra carta mia: que, pues, Vos Señor haceis tanta merced á nuestro convento, es justo que yo os sirva abundantemente con los frutos de mi huerto. Y aunque es verdad que jamás los he querido comunicar á persona alguna; pero me lo tengo á gran honra, que Vos seais el primero, y que la obra sea enderazada á vuestra Señoría, por carta que, puesta al principio del libro, sirva de prólogo ó proemio. El Salvador conserve y ensalce á vuestra Señoría con su bendicion. Amen. Escrita en Valencia dia

de San Sebastian. Tened á bien, Señor, volver vuestra cara á Sor Catalina, la cual por Vos dejó su celda de San Miguel de Liria, en la cercanía de Segorbe: porque tengo entendido que la limosna que Vos le mandais hacer, ha cesado del todo, y pasa gran necesidad. Tened piedad, Señor. Indigno servidor de Jesucristo, Fr. Vicente Ferrer, Predicador.» Vidal y Micó. (N. del T.)

FÁG. 70.—Hallazgo de la imagen de San Cristóbal.

A propósito de este suceso que refieren algunos escritores, dice el P. Teixidor en sus apuntes inéditos acerca de San Vicente Ferrer lo siguiente:

«Tengo, pues, por únicamente fundada la noticia que resulta de lo hasta aquí escrito, á saber: Que el motivo de haberse dedicado á San Christoval la Sinagoga mayor de los Judios fué por especial providencia de Dios, que quiso fuesse el Santo venerado en ella i que no se oyeron voces del Santo, ni se encontró su imagen cavando en el sitio de la Sinagoga. A dicho motivo lo atribuyeron los Jurados en todas sus cartas sin decir en ninguna de ellas palabra de voces que diesse el Santo, ni de Hallazgo de su imagen, acudiendo solo, como á disposicion secundaria, de haver visto un Judio al principio que comenzó el insulto, sobre el terrado de la Sinagoga mayor un Hombre grande, fuerte y robusto con una Criatura al cuello en la forma que suele pintarse San Christoval. Repito aquí la cláusula de la carta de los Jurados escrita cinco dias despues, esto es, á 14 de Julio de 1391: *Altre Jubeu ha dit, quel Dumenge quant comença la remor, ell veu sobre lo terrat de lar Sinagoga la Major, un fort gran, é soberch Hom ab una criatura en lo coll, per la manera que hom pinta Sent Christofol.* (N. B.) *E per ço, nedejada en après la dita Sinagoga, hi es estada mesa la Imatge de Sent Christofol.* Esta sola cláusula, bien meditada, está convenciendo ser fabulosas las demás circunstancias, de voces, cavar, hallazgo de imagen, i procesion general. Porque no es fácil, que alguno pueda persuadirse fué omission de los Jurados; ni aparece motivo de tal omision, antes bien de lo contrario, pues informando en sus cartas de tantas menudencias, no omitieran tan notables circunstancias de voces, cavar, hallazgo de Imagen i Procecion.

»Confirmo mas robustamente mi aserto. Aviendo llegado á Lérida la noticia de este prodigioso caso; escribieron de allá á los Jurados de Valencia, quexandose de no haberles participado tal noticia, i rogándoles escribiesen cumplidamente. Hicieronlo los Jurados escri-

viendoles en 28 de Julio de 1391 la carta que está en el citado tomo 5 de cartas missivas, de que doi el siguiente traslado.

»Als molt honorables é molt Savis Senyors los Paers é Prohomens de la Ciutat de Leyda.—Senyors molt honorables.

»En vostra letra per nos á nit rebuda par queus placia esser certificats per nosaltres de tres coses en acabament. La primera, de la comoció é invasio per alguns feta contra la Juheria daquesta Ciutat, é dels Juheus morts, é dels vius tornats á sant babtisme. La segona dels Miracles seguits en augmentació del Crisma, defallida per la gran multiplicació dels Crismats. E la terça, del alçament dels Moros daquest regne á les forces, per dupte de semblant cas dels Juheus:»

Van respondiendó á dichas tres cosas, escusándose primero de no averles escrito por la gran turbacion que les causó el insulto, i hallarse ocupadissimos en hacer rigurosa inquisición de los principales Agresores, i hacerles restituir quanto avian hurtado. Seguidamente les hacen exacta relacion de todo el caso; refierenles todos los milagros, que quedan ya referidos en las cartas que dexo ya copiadas, y añaden la siguiente cláusula que es la que hace para mi intento.

«Ultra los de sus dits se son mostrats altres miracles maravellosos no sens gran é special gracia divinal. En instant (N. B.) quel dit esvaiment fon cessat, la Major Sinagoga lur fo nomenada Ecclesia de Sent Christofol. No podem trobar, qui fo Entitulador, ne per que: si no ques dia, que un Juheu, al començament del dit esvaiment, veu sobre la sumitat de la dita Sinagoga un Hom, fort gran, é soberch ab una creatura en lo coll, á semblant que hom pinta Sent Christofol.»

«Valga, pues, la razón: Si los Jurados de Valencia no pudieron encontrar otro motivo de averse llamado la Sinagoga Mayor, al instante que cesó el insulto, Iglesia de San Christoval, ni quién fué el que le dió esa invocacion, si no el aver dicho el Judio aver visto sobre la extremidad de dha Sinagoga un Hombre muy grande y robusto con una criatura al cuello en la forma que suele pintarse San Christoval: de donde, pregunto, han sacado los autores, que escribieron después de tantos siglos, las circunstancias tantas veces repetidas? Quando los Jurados escribieron su carta á Lérida, ya eran pasados diez y nueve dias despues del insulto, tiempo bastantissimo para averiguar todas las circunstancias del suceso para escribirles cumplidamente como pedian los de dha Ciudad. Hicieron la averiguacion del motivo de haverse llamado Iglesia de San Christoval al instante que cessó el insulto, i con toda esta diligencia dicen: *No podem*

*trobar qui fo Entitulador, ne per que.* Si fuera assi lo que dicen los Escritores, huvieran dicho: «el motivo de llamarse Iglesia de San Christoval, fué porque estando congregados en su Sinagoga los Judios oyeron una voz que por tres vezes con cierto imperio les decia; Judios, salios de mi casa: Que no obedeciendo se les apareció el dia nueve con semblante terrible, i les dixo, como él era San Christoval; pero que no ablandandose aquella terca Nacion, le sucedió el mismo dia la amenazada desgracia: i al siguiente se hizo Procession general, i mandando cavar donde se oyeron las primeras voces de San Christoval se halló una devota Imagen del Santo Martyr, que hasta oy se conserva: y luego el Obispo le dedicó en Iglesia de su nombre la Sinagoga.»=Todas estas circunstancias tan prodigiosas ignoraron entonces los Jurados sobre haber hecho averiguacion para dar noticia tan cumplida como deseavan los de Lérida, i los escritores despues de tantos siglos tuvieron dicha de encontrarlas: Que donde? ninguno lo dice. No es menester ser Critico severo, basta solo moderado, para hacer de ellos el juicio que merecen.» (N. del T.)

PÁG. 117.—**Carta de San Vicente á Benedicto XIII.**

Yo conozco un religioso (es el mismo de quien habla) que me ha dicho de su boca (con verdad) más de quince vezes, que estuvo enfermo en este tiempo é creciendole la enfermedad, en la vigilia de San Francisco vino á la muerte, i estando ya en el extremo, él tenia gran devocion en San Francisco, i el enfermo hacia oracion, i decia con gran devocion á Jesu Christo: Señor assi como aveis hecho muchos milagros, haced á mí esta gracia, que yo cure de esta enfermedad para que pueda ir á predicar vuestra santa palabra por el mundo. Acabada su oracion i peticion, súbitamente fué arrebatado, i vió á Jesu Christo, que estava en un throno sin antepecho, i que San Francisco y Santo Domingo estavan de rodillas á los pies de Jesu Christo, i el Frayle, que me lo ha contado, estava mirando, i vió como Santo Domingo y San Francisco rogavan con gran devocion i humildad: O Señor, no sea tan aina vuestra ejecucion contra vuestro pueblo, mas antes, Señor, que deis fin al mundo embiadles algunos que les prediquen, i les avisen: i Jesu Christo mostrava, que no lo veia, ni lo oia, i estava su corazon duro como marmol. Y a cabo de rato por los ruegos que los dos Santos le hicieron, abrió la fuente de misericordia, i miró á los dos Santos á la cara i pusose en medio de ellos, i llamó al Frayle enfermo que estava algo apartado,

i Jesu Christo assi como queriendole alhagar, pusole la mano sobre la cara y dijole: O amigo mio, i devoto siervo, tu que has aborrecido las vanidades i vicios del mundo, por tus grandes ruegos que me has hecho, i estos dos Santos que estan presentes yo quiero esperar tu predicacion, i mandote que vayas á predicar por el mundo por que no puedan alegar ignorancia, ni negar el dia del juicio, i que no hayan sido por muchas veces avisados de su incredulidad i poco conocimiento que tienen en hacer buenas obras; i en conocer la cuenta que me han de dar de todo. Acabando Jesu Christo de decir esto, el Frayle enfermo despertó, i hallóse bueno y sano; i mas de quince veces me lo contó él mismo de su boca á la mia, i yo sé y bien cierto que él no mentirá por no perder la amistad de Dios: i mas ha de doce años que va predicando por el mundo con muchos afanes i trabajos i aina morirá.»

P. Teixidor. Apuntes inéditos. (N. del T).

PÁG. 270.—**Primer establecimiento en Valencia de la Universidad ó Estudio General.**

El Religioso Franciscano á que se refiere el autor fué el que en 1758 publicó el *Memorial de los Padres Franciscanos Observantes* en el que se insertan ciertas *Noticias históricas* y en ellas se dice que: «Los comienzos de esta que tanto se gloria floreciente Oficina de la Sabiduria los deve su Universidad (de Valencia) á la Religion Seráfica i Doctrina Escotistica, sin embargo que los atribuye equivocado el Claustro Mayor á las persuasiones del Invicto San Vicente Ferrer; cuya persuasion á no ser tan incierta, pudiera tolerarse por devota.» Añádese en dichas Noticias que «en aquellos tiempos no se conocia otra *Summa Theológica para instruir la Nación* (valenciana) que la del Padre Ximenez (Franciscano), y que fueron tantos los servicios hechos á la Ciudad por este Religioso con sus buenas letras, que en 1376 le mandó dar tres mil sueldos para reedificar los claustros de su Convento; y en 22 de Diciembre de 1387, en atencion á ello, mandó darle para sus necesidades religiosas 20 florines de oro anuales; y al año siguiente, á los 14 de Agosto, le añadieron otros 20, porque sin duda se empleava en ilustrar las Ciencias i adelantar la enseñanza de la Ciudad.»

A esto replica el P. Teixidor, en sus ya citados Apuntes inéditos, que «es falso que en el año 1376 mandase dar la Ciudad tres mil sueldos al P. Ximenez para reedificar los claustros de su Convento, pues esta limosna la mandó dar al Maestro fr. Nicolás Espital, que

fué quien representó en el Consejo celebrado el 18 de Julio de 1376.» «Igualmente *es falso*, añade, que en los Decretos de 22 de Diciembre de 1387 i de 14 de Agosto de 1388 mandase darle la Ciudad limosna alguna ni annual ni por una vez, pues no se hallan tales Decretos en los Manuales de dichos años i solo hay un Decreto de consejo celebrado en 1384 que dice así: «Primerament per esguart dels molts é bons servicis quel honrat é religios Mosen Francesch Eximenez del ordre dels Frarers Menors ha fets é fa á la cosa publica de la dita Ciutat en solemnes et altes Prehiccions, Consells, Confessions et altres bones obres, lo dit Consell volch é mana que de la pecunia comuna de la dita Ciutat sien dats per amor de Deu a dit Maestre Francesch en ajuda de ses necessitats Vint Florins dor per lo Clavari de la dita pecunia, al qual sia fet albará daquesta rahó.» Por donde se ve que los buenos y muchos servicios que el P. Ximénez había hecho y hacia al público consistian en *sus solemnes y altas predicaciones, consejos, confesiones y otras buenas obras*, sin que se haga referencia á que *hubiese adelantado la enseñanza á impulsos de la ciudad*.

«Ningún otro argumento aduce el autor de las Noticias Históricas en favor del P. Ximénez como promovedor de la fundación de la Universidad ó Estudio General, y en cambio Diago, cuya reputación como historiador verídico es generalmente reconocida, fué el primero en afirmar que el Estudio General de Valencia fué fundado á persuasión de San Vicente Ferrer, y lo mismo dice Escolano que publicó su Historia del reino de Valencia en 1610, y el M. Gómez en la vida del Santo, impresa en Valencia en 1618, y el M. fray José Rodríguez, trinitario, en su Biblioteca valenciana, y el canónigo D. Francisco Orti y Figuerola en las Memorias Históricas de la Universidad de Valencia, y el Dr. Vicente Ximeno en el tomo primero de sus Escritores, y el M. Vidal que copia á Serafin. He aquí cómo se expresa Diago en su vida del Santo:

«El Obispo Don Hugo de Bages escribió al Santo, que hiciéssse de manera que se viessen los dos... i juntamente le rogó que se sirviesse de tratar con los Jurados de Valencia sobre las diferencias i dissensiones de ella con la villa de Murviedro: que avialas muy grandes... Deviò de darle ese contento, quando el Benedito Varon tornó á ella el 29 de Setiembre del propio año (1410) entonces tomó muy á pecho el Predicador Apostólico que la Ciudad fundasse un Estudio General, i diesse competentes salarios á hombres doctos para que leyesen Sciencias en él á los hijos de la tierra. Encareció

mucho este punto, i persuadiólo quanto pudo, y pudo tanto, que salió con lo que deseava. El Consejo vino bien en ello, y luego el año siguiente (1411) estando ya fuera el Varon de Dios, compró la Ciudad la casa del Noble Mosen Pedro de Vilaragut en la calle del meson de la Nave, donde hasta oy persevera el Estudio General: el qual segun esso muy obligado está á la Orden de Predicadores.»

Otros varios datos aduce el P. Teixidor para corroborar el hecho de que fué San Vicente Ferrer y no el P. Ximénez, ni otro alguno, el que instó y logró la creación del Estudio General, convertido en la actual Universidad en 1499. Se omiten por no ser esenciales al objeto y no alargar más esta noticia. (N. del T.)

PÁG. 271.— **Fundación del Colegio de niños huérfanos de San Vicente Ferrer.**

Acerca de la fundación y vicisitudes de este Colegio inserta el P. Teixidor en sus ya citados Apuntes inéditos curiosas noticias que paso á extractar.

Ramón Guillem Catalá, por su codicilo otorgado en Valencia á 1.º de Marzo de 1334 legó una casa situada en la calle de San Vicente, frente al convento de San Agustín, para hospital de los Ermitaños, «que por alli se albergaban en diferentes hermitas, en cuya casa se guarecian cuando enfermaban y donde habia renta para el caso y enfermeros que los cuidaban, cuyos hermitaños se llamaban *Hombres de Penitencia*, y el hospital de *Santa Maria*. Mas adelante tomaron estos el nombre de *Beguines*, sin que se sepa el motivo de este cambio, ni el significado de esa voz, que se cree de origen francés ó aleman.

Habiendo desaparecido los Hombres de Penitencia, porque ingresaron en varios conventos, quedaron en la casa y hospital los Beguines como cofradia, pero siguieron encargados de su administracion los Jurados de la ciudad, segun lo dispuesto por Guillem Catalá, y á esta cofradia es á la que, segun la tradición, pues no hay documentos escritos que lo prueben, confió San Vicente Ferrer en 1410 el cuidado de recoger los niños moriscos huérfanos que vagaban por las calles. Lo que parece cierto es que de esta cofradia formaban parte muchos penitentes que habian ido en la comitiva del Santo, y que conservaron en su poder un Crucifijo que éste llevaba en sus misiones, el cual sacaban todos los años en la procesion de Disciplina. Con el tiempo estos Beguines cambiaron su



nombre por el de *Cofrades de los Huérfanos* por el ejercicio de cuidar de la educacion de estos.

Habiendo decaído esta cofradia con el tiempo, los Gorreros\* (Boneteros) que habian fundado otra que tenia al Santo por patron, compraron la casa natalicia de este y otras dos á sus espaldas con el objeto de continuar albergando y educando en ella á los huérfanos «*pensant y creent*, dice el exordio de las Constituciones formadas en 1548 para el régimen del Colegio de los Niños Huérfanos de San Vicente Ferrer, *que los Chiquets y Chiquetes, perduts y perdudes, avien de residir i estar perpetuament en la Casa del glorios Sen Vicent Ferrer,*» cuya cofradia se estableció en 1498. Pero «viendo que no acertaban jamás á tomar el medio eficaz para recoger los niños perdidos, por escritura de 25 de Noviembre 1547 ante Gerónimo Labora otorgaron plenissimo poder á Juan Moreno, presbitero, Doctor en theologia i Prior actual de dha Cofradia, i á los magnífichs Bernardo Simó, Jurado actual de la Ciudad, Mosen Manuel Miquel Peñarroja, i á Mosen Benito Artés, cavalleros, á Honorato Benito Vidal, ciudadano, i á Jayme Juan Pellicer, notario, para que juntamente con los actuales Clavario i Mayorales de dicha Cofradia, mejorassen i corrigiessen sus antiguas Ordenanzas, y las hiciessen nuevas, i estableciessen otro gobierno. Estos nueve Apoderados hicieron 46 ordenanzas ó Constituciones, todas ellas dirigidas al mejor gobierno, y christiana educacion de los Niños i Niñas de San Vicente Ferrer, las que aprovo Don Fernando de Aragon, Duque de Calabria, no solo como Virrey que era de Valencia, si no tambien por especial comision que le hizo el emperador Carlos V por su real orden fecha en Bruselas á 30 de Abril 1549. Aprobolas tambien el Dr. Jayme Giner como Vicario general del Arzobispo de Valencia en 8 de Febrero 1548 y de ellas se hizo un ejemplar en vitela en el año 1584, cuyo ejemplar se conserva en el Archivo de los Niños de San Vicente.» En dichas constituciones se prevenia, entre otras cosas, que las Niñas vayan vestidas «*ab Gonelles blanques et Mantos de Beates negres, é un Vel blanch, com de dites Beates,*» y que los Niños «*vajen vestits ab unes Cotes blanques é ab uns mantonets é barrets negres;*» si bien el Clavario que fué en 1593, Gaspar Juan de Salcedo, introdujo la costumbre de vestir á los niños con *sayas pardas* en los días ordinarios porque se ensuciaban menos. Se disponia también que quedaban anuladas todas las Ordenanzas antiguas; «que pudieran ser Cofadres de la *Cofadria de los Niños perdidos de San Vicente Ferrer* qualesquiera personas assi hombres como mugeres

pagando de entrada veinte dineros i cada viernes si quissiesen un dinero *pera subvenció de la despessa dels Colegials Fadrinets é Fadrinetes perduts;*» y que «los Niños estuviessen siempre en la Casa de la Cofadria, i mientras esta no la tuviesse propia, viviessen en la Casa que para este fin alquilasse el Clavario de la misma Cofadria.»

«Surtieron tan buen efecto estas Constituciones que en poco mas de un año los nuevos Cofrades acomodaron en oficios i pussieron á servir mas de Seiscientos entre Niños y Niñas.»

Habiéndose debilitado el celo de la Cofradia, se hicieron cargo de los Niños los Jurados de la Ciudad, como patronos, instalándo-los en el antiguo Hospital de Santa Maria ó Beguines, frente á San Agustín, por amenazar ruina la casa en que se albergaban, impetrando del Papa un Breve para aplicar al Colegio las rentas de dicho Hospital, y representando al rey Felipe II para que tomara las providencias que fueran del caso. Este acordó que Miser Vicente Sanjoan Aguirre visitase el Colegio é informara sobre el particular, y como consecuencia de este informe expidió la siguiente real orden:

«Al Ilustre Marqués de Aytona, Primo mio, Lugarteniente i Capitan General en el Reyno de Valencia.

Ilustre Marqués, Primo, mi Lugar teniente i Capitan General.

Pues de la Visita que ha hecho el Doctor Sanjoan de Aguirre del Colegio de los Niños, que fundó en essa mi Ciudad de Valencia el Glorioso San Vicente Ferrer resulta, que conviene quitar de dicho Colegio la Cofradia que está incorporada en él, i mejorar el gobierno de dicho Colegio; i á vos, y al Patriarca os parece lo mismo, lo tengo por bien: i os encargo i cometo, que con intervencion del Patriarca, si fuesse necessario para ello su autoridad i decreto, aparteis de dicho Colegio la dicha Cofadria y sus Cofadres: i extinguido el gobierno y administracion, que ay al presente, encomendareis la Administracion i cuidado del Colegio á tres Personas, que cada año se muden; i el uno sea Jurado de essa mi Ciudad de Valencia, i el otro Capitular de la Seo, i el otro uno de los diez Clavarios del Hospital General, los que la Ciudad, Capitulo y Clavarios nombrarán, reformando las Ordinaciones de dicho Colegio, como á vos os parecerá mas conveniente con intervencion del dicho Doctor Sanjoan de Aguirre. I á la Ciudad, Capitulo de la Seo, i á los diez Clavarios escribo en vuestra creencia, para que se encarguen de dicha administracion, i tambien una carta al Patriarca para si fuere menester su Decreto y autoridad; i holgaré que lo executeis sin ninguna dilacion, i que me aviseis como lo aveis efectuado, i el estado en que aquello quedará.

I por que la limosna de los Beguines no se emplea en lo que solia, será bien aplicada á ese Colegio: i assi os encargo que lo trateis con los Jurados de essa Ciudad, i avisareis lo que se avrá de suplicar á su Santidad para que la conceda. Datis en Madrid á catorce de Marzo de mil quinientos noventa y tres.—Yo el Rey.—Vidit Frigola Vicecancillerins.—V.º Comes gest. Thasanrarins.—V.º Quintana Regens.—V.º Terça Regens.—Franqueza Secretaruis.»

Cambióse la administración del Colegio de conformidad con lo dispuesto en esta Real orden, y obtenido al fin el Breve solicitado de Su Santidad, por sentencia del Arzobispado, fecha 24 de Noviembre de 1608, se mandó adjudicar al Colegio de los Niños de San Vicente todas las rentas que fueron del Hospital de los Beguines. Siendo Administrador de dicho Colegio Mosén Christóbal Navarro, obtuvo del rey Felipe III en 1619 que hiciese merced del antiguo colegio de los Moriscos para Colegio y habitación de los Niños de San Vicente Ferrer, cuya gracia concedió en 11 de Marzo de 1620. Dicho colegio de los Moriscos le fundó el emperador Carlos V en el año 1545 con la invocación de la Virgen de la Misericordia, «para que en él se criasen é instruyessen en nuestra santa fé católica los Hijos de los Moriscos,» y su cesión para Colegio de los Niños de San Vicente Ferrer fué aprobada por el Papa, según resulta de la carta que el rey dirigió á los Jurados el 12 de Marzo de 1622. (N. del T.)



## ÍNDICE DE MATERIAS DEL TOMO PRIMERO

### PRIMERA PARTE

|                                                                                                                                                                                                                                                                                      | <u>Páginas.</u> |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----------------|
| CAPÍTULO I. — Valencia. — Nombre. — Clima. — Armas. — Lengua. — Costumbres. — La «Virgen de los Desamparados». . . . .                                                                                                                                                               | 1               |
| CAP. II. — Los Ferrer. — Origen de la familia. — Dos ramas. — Los blasones. — El padre y la madre. — Los hermanos y las hermanas. — Trágica historia de Francisca Ferrer. — Pedro y Bonifacio Ferrer. — Vida sobrenatural de nuestro Santo por lo que respecta á su familia. . . . . | 5               |
| CAP. III. — El niño. — Signos precursores. — Nacimiento. — Bautizo. — Patrón predeterminado. — La pila y su cofradía. — Muñeco de alabastro. — Primicias taumatúrgicas. . . . .                                                                                                      | 11              |
| CAP. IV. — Educación. — Génesis del alma. — Miguel Garrigues. — Estudios. — Buenos sentimientos. — El criado Alexis Raffet. — Inclinación á la soledad. — Mortal imprudencia y resurrección del condiscípulo. . . . .                                                                | 19              |
| CAP. V. — Casa natalicia. — La cuna. — Los Gorreros. — Interrupción del culto. — Intervención del Santo. — El rey resuelve la cuestión. — El Santuario. — La Imagen. — Episodio del zapatito. — La fuente y el retrato. — Museo taumatúrgico. . . . .                                | 25              |
| CAP. VI. — Vocación. — Manantial de río. — El Prior de los Dominicos. — Toma de hábito. — El Orden religioso. — El Convento de Valencia. — El Joven beneficiado. — El Novicio. — Horas íntimas. — Madre cruel. — El Pobre misterioso. — Los dos mártires. . . . .                    | 31              |
| CAP. VII. — Enseñanza y primeros aletazos. — Asignaciones varias. — Primeros trabajos. — Buques esperados. — El famoso albañil de Barcelona. — Partida para Tolosa. — Primeros pasos en Valencia. — Sol naciente. . . . .                                                            | 39              |
| CAP. VIII. — Prueba. — El Crucifijo inclinado. — La Virgen que consuela. — El solitario del antiguo Egipto. — Inés Hernández. — Los falsos hermanos. . . . .                                                                                                                         | 45              |
| CAP. IX. — Trabajos en Valencia. — Vicente Ferrer, Prior. — Conferencias con Pedro de Luna. — Disensiones. — Confianza de los principales ciudadanos en Vicente Ferrer. — Curso de teología en la Catedral. — Historia de la esclava mora. . . . .                                   | 51              |
| CAP. X. — Intermedio y reanudación de los trabajos en Valencia. — Vicente Ferrer en Segorbe. — La Cartuja de Val-de-Cristo. — Proceso difícil terminado. — Magisterio de Vicente Ferrer. — Dificiles conquistas. . . . .                                                             | 59              |
| CAP. XI. — Vicente Ferrer y el Legado de España. — Pedro de Luna en Valencia. — Cuarenta años. — Pablo de Burgos. — La cuestión de los judíos. — Aparición de San Cristóbal. — El Santo Crisma venido del cielo. — Vicente Ferrer y los judíos. . . . .                              | 67              |
| CAP. XII. — Vicente Ferrer en los honores. — La reina Violante. — Curiosidad femenina. — Invisible y presente. — Curiosidad satisfecha. — Cardona. — Vicente Ferrer ante la Inquisición. — Pedro de Luna, convertido en Benedicto XIII, le llama á su lado. . . . .                  | 75              |
| CAP. XIII. — La celda santa. — La celda del monje. — El oratorio. — Descripción ingenua. — La cofradía. — Visitantes ilustres. — Profanación. — Reparación parcial. . . . .                                                                                                          | 79              |

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                               |     |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| CAP. XIV.—Cisma.—Problema.— <i>Necesse est</i> .—Orígenes del gran cisma.—Reglamento de los cónclaves.—Los Papas de Aviñón.—Roma predestinada.—Elección de Urbano VI.—El miedo.—Elección de Clemente VII.—El verdadero Papa.. . . . .                                                                                                                         | 85  |
| CAP. XV.—El verdadero Papa.—Fuentes de la historia.—La elección.—Comedia sacrilega.—Estado de ánimo de los cardenales.—El tratado del cisma.—Carácter de Urbano VI.—Lógica humana.—Catalina de Sena y Vicente Ferrer.—La dialéctica.—La buena fe. . . . .                                                                                                     | 91  |
| CAP. XVI.—Pedro de Luna.—Primeros errores de los dos Pontífices.—El cardenal de Aragón.—Rasgos generales.—El eclipse de Luna.—Singulares escrúpulos.—Juicios contradictorios.—Esfuerzos.—Vicente Ferrer, campeón oficial. . . . .                                                                                                                             | 99  |
| CAP. XVII.—Aviñón.—Convento de los Dominicos.— <i>Etium pariere ruinae</i> .—El palacio de los Papas.—Sucesión difícil.—La Corte de Aviñón.—El pobre clérigo.—Vicente Ferrer, hombre de mundo.—Genio teatral de Pedro de Luna.—El sombrero de cardenal.—Esfuerzos inútiles.—Representación de Francia.—Sustracción de obediencia.—Asedio del Palacio. . . . . | 107 |
| CAP. XVIII.—Misión divina.—Vicente Ferrer abandona el Palacio Pontificio.—Ansiedades y agonía.—Visión celestial y resurrección.— <i>Adhuc expectabo te</i> .—Misiones diplomáticas.—Carta de los jurados de Valencia.—Legado <i>à latere Christi</i> . . . . .                                                                                                | 115 |

SEGUNDA PARTE

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                  |     |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| CAPITULO I.—Apostolado en Provenza.—Estado de Europa.—La obediencia Aviñonesa.—Las naciones vivas.—El Condado <i>Venaissin</i> .—El precio de los comestibles.—En el país de los Apóstoles.—Arlés: plaza Ballechou.—Sisterón.—Aix.—Marsella: consejo municipal comprometido.—Los Acoules.. . . . | 125 |
| CAP. II.—Provincias alpinas.—Lombardia.—Carta de Vicente Ferrer á su General.—El valle impuro.—Santo Oriente y Gran Oriente.—La Gran Cartuja.—El joven Bernardino de Siena.—La comunión de los Santos.—Plasencia: Chauvismo italiano.—Los diablos ermitaños. . . . .                             | 131 |
| CAP. III.—Monferrato y el Piamonte.—Alba Pompeya.—Margarita de Saboya.—La doble llave de Fr. Teobaldo.—Las dos Italias.—Pignerol.—Ordenanzas de Turín.—Güelfos y Gibelinos.—El gran pacificador.—Chieri y Savigliano.—Ivrée.—El oasis.. . . .                                                    | 139 |
| CAP. IV.—Saboya, Suiza y Lyon.—Fr. Juan Placentis.—Nuestra Señora de Liesse.—Entusiasmo de Friburgo.—El vino de honor.—El Maestro Federico d'Amberg, escenógrafo.—Carta del cabildo de Lyon. . . . .                                                                                             | 147 |
| CAP. V.—Los disciplinantes.—Vicente Ferrer y su comitiva.—Origen de esta compañía.—Organización.—Providencia.—Las mujeres.—El número.—Entrada en las poblaciones.—La Edad Media.—Los puentes y los Pontífices.. . . .                                                                            | 153 |
| CAP. VI.—Génova.—El don de lenguas.—El Mariscal de Boucicaut.—El Papa y el Santo.—La peste.—Génova, ciudad cosmopolita.—¿En qué lengua hablaba el orador?—Carta de Clémangis.—Ramificación del don de lenguas.—El Catalán. . . . .                                                               | 163 |
| CAP. VII.—Ribera de Génova.—Más notable que el don de lenguas.—Púlpitos y retratos.—Santa Zita.—El país del sol.—Vicente Ferrer árbitro.—Savona y la Virgen de Misericordia.— <i>Sodalitates verberatorum</i> .—El Bienaventurado Cristobal de Milán.—Todavía el albañil de Barcelona. . . . .   | 173 |
| CAP. VIII.—Norte de Francia.—Bélgica é Inglaterra.—Lila: Nuestra Señora de la                                                                                                                                                                                                                    |     |

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                        |     |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Parra.—Flandes apasionado.—Saint-Omer: ladrón castigado.—Bruselas: resurrección del Convento.—¿Ha ido Vicente Ferrer á Inglaterra? . . . . .                                                                                                                                                                                                                                                           | 179 |
| CAP. IX.—Italia.—Centro de Francia.—Andalucía.—Campo de batalla de los Güelfos y Gibelinos.—Estudio de itinerario.—Auvernia: juicio de Salomón.—Sudoeste de Francia.—Génova, <i>Iterum</i> .—Santiago de Compostela.—Ciego curado por poderes.—La Coruña.—Batalla de Santos.—El asno.—Granada y los Alfaquies.—La judía de Écija.—Sevilla y Córdoba.— <i>Lacrymæ verum</i> . . . . .                   | 185 |
| CAP. X.—Castilla y Navarra.—El mundo de los espíritus.—La Sinagoga de Toledo.—Castelar.—Los niños mártires.—Refrán popular.—Vista ultratumba.—Las mujeres de Cuenca.—La cuna de Santo Domingo.—La antigua Burgos.—El idioma vascuence.—Los naranjos de San Sebastián.—Popilius.—Tolosa: calle Mayor, 20.—Jesuitas Dominicos.—Mondragón.—Viva Navarra.—El muerto revelador. . . . .                     | 195 |
| CAP. XI.—Conciliábulo en Perpiñan.—Benedicto XIII en Perpiñan.—También el diablo.—Actitud de Vicente Ferrer.—Dios lo aprueba.—«El pequeño Thalamus».—Nimes y el monje de Villeneuve-lez-Aviñon.—Audiciones lejanas.—Agonía del Conciliábulo.—Carta del cardenal Brancaccio. . . . .                                                                                                                    | 205 |
| CAP. XII.—Cataluña.—Carta del rey.—Elna y su claustro.—Port-Vendres.—Estatua que habla.—Un hisopo histórico.—Gerona.—Caricia precoz.—Vich.—Las corridas de toros en 1410.—Paz.—Endemoniados volantes.—Los impuestos y los pecados.—El molinero moro. . . . .                                                                                                                                           | 211 |
| CAP. XIII.—Venta de Grua.—Juan Soler.—Entusiasmo de Barcelona.—Varios milagros.—La posada del diablo.—Historia del Ángel Custodio.—El Convento de Santa Catalina.—Una página de indignación. . . . .                                                                                                                                                                                                   | 219 |
| CAP. XIV.—Manresa y Lérida.—Los reyes de Aragón.—Muerte repentina del Príncipe heredero.—Nuevo casamiento del rey.—El santuario de Monserrat.—Manresa.—Las visiones de San Ignacio.—La Virgen que habla.—San Ignacio entre los Dominicos.—La Cueva Santa.—La gallina ponedora.—César y Vicente Ferrer.—Tomás Carnicer.—La Universidad de Lérida.—Plegaria eficaz.—Monotonía en lo maravilloso. . . . . | 229 |
| CAP. XV.—Tarragona y Montblanch.—Embajada de los Florentinos.—El patrimonio de Santa Tecla.—El rey abofeteado.—Cacería trágica.—El rey y el Santo.—El asno herrado.—El hombre salvaje.—Otro albañil que cae.—Un lisiado que se echa de menos.—Poblet. . . . .                                                                                                                                          | 239 |

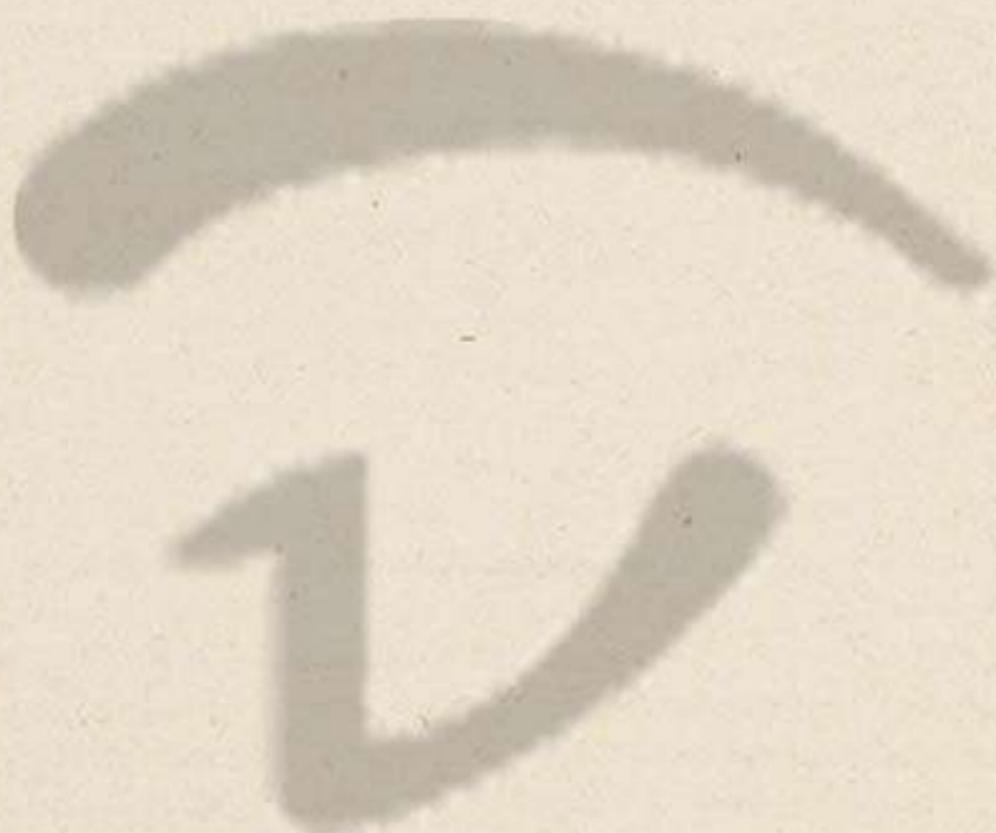
### TERCERA PARTE

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                      |     |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| CAPÍTULO I.—Reino de Valencia.—Todavía las disensiones.—Cartas apremiantes.—Un hermoso país.—Túnica de Neseo.—El puente de barcas.—El precio de una capa.—Población en movimiento.—Un cocinero célebre.—«Como en la cera».—Iglesia en la montaña.—Las babuchas.—Nuestra Señora de Caudiel. . . . .                                                                                                                                                   | 249 |
| CAP. II.—Valencia y sus alrededores.—Barrancos.—Los «solteros» de Nules.—Gradas que se hunden.—Cartas más apremiantes todavía.—Buen modo de predicar la señal de la Cruz.—Venganza de un santo.—Muda feliz.—Pérfidos judíos.—Una historia que sólo comprenden los ángeles.—De donde nos vienen las pasas de Corinto.—Alrededor de una fuente.—Otra vez el asno herrado.—Nueva batalla de santos.—Monjes afortunados.—Un calvo.—El arco iris. . . . . | 257 |
| CAP. III.—La Universidad de Valencia y el Colegio de niños.—Primer establecimiento.—Cuestión de laicismo.—Interviene Vicente Ferrer.—Pequeña cuestión                                                                                                                                                                                                                                                                                                |     |

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                          |     |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| de historia.—Vicente Ferrer profesor.—Los Beguines.—«Chiquets» de San Vicente.—Diversas fases del establecimiento.—Procesión de los «cagonets».—El colegio actual.—Los pequeños actores. . . . .                                                                                                                                                                                                                                         | 266 |
| CAP. IV.—Liria y el valle de Albaida.—Otra fuente de Vaucluse.—Donde falta el agua todo falta.—Vicente Ferrer, Profeta.—Játiva y su Consejo municipal.—Un fundador desalentado.—Descanso en un castillo.—Vicente Ferrer dirigiendo un cónclave.—Historia de dos gorros.—Pequeños monjes blancos.—Pais seco, pero sano. . . . .                                                                                                           | 273 |
| CAP. V.—Orihuela.—Carta del Consejo de Orihuela.—Respuesta del Santo.—Modo de preparar los espíritus.—El cielo en cambio de una injuria.—Un Consejo municipal satisfecho.—Nuestra Universidad de Orihuela.—«Estoy conforme». . . . .                                                                                                                                                                                                     | 281 |
| CAP. VI.—Murcia.—Itinerario trazado por el Santo.—Lo que hizo en Murcia.—Lorca: columna miliaria.—Moro malhumorado.—Los caballos fantásticos.—Acatarrado como un simple mortal: sermón sobre el particular.—Invasión de langosta. . . . .                                                                                                                                                                                                | 287 |
| CAP. VII.—Itinerario hasta Valladolid.—Cuerda de ahorcado.—El soldado de Lyon.—Escalera incómoda.—Celda que se hunde.—Sigue la ronquera.—Un mes en Toledo.—Ocaña: otra capa despedazada.—Vicente Ferrer en el sitio de honor en la procesión. . . . .                                                                                                                                                                                    | 295 |
| CAP. VIII.—Valladolid.—Los judíos en la historia.—Legislación especial.—Ayllon y la Corte de Castilla.—Politica respecto al asno.—Todavía los judíos.—Pinturas del claustro en Valladolid.—Sacristán hambriento.—La «Francesada» sobrepujada.—La Alhambra en el Convento de San Pablo.—El Gran maestro de Alcántara.—Primera entrevista de Vicente Ferrer y Fernando de Castilla.—Judíos convertidos que arruinan á los Obispos. . . . . | 299 |
| CAP. IX.—El famoso caso de Zamora.—El hombre de la cédula del diablo.—Criminales carbonizados.—Portugueses incrédulos.—La campana que suena por sí sola.—Paje insolente castigado.—El monje de Montamarte.—El bastón, el peine y la cuchara de Santo Domingo.—Hostias consagradas hace setecientos años. . . . .                                                                                                                         | 307 |
| CAP. X.—Salamanca.—La Universidad de Salamanca.—Lluvia de cruces.—El Crucero de San Vicente.—El muerto llamado como testigo.—Caducidad de las obras humanas.—Los calabozos de la Inquisición.—Púlpitos al aire libre.—Una señal del fin de los tiempos.—La pobreza y el sombrero milagroso.—Los Santos y los locos.—Recuerdos y soneto. . . . .                                                                                          | 313 |
| CAP. XI.—El ángel del juicio.—Afirmaciones categóricas.—Pruebas en su apoyo.—La carta de Alcañiz.—Santo Domingo y San Francisco.—El ángel visto por San Juan.—Cuestión circunscrita.—Discipulos peligrosos.—Texto del Apocalipsis.—Las señales.— <i>Ægritudines mundi</i> .— <i>Terra dedit fructum suum</i> . . . . .                                                                                                                   | 323 |
| CAP. XII.—Las dos señales.—El universo evangelizado.—América en el siglo VIII.— <i>Reliquiæ salvæ fient</i> .—El temperamento judío.—La torre de Asdrúbal.—El número de los convertidos.—Lo que resta de ellos. . . . .                                                                                                                                                                                                                  | 335 |
| CAP. XIII.—Jonás y Ninive.—Dios se ha equivocado.—El sol y el murciélago.—El fin de los tiempos.—Plano sin perspectiva.—El drama.—Los dos platillos de la balanza.—Profeta comprometido.—Consecuencia de no mirar atrás.—El año mil.—Báscula divina.—El verdadero punto de vista. . . . .                                                                                                                                                | 339 |
| CAP. XIV.—Segovia y Plasencia.—Relato de Colmenarés.—Redada.—El niño resucitado.—Un predicador extraordinario.—Esfuminado á la moderna.—El Convento de Plasencia.—Un dedo de San Vicente Ferrer.—Impotencia de los poderosos de este mundo.—La hoja de ventana de Villalba.—A la madrugada. El pais de la sed.—La soledad, madre de los grandes pensamientos. . . . .                                                                    | 345 |

|                                                                                                                                                                                                                                                                       |     |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| CAP. XV.—Compromiso de Caspe.—Un acto trascendental.—Estado de España.—<br>Fernando de Antequera.—Muerte del Infante de Aragón.—El Conde de Urgel.<br>—Agonia del Rey.—Situación crítica.—Asesinato del Arzobispo.—El hombre<br>providencial. . . . .                 | 353 |
| CAP. XVI.—Los Jueces.—Los pretendientes.—Paralelo entre el de Urgel y Fer-<br>nando.—Caspe.—Convocación de los competidores.—El «Justicia» mayor Be-<br>renguer de Bardaxi.—Elección de los nueve jueces.—Dificultades.—Juramento<br>solemne.—Vicente Ferrer. . . . . | 361 |
| CAP. XVII.—La elección.—Discusión de los derechos.—Alarma.—Locura súbita<br>de uno de los árbitros.—Ciérranse las puertas del castillo.—Fórmula de la elec-<br>ción.—Los votos.—Vicente Ferrer publica el fallo.—¡Caspe! . . . . .                                    | 367 |
| Examen crítico del Compromiso de Caspe.—§ I. El Compromiso. . . . .                                                                                                                                                                                                   | 377 |
| § II. Los Jueces. . . . .                                                                                                                                                                                                                                             | 386 |
| § III. El Elegido. . . . .                                                                                                                                                                                                                                            | 388 |
| Caspe según los documentos. . . . .                                                                                                                                                                                                                                   | 396 |
| CAP. XVIII.—El teatro.—Los personajes.—El castillo de Caspe.—El salón de San<br>Vicente Ferrer.—Mesa histórica.—Parlamento microscópico.—Agripina.—Un<br>rey cristiano.—Ingerencia de Inglaterra.—Monfeus triunfa.—Los infantes. .                                    | 413 |
| Apéndice. . . . .                                                                                                                                                                                                                                                     | 419 |





## PAUTA PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS DEL TOMO PRIMERO

|                                                                           | <u>Páginas.</u> |
|---------------------------------------------------------------------------|-----------------|
| San Vicente Ferrer, según un retrato contemporáneo. . . . .               | PORTADA.        |
| Bautizo de San Vicente: dos láminas. . . . .                              | 16              |
| Fachada de la Casa natalicia. . . . .                                     | 25              |
| Patio de la Casa natalicia. . . . .                                       | 29              |
| Fachada del Convento de Santo Domingo. . . . .                            | 33              |
| Profecía de los buques en Barcelona. . . . .                              | 41              |
| Imagen de San Cristóbal. . . . .                                          | 72              |
| Celda del Santo. . . . .                                                  | 80              |
| Retrato de Pedro de Luna. . . . .                                         | 104             |
| Íd. de San Vicente con el globo en la mano. . . . .                       | 107             |
| Palacio de los Papas en Aviñón. . . . .                                   | 108             |
| Visión de San Vicente en íd. . . . .                                      | 117             |
| Arlés (Cruz y Púlpito). . . . .                                           | 128             |
| Retrato del Mariscal Boucicaut. . . . .                                   | 165             |
| Capilla del Rosario en Bruselas. . . . .                                  | 181             |
| Santa María de la Blanca en Toledo. . . . .                               | 196             |
| Púlpitos de Toledo y Mondragón. . . . .                                   | 197             |
| Iglesia en la que se celebró el Concilio en Perpiñán. . . . .             | 206             |
| Claustro de Elna. . . . .                                                 | 212             |
| Enemigos reconciliados por San Vicente Ferrer. . . . .                    | 215             |
| Portada de Nuestra Señora del Mar en Barcelona. . . . .                   | 220             |
| Fachada de la Casa Ayuntamiento en íd. . . . .                            | 220             |
| Nuestra Señora de las Gracias en Manresa. . . . .                         | 232             |
| Iglesia de los Dominicos y púlpito de San Vicente en íd. . . . .          | 233             |
| Medallón en el altar de San Vicente en íd. . . . .                        | 233             |
| Claustro del convento de Dominicos en Perpiñán. . . . .                   | 254             |
| Morella. . . . .                                                          | 254             |
| Teatros-altares en que se representan los milagros de San Vicente Ferrer: |                 |
| Número 1 — Altar del Mercado. . . . .                                     | 269             |
| » 2.— Íd. de la calle del Mar. . . . .                                    | 270             |
| » 3.— Íd. de la plaza del Pilar. . . . .                                  | 272             |
| » 4.— Íd. de la plaza de la Virgen. . . . .                               | 274             |
| » 5.— Íd. del Tros-Alt. . . . .                                           | 276             |
| Milagros representados por los niños de San Vicente. . . . .              | 278             |
| Catedral de Toledo. . . . .                                               | 298             |
| Púlpito de San Vicente Ferrer en Zamora. . . . .                          | 308             |
| Escapulario de San Vicente. . . . .                                       | 311             |
| Bastón y cuchara de Santo Domingo. . . . .                                | 311             |
| Campana que sonaba sola. . . . .                                          | 311             |
| Cruz de San Vicente Ferrer en Salamanca. . . . .                          | 317             |
| San Vicente Ferrer resucitando á un muerto en íd. . . . .                 | 321             |
| Retrato de Fernando de Castilla. . . . .                                  | 396             |
| Iglesia ante la que San Vicente proclamó al rey Fernando (Caspe). . . . . | 415             |